FLANNERY O'CONNOR

Cuentos completos



Lectulandia

El genio lúcido, doloroso y atormentado de Flannery O’Connor alcanza sus más altas cimas en el cuento, género que cultivó ininterrumpidamente desde sus años de estudiante hasta su prematura y trágica muerte. En este volumen se reúnen todos sus relatos, tanto los que publicó en vida como los que dejó inéditos, muchos de los cuales nunca se habían traducido al castellano.

Las historias de este libro hiriente y sobrecogedor tienen como escenario los pueblos y las tierras del sur de Estados Unidos, especialmente su Georgia natal, un mundo decrépito y en ruinas cuyo secular abandono y pobreza ancestral aparecen marcados por la violencia y el odio. Pero más allá de la sordidez, los conflictos raciales, el asfixiante peso de la religión y la frustrada lucha por la libertad, hay siempre en los cuentos de Flannery O’Connor una extraña belleza, una íntima exposición moral de la condición humana que trasciende la anécdota.

Comparada a menudo con William Faulkner o Carson McCullers, con quienes forjó lo que se ha llamado el «gótico sureño», Flannery O’Connor está unánimemente considerada como la gran narradora norteamericana del siglo xx.

Lectulandia

Flannery O’Connor

Cuentos completos

ePub r1.0
Titivillus 14.09.15

Título original: *The Complete Short Stories*
Flannery O’Connor, 1971
Traducción: Marcelo Covian & Celia Filipetto Isicato & Vida Ozores
Prólogo: Gustavo Martín Garzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Contra el lector cansado

Este libro reúne, por primera vez en nuestro país, todos los relatos que escribió la norteamericana Flannery O’Connor, autora de una de las obras más extrañas, perturbadoras e inclasificables de la literatura universal. Es un libro divertido y terrible a la vez, ante el que no sabremos si reírnos o sentirnos horrorizados. Falsos profetas, niños perversos, criminales visionarios, idiotas, mentirosos inocentes, ancianos perversos, santos que deliran, se dan cita en sus páginas. Seres que caminan hacia la perdición sin saberlo, que parecen surgidos del libro de Job y en los que la depravación y la inocencia conviven con perturbadora naturalidad. Harold Bloom afirma que no tenemos un lenguaje apropiado para enfrentarnos con lo divino, y toda la obra de Flannery O’Connor parece ser la demostración palpable de que es así. Sólo que sus personajes, al contrario que Job, no son pacientes y están dispuestos a lo que sea para mantener ese diálogo con la divinidad en busca de un sentido que siempre se les escapa. Su principal recurso es el mal. Es lo que hace el protagonista de «Un hombre bueno es difícil de encontrar», uno de sus cuentos más famosos. Se trata de un hombre extraño e impredecible, al que llaman el Desequilibrado, que se dedica a matar a cuantos se encuentra, sin manifestar la mínima vacilación, como si cualquier forma de conocimiento pasara inevitablemente por el mal. «Hay algunos que pueden vivir toa su vida sin preguntarse por qué y otros que tienen que saber el porqué, y este muchacho es d’estos últimos. ¡Va estar en to!», profetizaba su propio padre cuando era un niño. Todos los personajes de Flannery O’Connor quieren ver, quitarse la venda de los ojos. Su tarea no es contribuir a que se mantenga el equilibrio de las cosas, sino sacudir ese equilibrio tratando de que algo nuevo aparezca, algo que sea portador de esperanza en un mundo en que no parece haber un lugar para ella. El Desequilibrado, por ejemplo, cree imitar a Jesús con su conducta criminal. «Jesús es el único qu’ha resucitao a los muertos y no tendría qu’haberlo hecho. Rompió el equilibrio de to. Si Él hacía lo que decía, entonces sólo te queda dejarlo to y seguirlo, y si no lo hacía, entonces sólo te queda disfrutar de los pocos minutos que tienes de la mejor manera posible, matando a alguien o quemándole la casa o haciéndole alguna otra maldad. No hay placer, sino maldad».

En «El negro artificial», un abuelo quiere dar una lección a su nieto y termina traicionándole; en «Partridge en fiestas» un chico quiere por encima de todo acercarse a un asesino loco para descubrir lo que siente; en «La espalda de Parker» un hombre cubre su espalda de tatuajes para intentar calmar su insatisfacción y su melancolía; en «El río» un niño busca un nuevo nombre y una nueva vida lejos de la

casa oscura donde vive. El chico de «El pavo» persigue a un pavo salvaje para matarlo, lo pierde de vista y acaba por encontrárselo muerto. Se pavonea con el animal sobre los hombros, hasta que se lo roban unos chicos de los barrios pobres. Entonces se da cuenta de lo tardío de la hora y de que la noche está cayendo y tiene «la certeza de que a sus espaldas había algo con los brazos tendidos y las manos listas para aferrado».

En todos los cuentos de Flannery O'Connor asistimos a una transformación final del personaje, a un cambio que le permite abrirse, aunque sólo sea por un momento, a un instante de libertad incomparable. «El cielo era de un rosa intenso, y la extraña luz que de él caía hacía resaltar cada color. Cada brizna de hierba que crecía entre la grava parecía un nervio de un verde vivo». A Flannery O'Connor le gustaba hablar de la gracia. «Escribo para un auditorio que no sabe lo que es la gracia y que no la reconoce cuando la ve. Todos mis relatos tratan sobre la gracia en un personaje que no la desea, por eso la mayoría de la gente piensa que las historias son duras, sin esperanza, brutales». Y ciertamente todos estos relatos nos conducen a una conversión. Flannery O'Connor sabe que incluso en los seres más egoístas y perversos siempre es posible un acto súbito e imprevisible de libertad, y en sus relatos siempre trata de encontrar ese momento único capaz de iluminar la escena llenándola de vida. Veamos lo que pasa en «Un hombre bueno es difícil de encontrar». Una familia que sale de excursión se encuentra con el Desequilibrado, un peligroso criminal. La abuela, que es una criatura vulgar y egoísta, ha oído hablar de sus fechorías por la radio y, cuando le identifica, a él no le queda otra solución que matarles. El Desequilibrado y sus secuaces van eliminando a todos los miembros de la familia, incluidos los niños. La última que queda es la abuela quien, tras un breve diálogo con él, se ve arrebatada por un movimiento súbito de ternura y tiende su mano para acariciarle. «¡Si eres uno de mis niños! ¡Eres uno de mis hijos!». El Desequilibrado se revuelve como si le hubiera picado una serpiente y dispara tres veces contra el pecho de la anciana. Luego pide a sus compañeros que la lleven al foso donde tiraron a los otros. Y, aún confuso por aquella caricia, añade: «Habría sido una buena mujer, si hubiera tenío a alguien cerca que le disparara cada minuto de su vida».

En Flannery O'Connor siempre está presente, como señaló Thomas Merton, el problema del valor. «¿Quiénes son las buenas personas? —pregunta—. Son muy difíciles de hallar. Entretanto, tendremos que contentarnos con las malas personas, tan respetables que resultan horribles, tan horribles que resultan cómicas, tan cómicas que resultan patéticas, pero tan patéticas que sería horroroso tener piedad de ellas. Tan cómicas que uno no se atreve a reír demasiado fuerte ante el temor de atraer a los demonios del desprecio». Flannery O'Connor nos pide que suspendamos por un momento nuestro juicio sobre estos personajes y es entonces cuando descubrimos que, a pesar del horror que provocan, hay en ellos un resto de inocencia, como si se redimieran en cada acto brutal. «El que pierda su alma, ése la salvará», puede leerse

en el Evangelio. No se trata en suma de seres patológicos, porque la patología no anuncia nada ni comporta conocimiento alguno. El mal es materia de elección, en tanto que la enfermedad no lo es. Y en estos relatos los personajes eligen, quieren ver más allá. Hay en ellos una especie de dignidad negra que les coloca más allá de la desgracia.

La literatura de Flannery O'Connor hunde sus raíces en la literatura grotesca norteamericana del siglo XIX. Una literatura que venía de la frontera, llena de personajes disparatados cuya comicidad no surgía de un defecto, sino de un exceso de energía. Así son todos sus personajes: tan cómicos como terribles. Personajes que parecen llevar una carga invisible, cuyo fanatismo es un reproche, no una excentricidad. Flannery O'Connor pensaba que el novelista no podía ser «la criada de su época» ni debía aspirar a hacer una literatura que cicatrizara las heridas. En uno de sus escritos nos cuenta cómo una señora le escribió desde California reprochándole el pesimismo y la negrura de sus relatos. «Lo que quiere el lector cuando llega a su casa —le dice—, es leer algo que eleve su corazón». Flannery O'Connor le contesta que si su corazón hubiera estado en el lugar adecuado sí se habría elevado. Ella piensa que la gran literatura busca el acto redentor, sólo que el mundo actual ha olvidado lo que significa ese acto, como ha olvidado el verdadero significado del mal. Vuelve a resonar en nuestra memoria la reflexión del Desequilibrado ante el cadáver de la anciana. «Habría sido una buena mujer, si hubiera tenío a alguien cerca que le disparara cada minuto de su vida». Los relatos de Flannery O'Connor tienen el poder supremo de agitar nuestra conciencia. No es posible permanecer indiferentes ante ellos, de la misma forma que no es posible mantener la calma cuando alguien te apunta con una pistola. Tienen el poder de hacernos despertar, desvelan a ese lector cansado que somos todos, exhortándonos a una especie de paciencia. «Continúen leyendo estas barbaridades —parece decirnos—, no abandonen prematuramente a estos seres depravados. Saldrán ganando, no sé cómo, no soy más que una escritora, pero ustedes saldrán ganando».

John Huston rodó en 1978 una película basada en Sangre sabia, la primera de las novelas de Flannery O'Connor. Por la rareza de su argumento, la rebelión de un joven fanático religioso contra Cristo, tuvo muchos problemas de financiación, aunque finalmente pudo rodarse en el tiempo récord de cuarenta y ocho días. John Huston, en el último capítulo de su autobiografía, escribe: «Nada me haría más feliz que ver que esta película consiga aceptación popular y rinda beneficios. Demostraría algo. No estoy seguro qué…, pero algo».

La película pasó sin pena ni gloria, que es un poco el destino que corrió la obra de Flannery O'Connor durante los años setenta, que fue cuando Esther Tusquets la publicó en nuestro país casi en su totalidad. El lector tiene ahora, gracias a esta preciosa y renovada edición de sus cuentos, la oportunidad de conocer una de las obras más intensas, perturbadoras y bellas que se han escrito jamás. Nada me gustaría más que esta edición se agotara enseguida y que, una tras otra, se fueran sucediendo

las reimpresiones en los próximos meses. Parafraseando a John Huston, «demostraría algo. No estoy seguro qué…, pero algo». Tal vez el fin de la era del lector cansado. No desaprovechen la oportunidad, les aseguro que merece la pena.

Gustavo Martín Garzo

CUENTOS COMPLETOS

EL GERANIO[1]

El viejo Dudley se dobló en la silla que poco a poco iba amoldando a su cuerpo, miró por la ventana y, unos cuantos metros más allá, vio otra ventana enmarcada en ladrillos rojos manchados de tizne. Esperaba el geranio. Lo sacaban todas las mañanas, a eso de las diez, y lo entraban a las cinco y media. En el pueblo, la señora Carson tenía un geranio en la ventana. Allá en casa había muchos geranios, geranios más bonitos. «Los nuestros sí que son geranios —pensó el viejo Dudley—, no como esta cosa rosa y verde con lazos de papel». El geranio que ponían en la ventana le recordaba a Grisby, el chico del pueblo que tenía la polio, al que había que sacar todas las mañanas en la silla de ruedas y dejarlo pestañeando al sol. Si Lutisha llegaba a echarle mano a ese geranio y a plantarlo en la tierra, a las pocas semanas seguro que conseguía algo digno de verse. Esos que vivían al otro lado del callejón no tenían ni idea de cómo se cuidan los geranios. A éste lo sacaban para que se cocinara todo el día bajo un sol de justicia, y lo ponían tan cerca del borde que, a la que soplara un poco de viento, acababa en el suelo. No tenían ni idea, ni idea de geranios. Esa maceta no tenía que haber estado donde estaba. Al viejo Dudley se le hizo un nudo en la garganta. Lutish era capaz de conseguir que arraigara lo que le echasen. Y Rabie también. Notó una opresión en la garganta. Echó la cabeza hacia atrás y trató de aclararse las ideas. No se le ocurrían muchas cosas en las que pensar que no le hicieran sentir el nudo en la garganta. Entró su hija y le preguntó:

—¿No quieres salir a dar un paseo? —Se la veía molesta.

No le contestó.

—¿Sales o no sales?

—No salgo.

Se preguntó cuánto tiempo iba a seguir su hija allí de pie. Hacía que los ojos se le pusieran como la garganta. Se le iban a nublar y entonces ella se daría cuenta. Se había dado cuenta otras veces y había sentido pena por su padre. También había sentido pena por sí misma. «Se lo podría haber ahorrao —pensó el viejo Dudley—, si lo hubiese dejao en paz, si hubiese dejao que se quedara allá en el pueblo y no se hubiese empeñao en cumplir con su maldito deber». Ella salió de la habitación lanzando un fuerte suspiro, y ese suspiro le fue subiendo por el cuerpo y le recordó otra vez el momento aquel —de eso ella no tenía la culpa— en que, de repente, le habían entrado ganas de ir a Nueva York a vivir con su hija.

Podía haberse librado de ir. Podía haberse puesto firme, haberle dicho que viviría su vida donde había vivido siempre, le enviara o no dinero todos los meses, se las arreglaría con la jubilación y lo que sacara haciendo chapuzas. Que se quedara con el maldito dinero, lo necesitaba más que él. Se hubiera alegrado de que liquidaran su deber de hija de aquella manera. Entonces, si él se moría solo, lejos de sus hijos, ella podía decir que la culpa la tenía su padre; y si llegaba a ponerse enfermo y no tenía quién lo cuidara, ella podía haber dicho que se lo había buscado él solito Pero, claro,

llevaba dentro aquella cosa y le habían entrado ganas de conocer Nueva York. Cuando era niño había estado en Atlanta una vez, y había visto Nueva York en una película. Big

Town Rhythm se llamaba. Las grandes ciudades eran lugares importantes. Aquella cosa que llevaba dentro le salió de repente, lo agarró por sorpresa. ¡El lugar igualito al que había visto en el cine tenía un sitio para él! ¡Un lugar importante y tenía sitio para él! Y había dicho que sí, que iría.

Enfermo debía estar cuando aceptó. Porque, sano, seguro que no decía que sí. Él estaba enfermo y ella tan empeñada en cumplir con su maldito deber que al final consiguió convencerlo. Vamos a ver, ¿por qué tuvo su hija que ir al pueblo a darle la tabarra? Con lo bien que se arreglaba él. La jubilación le alcanzaba para comer, y con las chapuzas que iba haciendo se pagaba el cuarto de la pensión.

Por la ventana de aquel cuarto veía pasar el río, denso y rojo, lo veía superar con esfuerzo las piedras y las curvas. Trató de pensar cómo era, además de rojo y lento. Añadió las manchas verdes de los árboles en las dos orillas, y en algún punto, río arriba, una mancha marrón para indicar la basura. Él y Rabie iban hasta ahí todos los miércoles a pescar en una barca. Rabie se conocía el río de arriba abajo en un tramo de treinta kilómetros. En todo el condado de Coa no había ni un solo negro que lo conociese como él. A Rabie le encantaba el río, pero al viejo Dudley no le decía nada. A él lo que le interesaban eran los peces. Le gustaba volver por la noche con una larga ristra de pescados y echarlos en el fregadero. «Traigo unos cuantos qu'he pescao», decía. «Hacía falta un hombre para pescar unos pescaos así», comentaban siempre las viejecitas de la pensión. Él y Rabie salían los miércoles bien temprano y pescaban todo el día. Rabie se encargaba de encontrar los sitios buenos y de remar; el viejo Dudley se encargaba de pescarlos. A Rabie no le interesaba demasiado pescar, a él lo que le gustaba era el río.

—¿Pa qué le vale echar el sedal ahí, jefe? —decía—. Si ahí no queda ni un pescao. Este viejo río no esconde nada por aquí, no señor.

Reía como un tonto y llevaba la barca río abajo. Así era Rabie. Para robar tenía más arte que las comadrejas, pero sabía dónde había buena pesca. El viejo Dudley siempre le regalaba los pescados chicos.

El viejo Dudley había vivido en la planta de arriba de la pensión, en el cuarto de la esquina, desde la muerte de su esposa en el año 1922. Protegía a las ancianitas. Era el hombre de la casa y hacía las cosas que se supone que debe hacer el hombre de la casa. La tarea era aburrida por las noches, cuando las viejecitas se sentaban en la sala a rezongar y a hacer ganchillo y el hombre de la casa estaba obligado a escuchar y a hacer de juez en las guerras de cotorreos y chillidos crispantes. Pero durante el día estaba Rabie. Rabie y Lutisha vivían en el sótano. Lutish cocinaba y Rabie se ocupaba de la limpieza y del huerto, pero menudo era para escaquearse con la faena a medio hacer e irse a echarle una mano al viejo Dudley en alguna de sus empresas: construir un gallinero, pintar una puerta. Le gustaba escuchar, que le contaran cosas

de Atlanta, de cuando el viejo Dudley estuvo allí, y de cómo se montaban los fusiles y un montón de cosas más que el viejo sabía.

A veces, por las noches, iban a cazar zarigüeyas. Nunca cogían ni una zarigüeya, pero, de vez en cuando, al viejo Dudley le gustaba librarse de las señoras y la caza era una buena excusa. A Rabie no le gustaba ir a cazar zarigüeyas. Nunca cazaban ni una zarigüeya, ni siquiera conseguían hacer que alguna se subiera a un árbol; además, Rabie era más bien un negro de río.

—Esta noche no vamo a cazar zarigüeyas, ¿eh, jefe? Tengo algo que hacer —decía cuando el viejo Dudley se ponía a hablar de sabuesos y escopetas.

—¿A quién le vas a robar las gallinas esta noche? —preguntaba Dudley sonriendo.

—Me parece qu'esta noche toca cazar zarigüeyas —suspiraba Rabie.

El viejo Dudley sacaba la escopeta, la desmontaba y, mientras Rabie limpiaba las piezas, le explicaba el mecanismo. Después volvía a montarla. A Rabie le maravillaba la forma en que conseguía volver a montarla. Al viejo Dudley le hubiera gustado explicarle a Rabie cosas de Nueva York. Si hubiera podido enseñársela a Rabie, la ciudad no habría sido tan grande y él no habría notado aquella presión cada vez que salía, «Tan grande no es —le habría dicho—. No te dejes agobiar, Rabie. Es una ciudad com'otra cualquiera, y a la final las ciudades tampoco no son tan complicadas».

Lo eran. De pronto Nueva York era todo bullicio y actividad y al cabo de nada lo veías sucio y sin vida. Su hija ni siquiera vivía en una casa. Vivía en un edificio, en medio de una hilera de edificios todos iguales, grises y rojos, manchados de tizne, con gentes de boca agria asomadas a las ventanas para ver otras ventanas y otras gentes que las miraban a su vez. Y dentro, subías y bajabas, y sólo veías corredores, como cintas de medir donde las puertas indicaban los centímetros. Recordó que la primera semana aquel edificio lo había dejado aturdido. Se despertaba con la esperanza de que durante la noche los corredores hubiesen cambiado, se asomaba a la puerta y ahí estaban, alargados como pistas para pasear perros. Y las calles, tres cuartos de lo mismo. Se preguntaba adonde llegaría si caminaba hasta el final de alguna de ellas. Una noche soñó que lo hacía y que acababa al final del edificio: en ninguna parte.

A la semana siguiente tomó algo más de conciencia de su hija, su yerno y su nieto: se pusiera donde se pusiera, siempre estaba en medio. Su yerno sí que era curioso. Era camionero y sólo estaba en casa los fines de semana. Decía «naa» en lugar de «no» y en la vida había oído hablar de zarigüeyas. El viejo Dudley dormía en el cuarto con su nieto de dieciséis años, con el que no se podía hablar. Algunas veces, cuando el viejo Dudley y su hija se quedaban solos en el apartamento, ella se sentaba y hablaba con él. Primero tenía que pensar en qué iba a decirle a su padre. Normalmente la conversación se terminaba antes de que ella considerase llegado el momento de levantarse y ponerse a hacer otra cosa, y entonces él se veía obligado a

decir algo. Siempre trataba de pensar en algo que no le hubiese dicho ya. Ella nunca lo escuchaba la segunda vez. Lo que ella veía era que su padre pasaba sus últimos años con su familia y no en una pensión de mala muerte, llena de viejas a las que les temblaba la cabeza. Ella cumplía con su deber. No como sus hermanos.

Una vez lo llevó de compras, pero él estuvo de lo más torpe. Fueron en el «metro», un ferrocarril que iba por debajo de la tierra, por una especie de cueva inmensa. La gente salía de los trenes como hormigas, subían las escaleras y llegaban a las calles. Y dejaban las calles, bajaban las escaleras y se metían en los trenes: blancos, negros, amarillos, mezclados como verduras en la sopa. Aquello era un hormiguero. Los trenes entraban como flechas en los túneles, iban por canales y de repente se detenían. Los que bajaban se abrían paso a empujones entre los que subían y el tren salía otra vez disparado. El viejo Dudley y la hija tuvieron que tomar tres distintos antes de llegar a donde iban. Él se preguntó para qué salía la gente de su casa. Notaba como si se hubiese tragado la lengua. Ella lo sujetaba de la manga y tiraba de él entre el gentío.

También viajaron en un tren que iba por encima del suelo. Ella lo llamaba «elevado». Para tomarlo tuvieron que subir a un andén muy alto. El viejo Dudley se asomó por encima de la barandilla y, allá abajo, vio a la gente y los coches pasar muy, muy rápido. Le entraron ganas de vomitar. Se agarró de la barandilla y se dejó caer sobre el suelo de madera del andén. La hija lanzó un grito y lo apartó del borde.

—Pero ¿qué haces, quieres caerte y matarte? —le gritó.

Por una rendija en las tablas entrevió el fluir de coches en la calle.

—No m'importa —murmuró—. No m'importa si vivo o si muero.

—Anda, vamos —le dijo ella—, te sentirás mejor cuando lleguemos a casa.

—¿A casa? —repitió.

Allá abajo, los coches avanzaban a su ritmo.

—Anda, vamos —repitió ella—, que ya viene; estamos justo a tiempo de pillarlo.

Les hubiera dado tiempo de pillarlos todos.

Consiguieron subirse a ése. Volvieron al edificio y al apartamento. En el apartamento estaban demasiado apretados. Te pusieras donde te pusieras, siempre había alguien. La cocina daba al lavabo y el lavabo daba a todo lo demás, así que siempre estabas en el lugar de partida. Allá en el pueblo tenías la planta de arriba, el sótano, el río y el centro, delante de Fraziers… y dale, otra vez la garganta.

Hoy el geranio se retrasaba. Eran las diez y media. Normalmente, a eso de las diez y cuarto ya lo habían sacado.

En alguna parte del corredor una mujer chilló algo ininteligible a la calle; una radio gemía con la música cansina de una radionovela; un cubo de basura cayó con estrépito por la escalera de incendios. Se oyó un portazo en el apartamento de al lado y unos pasos decididos se alejaron por el corredor.

—Será el negro —masculló el viejo Dudley—. El negro de los zapatos relucientes.

Llevaba allí una semana cuando el negro se mudó. Ese jueves, cuando se asomó a la puerta para mirar por los corredores largos como pistas para pasear perros, vio al negro entrar en el apartamento de al lado. Llevaba un traje gris mil rayas, y una corbata color habano. El cuello duro y blanco le dibujaba una línea bien definida en la piel. Los zapatos relucientes también eran color habano a juego con la corbata y la piel. El viejo Dudley se rascó la cabeza. No sabía que la gente que vivía apretada en un edificio pudiera pagarse un sirviente. Rió entre dientes. Para lo que les iba a servir un negro endomingado. A lo mejor este negro conocía el campo de los alrededores… o a lo mejor sabía cómo se llegaba al campo. En una de ésas podían ir de caza. Podían buscar un arroyo en alguna parte. Cerró la puerta y fue al cuarto de la hija.

—¡Oye! —le gritó—, los d'aquí al lao tienen un negro. Será pa que limpie. ¿Tú crees que lo van a hacer venir to los días?

Sin dejar de hacer la cama, su hija levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Se puede saber de qué me estás hablando?

—Digo que los d'aquí al lao tienen un criado, un negro, va to endomingao.

La hija se fue al otro lado de la cama y le dijo:

—A ti te falta un tornillo. El apartamento de al lado está vacío, además, en este edificio nadie puede pagarse un criado.

—Te digo que lo vi —insistió el viejo Dudley riendo burlón—. Entró derechito en l'apartamento y llevaba corbata, cuello blanco y zapatos con punta.

—Si entró en el apartamento de al lado, seguro que se lo limpia él —masculló.

Se fue hasta el tocador y empezó a revolver las cosas. El viejo Dudley lanzó una carcajada. Cuando quería, la hija resultaba bien cómica. Y le dijo:

—Bueno, me parece que voy ir a ver cuándo le dan el día libre. En una d'ésas lo convenzo que le gusta la pesca. —Y se dio una palmada en el bolsillo haciendo tintinear las dos monedas de veinticinco centavos.

Antes de que consiguiera salir del todo al corredor, ella salió corriendo a buscarlo y tiró de él para hacerlo entrar.

—¿Es que no me oyes? —le gritó—. Te hablo en serio. Si entró en el apartamento es que lo tiene alquilado para él. Ni se te ocurra preguntarle nada ni hablar con él. No quiero líos con estos negros.

—¿Quieres decir que va vivir aquí al lao? —murmuró el viejo Dudley.

—Supongo —contestó ella encogiéndose de hombros—. Y tú no te metas en lo que no te importa —agregó—. Tú con ése no tienes nada que ver.

Se lo dijo tal cual. Como si él no tuviera sentido común. Pero ahí mismito le echó la bronca. Se las cantó bien claritas y bien que lo entendió.

—¡No es así como t'han educao! —le dijo con voz atronadora—. No t'han educao pa vivir apretujada con estos negros del norte que se creen que valen lo mismo que tú, ¡y encima te piensas que yo tendría tratos con un tipo así! Si te piensas que me quiero mezclar con ellos, estás loca.

Tuvo que calmarse un poco porque se le hacía un nudo en la garganta. Ella se

puso tiesa y le dijo que vivían donde podían permitírselo y que hacían lo que podían. ¡Con sermones a él! Después salió toda tiesa sin decir una palabra más. Así era ella. Trataba de mostrarse solemne echando los hombros hacia atrás estirando el cuello. Ni que él fuera un tonto. Ya sabía que los yanquis dejaban entrar a los negros por la puerta principal y sentarse en sus sillones, pero lo que no sabía era que su propia hija educada como estaba mandado, se iría a vivir justo al lado de ellos, y que después pensaría que él tenía tan poco sentido común para mezclarse con esa gentuza. ¡Justo él!

Se levantó y cogió un diario que había en otra silla. Ya puesto cuando ella volviera a entrar, haría como que estaba leyendo. No tenía sentido que se estuviera ahí parada, mirándolo fijamente, convencida de que debía buscarle alguna ocupación. Miró por encima del periódico la ventana al otro lado del callejón. Todavía no estaba el geranio. Nunca había tardado tanto. El primer día que lo había visto estaba sentado ahí mismo, asomado a la ventana, mirando la otra ventana, y entonces le había echado un vistazo al reloj para calcular cuánto tiempo había pasado desde el desayuno. Al levantar la vista, lo vio. Dio un respingo. No le gustaban las flores, pero el geranio no parecía una flor. Se parecía a Grisby, el chico enfermo del pueblo, y era del mismo color que las cortinas que las ancianas tenían en la sala, y el lazo de papel de la maceta se parecía al que Lutish llevaba en la espalda del uniforme de los domingos. Lutish era aficionada a los lazos. «Como la mayoría de las negras», pensó el viejo Dudley.

La hija volvió a pasar. Él se había propuesto que cuando pasara lo viera leyendo el diario.

—Hazme un favor, ¿quieres? —le dijo ella como si acabara de inventarse un favor para que él tuviera que hacérselo.

Ojalá no lo mandara otra vez a la tienda de comestibles. La última vez se había perdido. Esos malditos edificios eran todos iguales. Asintió con la cabeza.

—Baja al tercer piso y pídele a la señora Schmitt que me preste el patrón de la camisa que usa para Jake.

¿Por qué no lo dejaba quedarse ahí sentado? No necesitaba el patrón de la camisa.

—De acuerdo —le dijo—. ¿Qué apartamento es?

—El diez… y está en el mismo sitio que éste. Justo aquí debajo, bajando tres pisos.

El viejo Dudley siempre temía que al salir a aquellas pistas para pasear perros se abriera de repente una puerta y uno de los hombres de morro fino que se sentaban en camiseta en los alféizares de las ventanas le gruñeran: «¿Y tú qu'haces aquí?». La puerta del apartamento del negro estaba abierta y vio a una mujer sentada en una silla, al lado de la ventana. «Negros yanquis», masculló. La mujer llevaba unas gafas sin montura y sobre el regazo tenía un libro. «Las negras no se sienten elegantes hasta que no llevan gafas», pensó el viejo Dudley. Se acordó de Lutish y de sus gafas. Había ahorrado trece dólares para comprárselas. Y entonces fue al médico, le pidió

que le revisara la vista y le dijera cómo de gruesas tenían que ser las gafas. El hombre la mandó mirar unos dibujos de animales a través de un espejo, le puso una luz muy cerca de los ojos y le observó la cabeza por dentro.

Y después le dijo que no necesitaba gafas. Lutish se enojó tanto que durante tres días seguidos se le quemó el pan de maíz, y después de todos modos se compró unas gafas en la tienda de baratillo. No le costaron más que un dólar con noventa y ocho centavos y se las ponía todos los sábados. «Así eran las negras», rió entre dientes el viejo Dudley. Se dio cuenta de que había hecho ruido y se tapó la boca con la mano. A ver si lo oía alguno de los que vivían en los apartamentos.

Bajó el primer tramo de escaleras. En el segundo, oyó unos pasos que subían. Se inclinó por encima del pasamanos y vio que era una mujer, una gorda con el delantal puesto. Desde arriba se parecía un poco a la señora Benson, la del pueblo. Se preguntó si la mujer iba a hablarle. Cuando los separaban apenas cuatro escalones, él la miró de reojo, pero ella no lo estaba mirando. Cuando se cruzaron en el mismo escalón, le echó un vistazo rápido y comprobó que lo miraba a la cara, como si nada. Entonces lo adelantó. No le había dicho una sola palabra. El viejo Dudley sintió un peso en el estómago.

Bajó cuatro pisos en vez de tres. Volvió a subir uno y encontró el número 10. La señora Schmitt dijo que bueno, que esperara un momento, que iría a por el patrón. Mandó a uno de los niños a que se lo llevara a la puerta. El chico ni abrió la boca.

El viejo Dudley empezó a subir las escaleras. Tenía que ir más despacio. Se cansaba al subir. Se cansaba con todo, o eso parecía. Claro que cuando Rabie corría por él la cosa era distinta. Rabie era un negro ágil de pies. Capaz de meterse en un gallinero sin que ni siquiera las gallinas se enteraran y de sacar el pollo más gordo de todos sin darle tiempo a pipiar. Rápido, además. Dudley siempre había sido pesado de pies. En los gordos era natural. Se acordó de una vez, cuando él y Rabie estaban cazando codornices cerca de Molton. Llevaban entonces un sabueso que te encontraba los nidos más rápido que el más lindo de los pointers. Eso sí, no servía para traértelas de vuelta, pero las encontraba siempre, y después se quedaba más tieso que un palo mientras tú apuntabas a los pájaros. Aquella vez el perro se paró en seco.

—Va ser grand’el nido ese —susurró Rabie—. Lo noto.

El viejo Dudley levantó la escopeta despacio a medida que caminaban. Tuvo que poner cuidado al andar sobre la pinaza. Con tanta pinaza, el suelo se volvía resbaladizo. Rabie pasaba el peso de una pierna a la otra, levantaba y apoyaba los pies sobre la pinaza blanda como la cera con un cuidado instintivo. Miraba al frente y avanzaba deprisa. El viejo Dudley miraba con un ojo hacia delante y con el otro el suelo, que empezaría a bajar y él resbalaría peligrosamente hacia delante, o, cuando quisiera subir con esfuerzo una pendiente, resbalaría hacia atrás.

—Jefe, ¿no vale más qu’esta vuelta coja yo los pájaros? —sugirió Rabie—. Los lunes no anda usté muy ligero de pies. Si se cae en una d’esas pendientes, los pájaros se desparramarán antes que pueda usté apuntar con l’escopeta.

El viejo Dudley quería coger toda la nidada. Habría podido darle a cuatro sin problema.

—Los cogeré yo —masculló.

Levantó la escopeta para apuntar y se inclinó hacia delante. Patinó con algo y se deslizó con los pies por delante. La escopeta se disparó y toda la nidada salió volando.

—Aah, dejamos escapar unos pájaros manníficos —suspiró Rabie.

—Encontraremos otra nidada —dijo el viejo Dudley—. Y ahora sácame de este maldito agujero.

Podría haber cazado cinco de esos pájaros si no se hubiera caído. Podría haberlos volteado como latas en una verja. Acercó una mano a la oreja y extendió la otra hacia delante. Podría haberlos volteado como en el tiro al plato. ¡Pum! Un crujido en la escalera lo obligó a volverse, mientras con los brazos seguía sosteniendo una escopeta invisible. El negro subía las escaleras que parecía que se comía los escalones, iba hacia él, una sonrisa divertida le estiraba el bigote cuidado. El viejo Dudley se quedó boquiabierto. El negro hacía muecas, como aguantando la risa. El viejo Dudley fue incapaz de moverse. Tenía la vista clavada en la línea bien definida que el cuello de la camisa marcaba sobre la piel del negro.

—¿Qué está cazando, veterano? —le preguntó el hombre con una voz que recordaba la risa de un negro y la sorna de un blanco.

El viejo Dudley se sintió como un crío con una pistola de aire comprimido. Se había quedado con la boca abierta y la lengua inmóvil en el centro. Notó una flojera justo debajo de las rodillas. Perdió pie, resbaló tres escalones y cayó sentado.

—Será mejor que tenga cuidado —le dijo el hombre—. Podría lastimarse en estas escaleras.

Le tendió la mano para que pudiera agarrarse y levantarse. Era una mano larga y estrecha, de uñas limpias y cortadas rectas. Daban la impresión de estar limadas. Las manos del viejo Dudley colgaban inertes entre sus rodillas. El negro lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡Uff! —soltó—, ¡cómo pesa! Venga, colabore un poquito.

Al viejo Dudley se le destrabaron las rodillas y se levantó con dificultad. El negro lo tenía agarrado del brazo.

—De todas maneras voy para arriba —le dijo—. Lo ayudo.

El viejo Dudley echó una ojeada desesperada a su alrededor. A sus espaldas, las escaleras parecían echársele encima. Subía las escaleras con el negro. El negro lo esperaba en cada escalón.

—¿Así que caza? —le preguntó el negro—. Déjeme pensar. Una vez fui a cazar ciervos. Me parece que usamos una Dodson calibre treinta y ocho para coger esos ciervos. ¿Usted qué usa?

El viejo Dudley miraba sin ver los relucientes zapatos color habano.

—Escopeta —farfulló.

—Me gustan las armas, más que ir de caza —le decía el negro—. Nunca se me dio bien matar nada. Da pena acabar con la reserva de caza. Eso sí, si tuviera tiempo y dinero, coleccionaría armas.

En cada escalón esperaba a que el viejo Dudley lo subiera. Mientras, le iba hablando de armas y marcas. Llevaba unos calcetines grises con motas negras. Terminaron de subir las escaleras. El negro lo acompañó por el corredor, agarrándolo del brazo. Seguro que daba la impresión de que iba enlazado al brazo de aquel negro.

Fueron derechitos a la puerta del viejo Dudley. Y ahí el negro le preguntó:

—¿Es de por aquí?

El viejo Dudley negó con la cabeza, la vista clavada en la puerta. Todavía no había mirado al negro. Mientras subían las escaleras, no había mirado al negro.

—Ya verá —le dijo el negro—, es un sitio estupendo… cuando se acostumbre.

Le dio una palmada en la espalda al viejo Dudley y entró en su apartamento. El viejo Dudley entró en el suyo. El dolor de la garganta se le extendió por toda la cara y le empañó los ojos.

Se acercó arrastrando los pies a la silla junto a la ventana y se dejó caer en ella. La garganta estaba a punto de estallarle. La garganta estaba a punto de estallarle por culpa de un negro yanqui, un negro condenado que le daba palmadas en la espalda y lo llamaba «veterano». A él que sabía que eso no podía ser. A él que había venido de un lugar decente. Un lugar decente. Un lugar donde eso no podía ser. Notó algo raro en los ojos. Le estaban creciendo dentro de las órbitas y de un momento a otro se iban a quedar sin sitio. Estaba atrapado en ese lugar donde los negros te llamaban «veterano». No se dejaría atrapar. No se dejaría. Movió la cabeza contra el respaldo de la silla para estirar el cuello, lo notaba agarrotado.

Un hombre lo miraba. Desde la ventana, al otro lado del callejón, un hombre lo miraba fijamente. El hombre estaba viendo cómo lloraba. En ese lugar era donde tendría que haber estado el geranio, pero no, allí había un hombre en camiseta, que lo veía llorar y esperaba a que se le reventara la garganta. El viejo Dudley le sostuvo la mirada a aquel hombre. En ese lugar tendría que haber estado el geranio. Ese era el sitio del geranio y no del hombre.

—¿Y el geranio, dónde está? —le gritó pese a que se le cerraba la garganta.

—¿Pa qué llora? —le preguntó el hombre—. En mi vida no había visto a un hombre llorar así.

—¿Y el geranio, dónde está? —preguntó el viejo Dudley, tembloroso—. Ahí tendría que estar el geranio y no usté.

—Esta ventana es mía —le aclaró el hombre—. Tengo derecho a sentarme aquí, si me da la gana.

—¿Dónde está? —chilló el viejo Dudley. La garganta se le había abierto un poco.

—Se cayó pa abajo, si tanto l’interesa —le contestó el hombre.

El viejo Dudley se levantó y se asomó por encima del alféizar de la ventana. Seis pisos más abajo, en el callejón, alcanzó a ver una maceta hecha añicos sobre un

montón de tierra desparramada y algo de color rosa que asomaba en medio de un lazo verde de papel. Seis pisos más abajo, destrozado.

El viejo Dudley miró al hombre que mascaba chicle y esperaba a ver cómo se le reventaba la garganta.

—No tenía qu'haberlo puesto tan cerca del borde —murmuró—. ¿Por qué no lo recoge? —¿Por qué no lo recoge usté, agüelo?

El viejo Dudley se quedó con la vista clavada en el hombre que ocupaba el sitio donde debería haber estado el geranio.

Eso haría. Bajaría y lo recogería. Lo pondría en su ventana, y, si le daba la gana, se quedaría todo el día mirándolo. Se alejó de la ventana y salió del cuarto. Caminó despacio por la pista para pasear perros y llegó a las escaleras. Las escaleras se abrían hacia abajo como una herida en el suelo. Penetraban por un agujero como una caverna y bajaban, bajaban en picado. Y él había subido un tramo de esas escaleras un poco por detrás del negro. Y el negro lo había ayudado a levantarse y lo había llevado agarrado del brazo y había subido con él las escaleras y le había contado que cazaba ciervos, «veterano», y lo había visto empuñar una escopeta que no existía y lo había visto sentado en la escalera como un niño. Llevaba zapatos relucientes, color habano, y hacía muecas para no reírse y todo aquello era de risa. A lo mejor, en cada escalón había un negro con motas negras en los calcetines, haciendo muecas para no reírse. Las escaleras bajaban y bajaban en picado. No podía bajar y arriesgarse a que los negros le dieran palmadas en la espalda. Volvió al cuarto y a la ventana, se asomó y, allá abajo, vio el geranio.

El hombre seguía sentado donde debería haber estado la planta.

—Oiga usté, que no l'he visto recogerlo —le dijo.

El viejo Dudley lo miró fijamente.

—A usté lo tengo visto de otras veces —le dijo el hombre—. Lo veo ahí sentao, to los días en esa silla vieja, mirando por la ventana, mirando lo qu'hacemos en mi apartamento. Lo que yo hago en mi apartamento es asunto mío, ¿s'entera? No me gusta que la gente mire lo que yo hago.

Estaba tirado allá abajo, en el callejón, con las raíces al aire.

—Y mucho cuidao, yo aviso una sola vez —dijo el hombre, y se apartó de la ventana.

EL BARBERO[2]

En Dilton los liberales lo tienen crudo. Después de las elecciones primarias del Partido Demócrata, reservadas sólo para los blancos, Rayber se cambió de barbero. Tres semanas antes, mientras lo afeitaba, el barbero le preguntó:

—¿Por quién vas a votar?

—Por Darmon —contestó Rayber.

—¿Qué? ¿Aficionao a los negros?

Rayber se revolvió en el sillón. No había esperado un planteamiento tan brutal.

—No —dijo.

De no haberlo pillado desprevenido, le habría contestado: «No soy aficionado ni a los negros ni a los blancos». Eso mismo le había dicho en otra ocasión a Jacobs, el de filosofía, y, para demostrarte lo crudo que lo tienen en Dilton los liberales, Jacobs, un hombre preparado como él, había mascullado: «Vaya postura más tibia la tuya».

«¿Por qué?», había preguntado Rayber a bocajarro. Sabía que era capaz de ganarle la discusión a Jacobs.

Jacobs le había contestado: «Dejémoslo». Tenía clase. Rayber se dio cuenta de que, con frecuencia, las clases de Jacobs empezaban justo cuando le iba a ganar una discusión.

«No soy aficionado ni a los negros ni a los blancos», le habría dicho Rayber al barbero.

El barbero dibujó una senda limpia en la capa de espuma y luego apuntó a Rayber con la navaja.

—Te lo digo yo —le comentó—, ahora no hay más que dos bandos, los blancos y los negros. En esta campaña lo ve to el mundo. ¿Sabes lo que dijo Hawk? Qu'hace ciento cincuent'años los negros se perseguían pa comerse, que a los pájaros los mataban con piedras preciosas y a los caballos l'arrancaban el pellejo con los dientes. Un día va un negro a una barbería blanca de Atlanta y dice: «Córteme'l pelo». Lo echaron a patadas, pa que veas, es como yo te digo. Y te cuent'otra, el mes pasao, en Mulford, tres hienas negras se cargaron a un blanco y se llevaron la mitá de las cosas que tenía en la casa, ¿y sabes ande están ahora? Sentaos en la cárcel del condao, jalando como el presidente de Estados Unidos… ¿en la cadena de presos ellos?, eso sí que no, porque ojo que podrían ensuciarse o podría venir uno d'esos aficionaos a los negros y morirse de pena viéndolos juntar piedras. Te voy a decir una cosa… Na volverá estar en su sitio hasta que nos saquemos d'encima a esos parapocos y consigamos un hombre que ponga estos negros en su sitio. Te lo digo yo.

»¿M'has oído, George? —le gritó al chico moreno que limpiaba el suelo alrededor de los lavabos.

—Sí —contestó George.

Era hora de que Rayber dijese algo, pero no se le ocurría nada adecuado. Quería decir algo que George entendiera. Se quedó asombrado de que hubiesen metido a

George en la conversación. Se acordó de Jacobs cuando le contó que había dado clases durante una semana en una universidad para negros. No podían decir «negro, moreno, gente de color». Jacobs le contó que todas las noches, cuando volvía a casa, se asomaba a la ventana de atrás y gritaba: «negro, negro, y negro». Rayber se preguntó cuál sería la tendencia de George. Era un chico de aspecto limpio y ordenado.

—Si un negro entra en mi barbería con esa prepotencia y me pide un corte de pelo, ya verías tú cómo se lo cortaba. —El barbero hizo un ruido con los dientes—. ¿Qué? ¿Y tú tamién eres un parapoco? —le preguntó.

—Voto por Darmon, si a eso te refieres —contestó Rayber.

—¿Y de Hawkson no oístes hablar nunca?

—Tuve ese placer —respondió Rayber.

—¿Escuchastes s'último discurso?

—No, tengo entendido que sus declaraciones no cambian de un discurso a otro —comentó Rayber, tajante.

—¿Ah, no? —dijo el barbero—. ¡Pues s'último discurso fue pa alquilar balcones! El viejo Hawk les cantó las cuarenta a esos parapocos.

—Hay mucha gente —dijo Rayber— que considera que Hawkson es un demagogo.

Se preguntó si George sabría qué significaba «demagogo». Debería haber dicho «político mentiroso».

—¡Demagogo! —El barbero se dio una sonora palmada en la rodilla y gritó—: ¡Justo lo que dijo Hawk! —aulló—. ¡Vaya patada les dio! «Amigos —les dice—, estos parapocos andan diciendo que soy un demagogo». Después da un paso atrás y pregunta así, suavito: «Decidme vosotros, ¿soy un demagogo?». Y la gente grita: «¡Nooo, Hawk, no eres ningún demagogo!». Y ahí s'adelanta gritando: «¡Claro que sí, soy el mejor demagogo del estado!». ¡Tenías que ver cómo rugía la gente! ¡Pa alquilar balcones!

—Todo un espectáculo —comentó Rayber—, pero eso no quiere decir que…

—Parapoco —masculló el barbero—. Te has dejao engañar por ellos, y cómo. Deja que te diga una cosa…

Hizo un repaso del discurso que Hawkson había pronunciado el Cuatro de Julio. También había sido para alquilar balcones y había terminado con una poesía. ¿Y quién era Darmon? Quiso saber Hawk. Eso, ¿y quién era Darmon?, había rugido la multitud. Pero ¿cómo? ¿No lo sabían? Era el pastorcito del cuento que toca el cuerno. Sí. Los niños van al prado y los negros al infierno. ¡Ja! Rayber tendría que haber oído ese discurso. Ni un solo parapoco habría aguantado aquel chaparrón.

Rayber pensó que si el barbero leyera unos cuantos…

Pues no, no tenía por qué leer nada. Lo único que tenía que hacer era pensar. Ese era el problema de la gente de hoy en día, que no pensaba, no usaba el sentido común. ¿Por qué no pensaba Rayber? ¿Dónde estaba su sentido común?

«¿Para qué me agobio así?», se dijo Rayber, irritado.

—¡No, señor! —exclamó el barbero—. Las grandes palabras no le sirven de na a nadie. Lo qu'hay qu'hacer es pensar.

—¡Pensar! —gritó Rayber—. ¿Y lo que haces tú es pensar?

—Escúchame —le dijo el barbero—, ¿sabes lo que le dijo Hawk a la gente en Tilford?

En Tilford, Hawk les había dicho que a él los negros le caían bien siempre que se quedaran en su sitio, y que, si no se quedaban en su sitio, él sabía dónde mandarlos. ¿Qué tal?

Rayber quiso saber qué tenía aquello que ver con pensar.

El barbero creía que estaba más claro que el agua lo que aquello tenía que ver con pensar. Y creía unas cuantas cosas más y se las dijo a Rayber. Le dijo que debería haber escuchado los discursos de Hawkson en Mullin's Oak, Bedford y Chickerville.

Rayber volvió a reclinarse en el sillón y le recordó al barbero que estaba allí para que lo afeitaran.

El barbero puso otra vez manos a la obra. Le dijo a Rayber que debería haber escuchado el de Spartasville.

—No quedó un solo parapoco en pie, y a tos los pastorcitos se les rompieron los cuernos. Y Hawk dijo —comentó el barbero— que había llegao la hora de pararles los…

—Tengo una cita —dijo Rayber—. Tengo prisa.

¿Qué necesidad tenía de quedarse a escuchar todas esas sandeces?

Por más paparruchas que fuesen, aquella sarta de necedades lo acompañó el resto del día, y esa noche volvió a oírlas con machacona insistencia cuando ya se había metido en la cama. Comprobó indignado que repasaba la conversación e iba intercalando lo que habría dicho si hubiera podido prepararse. Se preguntó cuál habría sido la reacción de Jacobs. Jacobs tenía un modo de comportarse que inducía a la gente a pensar que sabía más de lo que Rayber creía que sabía. Era un buen truco en su profesión. Rayber se divertía analizándolo. Jacobs se habría enfrentado al barbero con mucha calma. Rayber volvió a repasar la conversación pensando de qué manera lo habría hecho Jacobs. Y acabó haciendo lo mismo que él.

Cuando le tocó ir otra vez a la barbería, ya se le había olvidado la polémica. Al parecer, al barbero también se le había olvidado. Liquidó el tema del tiempo y se quedó callado. Rayber se preguntaba qué habría esa noche para cenar en su casa. A ver… era martes. Los martes, su mujer preparaba conserva de carne. Abría una lata de carne y la horneaba con queso, un trozo de carne y un trozo de queso, quedaba a rayas, ¿por qué todos los martes tenemos que comer siempre lo mismo? Si no te gusta, nadie te…

—¿Qué? ¿Sigues siendo un parapoco?

Rayber volvió la cabeza de sopetón.

—¿Cómo?

—Que si sigues a favor de Darmon.

—Sí —contestó Rayber, y su mente acudió rauda a la reserva de respuestas.

—A ver, vosotros, los maestros, sois… no sé…

Lo notaba confundido. Rayber se dio cuenta de que no estaba tan seguro de sí mismo como la vez anterior. Probablemente se sintiera en el deber de hacer hincapié en una nueva cuestión.

—Se comenta que, después de lo que Hawk dijo sobre los sueldos de los maestros, a lo mejor lo votáis a él. Bueno, parece que ahora os conviene. ¿Por qué no? ¿No quieres más dinero?

—¡Más dinero! —rió Rayber—. ¿Es que no sabes que un gobernador de porquería me haría perder más dinero del que puede llegar a darme? —Se dio cuenta de que finalmente se había puesto a la misma altura del barbero—. Vaya, que son demasiados los tipos de personas que no le gustan —adujo—. Me costaría el doble que Darmon.

—¿Y qué si costara el doble? —le soltó el barbero—. Yo no soy un agarrao con el dinero cuando es pa algo bueno. Aquí donde me ves, pagaría por la calidá sin problemas.

—¡No me refería a eso! —intentó explicarse Rayber—. ¡No es…!

—De tos modos, el aumento que prometió Hawk no es pa los maestros como él —aclaró alguien desde el fondo de la barbería. Un gordo con el aire y la seguridad de un ejecutivo se acercó a Rayber—. Él enseña en la universidad, ¿no?

—Sí —contestó el barbero—, es verdá. A él no le tocaría el aumento de Hawk, pero tampoco le tocaría aumento si ganara Darmon.

—Baah, algo le tocaría. Toas las escuelas están a favor de Darmon. Pueden llegar a sacar tajada… libros gratis, escritorios nuevos, cosas d’ésas. Así son las reglas del juego.

—Unas escuelas mejores —farfulló Rayber, indignado—, beneficiarían a todos.

—Huy, eso lo vengo oyendo yo desde hace un montón de tiempo —adujo el barbero.

—Ya lo ves —explicó el hombre—, no hay manera que las escuelas carguen con nada. Y después, pasa lo que pasa… benefician a tos.

El barbero se echó a reír.

—Si alguna vez pensaras en… —comenzó a decir Rayber.

—A lo mejor a ti te ponen un escritorio nuevo en el aula —se carcajeó el hombre —. ¿Tú cómo lo ves, Joe? —Le dio un codazo al barbero.

A Rayber le entraron ganas de darle una patada en la mandíbula a aquel hombre.

—¿Tú tienes idea de lo que es razonar? —masculló.

—Tú habla to lo que quieras —le dijo el hombre—. Pero de lo que no te das cuenta es qu’esto es un asunto serio. ¿Qué tal te sentaría tener un par de caras negras mirándote desd’el fondo del aula?

Rayber tuvo un momento de ceguera cuando notó como si algo invisible lo

hubiese derribado a golpes. Entró George y se puso a limpiar los lavabos.

—Estoy dispuesto a enseñarle a cualquiera que esté dispuesto a aprender, sea blanco o negro —contestó Rayber. Se preguntó si George había levantado la vista del suelo.

—Pos muy bien —convino el barbero—, pero no revueltos, ¿eh? ¿A ti te gustaría ir a una escuela pa blancos, George? —gritó.

—Ni loco —contestó George—. S'han acabao los polvos. Los d'aquí son los últimos. —Los esparció por el lavabo.

—Ves a por más —le ordenó el barbero.

—Ha llegao la hora —prosiguió el ejecutivo—, tal como dijo Hawkson, de pararles los pies a base de bien.

A continuación, hizo un repaso del discurso que Hawkson había pronunciado el Cuatro de Julio.

A Rayber le entraron ganas de estamparlo contra el lavabo.

El día estaba bochornoso y las moscas no daban tregua, lo único que le faltaba era tener que escuchar a un gordo imbécil. Por el cristal ahumado de la ventana, alcanzaba a ver la plaza del juzgado envuelta en un frescor azul verdoso. ¿Por qué no se daría prisa el barbero? Se concentró en la plaza de allá fuera y se imaginó que estaba justo allí donde, tras mirar a los árboles, adivinaba que corría algo de brisa. Varios hombres recorrieron tranquilos el sendero que iba al juzgado. Rayber miró con más atención y creyó reconocer a Jacobs. Pero Jacobs tenía una clase a última hora de la tarde. Pero era Jacobs, seguro. ¿O no? Si era él, ¿con quién estaría hablando? ¿Con Blakeley? ¿Sería Blakeley? Entrecerró los ojos. Tres muchachos de color, vestidos con trajes de barbilindos, se paseaban por la acera. Uno de ellos se agachó de manera que Rayber sólo alcanzó a verle la cabeza, y los otros dos se repantigaron contra la ventana de la barbería y le taparon la vista. «¿Por qué diablos no se irán a otra parte?», pensó Rayber con rabia.

—Date prisa —le ordenó al barbero—, que tengo una cita.

—¿A qué viene tanta prisa? —le preguntó el gordo—. Mejor te quedas a defender al pastorcito.

—Por cierto, todavía no nos dijistes por qué vas a votar por él. —El barbero se rió entre dientes mientras le quitaba a Rayber la toalla que llevaba alrededor del cuello.

—Es verdá —comentó el gordo—, a ver si lo esplica sin decir que va hacer un buen gobierno.

—Tengo una cita —insistió Rayber—. No puedo quedarme.

—Lo que pasa es que ya sabes que Darmon es un desastre y no vas a poder decir na bueno d'él —aulló el gordo.

—Escúchame bien —dijo Rayber—, la semana que viene voy a volver y te daré todas las razones que quieras para votar por Darmon… mejores de las que me diste tú a mí para votar por Hawkson.

—Ya me gustaría a mí verlo —intervino el barbero—. Porque te digo una cosa,

no vas a poder.

—Eso ya lo veremos —dijo Rayber.

—Y no te olvides —le recordó el gordo, insidioso—, na d'hablar de buen gobierno.

—No diré nada que no puedas entender —masculló Rayber, y a continuación se sintió como un idiota por mostrarse irritado. El gordo y el barbero sonreían—. Os veré el martes. —Se despidió y salió.

Estaba disgustado consigo mismo por haber dicho que les daría razones. Habría que elaborar esas razones… sistemáticamente. Las ideas no le venían a la cabeza en un pispas como a ellos. Ojalá le vinieran así como así. Ojalá el término «parapoco» no fuera tan acertado. Ojalá Darmon mascara tabaco y lanzara salivazos. Habría que elaborar esas razones… Le costaría tiempo y esfuerzo. ¿Qué diablos estaba pensando? ¿Por qué no iba a elaborarlas? Si se lo proponía, era capaz de poner de vuelta y media a todos los de la barbería.

Cuando llegó a casa, ya tenía un esquema de la argumentación. Debía completarlo sin palabras superfluas, sin palabras grandilocuentes… No era tarea fácil, ya lo veía.

Puso manos a la obra enseguida. Trabajó hasta la hora de la cena y consiguió escribir cuatro oraciones… las cuatro llenas de tachones. En mitad de la cena, se levantó para ir a su escritorio y cambiar una. Después de la cena, tachó la corrección.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? —le preguntó su mujer.

—A mí nada —contestó Rayber—. ¿Por? Tengo que trabajar, es todo.

—No seré yo quien te lo impida —dijo ella.

Cuando su esposa hubo salido, le dio una patada a la placa suelta del fondo del escritorio. A las once de la noche había escrito una página. A la mañana siguiente, le resultó más fácil y a mediodía lo había terminado. Le pareció que era bastante categórico. Empezaba así: «Hay dos razones por las que los hombres eligen a otros para que manden». Y terminaba así: «Los hombres que usan las ideas sin medirlas caminan en el viento». Le pareció que la última frase era bastante efectiva. Le pareció que todo el conjunto era bastante efectivo.

Por la tarde llevó lo que había escrito al despacho de Jacobs. Blakeley también estaba, pero se fue. Rayber le leyó el trabajo a Jacobs.

—Bien —dijo Jacobs—. ¿Y? ¿Qué es lo que te propones?

Mientras Rayber le leía su trabajo, Jacobs anotaba cifras en un registro. Rayber se preguntó si no estaría ocupado.

—Defenderme de los barberos —le contestó—. ¿Alguna vez intentaste discutirle a un barbero?

—Yo nunca discuto —le dijo Jacobs.

—Eso es porque no has topado con este tipo de ignorancia —le explicó Rayber —. Nunca la has experimentado.

—Por supuesto que sí —bufó Jacobs.

—¿Y cómo te fue?

—Yo nunca discuto.

—Pero sabes que tienes razón —insistió Rayber.

—Yo nunca discuto.

—Pues yo sí, yo voy a discutir —le dijo Rayber—. Voy a decir lo apropiado con la misma rapidez que ellos dicen lo que no deben. Entiéndeme —aclaró—, no se trata de convertir a nadie, sino de defenderme.

—Te entiendo —dijo Jacobs—. Ojalá lo consigas.

—¡Ya lo he hecho! Lee mi trabajo. Aquí lo tienes. —Rayber se preguntó si Jacobs era un poco burro o si estaría preocupado.

—De acuerdo, déjamelo por aquí. No se te vaya a estropear el cutis de tanto discutir con los barberos.

—Se ha de hacer —dijo Rayber.

Jacobs se encogió de hombros.

Rayber había confiado en poder analizarlo a fondo con él.

—Yo me voy, hasta la vista —lo saludó.

—Adiós —contestó Jacobs.

Rayber se preguntó para qué se habría molestado en leerle su trabajo.

El martes por la tarde, antes de ir a la barbería, Rayber estaba nervioso y se le ocurrió que, para ir practicando, ensayaría con su mujer. Lo ignoraba, pero ella estaba a favor de Hawkson. Cada vez que él le hablaba de las elecciones, ella se las arreglaba para decirle: «El hecho de que enseñes no significa que lo sepas todo». ¿Alguna vez había dicho que sabía algo? Tal vez fuera mejor no llamarla. Pero quería oír qué tal sonaría dicho así, como quien no quiere la cosa. No era largo; no la entretendría demasiado. Probablemente a su mujer le iba a molestar que la llamara. Pese a ello, tal vez lo que le dijera podía ejercer algún efecto en ella. Tal vez… La llamó.

Su mujer le dijo que sí, pero que tendría que esperar a que acabara lo que estaba haciendo; daba la impresión de que siempre estaba ocupada con algo, o tenía que marcharse o hacer algún recado.

Él le dijo que no podía esperar todo el día, faltaban tres cuartos de hora para que la barbería cerrara, le pidió que le hiciera el favor de darse prisa.

Su mujer llegó secándose las manos y le dijo que de acuerdo, que ahí estaba, ¿o acaso no estaba ahí? Adelante.

Empezó a decirlo con fluidez, como quien no quiere la cosa, mirando por encima de la cabeza de su mujer. El sonido de su voz al pronunciar las palabras no estaba mal. Se preguntó si eran las palabras o su tono lo que las hacía sonar como sonaban. Hizo una pausa en mitad de una frase y de reojo observó a su mujer para ver si su expresión le daba alguna pista. Ella tenía la cabeza ligeramente vuelta hacia la mesa que estaba junto a su silla, donde había una revista abierta. En cuanto se calló, ella se levantó.

—Ha estado bien —dijo, y volvió a la cocina.

Rayber salió para la barbería. Caminaba despacio, pensando en lo que iba a decir, de vez en cuando se detenía para mirar distraídamente algún escaparate. En el de Block's Feed Company exponían unos matagallinas automáticos, «Para que hasta el más tímido pueda matar sus propias aves», rezaba el cartel colocado en lo alto de los aparatos. Rayber se preguntó si lo utilizarían muchos tímidos. Cuando ya estaba cerca de la barbería, por la puerta vio de refilón que el tipo con la seguridad de un ejecutivo estaba sentado en el rincón, leyendo el periódico. Rayber entró y colgó el sombrero.

—¡Hola! —lo saludó el barbero—. No es el día que ha hecho más calor, ¿verdá?

—Ya hace bastante —contestó Rayber.

—Pronto s'acaba la temporada de caza —comentó el barbero.

Pues muy bien, tuvo ganas de decir Rayber, empecemos de una vez. Pensó que elaboraría sus razones a partir de los comentarios de ellos. El gordo ni se había fijado en él.

—Si hubieras visto el nido de codornices que encontró mi perro el otro día —siguió diciendo el barbero mientras Rayber ocupaba el sillón—. Salieron volando la primera vez y cogimos cuatro, luego volvieron a levantar el vuelo y cogimos dos. No'stá mal.

—Nunca he cazado codornices —comentó Rayber con voz ronca.

—No hay na mejor qu'ir a cazar codornices con un negro, un sabueso y una escopeta —dijo el barbero—. Te has perdío mucho en la vida si no lo has probao.

Rayber carraspeó y el barbero siguió trabajando. En el rincón, el gordo pasó una página. «¿Para qué se piensan que he venido?», se preguntó Rayber. No era posible que se hubiesen olvidado. Esperó, y, mientras tanto, escuchaba el zumbido de las moscas y el murmullo de los hombres que conversaban en el fondo. El gordo pasó otra página. Rayber oyó a George barrer el suelo en algún lugar del local, detenerse, volver a barrer y entonces…

—Esto… ¿Sigues apoyando a Hawkson? —le preguntó Rayber al barbero.

—¡Sí! —rió el barbero—. ¡Claro! Se m'había olvidao. Ibas a esplicarnos por qué vas a votar a Darmon. ¡Eh, Roy! —le gritó al gordo—, vente pa acá. Nos va contar por qué tenemos que votar al pastorcito.

Roy gruñó, pasó otra página y murmuró:

—Ya voy, déjame terminar este artículo.

—¿A quién tienes ahí, Joe? —preguntó a los gritos uno de los hombres del fondo —, ¿a uno de los muchachos q'hacen un buen gobierno?

—Sí —dijo el barbero—. Nos va dar un discurso.

—Anda que no me he tragao yo discursos —dijo el hombre.

—Pero ninguno de Rayber —dijo el barbero—. Rayber es buen tipo. Votar no sabe, pero es buen tipo.

Rayber se puso colorado. Dos de los hombres se acercaron.

—No es ningún discurso —pretextó Rayber—. Yo sólo quiero discutirlo con

vosotros… con sensatez.

—Anda, Roy, vente pa acá —gritó el barbero.

—¿En qué tratas de convertir esto? —masculló Rayber; y luego añadió de sopetón—: Si llamas a todo el mundo, ¿por qué no llamas también a tu chico, a George? ¿Tienes miedo de que se entere?

El barbero miró a Rayber un momento sin decir nada. Rayber sintió como si se hubiese tomado demasiadas libertades.

—Ya se entera —dijo el barbero—. Desde ande está ya se entera.

—He pensado que a lo mejor le podía interesar —dijo Rayber.

—Ya se entera —repitió el barbero—. Ya se entera de lo que se entera y es capaz de enterarse del doble. Es capaz de enterarse de lo que dices y tamién de lo que no dices.

Roy se acercó doblando el periódico.

—Hola, muchacho —saludó poniéndole la mano en la cabeza a Rayber—, a ver ese discurso.

Rayber se sintió como si estuviera atrapado en una red y luchara por salir. Lo miraban desde arriba con las caras rojas y sonrientes. Oyó las palabras salir con dificultad… «Pues bien, tal como yo lo entiendo, los hombres eligen…». Sintió que le salían de la boca como vagones de carga, traqueteando, atropellándose, frenando despacio, deslizándose con un chirrido hasta detenerse de repente, bruscamente, como habían empezado. Se había acabado. A Rayber le crispó que acabara tan pronto. Por un segundo, todos se quedaron en silencio, como si esperasen que continuara.

Y luego:

—¡A ver! ¿De tos los qu'estáis aquí cuántos vais a votar al pastorcito? —gritó el barbero.

Algunos de los hombres se volvieron y rieron por lo bajo. Uno se desternilló.

—Yo —contestó Roy—. Yo me voy ahora mismo pa allá, mañana quiero ser el primero en votar al pastorcito.

—¡Un momento! —gritó Rayber—, yo no trato de…

—George —aulló el barbero—, ¿has oído ese discurso?

—Sí, jefe —contestó George.

—¿Por quién vas a votar, George?

—Yo no trato de… —chilló Rayber.

—Y… me se ocurre que a lo mejor no me dejan votar —continuó diciendo George—. Si me dejan, yo por el señor Hawkson.

—¡Un momento! —chilló Rayber—, ¿os pensáis que trato de haceros cambiar de parecer? ¿Quién os creéis que soy? —Agarró al barbero del hombro y lo obligó a darse la vuelta—. ¿Te crees que yo iba a hacer algo para tratar de remediar vuestra maldita ignorancia?

El barbero se quitó la mano de Rayber del hombro.

—No te pongas nervioso —le dijo—, a tos nos ha pareció un buen discurso. Lo vengo diciendo desde el principio… tienes que pensar, tienes que…

Se echó hacia atrás cuando Rayber lo golpeó y acabó sentado en el reposapiés del sillón de al lado.

—Nos ha parecío un buen discurso —concluyó el barbero sin apartar la vista de la cara blanca y medio enjabonada de Rayber, que lo miraba colérico desde arriba—. Es lo que vengo diciendo desd'el principio.

Rayber se encendió; se le puso el cuello rojo. Se dio la vuelta, se abrió paso rápidamente entre los hombres que lo rodeaban y fue a la puerta. Fuera, el sol hacía que todo flotara en un charco de calor; y antes de que acabara de doblar la primera esquina, casi corriendo, la espuma comenzó a colársele por el cuello y a caer sobre el peinador que le colgaba a la altura de las rodillas.

EL LINCE[3]

I

El viejo Gabriel cruzó el cuarto arrastrando los pies, moviendo el bastón al frente, despacio y de lado.

—¿Quién and'ahí? —susurró asomándose a la puerta—. Güelo cuatro negros.

Sus risas suaves, apagadas, se elevaron por encima del murmullo de la rana y se transformaron en voces.

—¿Eso es to lo que sabes hacer, Grabiel?

—¿Vas a venir con nosotros, agüelo?

—Tendrías qu'oler mucho mejor pa decir quiénes somos.

El viejo Gabriel avanzó un poco por el porche.

—Está el Matthew y el George y el Willie Myrick. ¿Y el otro quién es?

—El Boon Williams, agüelo.

Gabriel tanteó con el bastón hasta dar con el borde del porche.

—¿Qu'estáis haciendo? Sentaros conmigo un rato.

—Esperamos al Mose y al Luke.

—Vamos a cazar a ese lince.

—¿Y con qué lo vais a cazar? —masculló el viejo Gabriel—. No tenéis na que sirva pa matar un lince. —Se sentó en el borde del porche con las piernas colgando —. Ya se lo dije al Mose y al Luke.

—¿Y cuántos linces matastes tú, Grabiel? Sus voces le llegaron a través de la oscuridad, cargadas de leve burla.

—Cuando era niño, hubo una vez un lince —empezó Gabriel—. Andaba por aquí buscando sangre. Una noche entró por la ventana d'una cabaña y diun salto se metió en la cama con un negro y liabrió el gaznate al negro antes que le diera tiempo a gritar.

—Ese lince está en el bosque, agüelo. Sale na más pa matar vacas. El Jupe Williams lo vio un día cuando iba pa l'aserradero.

—¿Y qué hizo?

—Salir corriendo. —Sus risas se elevaron otra vez por encima de los ruidos de la noche—. Pensó qu'iba a por él.

—Iba a por él —murmuró el viejo Gabriel.

—Iba a por las vacas.

Gabriel husmeó el aire.

—Sale del bosque a por algo más que las vacas. Ése va buscando sangre de hombre. Y, si no, al tiempo. Y vosotros queréis ir a cazarlo, pero no lo vais a

conseguir. El que va ir de caza es él. Lo vengo oliendo.

—¿Y cómo sabes qu'es a él que güeles?

—Por como güele el lince. No se confunde con na. Por aquí no pasaban desde que yo era chico. ¿Por qué no os sentáis tos un rato? —insistió.

—Agüelo, ¿no tienes miedo d'estarte aquí sentao tú solo?

El viejo Gabriel se puso tenso. Tanteó en busca del poste para levantarse.

—Si esperáis al Mose y al Luke —dijo—, mejor qu'os pongáis en camino. Se fueron tos pa tu casa hace una hora.

II

—¡Entra d'una vez, te digo! ¡Qu'entres ara mismo!

El niño ciego estaba solo, sentado en los escalones, con los ojos clavados al frente.

—¿Ya se fueron tos los hombres? —gritó él.

—Tos menol viejo Hezuh. Entra.

Le daba mucha rabia tener que entrar… con las mujeres.

—Yo lo güelo —dijo.

—Entra ara mismo, Grabiel.

Entró y caminó hasta la ventana. Las mujeres le rezongaban.

—Quédate en la casa, niño.

—Sentao ahí fuera vas hacer qu'el lince venga hasta aquí adentro.

Por la ventana no entraba nada de aire, rascó el postigo en busca del pestillo para abrirlo.

—No abras la ventana, niño. Que nosotras no queremos qu'el lince entraquí diun salto.

—Podía haberm'ido con ellos —dijo él, resentido—. Como lo güelo, podía'visarles. No tengo miedo.

Encerrao con ellas, ni que fuera una mujer.

—Reba dice qu'ella tamién lo güele.

Él oyó a la vieja refunfuñar en el rincón.

—De na les va servir ir a cazarlo —se quejó—. Anda por aquí. Dando vuelt'ahí fuera. Si entra aquí diun salto, me cogerá a mí primera, después va ir a por el chico, después va ir a por…

—Cierra la boca, Reba —oyó decir a su madre—. Qu'a mi niño lo cuido yo.

Él sabía cuidarse sólito. No tenía miedo. Olía al lince… Reba y él lo olían. Primero iba a saltar sobre ellos dos; primero sobre Reba y después sobre él. Era como un gato normal, pero un poco más grande, decía su madre. Las zarpas de un gato normal pinchaban cuando las palpabas, las del lince cortaban como cuchillos, y los

dientes también cortaban como cuchillos, soltaba fuego por la boca y escupía cal viva. Gabriel notaba esas zarpas en los hombros, y esos dientes en la garganta. Pero no iban a quedarse ahí. Con los dos brazos, lo iba a agarrar del cuerpo al lince, le iba a buscar el cogote y le iba a dar un tirón a la cabeza así, para atrás, hasta hacer que los dos se cayeran al suelo e iba a hacer que le sacara las zarpas de los hombros. Y entonces le iba a dar un mamporro en la cabeza y otro, y otro, y otro más…

—¿Quién va con el viejo Hezu? —preguntó una de las mujeres.

—Sólo la Nancy.

—Tendría qu'haber alguien más —dijo su madre en voz baja.

Reba gimió.

—Al que salga l'agarrará antes que llegue a ninguna parte. And'ahí fuera, os lo digo yo. Se v'acercando más y más. Me va agarrar a mí, seguro.

Él lo olía mucho.

—¿Y cómo va entrar? Estáis alborotando pa na.

Esa era la flaca Minnie. Ésa no le tenía miedo a na. Le habían echao el mal de ojo desde chiquita, bruja había salío.

—Va entrar muy fácil si quiere —resopló Reba—. Va romper esa gatera y va entrar.

—Cuando pas'eso podemos estar en casa de la Nancy —dijo Minnie, desdeñosa.

—Vosotras sí podéis —masculló la vieja.

Él y ella no iban a poder, lo sabía. Pero él se quedaría y pelearía. ¿Ves a ese cieguito d'ahí? ¡Es el que mató al lince!

Reba empezó a refunfuñar.

—¡Cállate! —ordenó su madre.

El refunfuño se transformó en canto… Le salía bajito de la garganta.

Señor, Señor

Hoy veré a tu peregrino.

Señor, Señor,

Hoy veré a…

—¡Calla! —siseó su madre—. ¿Qué s'oye ahí fuera?

Gabriel se inclinó hacia delante, envuelto en el silencio, rígido, alerta.

Era un golpecito y otro más, seguido quizá a lo lejos de un gruñido, y luego un grito, muy lejos, cada vez más fuerte, más fuerte, más cerca, más cerca, subía la colina y bajaba al patio y llegaba al porche. La cabaña se sacudió al embestir un cuerpo contra la puerta. Dentro del cuarto se notó una ráfaga y entró el grito. ¡Nancy!

—¡L'agarró! ¡L'agarró, entró diun salto por la ventana y se le tiró al cuello! Al Hezuh —lloró Nancy—, al viejo Hezuh.

Los hombres regresaron más tarde, esa misma noche, con un conejo y dos ardillas.

III

En medio de la oscuridad, el viejo Gabriel se volvió sigiloso para la cama. Podía sentarse en la silla un rato o acostarse. Se echó en la cama, hundió la nariz en el olorcito y la suavidad del edredón. De na le iba a servir eso. Al otro lo había olido lo mismo. Lo había estao oliendo, oliendo desde que todo el mundo había empezao a hablar de él. Lo olió una noche… distinto de los otros olores que flotaban en el aire, distinto del olor a negro, a vaca, a tierra. Lince. Tull Williams lo había visto saltar encima de un toro.

Gabriel se incorporó de repente. Andaba cerca. Salió de la cama y fue hasta la puerta. Esta de aquí la había atrancao; la otra estaría abierta. Entraba brisa, caminó hacia donde soplaba y sintió el aire de la noche en la cara. Ésta estaba abierta. La cerró con fuerza y la atrancó. ¿De qué servía eso? Si al lince se le había metió en la cabeza que iba entrar, entraba. Regresó a la silla y se sentó. Entraría por el este, si le daba la gana. Notó pequeñas corrientes a su alrededor. Al lado de la puerta había un agujero por donde entraba el perro; el lince era capaz de roerlo y de entrar por ahí antes que a él le diera tiempo a salir. A lo mejor si se sentaba al lao de la puerta de atrás, podía escaparse más rápido. Se levantó y cruzó el cuarto llevando la silla a rastras. El olor estaba más cerca. Mejor se ponía a contar. Iba a contar hasta mil. No había ni un negro que supiera contar tanto en diez kilómetros a la redonda. Empezó a contar.

Faltaban seis horas pa que el Moses y el Luke volvieran. Mañana a la noche no se irían; pero el lince se le iba echar encima esa noche. Dejarme ir con vosotros, muchachos, que yo lo güelo y vosotros lo agarráis. Yo soy el que los güelo mejor.

Si lo llevaban, lo iban a perder en el bosque, le dijeron. Lo de cazar linces no era pa él.

A mí no me da miedo ningún lince ni tampoco ningún bosque. Dejarme que os acompañe, muchachos, dejarme.

No hay razón para que tengas miedo de quedarte solo, se rieron. Que no te va agarrar. Si tienes miedo, te acompañamos a la casa de la Mattie.

¡A la casa de la Mattie! ¡Acompañarlo a la casa de la Mattie a él! A estar sentao con las mujeres. Pero ¿qué os habéis pensao? Yo no le tengo miedo a ningún lince. Pero va venir, muchachos; y no estará en el bosque… estará aquí. Vais a perder el tiempo en el bosque. Si os quedáis aquí, lo agarraréis.

¿No tenía que ponerse a contar? ¿En dónde había quedao? Quiñentos cinco, quiñentos seis… ¡A la casa de Mattie! ¿Qué se habían pensao que era él? Quiñentos dos, quiñentos…

Se sentó muy tieso en la silla, con las manos apretaba bien fuerte el bastón que tenía cruzado sobre el regazo. A él no le iba a agarrar como si fuera una mujer. La camisa se le pegaba al cuerpo y soltaba un olor muy fuerte. Los hombres habían vuelto tarde, en la noche, con un conejo y dos ardillas. Empezó a acordarse del otro

lince, pero se acordaba como si hubiese estado en la cabaña del Hezuh y no con las mujeres. Se preguntó si él no sería Hezuh. Era Grabiel. A él no lo iba a agarrar como al Hezuh. Él le iba a pegar fuerte. Se lo iba a quitar de encima. Lo iba… ¿y cómo lo iba a hacer todo eso? Si hacía cuatro años que no le podía retorcer el cogote a una gallina. El lince lo iba a agarrar. No le quedaba otra cosa que esperar. El olor estaba cerca. A los viejos no les queda otra que esperar. Lo iba a agarrar esa noche. Los dientes estarían calientes y las zarpas frías. Las zarpas se le hincarían con suavidad, y los dientes cortarían como cuchillos y le rasparían los huesos por dentro.

Gabriel se notó empapado en sudor. Si yo lo güelo a él, él me güele a mí, y cómo, pensó. Yo aquí sentao con este olor y él me va oler y va venir. Doscientos cuatro… ¿Por dónde había quedao? Cuatrocientos cinco…

De repente, se oyeron unos arañazos cerca de la chimenea. Se sentó con el cuerpo hacia delante, tenso, la garganta hecha un nudo. «Vamos —susurró—. Estoy aquí. Esperando». No se podía mover. No conseguía moverse de ninguna de las maneras. Más arañazos. Él lo que no quería era sentir dolor. Pero tampoco quería esperar. «Estoy aquí…», se oyó otro… otro ruido muy bajito y luego un aleteo. Murciélagos. Aflojó la mano con la que aferraba el bastón. Tendría que haber sabío que no era. Todavía no andaba por el granero. ¿Qué le pasaba en la nariz? ¿Qué le pasaba a él? No había ni un negro en cien kilómetros a la redonda que pudiera oler como él. Oyó otra vez los arañazos, no venían del mismo lugar, venían del rincón de la casa donde estaba la gatera. Toc… toc… toc. Era un murciélago. Sabía que era un murciélago. Toc… toc. «Acástoy», susurró. No es ningún murciélago. Afirmó los pies para levantarse. Toc. «El Señor m'espera —murmuró—. No va quererme con toda la jeta rota. ¿Por qué no te vas, lince, por qué vienes a buscarme?». Ya estaba de pie. «El Señor no me quiere con marcas de lince». Avanzaba hacia la gatera. En la otra orilla del río, el Señor lo esperaba con una compañía de ángeles y una túnica dorada pa que él se la pusiera y cuando estuviera ante Él se pondría la túnica y se quedaría ahí, con el Señor y los ángeles, juzgando la vida. En cincuenta kilómetros a la redonda no había un solo negro mejor que él pa juzgar. Toc. Se detuvo. Lo olía ahí fuera, hozando la gatera. ¡Tenía que subirse a algo! ¿Pa qué iba a su encuentro? ¡Tenía que subirse a algo alto! Encima de la chimenea había una repisa clavada, se dio media vuelta como enloquecido, tropezó con una silla y la arrastró hasta la chimenea. Se agarró de la repisa, se subió a la silla y dio un salto, notó el estrecho tablón de la repisa debajo de él un momento, luego sintió que se doblaba, levantó los pies y oyó que la madera se quebraba separándose de la pared. Sintió el estómago darle un vuelco, un golpe seco y el tablón de la repisa cayó a sus pies; el travesaño de la silla le golpeó la cabeza y después, tras un instante de calma, oyó un grito animal, un gemido lastimero recorrer dos colinas y pasar a su lado, ya muy quedo; unos gruñidos cortos, enfurecidos, se impusieron por encima de los lastimeros gemidos de dolor. Gabriel se quedó sentado, muy tieso, en el suelo.

—Una vaca —dijo finalmente con un hilo de voz—. Una vaca.

Poco a poco, notó que los músculos se le aflojaban. La había agarrao antes a ella que a él. Ahora el lince ya se iría, pero mañana a la noche volvería. Se levantó temblando de la silla y llegó a la cama a trompicones. El lince había llegao a medio kilómetro de ahí. Él ya no tenía el olfato tan fino como antes. A los viejos no deberían dejarlos solos. Él ya les había dicho que no iban a encontrar na en el bosque. Mañana a la noche el lince volvería. Mañana a la noche ellos se iban a quedar ahí pa matarlo. Ahora quería dormir. Ya se lo había dicho él que no iban a encontrar ningún lince en el bosque. Les había dicho dónde iba estar el bicho. Si le hubieran hecho caso, ahora ya lo habrían cazado. Él lo que quería era morir en la cama, no quería morir tirao en el suelo con un lince agarrao a la jeta. El Señor está esperando.

Cuando despertó, la oscuridad se llenó de las cosas de la mañana. Oyó al Mose y al Luke en la cocina, y olió la panceta salada que freían en la sartén. Buscó el rapé y se llevó un pellizco a la nariz.

—¿Qu'habéis cazao? —preguntó, mordaz.

—Anoche no cazamos na. —Luke le puso el plato en las manos—. Aquí está tu panceta. ¿Cómo rompistes la repisa?

—No rompí ninguna repisa —masculló el viejo Gabriel—. La rompió'l viento y me despertó en mitá de la noche. Se tenía que caer. Todavía n'habéis hecho na que no s'haya roto.

—Conseguimos una trampa —dijo Mose—. Esta noche lo cazamos a ese lince.

—Seguro, muchachos —dijo Gabriel—. Esta noche seguro que viene. ¿No mató anoche una vaca a medio kilómetro d'aquí?

—Eso no quiere decir que va venir aquí —dijo Luke.

—Vas a ver que va venir aquí —insistió Gabriel.

—¿Cuántos linces matastes, agüelo?

Gabriel se detuvo; el plato de panceta le tembló en la mano.

—Sé lo que digo, muchacho.

—Lo vamos a coger pronto. Conseguimos una trampa en Ford's Woods. Estuvo dando vueltas por esos laos. Nos vamos a subir a un árbol, justo encima de la trampa, toas las noches, y vamos a esperar pa cogerlo.

Sus tenedores rascaban el fondo de los platos de hojalata como dientes afilados contra la piedra.

—¿Quieres más panceta, agüelo?

Gabriel dejó el tenedor sobre el edredón.

—No, muchacho —contestó—, no quiero más panceta.

La oscuridad lo rodeaba con su vacío y, a través de sus profundidades, gemían los gritos animales y se mezclaban con los latidos de su garganta.

LA COSECHA[4]

La señorita Willerton siempre quitaba las migas de la mesa. Era su hazaña doméstica especial y lo hacía con gran esmero. Lucia y Bertha fregaban los platos y Garner se iba a la sala a hacer el crucigrama del Morning Press. Así dejaban sola en el comedor a la señorita Willerton y a ella ya le iba bien. ¡Uff! En aquella casa el desayuno era siempre un suplicio. Lucia insistía en seguir siempre el mismo horario en el desayuno y las demás comidas. Lucia decía que desayunar a la misma hora contribuía a adquirir otras prácticas regulares, y, con lo propenso que era Garner a sufrir molestias, era fundamental que estableciesen algún método en las comidas. De esa manera, también se aseguraba de que él le pusiera agar-agar a las gachas de harina de trigo. «Como si después de llevar cincuenta años haciéndolo —pensó la señorita Willerton—, fuese capaz de hacer otra cosa». La polémica del desayuno empezaba siempre con las gachas de harina de trigo de Garner y terminaba con las tres cucharadas de piña triturada de la señorita Willerton. «Ya sabes lo de tu acidez, Willie —le decía siempre la señorita Lucia—, ya sabes lo de tu acidez», y entonces Garner ponía los ojos en blanco y soltaba algún comentario desagradable, y Bertha pegaba un salto y Lucia se mostraba afligida y la señorita Willerton saboreaba la piña triturada que acababa de tragarse.

Era un alivio quitar las migas de la mesa. Quitar las migas de la mesa le daba tiempo para pensar, y, si la señorita Willerton debía escribir un relato, antes tenía que pensarlo. Casi siempre pensaba mejor sentada delante de la máquina de escribir, pero por el momento tendría que conformarse con lo que había. En primer lugar, debía pensar un tema para el relato que iba a escribir. Eran tantos los temas sobre los que se podía escribir un cuento que a la señorita Willerton nunca se le ocurría ninguno. Era siempre la parte más difícil de escribir un cuento, ella siempre lo decía. Dedicaba más tiempo a pensar en algo sobre lo que escribir que a la escritura en sí. A veces descartaba un tema tras otro y, a menudo, tardaba una o dos semanas en decidirse por alguno. La señorita Willerton sacó el recogedor y la escobilla de plata y se puso a limpiar la mesa. «¿Y un panadero —se preguntó—, será un buen tema?». «Los panaderos extranjeros eran muy pintorescos», pensó. La tía Myrtile Filmer había dejado sus cuatricromías de panaderos franceses estampadas en sombreros con forma de hongo. Eran hombres magníficos, altos… rubios y…

—¡Willie! —gritó la señorita Lucia, entrando en el comedor con los saleros—. Por el amor de Dios, pon el recogedor debajo de la escobilla o echarás todas las migas sobre la alfombra. En lo que va de la semana le he pasado la aspiradora cuatro veces y no pienso volver a pasarla.

Si le has pasado la aspiradora no sería por las migas que se me caen a mí —le contestó la señorita Willerton, lacónica—. Siempre recojo las migas que se me caen. —Y aclaró—:

Y a mí se me caen bien pocas.

—A ver si esta vez lavas el recogedor antes de guardarlo —le soltó la señorita Lucia.

La señorita Willerton se echó las migas en la mano y las arrojó por la ventana. Llevó el recogedor y la escobilla a la cocina y los metió debajo de un chorro de agua fría. Los secó y los volvió a guardar en el cajón. Misión cumplida. Ahora podía ponerse delante de la máquina de escribir. Y estarse allí hasta la hora del almuerzo.

La señorita Willerton se sentó delante de la máquina de escribir y lanzó un suspiro. ¡A ver! ¿En qué había estado pensando? Ah, sí. En los panaderos. Ummm. Los panaderos. No, los panaderos, mejor no. Tenían poco de originales. Los panaderos no producían tensión social. La señorita Willerton clavó la vista en la máquina de escribir. A S D F G… sus ojos recorrieron las teclas. Ummm. «¿Y los maestros?», se preguntó la señorita Willerton. No. Por Dios, no. Los maestros siempre hacían que la señorita Willerton se sintiera rara. Sus enseñantes del Seminario Femenino Willowpool estaban bien, pero eran todas mujeres. El Seminario Femenino de Willowpool, recordó la señorita Willerton. La frase no le gustaba nada; Seminario Femenino de Willowpool… sonaba a biología. Ella se limitaba a decir que se había graduado en Willowpool. Los maestros hacían que la señorita Willerton se sintiera como si estuviera a punto de pronunciar algo mal. Además, los maestros no eran oportunos. Ni siquiera representaban un problema social.

Problema social. Problema social. Ummm. ¡Los aparceros!

La señorita Willerton nunca había intimado con ningún aparcero pero, reflexionó, como tema tendría tanto arte como cualquier otro, ¡y le permitirían conseguir ese aire de trascendencia social que tan útil resultaba en los círculos que esperaba conocer en sus viajes! «Siempre puedo sacarle partido —refunfuñó—, al tema de la lombriz intestinal». ¡Ya le iba saliendo! ¡Sin duda! Movió los dedos con nerviosismo sobre las teclas sin tocarlas. Después, de repente, empezó a escribir a gran velocidad.

«Lot Motun —registró la máquina— llamó a su perro». Una pausa abrupta siguió a la palabra «perro». La señorita Willerton siempre se esmeraba en la primera oración. «La primera oración —decía siempre—, le venía como… ¡como un chispazo! ¡Tal cual! —decía, y chasqueaba los dedos—, ¡como un chispazo!». Y sobre la primera oración construía su relato. «Lot Motun llamó a su perro», le había salido automáticamente a la señorita Willerton, y al releer la frase, decidió no sólo que «Lot Motun» era un nombre adecuado para un aparcero, sino que hacer que llamara a su perro era lo mejor que se podía esperar de un aparcero. «El perro levantó las orejas y, con el rabo entre las patas, se acercó a Lot». La señorita Willerton había escrito la frase antes de que le diera tiempo a advertir su error: dos «Lot» en un mismo párrafo. Resultaba desagradable al oído. La máquina de escribir retrocedió chirriando y la señorita Willerton escribió tres X sobre «Lot». Entre líneas anotó a lápiz: «Su amo». Ahora ya estaba lista para continuar. «Lot Motun llamó a su perro. El perro levantó las orejas y, con el rabo entre las patas, se acercó a su amo». «Y también tengo dos “perros” —pensó la señorita Willerton—. Ummm». Pero decidió

que eso no molestaría tanto al oído como los dos «Lot».

La señorita Willerton era muy partidaria de lo que denominaba «arte fonético». Según ella, el oído era tan lector como el ojo. Le gustaba expresarlo de ese modo. «El ojo forma un cuadro —le había dicho a un grupo en las Hijas Unidas de las Colonias — que puede pintarse en abstracto, y el éxito de la empresa literaria —a la señorita Willerton le gustaba la expresión "empresa literaria"— depende de esos elementos abstractos creados en la mente y de la naturaleza tonal —a la señorita Willerton también le gustaba eso de "naturaleza tonal"—, que registra el oído». La oración «Lot Motun llamó a su perro» tenía un toque cáustico y seco que, seguido de «el perro levantó las orejas y, con el rabo entre las patas, se acercó a su amo», le daba al párrafo la salida que precisaba.

«Lot tiró de las orejas cortas y raquíticas del animal y se revolcó con él en el barro». A lo mejor, reflexionó la señorita Willerton, eso era un pelín exagerado. Pero, según le constaba, el que un aparcero se revolcara en el barro entraba dentro de lo razonablemente posible. En cierta ocasión había leído una novela que trataba de ese tipo de personas, en la que se había hecho algo tan feo como aquello y, a lo largo de tres cuartas partes de la narración, cosas mucho peores. Lucia la encontró mientras limpiaba uno de los cajones del escritorio de la señorita Willerton, y, después de hojear unas cuantas páginas al azar, sujetó el libro entre el pulgar y el índice, lo llevó hasta el horno y lo echó al fuego.

—Willie, esta mañana cuando limpiaba tu escritorio, me encontré un libro que Garner debió de dejar allí para hacerte una broma —le dijo la señorita Lucia más tarde—. Fue horrible, pero ya sabes cómo las gasta Garner. Lo he quemado. —Y luego, con una risita ahogada, añadió—: Estaba segura de que no podía ser tuyo.

La señorita Willerton estaba segura de que no podía ser de nadie más que de ella, pero no se atrevió a aclararlo. Lo había encargado directamente a la editorial porque no quería pedirlo en la biblioteca. Le había costado tres dólares con setenta y cinco centavos, envío postal incluido, y no había terminado los últimos cuatro capítulos. Eso sí, había leído lo suficiente para poder afirmar que era razonablemente posible que Lot Motun se revolcara en el barro con su perro. Al hacerle hacer tal cosa, lo de las lombrices intestinales tendría más sentido, decidió. «Lot Motun llamó a su perro. El perro levantó las orejas y, con el rabo entre las patas, se acercó a su amo. Lot tiró de las orejas cortas y raquíticas del animal y se revolcó con él en el barro».

La señorita Willerton se apoyó en el respaldo. Era un buen comienzo. Ahora planificaría la acción. Había que incluir una mujer, claro. A lo mejor Lot podía matarla. Ese tipo de mujeres siempre sembraba cizaña. Incluso podía provocarlo para que acabara matándola por libertina y, después, quizá a él lo perseguiría la mala conciencia.

Si debía tomar ese rumbo, sería necesario dotarlo de principios, aunque no sería demasiado difícil dárselos. Se preguntó de qué manera introduciría ese aspecto, en vista de toda la atención que en el relato debía dedicarle al amor. Tendría que poner

algunas escenas bastante violentas y naturalistas; el tipo de detalles sádicos que una leía en relación con esa clase de gente. Era un problema. Sin embargo, la señorita Willerton disfrutaba con esos problemas. Lo que más le gustaba era planificar las escenas pasionales, pero, cuando llegaba el momento de escribirlas, siempre empezaba a sentirse rara y a preguntarse qué diría su familia cuando las leyeran. Garner chasquearía los dedos y le haría un guiño a la menor oportunidad; Bertha la consideraría una persona horrible; y Lucia diría con esa vocecita tonta que la caracterizaba: «¿Qué nos has estado ocultando, Willie? ¿Qué nos has estado ocultando?», y lanzaría su risita ahogada, como hacía siempre. Pero la señorita Willerton no podía pensar en eso ahora; debía darle forma a sus personajes.

Lot sería alto, encorvado y desaliñado, pero sus ojos serían tristes y lo harían parecerse a un caballero pese a tener el cuello enrojecido y las manos enormes y torpes. Tendría los dientes rectos y, para indicar que era dueño de cierto espíritu, sería pelirrojo. Las prendas le colgarían sin gracia, pero las luciría con desenfado, como si fuesen una segunda piel; tal vez, reflexionó la señorita Willerton, sería mejor, después de todo, que no se revolcara con el perro. La mujer sería más o menos guapa, con el pelo rubio, los tobillos gruesos, los ojos turbios.

La mujer le serviría la cena en la cabaña y él comería la sémola llena de grumos a la que ella ni siquiera se habría molestado en ponerle sal y, allí sentado, pensaría en cosas grandiosas, lejos, muy lejos… en otra vaca, una casa pintada, un pozo limpio, incluso una granja propia. La mujer empezaría a dar alaridos porque él no había cortado suficiente leña para la cocina y se quejaría del dolor de espalda. Ella se sentaría a verlo comer la sémola rancia y le diría que no tenía suficientes agallas para robar comida.

—¡Eres un asqueroso pordiosero! —le diría con sorna. Y él la mandaría callar.

—¡Cierra la boca! —gritaría.

—Me tienes harta, más que harta. —Pondría los ojos en blanco y, burlándose y riéndose de él, le diría—: Los desgraciados como tú no me dan miedo.

Entonces él echaría la silla hacia atrás e iría hacia ella. Ella agarraría un cuchillo de la mesa —la señorita Willerton se preguntó cómo era posible que aquella mujer fuera tan corta—, y retrocedería manteniendo el cuchillo en alto. Él daría un salto hacia delante y ella se apartaría veloz, como un caballo salvaje. Luego volverían a estar cara a cara, los ojos rebosantes de odio, y avanzarían y retrocederían. La señorita Willerton alcanzó a oír cómo los segundos iban golpeando contra el tejado de lata. Él se abalanzaría otra vez sobre la mujer y ella, con el cuchillo dispuesto, se lo hincaría de un momento a otro… La señorita Willerton no pudo aguantar más. Golpeó a la mujer con fuerza en la cabeza, por detrás. La mujer soltó el cuchillo y una niebla la envolvió y se la llevó del cuarto. La señorita Willerton se volvió hacia Lot.

—Deja que te sirva un poco de sémola caliente —le dijo.

Se acercó a la cocina, en un plato limpio sirvió una ración de sémola blanca y

tersa y un trozo de mantequilla.

—Caray, gracias —dijo Lot, y le sonrió con esos bonitos dientes—. Tú sí sabes cómo prepararla. Verás —le dijo—, estuve pensando… Podríamos marcharnos de esta granja arrendada y tener un lugar decente. Si este año conseguimos ganar algo, podríamos comprarnos una vaca y empezar a construirnos una casita. Imagínatelo, Willie, imagínate lo que sería.

Ella se sentó a su lado y le puso la mano en el hombro.

—Lo conseguiremos —aseguró—. Nos irá mejor que ningún otro año y en primavera tendremos esa vaca.

—Tú siempre sabes cómo me siento, Willie. Tú siempre lo has sabido.

Se quedaron sentados largo rato, pensando en lo bien que se entendían.

—Termina de comer —dijo ella al fin.

Cuando él hubo cenado, la ayudó a quitar la ceniza de la cocina y después, en el caluroso atardecer de julio, dieron un paseo por el prado, en dirección al arroyo, y hablaron de la casita de la que algún día serían dueños.

A finales de marzo, cuando la época de lluvias estaba cerca, habían conseguido más de lo esperado. A lo largo del mes anterior, Lot se había levantado a las cinco de la mañana, y Willie, una hora antes, para tratar de adelantar todo el trabajo posible aprovechando el buen tiempo. A la semana siguiente, comentó Lot, empezaría a llover y, si antes no levantaban la cosecha, la perderían… y con ella, cuanto habían ganado en los últimos meses. Sabían lo que aquello supondría, otro año de ir tirando sin mucho más de lo que habían tenido el anterior. Además, al año siguiente, en lugar de la vaca, llegaría un crío. Lot se había empeñado en comprar la vaca pese a todo.

—Alimentar a un crío tampoco cuesta tanto —había razonado—, y la vaca nos ayudaría a darle de comer…

Pero Willie se había mostrado firme, comprarían la vaca más adelante, el crío debía empezar con buen pie.

—A lo mejor —había concluido Lot—, vamos a tener suficiente para las dos cosas. —Y se había marchado a ver el campo recién arado como si pudiera calcular la cosecha por los surcos.

Pese a las estrecheces, había sido un buen año. Willie había limpiado la casucha y Lot había arreglado la chimenea. En la puerta había profusión de petunias, y en la ventana, una colonia de dragoncillos. Había sido un año pacífico. Pero ahora comenzaban a inquietarse por la cosecha. Debían recogerla antes de que llegaran las lluvias.

—Nos falta una semana más —rezongó Lot al regresar esa noche—. Una semana más y lo vamos a conseguir. ¿Tienes ganas de cosechar? No está bien que debas salir —suspiró—, pero no podemos pagar a nadie para que nos ayude.

—Me encuentro bien —dijo ella, y ocultó las manos temblorosas a su espalda—. Cosecharé.

—Esta noche está nublado —dijo Lot, sombrío.

Al día siguiente trabajaron hasta el anochecer, trabajaron hasta reventar, y después regresaron a trompicones a la cabaña y cayeron en la cama.

Willie se despertó por la noche, notando un dolor. Era un dolor suave y verde, recorrido de luces moradas. Se preguntó si estaría despierta. Movió la cabeza de lado a lado y dentro de ella notó unas siluetas que zumbaban y picaban piedras.

Lot se incorporó.

—¿Te sientes mal? —le preguntó temblando.

Ella se apoyó sobre el codo y luego se dejó caer otra vez.

Ve al arroyo y trae a Anna —jadeó. El zumbido se hizo más intenso y las siluetas más grises. Al principio, el dolor se entremezcló con aquellas siluetas durante unos segundos; luego, de forma ininterrumpida. Llegaba a ella una y otra vez. El zumbido se hizo más nítido y, a eso del alba, se dio cuenta de que estaba lloviendo. Más tarde preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto hace que llueve?

—Dos días enteros —contestó Lot.

—Entonces hemos perdido. —Willie miró con desgana los árboles empapados—. Se acabó.

—No, no se acabó —dijo él en voz baja—. Tenemos una niña.

—Tú querías un niño.

—No. Tengo lo que quería, dos Willies en lugar de una, y eso es mucho mejor que una vaca —sonrió—. ¿Qué puedo hacer para merecerme todo lo que tengo, Willie? —Se inclinó y la besó en la frente.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó ella en voz baja—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte más?

—¿Qué tal si vas a la tienda de ultramarinos, Willie?

La señorita Willerton apartó de sí a Lot de un empujón.

—¿Qué… qué me decías, Lucia? —tartamudeó.

—Te decía que qué tal si esta vez vas tú a la tienda de ultramarinos. Esta semana me ha tocado ir a mí todas las mañanas y ahora estoy ocupada.

La señorita Willerton dejó la máquina de escribir y dijo con brusquedad:

—Muy bien. ¿Qué quieres que te traiga?

—Una docena de huevos y dos libras de tomates, que sean maduros, y más te vale que empieces a curarte ese resfriado ahora mismo. Te lloran los ojos y tienes la voz ronca. En el cuarto de baño hay Empirin. Piden que te apunten lo que gastes en la cuenta. Y ponte el abrigo. Hace frío.

La señorita Willerton elevó la vista al cielo.

—Tengo cuarenta y cuatro años —anunció—, sé muy bien cómo cuidarme.

—Y que los tomates sean maduros —le contestó la señorita Lucia.

Con el abrigo mal abrochado, la señorita Willerton avanzó pesadamente por la calle principal y entró en el supermercado.

—¿Qué venía yo a comprar? —refunfuñó—. Ah, sí, dos docenas de huevos y una

libra de tomates.

Pasó delante de las estanterías de las conservas de verduras y las galletas y fue a la caja donde tenían los huevos. Pero no había huevos.

—¿Dónde están los huevos? —le preguntó a un chico que pesaba judías verdes.

—Solamente nos quedan huevos de pularda —dijo mientras cogía otro puñado de judías.

—Bien, ¿dónde están y qué diferencia hay? —exigió saber la señorita Willerton.

El chico echó las judías sobrantes al cubo, se agachó sobre la caja de los huevos y le entregó un paquete.

—Ninguna diferencia, la verdá —dijo al tiempo que mascaba el chicle con los dientes incisivos—. Son de gallina jovencita o algo así, no lo sé bien. ¿Se los pongo?

—Sí, y dos libras de tomates. Que estén maduros —precisó la señorita Willerton.

No le gustaba hacer la compra. No había motivo alguno para que los dependientes fuesen tan altaneros. Ese muchacho no se habría entretenido tanto con Lucia. Pagó los huevos y los tomates y salió apresuradamente. En cierta manera, aquel lugar la deprimía.

Vaya tontería que una tienda de ultramarinos pudiese deprimirte… si allí dentro sólo tenían lugar actividades domésticas sin importancia… mujeres que compraban judías… que llevaban a los niños en esos cochecitos… que regateaban por un octavo de libra de más o de menos de calabaza… «¿Qué ganaban con eso? —se preguntó la señorita Willerton—. ¿Dónde había allí ocasión para expresarse, para crear, para el arte?». A su alrededor todo era lo mismo: aceras llenas de gente que se afanaban de un lado a otro, con las manos cargadas de paquetitos y las mentes llenas de paquetitos, aquella mujer de allí que llevaba al niño de la traílla y tiraba de él, lo sacudía y lo arrastraba para alejarlo de un escaparate donde se exhibía una lámpara hecha con una calabaza ahuecada. Probablemente se pasaría el resto de la vida tirando de él y sacudiéndolo. Y allí iba otra, a la que se le caía la bolsa de la compra en plena calzada, y otra más, que le sonaba la nariz a un niño, y por la acera se acercaban una anciana con sus tres nietos saltándole alrededor, seguidos de un hombre y una mujer que caminaban demasiado juntos para ser refinados.

La señorita Willerton observó a la pareja con atención cuando se acercaron más y la adelantaron. La mujer era regordeta, de tobillos gruesos y ojos turbios. Llevaba unos zapatos de tacón, unas ajorcas azules, un vestido de algodón demasiado corto y una chaqueta de cuadros escoceses. Tenía la piel manchada y el cuello estirado hacia delante, como si quisiera oler una cosa que le alejaran continuamente de la nariz. En la cara lucía una mueca estúpida. Él era un hombre larguirucho, consumido y desaliñado. Iba encorvado, y el pelo rubio y enredado le caía hacia un lado del cuello largo y enrojecido. Sus manos jugueteaban tontamente con las de la muchacha mientras avanzaban desmañados, y en una o dos ocasiones le lanzó una sonrisa empalagosa, que permitió a la señorita Willerton comprobar que tenía los dientes rectos, los ojos tristes y una erupción en la frente.

—¡Aaaj! —se estremeció.

La señorita Willerton dejó la compra encima de la mesa de la cocina y regresó junto a la máquina de escribir. Miró el papel que había en ella. «Lot Motun llamó a su perro —ponía—. El perro levantó las orejas y, con el rabo entre las patas, se acercó a su amo. Lot tiró de las orejas cortas y raquíticas del animal y se revolcó con él en el barro».

—¡Suena fatal! —masculló la señorita Willerton—. De todos modos, el tema no es nada del otro mundo —decidió.

Necesitaba algo más pintoresco… con más arte. La señorita Willerton se quedó largo rato mirando la máquina de escribir. Después, de repente, con el puño asestó varios golpecitos extasiados sobre el escritorio.

—¡Los irlandeses! —chilló—. ¡Los irlandeses!

La señorita Willerton siempre había admirado a los irlandeses. «Su acento —pensó—, era muy musical, y su historia… ¡espléndida!». «¡Y las gentes —caviló—, las gentes de Irlanda! Llenas de temple… pelirrojas, de anchos hombros y enormes bigotes caídos».

EL PAVO[5]

A la luz del sol, sus pistolas lanzaron destellos acerados sobre las ramas del árbol y, a media voz, entreabriendo apenas los labios, gruñó:

—Ya está bien, Mason, se te acabó el juego.

Los revólveres sobresalían del cinto de Mason como serpientes de cascabel al acecho, pero los lanzó al aire y, cuando cayeron a sus pies, los pateó hacia atrás, como si fuesen otras tantas calaveras resecas de novillo.

—Canalla —masculló, y, con fuerza, ató la cuerda alrededor de los tobillos del hombre que acababa de capturar—, es tu último trabajo de cuatrero.

Retrocedió tres pasos y apuntó con una de las pistolas.

—Está bien —dijo tranquilo, con fría precisión—, es tu…

Y entonces lo vio, moviéndose ligero entre los arbustos que había más allá, un toque de bronce y un murmullo, y, a continuación, por otro hueco entre las hojas, el ojo, engarzado en pliegues rojos que le cubrían la cabeza y le colgaban por el cuello, con un ligero temblor. Él se quedó inmóvil, el pavo dio un paso más, se detuvo con una pata en el aire y se mantuvo alerta.

¡Ah, si tuviera una escopeta, si tuviera una escopeta! Podría apuntarle y matarlo ahí mismo. Un instante más y el pavo escaparía entre los arbustos y se subiría a un árbol antes de que él supiera hacia dónde se había ido. Sin mover la cabeza, peinó el suelo con la vista en busca de una piedra, pero el suelo estaba como si acabaran de barrerlo. El pavo se movió otra vez. La pata que había quedado en el aire bajó, el ala cayó sobre ella y se desplegó permitiendo a Ruller ver de una en una las largas plumas, con el extremo acabado en punta. ¿Y si se lanzaba hacia los arbustos y se le echaba encima…? El pavo se movió otra vez y el ala volvió a subir y a bajar.

«Está cojeando», pensó rápidamente Ruller. Se acercó un poquito más, tratando de que sus movimientos fuesen imperceptibles. De repente, la cabeza del pavo asomó entre los arbustos —Ruller se encontraba a tres metros del ave—, retrocedió y súbitamente desapareció en el monte. Ruller se fue acercando más y más, con los brazos tendidos y las manos listas para aferrado. Estaba cojo, lo notaba. Tal vez no pudiera volar. El pavo sacó una vez más la cabeza, lo vio, y salió disparado entre los arbustos para reaparecer del otro lado. Sus movimientos eran algo desequilibrados y arrastraba el ala izquierda. Iba a atraparlo. Iba a atraparlo aunque tuviese que perseguirlo hasta el condado de al lado. Se arrastró entre la maleza y lo vio como a seis metros; el pavo lo observaba cauteloso, subiendo y bajando el cuello. Se agachó e intentó desplegar las alas y volvió a agacharse y corrió un trecho hacia un lado, volvió a agacharse intentado levantar el vuelo, pero Ruller sabía que no podía volar. Lo atraparía. Lo atraparía aunque tuviera que perseguirlo por todo el estado. Se imaginó entrando por la puerta principal, con el pavo colgado del hombro, y a ellos se los imaginó gritando: «¡Ahí viene Ruller con un pavo salvaje! ¡Ruller! ¿De dónde sacastes ese pavo salvaje?».

Pues… lo había atrapado en el bosque, se le había ocurrido que les haría gracia que atrapara uno.

—Pajarraco loco —masculló—, que no puedes volar. Ya te tengo.

Ruller caminaba en un amplio círculo, intentaba colocarse detrás del pavo. Por un segundo creyó estar tan cerca que iba a poder agarrarlo. El pavo se había sentado con una pata extendida, pero, cuando él se le acercó lo suficiente para saltarle encima, salió corriendo a tal velocidad que le dio un susto. Recorrió medio campo de algodón seco corriendo tras él; después, el pavo pasó por debajo de una cerca y se internó otra vez en el bosque y él tuvo que pasar por debajo de la cerca a cuatro patas y, sin quitarle la vista de encima al pavo, tratar de no rasgarse la camisa; luego, pese a que la cabeza le daba vueltas, debía salir como una flecha otra vez detrás del bicho, pero más deprisa para poder alcanzarlo. Si lo perdía en el bosque, lo perdería para siempre; el pavo iba hacia los arbustos que había al otro lado. Los dejaría atrás y llegaría a la carretera. Tenía que atraparlo. Lo vio cruzar veloz un matorral y hacia allá fue, pero cuando llegó, el pavo volvió a salir disparado y en un instante desapareció bajo un seto. Al pasar a través del seto a toda velocidad oyó que se le rasgaba la camisa; en los brazos, donde se iban quedando marcados los arañazos, notó unos hilillos fríos. Se detuvo un instante y se miró las mangas de la camisa hechas jirones, pero, como el pavo le llevaba muy poca ventaja y lo vio subir la colina y bajar a un espacio abierto, siguió corriendo. Si volvía con el pavo, no se fijarían en la camisa rota. Hane nunca había cogido un pavo. Imaginó que se quedarían de piedra cuando lo viesen; imaginó que hablarían de ello en la cama. Eso hacían siempre, hablar de él y de Hane. Hane no lo sabía, él nunca se despertaba. Ruller se despertaba todas las noches exactamente a la hora en que ellos se ponían a hablar. Él y Hane dormían en un cuarto; su madre y su padre, en el de al lado, y dejaban abierta la puerta de comunicación, y Ruller los escuchaba todas las noches. Al final, su padre preguntaba siempre: «¿Qué tal los niños?», y su madre contestaba: «Ay, Señor», la dejaban reventada, «ay, Señor», a lo mejor no debería preocuparse, pero ¿cómo no iba a preocuparse por Hane, si se comportaba como se comportaba? Hane siempre había sido un chico raro, decía ella. Y además, cuando creciera, sería un hombre raro; y su padre decía que sí, si antes no lo metían en la cárcel, y su madre le preguntaba cómo podía hablar así, y los dos discutían igual que hacían Ruller y Hane, y había veces en que Ruller, de tanto pensar, ya no podía volver a dormirse. Siempre sentía cansancio cuando terminaba de escuchar, pero todas las noches se despertaba y escuchaba lo mismo, y, cuando se ponían a hablar de él, se sentaba en la cama para oírlos mejor. Una vez su padre preguntó por qué Ruller jugaba tanto rato solo y su madre contestó que cómo iba ella a saberlo, si quería jugar solo, no veía ningún motivo para que no lo hiciera; y su padre comentaba que eso lo preocupaba y ella decía que, si eso era todo lo que lo preocupaba, más le valía que dejara de preocuparse; alguien le había contado, comentaba él, que habían visto a Hane en el Ever-Ready; ¿acaso no le habían dicho que no podía ir?

Al día siguiente, el padre le preguntó a Ruller qué había hecho últimamente y Ruller le contestó que «jugar solo», y se alejó andando como si cojeara. Imaginó que su padre había puesto cara de muy preocupado. Cuando lo viera regresar a casa con el pavo colgado del hombro, supuso que su padre lo consideraría toda una hazaña. El pavo iba hacia la carretera y hacia una cuneta que había al costado. El bicho corría por la cuneta y Ruller fue acortando distancia hasta que tropezó con una raíz que sobresalía del suelo; se le cayeron todas las cosas que llevaba en los bolsillos y tuvo que parar a recogerlas. Cuando se levantó, el pavo se había perdido de vista.

—Bill, tú irás con una partida de hombres hasta el Cañón del Sur; Joe, tú corta camino por el desfiladero y, te le adelantas —le gritó a sus hombres—. Yo lo seguiré por aquí. —Y echó a correr por la cuneta.

El pavo estaba en la cuneta, a escasos diez metros de él, en el suelo, con el cuello medio colgando, resollaba, y, cuando se acercó a menos de un metro, se levantó y echó a correr otra vez. Él lo siguió hasta el final de la cuneta; una vez allí, el pavo salió a la carretera y se metió debajo de una cerca que había al otro lado. En la cerca, Ruller tuvo que detenerse a recobrar el aliento y vio al pavo del otro lado, entre las hojas, en el suelo, con el cuello colgando, el cuerpo le subía y le bajaba de tanto resollar. Veía su lengua subir y bajar a través del pico abierto. Si lograba meter el brazo, a lo mejor lo pillaba porque estaba demasiado cansado para moverse. Se acercó más al seto, metió la mano entre las ramas y rápidamente agarró al pavo por la cola. No notó ningún movimiento al otro lado. A lo mejor el pavo se había muerto. Acercó más la cara para ver a través de las hojas. Apartó las ramitas con una mano, pero no había manera de aguantarlas. Soltó al pavo y con la otra mano las aguantó. A través del agujero que había hecho, vio que el pájaro salía tambaleándose como borracho. Corrió hasta el principio del seto y pasó al otro lado. Todavía estaba a tiempo de atraparlo. Ese bicho no tenía por qué hacerse el listo, masculló.

El pavo cruzó zigzagueando por el medio del campo, otra vez en dirección al bosque. ¡No podía meterse en el bosque! ¡Nunca lo alcanzaría! Salió a toda velocidad detrás del animal, sin quitarle la vista de encima, hasta que de repente algo lo golpeó en el pecho, se le cortó la respiración y lo vio todo negro. Cayó de espaldas; la punzada del pecho hizo que se olvidara del pavo. Se quedó allí tirado un rato mientras a su alrededor veía un montón de cosas moviéndose. Finalmente se sentó. Se encontró de frente con el árbol contra el que había chocado. Se frotó la cara y los brazos, y los largos arañazos comenzaron a escocerle. Lo hubiera llevado colgado del hombro y ellos se hubieran puesto en pie de un salto para gritar: «¡Dios bendito, mirar a Ruller! ¡Ruller! ¿De dónde sacastes ese pavo salvaje?». Y su padre hubiera dicho: «¡Caray! ¡Menudo pájaro!». Le dio una patada a una piedra que tenía junto al pie. Ahora ya no iba a ver más a aquel pavo. Se preguntó para qué lo había visto, si al final no iba a poder atraparlo.

Era como si alguien le hubiera hecho una cochinada.

Tanto correr para nada. Se quedó sentado mirándose con resentimiento los

tobillos blancos que asomaban por las perneras del pantalón y desaparecían en los zapatos. «¡Uff!», refunfuñó. Se volvió boca abajo y apoyó la mejilla en el suelo; le daba igual que estuviera sucio. Se había roto la camisa y arañado los brazos, y tenía un chichón en la frente, sentía cómo se le iba hinchando, iba a ser de los grandes, y todo para nada. Notaba el frescor del suelo en la cara, pero la arenilla le hacía daño y tuvo que darse la vuelta. «Al diablo», pensó.

—Al diablo —repitió con cuidado.

Al cabo de un minuto dijo simplemente:

—Diablos.

Después lo dijo tal como lo decía Hane, marcando con rabia la primera sílaba y tratando de poner la misma mirada que Hane. Una vez Hane soltó: «¡Ay Dios!», y su madre salió disparada detrás de él y le advirtió: «No quiero volver a oírte decir eso. No tomarás el nombre de Dios, el Señor, en vano. ¿Me has oído?», y con eso le cerró la boca a Hane. ¡Ja! Seguro que esa vez su madre le calentó las orejas.

—Ay Dios —dijo.

Miró deliberadamente al suelo y con el dedo dibujó círculos en la tierra.

—¡Ay Dios! —repitió.

—Me cago en Dios —dijo en voz baja. Notó que la cara se le encendía y que de repente el pecho le golpeaba con fuerza—. Me cago en Dios santo —dijo con voz apenas audible. Miró por encima del hombro y no vio a nadie.

—Me cago en Dios santo y en Jesús, María y José —dijo. Su tío decía «Jesús, María y José».

—Dios padre, Dios hijo, echa a las gallinas del patio —dijo, y le entró la risa tonta.

Notaba la cara muy colorada. Se sentó y se miró los tobillos blancos que asomaban por las perneras del pantalón y desaparecían en los zapatos. Tenían toda la pinta de no pertenecerle. Se agarró los tobillos con las manos, dobló las rodillas y apoyó la barbilla en ellas.

—Padre Nuestro que estás en los cielos, mira pa atrás y chúpate un hielo —dijo riéndose como un tonto.

Vaya, si su madre llegaba a oírlo, le rompía la crisma. Me cago en Dios, le partía la crisma como que hay Dios. El ataque de risa fue tan grande que tuvo que darse la vuelta. Me cago en Dios, su madre le calentaría las orejas y le retorcería el cogote como a una maldita gallina. La risa lo sacudía entero e intentó contenerla, pero, cada vez que pensaba en su maldito cuello, volvía a darle el ataque. Se tumbó en el suelo, rojo y exhausto de tanto reírse, sin poder dejar de pensar en que su madre le iba a partir la maldita crisma. Repitió aquellas palabras una y otra vez, para sus adentros, y al cabo de un rato paró de reírse. Las dijo otra vez, pero se le había acabado la risa. Las repitió de nuevo, pero ya no hubo caso. «Tanta persecución para nada», volvió a pensar. No valía la pena seguir allí, mejor se iba a casa. ¿Para qué quería quedarse ahí sentado? De repente se dio cuenta de que si la gente se reía de él era mejor que no se

fuera para casa. «Bah, iros al infierno», les dijo. Se levantó, pateó con fuerza en la pierna de alguien y exclamó:

—¡Toma, imbécil! —Y se fue hacia el bosque para volver a casa por el atajo.

En cuanto entrara por la puerta, le iban a gritar: «¿Cómo te has roto la ropa y dónde te has hecho ese chichón en la frente?». Diría que se había caído en un agujero. ¿Qué importaba? Eso, Dios, ¿qué importaba?

Casi se paró en seco. Nunca se había oído pensar en ese tono. Se preguntó si debía borrar aquel pensamiento. Imaginó que sería bastante malo; pero, diantres, era lo que sentía. No podía evitar sentirlo así. Diantres… diablos, lo sentía así. Supuso que no podía hacer nada. Siguió andando un trecho dándole vueltas y más vueltas. Se preguntó de repente si se estaría volviendo «malo». Eso le había pasado a Hane. Hane jugaba al billar, fumaba, volvía a casa a las doce y media de la noche sin que lo vieran… vaya, se creía que era un genio. «No se puede hacer nada —le había dicho la abuela a su padre—, es la edad». «¿Qué edad?», se preguntó Ruller. «Yo tengo once —pensó—. Soy muy chico». Hane no había empezado hasta los quince. «Supongo que yo soy peor», pensó. Se preguntó si debía luchar contra aquello. La abuela había hablado con Hane y le había dicho que la única manera de vencer al diablo era luchar contra él, si no lo hacía, ya no sería su niño —Ruller se sentó en un tocón—, y le había dicho que le iba a dar una oportunidad más, ¿quería una oportunidad?, y él le había gritado que no, que lo dejara en paz, y ella le había dicho que lo quería aunque él no la quisiera a ella y que de todos modos seguía siendo su niño, igual que Ruller. «Ni hablar, no soy tu niño —pensó Ruller rápidamente—. Ni hablar. A mí no me va a venir con ésas».

¡Ja! Ya vería qué sorpresa se iba a llevar su abuela. Se le iban a caer las bragas. Se le iban a caer los dientes en la sopa. Empezó a reírse. La próxima vez que le preguntara si quería jugar con ella al parchís, le contestaría que no, qué diablos, y le preguntaría si no conocía otros juegos mejores, me cago en Dios. Y le pediría que sacara las cartas y él le enseñaría unos cuantos juegos nuevos. Dio unas cuantas vueltas por el suelo, ahogándose de la risa. «Vamos a tomarnos una copa, chica —le diría—. Pillemos una tranca». ¡Ja! ¡A su abuela se le iban a caer las bragas! Se sentó en el suelo, estaba colorado y tenía una sonrisa boba, de vez en cuando le daba un nuevo ataque de risa. Se acordó de que el pastor había dicho que hoy en día montones de jóvenes seguían al diablo, que olvidaban las sanas costumbres y se iban tras los pasos de Satán. Lamentarían ese día, dijo. Iban a llorar y a rechinar los dientes. «Llorar», masculló Ruller. Los hombres no lloraban.

«¿Cómo se hace para rechinar los dientes?», se preguntó. Apretó las mandíbulas con fuerza e hizo una mueca fea. Lo repitió varias veces.

A que podía robar.

Pensó que había perseguido al pavo para nada. Menuda cochinada. A que podía ser un ladrón de joyas. Eran listos los ladrones de joyas. A que podía conseguir que Scotland Yard le siguiera la pista. Qué diablos.

Se levantó. Dios podía ir por ahí poniéndote cosas delante de las narices, obligándote a perseguirlas toda la tarde para nada.

Aunque no deberías pensar eso de Dios.

Pero era tal como lo sentía. Si era tal como lo sentía, ¿qué iba a hacerle? Echó un rápido vistazo a su alrededor, como si alguien se hubiese ocultado en los arbustos; de pronto tuvo un sobresalto.

Estaba tirado al borde de un matorral, un montón de bronce alborotado, la cabeza roja yacía inerte en el suelo. Ruller se lo quedó mirando, incapaz de pensar; luego se inclinó con suspicacia. No iba a tocarlo. ¿Por qué estaba ahora ahí tirado, para que él se lo llevara? No iba a tocarlo. Que siguiera ahí tirado. Volvió a verse entrando en el cuarto con el bicho colgado del hombro. ¡Fijaros en Ruller, trae un pavo! ¡Cielos, fijaros en Ruller! Se agachó al lado del ave y la miró sin tocarla. Se preguntó qué le habría pasado en el ala. Se la levantó por la punta y miró debajo. Las plumas estaban empapadas en sangre. Le habían disparado. Calculó que pesaría como cinco kilos.

¡Cielos, Ruller! ¡Es un pavo enorme! Se preguntó cómo sería llevarlo colgado del hombro. A lo mejor, reflexionó, tenía que llevárselo.

Ruller es quien nos consigue los pavos. Ruller lo atrapó en el bosque, lo persiguió hasta que el bicho cayó muerto. Sí, es un chico muy raro.

Ruller se preguntó de pronto si sería un chico raro.

En un instante se le abrieron los ojos: era… un chico… raro.

Le pareció que era más raro que Hane.

Debía preocuparse más que Hane porque tenía más idea de cómo eran las cosas.

A veces, por las noches, cuando escuchaba, los oía discutir como si se fueran a matar; y, al día siguiente, su padre se marchaba temprano y a su madre se le notaban las venas azules en la frente y ponía cara como si esperara que, en el momento menos pensado, del techo le fuera a caer encima una serpiente. Imaginó que era el chico más raro del mundo. A lo mejor era por eso que el pavo estaba allí. Le pasó la mano por el cuello. A lo mejor el pavo impedía que se volviera malo. A lo mejor Dios quería impedir que eso ocurriera.

A lo mejor Dios había hecho que el pavo se cayera muerto ahí mismo para que él lo viera cuando se levantara.

A lo mejor Dios estaba ahora en el monte, esperando a que él se decidiera. Ruller se puso colorado. Se preguntó si Dios pensaría que era un chico muy raro. Seguro que sí. De pronto se dio cuenta de que se le subían los colores y sonreía, y se restregó la cara con la mano para contenerse. «Si Tú quieres que me lo lleve —dijo—, lo haré con gusto». A lo mejor eso de encontrar el pavo era una señal. A lo mejor Dios quería que fuese predicador. Pensó en Bing Crosby y en Spencer Tracy. Quizá fundara un hogar al que pudieran ir a vivir los chicos que se volvían malos. Levantó el pavo, sí que pesaba, y se lo echó al hombro. Cómo le hubiera gustado verse con aquel bicho colgado así del hombro. Se le ocurrió que, ya que estaba, podía volver a casa por el camino largo, pasando por el pueblo. Tenía tiempo de sobra. Echó a andar despacio,

moviendo el pavo hasta tenerlo bien colocado sobre el hombro. Se acordó de las cosas que había pensado antes de encontrar el pavo. Supuso que eran muy malas.

Supuso que Dios lo había detenido antes de que fuera demasiado tarde. Debería estar muy agradecido. «Te doy las gracias», dijo.

«Andando, muchachos —dijo—, nos llevaremos este pavo para la cena». «Te estamos muy agradecidos —le dijo a Dios—. Este pavo pesa cinco kilos. Has sido muy generoso».

«De nada —dijo Dios—. Ah, por cierto, deberíamos hablar sobre estos muchachos. Dependen completamente de ti, ¿comprendes? Dejo la tarea en tus manos. Confío en ti, McFarney».

«Puedes confiar en mí —dijo Ruller—. No te voy a fallar».

Se fue hacia el pueblo con el pavo al hombro. Quería hacer algo por Dios, pero no sabía qué. Si llegaba a encontrar a alguien tocando el acordeón en la calle, le iba a dar la moneda de diez centavos. Sólo llevaba diez centavos, pero se los daría. Aunque tal vez debía pensar en algo mejor. Llevaba tiempo guardando esos diez centavos. A lo mejor conseguía que su abuela le regalara otra moneda. ¿Qué, chico? ¿Otra maldita moneda de diez centavos? Con una mueca piadosa reprimió la sonrisa. Ya no iba a pensar más así. De todos modos no conseguiría que su abuela le diera diez centavos.

Si volvía a pedirle dinero a su abuela, su madre le iba a dar una paliza. A lo mejor ya aparecería algo que pudiera hacer. Si Dios quería que hiciese algo. Él se encargaría de hacer que apareciera.

Estaba llegando a la manzana de los comercios y con el rabillo del ojo notó que la gente lo miraba. El condado de Mulrose contaba con ocho mil habitantes y los sábados estaban todos en la manzana de los comercios de Tilford. Se volvían al ver pasar a Ruller y lo miraban. Se vio reflejado en la luna de un escaparate, levantó el pavo un poco y apuró el paso. Oyó que alguien lo llamaba, pero se hizo el sordo y siguió caminando. Era Alice Gilhard, la amiga de su madre; si quería algo, que lo alcanzara.

—¡Ruller! —gritó la mujer—. Santo cielo, ¿de dónde has sacado ese pavo? —Se le acercó a toda prisa por la espalda y le puso la mano, en el hombro—. Menudo ejemplar. Menuda puntería la tuya.

—No lo cacé yo —respondió Ruller fríamente—. Lo atrapé. Lo perseguí hasta que se cayó muerto.

—Vaya —dijo la mujer—. ¿Y un día de éstos no podrías atrapar uno para mí?

—A lo mejor, si tengo tiempo —contestó Ruller. A ella le pareció la mar de simpático.

Pasaron dos hombres y, al ver el pavo, silbaron. Llamaron a gritos a otros hombres que estaban en la esquina para que fueran a verlo. Se detuvo otra amiga de su madre, y unos paletos que estaban sentados en el bordillo se levantaron y trataron de ver el pavo disimulando su interés. Un hombre con un traje de caza y una escopeta se detuvo, miró a Ruller, se puso detrás de él y miró el pavo.

—¿Cuánto crees que pesa? —preguntó una señora.
—Por lo menos cinco kilos —contestó Ruller.
—¿Cuánto rato lo perseguiste?
—Como una hora —respondió Ruller.
—Maldito Barrabás —masculló el hombre del traje de caza.
—Realmente impresionante —comentó una señora.
—Más o menos una hora —aclaró Ruller.
—Estarás cansadísimo.
—No —contestó Ruller—. Me tengo que ir. Tengo prisa.

Hizo una mueca para dar la impresión de que estaba pensando en algo y siguió andando calle abajo hasta perderse de vista. Sentía un calorcillo por dentro y estaba contento, como si algo muy bueno fuera a pasar o hubiera pasado. Se volvió a mirar atrás una vez y comprobó que los cuatro paletos lo seguían. Abrigó la esperanza de que se le acercaran y le pidieran ver el pavo. Dios tiene que ser maravilloso, sintió de pronto. Quería hacer algo por Dios. No había visto a nadie tocando el acordeón, por cierto, ni vendiendo lápices y ya había dejado atrás la manzana de los comercios. A lo mejor veía a alguno antes de llegar a las calles donde vivía la gente. Si llegaba a ocurrir, regalaría los diez centavos, pese a que sabía que tardaría en volver a conseguir otra moneda. Empezó a desear encontrarse con algún mendigo.

Los chicos paletos continuaban siguiéndole los pasos. Pensó en detenerse y preguntarles si querían echarle un vistazo al pavo, pero a lo mejor se lo quedaban mirando sin contestarle. Eran hijos de aparceros y a veces los hijos de aparceros se te quedaban mirando. A lo mejor un día fundaba un hogar para hijos de aparceros. Pensó en volver al pueblo para comprobar si no había pasado delante de algún mendigo sin verlo, pero decidió que a lo mejor la gente iba a pensar que quería lucirse con el pavo.

«Señor, mándame a un mendigo —rogó de pronto—. Mándame uno antes de que llegue a casa». Nunca había pensado en rezar por su cuenta, pero era una buena idea. Dios había puesto el pavo en su camino. También le iba a enviar a un mendigo. Estaba segurísimo de que Dios le enviaría uno. Se encontraba en Hill Street y en Hill Street sólo había casas. Era raro encontrar a mendigos por esa zona. Las aceras estaban desiertas salvo por unos cuantos niños y algunos triciclos. Ruller miró atrás; los paletos continuaban siguiéndolo. Decidió andar más despacio. Así ellos podrían alcanzarlo y a lo mejor habría más tiempo para que un mendigo llegara hasta él. Si es que había alguno en camino. Se preguntó si habría uno en camino. Si llegaba a toparse con uno, significaría que Dios se había esforzado muchísimo para conseguirlo. Significaría que Dios estaba interesado de veras. De pronto tuvo miedo de que no llegara ninguno; fue un terror inmenso pero breve.

«Ya verás cómo aparece uno», se dijo. Dios estaba interesado en él porque era un chico muy raro. Siguió andando. En las calles no había un alma. Supuso que ya no aparecería ninguno. A lo mejor Dios no confiaba en… no, Dios sí que confiaba.

«¡Señor, por favor mándame un mendigo!», imploró. Torció el gesto con fuerza, tensó hasta el último músculo y dijo: «¡Por favor, que aparezca uno ahora mismo!», y en el mismo instante en que terminó de pronunciar la frase, en ese mismo instante, Hetty Gilman dobló la esquina, justo allí delante, y fue caminando hacia donde él estaba.

Sintió casi lo mismo que había sentido al chocar contra el árbol.

Hetty caminaba acera abajo, en dirección a él. Pasó igualito que con el pavo cuando lo vio ahí tirado. Fue como si ella hubiese estado escondida detrás de una casa esperando a verlo pasar. Era una vieja de la que todos decían que era la más rica del pueblo porque llevaba veinte años pidiendo limosna. Se colaba en las casas y esperaba sentada hasta que le daban algo. Si no le daban nada, maldecía a la gente. De todos modos era una mendiga. Ruller apuró el paso. Sacó la moneda de diez centavos del bolsillo para tenerla preparada. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho. Carraspeó para comprobar si podía hablar. Cuando estuvieron cerca, le tendió la mano y le gritó:

—¡Ten, toma!

Era una vieja alta, de cara alargada, vestida con una raída capa negra. Su cara tenía el mismo color que la piel de un pollo muerto. Al verlo, lo miró con súbita desconfianza, como si hubiera gato encerrado. Ruller se le acercó corriendo, le metió la moneda en la mano y salió disparado sin mirar atrás.

El corazón se le fue calmando poco a poco y empezó a sentir que lo embargaba un nuevo sentimiento, como si estuviera contento y avergonzado a la vez. «A lo mejor —pensó ruborizándose—, le daría todo su dinero a la vieja». Sintió como si ya no necesitara el suelo bajo los pies. Entonces oyó a sus espaldas las pisadas de los paletos y, sin pensárselo, se dio la vuelta y les preguntó con amabilidad: —¿Queréis ver el pavo?

Los chicos se detuvieron donde estaban y lo miraron con fijeza. El que iba delante escupió. Ruller echó una rápida mirada al suelo. ¡Mezclado con el salivazo había tabaco de verdad!

—¿De ande sacastes ese pavo? —preguntó el del salivazo.

—Lo encontré en el bosque —contestó Ruller—. Lo perseguí hasta que cayó muerto. Le dispararon justo debajo del ala, ¿sabes? —Descolgó el pavo del hombro y lo sujetó para que pudieran verlo—. Creo que le dieron dos veces —añadió, entusiasmado, al tiempo que levantaba el ala.

—Deja ver —dijo el del salivazo.

Ruller le entregó el pavo.

—¿Ves aquí donde está el agujero de bala? —preguntó Ruller. Yo creo que le dieron dos veces en el mismo agujero, me parece que fue…

La cabeza del pavo le pasó volando delante de la cara cuando el del salivazo lo levantó en vilo, se lo echó al hombro y se dio la vuelta. Los demás se dieron la vuelta al mismo tiempo y todos juntos se fueron caminando por donde habían venido; el

pavo colgaba tieso sobre la espalda del chico y la cabeza del animal se balanceaba despacio, describiendo un círculo, a medida que el del salivazo se iba alejando.

Los cuatro llegaron a la manzana siguiente antes de que Ruller se hubiera movido. Al final, se dio cuenta de que ya no alcanzaba a verlos de tan lejos que estaban. Se fue para su casa, arrastrándose casi. Caminó cuatro manzanas y de repente, al notar que oscurecía, echó a correr. Corrió más y más deprisa, y, al enfilar el sendero que llevaba a su casa, el corazón le iba tan rápido como las piernas y tuvo la certeza de que a sus espaldas había algo con los brazos tendidos y las manos listas para aferrado.

EL TREN[6]

De tanto pensar en el camarero casi se había olvidado de la litera. Le tocaba una de arriba. El hombre de la estación había dicho que podía darle una de las de abajo y Haze le había preguntado si no tenía de las de arriba. Al acomodarse en el asiento, Haze se había fijado en que, encima de su cabeza, el techo era redondeado. Ahí estaba la litera. Bajaban el techo y ahí estaba, y para subirte tenías que usar una escalera. No había visto ninguna escalera por ahí; supuso que las guardarían en el armario. El armario estaba justo por donde se entraba. Cuando se subió al tren había visto al camarero de pie, delante del armario, poniéndose la chaqueta del uniforme. Haze se había parado justo en ese instante, justo donde estaba.

La forma en que movía la cabeza era igual, y la nuca era igual, y el brazo lo tenía igual de corto. Se apartó del armario y miró a Haze, y Haze le vio los ojos y eran iguales; eran idénticos… así, de entrada, idénticos a los del viejo Cash, pero después eran diferentes. Se volvieron diferentes mientras los miraba; se endurecieron por completo.

—¿A… a qué hora bajan las camas? —farfulló Haze.

—Falta mucho todavía —contestó el camarero, y volvió a buscar otra vez dentro del armario.

Haze no supo qué más decirle. Se fue para su compartimento.

El tren era ahora una mancha gris que avanzaba rauda dejando atrás atisbos de árboles, campos veloces y un cielo inmóvil que se oscurecía mientras se alejaba. Haze reclinó la cabeza en el respaldo y miró por la ventanilla, la luz amarillenta del tren lo bañaba con su tibieza. El camarero había pasado dos veces: dos veces hacia atrás y dos veces hacia delante, y la segunda vez que había pasado hacia delante le había echado a Haze una mirada severa, y luego había seguido su camino sin decir nada; Haze se había dado la vuelta para verlo marchar tal como había hecho la vez anterior. Hasta su forma de andar era igual. Todos los negros de la quebrada se parecían. Eran unos negros de un tipo muy personal, pesados y calvos, pura roca. En sus tiempos, el viejo Cash había pesado noventa kilos, sin un gramo de grasa, y no levantaba más de metro cincuenta y cinco del suelo. Haze quería hablar con el camarero. ¿Qué le comentaría el camarero cuando él le dijese: «Soy de Eastrod»? ¿Qué le diría él?

El tren había llegado a Evansville. Subió una señora y se sentó enfrente de Haze. Eso significaba que a ella le tocaría la litera que había debajo de la suya. La mujer comentó que le parecía que iba a nevar. Dijo que su marido la había llevado en coche hasta la estación y le había dicho que sería toda una sorpresa si no nevaba antes de que él estuviera de vuelta en casa. Tenía que recorrer quince kilómetros; vivían en las afueras. Ella iba a Florida, a visitar a su hermana. Nunca había tenido tiempo de hacer un viaje tan largo. La vida era así, las cosas iban pasando una detrás de la otra, y daba la impresión de que el tiempo volaba tanto que ya no sabías si eras joven o

vieja. Puso una cara como si el tiempo la hubiese engañado al pasar el doble de deprisa cuando ella dormía y no podía vigilarlo. Haze se alegró de tener a alguien que le diera conversación.

Se acordó de cuando era niño, cuando su madre y él y los demás niños iban a Chattanooga en el ferrocarril de Tennessee. Su madre siempre se ponía a conversar con los demás pasajeros. Era como un viejo perro de caza al que acababan de soltar y salía corriendo, olía cada piedra y cada palo y olfateaba alrededor de cada objeto con el que se encontraba. Y además se acordaba de todos ellos. Años más tarde, de repente se preguntaba qué sería de aquella señora que iba a Fort West, o se preguntaba si el vendedor de biblias había conseguido sacar a su mujer del hospital. Sentía una especie de anhelo por la gente, como si lo que le pasaba a las personas con las que conversaba le pasara a ella. Era una Jackson. Annie Lou Jackson.

«Mi madre era una Jackson», dijo Haze para sus adentros. Había dejado de prestar atención a la señora, aunque seguía mirándola a la cara y ella creía que la escuchaba. «Me llamo Hazel Wickers —dijo—. Tengo diecinueve años. Mi madre era una Jackson. Me crié en Eastrod, Eastrod, Tennessee». Pensó otra vez en el camarero. Le preguntaría al camarero. De pronto se le ocurrió que el camarero podía ser hijo de Cash. A Cash se le había fugado un hijo. Eso pasó antes de que Haze naciera. Aun así, seguro que el camarero conocía Eastrod.

Haze miró por la ventanilla y vio las negras siluetas giróvagas adelatándolo a toda velocidad. Si cerraba los ojos, entre cualquiera de ellas, distinguía Eastrod de noche, y lograba encontrar las dos casas con el camino en medio, y la tienda, y las casas de los negros, y aquel granero, y el trozo de valla que se internaba en el prado, entre gris y blanco, con la luna en lo alto. Era capaz de ver la cara de la mula suspendida encima de la valla y ahí la dejaba, para que sintiera la noche. Él también la sentía. Sentía su suave caricia en el aire. Había visto a su mamá acercarse por el sendero y secarse las manos en el mandil que acababa de quitarse, la había visto aparecer sombría como si fuese la encarnación de la noche y luego de pie en la puerta: Haaazzzeee, Haaazzzeee, ven aquí. El tren lo decía por él. Quiso levantarse e ir a buscar al camarero.

—¿Vas para tu casa? —le preguntó la señora Hosen. Se llamaba señora de Wallace Ben Hosen; de soltera se apellidaba Hitchcock.

—¡Ummm! —exclamó Haze, sobresaltado—, me bajo en… me bajo en Taulkinham.

La señora Hosen conocía a algunas personas en Evansville que tenían un primo en Taulkinham… un tal señor Henrys, no estaba segura. Siendo de Taulkinham, Haze debía de conocerlo. ¿Alguna vez había oído hablar de…?

—Yo no soy de Taulkinham —refunfuñó Haze—. Yo no sé nada de Taulkinham.

No miró a la señora Hosen. Sabía lo que le iba a preguntar; vio venir la pregunta y vino:

—¿Y se puede saber dónde vives?

Quería huir de ella.

—Eso estaba allí —murmuró, revolviéndose en el asiento, Luego añadió—: Es que no m'acuerdo, estuve una vez pero… ésta es la tercera vez que voy a Taulkinham —se apresuró a explicar; la cara de la mujer había surgido ante él y lo miraba con fijeza—, no volví más desde aquella vez que fui y yo tenía seis años. No sé na d'ese lugar. Una vez vi ahí un circo pero no…

Oyó un ruido metálico al final del vagón y se asomó para ver de dónde venía. El camarero iba bajando las paredes de los compartimentos del principio del vagón.

—Tengo que ver al camarero —dijo Haze, y escapó pasillo abajo.

No sabía qué le iba a decir al camarero. Cuando lo tuvo delante seguía sin saber qué le iba a decir.

—Supongo que se prepara pa hacerlas ya —comentó Haze.

—Así es —dijo el camarero.

—¿Cuánto tarda en hacer una? —preguntó Haze.

—Siete minutos —contestó el camarero.

—Yo soy de Eastrod —dijo Haze—. Soy de Eastrod, Tennessee.

—Pues eso no está en esta línea —le aclaró el camarero—. Te has equivocado de tren si cuentas con llegar a un sitio como ése.

—Voy a Taulkinham —dijo Haze—. Me crié en Eastrod.

—¿Quieres que te haga la litera ahora mismo? —le preguntó el camarero.

—¿Eh? —respondió Haze—. Eastrod, Tennessee. ¿Que n'oyó hablar de Eastrod?

El camarero bajó un lateral del asiento.

—Yo soy de Chicago —le dijo.

Echó las cortinas de ambas ventanillas y bajó el otro asiento. Hasta la nuca era la misma. Cuando se agachó, se le vieron tres pliegues. Era de Chicago.

—Estás justo en medio del pasillo. Vendrá alguien y va a querer pasar —le dijo, y le dio la espalda a Haze.

—Me parece que mejor me voy a sentar un rato —dijo Haze sonrojándose.

Al regresar a su compartimento, notó que la gente lo observaba con atención. La señora Hosen miraba por la ventanilla. Se volvió y lo examinó con suspicacia; luego dijo que todavía no se había puesto a nevar, ¿verdad?, y soltó una parrafada. Imaginaba que a esa hora su marido se estaría preparando la cena. Ella pagaba a una chica para que le hiciera la comida, pero para la cena se arreglaba solo. Le parecía que eso, de vez en cuando, no le hacía daño a ningún hombre. Al contrario, pensaba que a él le venía bien. Wallace no era gandul, pero no tenía ni idea de lo sacrificado que era ocuparse todo el santo día de la casa. La verdad es que no sabía cómo iba a sentirse en Florida con alguien sirviéndola todo el rato.

El camarero era de Chicago.

Hacía cinco años que ella no se tomaba vacaciones. La última vez había ido a ver a su hermana a Grand Rapids. El tiempo vuela. Su hermana se había mudado de Grand Rapids a Waterloo. Si llegaba a cruzarse ahí mismo con los hijos de su

hermana, no sabía bien si iba a ser capaz de reconocerlos. Su hermana le había escrito que estaban tan grandes como su padre. Las cosas cambiaban deprisa, le decía. El marido de su hermana había trabajado en la compañía del agua de Grand Rapids, tenía un buen puesto, pero en Waterloo, se…

—Estuve allí la última vez —dijo Haze—. No me bajaría en Taulkinham si eso estuviera allí; se vino abajo como… no sé… como…

—Debes de estar pensando en otra Grand Rapids —le dijo la señora Hosen frunciendo el ceño—. La Grand Rapids de la que yo te hablo es una ciudad grande y está donde ha estado siempre.

Lo miró con fijeza un instante y luego continuó: cuando estaban en Grand Rapids se llevaban bien, pero en Waterloo él se dio a la bebida. Su hermana tuvo que sacar adelante la casa y educar a los niños. La señora Hosen no lograba entender cómo podía pasarse ahí sentado año tras año.

La madre de Haze nunca había hablado demasiado en el tren; más bien escuchaba. Era una Jackson.

Al cabo de un rato, la señora Hosen dijo que tenía hambre y le preguntó si quería acompañarla al vagón restaurante. Le dijo que sí.

El vagón restaurante estaba lleno y había gente esperando turno para entrar. Haze y la señora Hosen hicieron media hora de cola meciéndose en el estrecho pasillo; de cuando en cuando, se pegaban a los costados para dejar paso a un goteo de gente. La señora Hosen se puso a conversar con la mujer que tenía al lado. Haze miraba la pared con cara de tonto. Nunca se hubiera animado a ir solo al vagón restaurante; menos mal que había encontrado a la señora Hosen. Si ella no llegaba a estar hablando, él le hubiera contado con inteligencia que había estado allí la última vez y que el camarero no era de allí, pero que se parecía bastante a los negros de la quebrada, también se parecía al viejo Cash lo suficiente para ser su hijo. Se lo hubiera contado durante la comida. Desde donde estaba no se veía el vagón restaurante; se preguntó cómo sería por dentro. «Como un restaurante», imaginó. Pensó en la litera. Cuando terminara de comer, seguro que la litera estaba hecha y se podía subir a ella. ¿Qué diría su mamá si lo viera ocupando una litera en un tren? Seguro que ella nunca llegó a imaginar que eso iba a pasar. Cuando se acercaron un poco más a la entrada del vagón restaurante, vio el interior. ¡Era igualito a un restaurante de la ciudad! Seguro que su mamá nunca llegó a imaginar que sería así.

Cada vez que alguien salía del vagón restaurante, el encargado le hacía señas a las personas del principio de la cola; a veces le hacía señas a una sola persona, a veces a varias. Pidió que entraran dos personas, la cola avanzó y Haze, la señora Hosen y la mujer con la que conversaba quedaron al final del vagón restaurante, mirando hacia el interior. Al cabo de poco, se marcharon dos personas más. El hombre hizo una seña y entraron la señora Hosen y la mujer; Haze las siguió. El hombre detuvo a Haze y le dijo: «Dos nada más», y lo hizo retroceder hasta la puerta. Haze se puso colorado como un tomate. Intentó colocarse detrás de la persona que iba antes que él y luego

intentó abrirse paso en la cola para regresar al vagón en el que viajaba, pero había demasiada gente apretujada cerca de la puerta. Tuvo que quedarse allí de pie y aguantar que todos lo miraran. Durante un rato nadie se marchó y tuvo que quedarse ahí de pie. La señora Hosen no volvió a fijarse en él. Al final, la señora que se encontraba al fondo del vagón restaurante se levantó y el encargado agitó la mano, Haze vaciló, vio la mano agitarse otra vez y entonces avanzó, recorrió el pasillo tambaleándose y, antes de llegar a su sitio, chocó contra dos mesas y se le cayó encima el café de alguien. No miró a las personas que estaban sentadas a su mesa. Pidió lo primero que vio en el menú y, cuando se lo sirvieron, se lo comió sin pensar en lo que era. La gente con la que compartía mesa había acabado y notó que esperaban y, mientras, aprovechaban para verlo comer.

Cuando salió del vagón restaurante se sentía débil y las manos le temblaban solas, con movimientos imperceptibles. Era como si hubiera pasado un año desde que había visto al encargado hacerle señas para que se sentara. Se detuvo entre dos vagones; para despejarse inspiró hondo el aire frío. Funcionó. Cuando regresó a su vagón, todas las literas estaban montadas y los pasillos, oscuros y siniestros, flotaban envueltos en un verde espeso. Se dio cuenta otra vez de que tenía una litera, de las de arriba, y de que ya podía meterse en ella. Podía tumbarse y subir la persiana un poquito para mirar y vigilar —justo lo que pensaba hacer— y ver cómo pasaban las cosas de noche desde un tren en marcha. Podía observar la noche en movimiento.

Cogió el macuto, se fue al lavabo de caballeros y se puso la ropa de dormir. Un cartel indicaba que había que avisarle al camarero para subir a las literas de arriba. Se le ocurrió de repente que a lo mejor el camarero era primo de algunos de los negros de la quebrada; podía preguntarle si tenía algún primo en Eastrod, o en Tennessee. Fue pasillo abajo, a buscarlo. A lo mejor podían charlar un poco antes de que él se metiera en la litera. No encontró al camarero al final de vagón y se fue para la otra punta. Al ir a doblar chocó con algo pesado, color rosa, que lanzó un grito ahogado y masculló: «¡Serás torpe!». Era la señora Hosen envuelta en un salto de cama rosa, con la cabeza llena de bigudíes. Se había olvidado de ella. Daba miedo verla con el pelo brillante, peinado para atrás y esos rizadores que parecían setas negras enmarcándole la cara. Ella trató de avanzar y él quiso dejarla pasar, pero los dos se movieron a la vez. A ella se le puso la cara morada salvo por unas manchitas blancas que no se le encendieron. Se puso tiesa, se quedó inmóvil y le preguntó:

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

Él se escurrió como pudo, salió corriendo pasillo abajo y chocó con tal fuerza contra el camarero que éste perdió el equilibrio y él le cayó encima; la cara del camarero quedó muy cerca de la suya, era clavado al viejo Cash Simmons. Por un instante no pudo quitarse de encima del camarero por estar pensando en que era Cash, y musitó: «Cash», y el camarero se lo sacó de encima, se levantó y se alejó pasillo abajo, a toda prisa, y Haze se incorporó como pudo, fue tras él y le dijo que quería subirse a su litera mientras pensaba: «Es pariente de Cash», y entonces, de repente,

como si alguien se lo hubiera soltado cuando estaba distraído: «Este es el hijo que se le fugó a Cash». Y luego: «Conoce Eastrod y no quiere saber nada, no quiere hablar de eso, no quiere hablar de Cash».

Se quedó mirando mientras el camarero le ponía la escalera para subir a la litera; luego subió sin dejar de mirar al camarero; veía a Cash, aunque distinto, no tenía los mismos ojos, y cuando estaba a medio subir, dijo, sin dejar de mirar al camarero:

—Cash está muerto. Un puerco le pegó el cólera.

El camarero se quedó con la boca abierta y, observando a Haze con desdén, masculló:

—Soy de Chicago. Mi padre era empleado del ferrocarril.

Haze se lo quedó mirando y se echó a reír: un negro empleado de ferrocaril; y rió otra vez y el camarero apartó la escalera con un movimiento del brazo tan brusco que Haze tuvo que agarrarse de la manta.

Se acostó boca abajo en la litera, temblando por la forma en que había subido. El hijo de Cash. De Eastrod. Pero que no quería saber nada de Eastrod, que odiaba Eastrod. Siguió acostado boca abajo durante un rato, sin moverse. Era como si hubiese pasado un año desde que se había caído en el pasillo encima del camarero.

Al cabo de un rato se acordó de que, en realidad, estaba en la litera, se dio la vuelta, encendió la luz y miró a su alrededor. No había ventana.

En la pared del costado no había ninguna ventana. No se subía hacia arriba para convertirse en ventana. No había ninguna ventana disimulada en la pared. Había como una red de pesca en toda la pared del costado, pero no había ninguna ventana. Por un instante, se le pasó por la cabeza que eso era obra del camarero: le había dado esa litera que no tenía ventana, sólo una red de pesca colgando a lo largo, porque lo odiaba. Seguro que eran todos iguales.

El techo encima de la litera era bajo y curvo. Se acostó. El techo curvo daba la impresión de no estar bien cerrado; daba la impresión de estar cerrándose. Se quedó acostado un rato, sin moverse. Notó en la garganta como una esponja con sabor a huevo. En la cena había tomado huevos. Ahora los notaba en la esponja que tenía en la garganta. Justo en la garganta los tenía. No quería darse la vuelta, tenía miedo de que se movieran; quería que la luz estuviera apagada; quería que estuviera oscuro. Levantó la mano sin darse la vuelta, tanteó en busca del interruptor, le dio y la oscuridad le cayó encima, y después se hizo menos intensa por la luz que se filtraba por el espacio sin cerrar, como de un palmo. Quería que la oscuridad fuera completa, no que estuviera diluida. Oyó al camarero acercarse por el pasillo, sus pasos mullidos en la alfombra, avanzaba sin pausa, rozando las cortinas verdes, luego los pasos se fueron perdiendo a lo lejos hasta que no se oyeron más. El camarero era de Eastrod. Era de Eastrod pero no quería saber nada de ese lugar. Cash no lo hubiera reclamado. No lo hubiera querido. No hubiera querido nada que llevara una chaquetilla blanca y ajustada y anduviera con una escobilla en el bolsillo. La ropa de Cash tenía la misma pinta que si la hubiesen guardado un tiempo debajo de una piedra; y olía como los

negros. Pensó en cómo olía Cash, pero el olor que le vino era el del tren. En Eastrod ya no quedaban negros de la quebrada. En Eastrod. Al entrar por el camino vio en la oscuridad, en la penumbra, la tienda de comestibles cerrada con tablas y el granero abierto donde la oscuridad andaba suelta, y la casa más pequeña medio desmontada, sin porche ni suelo en la entrada. Se suponía que debía ir a casa de su hermana en Taulkinham la última vez que estuvo de permiso, al volver del campamento de Georgia, pero no quería ir a Taulkinham y había regresado a Eastrod pese a que sabía lo que se iba a encontrar: las dos familias desperdigadas por los pueblos y hasta los negros que vivían en el camino se habían marchado a Memphis, a Murfreesboro y a otros sitios. Él había vuelto a dormir en la casa, en el suelo de la cocina, y del techo se había desprendido una tabla que le había caído en la cabeza y hecho un corte en la cara. Pegó un salto, como si notara la tabla, y el tren dio una sacudida, se detuvo y volvió a arrancar. Recorrió la casa para comprobar que no quedara nada que conviniera llevarse.

Su mamá siempre dormía en la cocina y guardaba allí su ropero de nogal. En ninguna parte había otro ropero así. Su mamá era una Jackson, había pagado treinta dólares por aquel ropero y no había vuelto a comprarse nada grande. Y ahí se lo dejaron. Él calculó que en el camión no había quedado sitio para llevarlo. Abrió todos los cajones.

En el de arriba de todo encontró dos trozos de bramante y nada en los demás. Le pareció raro que no hubiera entrado nadie a robar un ropero como aquél. Cogió el bramante, ató las dos patas a unas tablas sueltas del suelo y dejó una hoja de papel en cada uno de los cajones: este ropero pertenece a hazel wickers. no robar. al que lo robe lo VOY A PERSEGUIR Y LO VOY A MATAR.

Así ella descansaría mejor sabiendo que el mono estaba protegido de alguna manera. Si ella llegaba a buscarlo por la noche, lo vería. Haze se preguntó si alguna vez su mamá caminaba de noche y pasaba por ahí… si pasaba con aquella expresión en la cara, inquieta y fija, si subía por el sendero y recorría el granero abierto por todas partes y si se paraba en la penumbra, cerca de la tienda de comestibles cerrada con tablas, si se acercaba intranquila con aquella expresión en la cara como la que él le había visto a través de la grieta cuando la bajaban. Le había visto la cara a través de la grieta cuando le ponían la tapa, había visto la sombra que le nubló la cara y le hizo torcer la boca como si no estuviera contenta de descansar, como si fuera a levantarse de un salto, apartar la tapa y salir volando como un espíritu que iba a estar satisfecho: pero ellos encerraron dentro al espíritu. A lo mejor ella iba a salir volando de ahí dentro, a lo mejor iba a levantarse de un salto; tremenda, como un enorme murciélago que se colaba por la rendija, la vio salir volando de ahí pero la oscuridad caía sobre ella, se cerraba todo el tiempo, se cerraba; desde dentro la vio cerrarse, acercarse más y más, tapando la luz y el cuarto y los árboles que se veían por la ventana, por la rendija que se cerraba más deprisa, más negra. Abrió los ojos, vio que la tapa bajaba, se levantó de un salto, se coló por la grieta y se quedó ahí moviéndose, qué mareo, la

tenue luz del tren le permitió ver poco a poco la alfombra del suelo, moviéndose, qué mareo. Se quedó ahí, mojado y frío, y vio al camarero en el otro extremo del vagón, una silueta blanca en la oscuridad, ahí de pie, observándolo sin moverse. Las vías describieron una curva y él, mareado, cayó de espaldas en la intensa calma del tren.

EL PELAPATATAS[7]

Hazel Motes caminaba por la zona del centro, cerca de las fachadas de las tiendas, pero sin mirarlas. Iba con el cuello estirado hacia delante, como si quisiera oler una cosa que le alejaran continuamente de la nariz. Vestía un traje azul que a la luz del día se veía azul brillante, y tirando a violeta cuando se encendían las luces nocturnas; su sombrero de lana era de un negro intenso, como el sombrero de un predicador. Las tiendas de Taulkinham abrían los jueves por la noche y había mucha gente haciendo compras. La sombra de Haze se encontraba a veces a sus espaldas, a veces delante de él y, de vez en cuando, quedaba partida por las sombras de otros, pero, cuando estaba sola y prolongada delante de él, era una sombra delgada, nerviosa, que caminaba echada hacia atrás.

Al cabo de un rato se detuvo donde un hombre de cara enjuta había montado una mesa plegable delante de una tienda de ropa de Lerner y se había puesto a hacer demostraciones con unos pelapatatas. El hombre llevaba un sombrerito de lona y una camisa estampada con montones de faisanes, codornices y pavos de color bronce puestos patas arriba. El tono de su voz se imponía a los ruidos de la calle y llegaba a todos los oídos con claridad, como en una conversación íntima. Se juntaron unas cuantas personas. Sobre la mesa plegable había dos cubos, uno vacío; el otro, lleno de patatas. Entre los dos cubos había una pirámide de cajas verdes de cartón y, encima de la pila, un pelapatatas abierto para demostrar su uso. El hombre estaba de pie, frente a este altar, e iba señalando a distintas personas.

—¿Qué me dices tú? —preguntó, apuntando a un chico granujiento, de cabello húmedo—, no te vas ir d'aquí sin llevarte uno, ¿eh?

Por una abertura de la máquina metió una patata sin pelar. La máquina era una caja de lata con una manivela roja, y, a medida que le daba a la manivela, la patata entraba en la caja y, en un segundo, salía por el otro lado pelada.

—¡No te vas ir d'aquí sin llevarte uno! —exclamó.

El chico soltó una risotada y miró a las demás personas a su alrededor. Tenía el pelo rubio y brillante y la cara ahusada como la de un zorro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre de los pelapatatas.

—Enoch Emery —contestó el muchacho sorbiéndose los mocos.

—Un chico con un nombre tan bonito debería tener uno d'éstos —dijo el hombre, y puso los ojos en blanco tratando de animar a los demás.

Nadie se rió excepto el chico. Entonces, un hombre que estaba de pie frente a Hazel Motes se echó a reír. Era un hombre alto, con gafas de color verde claro, traje negro y sombrero negro de lana, como el sombrero de un predicador, y se apoyaba en un bastón blanco. La risa sonó como si viniese de algo encerrado y atado en el interior de un saco de arpillera. Era evidente que el hombre estaba ciego. Una de sus manos se apoyaba en el hombro de una niña huesuda, que llevaba una gorra negra de punto calada sobre la frente, por cuyos costados asomaban unos mechones de pelo

naranja. Tenía la cara larga y la nariz corta y afilada. La gente empezó a fijarse en ellos dos en lugar de prestar atención al vendedor de pelapatatas. Aquello molestó al vendedor de pelapatatas.

—¿Qué me dices tú, el d'ahí? —preguntó señalando a Hazel Motes—. Una ganga como ésta no la vas encontrar en ninguna tienda.

—¡Eh! —exclamó Enoch Emery, pasó por delante de una mujer y le dio un puñetazo en el brazo a Haze—. ¡A ti t'está hablando! ¡T'está hablando a ti!

Haze observaba al ciego y a la niña. Enoch Emery tuvo que darle otro puñetazo.

—¿Por qué no compras uno pa tu mujer? —le preguntó el de los pelapatatas.

—No estoy casao —masculló Haze sin apartar la vista del ciego.

—Pues tendrás una mamaíta, ¿no?

—No.

—Le vamos a enseñar —dijo el hombre haciendo bocina con la mano en dirección a la gente—, que l'hace falta uno d'estos pa que l'haga compañía.

A Enoch Emery aquello le hizo tanta gracia que se inclinó hacia delante y se golpeó las rodillas, pero Hazel Motes no dio muestras de haberse enterado.

—Le voy a regalar media docena de patatas al primero que me compre una d'estas máquinas —dijo el hombre—. ¿Quién va ser el primero? ¡Un dólar cincuenta por una máquina que en la tienda costaría tres! —Enoch Emery comenzó a rebuscar en los bolsillos—. Vais a bendecir este día por haber parao aquí —dijo el hombre—, no l'olvidaréis nunca. El que se lleve una d'estas máquinas, no l'olvidará en la vida.

El ciego se adelantó de pronto y el hombre de los pelapatatas se dispuso a entregarle una de las cajas verdes, pero el ciego pasó delante de la mesa plegable, se dio media vuelta y, yendo en ángulo recto, volvió a mezclarse entre la gente. Estaba repartiendo algo. Haze se dio cuenta entonces de que la niña también avanzaba entre la gente y repartía unos folletos blancos. No había mucha gente, pero la que se había congregado comenzó a alejarse. Cuando el vendedor se dio cuenta, se inclinó sobre la mesa plegable echando chispas por los ojos.

—¡Eh, tú! —le gritó al ciego—. ¿Qué te crees qu'estás haciendo? ¿Quién te crees qu'eres pa echar a la gente d'aquí?

El ciego no le hizo ni caso. Siguió repartiendo folletos. Le dio uno a Enoch Emery, se acercó a Haze golpeándole en ángulo con el bastón blanco en la pierna.

—¿Qué diablos te crees qu'estás haciendo? —gritó el vendedor de pelapatatas—. A esta gente la reuní yo, ¿quién te crees qu'eres pa venir a meterte aquí?

El ciego tenía una cara extraña, enrojecida, como de borracho. Tendió uno de los folletos cerca de Haze y Haze lo cogió.

Era un opúsculo. Las palabras impresas por fuera decían: «Jesús te llama».

—¡Me gustaría saber quién diablos t'has creío! —gritaba el hombre de los pelapatatas.

La niña volvió a pasar delante de la mesa plegable y le entregó un opúsculo. Él lo miró un momento torciendo el gesto, salió como una tromba de detrás de la mesa

plegable y tiró el cubo con las patatas.

—Estos malditos fanáticos de Jesús —aulló, mientras miraba a su alrededor con furia, tratando de encontrar al ciego.

Se había juntado más gente con la esperanza de presenciar una pelea, y el ciego se había perdido entre ella.

—¡Malditos forasteros comunistas, seguidores de Jesús! —chilló el hombre de los pelapatatas—. ¡Esta gente la he juntao yo!

Se calló al darse cuenta de que había un gentío.

—Muy bien, amigos —dijo—, de uno en uno, hay pa tos, no hay necesidá de empujar, media docena de patatas peladas pa el primero que compre. —Volvió tranquilamente a ponerse detrás de la mesa plegable y empezó a levantar las cajas con los pelapatatas—. Acercaros, hay pa tos, no hay necesidá d'amontonarse.

Hazel Motes no abrió el opúsculo. Se fijó en la parte de fuera y lo rasgó por la mitad. Juntó los dos trozos y volvió a rasgarlos por la mitad. Siguió apilando los trozos y rasgándolos hasta que tuvo un puñado de confeti. Volvió la mano hacia abajo y dejó que los trochos de papel se esparcieran por el suelo. Levantó la vista y, a escasos tres palmos, vio a la niña que iba con el ciego; lo miraba fijamente. Tenía la boca abierta y los ojos le brillaban como dos esquirlas de vidrio verde. Llevaba un vestido negro, y colgada del hombro, una bolsa blanca de yute. Haze la observó, ceñudo, y empezó a restregarse las manos sudorosas en los pantalones.

—T'he visto —dijo la niña.

Se acercó veloz hasta donde estaba el ciego, al lado de la mesa plegable. Gran parte de la gente se había marchado. El hombre de los pelapatatas se inclinó sobre la mesa plegable y le gritó al ciego:

—¡Eh! A ver si t'enteras que no tienes que venir aquí a meterte donde no t'han llamao.

El ciego siguió donde estaba, con la barbilla ligeramente levantada, como si viera algo por encima de las cabezas de la gente.

—Oiga usté —dijo Enoch Emery—, nada más tengo un dólar con diciséis centavos, pero yo…

—A ti t'hablo —dijo el hombre, como si con eso fuera a conseguir que el ciego lo viese—, a ver si t'enteras que no puedes venir aquí a meterte donde no t'han llamao. Vendí ocho pelapatatas, vendí.

—Déme uno —le pidió la niña señalando los pelapatatas.

—¿Qué? —dijo él.

La niña se hurgó el bolsillo, sacó un monedero alargado y lo abrió.

—Déme uno d'ésos —repitió tendiéndole dos monedas de cincuenta centavos.

El hombre echó un vistazo al dinero levantando una comisura de la boca.

—Un dólar cincuenta, hermana —le aclaró.

La niña metió la mano en el monedero con gran rapidez y, al mismo tiempo, lanzó una mirada colérica a Hazel Motes como si este acabara de hacer un ruido. El ciego

se alejó. Ella se quedó un momento mirando a Haze, roja de rabia, desafiante, luego se volvió y siguió al ciego. Haze dio un respingo.

—Oiga —dijo Enoch Emery—, no tengo na más que un dólar con diciséis centavos y me gustaría comprarme uno…

—Pues te puedes quedar con tu dinero —dijo el hombre, quitando el cubo de la mesa plegable—. Aquí no s'hacen rebajas.

Hazel Motes siguió al ciego con la mirada y entretanto metía y sacaba las manos de los bolsillos. Daba la impresión de que al mismo tiempo intentara mecerse. Y, de repente, le lanzó dos billetes al vendedor de pelapatatas, cogió una caja de la mesa plegable y partió calle abajo. Un segundo más tarde Enoch Emery se puso a su lado con la lengua afuera.

—Caray, tú sí qu'estás forrao —dijo Enoch Emery.

Haze dobló la esquina y los vio como a una manzana de ahí. Aminoró el paso y vio a Enoch Emery a su lado. Enoch vestía un traje de un blanco amarillento, una camisa de un blanco rosado y llevaba una corbata color guisante. Sonreía. Tenía pinta de sabueso bonachón y algo sarnoso.

—¿Cuánto llevas aquí? —le preguntó.

—Dos días —murmuró Haze.

—Yo dos meses —le dijo Enoch—. Trabajo pa el municipio. ¿Y tú dónde trabajas?

—No trabajo —contestó Haze.

—Qué pena —dijo Enoch—. Yo trabajo pa el municipio —Se saltó un paso para ponerse a la altura de Haze y añadió—: Tengo diciocho años, llevo aquí na más dos meses y ya trabajo pa el municipio.

—Muy bien —dijo Haze. Se caló más el sombrero del lado que iba Enoch Emery y apuró el paso.

—¿Cómo dijistes que te llamabas? —preguntó Enoch.

Haze se lo dijo.

—Tienes cara d'estar siguiendo a esos paletos —observó Enoch—. ¿A ti te va mucho eso de Jesús?

—No —contestó Haze.

—A mí tampoco, no mucho —reconoció Enoch—. Estuve cuatro semanas en l'Academia d'Estudios Bíblicos Rodemill pa niños. Aquella mujer se las arregló pa quitarme a mi padre, fue ella la que me mandó, trabajaba pa l'asistencia social. ¡Jesús, María y José, cuatro semanas! Creí que m'iba volver loco; eso sí, loco pero santo.

Haze llegó al final de la manzana y Enoch se mantuvo a su lado todo el tiempo, con la lengua afuera, sin parar de hablar. Cuando Haze empezó a cruzar la calle, Enoch le gritó:

—¿No ves el semáfro? ¡Está rojo, tienes qu'esperar!

Un policía tocó el silbato, un coche hizo sonar la bocina y paró en seco. Haze

siguió cruzando, sin apartar la vista del ciego, que iba por la mitad de la manzana siguiente. El policía siguió tocando el silbato. Cruzó la calle hasta donde se encontraba Haze y lo detuvo. Tenía la cara delgada y los ojos como dos óvalos color amarillento.

—¿Sabes para qué sirve esa cosita que cuelga de ahí arriba? —le preguntó señalando el semáforo del cruce.

—No lo vi —contestó Haze.

El policía lo miró sin decir palabra. Se detuvieron unas cuantas personas. El policía miró de reojo a la gente.

—A lo mejor pensaste que la luz roja es para los blancos, y la verde, para la gente de color —sugirió.

—Sí, eso pensé —dijo Haze—. Quíteme la mano d'encima.

El policía apartó la mano y puso los brazos en jarras. Retrocedió y dijo:

—Cuéntale a todos tus amigos lo de estas luces. La roja es para detenerse, la verde, para pasar… hombres y mujeres, blancos y negros, todos pasan con la misma luz. Cuéntaselo a todos tus amigos y así, cuando vengan a la ciudad, lo sabrán.

La gente se echó a reír.

—Yo cuidaré d'él —dijo Enoch Emery, y abriéndose paso se colocó al lado del policía—. Llev'aquí dos días na más. Yo cuidaré d él.

—¿Y tú cuánto llevas aquí? —le preguntó el policía.

—Nací y me crié aquí —respondió Enoch—. Est'es mi pueblo natal. Yo cuidaré d'él por usté. ¡Eh, espérame! —le gritó a Haze—. ¡Que m'esperes! —Se abrió paso entre el gentío y alcanzó a Haze—. Creo que t'he salvao el pellejo.

—Muchas gracias —dijo Haze.

—De na —respondió Enoch—. ¿Y si vamos a Walgreen's y nos tomamos un refresco? A esta hora los cabarés están cerraos todavía.

—No me gustan los *drugstores* —comentó Haze—. Adiós.

—Bueno, bueno —dijo Enoch—. Creo qu'iré contigo y t'haré compañía un rato.

Echó un vistazo a la pareja que iba delante y añadió:

—La verdá, a esta hora de la noche no me gustaría meterme con ningún paleto, y menos si son seguidores de Jesús. Yo quedé d'ellos hasta el gorro. Aquella mujer que se las arregló pa quitarme a mi padre se pasaba el día rezando. Yo y mi papá nos íbamos por ahí con una sierra a trabajar y un verano la montamos en las afueras de Boonville y entonces viene esa mujer —aferró a Haze de la chaqueta—. La única pega que l'encuentro a Taulkinham es qu'hay demasiada gente en la calle —comentó en tono de confidencia—, parece que no'stán contentos hasta que no te tiran al suelo… Como t'iba diciendo, viene ella un día y me parece a mí que se encariñó conmigo. Yo tenía doce años y me sabía cantar bien unos cuantos himnos qu'aprendí de un negro. Así que viene ella, se encariña conmigo y se las arregla pa quitarme a mi papá y llevarme a Boonville a vivir con ella. Tenía una casa de ladrillo, pero no veas cómo estaba, todo el día con Jesús.

Mientras hablaba observaba desde abajo a Haze, analizaba su cara. De repente, tropezó con un hombrecito metido dentro de un mono desteñido que le venía enorme.

—¡A ver si miras por dónde caminas! —masculló.

El hombrecito se paró en seco, levantó el brazo con un gesto feroz, puso cara de perro y gruñó:

—¿A quién l'éstas hablando?

—Ya lo ves —dijo Enoch dando un salto para alcanzar a Haze—, van a lo que van, a tirarte al suelo. En mi vida había estao en un lugar más antipático. Y con aquella mujer me quedé dos meses en su casa —siguió diciendo—, y al llegar el otoño me mandó a l'Academia d'Estudios Bíblicos Rodemill pa niños y entonces pensé qué alivio. Era difícil llevarse bien con aquella mujer… no era vieja, calculo que tendría como cuarenta, pero era más fea qu'el pecao. Llevaba unas gafas marrones y tenía los cabellos tan finos que parecían hilitos de salsa cayéndole por la cabeza. Pensé, qué alivio va ser cuando esté en es'academia. Una vez m'escapé de su casa, pero consiguió hacerme volver, después m'enteré que tenía unos papeles en contra mía y que, si no me quedaba con ella, me podían meter en la cárcel, así que m'alegré un montón d'ir a est'academia. ¿Alguna vez fuistes a una academia?

Haze no dio muestras de haberse enterado de la pregunta. Seguía con la vista clavada en el ciego, que le sacaba una manzana de ventaja.

—Pues no fue ningún alivio —dijo Enoch—. ¡Ay Jesús, no fue ningún alivio! M'escapé a las cuatro semanas, pero ella, maldita sea, consiguió hacerme volver y me llevó otra vez a su casa. Pero a la final lo conseguí. —Hizo una pausa—. ¿Quieres que te diga cómo?

Tras otra pausa, prosiguió:

—Le di un susto de muerte a esa mujer. Lo pensé y lo pensé. No sabes cómo lo pensé. Hasta recé y todo. Rezaba: «Jesús, enséñame la manera de salir d'aquí sin tener que matarla y acabar en la cárcel». Y vaya si m'enseñó. Me levanté una mañana al alba, me fui a su cuarto sin pantalones, le quité la sábana de un tirón y le dio n'ataque al corazón. Y entonces me fui otra vez con mi papá, a ella no volvimos a verle'l pelo.

»Qu'apretada llevas la mandíbula —comentó mientras observaba la mejilla de Haze—. Nunca te ríes. No m'extrañaría na que fueras un hombre muuuy, muuuy rico.

Haze dobló por una calle lateral. El ciego y la niña estaban en la esquina de la manzana siguiente.

—Bueno, parece que después de to los vamos a alcanzar —dijo Enoch—. Sí qu'es fea esa niña, ¿no? ¿L'has visto los zapatos? Zapatos de hombre parecen. ¿Conoces a mucha gente aquí?

—No —contestó Haze.

—Ni vas a conocer. Es el lugar más difícil pa hacer amigos.

Llevo dos meses aquí y no conozco a nadie, parece que l'único que quieren es tirart'al suelo. Seguro que tienes un buen montón de dinero —dijo—. Yo no tengo na.

Si tuviera, sé muy bien lo qu'haría.

El hombre y la niña se detuvieron en la esquina y doblaron a la izquierda.

—Los estamos alcanzando —dijo Enoch—. Si no tenemos cuidao, acabamos en alguna reunión cantando himnos con ella y su papá.

En la manzana siguiente había un edificio espacioso con cúpula y columnas. El ciego y la niña fueron hacia allí. Había coches aparcados alrededor del edificio, enfrente y en las calles cercanas.

—Eso no tiene pinta de cine —dijo Enoch.

El ciego y la niña subieron las escaleras que conducían al edificio. Las escaleras ocupaban toda la fachada y a ambos lados había unos leones de piedra sentados en sendos pedestales.

—D'iglesia tampoco —prosiguió Enoch.

Haze se detuvo delante de las escaleras. Dio la impresión de estar ensayando la cara que iba a poner. Se echó el sombrero negro hacia delante, en un ángulo malvado, y fue hacia los dos, que se habían sentado en el rincón, al lado de uno de los leones. Cuando se acercaron, el ciego se inclinó hacia delante, como si estuviese escuchando los pasos, y se puso en pie con un opúsculo en la mano.

—Siéntate —le dijo la niña en voz alta—, no es nadie, son esos dos muchachos.

—Sólo somos nosotros —aclaró Enoch Emery—. Yo y él llevamos más d'un kilómetro detrás vuestro.

—Sabía que alguien m'estaba siguiendo —dijo el ciego—. Siéntate.

—Han venío na más pa burlarse —dijo la niña, y puso cara de oler gato encerrado.

El ciego tanteaba el aire para tocarlos. Haze se mantuvo fuera del alcance de sus manos, forzando la vista, como si quisiera ver las cuencas de los ojos vacías detrás de las gafas verdes.

—Yo no soy, es él —aclaró Enoch—. Os ha estao siguiendo desd'el puesto de pelapatatas. Hemos comprao uno.

—¡Sabía que alguien m'estaba siguiendo! —exclamó el ciego—. Lo noté desd'el puesto de pelapatatas.

—Yo no t'he seguío —dijo Haze.

Palpó la caja del pelapatatas y miró a la niña. La gorra negra de punto le cubría hasta las cejas. Debería tener trece o catorce años.

—Yo no t'he seguío a ninguna parte —repitió, mordaz—. La he seguío a ella. Dicho esto, le tendió la caja del pelapatatas.

La niña retrocedió de un salto y puso cara de querer que se la tragara la tierra.

—Yo no quiero eso —dijo—. ¿Pa qu'iba querer yo eso? Llévatelo. No es mío. ¡No lo quiero!

—Ya me lo quedo yo y te doy las gracias por ella —dijo el ciego—. Mételo en la bolsa —le ordenó a la niña.

Haze volvió a tenderle el pelapatatas a la niña sin dejar de mirar al ciego.

—No lo quiero —farfulló ella.

—Que lo metas en la bolsa, te digo —le ordenó el ciego, cortante.

Al cabo de un instante, la niña lo cogió y lo metió en la bolsa donde guardaba los opúsculos.

—Mío no es —dijo—. No quiero saber na del pelapatatas. Lo tengo pero mío no es.

—Te da las gracias —dijo el ciego—. Sabía que alguien m'estaba siguiendo.

—Yo no t'he seguío a ninguna parte —insistió Haze—. La he seguío a ella pa decirle qu'a mí nadie me mira a lo zaino como hizo ella en el puesto de pelapatatas.

Siguió con la vista clavada en el ciego, sin fijarse en la niña.

—¿De qu'estás hablando? —le gritó—. Yo no te miré a lo zaino. Yo sólo miraba cómo rompías el folleto. Lo rompió en pedacitos —añadió dándole una palmada en el hombro al ciego. Lo rompió to, echó los pedacitos en el suelo como si fueran sal y se limpió las manos en los pantalones.

Me siguió a mí —dijo el ciego—. Nadie te seguiría a ti. Por la voz se le notan las ansias de Jesús.

—Jesús —masculló Haze—, Jesús, Dios mío.

Se sentó en la escalera, cerca de la pierna de la niña. La cabeza le quedó a la altura de la rodilla de ella y apoyó la mano en el escalón, al lado de su pie. La niña llevaba zapatos de hombre y calcetines negros de algodón. Los lazos de los cordones estaban muy bien hechos y muy apretados. Ella se apartó bruscamente y fue a sentarse detrás del ciego.

—Fíjate cómo blasfema —soltó en voz baja—. Dice que nunca t'ha seguío.

—Escúchame —dijo el ciego—, no puedes huir de Jesús. Jesús es un hecho. Si es a Jesús al que buscas, te se nota en la voz.

—Yo en la voz no le noto na —intervino Enoch Emery—. Yo sé mucho sobre Jesús porque fui a l'Academia d'Estudios Bíblicos Rodemill pa niños, donde me mandó una mujer. Si por la voz se le notara que busca a Jesús, yo me daría cuenta.

Se había subido al lomo del león y se había sentado de lado, con las piernas cruzadas.

El ciego volvió a tantear el aire y, de pronto, con las manos le tapó la cara a Haze. El muchacho no se movió ni dijo nada por un instante. Luego le apartó las manos.

—Déjame —le dijo con un hilo de voz—. Qué sabrás tú de mí.

—Tienes una necesidá secreta —aventuró el ciego—. Los que conocen a Jesús una vez al final no pueden huir d'Él.

—Yo nunca l'he conocío —dijo Haze.

—Tienes d'Él un conocimiento mínimo —dijo el ciego—. Con eso basta. Sabes Su nombre y estás marcao. Si Jesús t'ha marcao, ya no puedes hacer na. Los que tienen conocimiento no pueden cambiarlo por ignorancia.

El ciego se inclinaba hacia delante, pero hacia el lado equivocado, de manera que daba la impresión de estar hablándole al escalón que había debajo del pie de Haze.

Haze seguía sentado, reclinado hacia atrás, con el sombrero negro echado hacia delante, sobre la cara.

—Mi padre es igualito a Jesús —comentó Enoch desde el lomo del león—. El pelo le llega a los hombros. L'única diferencia es qu'a él una cicatriz le cruza la barbilla. Yo nunca he visto quién es mi madre.

—Estás marcao por el conocimiento —dijo el ciego—. Sabes lo qu'es el pecao y sólo los que saben lo qu'es pueden cometerlos. To el rato, mientras veníamos pa acá, supe que alguien me seguía. Imposible que la siguieras a ella. A ella nunca la sigue nadie. Noté que cerca había alguien con ansias de Jesús.

—Pa tu dolor no hay na más que Jesús —dijo la niña de pronto.

Se inclinó un poco, estiró el brazo y con el dedo señaló el hombro de Haze; él se limitó a lanzar un escupitajo a los escalones sin mirarla.

—Escúchame —le dijo levantando la voz—, habían un hombre y una mujer que mataron a este niño. El niño era hijo d'ella pero resulta qu'era feo y ella no lo quería. El niño tenía a Jesús y la mujer no tenía na más que su belleza y un hombre con el que vivía en pecao. Ella se sacaba d'encima al niño y el niño volvía, y ella se lo sacaba d'encima y el niño volvía otra vez y, cada vez que se lo sacaba d'encima, el niño volvía a donde ella y el hombre ese vivían en pecao. Lo estrangularon con una media de seda y lo colgaron en la chimenea. A partir d'ahí, ella no tuvo paz. Cada vez que miraba algo, veía al niño. Jesús lo hizo hermoso pa que la persiguiera. Y ella no podía acostarse con aquel hombre sin ver al niño que la miraba por la chimenea, brillando a través de los ladrillos, en la oscuridá de la noche.

Movió un poco los pies para que le asomaran las puntas por el dobladillo de la falda, remetida alrededor de las piernas.

—La mujer no tenía na más que su belleza —repitió con voz alta y firme—. Pero con eso no basta. No señor.

—Jesús, Dios mío —dijo Haze.

—Con eso no basta —insistió.

—Oigo que ahí dentro empiezan a mover los pies —comentó el ciego—. Saca los opúsclos, que se preparan pa salir.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Enoch—. ¿Qu'hay dentro d'este edificio?

—Un programa que s'acaba —contestó el ciego.

La niña sacó los opúsculos de la bolsa de yute y le entregó dos paquetitos atados con bramante.

—Tú irás con Enoch Emery a repartir a la otra punta —le ordenó el ciego—. Yo y este muchacho nos quedamos aquí.

—Él no es quién pa tocarlos —dijo la niña—. L'único que quiere es romperlos en pedacitos.

—Que hagas caso, te digo —repitió el ciego.

Tras quedarse un momento donde estaba, con cara ceñuda, la niña le dijo a Enoch Emery:

—Si vas a venir, muévete.

Enoch se bajó del león y la siguió al otro extremo de la escalinata. El ciego tendió los brazos. Haze se hizo a un lado, pero el ciego estaba junto a él, en el mismo escalón, y lo asió firmemente del brazo. Se inclinó hacia delante de manera que la cara le quedó a la altura de la rodilla de Haze, y entonces soltó en un susurro:

—Me seguistes hasta aquí porque estás en pecao, pero puedes ser un testimonio del Señor. ¡Arrepiéntete! Ves a lo alto de las escaleras, arrepiéntete de tus pecaos y reparte estos opúsclos entre la gente. —Dicho lo cual le entregó el paquete de folletos.

Haze trató de librarse del ciego, pero sólo consiguió que se acercara más a él.

—Escúchame bien —le dijo—, estoy tan limpio como tú.

—Fornicación —dijo el ciego.

—Eso no es más que una palabra —dijo Haze—. Si estuviera en pecao, estoy en pecao desd'antes de cometer ninguno. No he cambiao na. —Trató de librarse de aquella mano férrea, pero el ciego le apretaba el brazo con más fuerza—. No creo en el pecao. Quítame la mano d'encima.

—Sí que crees —dijo el ciego—; llevas la marca.

—No llevo ninguna marca —negó Haze—, estoy libre de pecao.

—Llevas la marca del pecao —le dijo el ciego—. Jesús te ama y no puedes huir de su marca. Ves a lo alto de las escalera y…

Haze se zafó como pudo y se levantó de un salto. Los voy a subir hast'allá arriba y los tiraré entre los arbustos —le dijo—. ¡Mírame bien! A ver si me ves.

—¡Veo mejor que tú! —gritó el ciego—. ¡Tienes ojos y no ves, tienes orejas y no oyes, pero Jesús te hará ver!

—¡Si tanto ves, mira bien! —exclamó Haze, y echó a correr escaleras arriba.

El público comenzó a salir por las puertas del auditorio y algunos ya habían bajado la mitad de los escalones. Se abrió paso entre ellos a codazo limpio, como si sus brazos fueran alas puntiagudas, y, al llegar a lo alto, una nueva oleada de público lo empujó casi hasta el sitio del que había partido. Pugnó otra vez por abrirse paso hasta que alguien gritó: «¡Hacedle sitio a este imbécil!», y la gente se apartó de su camino. Corrió hasta lo alto, a empujones llegó hasta el extremo opuesto de la escalinata, y ahí se quedó, la mirada colérica, el aliento entrecortado.

—Yo no t'he seguío —gritó—. Yo no seguiría así a un ciego. Por Dios.

Se apoyó en la pared del edificio sujetando el paquetito de folletos por el bramante. Un gordo se detuvo a su lado y encendió un cigarro; Haze le dio un golpecito en el hombro y le dijo:

—Mire all'abajo. ¿Ve a ese ciego de ahí qu'está repartiendo opúsclos? Por Dios. ¡Cómo no lo ve! Va con una niña fea, vestida con ropa de mujer, que también reparte. Jesús, María y José.

—Son unos fanáticos —comentó el gordo, y siguió su camino.

—Jesús, Dios mío —dijo Haze. Se acercó a una anciana de cabello naranja, que

llevaba un collar de cuentas rojas de madera, y le advirtió—: Mejor póngase del otro lado, señora. All'abajo hay un tonto repartiendo opúsclos.

La multitud que iba saliendo detrás de la anciana la empujó, pero ella lo observó un momento con dos ojos brillantes, pequeños como pulgas. Haze quiso acercarse un poco más, entre el gentío, pero la mujer se encontraba ya demasiado lejos, de manera que otra vez a los empujones volvió al sitio donde se había apoyado en la pared.

—Jesucristo crucificao —dijo, y notó una opresión en el pecho.

La multitud se movía deprisa. Era como una colcha inmensa destejiéndose, sus hilos desaparecían por las calles oscuras hasta que no quedaba nada ella y él estaba solo en la galería del auditorio. Los opúsculos cubrían los escalones, la acera y parte de la calzada. El ciego estaba de pie, en el primer escalón, se agachó y fue palpando los folletos arrugados esparcidos a su alrededor. Enoch Emery se encontraba en la otra punta, subido a la cabeza del león, trataba de mantener el equilibrio; la niña recogía los folletos que no estaban demasiado arrugados y se podían aprovechar, y los guardaba en la bolsa de yute.

—Jesús no m'hace a mí ninguna falta —dijo Haze—. Jesús no m'hace a mí ninguna falta. Tengo a Leora Watts.

Bajó las escaleras corriendo hasta donde se encontraba el ciego y se detuvo. Se quedó un momento allí, fuera de su alcance, porque el ciego tanteaba el aire con los brazos tendidos siguiendo el sonido de los pasos del muchacho, y luego cruzó la calle. Llegó a la acera opuesta y entonces oyó la voz desgarradora. Se dio la vuelta y en mitad de la calzada vio al ciego, que se puso a gritar:

—¡Shrike! ¡Shrike! ¡Me llamo Asa Shrike para cuando me necesites!

Un coche tuvo que esquivarlo para no llevárselo por delante.

Haze encorvó los hombros, agachó la cabeza y caminó a toda prisa. No volvió la vista atrás hasta que oyó pasos a su espalda.

—Ahora que nos hemos librao d'ellos —jadeó Enoch Emery—, ¿qué tal si vamos alguna parte a divertirnos?

—Escúchame —le dijo Haze de malos modos—, yo ya tengo mis cosas. Y a ti t'he visto bastante por hoy.

Apuró el paso. Enoch empezó a dar saltos para seguirle el ritmo.

—Llevo dos meses aquí —dijo—, y no conozco a nadie. Aquí la gente no es amable. Teng'una habitación y allá dentro no hay nadie más que yo. Mi papá me dijo que tenía que venir pa aquí. Yo nunca hubiera venío, él me ha obligao. Me parece que t'he visto antes. No serás de Stockwell, ¿verdá?

—No.

—¿De Melsy?

—No.

—Una vez montamos ahí la sierra —le contó Enoch—. No sé, tu cara me parece que me suena.

Siguieron andando sin decir nada hasta que llegaron otra vez a la calle principal.

Estaba casi vacía.

—Adiós —se despidió Haze, y volvió a apurar el paso.

—Yo también voy pa allá —dijo Enoch, resentido. A la izquierda había un cinematógrafo donde estaban cambiando un cartel luminoso—. Si esos paletos no nos habrían entretenío, podíamos haber ido a ver una película —masculló.

Avanzaba a las zancadas al lado de Haze, mientras le iba hablando entre balbuceos y lloros. En un momento dado, lo agarró de la manga para que aminorara el paso y Haze se soltó con brusquedad.

—Él m'ha obligao a venir —dijo con voz entrecortada.

Haze lo miró y se dio cuenta de que lloraba y tenía la cara roja y surcada de lágrimas.

—Tengo diciocho años na más —lloriqueó Enoch—, y él m'ha obligao a venir y no conozco a nadie, aquí nadie quiere tener na que ver con nadie. La gente no es amable. Él se fue con una mujer y m'ha obligao a venir, pero ella no le va durar mucho, la va moler a palos y la va dejar sentada en una silla. Eres la primera cara conocida que veo en dos meses, yo a ti t'he visto antes. Sé que t'he visto antes.

Haze clavó la vista al frente con el gesto hosco y Enoch siguió a su lado entre balbuceos y sollozos. Pasaron delante de una iglesia, de un hotel y de una tienda de antigüedades, y doblaron por una calle flanqueada de casas de ladrillo, todas iguales en la oscuridad.

—Si lo que buscas es una mujer, no tienes qu'estar siguiendo a nadie como ella —observó Enoch—. M'han hablao de una casa llena de mujeres que cuestan dos dólares. ¿Por qué no vamos a divertirnos un poco? Te puedo devolver el dinero la semana que viene.

—Escúchame bien —le dijo Haze—, voy adond'estoy parando… a dos puertas d'aquí. Tengo una mujer. Tengo una mujer, ¿m'has entendió? No m'hace falta ir contigo.

Te puedo devolver el dinero la semana que viene —insistió Enoch—. Trabajo en el jardín zoológico. Vigilo una entrada, me pagan cada semana.

—Déjame'n paz —dijo Haze.

—Aquí la gente no es amable. Tú no eres d'aquí y tampoco eres amable.

Haze no le contestó. Siguió andando, la cabeza gacha, los hombros encogidos, como si tuviese frío.

—Tú tampoco no conoces a nadie —dijo Enoch—. No tienes ninguna mujer ni na qu'hacer. Me di cuenta cuando te vi que no tenías a nadie, que no tenías na. T'he visto y lo sé.

—Aquí vivo yo —dijo Haze, y dobló por el sendero que llevaba hasta la casa sin volverse a mirar a Enoch.

Enoch se detuvo.

—Sí —sollozó—, ya veo. —Se limpió la nariz con el dorso de la manga para dejar de llorar—. Sí —sollozó—, vete donde tengas qu'ir, pero mira.

Se dio una palmada en el bolsillo, echó a correr, agarró a Haze de la manga y agitó la caja del pelapatatas delante de sus narices.

—Ella me lo dio. Me lo dio a mí y eso tú no lo puedes cambiar. Me invitó a mí y no a ti pa que fuera a visitarlos, y eso qu'eras tú el que los seguía.

Le brillaban los ojos a través de las lágrimas y una sonrisa maligna le torcía el gesto.

Haze abrió la boca y no dijo nada. Se quedó allí de pie un instante, diminuto, en mitad de los escalones, entonces levantó el brazo y lanzó el paquete de opúsculos que había estado cargando. El paquete le dio a Enoch en el pecho y le hizo abrir la boca. El muchacho se quedó mirando boquiabierto el punto donde lo había golpeado, después se dio media vuelta y echó a correr calle abajo; Haze entró en la casa.

La noche anterior se había acostado por primera vez con Leora Watts, era su primera vez, y no le había ido demasiado bien. Cuando acabó, quedó encima de ella como si las olas lo hubieran arrastrado, y Leora le había hecho unos comentarios obscenos, que él fue recordando poco a poco a lo largo del día. Se sentía violento de sólo pensar en regresar a su lado. No sabía qué le iba a decir cuando le abriera la puerta y lo tuviera delante.

Cuando Leora abrió la puerta y lo tuvo delante, le soltó:

—¡Ja, ja! —Era una mujer corpulenta, rubia, envuelta en un camisón verde—. ¿Se puede saber qué quieres?

Haze puso cara de sabérselas todas, o eso le pareció a él, pero lo único que consiguió fue hacer una mueca. Llevaba el sombrero negro de lana bien encasquetado. Leora dejó la puerta abierta y se metió en la cama. Él entró con el sombrero puesto y, después de rozar la bombilla eléctrica envuelta en un saco, se lo quitó. Leora lo observaba con la cara apoyada en una mano. Él se paseó por el cuarto curioseando algunas cosas. Se le resecó la garganta y el corazón comenzó a tenacearlo con la misma fuerza con que un simio se aferra a los barrotes de su jaula. Se sentó en el borde de la cama de Leora, con el sombrero en la mano.

Leora entrecerró los ojos y apretó los labios hasta que fueron una línea delgada como el filo de un cuchillo.

—¡Ese sombrero de Jesucristo bendito! —le dijo ella. Se incorporó, se cogió el camisón por el bajo y se lo quitó.

Le quitó el sombrero al muchacho, se lo puso en la cabeza, se sentó con los brazos en jarras y se lo quedó mirando. Haze siguió allí, como ausente, durante un momento; después emitió tres sonidos breves que eran risas. Dio un salto, tiró del cordón de la luz eléctrica y se desvistió en la oscuridad.

Una vez, cuando era chico, su padre los llevó a él y a su hermana Ruby a una feria ambulante que pasaba por Melsy. En un rincón algo más apartado había una carpa donde cobraban más. Un hombre canijo, con voz de pito, la pregonaba. No decía lo que había dentro. Sólo decía que era tan pecante que a los hombres que quisieran verlo les iba a costar treinta y cinco centavos, y que era tan exclusivo que

sólo podían entrar de quince en quince. Su padre los envió a él y a Ruby a una carpa donde bailaban dos monos, y después se fue para la otra, avanzando con cara turbada, pegado a las paredes de las cosas, como era su costumbre. Haze salió de la carpa de los monos y lo siguió, pero no llevaba treinta y cinco centavos. Le preguntó al pregonero qué había dentro.

—¡Largo! —le contestó el hombre—, que no hay gasiosas ni hay monos.

—Ya los vi —dijo Haze.

—Pues muy bien —dijo el hombre—, ¡largo!

—Tengo quince centavos —dijo Haze—. Va, déjam'entrar a ver la mitá.

«Seguro que es algo de un retrete —pensó—. Unos hombres en un retrete». Después pensó: «A lo mejor es un hombre y una mujer en un retrete. A ella no l'haría gracia verme ahí dentro».

—Tengo quince centavos —insistió.

—Ya está a más de la mitá —dijo el hombre abanicándose con el sombrero de paja—. Fuera d'aquí.

—Entonces vale quince centavos —dijo Haze.

—¡Largo! —ordenó el hombre.

—¿Es una negra? —preguntó Haze—. ¿L'están haciendo algo a una negra?

El hombre se inclinó fuera de la plataforma, la cara chupada hecha una furia.

—¿Quién t'ha dao a ti esa idea?

—No sé —contestó Haze.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el hombre.

—Doce —contestó Haze. Tenía diez.

—Vengan los quince centavos —dijo el hombre—, pasa.

Haze echó las monedas sobre la plataforma y se apuró para entrar antes de que terminara. Cruzó la puerta de la carpa; una vez dentro se encontró con otra y se metió en ella. Tenía la cara tan encendida que el calor le llegaba hasta la nuca. Sólo alcanzaba a ver las espaldas de los hombres. Trepó a un banco y espió por encima de sus cabezas. Todos ellos miraban hacia un sitio hundido donde yacía algo blanco, que se retorcía un poco, dentro de una caja forrada de tela negra. Por un instante pensó que sería un animal despellejado hasta que descubrió que era una mujer. Una gorda, con cara de mujer normal, salvo por el lunar que tenía junto a la boca, que se le movía cuando sonreía, y otro en el costado, que también se le movía. A Haze le pesaba tanto la cabeza que no conseguía apartarla de aquella vista.

Si las cajas de muerto vinieran con una como esa dentro —dijo su padre desde una de las primeras filas—, no me importaría na estirar la pata mucho antes.

Reconoció la voz sin necesidad de verlo. Se cayó del banco y salió atropelladamente de la carpa. Se escabulló por debajo de la carpa exterior porque no quería que el pregonero lo viese. Se montó en la trasera de un camión y se sentó bien al fondo. Desde fuera le llegó el estruendo de hojalata de la feria ambulante.

Cuando llegó a casa, su madre estaba en el patio, junto a la tina de la colada,

mirándolo. Siempre iba vestida de negro y sus faldas eran más largas que las de las otras mujeres. Estaba allí de pie, erguida, mirándolo. Él se escondió detrás de un árbol para que no lo viera, pero al cabo de unos minutos sintió su mirada a través del tronco. Le volvió la imagen del sitio hundido, de la caja de muerto y de una mujer flaca dentro de la caja, una mujer tan alta que apenas cabía. En un extremo se le veía la cabeza levantada y las rodillas dobladas para poder entrar. Tenía la cara en forma de cruz y el pelo aplastado contra la cabeza; se retorcía e intentaba taparse a la vez, mientras los hombres la observaban desde arriba. Haze se apretó contra el árbol, la garganta reseca. Ella se apartó de la tina y fue hacia él con un palo.

—¿Qu'has visto? —le preguntó—. ¿Qu'has visto? —repitió siempre con el mismo tono de voz.

Le azotó las piernas con el palo, pero era como si Haze se hubiera fundido con el árbol.

—Jesús murió pa redimirte —le dijo.

—Yo no se lo he pedío —masculló él.

Ella no volvió a pegarle, se quedó quieta, mirándolo sin abrir la boca, y Haze se olvidó de la culpa por lo de la carpa y recordó sólo la culpa negra e imprecisa que llevaba dentro. Poco después, su madre lanzó lejos el palo y volvió a la tina, sin abrir la boca.

Al día siguiente, sin que nadie se enterara, Haze se llevó los zapatos al bosque. No se los ponía más que para las reuniones evangelistas y en invierno. Los sacó de la caja, los llenó de piedras y guijarros y se los puso. Los ató con fuerza y, así calzado, recorrió por el bosque una distancia más o menos de un kilómetro, hasta llegar a un arroyo, donde se sentó, se los quitó y se alivió los pies en la arena húmeda. «Con eso Él debería estar satisfecho», pensó. No pasó nada. Si hubiese caído una piedra, él lo habría tomado por una señal. Al cabo de un rato, sacó los pies de la arena y dejó que se le secaran, luego se puso otra vez los zapatos con las piedras dentro y volvió sobre sus pasos medio kilómetro antes de quitárselos.

EL CORAZÓN DEL PARQUE[8]

Enoch Emery supo al despertarse que ese día llegaría la persona a quien podría mostrárselo. Se lo decía su propia sangre. Tenía sangre sabia, como su padre. Esa tarde, a las dos, saludó al guarda del segundo turno.

—Hoy llegas un cuarto d'hora tarde na más —le dijo, irritado—. Pero m'he quedao. Me podía haber ido, pero m'he quedao.

Vestía un uniforme verde con un ribete amarillo en el cuello y las mangas, y un galón amarillo en la parte externa de cada pernera. El guarda del segundo turno, un muchacho de cara prominente, con la textura de la pizarra y un palillo colgado del labio, vestía igual. La entrada en la que se encontraban estaba hecha de barrotes de hierro, y el arco de cemento, que les servía de marco, tenía la forma de dos árboles; las ramas se unían para formar la parte superior, donde unas letras retorcidas rezaban: parque municipal. El guarda del segundo turno se apoyó en uno de los troncos y empezó a hurgarse los dientes con el palillo.

—To los días —se quejó Enoch—, to los santos días pierdo un cuarto d'hora esperándote aquí como un pasmarote.

Todos los días, cuando terminaba su turno, entraba en el parque y, todos los días, cuando entraba, hacía las mismas cosas. Primero iba a la piscina. Le tenía miedo al agua pero le gustaba sentarse cerca de la orilla, un poco más arriba, y, si en la piscina había mujeres, las observaba. Una mujer, que iba todos los lunes llevaba un bañador con una raja en cada cadera. Al principio pensó que ella no se había dado cuenta, y, en lugar de mirar abiertamente desde la orilla, se había ocultado entre los arbustos, riéndose para sus adentros, y la había espiado desde allí. En la piscina no había nadie más —el gentío no llegaba hasta las cuatro— para avisarle lo de las rajas, y la mujer había chapoteado en el agua y luego, después de acostarse en el borde de la piscina, se había quedado dormida más de una hora, sin sospechar en ningún momento que, desde los arbustos, alguien le miraba las partes que asomaban por el traje de baño. Otro día, cuando Enoch pasó por ahí un poco más tarde, vio a tres mujeres, todas ellas con rajas en los bañadores, la piscina llena de gente y nadie se fijaba en ellas. La ciudad tenía esas cosas, siempre lo sorprendía. En cuanto le sobraban dos dólares se iba a visitar a una puta, pero no paraba de sorprenderle la relajación que veía en la calle. Se escondía entre los arbustos por puro sentido del decoro. Con frecuencia, antes de tumbarse, las mujeres se bajaban los tirantes de los bañadores.

El parque era el corazón de la ciudad. Había llegado a la ciudad con una certeza en la sangre, y se había establecido en el corazón mismo. Todos los días observaba el corazón de la ciudad; todos los días; y se sentía tan asombrado, tan turbado, tan apabullado que de sólo pensarlo le entraban los sudores. En el centro mismo del parque había algo, algo que él había descubierto Era un misterio, pese a que estaba ahí, en una vitrina, a la vista de todos, y que una tarjeta escrita a máquina lo describía con lujo de detalles. Pero había algo que la tarjeta no decía y eso que no decía lo

llevaba él muy dentro, un conocimiento terrible, despojado de palabras, un conocimiento terrible como un nervio inmenso que le crecía por dentro. No podía enseñarle aquel misterio a cualquiera; pero tenía que enseñárselo a alguien. A quien fuera a enseñárselo tenía que ser alguien especial. Ese alguien no podía venir de la ciudad, aunque no sabía explicar por qué. Sabía que lo conocería en cuanto lo viera y sabía que debía verlo pronto porque, si no, aquel nervio que llevaba dentro crecería tanto que entonces él se vería obligado a asaltar un banco o a echarse encima de una mujer o a estrellar un coche robado contra un edificio. Su sangre se había pasado toda la mañana indicándole que esa persona llegaría hoy.

Dejó al guarda del segundo turno y llegó a la piscina por un sendero discreto que llevaba hasta la parte trasera de la caseta de baños de señoras, donde había un pequeño claro desde el que se veía toda la piscina. No había nadie bañándose; el agua era un espejo de color verde botella, pero por el extremo opuesto vio acercarse a la mujer con los dos niños, caminaban hacia la caseta de baños. Ella iba casi todos los días y llevaba a los dos niños. Se metería en el agua con ellos, nadaría un largo y luego se tumbaría a tomar el sol en el borde. Llevaba un bañador blanco con manchas que le quedaba muy holgado, y, en varias ocasiones, Enoch la había espiado con placer. Abandonó el claro y se subió a una cuesta cubierta de arbustos de abelia. En la parte de abajo había un túnel, se arrastró en su interior hasta un lugar algo más amplio donde tenía la costumbre de sentarse. Se puso cómodo y apartó un poco las ramas de abelia para ver bien. Cuando estaba entre los arbustos, la cara se le ponía siempre muy colorada. Si alguien llegaba a separar las ramas de abelia donde él se encontraba pensaría que había visto un diablo, caería cuesta abajo y acabaría en la piscina. La mujer y los dos niños se metieron en la caseta de baños.

Enoch nunca iba inmediatamente al centro oscuro y secreto del parque. Esa parte era la culminación de la tarde. Las otras cosas que hacía conducían a eso y se habían convertido en algo muy formal y necesario. Cuando salía de los arbustos, iba a la botella helada, un puesto de perritos calientes en forma de naranjada Crush con la escarcha pintada en azul alrededor de la tapa. Allí se tomaba un batido de leche malteada y chocolate y le hacía unos cuantos comentarios sugerentes a la camarera, a la que creía enamorada de él en secreto. Después se iba a ver a los animales. Estaban metidos en una larga serie de jaulas de acero como el penal de Alcatraz de las películas. Las jaulas tenían calefacción eléctrica en invierno y aire acondicionado en verano, y seis hombres contratados se encargaban de cuidarlos y alimentarlos con chuletas. Los animales no hacían más que pasarse el día tumbados. Embargado por la turbación y el odio, Enoch los observaba a diario. Después se iba para el lugar aquel.

Los dos niños salieron corriendo de la caseta de baños, se zambulleron en el agua y, en ese mismo momento, por el camino que había en el extremo opuesto de la piscina, llegó un chirrido.

Enoch asomó la cabeza entre los arbustos. Vio un coche de color gris que sonaba como si estuviese llevando el motor a rastras. El coche pasó de largo, y él oyó su

traqueteo al doblar la curva del sendero y seguir adelante. Escuchó con atención tratando de oír si se detenía. El ruido se hizo más apagado y luego aumentó poco a poco. El coche volvió a pasar. En esta ocasión Enoch vio que dentro iba una sola persona, un hombre. El sonido del motor se fue apagando de nuevo para volver a aumentar. El coche pasó por tercera vez y se detuvo casi enfrente de Enoch, al otro lado de la piscina. El hombre del coche se asomó a la ventanilla y paseó la mirada por la cuesta cubierta de césped hasta llegar al agua donde los dos niños chapoteaban y gritaban. Enoch ocultó la cabeza entre los arbustos todo lo que pudo y entrecerró los ojos para ver mejor. La portezuela del lado en que iba el hombre estaba atada con una cuerda. El hombre se apeó por la otra portezuela, caminó delante del coche y bajó hasta la mitad de la cuesta que llevaba a la piscina. Se quedó allí un instante, como si buscara a alguien, luego se sentó muy erguido en el césped. Llevaba un traje que daba la impresión de tener como un brillo. Estaba sentado con las rodillas encogidas.

—¡Hay que ver! —exclamó Enoch—. ¡Hay que ver!

Y enseguida salió arrastrándose de los arbustos; el corazón le latía tan deprisa que era como una de esas motocicletas de feria que un tipo conduce por las paredes de un foso. Si hasta recordaba cómo se llamaba el hombre: Hazel Weaver. Al cabo de un instante, llegó a cuatro patas hasta el final de las abelias y miró hacia la piscina. La silueta azul seguía allí sentada, en la misma postura. Era como si una mano invisible lo retuviera, como si al levantarse la mano, la figura fuera a llegar a la piscina de un salto sin que el gesto le mudara una sola vez.

La mujer salió de la caseta de baños y fue directa al trampolín. Extendió los brazos, empezó a botar y produjo con la tabla un fuerte sonido como el del batir de unas alas enormes. Y, de repente, giró hacia atrás y desapareció en el agua. El señor Hazel Weaver volvió la cabeza muy despacio y siguió con la vista a la mujer.

Enoch se levantó y bajó por el sendero que había detrás de la caseta de baños. Apareció sigiloso por el otro extremo y echó a andar hacia Haze. Se mantuvo en lo alto de la cuesta y avanzó con cuidado por el césped, al lado de la acera, tratando de no hacer ruido. Cuando estuvo detrás de Haze, se sentó en el borde de la acera. Si hubiera tenido unos brazos de tres metros, habría posado las manos en los hombros de Haze. Lo observó en silencio.

La mujer salió de la piscina apoyándose en el borde. Primero asomó la cara, alargada y cadavérica, con aquel gorro de baño que parecía una venda y le cubría casi hasta los ojos, y la boca llena de dientes enormes. Entonces se impulsó apoyándose en las manos hasta levantar un pie enorme y una pierna y luego la otra, y así salió del agua y se quedó acuclillada y jadeante. Se levantó con calma, se sacudió y dio pataditas en el charco formado a sus pies. Los miraba de frente y sonreía. Enoch alcanzaba a ver una parte de la cara de Hazel Weaver observando a la mujer. No correspondió a la sonrisa, sino que siguió mirándola mientras ella se iba para un lugar soleado, justo debajo de donde ellos estaban sentados. Enoch tuvo que moverse un poco para ver.

La mujer se sentó en el lugar soleado y se quitó el gorro de baño. Tenía el pelo corto y apelmazado, de todos los colores, desde el rojizo intenso al amarillo limón desteñido. Sacudió la cabeza y luego miró otra vez a Hazel Weaver, sonriendo con aquella boca llena de dientes. Se tendió en el lugar soleado, levantó las rodillas y apoyó bien la espalda contra, el cemento. En el otro extremo de la piscina, los dos niños se golpeaban las cabezas contra el borde. Ella se acomodó hasta quedar bien plana en el cemento y luego se bajó los tirantes del traje de baño.

—¡Jesús mío de mi alma! —susurró Enoch, y, antes de que consiguiera apartar los ojos de la mujer, Haze Weaver se había levantado de un salto y ya casi estaba en su coche.

La mujer se sentó con la parte delantera del bañador medio caída y Enoch miraba hacia ambos lados a la vez. Le costó apartar la vista de la mujer y, cuando lo hizo, salió corriendo detrás de Hazel Weaver.

—¡Espérame! —gritó mientras agitaba los brazos delante del coche, que ya traqueteaba otra vez y empezaba a moverse.

Hazel Weaver apagó el motor. A través del parabrisas se veía su cara agria, como de sapo; parecía llevar un grito encerrado en su interior, como las puertas de esos armarios que salen en las películas de gángsteres, detrás de las cuales hay alguien atado a una silla con una toalla en la boca.

—Vaya —dijo Enoch—, pero si es el mismísimo Hazel Weaver. ¿Qué tal, Hazel?

—El guarda me dijo que t'encontraría en la piscina —comentó Hazel Weaver—. Dijo que t'escondías en los arbustos a espiar a los que nadan.

Enoch se sonrojó.

—Siempre m'ha gustao la natación —dijo. Metió un poco más la cabeza por la ventanilla—. ¿Me buscabas a mí? —preguntó, entusiasmado.

—Esa gente, esos que se llaman Moats —dijo Haze—, ¿te dijeron dónde vivían?

Enoch no parecía haberlo oído.

—¿Has venío hast'aquí na más pa verme? —preguntó.

—Asa y Sabbath Moats… la chica te regaló el pelapatatas. ¿Te dijo ella dónde vivían?

Enoch sacó la cabeza del interior del coche. Abrió la portezuela y se sentó al lado de Haze. Por un momento se limitó a mirarlo y a mojarse los labios. Luego murmuró:

—Tengo que mostrarte algo.

—Busco a esa gente —insistió Haze—. Tengo que ver a ese hombre. ¿Te dijo ella dónde vivían? .

—Tengo que mostrarte una cosa —dijo Enoch—. Tengo que mostrártela, aquí, esta tarde. Sin falta.

Agarró a Hazel Weaver del brazo y Hazel Weaver se zafó.

—¿Te dijo ella dónde vivían? —volvió a preguntar Hazel.

Enoch seguía mojándose los labios. Eran pálidos salvo por la boquera color violeta.

—Claro —respondió—. ¿Acaso no m'ha invitao pa que vaya verla y lleve l'armónica? Primero tengo que mostrarte una cosa —repitió—, y después te lo digo.

—¿Qué cosa? —refunfuñó Haze.

Una cosa que te tengo que mostrar —contestó Enoch—. Tira pa adelante, que te digo dónde parar.

—No quiero ver nada tuyo —dijo Hazel Weaver—. Necesito esa dirección.

—Si no vienes, no me voy acordar —dijo Enoch.

No miraba a Hazel Weaver. Miraba por la ventanilla. Al cabo de un momento, el coche arrancó. A Enoch le latía la sangre muy deprisa. Sabía que antes de ir para allá debía pasar por la botella helada y el zoológico, ya estaba viendo que la pelea con Hazel Weaver sería terrible. Debía llevarlo para allá, aunque tuviera que golpearlo en la cabeza con una piedra y cargarlo a la espalda si hacía falta.

Enoch tenía la cabeza dividida en dos partes. La parte que se comunicaba con su sangre era la que lo calculaba todo, pero nunca decía nada con palabras. La otra parte estaba repleta de palabras y frases. Mientras la primera calculaba cómo conseguir que Hazel Weaver pasara por la botella helada y el zoológico, la segunda preguntaba:

—¿De ande has sacao un coche tan lindo? ¿Por qué no le pones unos carteles por fuera que digan algo así como: «Súbete, nena»? Una vez vi uno con un cartel así y también vi uno con…

La cara de Hazel Weaver parecía tallada en la roca.

—Mi papá tuvo una vez un Ford amarillo que se ganó en una rifa —murmuró Enoch—. Un despacotable, con dos antenas y una cola d'ardilla d'adorno. Lo cambiamos. ¡Para! ¡Par'aquí! —gritó… pasaban delante de la botella helada.

—¿Dónde está? —preguntó Hazel Weaver en cuanto entraron.

Se encontraban en un cuarto oscuro, con un mostrador dispuesto en el fondo y taburetes marrones, con forma de seta, delante del mostrador. En la pared de enfrente de la puerta había anuncio enorme de helado en el que se veía una vaca vestida de ama de casa.

—No es aquí —dijo Enoch—. Tenemos que parar aquí. Nos tomamos algo y después vamos. ¿Qué quieres?

—Na —refunfuñó Haze.

Se quedó tieso, en medio del cuarto, con las manos en los bolsillos y el cuello encogido entre los hombros.

—Siéntate —le dijo Enoch—. Me tengo que tomar algo.

Detrás del mostrador hubo un movimiento y una mujer con el pelo cortado a lo paje se levantó de la silla donde estaba leyendo el diario y avanzó hacia ellos. Lanzó una mirada agria a Enoch. Vestía un uniforme cubierto de manchas marrones que, en otro tiempo, había sido blanco.

—¿Qué quieres? —le preguntó en voz alta al tiempo que se le acercaba al oído como si fuera sordo. Tenía cara de hombre y brazos grandes y musculosos.

—Un batido de leche malteada y chocolate, nena —contestó Enoch en voz baja

—. Con mucho helao.

Se apartó de él con rabia y miró ceñuda a Haze.

—Él no quiere na, dice que se va sentar aquí a mirarte un rato —le aclaró Enoch —. Dice que l'único que l'apetece es mirarte.

Haze miró a la mujer con cara inexpresiva, ella le dio la espalda y se puso a preparar el batido. Haze se sentó en el último taburete de la fila y empezó a hacer crujir los nudillos.

Enoch lo observaba con atención.

—Me parece qu'has cambiao bastante —murmuró al cabo de un momento.

Haze volvió la cabeza con un respingo.

—Quiero la dirección d'esa gente. Ara mismo —le ordenó.

Enoch se acordó de inmediato. La policía. Se le iluminó la cara con aquel recuerdo secreto.

—No sé —dijo Enoch—, me parece que ya no vienes con tantos humos como antes. «Habrá robao el coch'ese», pensó.

Hazel Weaver volvió a sentarse. Su cara siguió impasible, pero en el fondo de los ojos amargos y húmedos algo se movió. Se apartó de Enoch.

—¿Cómo es qu'allá en la piscina te levantastes tan rápido? —preguntó Enoch.

La mujer se volvió hacia él con la leche malteada en la mano.

—Claro que —añadió Enoch con malicia— yo tampoco no hubiera tenío tratos con una tipa tan fea como ésa.

La mujer plantificó la leche malteada sobre el mostrador, delante de él.

—Son quince centavos —rugió.

—Tú vales más qu'eso, nena —dijo Enoch.

Rió entre dientes y se puso a hacer burbujas en la leche malteada con la pajita. La mujer se acercó a grandes pasos hasta Haze.

—¿Para qué vienes aquí con un hijo de puta como éste? —le gritó—. Mira que venir aquí con un hijo de puta como éste, un muchacho tan guapo y tranquilo como tú. Deberías fijarte mejor con quién te juntas.

Se llamaba Maude y se pasaba el día bebiendo *whisky* de un bote que guardaba debajo del mostrador.

—¡Ay, Jesús! —exclamó limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

Se sentó en una silla de respaldo recto, delante de Haze, pero mirando a Enoch, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Viene to los días —le contó a Haze mirando a Enoch—, viene to los santos días, el hijo de puta.

Enoch pensaba en los animales. Tenían que ir cerca de donde estaban los animales. Los odiaba; de sólo pensar en ellos, la cara se le ponía morada tirando a chocolate, como si la leche malteada se le subiera a la cabeza.

—Tú eres un muchacho guapo —dijo Maude—. Se nota qu'eres trigo limpio, sigue así, no te juntes con un hijo de puta como ese qu'está ahí sentao. Siempre sé

reconocer a los muchachos que son trigo limpio.

Le gritaba a Enoch, pero Enoch observaba a Hazel Weaver. Era como si algo dentro de Hazel Weaver estuviese juntando presión, aunque por fuera se lo viese tranquilo y ni siquiera moviera las manos. Parecía embutido en aquel traje azul, encerrado en él, mientras aquella cosa seguía juntando presión. La sangre le dijo a Enoch que debía darse prisa. Chupó con fuerza la pajita y se terminó la leche malteada.

—Sí, señor —dijo la mujer—, no hay nada más dulce que un muchacho limpio. Pongo a Dios por testigo. Y distingo a un muchacho qu'es trigo limpio en cuanto lo veo, así como distingo a un hijo de puta en cuanto lo veo, y qué diferencia, vaya qué diferencia, y ese cabrón, granujiento, que chupa la pajita, es un maldito hijo de puta y tú, qu'eres trigo limpio, más te vale fijarte con quién te Juntas. Porque yo distingo a un muchacho limpio en cuanto lo veo.

Enoch hizo rechinar el fondo del vaso. Se hurgó el bolsillo, sacó quince centavos, los puso sobre el mostrador y se levantó. Hazel Weaver ya estaba en pie; se inclinó sobre el mostrador hacia la mujer. Ella no lo vio enseguida porque miraba a Enoch. Hazel apoyó las manos en el mostrador y se impulsó hasta que su cara quedó muy cerca de la de ella. La mujer se dio la vuelta y se lo quedó mirando.

—Vamos —dijo Enoch—, no hay tiempo pa tontear con ella. Tengo que mostrarte eso ara mismo, tengo que…

—No soy trigo limpio —dijo Haze.

Enoch no oyó aquellas palabras hasta que Hazel las repitió.

—No soy trigo limpio —repitió, sin torcer el gesto, sin que le temblara la voz, mirando a la mujer como quien mira un pedazo de madera.

Ella le clavó los ojos, asombrada, y luego enfurecida.

—¡Y a mí qué! —gritó—. ¿Qué carajo m'importa lo que tú seas?

—Vamos —gimió Enoch—, vamos o no te diré dónde vive esa gente.

Agarró a Haze del brazo, lo apartó del mostrador y tiró de él en dirección a la puerta.

—¡Cabrón! —chilló la mujer—. ¿Qué carajo m'importa a mí de ninguno de vosotros, mugrientos?

Hazel Weaver abrió la puerta de un empellón, a toda prisa, y salió. Se subió a su coche y Enoch se montó detrás de él.

—Mu bien —dijo Enoch—, tira to recto por este camino.

—¿Qué me pides por decírmelo? —preguntó Haze—. No me voy a quedar. Tengo que irme. Ya no puedo quedarme aquí.

Enoch se estremeció. Empezó a mojarse los labios.

—Tengo que mostrarte una cosa —dijo Enoch con voz quebrada—. Solamente te la puedo mostrar a ti. Tuve una señal que eras tú cuando te vi en la piscina. Desd'esta mañana supe qu'iba venir alguien y, cuando te vi en la piscina, tuve una señal.

—A mí qué m'importan tus señales —dijo Haze.

—Voy a ver esa cosa to los días —dijo Enoch—. Voy to los días y hast'ara nunca he podío llevar a nadie. Tenía qu'esperar la señal. Te voy a dar la dirección d'esa gente cuando veas esa cosa. Tienes que verla —insistió—. Cuando la veas, algo va pasar.

—No va pasar na —dijo Haze.

Puso el coche otra vez en marcha y Enoch se sentó en el borde del asiento.

—Los animales —masculló—. Antes tenemos que pasar por dond'están los animales. Va ser rápido. No tardamos na.

Vio a los animales esperándolo con ojos malvados, dispuestos a hacerle perder el oremus. Se preguntó qué pasaría si de pronto llegaba la policía, con las sirenas y los coches patrulla, dando gritos, y se llevaban a Hazel Weaver justo antes de que él le mostrase aquella cosa.

—Tengo que ver a esa gente —dijo Haze.

—¡Para! ¡Par'aquí! —gritó Enoch.

A la izquierda se alineaba una hilera larga y reluciente de jaulas de acero, y, detrás de los barrotes, unas siluetas negras se paseaban o estaban sentadas.

—Baja —ordenó Enoch—. No tardamos na.

Haze se apeó, se detuvo y dijo:

—Tengo que ver a esa gente.

—Ya lo sé, ya lo sé, ven —refunfuñó Enoch.

—No me creo que sepas la dirección.

—¡Sí que la sé! ¡Sí que la sé! —gritó Enoch—. ¡El número empieza por un dos, vamos!

Tiró de Haze hacia las jaulas. En la primera había dos osos negros. Estaban sentados frente a frente, como dos matronas tomando el té, las caras amables, ensimismadas.

—Se pasan to el día ahí sentaos oliendo mal —observó Enoch—. Cada mañana viene un hombre a limpiar las jaulas con una manguera; cuando se va, güelen igual de mal que antes.

Todos los animales del zoo le tenían un odio arrogante como el que siente la gente de sociedad por los trepadores. Enoch pasó delante de otras dos jaulas de osos, sin mirarlos siquiera, y se detuvo en la siguiente, donde dos lobos de ojos amarillos olfateaban los bordes de cemento.

—Hienas —explicó—. No las aguanto.

Se acercó un poco más, escupió dentro de la jaula y le dio a uno de los lobos en la pata. El animal se fue hacia un costado con mirada aviesa. Enoch se olvidó un instante de Hazel Weaver. Después echó una rápida ojeada por encima del hombro para asegurarse de que seguía allí. Estaba a sus espaldas. No miraba a los animales. «Está pensando en la policía», se dijo Enoch. Y en voz alta añadió:

—Vamos, no hay que ver los monos de las jaulas esas d'ahí.

Normalmente cuando se detenía delante de cada jaula hablaba solo y hacía

comentarios obscenos, pero hoy, los animales no eran más que una formalidad por la que había que pasar. Dejó atrás a toda prisa las jaulas de los monos y en dos o tres ocasiones volvió la vista para asegurarse de que Hazel Weaver lo seguía. En la última jaula de los monos, como si no pudiera evitarlo, se detuvo.

—Fíjate en ese mono —dijo con rabia. El animal le daba la espalda gris salvo por el pequeño parche rosado del trasero—. Si yo tendría un culo así —comentó con gazmoñería—, me pasaría el día sentao y no iría por ahí enseñándoselo a toa la gente que viene al parque. Vamos, no tenemos que ver los pájaros d'ahí.

Pasó corriendo delante de las jaulas de los pájaros y llegó al final del zoo.

—El coche no hace falta —anunció sin detenerse—, bajamos por esa colina d'allá, entre los árboles.

Se detuvo y vio que, en lugar de seguirlo, Hazel Weaver se había parado en la última jaula de los pájaros.

—¡Jesús mío de mi alma! —refunfuñó. Se quedó donde estaba, agitó los brazos con desespero y gritó—: ¡Vamos!

Pero Haze no se movió y siguió mirando en el interior de la jaula. Enoch fue corriendo hasta él y lo agarró del brazo, pero Haze lo apartó con gesto distraído y siguió mirando el interior de la jaula. Estaba vacía. Enoch clavó la vista en su interior.

—¡Está vacía! —gritó—. ¿Pa qué te paras a mirar una jaula vacía? Vamos. —Se quedó allí parado, sudoroso y lívido—. ¡Está vacía! —insistió a los gritos, y entonces se dio cuenta de que no estaba vacía.

En un rincón, en el suelo de la jaula, se veía un ojo. El ojo estaba en el centro de algo, una especie de mata de pelo, y la mata de pelo estaba sentada encima de un trapo viejo. Se acercó a la malla metálica, entrecerró los ojos y vio que la mata de pelo era un búho con un ojo abierto. Miraba a Hazel Weaver directamente.

—Pero si es un búho —gimió—. Ya los vistes otras veces.

—No soy trigo limpio —le dijo Haze al ojo.

Se lo dijo tal como se lo había dicho a la mujer en la botella helada. El ojo se cerró con suavidad y el búho volvió la cabeza hacia la pared.

«Éste ha asesinao a alguien», pensó Enoch.

—¡Ay, Jesús mío de mi alma, vamos! —gimió—. Tengo que mostrart'esa cosa ara mismo.

Tiró de él, pero a pocos metros de la jaula Haze volvió a detenerse y a mirar algo a lo lejos. Enoch era bastante corto de vista. Entornó los ojos y al final del camino, detrás de ellos, distinguió una figura y a ambos lados se veían otras dos figuras saltarinas más pequeñas.

Hazel Weaver se dio la vuelta de repente y le preguntó:

—¿Dónde está esa cosa? Vamos a verla ara mismo. Venga.

—Pero si yo te quiero llevar hast'ahí —murmuró Enoch.

Notó que el sudor se le secaba en la piel causándole escozor y que se llenaba de sarpullido hasta la cabeza.

—Hay qu’ir andando —anunció.

—¿Por qué? —rezongó Haze.

—No sé —contestó Enoch.

Sabía que le iba a pasar algo. Sabía que le iba a pasar algo. La sangre dejó de latirle. Todo el rato había estado latiendo como tambores y ahora ya no latía. Echaron a andar colina abajo. Era una colina empinada, repleta de árboles con los troncos pintados de blanco hasta un metro del suelo. Era como si llevaran puestos calcetines cortos. Aferró a Hazel Weaver del brazo.

—Está mojao según vas bajando —dijo mirando a su alrededor vagamente.

Hazel Weaver se zafó de él. Al cabo de un instante, Enoch volvió a agarrarlo del brazo y lo detuvo. Señaló hacia los árboles.

—Muuvseeo —dijo.

Aquella palabra rara le produjo escalofríos. Era la primera vez que la pronunciaba en voz alta. Hacia donde señalaba se vio parte de un edificio gris. Se fue ensanchando a medida que bajaban la colina y, cuando llegaron al final del bosque y enfilaron el camino de grava, pareció encogerse de golpe. Era redondo, color del hollín. Tenía columnas en el frente y entre cada columna había una mujer sin ojos, con una vasija en la cabeza. Encima de las columnas había una banda de cemento que llevaba grabadas las letras m v s e o. Enoch tuvo miedo de volver a pronunciar aquella palabra.

—Tenemos que subir la escalera y entrar por la puerta d’adelante —susurró.

Había diez peldaños hasta el porche. La puerta era ancha y negra. Enoch la empujó con cuidado y asomó la cabeza por la rendija. Se apartó enseguida y dijo:

—Ta bien, entra y camina despacio. No quiero despertar al viejo ese que hace guardia. No es muy amable conmigo.

Se metieron por un corredor en penumbra. En el aire flotaba un fuerte olor a linóleo y creosota, y, oculto debajo de éstos, había otro. El tercero era un tufillo que Enoch no lograba nombrar, no se parecía a nada de lo que había olido antes. En el corredor sólo había dos urnas y un anciano que dormitaba sentado en una silla de respaldo recto, apoyada contra la pared. Llevaba el mismo uniforme que Enoch y era como una araña disecada, atrapada en aquella silla. Enoch miró a Hazel Weaver para saber si él también olía el tufillo. Le pareció que sí; a Enoch volvió a palpitarle la sangre, y esta vez, el sonido estaba más cerca, como si los tambores hubiesen avanzado medio kilómetro. Agarró a Haze del brazo y recorrió el corredor de puntillas hasta otra puerta negra que había al final. La entreabrió un poco y asomó la cabeza por la rendija. Al cabo de nada, volvió a apartarla y con el índice le hizo a Haze una seña para que lo siguiera. Entraron en otro corredor igual al anterior pero dispuesto de través.

—Está por esa primera puerta d’allá —dijo Enoch con un hilo de voz.

Entraron en una sala en penumbra, llena de vitrinas de cristal. Las vitrinas de cristal tapizaban las paredes y, justo en el centro, había tres con forma de ataúd. Las

arrimadas contra las paredes estaban llenas de aves puestas sobre bastones barnizados, se inclinaban hacia abajo y miraban con expresiones cáusticas, resecas.

—Vamos —musitó Enoch.

El sonido de tambores que notaba en la sangre se fue acercando más y más. Pasó delante de las dos vitrinas del centro y fue hacia la tercera. Se colocó en el extremo más alejado y se detuvo. Se quedó mirando hacia abajo, con el cuello estirado y las manos entrelazadas; Hazel Weaver se le acercó.

Los dos se quedaron allí de pie; Enoch tieso. Hazel Weaver ligeramente inclinado hacia delante. En la vitrina había tres recipientes, una fila de armas desafiladas y un hombre. Enoch miraba al hombre. Medía menos de un metro. Estaba desnudo, tenía la piel reseca y amarillenta y los ojos cerrados con fuerza, como si un bloque gigantesco de acero le presionara la cabeza.

—Mira'l cartel —dijo Enoch en un susurro de iglesia, al tiempo que señalaba un tarjetón mecanografiado, a los pies del hombre—, pone que antes era alto como nosotros. Unos sárabes lo dejaron así en seis meses.

Volvió la cabeza con mucha prudencia para ver a Hazel Weaver. Lo único que pudo adivinar era que Hazel Weaver tenía los ojos clavados en el hombre reducido. Estaba inclinado hacia delante, de modo que la cara se le reflejaba en el cristal superior de la vitrina. El reflejo era pálido, y los ojos, como dos agujeros de bala perfectos. Enoch esperó, tieso. Oyó pasos en el corredor. «¡Ay, Jesús mío, ay, Jesús mío de mi alma —rogó—, que se dé prisa y haga lo que sea que tenga que hacer!». Los pasos se oyeron en la puerta. Vio a la mujer con los dos niños. Los llevaba de la mano, uno a cada lado, y sonreía. Hazel Weaver seguía con la vista clavada en el hombre reducido. La mujer fue hacia ellos. Se detuvo en el otro extremo de la vitrina y miró dentro; el reflejo de su cara apareció sonriente en el cristal, encima del de Hazel Weaver. Se rió por lo bajo y se tapó los dientes con dos dedos. Las caras de los niños eran como dos platillos dispuestos a ambos lados para recoger las sonrisas que ella dejaba escapar a raudales. Haze echó la cabeza hacia atrás e hizo un ruido. Era un ruido que Enoch oía por primera vez. Podía muy bien haber salido del hombre de la vitrina. En un instante Enoch supo que era de ahí de donde había salido.

—¡Espera! —gritó, y salió disparado de la sala, detrás de Hazel Weaver.

Adelantó a Hazel cuando ya se encontraba en mitad de la colina. Lo agarró del brazo, le dio la vuelta y se quedó inmóvil, repentinamente débil, ligero como un globo, con la mirada perdida. Hazel Weaver lo aferró por los hombros y lo sacudió.

—¿Cuál es la dirección? —gritó—. ¡Dame esa dirección!

Aunque Enoch hubiese sabido la dirección, le habría sido imposible pensar en ella en ese momento. Ni siquiera era capaz de tenerse en pie. En cuanto Hazel Weaver lo soltó, cayó de espaldas y fue a dar contra uno de los árboles de los calcetines blancos. Se dio la vuelta y se quedó tendido en el suelo, con cara de exaltado. Creyó estar flotando. Lejos, muy lejos, vio la silueta azul pegar un salto y coger una piedra, y vio la cara enloquecida volverse, y vio la piedra que volaba hacia él; sonrió y cerró los

ojos. Cuando los abrió otra vez, Hazel Weaver ya no estaba. Se pasó los dedos por la frente y los puso delante de los ojos. Estaban manchados de rojo. Se volvió y vio una gota de sangre en el suelo y, mientras la miraba, tuvo la impresión de que se ensanchaba como un arroyuelo. Se incorporó, aterido de frío, la tocó con el dedo y, muy débil, le llegó el latido de su sangre, de su sangre secreta, en el centro de la ciudad.

UN GOLPE DE BUENA SUERTE[9]

Ruby entró en el edificio de apartamentos con una bolsa de papel que contenía cuatro latas de habichuelas y la depositó sobre la mesa del portal. Estaba demasiado cansada para soltarla o para enderezarse y se quedó allí, con el torso inclinado, la cabeza balanceándose como una gran verdura colorada sobre la bolsa. Miró, sin reconocerlo, el rostro que tenía ante sí en el oscuro espejo con manchas amarillas que había sobre la mesa. En la mejilla derecha tenía una hoja granulosa de berza que había llevado pegada la mitad del camino hasta casa. Se la quitó con un fuerte manotazo y se enderezó, musitando: «Berzas, berzas», con voz inflamada de rabia reprimida. Erguida, era una mujer baja, con una forma que casi recordaba una urna funeraria. Tenía el pelo teñido de color morado y amontonado en rizos como salchichas alrededor de la cabeza, pero algunos se habían soltado con el calor y la larga caminata desde la tienda de ultramarinos, y apuntaban frenéticos en varias direcciones.

—¡Berzas! —dijo, y esta vez escupió la palabra de su boca como si fuera una semilla venenosa.

Ella y Bill Hill no comían berzas desde hacía cinco años y no iba a comenzar a guisarlas ahora. Las había comprado para Rufus, pero sería la última vez. Uno diría que, después de dos años en el ejército, Rufus habría vuelto preparado para comer como cualquier persona normal, pero no. Cuando ella le preguntó si quería que le preparara algo especial, él no había tenido seso suficiente para pensar en un plato civilizado; había dicho berzas. Había esperado que Rufus se convirtiera en alguien con empuje. Pues bien, seguía sin tener más empuje que un estropajo.

Rufus era su hermano menor y acababa de llegar de la guerra europea. Había ido a vivir con ella porque Pitman, donde se habían criado, ya no existía. Toda la gente que había vivido en Pitman había tenido la sensatez de irse, ya fuera muriéndose o mudándose a la ciudad. Ella se había casado con Bill B. Hill, un hombre de Florida que vendía los productos Miracle, y se había instalado en la ciudad. Si Pitman todavía estuviera allí, Rufus se habría ido a Pitman. Si hubiera quedado un solo pollo en Pitman, Rufus habría estado allí para hacerle compañía. A ella no le gustaba admitirlo, tratándose de alguien de su propia sangre, mucho menos de su propio hermano, pero Rufus era un completo inútil. «Me di cuenta a los cinco minutos de verlo», le había dicho a Bill Hill, y Bill Hill, sin ninguna expresión en el rostro, había dicho: «A mí me bastaron tres». Era mortificante para ella permitir que tal marido viera que tenía semejante hermano.

Suponía que no había nada que hacer. Rufus era igual que el resto de sus hermanos. Ella era la única de la familia que había salido diferente, que había tenido un poco de empuje. Sacó un bolígrafo del bolso y escribió en el costado de la bolsa de papel: «Bill sube esto». Luego se preparó al pie de la escalera para subir hasta el cuarto piso.

La escalera era un delgado desgarrón negro en medio del edificio, cubierta por

una alfombra del color de los topos, que parecía haber brotado del suelo. Tenía la impresión de que se elevaba como la de un campanario. Se empinaba. Mientras estaba abajo, la escalera se alzó y se hizo más empinada sólo para ella. Mientras la miraba, su boca se abrió y formó una mueca de disgusto. No estaba en condiciones de subir a ningún sitio. Estaba enferma. Madame Zoleeda se lo había dicho, pero en realidad ella ya lo sabía.

Madame Zoleeda era la quiromántica de la autopista 87. Había dicho: «Una larga enfermedad —pero había agregado, en un susurro, con una mirada de yo-lo-sé-pero-no-te-lo-diré—: Le traerá un poco de suerte».

Luego se había reclinado en su silla sonriendo. Era una mujer robusta de ojos verdes que se movían en sus cuencas como si estuvieran lubricados. Ruby no necesitaba que se lo dijeran. Ya había adivinado en qué consistiría la buena suerte. Mudarse de casa. Durante dos meses había tenido la clara sensación de que iban a mudarse. Bill no podía posponerlo más tiempo. No la podía matar. Donde ella quería estar era en una zona —comenzó a subir por la escalera, inclinada hacia delante y agarrada a la barandilla— donde hubiera farmacias, mercados y un cine en el mismo barrio. Ahora, viviendo en el centro de la ciudad, tenía que caminar ocho manzanas hasta las calles comerciales y aún más lejos para llegar al supermercado. Nunca se había quejado en cinco años, pero con la salud quebrantada a una edad tan temprana, ¿qué pensaba Bill que iba a hacer ella?, ¿matarse? Había puesto el ojo en Meadowcrest Heights, en un bungalow de dos plantas con toldos amarillos. Se detuvo en el quinto escalón para respirar. Con lo joven que era —treinta y cuatro—, quién podría pensar que cinco escalones la dejarían agotada «Será mejor que lo tomes con calma, querida —se dijo—, eres demasiado joven pa reventar la máquina».

Treinta y cuatro años no eran nada. Recordó a su madre a los treinta y cuatro: parecía una vieja manzana amarilla, arrugada y agria; siempre había parecido agria, siempre había dado la sensación de que nada le satisfacía. Se comparó con su madre a los treinta y cuatro años. A esa edad su madre ya tenía el pelo cano, el suyo no estaría canoso ahora aunque no se lo hubiera retocado. Todos esos críos habían acabado con su madre, ocho en total: dos nacieron muertos, uno murió durante el primer año, otro aplastado bajo una segadora. Su madre había muerto un poco con cada uno de ellos. Y todo eso, ¿para qué? Porque no sabía nada. Pura ignorancia. ¡La más pura ignorancia!

Y ahí estaban sus dos hermanas, ambas casadas desde hacía cuatro años y con cuatro hijos cada una. No comprendía cómo lo aguantaban, siempre yendo al médico para que las hurgaran con sus instrumentos. Recordó cuando su madre había tenido a Rufus. Ella fue la única de los hijos que no pudo aguantarlo y caminó hasta Melsy, a quince kilómetros de distancia, bajo un sol abrasador, para ir al cine y escapar de los gritos; vio dos westerns, una película de miedo y un serial, y luego caminó de vuelta para encontrarse con que la cosa acababa de empezar, y tuvo que oírlo durante toda la noche. ¡Todo ese sufrimiento por Rufus, y ahora resultaba que no tenía más empuje

que un estropajo! Lo había visto esperando, en la nada, antes de nacer, tan sólo esperando, esperando convertir a su madre, a los treinta y cuarto, en una vieja. Se agarró con fuerza a la barandilla de la escalera y se esforzó por subir otro escalón, meneando la cabeza ¡Dios santo, cuánto la había desilusionado su hermano! Después de haber dicho a todas sus amistades que había regresado de la guerra europea, va y llega como si nunca hubiera salido de la porqueriza.

También él parecía mayor. Parecía mayor que ella, y eso que tenía catorce años menos. Ella aparentaba mucha menos edad de la que tenía. Treinta y cuatro años no eran nada, y ya estaba casada. Tuvo que sonreír al pensarlo, porque le había ido mejor que a sus hermanas, que se habían casado con lugareños.

—Estos ahogos —musitó deteniéndose de nuevo. Tendría que sentarse.

Había veintiocho escalones en cada piso, veintiocho.

Se sentó y de inmediato dio un respingo al notar algo debajo. Contuvo el aliento y lo sacó: era la pistola de Hartley Gilfeet. ¡Veinte centímetros de hojalata traicionera! Si hubiera sido su hijo, lo habría vapuleado tantas veces que ahora no se le ocurriría dejar sus porquerías en las escaleras. ¡Podría haberse caído y haberse hecho daño! Pero la estúpida madre del crío no le haría nada aunque ella se lo contara. No hacía más que gritarle y decir a la gente lo listo que era su niño. «¡El Pequeño de la Buena Suerte!», lo llamaba. «¡Lo único que su pobre padre me dejó!». El padre le había dicho en su lecho de moribundo: «Es lo único que t'he podío dar en mi vida». Y ella le había contestado:

«¡Rodman, m'has dao una fortuna!». Por eso lo llamaba el pequeño de la Buena Suerte.

—¡Le dejaría el trasero de su buena suerte hecho trizas! —musitó Ruby.

Las escaleras subían y bajaban como un balancín con ella en medio. No quería sentir náuseas. Otra vez no. Ahora no. No lo estaba. Se acomodó en el peldaño, con los ojos cerrados, hasta que pasó el mareo y cesaron las náuseas. «No, no pienso ir al médico», se dijo. No. No. La tendrían que llevar inconsciente antes de que ella fuera por voluntad propia. Le había ido bien cuidándose a sí misma todos esos años; no había ninguna enfermedad grave, conservaba todos los dientes, no había tenido hijos, todo eso cuidándose a sí misma. Ahora tendría cinco hijos si no hubiera ido con cuidado.

Se había preguntado más de una vez si esos ahogos no se deberían a una dolencia cardíaca. De vez en cuando, al subir por las escaleras, sentía un dolor en el pecho. Eso es lo que ella quería que fuera, una dolencia cardíaca. No le podrían sacar el corazón. Tendrían que darle un fuerte golpe en la cabeza antes de que la pudieran acercar a un hospital. Eso es lo que tendrían que hacer… ¿y si se moría si no lo hacían?

No, no se moriría.

Supongamos que sí.

Se obligó a dejar de pensar en cosas tan truculentas. Sólo tenía treinta y cuatro

años. No tenía ningún mal crónico. Estaba gorda y tenía buen color. Pensó nuevamente en sí misma en comparación con su madre a los treinta y cuatro, se pellizcó el brazo y sonrió. Teniendo en cuenta que tanto su madre como su padre habían sido poquita cosa, a ella le había ido muy bien. Ambos habían sido de tipo enjuto, secos, y Pitman se había secado en ellos; ellos y Pitman habían quedado reducidos a algo totalmente seco. ¡Y ella había salido de ahí! ¡Una persona tan viva como ella! Se puso en pie, aferrada a la barandilla, pero sonriente Ella era animosa, gorda, guapa, y no demasiado gorda, porque a Bill le gustaba de esa forma. Había engordado un poco pero él no se había dado cuenta, aunque tal vez estaba más contento últimamente y no sabía por qué. Ella sintió la totalidad de su ser, algo íntegro que subía por las escaleras. Ya había subido un tramo y miró hacia atrás, satisfecha. Si Bill Hill se cayese por esas escaleras, tal vez se mudarían. ¡No, se mudarían antes! Madame Zoleeda lo sabía. Se echó a reír y avanzó por el pasillo. La puerta del señor Jerger rechinó y ella se sobresaltó. «Oh, Dios, él», pensó. El vecino del segundo piso era un poco raro.

La miró fijamente mientras se acercaba por el pasillo.

—¡Buenos días! —dijo inclinando la parte superior del cuerpo fuera de la puerta —. ¡Muy buenos días tenga usted!

Parecía un chivo. Tenía los ojillos de un azul violáceo, una barba de cuerdecillas y su chaqueta era de un verde casi negro o un negro casi verde.

—Buenas —dijo ella— ¿Cómo está?

—¡Muy bien! —exclamó él—. ¡Estupendamente bien en este día glorioso!

Tenía setenta y ocho años y su cara parecía enmohecida. Por las mañanas estudiaba y por las tardes caminaba por las aceras deteniendo a los chicos y haciéndoles preguntas. Siempre que oía a alguien en el pasillo, abría la puerta y miraba.

—Sí, es un buen día —dijo ella con apatía.

—¿Sabe usted qué importante aniversario se celebra hoy? —preguntó él.

—Oooh —dijo Ruby.

Siempre hacía preguntas como ésa. Algún hecho histórico que nadie sabía; preguntaba y luego pronunciaba un discurso. Antes había enseñado en una escuela secundaria.

—Adivine —le urgió.

—Abraham Lincoln —musitó ella.

—¡Ah! No se está esforzando. Esfuércese un poco.

—George Washington —dijo ella empezando a subir por las escaleras.

—¡Debería darle vergüenza! —exclamó él—. Y su marido es de allí. ¡Florida! ¡Florida! ¡Es el aniversario de Florida! Venga.

Desapareció en su habitación tras hacerle una señal con su largo dedo.

Ella bajó los dos escalones y dijo: «Tengo qu’irme», e introdujo la cabeza por la puerta. La habitación era del tamaño de un armario grande y las paredes estaban

completamente recubiertas de postales de edificios locales; esto producía una ilusión de espacio. Una sola bombilla transparente colgaba sobre el señor Jerger y una mesa pequeña.

—Ahora, mire esto —dijo él. Estaba inclinado sobre un libro y deslizaba un dedo por las líneas—. El domingo de Resurrección, tres de abril de mil quinientos dieciséis, llegó a la punta de este continente. ¿Sabe usted de quién estoy hablando? —preguntó.

—Sí, Cristóbal Colón —respondió Ruby.

—¡Ponce de León! —gritó él—. ¡Ponce de León! Debería saber algo de Florida. Su marido es de Florida.

—Sí, nació en Miami —dijo Ruby—. No es de Tennessee.

—Florida no es un estado noble —observó el señor Jerger—, pero es importante.

—Sí, claro, qu'es importante —convino Ruby.

—¿Sabe usted quién era Ponce de León?

—Fue el fundador de Florida —dijo Ruby, animada.

—Era español —dijo el señor Jerger—. ¿Sabe usted lo que estaba buscando?

—Florida —contestó Ruby.

—Ponce de León estaba buscando la fuente de la juventud —dijo el señor Jerger cerrando los ojos.

—Oh —musitó Ruby.

—Un manantial —continuó el señor Jerger— cuya agua daba juventud eterna a quienes la bebían. En otras palabras —añadió—, quería permanecer joven eternamente.

—¿La encontró? —preguntó Ruby.

El señor Jerger hizo una pausa, con los ojos todavía cerrados. Al cabo de un minuto preguntó:

—¿Cree usted que la encontró? ¿Cree usted que la encontró? ¿Cree usted que nadie habría ido hasta ella si la hubiese encontrado? ¿Cree usted que habría alguna persona en el mundo que no hubiera bebido de ella?

—No lo había pensao —dijo Ruby.

—Ya nadie piensa —se quejó el señor Jerger.

—Tengo qu'irme.

—Sí, la encontraron —dijo el señor Jerger.

—¿Dónde? —preguntó Ruby.

—Yo he bebido de ella.

—¿Adónde tuvo qu'ir? —preguntó ella.

Se inclinó un poco más y le llegó el olor del hombre. Fue como meter la nariz bajo el ala de un buitre.

—Dentro de mi corazón —respondió él poniéndose la mano sobre el pecho.

—Oh. —Ruby retrocedió—. Tengo qu'irme. Creo que mi hermano está en casa. —Pasó el umbral de la puerta.

—Pregúntele a su marido si sabe qué importante aniversario se celebra hoy —dijo el señor Jerger mirándola con timidez.

—Sí, lo haré.

Dio media vuelta y esperó hasta que oyó el chasquido de la puerta. Miró hacia atrás para comprobar que estaba cerrada y luego resopló y se quedó frente a los oscuros y empinados escalones que aún le faltaban por subir.

—¡Dios Santo! —dijo. Se volvían más negros y empinados a medida que uno ascendía.

Cuando hubo llegado al quinto escalón, estaba sin aliento. Subió unos pocos más, resoplando. Luego se paró. Sintió un dolor en el estómago. Era un dolor como si un pedazo de algo estuviera empujando otra cosa. Lo había sentido antes, hacía pocos días. Era el dolor que más miedo le daba. En una ocasión llegó a pensar en la palabra «cáncer», pero la había desechado de inmediato porque un horror como ése no podía estarle destinado, no podía ser. La palabra regresó al instante, pero de un tajo la partió en dos con madame Zoleeda. Terminará con buena suerte. Volvió a partirla y luego otra vez hasta que sólo quedaron pedazos que no podían reconocerse. Iba a detenerse en el siguiente piso —Dios Santo, si es que llegaba— y hablar con Laverne Watts. Laverne Watts era la vecina del tercero, la secretaria del podólogo, y muy amiga suya.

Llegó jadeando y con la sensación de que tenía las rodillas llenas de gas; golpeó la puerta de Laverne con la culata de la pistola de Hartley Gilfeet. Se reclinó contra el marco de la puerta y de pronto el suelo desapareció a ambos lados. Las paredes se oscurecieron y sintió que se tambaleaba, sin aliento, en medio del aire, aterrorizada ante la caída inmediata. Vio la puerta abierta a una gran distancia y a Laverne, de diez centímetros de altura, parada en el umbral.

Laverne, una muchacha alta de pelo pajizo, dejó escapar una gran risotada y se palmeó el costado como si al abrir la puerta hubiera visto la escena más graciosa de su vida.

—¡Esa pistola! —gritó—. ¡Esa pistola! ¡Qué pinta! Volvió tambaleándose al sofá y se sentó, levantó las piernas más alto que las caderas y las dejó caer con un ruido sordo.

El suelo volvió a aparecer donde Ruby podía verlo y allí permaneció un rato. Con una mirada de gran concentración, dio un paso para alcanzarlo. Vio una silla en la habitación y se encaminó hacia ella poniendo con sumo cuidado un pie delante del otro.

—¡Deberías estar en un espectáculo del salvaje Oeste! —dijo Laverne Watts—. ¡Estás muy cómica!

Ruby alcanzó la silla y se sentó despacio.

—Cállate —dijo con voz ronca.

Laverne se inclinó hacia ella apuntándola con un dedo y luego se recostó temblando.

—¡Para! —gritó Ruby—. ¡Para! Estoy mareada.

Laverne se puso en pie y cruzó la habitación en tres zancadas. Se inclinó hacia Ruby y la miró a la cara con un ojo cerrado como si estuviera espiando por una cerradura.

—Estás lívida —observó.

—Estoy muy mareada —dijo Ruby, ceñuda.

Laverne continuó mirándola y después cruzó los brazos, sacó el estómago y comenzó a balancearse.

—Bien, ¿para qué has venido con esa pistola? ¿Dónde la has conseguido? —preguntó.

—Me senté sobre ella —murmuró Ruby.

Laverne continuó balanceándose, con el estómago hacia fuera, y una expresión perspicaz empezó a aparecer en su rostro. Ruby se arrellanó en la silla con su mirada en los pies. La habitación retornó al silencio. Se enderezó en la silla y se miró los tobillos. ¡Estaban hinchados! «No voy a ir al médico —pensó—, no voy a ir. No voy a ir».

—No voy a ir —empezó a susurrar— al médico, no…

—¿Cuánto tiempo piensas que puedes seguir aplazándolo? —murmuró Laverne, y dejó escapar una risita.

—¿Tengo los tobillos hinchados? —preguntó Ruby.

—A mí me parece qu'están como siempre —respondió Laverne dejándose caer en el sofá de nuevo—. Un poco gordos. —Colocó sus tobillos sobre el almohadón y los dobló un poco—. ¿Te gustan mis zapatos? —preguntó. Eran de color verde saltamontes, de tacón muy alto y fino.

—Creo que los tengo hinchados —dijo Ruby—. Cuando estaba subiendo ese último tramo de escalones tuve la sensación más horrible, en todo mi cuerpo, como…

—Deberías ir al médico.

—No necesito ir al médico —musitó Ruby—. Puedo cuidarme sola. No lo he hecho mal to este tiempo.

—¿Está Rufus en casa?

—No lo sé. No he ido al médico en toda mi vida. No he… ¿Porqué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué preguntas si está Rufus en casa?

—Rufus es muy mono —respondió Laverne—. Quería preguntarle si le gustan mis zapatos.

Ruby se enderezó en la silla, con cara de rabia, muy colorada y lívida.

—¿Por qué Rufus? —gruñó—. Es sólo un crío. —Laverne tenía treinta años—. A él no le interesan los zapatos de las mujeres.

Laverne se puso derecha y se quitó un zapato y miró en su interior.

—Nueve B —dijo—. ¡Apuesto a que le gusta lo que tienen dentro!

—¡Rufus no es más que un niño! —replicó Ruby—. No tiene tiempo pa estar

mirando tus pies. No tiene esa clase de tiempo.

—Oh, tiene mucho tiempo —dijo Laverne.

—Sí —murmuró Ruby, y lo vio de nuevo, esperando, con tiempo de sobra, en la nada antes de nacer, esperando para hacer que su madre muriera un poco más.

—Creo que tienes los tobillos hinchados —comentó Laverne.

—Así es —dijo Ruby moviéndolos—. Sí. Los noto tirantes. He tenido la sensación más horrible cuando subía por las escaleras, como si me faltara el aliento, una especie de tirantez en to el cuerpo, una especie de… algo horrible.

—Deberías ir al médico.

—No.

—¿Has ido alguna vez?

—Me llevaron cuando tenía diez años —explicó Ruby—, pero m'escapé. Los tres que me agarraban no pudieron hacer absolutamente na.

—¿Qué tenías entonces?

—¿Por qué m'estás mirando de esa manera? —murmuró Ruby.

—¿De qué manera?

—Esa manera —dijo Ruby—, sacando el estómago y moviéndolo de esa manera.

—Tan sólo te preguntaba qué tenías entonces.

—Era un divieso. Una negra de la calle me dijo lo que debía hacer y lo hice y desapareció.

Sentada en el borde de la silla, se quedó mirando al frente como si estuviera recordando un tiempo mejor.

Laverne inició una especie de danza cómica por la habitación, Daba dos o tres pasos lentos en una dirección, con las rodillas dobladas, y luego volvía y con una pierna se daba un golpe en la otra lenta y penosamente. Empezó a cantar en voz alta y gutural, poniendo los ojos en blanco: «¡Juntadlas y dicen madre!, ¡madre!», y extendía los brazos como si estuviera en un escenario.

Ruby abrió la boca sin pronunciar palabra y la fiera expresión de su rostro desapareció. Durante medio segundo se quedó inmóvil; luego se levantó de un salto.

—¡Yo no! —gritó—. ¡Yo no!

Laverne dejó de moverse y la observó con una expresión perspicaz.

—¡Yo no! —gritaba Ruby—. ¡Oh, yo no, no! ¡Bill Hill se ocupa d'eso! ¡Hace cinco años que Bill Hill se ocupa d'eso! ¡Eso no me va pasar a mí!

—El bueno de Bill Hill tuvo un descuido hace cuatro o cinco meses, amiga mía —dijo Laverne—. Na más que un descuido…

—No creo que sepas na d'esto, ni siquiera estás casada, ni siquiera…

—Apuesto a que no es uno, apuesto a que son dos —prosiguió Laverne—. Más vale que vayas al médico y averigües cuántos son.

—¡No es así! —chilló Ruby. ¡Laverne se creía muy lista! No veía que una mujer estaba enferma cuando la tenía delante, lo único que sabía hacer era mirarse los pies y calzárselos para Rufus, calzárselos para Rufus y él era un niño y ella tenía treinta y

cuatro años de edad—. ¡Rufus es un crío! —gritó.

—¡Así que serán dos! —repuso Laverne.

—¡Deja d'hablar d'ese modo! —exclamó Ruby—. ¡Cállate ya! ¡No voy tener un hijo!

—Ja, ja —dijo Laverne.

—No sé por qué crees que sabes tanto —replicó Ruby—, siendo soltera. Si yo fuera soltera, no andaría por ahí diciéndole a la gente casada lo que debe hacer.

—No son sólo los tobillos —dijo Laverne—, toa tú estás hinchada.

—No me voy quedar aquí pa que me insultes —dijo Ruby, y caminó con cuidado hasta la puerta, muy tiesa, sin bajar la vista a su estómago como deseaba hacer.

—Bueno, espero que mañana todos os sintáis mejor —dijo Laverne.

—Creo que mañana tendré mejor el corazón —repuso Ruby—. De tos modos, espero que nos mudemos pronto. No puedo subir por estas escaleras con mis problemas cardíacos. —Y agregó, con una mirada digna—: Rufus no tiene el menor interés en tus enormes pies.

—Mejor que levantes el cañón de esa pistola —dijo Laverne—, antes de que mates a alguien.

Ruby salió dando un portazo y se miró el cuerpo. Estaba gorda, pero siempre había tenido un estómago bastante grande. No estaba más abultado que otras partes de su cuerpo. Era natural que al engordar el estómago aumentara, y a Bill Hill no le importaba que ella estuviera gorda, se ponía algo más contento y no sabía por qué. Vio el rostro largo y alegre de Bill Hill, que le sonreía como solía hacer cuando estaba contento. Él nunca tendría un descuido. Se frotó la mano en la falda y notó cómo se tensaba la tela; pero ¿acaso no estaba siempre así? Sí. Era la falda, llevaba la falda ajustada, la que apenas se ponía… llevaba… no, no llevaba puesta la falda ajustada. Llevaba la ancha. Pero no era muy ancha. En todo caso, daba lo mismo, simplemente estaba gorda.

Se puso los dedos sobre el estómago, apretó y los retiró enseguida. Echó a andar hacia las escaleras, muy lentamente, como si el suelo fuera a moverse bajo sus pies. Comenzó a subir. El dolor reapareció de inmediato. Volvió en el primer escalón.

—No —susurró—, no.

Era una leve sensación, nada más que una leve sensación, como si un trozo de sí misma se diera la vuelta en su interior, pero hizo que el aliento le apretara en la garganta. No había nada dentro de ella que pudiera darse la vuelta.

—Un solo escalón —susurró—, un solo escalón lo ha producido.

No podía ser cáncer. Madame Zoleeda le había dicho que terminaría con buena suerte. Comenzó a llorar y a decir: «Un solo escalón lo ha producido…», mientras continuaba subiendo, distraída, como si pensara que estaba parada. En el sexto, se sentó de pronto, y su mano resbaló por una barra de la barandilla hasta el suelo.

—Noooo —dijo, y puso su cara redonda y colorada entre las dos barras más cercanas.

Miró hacia abajo por el hueco de la escalera y lanzó un largo y profundo gemido que se ampliaba y resonaba a medida que bajaba. La caverna de la escalera era verde oscuro y del color de los topos, y el gemido sonó abajo como una voz que le respondiera. Jadeó y cerró los ojos. No. No. No podía ser un bebé. No tenía dentro de sí algo esperando a que muriera un poco más. Ella no. Bill Hill no podía haber tenido un descuido. Dijo que estaba garantizado y había funcionado bien todo ese tiempo y no podía ser eso, no podía ser. Se estremeció y se apretó la boca con la mano. Sintió que se le arrugaba la cara. Dos nacidos muertos, uno muerto el primer año y el otro aplastado como una manzana amarilla y seca, no, sólo tenía treinta y cuatro años, era vieja. Madame Zoleeda dijo que no terminaría secándose. Madame Zoleeda dijo: «Oh, ¡pero terminará en un golpe de suerte! Un cambio».

Dijo que terminaría en un golpe de suerte.

Notó que comenzaba a calmarse. Notó, al cabo de un minuto, que casi se calmaba y pensó que se había dejado llevar por los nervios muy fácilmente; caramba, eran gases. Madame Zoleeda todavía no se había equivocado en nada, sabía más que…

Dio un salto: en el fondo del hueco de la escalera se oyó un portazo, seguido del estruendo de alguien que trapaleaba escaleras arriba haciéndolas temblar hasta donde estaba ella. Miró a través de las barras de la barandilla y vio a Hartley Gilfeet, que subía por los escalones con dos pistolas empuñadas, y oyó una voz chillona que procedía del piso de arriba:

—¡Eh, Hartley, basta de alboroto! ¡Estás haciendo temblar toda la casa!

Pero él continuó subiendo, alborotando aún más mientras giraba en el rellano del primer piso y pasaba como un rayo por el pasillo. Vio que se abría de par en par la puerta del señor Jerger y que éste saltaba con los dedos como garras y cogía un trozo de la camisa del niño, que revoloteó y salió nuevamente disparado, diciendo con voz aguda: «Tú, viejo chivo de l’escuela, déjame pasar», y continuó aproximándose hasta que los escalones retumbaron directamente debajo y un rostro de ardilla chocó con ella y pasó volando sobre su cabeza, haciéndose más y más pequeño en un torbellino de oscuridad.

Sentada en el escalón, se aferró a la barandilla mientras le volvía el aliento, poco a poco, y las escaleras dejaron de temblar.

Abrió los ojos y miró hacia el agujero negro, hasta el mismo fondo desde donde había comenzado a subir hacía tanto tiempo.

—Buena Suerte —dijo con una voz profunda que resonó en todas las plantas de la caverna—, Bebé.

«Buena Suerte, Bebé», repitieron maliciosos los tres ecos. Luego volvió a reconocer la sensación, un pequeño vuelco, parecía no estar en su estómago. Parecía no estar en ningún lado, en la nada, descansando y esperando, con tiempo de sobra.

ENOCH Y EL GORILA[10]

Enoch Emery había tomado prestado el paraguas de su casera, y de pie en la entrada del *drugstore*, mientras trataba de abrirlo, descubrió que era al menos tan viejo como ella. Cuando por fin consiguió mantenerlo abierto, se calzó otra vez las gafas oscuras y volvió a meterse bajo el aguacero.

El paraguas era uno que su casera no utilizaba desde hacía quince años (única razón por la cual se lo había prestado), y, en cuanto la lluvia tocó la parte superior, se cerró con un chirrido y una de sus varilla se le clavó en la nuca. Corrió unos cuantos metros con él sobre la cabeza, luego se refugió en la entrada de otra tienda y se lo quitó. Para volver a abrirlo tuvo que apoyar la contera en el suelo y empujar con el pie. Salió corriendo otra vez bajo la lluvia, sujetando con la mano las varillas para que se mantuvieran abiertas; de ese modo, la empuñadura, tallada en forma de cabeza de foxterrier, se le clavaba a cada rato en el estómago. Avanzó un cuarto de manzana más antes de que la tela de seda fuera arrancada de las varillas y la lluvia se le metiera por el cuello de la camisa. Se refugió debajo de la marquesina de un cine. Era sábado; un montón de niños esperaba más o menos en una cola, delante de la taquilla.

A Enoch no le hacían demasiada gracia los niños, pero daba la impresión de que a los niños les gustaba mirarlo. La cola se movió y diez o quince pares de ojos se pusieron a observarlo con firme interés. El paraguas había adoptado una fea posición, una mitad vuelta hacia arriba y la otra mitad vuelta hacia abajo, y la mitad vuelta hacia arriba estaba a punto de volverse hacia abajo y derramar más agua por el cuello de su camisa. Cuando por fin ocurrió, los niños rieron a carcajadas y se pusieron a dar saltos. Enoch les echó una mirada enfurecida, les dio la espalda y se quitó las gafas oscuras. Se encontró cara a cara con un cartel a todo color, tamaño natural, de un gorila. Sobre la cabeza del gorila, en letras rojas, se leía: «¡gonga! ¡El gigantesco monarca de la jungla! ¡La gran estrella! ¡¡aquí, en persona!!». A la altura de las rodillas del gorila, se leía, además: «¡Gonga estará en persona, delante de este cine, hoy mismo, a las 12.00 horas! ¡Entrada gratis para los diez primeros valientes que se atrevan a darle la mano!».

Enoch casi siempre pensaba en otra cosa cuando el Destino echaba la pierna para atrás, dispuesto a encajarle una patada. Tenía cuatro años cuando su padre salió de la cárcel y le compró una caja de latón. Era de color naranja y por fuera llevaba dibujados unos caramelos de maní y un cartelito que ponía: «¡una Manífica sorpresa!». Cuando Enoch la abrió, un muelle de acero enrollado salió disparado hacia su boca y le partió la punta de las dos paletas. Su vida estaba tan plagada de situaciones como esa que cualquiera hubiera dicho que debería haber estado más preparado para las épocas de peligro. Siguió allí de pie y leyó el cartel dos veces con mucho cuidado. Según él, la oportunidad de insultar a un mono de éxito se le presentaba de la mano de la Providencia.

Se dio la vuelta y le preguntó la hora al niño que tenía más cerca. El niño le dijo

que eran las doce y diez y que Gonga llevaba ya diez minutos de retraso. Otro niño dijo que tal vez la lluvia lo había demorado. Otro dijo que no, que no era la lluvia, sino su director que venía en avión desde Hollywood. A Enoch le rechinaron los dientes. El primer niño dijo que, si quería darle la mano a la estrella, tendría que hacer cola como todo el mundo y esperar su turno. Enoch se puso en la cola. Un niño le preguntó cuántos años tenía. Otro comentó que tenía unos dientes raros. Él procuró no hacer ningún caso y se puso a arreglar el paraguas.

Poco después, bajo la lluvia torrencial, un camión negro dobló la esquina y avanzó despacio, calle arriba. Enoch se metió el paraguas debajo del brazo y empezó a mirar con ojos miopes a través de las gafas oscuras. A medida que el camión se aproximaba, de un fonógrafo en su interior comenzó a sonar «Tarara Boom Di Aye», pero la música quedó casi ahogada por la lluvia. En la parte exterior del camión se veía una enorme ilustración de una rubia que anunciaba otra película que no era la del gorila.

Los niños siguieron guardando cola mientras el camión se detenía delante del cine. La puerta posterior del vehículo llevaba rejas como las de un furgón de policía, pero el mono no estaba asomado. Dos hombres con impermeables se bajaron de la cabina echando maldiciones, corrieron a la parte trasera y abrieron la puerta. Uno de ellos metió la cabeza dentro y dijo:

—Muy bien, date prisa, ¿quieres?

El otro les hizo una seña a los niños con el pulgar y les ordenó:

—Apartaros, ¿queréis apartaros?

Una voz en el disco que sonaba dentro del camión dijo:

—¡Aquí está Gonga, amigos, Gonga el rugiente, la gran estrella! ¡Dadle la mano a Gonga, amigos! —La voz se oía apenas como un susurro bajo la lluvia.

El hombre que esperaba junto a la puerta del camión volvió a meter la cabeza dentro.

—¿Quieres bajar de una vez? —dijo.

Dentro del camión se oyó un golpe leve. Al cabo de un instante, un brazo negro y peludo asomó lo suficiente para que la lluvia lo mojara y volvió a desaparecer.

—Maldita sea —soltó el hombre que estaba debajo de la marquesina; se quitó el impermeable, se lo lanzó al hombre que estaba junto a la puerta y éste lo lanzó dentro del furgón. Dos o tres minutos más tarde, el gorila asomó por la puerta, con el impermeable abrochado hasta arriba y el cuello levantado. Del cogote le colgaba una cadena de hierro; el hombre la agarró, tiró de él para que bajara, y, dando saltos, los dos corrieron a refugiarse debajo de la marquesina. En la taquilla, una mujer de aspecto maternal preparaba las entradas gratuitas para los diez primeros niños que tuvieran el coraje de acercarse al animal y darle la mano.

El gorila no hizo ni caso de los niños y siguió al hombre hasta el otro extremo de la entrada, donde había una pequeña plataforma que se levantaba un palmo del suelo. Se subió, se dio la vuelta, quedó frente a los niños y empezó a gruñir. Sus gruñidos no

eran fuertes, sino más bien envenenados; daban la impresión de salir de un corazón negro. Enoch se sintió aterrorizado y, de no haber estado rodeado de niños, habría salido corriendo.

—¿Quién será el primero? —preguntó el hombre—. Vamos, vamos, ¿quién será el primero? Una entrada gratis para el primero de vosotros que se acerque.

En el grupo de niños nadie se movió. El hombre los miró con fiereza.

—¿Qué os pasa, niños? —aulló—. ¿Qué sois? ¿Gallinas? No os hará nada mientras lo lleve de la cadena.

Cogió con más fuerza la cadena y la sacudió para demostrarles que lo tenía bien sujeto. Poco después, una niñita se separó del grupo. Sus largos rizos eran como virutas, y su rostro, hosco y triangular. Avanzó hasta quedar a un metro de la estrella.

—Vamos, vamos —dijo el hombre, sacudiendo la cadena—, date prisa.

El mono tendió el brazo y le dio un veloz apretón de manos. A esas alturas ya había otra niña preparada y detrás de ella, dos niños más. La cola se reorganizó y empezó a avanzar.

El gorila mantuvo la mano tendida, volvió la cabeza y se quedó mirando la lluvia con gesto aburrido. Enoch había vencido el miedo y trataba afanosamente de pensar una frase obscena que resultara adecuada para insultarlo. Casi nunca tenía problemas con ese tipo de ejercicios, pero en ese momento no se le ocurría nada. Tenía el cerebro, las dos partes, completamente vacío. Ni siquiera le venían a la cabeza las frases ofensivas que empleaba a diario.

Delante de él quedaban nada más que dos niños. El primero le dio la mano y se apartó. A Enoch le latía el corazón con violencia. El niño que iba delante de él terminó de saludar, se apartó y lo dejó cara a cara con el mono, que lo tomó de la mano con gesto automático.

Era la primera mano que le tendían a Enoch desde que había llegado a la ciudad. Era cálida y blanda.

De entrada no supo qué hacer y se quedó ahí, agarrado a aquella mano. Después empezó a tartamudear.

—Me llamo Enoch Emery —farfulló—. Fui a l’Academia d’Estudios Bíblicos Rodemill pa niños. Trabajo en el zoológico municipal. Vi dos carteles tuyos. Tengo diciocho años recién cumplíos pero ya trabajo pa el municipio. Mi papá m’ha obligao avenir… —Y se le quebró la voz.

La gran estrella se inclinó hacia delante y la expresión de los ojos le cambió: un par de ojos feos, humanos, se acercaron a Enoch y lo miraron con fijeza a través del par de ojos de celuloide.

—Vete a la mierda —dijo bajito, pero bien claro, una voz huraña desde el interior del traje de mono, y la mano se apartó bruscamente.

Fue tan grande y dolorosa la humillación de Enoch que se volvió tres veces antes de decidir hacia dónde quería ir. Y salió corriendo a toda velocidad bajo la lluvia.

Muy a su pesar, Enoch no consiguió superar la sensación de que le iba a pasar

algo. En Enoch, la virtud de la esperanza se componía de dos partes de suspicacia y una parte de lascivia. Lo persiguió el resto del día. Tenía apenas una vaga idea de lo que quería, pero no era un muchacho falto de ambición: quería llegar a ser algo. Mejorar su situación. Y, algún día, ver a la gente hacer cola para darle la mano.

Estuvo toda la tarde haciendo el tonto y paseándose por su cuarto, mordiéndose las uñas y arrancando la seda que le quedaba al paraguas de la casera. Al final, lo despojó por completo de la tela y le quitó las varillas. Le quedó un bastón negro, con una contera afilada de acero en un extremo y una cabeza de perro en el otro. Podía haber sido un instrumento utilizado en un tipo especial de tortura, pasada de moda. Enoch se paseó por su cuarto con el bastón debajo del brazo y cayó en la cuenta de que le permitiría lucirse en la calle.

A eso de las siete de la tarde, se puso la chaqueta, cogió el bastón y se fue para un pequeño restaurante, a dos manzanas de allí. Tuvo la sensación de que se encaminaba a que le concedieran algún tipo de honor, pero estaba nerviosísimo, como si temiera verse obligado a arrebatarlo en lugar de recibirlo.

Nunca emprendía nada sin haber comido. El restaurante se llamaba Cafetería París; era un túnel de dos metros de ancho, situado entre el salón de un limpiabotas y una tintorería. Enoch entró sigiloso, se acomodó en el mostrador, en un taburete del extremo, y dijo que tomaría un tazón de sopa de guisantes partidos y un batido de leche malteada y chocolate.

La camarera era una mujer alta que llevaba una enorme dentadura postiza amarilla y el pelo del mismo color recogido con una redecilla negra. Siempre apoyaba una mano en la cadera y servía los pedidos con la otra. Aunque Enoch iba todas las noches a ella no acababa de caerle bien.

En vez de servirle el pedido, se puso a freír beicon; en la cafetería había un solo cliente que ya había terminado de cenar y estaba leyendo el diario; la única que podía comerse el beicon era ella. Enoch se inclinó sobre el mostrador y le pinchó la cadera con el bastón.

—Oye —le dijo—. Que me tengo qu’ir. Tengo prisa.

—Pues vete —contestó ella. Apretó los dientes y miró la sartén con mucha atención.

—Ponme un trozo d’aquella tarta d’allá —le pidió señalando medio pastel de color rosa y amarillo que había sobre un soporte redondo de cristal—. Tengo algo que hacer. Me tengo qu’ir. La tarta me la pones al lao d’él —le pidió indicando al cliente que leía el diario.

Pasó por encima de los taburetes y se puso a releer la página externa del diario del otro cliente. El hombre apartó el diario y lo miró. Enoch le sonrió. El hombre siguió leyendo.

—¿Me puede prestar una parte del diario que no esté leyendo? —le preguntó Enoch.

El hombre apartó otra vez el periódico y lo miró; tenía ojos turbios, impasibles.

Hojeó con parsimonia el periódico, extrajo la página de historietas y se la dio a Enoch. Era la página preferida de Enoch. La leía todas las noches con devoción. Mientras comía la tarta que la camarera le había servido deslizando el plato por el mostrador sin moverse de su sitio, leyó la historieta y se sintió henchido de gratitud, valor y fuerza.

Cuando terminó de leer una página, le dio la vuelta y se puso a mirar los anuncios de las películas publicados en el reverso. Sus ojos recorrieron tres columnas sin detenerse hasta que toparon con un recuadro que anunciaba a Gonga, monarca gigantesco de la jungla, la lista de los cines que visitaría en su gira y los horarios en que estaría en cada uno. Estaba previsto que llegara al Victory, de la calle Cincuenta y siete, media hora más tarde, y ésa iba a ser su última aparición en la ciudad.

Si alguien hubiese visto a Enoch cuando leía el anuncio, habría notado cierta alteración en su semblante. Seguía irradiando la inspiración que había hallado en las historietas, pero se le notaba algo más, como un despertar. En ese momento, la camarera se volvió para comprobar si se había marchado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Te has tragado una semilla?

—Sé lo que quiero —murmuró Enoch.

—Yo también sé lo que quiero —dijo ella con una mirada sombría.

Enoch tanteó en busca del bastón y dejó el dinero sobre el mostrador.

—Me tengo qu'ir.

—No seré yo quien te lo impida —le dijo.

—A lo mejor no me vuelves a ver… —dijo él— así como soy ahora.

—Si no te vuelvo a ver ni así ni de otra manera, por mí no hay inconveniente —dijo ella.

Enoch se marchó. Hacía una noche húmeda y agradable. Los charcos de la acera brillaban, los escaparates de las tiendas estaban empañados y llenos de cachivaches relucientes. Enoch desapareció por una calle lateral y recorrió a paso vivo los pasadizos más oscuros de la ciudad; se detuvo en un par de ocasiones al final de un callejón para mirar furtivamente en ambas direcciones antes de salir corriendo. El Victory era un cine pequeño, ideal para las necesidades de la familia, situado en uno de los distritos municipales más cercanos; atravesó una serie de zonas iluminadas y, a continuación, más callejones y barrios pobres hasta que llegó a la zona comercial que lo rodeaba. Entonces aminoró el paso. Lo vio brillar en su entorno más oscuro, a una manzana de distancia. No cruzó la calle donde estaba, sino que se mantuvo a prudente distancia y avanzó con los ojos bizcos fijos en aquel resplandor. Se detuvo cuando se encontró justo enfrente y se ocultó en el estrecho hueco de una escalera que dividía un edificio.

El camión que transportaba a Gonga estaba aparcado enfrente y la estrella se encontraba debajo de la marquesina, dándole la mano a una señora mayor. La señora se apartó y un caballero, vestido con un polo, se adelantó y le estrechó la mano vigorosamente, como un deportista. El siguiente en la cola era un niño de unos tres

años, con un sombrero de vaquero inmenso que le tapaba casi toda la cara; tuvieron que empujarlo para que diera un paso al frente. Enoch siguió observando la escena con cara de envidia. Detrás del niño pequeño iba una señora en pantalón corto; a continuación, un anciano que trató de llamar más la atención y, en lugar de acercarse con paso digno, lo hizo bailoteando. De repente, Enoch cruzó la calle a todo correr, entró por la puerta abierta del camión y se metió en la parte trasera.

Los apretones de mano continuaron hasta que la película principal estuvo a punto de empezar. La estrella regresó entonces al camión y la gente entró en el cine en fila india. El conductor y el hombre que hacía de maestro de ceremonias subieron a la cabina y el camión arrancó con estruendo. Cruzó veloz la ciudad y enfiló muy deprisa la carretera.

En el camión se oía el ruido de unos mamporros, no como los del gorila normal, pero quedaron ahogados por el ronroneo del motor y el rumor constante de las ruedas rozando el asfalto. Hacía una noche pálida y tranquila, nada interrumpía la calma salvo la queja ocasional de alguna lechuza y, desde lejos llegaba el traqueteo discordante y amortiguado de un tren de carga. El camión siguió a buen ritmo hasta que redujo la velocidad en un paso a nivel y, cuando cruzó golpeteando las vías, una figura se escurrió por la puerta y, después de dar un traspié, salió cojeando rápidamente hacia el bosque.

Una vez en la oscuridad del pinar, dejó en el suelo un bastón puntiagudo que aferraba con fuerza y algo voluminoso y holgado que llevaba debajo del brazo, y empezó a desvestirse. Después de quitárselas, dobló con esmero todas sus prendas y las colocó una encima de la otra. Cuando estuvieron todas apiladas, cogió el bastón y cavó un agujero en el suelo.

La oscuridad del pinar se vio bañada por la pálida luz de la luna que caía una y otra vez sobre la figura dejando ver que era Enoch. Su aspecto habitual aparecía desmejorado por un corte profundo que le iba de la comisura de la boca hasta la clavícula y por un chichón debajo del ojo que le daba una expresión tosca e insensible. Nada podía ser más engañoso, pues en su interior ardía la más intensa de las felicidades.

Cavó a toda prisa hasta que hizo un agujero de algo más de un palmo de largo por un palmo de profundidad. Metió dentro la pila de ropa y descansó un momento. El entierro de sus prendas no simbolizaba para él el entierro de aquel que había sido hasta entonces; sólo sabía que ya no iba a necesitarlas. En cuanto recobró el aliento, tapó el agujero con la tierra que había amontonado y la apisonó con el pie. Al hacerlo, se dio cuenta de que no se había quitado los zapatos; cuando terminó, se los quitó y los tiró lejos. Recogió luego el objeto holgado y voluminoso y lo sacudió con brío.

Bajo la luz vacilante se alcanzó a ver desaparecer una pierna blanca y flaca, y luego la otra, un brazo y luego el otro, y una figura más peluda y pesada ocupó el lugar donde antes había estado él. Por un momento tuvo dos cabezas, una pálida y

otra oscura, pero al cabo de nada aquello colocó la cabeza oscura encima de la otra y quedó todo en orden. Aquel ser se entretuvo con algunos broches ocultos y lo que parecían ser unos arreglos menores de la pelambre.

Después, durante un buen rato, permaneció inmóvil, sin hacer nada. A continuación se puso a gruñir y a golpearse el pecho; brincó, abrió los brazos y echó la cabeza hacia delante. Los gruñidos eran débiles e indecisos al principio, pero al cabo de nada cobraron fuerza. Se oyeron quedos y envenenados, más fuertes otra vez, otra vez quedos y envenenados, hasta cesar del todo. La silueta tendió la mano, aferró el aire y sacudió el brazo con brío; retiró el brazo, volvió a tenderlo, aferró el aire y lo sacudió. Repitió la serie de movimientos cuatro o cinco veces. Luego cogió el bastón puntiagudo, se lo metió debajo del brazo en un ángulo chulesco, salió del bosque y enfiló hacia la carretera. En ninguna parte, ni en África, ni en California, ni en Nueva York, había un gorila más feliz que él.

Un hombre y una mujer, sentados muy juntos sobre una piedra, al lado de la carretera, contemplaban la ciudad que se veía a lo lejos, al otro lado del valle, y no repararon en la figura peluda que se acercaba. Las chimeneas y los techos planos de los edificios formaban un muro negro y desigual contra el cielo más claro y, de tanto en tanto, un campanario cortaba una nube en forma de afilada cuña. El muchacho volvió la cabeza justo a tiempo para ver al gorila allí de pie, a escasos metros, espantoso y negro, con la mano tendida. Apartó el brazo con que rodeaba a la mujer y desapareció en silencio en el bosque. En cuanto ella miró por encima del hombro, huyó carretera abajo chillando aterrada. El gorila pareció sorprendido y no tardó en dejar caer el brazo a un costado. Se sentó en la piedra donde había estado la pareja y contempló el perfil irregular de la ciudad, al otro lado del valle.

UN HOMBRE BUENO ES DIFÍCIL DE ENCONTRAR[11]

La abuela no quería ir a Florida. Quería visitar a algunos de sus conocidos en el este de Tennessee y no perdía oportunidad para intentar que Bailey cambiase de opinión. Bailey era el hijo con quien vivía, el único varón que tuvo. Estaba sentado en el borde de la silla, a la mesa, reclinado sobre la sección deportiva del Journal.

—Mira esto, Bailey —dijo ella—, mira esto, léelo. Y se puso en pie, con una mano en la delgada cadera mientras con la otra golpeaba la cabeza calva de su hijo con el periódico.

—Aquí, ese tipo que s'hace llamar el Desequilibrado s'ha escapao de la Penitenciaría Federal y se encamina a Florida, lee aquí lo que hizo a esa gente. Léelo. Yo no llevaría a mis hijos a ninguna parte con un criminal d'esa calaña suelto por ahí. No podría acallar mi conciencia si lo hiciera.

Bailey no levantó la cabeza, así que la abuela dio media vuelta y se dirigió a la madre de los niños, una mujer joven en pantalones, cuya cara era tan ancha e inocente como un repollo, con pañuelo verde atado con dos puntas en lo alto de la cabeza, como orejas de conejo. Estaba sentada en el sofá, alimentando al bebé con albaricoques que sacaba de un tarro.

—Los niños y'han estao en Florida —dijo la anciana señora—. Deberíais llevarlos a otro sitio pa variar, así verían otras partes del mundo y aprenderían otras cosas. Nunca han ido al este de Tennessee.

La madre de los niños no pareció oírla, pero el de ocho años, John Wesley, un niño robusto con gafas, dijo:

—Si no quieres ir a Florida, ¿por qué no te quedas en casa?

Él y su hermanita, June Star, estaban leyendo las páginas de entretenimiento en el suelo.

—No se quedaría en casa aunque la nombraran reina por un día —dijo June Star sin levantar su cabeza amarilla.

—¿Y qué haríais si este sujeto, el Desequilibrado, os cogiera? —preguntó la abuela.

—Le daría un puñetazo en la cara —respondió John Wesley.

—No se quedaría en casa ni por un millón de dólares —afirmó June Star—. Teme perderse algo. Tiene que ir a donde vayamos.

—Muy bien, señorita —dijo la abuela—. Acuérdate d'eso la próxima vez que me pidas que te rice el pelo.

June Star dijo que sus rizos eran naturales.

A la mañana siguiente la abuela fue la primera en subir al coche, lista para partir. A un costado dispuso su gran bolsa de viaje negra que parecía la cabeza de un hipopótamo y debajo de ella escondía una cesta con Pitty Sing, el gato, en el interior.

No tenía la menor intención de dejar solo al gato durante tres días, porque éste la echaría mucho de menos y ella temía que se frotara con la llave del gas y se asfixiara por accidente. A su hijo, Bailey, no le gustaba llevar un gato a un motel.

Se sentó en el centro del asiento trasero, con John Wesley y June Star a cada lado. Bailey, la madre de los niños, y el bebé se sentaron delante. Y así salieron de Atlanta, a las ocho y cuarenta y cinco, con el cuentakilómetros del coche en 89.927. La abuela lo anotó, porque pensó que sería interesante decir cuántos kilómetros habían hecho cuando regresaran. Tardaron veinte minutos en llegar a las afueras de la ciudad.

La anciana se sentó cómodamente, se quitó los guantes de algodón y los dejó con su bolso en la repisa de la ventanilla de atrás. La madre de los niños aún llevaba los pantalones y la cabeza atada con el pañuelo verde; la abuela, en cambio, llevaba un sombrero de paja azul marino con un ramillete de violetas blancas en el ala y un vestido azul marino con pequeños lunares blancos. El cuello y los puños eran de organdí blanco adornado con encaje, y en el cuello se había prendido un ramillete de violetas de tela de color púrpura perfumado. En caso de accidente, cualquiera que la viera muerta en la carretera sabría al instante que era una dama.

Dijo que pensaba que sería un buen día para conducir, pues no hacía demasiado calor ni demasiado frío, y advirtió a Bailey que el límite de velocidad era de ochenta kilómetros por hora, que los coches patrulla se escondían detrás de carteles publicitarios y de pequeños grupos de árboles y que podían salir disparados en su persecución sin darle tiempo a aminorar la marcha. Señaló los detalles interesantes del paisaje: la montaña Stone, el grafito azul que en algunos lugares asomaba a ambos lados de la carretera, las lomas de brillante arcilla roja ligeramente rayadas de púrpura, y las mieses que trazaban líneas de encaje verde sobre el terreno. Los árboles estaban llenos de la luz blanca y plateada del sol y hasta los más míseros destellaban. Los chicos leían tebeos y su madre se había dormido.

—Pasemos Georgia a toda velocidad, así no tendremos que verla mucho —dijo John Wesley.

—Si yo fuera un niño —dijo la abuela—, no hablaría d’esa manera de mi estado natal. Tennessee tiene montañas y Georgia, colinas.

—Tennessee n’es más que un muladar lleno de paletos y Georgia es también un estado asqueroso.

—Tú l’has dicho —dijo June Star.

—En mis tiempos —dijo la abuela entrecruzando los dedos, delgados y venosos —, los niños tenían más respeto por su estado natal y por sus padres y por to lo demás. La gente era buena entonces. ¡Oh, mirar qué negrito más mono! —Y señaló a un niño negro plantado ante la puerta de una choza—. Qué estampa más bonita, ¿verdá?

Todos se volvieron para mirar al negrito por la luna trasera. Él saludó con la mano.

—Ese chico no llevaba pantalones —observó June Star.

—Probablemente no tiene —explicó la abuela—. Los negritos del campo no tienen las cosas que nosotros tenemos. Si supiera pintar, pintaría ese cuadro.

Los niños intercambiaron sus tebeos.

La abuela se ofreció a coger al bebé y la madre de los chicos se lo pasó por encima del asiento delantero. La abuela lo sentó sobre sus rodillas y le hizo el caballito y le explicó lo que se veía por la ventanilla. Puso los ojos en blanco, frunció los labios y apretó su cara delgada y curtida contra la piel blanda y suave. De vez en cuando, el bebé le dedicaba una sonrisa distraída. Pasaron junto a un vasto campo de algodón con cinco o seis tumbas en medio, rodeadas de un cerco, como una isla pequeñita.

—¡Mirar el camposanto! —dijo la abuela señalándolo—. Era el antiguo camposanto de la familia. Pertenecía a la plantación.

—¿Dónde está la plantación? —preguntó John Wesley.

—El viento se la llevó —dijo la abuela—. Ja, ja.

Cuando los chicos terminaron de leer todos los tebeos que habían llevado, abrieron la caja del almuerzo y se lo comieron. La abuela comió un bocadillo de mantequilla de cacahuete y una aceituna, y no permitió que los chicos arrojasen la caja y las servilletas de papel por la ventanilla. Cuando no tuvieron otra cosa que hacer, se pusieron a jugar; elegían una nube y los otros tenían que adivinar qué forma sugería. John Wesley eligió una con forma de vaca y June Star adivinó la vaca y John Wesley dijo: «No, un coche», y June Star dijo que hacía trampas y comenzaron a pegarse por encima de la abuela.

La abuela dijo que les contaría un cuento si se estaban calladitos. Cuando contaba un cuento, ponía los ojos en blanco, movía la cabeza y era muy histriónica. Contó que una vez, cuando era jovencita, la había cortejado un tal señor Edgar Atkins Teagarden, de Jasper, Georgia. Dijo que era un hombre muy apuesto y un caballero, y que todos los sábados por la tarde le llevaba una sandía con sus iniciales grabadas, E. A. T. Pues bien, un sábado por la tarde, el señor Teagarden llevó la sandía y no había nadie en la casa; la dejó en el porche de entrada y volvió a Jasper en su calesa, pero ella nunca vio la sandía, explicó, porque un chico negro se la comió cuando vio las iniciales, E. A. T.: come. A John Wesley le hizo mucha gracia la historia y reía y reía, pero June Star opinó que no tenía nada de gracioso. Dijo que nunca se casaría con un hombre que sólo le trajera una sandía los sábados. La abuela dijo que habría hecho muy bien en casarse con el señor Teagarden, porque era un caballero y había comprado acciones de CocaCola cuando salieron al mercado y había muerto, hacía unos pocos años, muy rico.

Se detuvieron en The Tower para tomar unos bocadillos calientes. The Tower era una gasolinera y sala de baile, en parte de estuco y en parte de madera, en un claro en las afueras de Timothy. Lo regentaba un hombre gordo llamado Red Sammy Butts, y había letreros aquí y allá sobre el edificio y a lo largo de varios kilómetros de la carretera que rezaban: PRUEBA la famosa barbacoa de red sammy. ¡nada iguala al

famoso red sammy! el gordo de la SONRISA FELIZ. ¡UN VETERANO! ¡RED SAMMY ES EL HOMBRE QUE NECESITAS!

Red Sammy estaba tendido en el suelo fuera de The Tower con la cabeza bajo una camioneta, mientras un mono gris de unos treinta centímetros de altura, encadenado a un árbol del paraíso pequeño, chillaba cerca. El mono saltó hacia el arbolito y se encaramó a la rama más alta apenas vio a los chicos apearse del coche y correr hacia él.

El interior de The Tower era una larga habitación oscura con una barra en un extremo y mesas en el otro y una pista de baile en medio. Todos se sentaron a una mesa cerca de la máquina de discos y la esposa de Red Sam, una mujer alta y bronceada con ojos y cabellos más claros que la piel, llegó y tomó nota de lo que querían. La madre de los chicos insertó una moneda en la máquina y se pudo escuchar el «Vals de Tennessee», y la abuela dijo que esa melodía siempre le daba ganas de bailar. Preguntó a Bailey si quería bailar, pero él tan sólo la miró. No era de natural alegre como ella y los viajes lo ponían nervioso. Los ojos marrones de la abuela resplandecían. Movió la cabeza de un lado a otro e hizo como si bailara en la silla. June Star dijo que pusieran algo para que ella pudiera bailar claque. Entonces la madre de los niños metió otra moneda y eligió una pieza más movida; June Star saltó a la pista de baile y bailó el claque de costumbre.

—¡Qué graciosa! —exclamó la mujer de Red Sam, inclinada sobre la barra—. ¿Te gustaría quedarte aquí y ser mi pequeñita?

—Claro que no —contestó June Star—. No viviría en un lugar medio en ruinas como éste ni por un millón de dólares.

Y salió corriendo hacia la mesa.

—¡Qué graciosa! —repitió la mujer, estirando la boca con amabilidad.

—¿No te da vergüenza? —susurró la abuela.

Red Sam entró y le dijo a su mujer que dejara de holgazanear en la barra y que se apresurara a servir a esa gente. Los pantalones caquis le llegaban hasta las caderas y la barriga le caía sobre ellos como un saco de comida bamboleante bajo la camisa. Se acerco y se sentó a una mesa cercana; emitió una mezcla de suspiro y gritito en falsete.

—No hay manera. No hay manera —dijo, y se secó la cara sudorosa y roja con un pañuelo gris—. En estos tiempos que corren, no se sabe en quién confiar. ¿No es verdá?

—Desde luego, la gente ya no es como antes —sentenció la abuela.

—La semana pasada vinieron aquí dos tipos —explicó Red Sammy— que conducían un Chrysler. Un coche muy baqueteado pero bueno, y los muchachos me parecieron decentes. Dijeron que trabajaban en el molino y ¿sabéis que les permití poner en la cuenta la gasolina que compraron? ¿Por qué hice yo semejante cosa?

—¡Porque usté es un hombre bueno! —contestó de inmediato la abuela.

—Bueno, supongo que es así —dijo Red Sammy como si su respuesta lo hubiera

dejado atónito.

La mujer sirvió lo que habían pedido. Llevaba los cinco platos al mismo tiempo sin usar bandeja, dos en cada mano y uno en equilibrio sobre el brazo.

—No hay una sola alma en este mundo de Dios en la que se pueda confiar —dijo —. Y yo no excluyo a nadie de la lista, a nadie —afirmó mirando a Red Sammy.

—¿Han leído algo sobre ese criminal, el Desequilibrado, que se escapó? —preguntó la abuela.

—No me sorprendería na que llegase a atacar este lugar —dijo la mujer—. Si oye lo qu'hay aquí, no me sorprendería verlo. Si se entera de que hay dos centavos en la caja, no me sorprendería que…

—Basta —dijo Red Sam—. Trae las Coca-Colas a esta gente.

Y la mujer se retiró a buscar el resto del pedido.

—Un hombre bueno es difícil d'encontrar —dijo Red Sam. Las cosas s'están poniendo cada vez más feas. Yo m'acuerdo de qu'antes podías salir sin echar el cerrojo a la puerta. Eso s'acabó.

Él y la abuela hablaron de tiempos mejores. La anciana dijo que en su opinión Europa tenía la culpa de la situación actual, o que por la manera en que actuaba Europa se podía llegar a pensar que estábamos hechos de dinero, y Red Sammy dijo que no valía la pena hablar de eso y que tenía toda la razón. Los chicos salieron corriendo a la luz blanca del sol y observaron al mono encadenado al árbol. Estaba entretenido quitándose pulgas y las mordía una a una como si se tratase de un bocado exquisito.

De nuevo partieron en la tarde calurosa. La abuela dormitaba y se despertaba a cada rato con sus propios ronquidos. En las afueras de Toombsboro se despertó y se acordó de una vieja plantación que había visitado en los alrededores una vez, cuando era joven. Dijo que la mansión tenía seis columnas blancas en el frente y que había una avenida de robles que conducía hasta la casa y dos pequeñas glorietas con enrejado de madera donde te sentabas con tu pretendiente después de pasear por el jardín. Recordaba con exactitud por qué carretera había que doblar para llegar allí. Sabía que Bailey no estaría dispuesto a perder el tiempo viendo una casa vieja, pero cuanto más hablaba de ella más ganas tenía de volver a verla y comprobar si las dos pequeñas glorietas seguían en pie.

—Había un panel secreto en la casa —afirmó astutamente, sin decir la verdad pero deseando que lo fuera—, y se contaba que toda la plata de la familia estaba escondida allí cuando llegó Sherman, pero nunca la encontraron…

—¡Eeeh! —dijo John Wesley—. ¡Vamos a verlo! ¡L'encontraremos nosotros! ¡Lo registraremos to y l'encontrarernos! ¿Quién vive allí? ¿Dónde hay que girar? Eh, papá, ¿no podemos girar allí?

—¡Nunca hemos visto una casa con un panel secreto! —chilló June Star—. ¡Vayamos a la casa con el panel secreto! Eh, papá, ¿no podemos ir a ver la casa con el panel secreto?

—No está lejos d’aquí, lo sé —aseguró la abuela—. No tardaríamos más de veinte minutos.

Bailey miraba al frente. Tenía la mandíbula tan rígida como la herradura de un caballo.

—No —dijo.

Los chicos comenzaron a alborotar y a gritar que querían ver la casa con el panel secreto. John Wesley la emprendió a patadas contra el respaldo del asiento delantero, y June Star se colgó del hombro de su madre y le gimoteó desesperada al oído que nunca se divertían, ni siquiera en vacaciones, que nunca les dejaban hacer lo que querían. El bebé empezó a llorar y John Wesley pateó el respaldo del asiento con tal fuerza que su padre notó los golpes en los riñones.

—¡Muy bien! —gritó, y aminoró la marcha hasta parar a un costado de la carretera—. ¿Queréis cerrar la boca? ¿Queréis cerrar la boca un minuto? Si no’s calláis, no iremos a ningún lado.

—Sería muy educativo pa ellos —murmuró la abuela.

—Muy bien —dijo Bailey—, pero meteros esto en la cabeza. Es la única vez que vamos a parar por algo así. La primera y la última.

—El camino de tierra donde debes doblar queda dos kilómetros atrás —observó la abuela—. Lo vi cuando lo pasamos.

—Un camino de tierra —gruñó Bailey.

Después de dar la vuelta en dirección al camino de tierra, la abuela recordó otros detalles de la casa, el hermoso vidrio sobre la puerta de entrada y la lámpara de velas en el recibidor. John Wesley dijo que el panel secreto probablemente estaría en la chimenea.

—No podéis entrar en esa casa —dijo Bailey—. No sabéis quién vive allí.

—Mientras vosotros habláis con la gente delante de la casa, yo correré hacia la parte d’atrás y entraré por una ventana —propuso John Wesley.

—Nos quedaremos todos en el coche —dijo la madre.

Doblaron por el camino de tierra y el coche avanzó a trompicones en un remolino de polvo colorado. La abuela recordó los tiempos en que no había carreteras pavimentadas y hacer cincuenta kilómetros representaba un día de viaje. El camino de tierra era abrupto y súbitamente se encontraban con charcos y curvas cerradas en terraplenes peligrosos. Tan pronto se hallaban en lo alto de una colina, desde donde se dominaban las copas azules de los árboles que se extendían a lo largo de kilómetros, como en una depresión rojiza dominada por los árboles cubiertos de una capa de polvillo.

Mejor será que aparezca ese lugar antes de un minuto —dijo Bailey—, o daré la vuelta.

Daba la impresión de que nadie había pasado por aquel camino desde hacía meses.

—No falta mucho —comentó la abuela, y apenas lo hubo dicho cuando tuvo un

pensamiento horrible. Le produjo tal vergüenza que la cara se le puso colorada y se le dilataron las pupilas y sus pies dieron un salto, de modo que movieron la bolsa de viaje en el rincón. En el momento en que se movió la bolsa, el periódico que había colocado sobre la cesta se levantó con un maullido y Pitty Sing, el gato, saltó sobre el hombro de Bailey.

Los chicos cayeron al suelo y su madre, con el bebé en brazos, salió disparada por la portezuela y se desplomó en la tierra; la vieja dama se vio arrojada hacia el asiento delantero. El automóvil dio una vuelta y aterrizó sobre el costado derecho, en una zanja al lado del camino. Bailey se quedó en el asiento del conductor con el gato —de rayas grises, cara blanca y hocico naranja— todavía agarrado al cuello como una oruga.

Tan pronto como los chicos se dieron cuenta de que podían mover los brazos y las piernas, salieron arrastrándose del coche y gritaron: «¡Hemos tenío un accidente!». La abuela estaba hecha un ovillo bajo el salpicadero y esperaba estar tan malherida que la furia de Bailey no cayera sobre ella. El pensamiento terrible que había tenido antes del accidente era que la casa que recordaba tan vívidamente, no estaba en Georgia, sino en Tennessee.

Bailey se quitó el gato del cuello con ambas manos y lo arrojó por la ventanilla contra el tronco de un pino. Luego salió del coche y empezó a buscar a la madre de los chicos. Estaba sentada en la cuneta, con el crío, que no paraba de llorar, en brazos, pero sólo había sufrido un corte en la cara y tenía un hombro roto «¡Hemos tenío un accidente!», gritaban los chicos en un delirio de felicidad.

—Pero nadie se ha muerto —señaló June Star con cierta desilusión, mientras la abuela salía renqueando del coche, con el sombrero todavía prendido a la cabeza pero el encaje delantero roto y levantado en un airoso ángulo y el ramito de violetas caído a un costado.

Se sentaron todos en la cuneta, excepto los chicos, para recobrarse de la conmoción. Estaban todos temblando.

—Tal vez pase algún coche —dijo la madre de los niños con voz ronca.

—Creo que m’hecho daño en algún órgano —comentó la abuela apretándose el costado, pero nadie le prestó atención.

A Bailey le castañeteaban los dientes. Llevaba una camisa amarilla de sport, con un estampado de loros en un azul vivo y tenía la cara tan amarilla como la camisa. La abuela decidió no comentar que la casa en cuestión estaba en Tennessee.

La carretera quedaba unos tres metros más arriba y sólo podían ver las copas de los árboles al otro lado. Detrás de la cuneta donde estaban sentados había más árboles, altos, oscuros y graves. A los pocos minutos divisaron un coche a cierta distancia, en lo alto de una colina; avanzaba lentamente como si sus ocupantes los estuvieran observando. La abuela se puso en pie y agitó los brazos dramáticamente para atraer su atención. El automóvil continuó avanzando con lentitud, desapareció en un recodo y volvió a aparecer, rodando aún más despacio, sobre la colina por la que

ellos habían pasado. Era un vehículo grande y baqueteado, parecido a un coche fúnebre. Había tres hombres dentro.

Se detuvo justo a su lado y durante unos minutos el conductor miró fija e inexpresivamente hacia donde estaban sentados, sin decir palabra. Luego volvió la cabeza, susurró algo a los otros dos y se apearon. Uno era un muchacho gordo con pantalones negros y una sudadera roja con un semental plateado estampado delante. Caminó, se colocó a la derecha del grupo y se quedó mirándolos con la boca entreabierta en una floja sonrisa burlona. El otro llevaba pantalones color caqui, una chaqueta de rayas azules y un sombrero gris echado hacia delante que le tapaba casi toda la cara. Se acercó despacio por la izquierda. Ninguno de los dos habló.

El conductor salió del coche y se quedó junto a él mirándolos. Era mayor que los otros. Su pelo empezaba a encanecer y llevaba unas gafas con montura plateada que le daban aspecto académico. Tenía el rostro largo y arrugado, y no llevaba camisa ni camiseta. Vestía unos téjanos que le quedaban demasiado ajustados y llevaba en la mano un sombrero y una pistola. Los dos muchachos llevaban pistolas.

—¡Hemos tenío un accidente! —gritaron los niños.

La abuela tuvo la extraña sensación de que conocía al hombre de las gafas. Le sonaba tanto su cara que era como si le hubiera conocido de toda la vida, pero no lograba recordar quién era. Él se alejó del coche y empezó a bajar por el terraplén dando los pasos con sumo cuidado para no resbalar. Calzaba zapatos blancos y marrones y no llevaba calcetines; sus tobillos eran flacos y rojos.

—Buenas tardes —dijo—. Veo que han tenío un accidente de na.

—¡Hemos dao dos vueltas de campana! —dijo la abuela.

—Una —corrigió él—. Lo hemos visto. Hiram, prueba el coche a ver si funciona —indicó en voz baja al muchacho del sombrero gris.

—¿Pa qué lleva esa pistola? —preguntó John Wesley—. ¿Qué va hacer con ella?

—Señora —dijo el hombre a la madre de los chicos—, ¿le importaría decirles a esos chavales que se sienten a su lao? Los críos me ponen nervioso. Quiero que se queden sentados juntos.

—¿Quién es usté pa decirnos lo que debemos hacer? —preguntó June Star.

Detrás de ellos, la línea de los árboles se abrió como una oscura boca.

—Venir aquí —dijo la madre.

—Verá usted —dijo Bailey de pronto—, estamos en un apuro. Estamos en…

La abuela soltó un chillido. Se levantó trabajosamente y lo miró de hito en hito.

—¡Usté es el Desequilibrado! ¡Lo he reconocío na más verlo!

—Sí, señora —dijo el hombre, que sonrió levemente como si estuviera satisfecho a pesar de que lo hubieran reconocido—, pero habría sido mejor pa todos ustedes, señora, que no me hubiese reconocío.

Bailey volvió la cabeza bruscamente y dijo a su madre algo que dejó atónitos hasta a los niños. La anciana se echó a llorar y el Desequilibrado se ruborizó.

—Señora —dijo—, no se disguste. A veces un hombre dice cosas que no piensa.

No creo qu'haya querido hablarle d'esa manera.

—Tú no dispararías a una dama, ¿verdá? —dijo la abuela, que se sacó un pañuelo limpio del puño y empezó a secarse los ojos.

El Desequilibrado clavó la punta del zapato en el suelo, hizo un pequeño hoyo y luego lo tapó de nuevo.

—No me gustaría na tener qu'hacerlo.

—Escucha —dijo la abuela casi a gritos—, sé qu'eres un buen hombre. No pareces tener la misma sangre que los demás. ¡Sé que debes de venir d'una buena familia!

—Sí, señora —afirmó él—, la mejor del mundo. —Cuando sonreía mostraba una hilera de fuertes dientes blancos—. Dios nunca creó a una mujer mejor que mi madre, y papá tenía un corazón d'oro puro.

El muchacho de la sudadera roja se había colocado detrás de ellos con la pistola en la cadera. El Desequilibrado se acuclilló.

—Vigila a los niños, Bobby Lee —dijo—. Sabes que me ponen nervioso.

Miró a los seis apiñados ante él y dio la impresión de estar incómodo, como si no se le ocurriera qué decir.

—No hay ni una nube en el cielo —comentó alzando la vista—. No se ve el sol, pero tampoco hay nubes.

—Sí, es un día hermoso —dijo la abuela—. Escucha, no te tendrías que apodar el Desequilibrado, porque yo sé que en el fondo eres un hombre bueno. Con sólo mirarte ya me doy cuenta.

—¡Calla! —gritó Bailey—. ¡Calla! ¡Callaros todos y dejarme a mí arreglar esto! —Estaba en cuclillas como un atleta a punto de iniciar la carrera, pero no se movió.

—Muchas gracias, señora —dijo el Desequilibrado, y dibujó un circulito con la culata de la pistola.

—Tardaremos una media hora en arreglar el coche —avisó Hiram mirando por encima del capó abierto.

—Bueno, primero tú y Bobby Lee os lleváis a él y al niño allá —dijo el Desequilibrado señalando a Bailey y a John Wesley—. Los muchachos quieren preguntarle algo —explicó a Bailey—. ¿Le importaría acompañarlos hasta el bosque?

—Escuche —comenzó Bailey—, ¡estamos en un gran aprieto! Nadie se da cuenta de lo qu'es esto. —Y se le quebró la voz. Tenía los ojos tan azules y brillantes como los loros de su camisa, y se quedó absolutamente inmóvil.

La abuela levantó la mano para ponerse bien el ala del sombrero como si fuera al bosque con él, pero se le desprendió entre los dedos. Se quedó mirándola y después de un segundo la dejó caer al suelo. Hiram levantó a Bailey cogiéndolo del brazo como si estuviera ayudando a un anciano. John Wesley agarró la mano de su padre y Bobby Lee se colocó detrás de ellos. Se encaminaron hacia el bosque y, cuando llegaron al borde oscuro, Bailey se dio la vuelta y, apoyándose contra el tronco gris y pelado de un pino, gritó:

—¡Estaré de vuelta en un minuto, espérame, mamá!

—¡Vuelve ahora mismo! —exclamó la abuela, pero todos desaparecieron en el bosque

—. ¡Bailey, hijo! —gritó con voz trágica, pero se encontró con que estaba mirando al Desequilibrado, que estaba acuclillado delante de ella—. Sé muy bien qu'eres un hombre bueno —le dijo con desesperación—. ¡No eres una persona corriente!

—No, no soy un hombre bueno —repuso el Desequilibrado un instante después, como si hubiera considerado su afirmación con sumo cuidado—, pero tampoco soy lo peor del mundo. Mi viejo decía que yo era un perro de raza diferente de la de mis hermanos y hermanas. «Mira —decía mi viejo—, hay algunos que pueden vivir toa su vida sin preguntarse por qué y otros que tienen que saber el porqué, y este muchacho es d'estos últimos. ¡Va estar en to!».

Se puso el sombrero y súbitamente alzó la mirada y la dirigió hacia el bosque como si de nuevo se sintiera incómodo.

—Perdonen qu'esté sin camisa delante de ustedes, señoras —añadió encorvando un poco los hombros—. Enterramos la ropa que teníamos cuando escapamos y nos apañamos con lo que tenemos hasta que consigamos algo mejor. Esta ropa nos la prestaron unos tipos que encontramos.

—No pasa na —observó la abuela—. Tal vez Bailey tenga otra camisa en su maleta.

—Luego la buscaré —dijo el Desequilibrado.

—¿Adónde se lo están llevando? —gritó la madre de los niños.

—Papá era un gran tipo —dijo el Desequilibrado—. No había quien l'engañara. Pero nunca tuvo problemas con las autoridades. Tenía l'habilidá de saber tratarlos.

—Tú podrías ser honrado si te lo propusieras —afirmó la abuela—. Piensa en lo bonito que sería establecerse en algún sitio y vivir cómodamente sin que nadie t'estuviera persiguiendo to el tiempo.

El Desequilibrado escarbaba en el suelo con la culata de la pistola como si estuviera reflexionando sobre estas palabras.

—Sí, siempre hay alguien persiguiéndote —murmuró.

La abuela reparó en cuán delgados eran sus omóplatos detrás del sombrero, porque estaba de pie y lo miraba desde arriba.

—¿Rezas alguna vez? —preguntó.

Él negó con la cabeza. Ella sólo vio cómo el sombrero negro se movía entre sus omóplatos.

Sonó un disparo de pistola en el bosque, seguido de inmediato por otro. Luego, silencio. La cabeza de la anciana dio una sacudida. Oyó cómo el viento se movía entre las copas de los árboles como una larga inspiración satisfecha.

—¡Bailey, hijo! —gritó.

—Durante un tiempo fui cantante de gospel —explicó el Desequilibrado—. He

sido casi to. Serví en el Ejército de Tierra y en la Marina, aquí y en el extranjero. Me casé dos veces, trabajé de sepulturero, trabajé en los ferrocarriles, aré la madre tierra, presencié un tornado, una vez vi quemar vivo un hombre. —Y miró a la madre de los chicos y a la niña, que estaban sentadas muy juntas, con la cara blanca y los ojos vidriosos—. Hasta he visto azotar a una mujer.

—Reza, reza —empezó a repetir la abuela—, reza, reza…

—No era un chico malo por lo que recuerdo —prosiguió el Desequilibrado con voz casi soñadora—, pero en algún momento hice algo malo y m'enviaron a la penitenciaría. M'enterraron vivo.

Miró hacia arriba y mantuvo la atención de la abuela con una mirada fija.

—Fue entonces cuando deberías haber comenzado a rezar —dijo ella—. ¿Qu'hiciste pa que te enviaran a la penitenciaría la primera vez?

—Doblabas a la derecha y había una pared —explicó el Desequilibrado con la mirada alzada hacia el cielo sin nubes—. Doblabas a la izquierda y había una pared. Mirabas arriba y estaba el techo, mirabas abajo y estaba el suelo. Olvidé lo qu'había hecho, señora. Me quedaba sentado allí tratando de recordar lo qu'había hecho y, hasta el día de hoy, no lo recuerdo. De vez en cuando pensaba que lo recordaría, pero no fue así.

—Tal vez t'encerraron por error —apuntó la anciana.

—No —dijo él—. No hubo error. Había pruebas contra mí.

—Tal vez robaste algo.

El Desequilibrado soltó una risita burlona.

—Nadie tenía na que yo quisiese. Un jefe de médicos de la penitenciaría dijo que lo que yo había hecho fue matar a mi padre, pero sé que es mentira. Mi viejo murió en mil novecientos diecinueve de la epidemia de gripe y yo nunca tuve na que ver con eso. L'enterraron en el cementerio de la iglesia baptista de Mount Hopewell y usté puede ir y verlo por sí misma.

—Si rezaras —dijo la anciana—, Cristo te ayudaría.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no rezas? —preguntó ella, temblando de súbita alegría.

—No quiero ninguna ayuda. Solo, las cosas me van bien.

Bobby Lee y Hiram regresaron del bosque con paso lento. Bobby Lee arrastraba una camisa amarilla con loros azules estampados.

—Tírame esa camisa, Bobby Lee —dijo el Desequilibrado.

La camisa llegó volando, aterrizó en su hombro y se la puso. La abuela no podía pensar en lo que le hacía recordar esa camisa.

—No, señora —prosiguió el Desequilibrado mientras se abrochaba los botones—, comprendí que el delito da igual. Puedes hacer una cosa o hacer otra, matar a un hombre o quitarle una rueda del coche, porque tarde o temprano t'olvidas de lo qu'has hecho y simplemente te castigan por ello.

La madre de los chicos comenzó a emitir sonidos entrecortados, como si no

pudiese respirar.

—Señora —dijo él—, ¿podrían usted y la pequeña acompañar a Hiram y a Bobby Lee hasta donde está su esposo?

—Sí, gracias —dijo la madre débilmente. Su brazo izquierdo colgaba inútil, y llevaba al bebé, que se había quedado dormido, en el otro.

—Ayuda a la señora, Hiram —dijo el Desequilibrado, cuando ella trataba penosamente de subir por la zanja—. Y tú, Bobby Lee, coge a la pequeña de la mano.

—No quiero que me dé la mano —replicó June Star—. Parece un cerdo.

El muchacho gordo se ruborizó y se rió, la cogió de la mano tiró de ella hacia el bosque detrás de Hiram y la madre.

Sola con el Desequilibrado, la abuela se dio cuenta de que había perdido la voz. No había una sola nube en el cielo, y tampoco sol. No había nada a su alrededor excepto el bosque. Quiso decirle que debía orar. Abrió y cerró la boca varias veces antes de que saliera algo. Finalmente se encontró a sí misma diciendo: «Jesús, Jesús». Quería decir «Jesús t'ayudará», pero de la manera en que lo decía era como si estuviera maldiciendo.

—Sí, señora —dijo el Desequilibrado como si le estuviera dando la razón—. Jesús rompió el equilibrio de todo. Le ocurrió lo mismo que mí, salvo que Él no había cometido ningún crimen y en mi caso pudieron probar que yo había cometido uno porque tenían los documentos contra mí. Por supuesto, nunca me mostraron los papeles. Por eso ahora pongo la firma. Dije hace mucho tiempo: te consigues una firma y firmas to lo qu'haces y te quedas con una copia. Entonces sabrás lo qu'has hecho y podrás contraponer el delito con el castigo y ver si se corresponden y al final tendrás algo pa probar que no t'han tratao como debían. Me hago llamar el Desequilibrado porque no puedo hacer que las cosas malas que he hecho se correspondan con lo que he soportao durante'l castigo.

Se oyó un grito desgarrador en el bosque, seguido de inmediato por un disparo.

—¿Le parece bien a usté, señora, que a uno le castiguen mucho y a otro no le castiguen na?

—¡Jesús! —gritó la anciana—. ¡Tienes buena sangre! ¡Yo sé que no dispararías a una dama! ¡Sé que vienes d'una familia buena! ¡Reza! Por Dios, no deberías disparar a una dama. ¡Te daré to el dinero que tengo!

—Señora —repuso el Desequilibrado mirando hacia el bosque—, nunca ha habido un cadáver que diera una propina al sepulturero.

Se oyeron otros dos disparos y la abuela levantó la cabeza como un viejo pavo sediento pidiendo agua y gritó: «¡Bailey, hijo, Bailey, hijo!», como si fuera a partírsele el corazón.

—Jesús es el único qu'ha resucitao a los muertos —continuó el Desequilibrado —, y no tendría qu'haberlo hecho. Rompió el equilibrio de to. Si Él hacía lo que decía, entonces sólo te queda dejarlo to y seguirlo, y si no lo hacía, entonces sólo te queda disfrutar de los pocos minutos que tienes de la mejor manera posible, matando

a alguien o quemándole la casa o haciéndole alguna otra maldad. No hay placer, sino maldad —dijo, y su voz casi se había transformado en un gruñido.

—Tal vez no resucitó a los muertos —murmuró la anciana, sin saber lo que estaba diciendo y sintiéndose tan mareada que sé dejó caer en la zanja sobre las piernas cruzadas.

—Yo no estaba allí, así que no puedo decir que no lo hizo —repuso el Desequilibrado—. Ojalá hubiera estado allí —añadió golpeando el suelo con el puño —. No está bien que no estuviera allí, porque d'haber estao allí yo sabría. Escuche, señora —añadió alzando la voz—, d'haber estao allí, yo sabría y no sería como soy ahora.

Su voz parecía a punto de quebrarse y la cabeza de la abuela se aclaró por un instante. Vio la cara del hombre contraída cerca de la suya como si estuviera a punto de llorar, y entonces murmuró:

—¡Si eres uno de mis niños! ¡Eres uno de mis hijos!

Tendió la mano y lo tocó en el hombro. El Desequilibrado saltó hacia atrás como si le hubiera mordido una serpiente y le disparó tres veces en el pecho. Luego dejó la pistola en el suelo se quitó las gafas y se puso a limpiarlas.

Hiram y Bobby Lee regresaron del bosque y se detuvieron junto a la cuneta para observar a la abuela, que estaba medio sentada, y medio tendida en un charco de sangre, con las piernas cruzadas como las de un niño, y su rostro sonreía al cielo sin nubes.

Sin las gafas, los ojos del Desequilibrado estaban bordeados de rojo y tenían una mirada pálida e indefensa.

—Llevárosla y dejarla donde habéis dejao a los otros —dijo, y cogió al gato, que se estaba refregando contra su pierna.

—Era una charlatana —dijo Bobby Lee, y descendió a la zanja canturreando.

—Habría sido una buena mujer —dijo el Desequilibrado— si hubiera tenío a alguien cerca que le disparara cada minuto de su vida.

—¡Menuda diversión! —dijo Bobby Lee.

—Cállate, Bobby Lee —dijo el Desequilibrado—. No hay verdadero placer en la vida.

UN ENCUENTRO TARDÍO CON EL ENEMIGO[12]

El general Sash tenía ciento cuatro años. Vivía con su nieta, Sally Poker Sash, que tenía sesenta y dos y rezaba de rodillas todas las noches rogando que él viviera hasta el día de su graduación. Al general le importaba un bledo la graduación, pero jamás había dudado que viviría hasta ese día. Vivir había llegado a ser una costumbre tan arraigada en él que no día concebir ninguna otra situación. Una ceremonia de graduación no era algo que le pareciera particularmente divertido, a pesar de que, como ella le había dicho, él tuviera que sentarse en el escenario con su uniforme. Le había explicado que habría una larga procesión de profesores y estudiantes con togas, pero que no habría nada que pudiera competir con su uniforme. Esto lo sabía muy bien sin necesidad de que ella se lo dijera y, en cuanto a la maldita procesión, podía muy bien ir al infierno y volver sin que a él le hiciera el menor efecto. Le gustaban los desfiles con carrozas llenas de Miss América y Miss Daytona Beaches y Miss Queen Cotton Products. Le traían sin cuidado las procesiones y para él una procesión de maestros era tan mortalmente aburrida como la laguna Estigia. Sin embargo, estaba dispuesto a sentarse en el escenario con su uniforme para que lo pudieran admirar.

Sally Poker no estaba tan segura de que viviera hasta el día de la graduación. Hacía cinco años que no notaba ningún cambio perceptible en él, pero presentía que podían arrebatarle su triunfo final porque era algo que le sucedía muy a menudo. Hacía veinte años que asistía regularmente a los cursos de verano, porque, cuando empezó a enseñar, no había nada parecido a un título. En aquellos tiempos, decía ella, todo era normal, pero nada era normal desde que cumplió los dieciséis años, y los últimos veinte veranos, cuando debería haber estado descansando, había tenido que coger un baúl e ir, bajo un calor sofocante, a la facultad de magisterio, y, a pesar de que cuando regresaba en el otoño siempre enseñaba justo de la manera en que le habían enseñado que no debía hacerlo, ésta era una venganza muy leve que no satisfacía su sentido de la justicia. Quería que el general asistiera a su graduación porque quería demostrar lo que ella representaba o, como solía decir, «lo que tenía detrás» y no tenían detrás los otros. Estos «otros» no eran nadie en especial. Eran todos los advenedizos que habían puesto el mundo patas arriba y perturbado las formas de vida decentes.

Tenía la intención de subir a esa plataforma en agosto, con el general sentado detrás en su silla de ruedas, en el escenario, y mantener la frente bien alta, como si les dijera: «¡Miradlo! ¡Miradlo! ¡Mi sangre, viles advenedizos! ¡Anciano glorioso e íntegro que defiende las viejas tradiciones! ¡Dignidad! ¡Honor! ¡Coraje! ¡Miradlo!». Una noche, había gritado en sueños: «¡Miradlo! ¡Miradlo!», y al volver la cabeza lo había encontrado en silla de ruedas con una expresión terrible en el rostro y sin más atuendo que la gorra de general. Se despertó y no pudo volver a dormir en toda la noche.

Por su parte, el general no habría consentido siquiera en asistir a la graduación si ella no le hubiera prometido que se ocuparía de que se sentara en el escenario. Le gustaba sentarse en cualquier escenario. Consideraba que todavía era un hombre muy apuesto. En la época en que podía ponerse en pie, medía un metro noventa y tres. Tenía el pelo cano y largo hasta los hombros y no usaba dientes porque pensaba que su perfil era más llamativo sin ellos. Cuando se ponía el uniforme de gala de general, sabía perfectamente que no había en ninguna parte quien se le pudiera comparar.

No era el mismo uniforme que había llevado en la guerra entre los estados. En realidad, no había sido general en esa guerra. Probablemente había sido soldado raso; no recordaba lo que había sido; de hecho, no se acordaba para nada de esa guerra. Era como sus pies, que ahora colgaban marchitos al final de él, sin que los sintiera, cubiertos con la manta azul grisáceo que Sally Poker había tejido cuando era una niña. No recordaba la guerra entre Estados Unidos y España en la que había perdido un hijo; ni siquiera se acordaba de su hijo. Le traía sin cuidado la historia porque esperaba no volver a verla jamás. En su cerebro, la historia estaba relacionada con procesiones, y la vida, con desfiles, y a él le gustaban los desfiles. La gente siempre le preguntaba si recordaba esto o aquello; una monótona y negra procesión de preguntas sobre el pasado. Había un solo acontecimiento del pasado que tenía alguna relevancia para él y del que le interesaba hablar: había ocurrido doce años atrás, cuando recibió el uniforme de general y acudió al estreno.

—Fue ese estreno qu'hicieron en Atlanta —explicaba a los visitantes, sentado en el porche—. Rodeado de chicas hermosas. No era uno d'esos actos locales. Na d'eso. Escuchar. Fue un gran acontecimiento, y allí me pusieron, en el mismo escenario. No faltaba de na. To el mundo tenía que pagar diez dólares pa entrar y vestir de gala. Yo llevaba este uniforme. Una muchacha hermosa me lo entregó esa tarde en la habitación del hotel.

—Era una *suite* del hotel y yo también estaba allí, papá —decía Sally Poker, guiñando un ojo a los visitantes—. No estabas solo con una muchacha hermosa en una habitación de hotel.

—Bueno, habría sabido qué hacer —afirmaba el general con una expresión traviesa y los visitantes lanzaban gritos y risotadas—. Era de Hollywood, California, esa chica —continuaba—. Era de Hollywood, California, y no tenía ningún papel en las películas. Allí tienen tantas chicas guapas que no necesitan que se llame a una extra y sólo las usan pa entregar cosas a la gente y que les saquen fotos. Se fotografió conmigo. No, fueron dos muchachas. Una a cada lao y yo en el medio con los brazos en sus cinturas, y sus cinturas no eran más grandes que medio dólar.

Sally Poker lo interrumpía:

—Fue el señor Govisky quien te entregó el uniforme, papá, y a mí me dio un ramillete precioso en un prendedor. De veras, ojalá lo hubierais visto. Estaba hecho con pétalos de gladiolo arrancados y pintados de dorado y vueltos a unir para que parecieran una rosa. Era precioso. Ojalá lo hubierais visto, era…

—Era tan grande como su cabeza —gruñía el general—. Lo estaba contando yo. Me dieron est'uniforme y me dieron también esta espada y me dijeron: «Ahora, general, esperamos que no declare una guerra contra nosotros. Sólo queremos que vaya derecho al escenario cuando lo presentemos y conteste algunas preguntas. ¿Cree que lo podrá hacer?». «¡Creo que lo podré hacer!», dije. «Escucharme, yo hacía muchas cosas cuando vosotros no habíais nacido», y ellos lanzaron una carcajada.

—Fue el centro del espectáculo —decía Sally Poker, pero ella no le gustaba recordar el estreno debido a lo que le había pasado en los pies.

Se había comprado un vestido nuevo para la ocasión (un vestido negro y largo de noche, de crespón, con una hebilla con un diamante de imitación y un bolero) y unas sandalias plateadas, porque debía subir al escenario con él para evitar que se cayera.

Lo habían preparado todo para ellos. Una limusina de verdad llegó a las ocho menos diez para llevarlos al teatro. Los dejó ante la marquesina a la hora acordada, después de la llegada de las grandes estrellas, del director, del autor, del gobernador, del alcalde y de algunas estrellas de menor importancia. La policía controlaba el tráfico para que no hubiera embotellamientos y habían colocado cuerdas para impedir el acceso a la gente que no podía entrar. Toda la gente que no podía entrar los vio apearse de la limusina y avanzar hacia las luces. Luego atravesaron el vestíbulo rojo y dorado, y una acomodadora con una gorra de la Confederación y falda corta les condujo hasta sus asientos. El Público ya estaba allí y un grupo de las Hijas de la Confederaron Americana empezó a aplaudir cuando vio al general uniformado, y eso hizo que todo el mundo aplaudiera. Unas cuantas celebridades más llegaron después y luego se cerraron las puertas y se apagaron las luces.

Un joven de cabello rubio y ondulado que dijo representar a la industria cinematográfica hizo su aparición y comenzó a presentar a todo el mundo, y cada uno de los que eran presentados se dirigía al escenario y decía lo contento que estaba de participar en tal acontecimiento. El general y su nieta estaban en el puesto dieciséis de la lista del programa. Fue presentado como el general Tennessee Flintrock Sash del Ejército Confederado del Sur, a pesar de que Sally Poker había dicho al señor Govisky que su nombre era George Poker Sash y que sólo había llegado a tener el rango de comandante. Lo ayudó a levantarse de la silla, pero le latía tanto el corazón que no sabía si ella misma podría llegar a la plataforma.

El anciano caminó despacio por el pasillo con su fiera cabeza blanca bien erguida y el sombrero sobre el corazón. La orquesta empezó a tocar muy suavemente el himno de batalla de la Confederación y las Hijas de la Confederación Americana se pusieron de pie en grupo y no volvieron a sentarse hasta que el general estuvo en el escenario. Cuando se situó en el centro, con Sally Poker justo detrás guiándolo por el codo, la orquesta inició de pronto una estruendosa interpretación del himno de batalla y el anciano, con verdadera presencia escénica, hizo un vigoroso saludo temblequeante y quedó en posición de firmes hasta que desapareció el último sonido. Detrás de ellos, dos de las acomodadoras con gorras confederadas y faldas cortas

sostenían, cruzadas, sendas banderas de la Unión y de la Confederación.

El general quedó en el centro exacto del foco que iluminaba una misteriosa porción en forma de luna de Sally Poker, con el ramillete, la hebilla con el diamante de imitación y una mano cerrada sobre un guante blanco y un pañuelo. El joven de cabellos rubios y ondulados entró en el círculo de luz y dijo que estaba «contentísimo» de tener allí esa noche, con ocasión de esa gran celebración, a alguien, dijo, que había luchado y vertido su sangre en batallas que muy pronto verían representadas con toda valentía en la pantalla.

—Dígame, general —preguntó—, ¿qué edad tiene usted?

—¡Noooventa yyy dos! —vociferó el anciano.

El joven dio la sensación de que para él eso era lo más impresionante que se había dicho en toda la velada.

—¡Damas y caballeros —dijo—, tributemos al general el más caluroso de los aplausos!

De inmediato sonó una ovación y el joven indicó a Sally Poker con un movimiento del dedo que ahora debía llevar al anciano a su asiento para poder presentar a la siguiente celebridad; pero el general no había terminado. Se quedó inmóvil en el centro del foco, con el cuello hacia delante, la boca apenas abierta y sus voraces ojos grises bebiendo el resplandor y el aplauso. Dio un fuerte empujón a la nieta con el codo.

—¡Como me mantengo tan joven —chilló—, beso a todas las muchachas hermosas!

Esto fue celebrado con un largo y ensordecedor aplauso espontáneo, y fue justo en ese instante cuando Sally Poker se miró los pies y descubrió que con la agitación de los preparativos Para el evento se había olvidado de cambiarse los zapatos: dos zapatones marrones de girl *scout* asomaban bajo el ruedo de su falda. Dio un tirón al general y casi salieron corriendo del escenario. Él estaba muy enojado porque no había tenido oportunidad de decir cuánto se alegraba de estar en esa celebración, y en el camino de regreso a los asientos continuó diciendo a viva voz:

—¡Estoy muy contento d’estar aquí en el estreno, muy contento d’estar con todas estas muchachas hermosas!

Pero otro personaje estaba pasando por el pasillo y nadie le prestó atención. Durmió durante la película, farfullando con tono enfadado entre sueños.

Desde entonces, su vida no había sido muy interesante. Ahora sus pies estaban totalmente exánimes, sus rodillas eran como bisagras viejas, los riñones funcionaban cuando les daba la gana, pero el corazón se empeñaba, con terquedad, en seguir latiendo. El pasado y el futuro eran lo mismo para él, uno olvidado y el otro no recordado; no tenía más nociones de la muerte que un gato. Todos los años, en el día en Memoria de los Confederados, lo arropaban y lo prestaban al Museo del Capitolio de la ciudad, donde quedaba expuesto de una a cuatro en una sala con olor a cerrado repleta de viejas fotografías, viejos uniformes, vieja artillería y documentos

históricos. Todo esto se conservaba con sumo cuidado en cajas de vitrinas para que los niños no les pusieran las manos encima. Vestía su uniforme de general del estreno y permanecía sentado, con el entrecejo fruncido, dentro de una parte acordonada. No había nada en él que indicase que estaba vivo, excepto algún que otro movimiento de sus grises ojos lechosos, pero una vez, cuando un niño atrevido le tocó la espada, su brazo salió disparado y le dio un manotazo. En la primavera, cuando se abrían las casas viejas para las peregrinaciones, lo invitaban a vestir su uniforme y sentarse en algún sitio donde llamara la atención y diera cierto color a la escena. Algunas veces sólo gruñía a los visitantes, otras contaba historias acerca del estreno y de las muchachas hermosas.

Si se hubiera muerto antes de la graduación, pensó Sally Poker ella también habría muerto. Al principio del curso de verano, aun antes de saber si iba a aprobar el examen, dijo al decano que su abuelo, el general Tennessee Flintrock Sash, de la Confederación, iría a la ceremonia de su graduación, que tenía ciento cuatro años de edad y la cabeza todavía tan clara como una campana. Los visitantes ilustres siempre eran bienvenidos, se podían sentar en el escenario y los presentaban al público. Sally habló con su sobrino, John Wesley Poker Sash, un *boy scout*, para que éste se hiciera cargo de la silla de ruedas del general. Pensó en lo bonito que sería tener al anciano enfundado en su gris valiente y al chico en su caqui limpio «lo viejo y lo nuevo», pensó apropiadamente a sus espaldas en el escenario cuando recibiera el título.

Todo salió casi como había planeado. Durante el verano, mientras ella estaba en el colegio, el general se quedó con unos parientes y éstos llevaron al anciano y a John

Wesley, el *boy scout*, hasta la ceremonia. Un periodista fue al hotel donde se alojaban e hizo una fotografía al general con Sally Poker a un lado y John Wesley al otro. El general, a quien habían sacado fotos con muchachas hermosas, no le dio demasiada importancia. Se había olvidado de qué tipo de acontecimiento era al que iba a asistir, pero recordaba que iba a vestir el uniforme y a lucir la espada.

La mañana de la graduación, Sally Poker tuvo que participar en la procesión académica para recibir el diploma en educación elemental y no pudo ocuparse personalmente de llevarlo hasta el estrado, pero John Wesley, un chico rubio y gordo de diez años con cara de ejecutivo, le garantizó que se encargaría de todo.

Sally fue al hotel vestida con la toga académica y le puso el uniforme al anciano. Era tan frágil como una araña disecada.

—¿No estás emocionado, papá? —le preguntó—. ¡Yo me muero de emoción!

—Ponme l’espada sobre el regazo, coño —replicó el anciano—, donde brille.

Ella la colocó y luego dio unos pasos atrás para mirarlo.

—Estás magnífico —le dijo.

—Al carajo —espetó el anciano con un tono firme, lento y monótono, como si lo estuviera diciendo al ritmo de los latidos de su corazón—. Al carajo todas estas malditas cosas.

—Vamos, vamos —dijo ella, y se marchó alegremente para sumarse a la

procesión.

Los graduados estaban en fila detrás del edificio de ciencias y ella encontró su sitio justo cuando la fila comenzó a moverse. No había dormido mucho la noche anterior y, cuando lo hizo, soñó con la ceremonia. Murmuraba: «¿Lo veis, lo veis?», en sueños, pero siempre despertaba antes de volver la cabeza para mirarlo detrás de ella. Los graduados tenían que caminar tres manzanas bajo un sol abrasador con sus togas de lana negra, y mientras andaba con lentitud e impasibilidad pensaba que si alguien consideraba que en la procesión había algo digno de contemplar sólo tenía que esperar a ver al viejo general en su gris valiente y al limpio y joven *boy scout* llevando animoso la silla de ruedas por el escenario con el reflejo del sol en la espada. Supuso que John Wesley ya debía de tener preparado al anciano detrás del escenario.

La negra procesión recorrió las dos primeras manzanas y comenzó a avanzar por el camino principal que llevaba al auditorio. Los visitantes estaban en el césped, buscando a sus graduados. Los hombres se echaban atrás el sombrero y se secaban la frente sudorosa y las mujeres se levantaban un poco los vestidos en los hombros para evitar que se les pegaran a la espalda. Los graduados, con las pesadas togas, parecían arrojar con el sudor las últimas gotas de la ignorancia. El sol destellaba en los guardabarros de los automóviles, rebotaba en las columnas de los edificios y conducía los ojos de un punto luminoso a otro. Guió los de Sally Poker hacia la enorme máquina roja de Coca-Cola que habían colocado a un costado del auditorio. Allí vio al general estacionado, con el semblante ceñudo y sin sombrero, en la silla bajo el sol abrasador, mientras John Wesley, con la camisa salida por detrás, la cadera y la mejilla apoyadas contra la máquina roja, bebía una Coca-Cola. Salió de la fila, corrió hasta ellos y le arrebató la botella. Zarandeó al muchacho, le puso bien la camisa y colocó el sombrero en la cabeza del anciano.

—¡Ahora llévalo allí! —dijo señalando con un dedo rígido la puerta lateral del edificio.

Por su parte, el general sentía como si un agujerito estuviera ensanchándose en su coronilla. El chico empujó la silla rápidamente por un camino, lo subió por una rampa, lo metió en el edificio, lo hizo pasar dando tumbos por la entrada del escenario y lo llevó hasta el sitio que le habían indicado, y el general miró con cara de enfado las cabezas que parecían flotar juntas ante él y los ojos que se movían de un rostro al otro. Varias figuras con negras togas se acercaron y le cogieron la mano y se la estrecharon. Una negra procesión inundaba los dos pasillos y formaba, al compás de una música majestuosa, un charco ante él. La música parecía entrar en su cabeza a través del agujerito y por un instante pensó que la procesión también trataría de entrar por allí.

No sabía de qué procesión se trataba pero había algo en ella que le resultaba familiar. Tenía que serle familiar ya que venía a su encuentro, pero no le gustaban las procesiones negras. Cualquier procesión que viniese a su encuentro, pensó con irritación, debería tener carrozas con muchachas hermosas como las carrozas aquellas

del estreno. Debía de ser algo relacionado con la historia, como esas cosas que siempre celebraban. A él le traía sin cuidado. Lo que había sucedido antaño no tenía ningún valor para un hombre que vivía ahora, y él vivía ahora.

Cuando toda la procesión desembocó en el negro charco, una figura negra comenzó a pronunciar un discurso delante de él. La figura hablaba sobre historia y el general decidió no escuchar, pero las palabras continuaron filtrándose por el agujerito de su coronilla. Oyó mencionar su propio nombre y su silla fue empujada bruscamente hacia delante y el *boy scout* hizo una gran reverencia. Pronunciaban su nombre y el mocoso gordo hacía la reverencia. «Maldito seas —trató de decir el anciano—, sal de mi camino, puedo levantarme»; pero lo empujaron hacia atrás de nuevo antes de que pudiera levantarse y hacer la reverencia. Supuso que el ruido que armaban le estaba dedicado. Si había terminado su parte, no pensaba escuchar nada más. Si no hubiera sido por el agujerito en la coronilla, ninguna palabra habría llegado hasta él. Pensó en poner el dedo allí arriba, en el agujero, para taparlo pero el agujero era un poco más ancho que su dedo y parecía hacerse más profundo.

Otra toga negra había tomado el lugar de la primera y ahora hablaba, y oyó que otra vez mencionaban su nombre pero no hablaban de él, sino que todavía hablaban sobre la historia.

—Si olvidamos nuestro pasado —decía el orador—, no recordaremos nuestro futuro y para eso sería mejor no haberlo tenido.

El general oía gradualmente algunas de estas palabras. Se había olvidado de la historia y no pensaba volver a recordarla. Se había olvidado del nombre y del rostro de su mujer y del nombre y el rostro de sus hijos, o incluso de si había tenido una mujer e hijos, y se había olvidado del nombre de los lugares y de los mismos lugares y de lo que allí había sucedido.

El agujero en la cabeza lo irritaba sobremanera. No esperaba tener un agujero en la cabeza para este acontecimiento. Había sido la lenta música negra la que lo había producido y, aunque la mayor parte de la música se había detenido fuera, todavía quedaba un poquito en el agujero, se metía cada vez más y se movía entre sus pensamientos permitiendo que las palabras que oía llegasen a los sitios más oscuros de su cerebro. Oyó las palabras Chickamauga, Shiloh, Johnston, Lee, y supo que él inspiraba todas esas palabras que no le decían nada. Se preguntó si había sido general en Chickamauga o en Lee. Luego trató de verse a sí mismo y el caballo en el centro de una carroza llena de muchachas hermosas, mientras los conducían lentamente por el centro de Atlanta. En lugar de eso, las viejas palabras comenzaron a revolverse en su cabeza como si trataran de salir de ahí y volver a la vida.

El orador había terminado con esa guerra y había continuado con la siguiente y ahora se aproximaba a otra más y todas sus palabras, como la negra procesión, le resultaban vagamente familiares e irritantes. Había un largo dedo de música en la cabeza del general tentando distintos puntos que eran palabras, permitiendo que les llegase un poco de luz y ayudándolas a vivir. Las palabras comenzaron a dirigirse

hacia él y el anciano dijo: «¡Diablos! ¡No lo voy a tolerar!», y empezó a echarse hacia atrás para apartarse de su camino. Luego vio que la figura de negro tomaba asiento, y hubo un estruendo y el charco negro que había delante comenzó a hacer ruido y a fluir hacia él por ambos lados al compás de la negra y lenta música, y él dijo: «¡Parar, carajo! ¡No puedo hacer varias cosas a la vez!». No podía protegerse de las palabras y prestar atención a la procesión al mismo tiempo, y las palabras le atacaban velozmente. Sintió que corría hacia atrás y las palabras le atacaban como fuego de mosquetes; erraban por poco pero cada vez estaban más cerca. Dio media vuelta y empezó a correr tan rápido como pudo, pero se encontró corriendo hacia las palabras. Estaba en medio de una andanada de palabras y les hizo frente con rápidas maldiciones. Cuando la música creció en su dirección, todo el pasado se abrió ante él, surgido de la nada, y sintió que su cuerpo era acribillado en cien lugares por agudas puñaladas de dolor y cayó soltando una malicien a cada golpe. Vio la delgada cara de su mujer que lo observaba y enjuiciaba a través de sus gafas de montura dorada; vio a uno de sus hijos bizcos y pelados, y su madre corría hacía él con expresión angustiada; luego una serie de lugares —Chickamauga, Shiloh, Marthasville— se precipitaron hacia él como si el pasado fuera el único futuro y debiera cargar con él. De pronto vio que la negra procesión estaba casi encima. La reconoció, porque lo había perseguido toda la vida. Hizo un esfuerzo tan desesperado por ver más allá y saber qué viene después del pasado que su mano se cerró sobre la espada hasta que la hoja tocó el hueso.

Los graduados cruzaban el escenario en fila para recibir sus diplomas y dar la mano al rector. Sally Poker, que estaba casi al final, cruzó, echó una mirada al general y lo vio sentado, rígido y feroz, los ojos abiertos de par en par, y volvió de nuevo la cabeza, la alzó perceptiblemente un poco más y recibió su diploma. Una vez que todo hubo terminado y estuvo fuera del auditorio, de nuevo en el sol, localizó a sus parientes y esperaron juntos en un banco sombreado a que John Wesley apareciera con el anciano en su silla de ruedas. El astuto *scout* lo había sacado a empujones por la puerta trasera y lo había llevado a toda velocidad por un sendero de losas y ahora esperaba, con el cadáver, en la larga fila ante la máquina de Coca-Cola.

LA VIDA QUE SALVÉIS PUEDE SER LA VUESTRA[13]

La vieja y su hija estaban sentadas en el porche cuando por primera vez apareció el señor Shiftlet por el camino. La anciana se deslizó hacia el borde de la silla e inclinó el cuerpo protegiéndose los ojos del sol hiriente con una mano. La hija no veía cuanto ocurría a lo lejos, de modo que continuaba jugando con los dedos. Aunque la anciana vivía sola en ese lugar desolado con su hija y jamás había visto al señor Shiftlet, supo, aun en la distancia que mediaba, que se trataba de un vagabundo, y que no representaba ningún peligro. El hombre llevaba recogida la manga izquierda del abrigo para mostrar que sólo tenía medio brazo y su escuálida figura se inclinaba levemente hacia un lado como si la brisa lo empujara. Llevaba un traje negro y un sombrero de fieltro marrón levantado sobre la frente y caído en la nuca, y una caja de herramientas de hojalata que sostenía del asa. Caminaba a paso lento por el sendero, con el rostro vuelto hacia el sol, que parecía balancearse en la cima de una pequeña montaña.

La vieja no cambió de posición hasta que él estuvo casi dentro del patio; entonces se levantó y apoyó una mano cerrada en un puño en la cadera. La hija, una muchacha grandota con un vestido corto de organdí azul, lo vio de pronto y dio un respingo; comenzó a patear y a señalar y a emitir sonidos inarticulados y exaltados.

El señor Shiftlet se detuvo justo dentro del patio, dejó la caja en el suelo y se tocó el ala del sombrero para saludar a la joven como si ésta se comportase normalmente; luego se volvió hacia la anciana y se lo quitó. Sus cabellos, morenos, largos y lacios, caían lisos a ambos lados desde una raya al medio hasta la punta de sus orejas. La frente le cubría más de la mitad del rostro que terminaba de pronto, con las facciones apenas proporcionadas, en unas mandíbulas prominentes como una trampa de acero. Parecía un hombre joven, pero tenía el aspecto de serena insatisfacción del que está de vuelta de todo.

—Buenas tardes —dijo la anciana. Tenía el tamaño de un poste de cedro de la cerca y llevaba un sombrero gris de hombre muy calado.

El vagabundo se quedó mirándola sin decir nada. Giró sobre sus talones y se volvió hacia la puesta de sol. Abrió lentamente ambos brazos, el que tenía entero y el corto, para abarcar entre ellos una extensión del cielo y su figura formó una cruz mutilada. La anciana lo observó con los brazos cruzados sobre el pecho como si ella fuese la dueña del sol. La hija contemplaba la escena, con la cabeza echada hacia delante, y sus manos pendían, gordas e inútiles, de las muñecas. Tenía el cabello largo y dorado, y los ojos tan azules como el cuello de un pavo real.

El señor Shiftlet permaneció casi cincuenta segundos en esa posición, luego recogió su caja, se acercó al porche y se dejó caer en el primer escalón.

—Señora —dijo con firme voz nasal—, daría una fortuna por vivir donde pudiera

ver el sol hacer esto todas las tardes.

—Lo hace todas las tardes —repuso la vieja, y se volvió a sentar.

La hija también se sentó y observó al hombre con una mirada furtiva y precavida, como si fuese un pajarraco que se hubiese acercado demasiado. Él se ladeó, hurgó en el bolsillo de su pantalón y en un instante sacó un paquete de chicles y le tendió uno.

Ella lo cogió, lo desenvolvió y comenzó a mascarlo sin quitarle los ojos de encima. El hombre ofreció otro a la anciana, pero ésta levantó su labio superior para indicar que no tenía dientes.

La pálida y aguda mirada del señor Shiftlet ya había revisado todo cuanto había en el patio —la bomba cerca de la esquina de la casa y la alta higuera donde tres gallinas se preparaban para dormir— y desplazó la mirada hacia el cobertizo, donde vio la parte trasera y aherrumbrada de un automóvil.

—¿Conducen ustedes? —preguntó.

—Ese coche no s'ha movió en los últimos quince años —respondió la vieja—. El día que murió mi marido, dejó de moverse.

—Ya na es como antes, señora. El mundo está casi podrío.

—Tiene razón —convino ella—. ¿Es usté de por aquí?

—Tom T. Shiftlet —murmuró mirando los neumáticos.

—Mucho gusto en conocerle —dijo la anciana—. Lucynell Crater, y la hija, Lucynell Crater. ¿Qué hace usté por aquí, señor Shiftlet?

Él juzgó que el coche debía de ser un Ford de 1928 o 1929.

—Señora —dijo, y se volvió hacia ella para dedicarle toda su atención—, permítame decirle algo. Hay un doctor en Atlanta que cogió un cuchillo y sacó el corazón humano, el corazón humano —repitió, inclinándose hacia ella—, del pecho de un hombre y lo sostuvo en la mano —y extendió la mano, con la palma hacia arriba, como si aguantara el leve peso de un corazón humano— y lo estudió como si fuera un polluelo de un día, y, señora —dijo, e hizo una larga pausa dramática durante la cual adelantó la cabeza y sus ojos color de arcilla brillaron—, ese hombre no sabe más qu'ustedes o que yo acerca d'eso.

—Es verdá —dijo la anciana.

—Vaya, si cogiera ese cuchillo y cortara todas las puntas del corazón, todavía no sabría más que ustedes o que yo, se lo aseguro. ¿Qué s'apuestan?

—Na —respondió la anciana sabiamente—. ¿De dónde viene, señor Shiftlet?

Él no contestó. Metió la mano en el bolsillo y sacó un saquito de tabaco y un estuche de papel de fumar; lió un cigarrillo con destreza, a pesar de hacerlo con una sola mano, y se lo puso bajo el labio superior. Luego sacó una caja de cerillas de madera y prendió una en la suela de su zapato. La mantuvo encendida como si estudiase el misterio de la llama mientras ésta descendía peligrosamente hacia su piel. La hija empezó a alborotar y a señalar la mano del hombre y a agitar un dedo ante él, pero justo cuando la llama estaba a punto de quemarle se inclinó con la mano ahuecada sobre el fósforo como si fuera a prender fuego a su nariz y encendió el

cigarrillo.

Lanzó al aire la cerilla apagada y expulsó una bocanada gris en el atardecer. Su cara adoptó una expresión taimada.

—Señora —dijo—, hoy día la gente hace cualquier cosa. Puedo decirle que me llamo Tom T. Shiftlet y que vengo de Tarwater, Tennessee, pero usted nunca m'había visto antes, así que ¿cómo sabe que no estoy mintiendo? ¿Cómo sabe que no soy Aaron

Sparks, de Singleberry, Georgia, o cómo sabe que no soy George Speeds, de Lucy, Alabama, o cómo sabe que no soy Thompson Bright, de Toolafalls, Mississippi? i

—No sé na d'usté —musitó la anciana, fastidiada.

—Señora, a la gente no l'importa cómo se le miente. Tal vez lo mejor que puedo decirle es que soy un hombre, pero, dígame, señora —añadió, e hizo una pausa y su tono se tornó aún más lúgubre—, ¿qué es un hombre?

La anciana empezó a pelar una semilla.

—¿Qué lleva en esa caja d'hojalata, señor Shiftlet? —preguntó.

—Herramientas —respondió echándose hacia atrás—. Soy carpintero.

—Bueno, si viene aquí pa trabajar, podré darle comida y un lugar pa dormir, pero no puedo pagarle. Se lo advierto antes de que empiece.

No hubo una respuesta inmediata ni ninguna expresión especial en el rostro del hombre. Se apoyó contra el madero que sostenía el tejado del porche.

—Señora —dijo con lentitud—, pa algunos hombres ciertas cosas significan más qu'el dinero.

La anciana se meció en su silla sin hacer comentario alguno y la hija observó el gatillo que subía y bajaba en la garganta del señor Shiftlet. Éste dijo a la anciana que el dinero era lo único que interesaba a la gente, pero que él no sabía para qué estaba hecho el hombre. Le preguntó si el hombre estaba hecho para el dinero o para qué. Le preguntó si sabía para qué estaba hecha ella, pero la anciana no contestó y siguió meciéndose y se preguntó si un hombre con un solo brazo podría colocar un tejado nuevo en la casita del jardín. Él hizo muchas preguntas que ella no contestó. Le explicó que tenía veintiocho años y que había hecho muchas cosas en la vida. Había sido cantor de gospel, capataz en el ferrocarril, ayudante en una casa de pompas fúnebres y había estado tres meses en la radio con Uncle Roy y los Red Creek Wranglers. Contó que había luchado y dado su sangre en las Fuerzas Armadas de su país y visitado todas las tierras extranjeras, y en todas partes había visto gente a quien no le importaba si hacían las cosas así o asá. Dijo que a él no le habían criado de esa manera.

Una luna gorda y amarilla apareció en las ramas de la higuera como si fuera a dormir allí con las gallinas. Dijo que un hombre debía huir al campo para ver el mundo entero y que ojalá viviera en un lugar tan desolado como ése, donde todas las tardes pudiera ver ponerse el sol como Dios lo había ordenado.

—¿Está casao o soltero? —preguntó la anciana.

Hubo un largo silencio.

—Señora —dijo él al final—, ¿dónde se puede encontrar una mujer inocente hoy día? Yo no andaría con la escoria que puedo recoger.

La hija estaba muy encorvada, con la cabeza casi inclinada sobre las rodillas, observándolo a través de una puerta triangular que había hecho con su cabello; de pronto cayó al suelo y comenzó a lloriquear. El señor Shiftlet la enderezó y la ayudó a sentarse de nuevo en la silla.

—¿Es su hija? —preguntó.

—La única que tengo —respondió la anciana—, y es la criatura más dulce de la tierra. No la dejaría por na del mundo. Y además es lista. Barre, guisa, hace la colada, da de comer a las gallinas y trabaja con el azadón. No la dejaría ni por un cofre de joyas.

—No —dijo él con tono afable—, no deje que ningún hombre se la lleve.

—El hombre que venga por ella —afirmó la anciana— tendrá que quedarse por aquí.

En la oscuridad, los ojos del señor Shiftlet se habían quedado fijos en el parachoques del automóvil que destellaba en la distancia.

—Señora —dijo alzando el brazo corto como si pudiera señalar con él la casa, el patio y la bomba—, no hay na roto en esta plantación que no pueda arreglar, hasta con un brazo inútil. Soy un hombre —agregó con adusta dignidad— aun cuando no esté entero. ¡Yo poseo —dijo tabaleando con los nudillos sobre el suelo para subrayar la inmensidad de lo que iba a decir— una inteligencia moral! —Y su rostro atravesó la oscuridad hacia un rayo de luz que escapaba por la puerta y se quedó mirando a la anciana como si a él mismo le sorprendiera esa verdad imposible.

Ella no se dejó impresionar por la frase.

—Le he dicho que puede quedarse y trabajar a cambio de comida —dijo—, si no l’importa dormir en ese coche.

—Señora —dijo él con una sonrisa de satisfacción—, ¡los antiguos monjes dormían en sus ataúdes!

—No estaban tan avanzados como nosotros —repuso la anciana.

A la mañana siguiente empezó a trabajar en el tejado de la casita del jardín, mientras Lucynell, la hija, sentada sobre una piedra, lo observaba. Apenas había transcurrido una semana de su llegada al lugar cuando los cambios que había hecho ya podían apreciarse. Había arreglado las escaleras de la entrada y de la parte de atrás, construido un nuevo corral para los cerdos, reparado una cerca y enseñado a Lucynell, que era por completo sorda y nunca había pronunciado una palabra en su vida, a decir la palabra «pájaro». La chica grandota de rostro sonrosado lo seguía a todas partes, diciendo «Ppperrrjjjarrro» y dando palmas. La vieja los observaba a cierta distancia, secretamente contenta. Se moría de ganas de tener un yerno.

El señor Shiftlet dormía en el duro y angosto asiento trasero del automóvil, con

los pies saliendo por la ventanilla. Tenía su navaja de afeitar y un bote con agua sobre una caja que le servía de mesita de noche, había colocado un pedazo de espejo sobre la luna trasera y colgaba cuidadosamente la chaqueta de una percha que había puesto en una de las ventanillas.

Al caer la tarde se sentaba en las escaleras y hablaba mientras la anciana y Lucynell se mecían vigorosamente en sus sillas, cada una a un lado. Las tres montañas de la anciana se alzaban negras contra el cielo azul oscuro y de vez en cuando recibían la visita de varios planetas y de la luna después de que ésta abandonaba a las gallinas. El señor Shiftlet señaló que había mejorado la plantación porque se había interesado personalmente por ella. Dijo que hasta iba a hacer funcionar el automóvil.

Había levantado el capó y estudiado el mecanismo, y dijo que podía afirmar que el coche lo habían fabricado en esa época en que realmente sabían fabricarlos. «Ahora —dijo—, un hombre coloca un tornillo y otr'hombre coloca otro tornillo, y entonces tienes un hombre por cada tornillo. Por eso debes pagar tanto por un coche: estás pagando a todos esos hombres. En cambio, si tuvieras que pagar a un solo hombre, podrías conseguir un coche más barato y en el que se ha puesto un interés personal, y sería un coche mejor». La anciana estuvo de acuerdo con él en que así debería ser.

El señor Shiftlet aseguró que el gran problema del mundo era que a nadie le importaba nada ni se paraba un momento a preocuparse por las cosas. Dijo que nunca hubiera podido enseñar una palabra a Lucynell si no se hubiera preocupado y dedicado el tiempo necesario.

—Enséñele a decir otra cosa —dijo la anciana.

—¿Qué quiere que diga? —preguntó el señor Shiftlet.

La sonrisa de la vieja era amplia, desdentada e insinuante.

—Enséñele a decir «querido» —respondió.

El señor Shiftlet ya sabía lo que ella tenía en la mente.

Al día siguiente empezó a trabajar en el automóvil y al atardecer le dijo que si ella compraba una correa de ventilador lo haría funcionar.

La anciana dijo que le daría el dinero.

—¿Ve a esa chica? —le preguntó, señalando a Lucynell, que estaba sentada en el suelo a menos de un metro, mirándolo, los ojos azules aun en la oscuridad—. Si alguna vez un hombre se la quisiera llevar, yo le diría: «¡No hay hombre en la tierra que pueda arrancar de mi lado a esta dulce niña!», pero si él me dijera: «Señora, no me la quiero llevar, la quiero aquí», yo le diría: «Señor, no tengo na que reprocharle. Yo no dejaría pasar la oportunidad de tener un hogar y conseguir a la joven más dulce del mundo. No es usté tonto». Eso le diría.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el señor Shiftlet como de pasada.

—Quince o dieciséis —respondió la vieja. La muchacha rondaba los treinta años, pero debido a su inocencia era imposible adivinarlo.

—Sería una buena idea pintarlo también —observó el señor Shiftlet—. No querrá que se cubra de herrumbre.

—Ya veremos —repuso la anciana.

Al día siguiente se encaminó hacia el pueblo, donde adquirió las piezas que le hacían falta y un bidón de gasolina. Avanzada la tarde, unos ruidos ensordecedores escaparon del cobertizo y la anciana salió corriendo de la casa pensando que Lucynell tenía otro ataque. Lucynell estaba sentada sobre una jaula de pollos, dando golpes con los pies y gritando: «¡Pppppaajjarro! ¡Ppajjarro!», pero el alboroto que armaba quedaba ahogado por el estruendo del automóvil. Tras una descarga de explosiones, emergió del cobertizo, majestuoso e imponente. El señor Shiftlet estaba sentado al volante, muy tieso. Tenía una expresión de seria modestia, como si hubiera resucitado a un muerto.

Esa noche, meciéndose en el porche, la anciana fue derecho al grano.

—Quiere usté una mujer inocente, ¿no es así? —preguntó comprensiva—. No quiere saber na de la escoria.

—Así es, señora.

—Una que no hable —continuó ella—, que no le conteste ni diga palabrotas. Se merece usté esa clase de mujer. Allí está. —Y señaló a Lucynell, que estaba sentada con las piernas cruzadas en la silla y se cogía los pies con las manos.

—Así es —admitió él—. No me daría ningún problema.

—El sábado —dijo la anciana—, usté, ella y yo iremos en coche al pueblo y se casarán. El señor Shiftlet cambió de posición en la escalera.

—No me puedo casar en este momento —repuso—. To lo que uno quiere hacer requiere dinero y yo estoy sin blanca.

—¿Pa qué necesita el dinero? —preguntó la vieja.

—Hace falta dinero —respondió él—. Hoy día hay gente que hace las cosas de cualquier manera, pero, según yo lo veo, nunca me casaría con una mujer a la que no pudiera llevar de viaje como si ella fuese alguien. Quiero decir, llevarla a un hotel y agasajarla. No me casaría con la duquesa de Windsor —añadió con firmeza— a menos que la pudiera llevar a un hotel y darle de comer algo bueno. M’educaron d’esa manera y no hay na que yo pueda hacer al respecto. Mi madre me enseñó cómo debía comportarme.

—Lucynell ni siquiera sabe qu’es un hotel —musitó la anciana—. Escuche, señor Shiftlet —dijo inclinándose hacia delante—, conseguirá usté un hogar y un pozo d’agua profundo y la muchacha más inocente de la tierra. No necesita dinero. Le voy a decir algo: no hay lugar en el mundo pa un hombre vagabundo, pobre, mutilado y sin amigos.

Las desagradables palabras se posaron en la cabeza del señor Shiftlet como una bandada de águilas en la copa de un árbol. No dijo nada de inmediato. Lió un cigarrillo, lo encendió y luego habló con voz serena.

—Señora, un hombre está dividido en dos partes, cuerpo y espíritu.

La vieja apretó las encías.

—Un cuerpo y un espíritu —repitió él—. El cuerpo, señora, como una casa: no va a ningún lao; pero el espíritu, señora, es como un automóvil: siempre está en movimiento, siempre…

—Escuche, señor Shiftlet —repuso ella—, mi pozo nunca se seca y mi casa está siempre caldeada en invierno y no hay ninguna hipoteca en este lugar. Puede ir al juzgado y comprobarlo. Y allá, en aquel cobertizo, hay un buen coche. —Preparó el cebo con cuidado—. Pa el sábado lo puede tener usté pintao. Yo pagaré la pintura.

En la oscuridad, la sonrisa del señor Shiftlet se estiró como una serpiente cansada que se despierta al lado del fuego. Al cabo de un instante, se repuso y dijo:

—Tan sólo digo qu'el espíritu d'un hombre es más importante pa él que cualquier otra cosa. Tendría que llevar de viaje a mi esposa un fin de semana sin reparar en gastos. Debo obedecer lo que me indica mi espíritu.

—Le daré quince dólares pa un viaje de fin de semana —dijo la vieja con tono desabrido—. Es lo único que puedo hacer.

—Eso apenas servirá pa pagar la gasolina y el hotel —repuso él—. No llegaría pa la comida d'ella.

—Diecisiete cincuenta —dijo la anciana—. Es to lo que tengo, así qu'es inútil que trate de exprimirme. Puede llevarse la comida d'aquí.

El señor Shiftlet se sintió profundamente herido por la palabra «exprimir». No albergaba la más mínima duda de que ella tenía más dinero cosido al colchón, pero ya le había dicho que no le interesaba su dinero.

—Procuraré que eso alcance —repuso, y se retiró zanjando así las negociaciones con la anciana.

El sábado, los tres fueron al pueblo en el automóvil, cuya pintura aún no se había secado, y el señor Shiftlet y Lucynell se casaron en el juzgado con la anciana como testigo. Cuando salieron, el señor Shiftlet comenzó a estirar el cuello. Parecía malhumorado y resentido, como si lo hubiesen insultado mientras alguien le sujetaba.

—Esto no m'ha gustao —dijo—. No es más que algo que una mujer hace en una oficina, sólo papeleo y análisis de sangre. ¿Qué saben de mi sangre? Si me sacaran el corazón y lo cortaran en pedazos, no sabrían na de mí. No m'ha gustao na.

—S'ha cumplió la ley —dijo la anciana con aspereza.

—La ley —replicó el señor Shiftlet, y escupió—. Es la ley lo que no me gusta.

Había pintado el coche de verde oscuro con una franja amarilla bajo las ventanillas. Los tres se sentaron en el asiento delantero y la anciana comentó:

—¿No está guapa, Lucynell? Parece una muñeca.

Lucynell llevaba un vestido blanco que su madre había desenterrado de un baúl y se tocaba con un sombrero panamá con una ramita de cerezas rojas en el ala. De vez en cuando su expresión plácida cambiaba a causa de algún pensamiento travieso como un brote de verde en el desierto.

—¡Se lleva usté una joya! —dijo la anciana.

El señor Shiftlet ni siquiera le dirigió la mirada. Volvieron a la casa para dejar a la anciana y coger la comida aquel día. Cuando estuvieron listos para partir, ella se quedó al lado de la ventanilla del coche con los dedos cerrados sobre el vidrio. Las lágrimas comenzaron a brotar de las comisuras de sus ojos y a rodar por las sucias arrugas de su rostro.

—Nunca m'he separao d'ella dos días —dijo.

El señor Shiftlet puso el motor en marcha.

—Y no se la daría a ningún hombre, a excepción de usté, porque he visto que actúa como es debido. Adiós, querida —añadió aferrándose a la manga del vestido blanco. Lucynell la miró y no pareció verla. El señor Shiftlet hizo avanzar el coche y la vieja tuvo que sacar la mano.

Era un mediodía claro, cálido, rodeado de un cielo azul pálido. A pesar de que el automóvil no podía ir a más de cincuenta kilómetros por hora, el señor Shiftlet se imaginó fantásticas subidas y bajadas y curvas cerradas, que sólo estaban en su cabeza, y se olvidó de la amargura de la mañana. Siempre había deseado un coche pero nunca había podido comprarlo. Conducía muy deprisa porque quería llegar a Mobile al anochecer.

De vez en cuando interrumpía sus pensamientos el tiempo suficiente para mirar a Lucynell sentada a su lado. Se había comido el almuerzo tan pronto como partieron y ahora arrancaba las cerezas del sombrero y las arrojaba una a una por la ventanilla. Él se sintió deprimido a pesar del coche. Había conducido unos ciento sesenta kilómetros cuando decidió que ella debía de tener hambre de nuevo y, al llegar a un pueblecito, estacionó frente a un local pintado de color aluminio llamado The Hot Spot, la llevó dentro y pidió para ella un plato de jamón y sémola. El viaje la había adormecido y, tan pronto como se sentó en el taburete, descansó la cabeza sobre la barra y cerró los ojos. En The Hot Spot no había nadie más que el señor Shiftlet y el muchacho tras la barra, un joven pálido con un trapo grasiento al hombro. Antes de que le sirviera la comida ella ya estaba roncando suavemente.

—Dáselo en cuanto se despierte —dijo el señor Shiftlet—. Lo pagaré ahora.

El muchacho se inclinó hacia ella, miró el cabello largo de un dorado rojizo y los ojos dormidos entrecerrados. Luego levantó la vista y miró al señor Shiftlet.

—Parece un ángel de Dios —murmuró.

—Estaba haciendo autoestop —explicó el señor Shiftlet—. No puedo esperar. Tengo que llegar a Tuscaloosa.

El muchacho se inclinó de nuevo y con sumo cuidado tocó con un dedo una hebra de pelo dorado. El señor Shiftlet partió.

Se sentía más deprimido que nunca mientras conducía solo. El atardecer se había vuelto caluroso y sofocante y el campo era ahora llano. En el cielo, a lo lejos, se preparaba una tormenta muy lentamente y sin truenos, como si se dispusiera a drenar todas las gotas de aire de la tierra antes de caer. Había momentos en los que el señor Shiftlet prefería no estar solo. Además, pensaba que un hombre con automóvil tenía

responsabilidades para con los demás y se mantuvo alerta por si veía a alguien haciendo autoestop. De vez en cuando, veía letreros que rezaban: conduzca con cuidado. LA VIDA QUE SALVE PUEDE SER LA SUYA.

La angosta carretera descendía a ambos costados hacia campos secos, y aquí y allá surgían en un claro casuchas y alguna que otra gasolinera. El sol comenzó a ponerse justo delante del coche. Era una bola rojiza que, a través del parabrisas, parecía levemente chata en las partes superior e inferior. Vio a un chico vestido con un mono y un sombrero gris parado en el arcén, aminoró la marcha y se detuvo a su lado. El muchacho no tenía el pulgar levantado, tan sólo estaba plantado allí, pero llevaba una maletita de cartón y el sombrero puesto de una manera que indicaba que se iba para siempre de algún lugar.

—Hijo —dijo el señor Shiftlet—, veo que quieres viajar.

El muchacho no dijo ni que sí ni que no, pero abrió la portezuela y se sentó, y el señor Shiftlet empezó a conducir. El chico tenía la maleta en el regazo y los brazos cruzados sobre ella. Volvió la cabeza hacia la ventanilla, sin mirar al señor Shiftlet. Éste se sintió angustiado.

—Hijo —dijo al cabo de un minuto—, tengo la mejor madre del mundo, así que supongo que debes de tener la segunda mejor.

El muchacho le dirigió una rápida mirada oscura y acto seguido volvió de nuevo el rostro hacia la ventana.

—No hay na más dulce —continuó el señor Shiftlet— que la madre de uno. M'enseñó las primeras oraciones sobre sus rodillas, me dio amor cuando nadie lo hacía, me dijo lo que estaba bien y lo que no, y veló pa que yo hiciera las cosas bien. Hijo —añadió—, ningún día de mi vida he lamentao tanto como aquél en que abandoné a mi madre.

El muchacho se removió en el asiento pero no miró al señor Shiftlet. Descruzó los brazos y puso una mano sobre la manija de la puerta.

—Mi madre era un ángel de Dios —prosiguió el señor Shiftlet con voz crispada —. Él la trajo del cielo y me la dio y yo la abandoné. —Sus ojos se nublaron al instante con un velo de lágrimas. El automóvil apenas se movía.

El muchacho se volvió con rabia en el asiento.

—¡Vete a la mierda! —gritó—. ¡Mi vieja es una bolsa de piojos y la tuya es una zorra apestosa! —Y tras esto abrió la portezuela y saltó con su maleta a la cuneta.

El señor Shiftlet quedó tan sorprendido que condujo lentamente unos cincuenta metros con la puerta todavía abierta. Una nube exactamente del mismo color que el sombrero del muchacho y en forma de nabo había descendido sobre el sol, y otra, de aspecto más feo, se agazapó detrás del coche. El señor Shiftlet sintió que toda la podredumbre del mundo iba a tragárselo. Levantó el brazo y lo dejó caer sobre el pecho.

—¡Oh, Señor! —rezó—. ¡Aparece y limpia este mundo de las porquerías!

El nabo continuó descendiendo lentamente. Unos minutos más tarde, sonó de

atrás, como una risotada, el estruendo de un trueno y unas gotas de lluvia fantásticas, como tapas de latas, se estrellaron contra la parte posterior del coche del señor Shiftlet. Se apresuró a pisar el acelerador y con el muñón fuera de la ventanilla corrió contra la lluvia galopante hasta Mobile.

EL RÍO[14]

El niño estaba de pie en medio de la sala oscura, triste y desmadejado, mientras su padre le ponía el abrigo de a cuadros escoceses. Todavía no había introducido del todo el brazo derecho en la manga cuando el padre se lo abrochó y lo empujó hacia una mano pálida que asomaba por la puerta semiabierta.

—No está bien arreglao —dijo alguien en el rellano, en voz alta.

—Bueno, arréglelo usted, por el amor de Dios —murmuró el padre—. Son las seis de la mañana.

Llevaba un albornoz y estaba descalzo. Cuando llegó con el chico a la puerta y trató de cerrarla, la vio aparecer en el hueco, un esqueleto moteado con un largo abrigo verde y un sombrero de fieltro.

—Y el dinero pa su billete y el mío —dijo la mujer—. Tendremos que coger el tranvía dos veces.

Entró de nuevo en el dormitorio para buscarlo y, cuando regresó, ella y el niño estaban de pie en medio de la habitación. Ella estaba observándolo todo.

—No podría soportar el olor de esas colillas si tuviera que quedarme aquí pa cuidarte.

—Aquí tiene —dijo el padre. Fue hacia la puerta, la abrió de par en par y esperó.

Después de contar el dinero, la mujer lo escondió dentro de su abrigo, y se acercó a una acuarela que colgaba cerca del fonógrafo.

—Sé qué hora es —dijo observando detenidamente las líneas negras que cruzaban planos quebrados de color chillón—. Debo saberlo. Mi turno comienza a las diez de la noche y no termina hasta las cinco de la mañana, y tardo una hora en viajar en tranvía hasta Vine Street.

—Oh, claro. Bueno, ¿lo traerá de vuelta por la noche, alrededor de las ocho o las nueve?

—Tal vez más tarde. Vamos a ir al río pa una curación. Ese predicador no viene por aquí muy a menudo. No habría pagado por eso —dijo señalando con la cabeza el cuadro—, lo hubiera dibujado yo misma.

—Muy bien, señora Connin, hasta luego pues —dijo él tamborileando con los dedos sobre la puerta.

Una voz inexpresiva dijo desde el dormitorio:

—Tráeme la bolsa de hielo.

—Qué lástima que su mamá esté enferma —dijo la señora Connin—. ¿Qué tiene?

—No lo sabemos —murmuró el hombre.

—Le pediremos al predicador que ore por ella. Ha curao a un montón de gente. El reverendo Bevel Summers. Ella tal vez debería verlo.

—Tal vez. Hasta la noche —repuso él, y desapareció en el dormitorio.

El niño la miró en silencio, con los ojos y la nariz húmedos. Tenía cuatro o cinco años, la cara larga, el mentón prominente y los ojos, ahora entrecerrados, muy

apartados entre sí. Parecía mudo y paciente, como una oveja vieja esperando que la dejen salir.

—Te gustará ese predicador —comentó ella—. El reverendo Bevel Summers. Tendrías qu'oírlo cantar.

La puerta del dormitorio se abrió de improviso y el padre asomó la cabeza.

—Adiós, pequeño, que te diviertas.

—Adiós —repuso el niño, y se sobresaltó como si hubiera recibido un disparo.

La señora Connin volvió a mirar la acuarela. Después salieron los dos al rellano y llamaron el ascensor.

—Yo l'habría pintao —dijo ella.

Fuera, la mañana gris estaba bloqueada a ambos lados por los edificios oscuros y vacíos.

—Más tarde aclarará —dijo—. Esta es l'última vez que podremos oír un sermón en el río este año. Límpiate la nariz, cariño.

El niño comenzó a frotársela con la manga, pero ella lo interrumpió.

—Eso no está bien. ¿Dónde está tu pañuelo?

Él se metió las manos en los bolsillos y fingió buscarlo mientras ella esperaba.

—A algunas personas no les importa cómo sales de casa —murmuró a su reflejo en la luna del café. Sacó del bolsillo un pañuelo con flores azules y rojas, se agachó y comenzó a limpiarle la nariz—. Ahora, suénate. Te lo presto. Guárdatelo en el bolsillo.

El niño lo dobló y se lo metió en el bolsillo con cuidado, y caminaron hasta la esquina, donde se reclinaron contra la pared de una farmacia cerrada a esperar el tranvía. La señora Connin se subió el cuello del abrigo de modo que tocaba su sombrero en la parte de atrás. Los párpados se le cerraban y parecía que iba a quedarse dormida allí mismo. El pequeño le apretó un poco la mano.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer con voz soñolienta—. Sólo sé tu apellido. Tendría qu'haber preguntao tu nombre.

Su nombre era Harry Ashfield y nunca antes se le había ocurrido cambiárselo.

—Bevel —respondió.

La señora Connin se apartó de la pared.

—¡Qué coincidencia! Ya te he dicho que así se llama el predicador.

—Bevel —repitió el niño.

Ella se quedó mirándolo como si tuviera ante sí una maravilla.

—Veré si puedo presentártelo hoy. No es un predicador común. Cura a la gente. Pero no pudo hacer na por el señor Connin. El señor Connin no tenía fe, pero dijo que intentaría cualquier cosa por una sola vez. Tenía retortijones en las tripas.

Apareció el tranvía como un punto amarillo al final de la calle desierta.

—Ahora está en el hospital público —siguió la mujer—, y le han quitao un tercio del estómago. Yo le digo que tendría que dar gracias a Dios por lo que le han dejao, pero él dice que no va agradecer na a nadie. Vaya, vaya —murmuró—, ¡Bevel!

—¿Me curará a mí?

—¿Qué te pasa?

—Tengo hambre.

—¿No has desayunao?

—Entonces aún no tenía hambre.

—Bueno, cuando lleguemos a casa comeremos algo —afirmó ella.

Subieron al tranvía y se sentaron varios asientos detrás del conductor. La señora Connin puso a Bevel sobre sus rodillas.

—Ahora pórtate como un niño bueno y déjame dormir un poco. Quédate en mi regazo.

Echó la cabeza hacia atrás y, mientras él la observaba, poco a poco se le cerraron los ojos y la boca se le abrió para mostrar unos cuantos dientes largos y espaciados, algunos dorados y otros más oscuros que su rostro; empezó a silbar y a soplar como un esqueleto musical. No había nadie en el vehículo aparte de ellos y el conductor; cuando el niño vio que estaba dormida, sacó el pañuelo floreado, lo desdobló y lo examinó con atención. Luego lo dobló de nuevo y abrió una cremallera del interior de su abrigo, lo escondió allí, y pronto también él se quedó dormido.

La casa quedaba a un kilómetro de la última parada del tranvía, un poco alejada de la carretera. Era de cartón alquitranado, tenía un porche delante y la cubierta de estaño. En el porche había tres niños pequeños de diferentes estaturas con idénticos rostros pecosos y una chica alta que tenía el cabello levantado con bigudíes de aluminio que brillaban como el tejado. Los tres críos los siguieron cuando entraron en la casa y se acercaron a Bevel. Lo miraban en silencio, sin sonreír.

—Éste es Bevel —dijo la señora Connin, mientras se quitaba el abrigo—. Es una coincidencia que se llame como el predicador. Estos chicos son J. C, Spivey y Sinclair, y la del porche es Sarah Mildred. Quítate el abrigo, Bevel, y cuélgalo en el poste de la cama.

Los tres chicos lo miraron mientras se lo desabotonaba y quitaba. Siguieron mirándolo cuando lo colgó del poste de la cama y entonces se quedaron mirando el abrigo. De pronto dieron media vuelta, salieron por la puerta y conferenciaron en el porche.

Bevel echó una ojeada a la habitación. Era medio cocina y medio dormitorio. Toda la casa consistía en dos cuartos y dos porches. Cerca de su pie, la cola de un perro de pelo claro se movía arriba y abajo entre dos tablas del suelo mientras se rascaba el lomo debajo de la vivienda. Bevel saltó sobre él, pero el perro, experimentado, se retiró antes de que sus pies tocaran el suelo.

Las paredes estaban llenas de fotografías y calendarios. Había dos retratos circulares de un hombre y una mujer viejos, con la boca hundida, y otra foto de un hombre cuyas cejas sobresalían como matas de pelo que chocaban entre sí sobre el caballete de la nariz; el resto de su cara era un peñasco desnudo del cual uno pudiera caerse.

—Ese es el señor Connin —explicó la señora Connin, que se apartó un momento de la cocina para admirar con él ese rostro; pero ya no se le parece.

Bevel apartó la vista de la foto del señor Connin para mirar un cuadro de colores sobre la cama que mostraba a un hombre vestido con una larga sábana. Tenía el pelo largo y un círculo dorado alrededor de la cabeza y estaba serrando una tabla mientras algunos niños lo miraban. Iba a preguntar quién era cuando entraron los tres chicos y le indicaron con gestos que los siguiera. Pensó en arrastrarse bajo la cama y aferrarse a una de las patas, pero los tres niños se quedaron allí, pecosos y en silencio, esperando, y al cabo de un segundo los siguió a corta distancia hasta el porche y dobló tras ellos la esquina de la casa. Caminaban por un campo de hierbajos amarillos y retorcidos hacia la porqueriza, un cuadrado con tablones de dos metros, lleno de cochinillos, donde lo pensaban arrojar. Cuando llegaron allí, dieron media vuelta y esperaron en silencio, apoyados contra la valla.

Bevel se acercaba muy despacio, entrechocando deliberadamente los pies como si le costara caminar. Una vez le habían dado una paliza en el parque unos chicos a los que no conocía cuando su niñera estaba despistada, pero no supo lo que iba a suceder hasta que todo hubo terminado. Empezó a oler el fuerte aroma de la basura y a oír los ruidos de un animal salvaje. Se detuvo a unos pasos de la porqueriza, pálido pero obstinado.

Los tres chicos no se movieron. Parecía haberles ocurrido algo. Miraban por encima de la cabeza de Bevel como si vieran venir algo detrás de él, pero no se atrevió a volverse para mirar.

Sus pecas habían palidecido y tenían los ojos fijos y grises como el cristal. Tan sólo sus orejas se crisparon levemente. No pasó nada. Al final, el que estaba en el medio dijo: «Nos matará»; se volvió, desanimado y abatido, se sentó en los tablones de la porqueriza y miró al interior.

Bevel se sentó en el suelo, aturdido y aliviado, y les sonrió.

El que estaba sentado sobre la valla le miró muy serio.

—Eh, tú —dijo, al cabo de un instante—, si no puedes subir pa ver los cerdos, levanta el tablón de abajo y mira.

Lo dijo como si fuera un acto de generosidad.

Bevel nunca había visto un cerdo de verdad, sólo uno en un libro, pero sabía que eran animales de color rosa, pequeños y gordos, con la cola enroscada, la cara redonda y sonriente, y una pajarita en el cuello. Se inclinó y tiró el tablón con entusiasmo.

—Tira más fuerte —dijo el niño más pequeño—. Es fácil, está podrió. Saca ese clavo.

Arrancó el clavo herrumbroso de la madera blanda.

—Ahora levanta la tabla y pon la cabeza en… —comenzó a decir una voz calma.

Pero ya lo había hecho, y otra cara, gris, húmeda y huraña, empujó la suya y lo derribó al salir por debajo del tablón. Algo bufó encima de él y volvió a embestirle

haciéndolo rodar y empujándolo por detrás, hasta que echó a correr chillando por el campo amarillo, mientras aquello seguía resoplando.

Los tres Connin observaron la escena sin moverse. El que estaba sentado sobre el redil colocó en su sitio, con el pie, el tablón desprendido. Sus caras hoscas no se iluminaron, pero daban la impresión de sentirse menos ansiosos, como si una gran necesidad hubiera sido parcialmente satisfecha.

—A mamá no le va gustar que haya dejao salir el cerdo —dijo el menor.

La señora Connin, que estaba en el porche trasero, agarró a Bevel cuando llegó a la escalera. El cerdo corrió bajo la casa y se detuvo, jadeando. El chico lloró durante cinco minutos. Cuando la mujer logró por fin calmarle, le dio el desayuno y lo sentó en su regazo para que comiera. El puerco subió los dos escalones del porche y se quedó fuera junto a la puerta mosquitera, mirando huraño hacia el interior con la cabeza gacha. Tenía las patas largas, el lomo encorvado y parte de una oreja arrancada.

—¡Fuera! —gritó la señora Connin—. Ese cerdo se parece al señor Paradise, el de la gasolinera —dijo—. Ya lo verás hoy en la curación. Tiene un cáncer en la oreja. Siempre viene por aquí pa que veamos que no está curao.

El puerco se quedó mirando unos segundos más y luego se retiró lentamente.

—No quiero ver a ese señor —decía Bevel.

Caminaron hasta el río, la señora Connin y Bevel al frente, seguidos por los tres chicos, en fila, y Sarah Mildred, la larguirucha, al final para avisar si uno de ellos se salía de la carretera. Parecían el esqueleto de un viejo barco con dos extremos puntiagudos que navegara con lentitud por el arcén. El blanco sol dominical los seguía a corta distancia, trepando deprisa a través de una espuma de nubes grises como si quisiera rebasarlas. Bevel caminaba por el lado de fuera, de la mano de la señora Connin, con la vista fija en el badén naranja y púrpura que descendía desde el pavimento.

Pensó que esta vez había tenido suerte al encontrar a la señora Connin, que te sacaba a pasear, no como las niñeras corrientes, que se sentaban allí donde vivías o te llevaban al parque. Hay todo un mundo por descubrir cuando uno abandona la casa donde vive. Por la mañana, por ejemplo, había descubierto que lo había creado un carpintero llamado Jesucristo. Hasta entonces creía que había sido un médico llamado Sladewall, un hombre gordo con un bigote amarillo que le ponía inyecciones y que pensaba que su nombre era Herbert, pero eso debió de ser una chanza. Gastaban muchas bromas donde él vivía. Siempre había supuesto que Jesucristo era una palabra como «diablos», «oh» o «Dios», o tal vez alguien que en alguna ocasión los había estafado. Cuando preguntó a la señora Connin quién era el hombre cubierto por la sábana del cuadro que colgaba sobre la cama, ella lo había mirado durante un rato con la boca abierta. Después le había dicho: «Ese es Jesús», y siguió mirándolo.

Al cabo de unos minutos ella se había levantado y le llevó un libro del otro cuarto. «Mira —le dijo mientras lo abría—, era de mi tatarabuela. No me separaría

d’él por na del mundo». Luego deslizó el dedo por una línea escrita en marrón sobre la página manchada. «Emma Stevens Oakley, mil ochocientos treinta y dos. ¿No es algo qu’hay que tener? Y cada palabra es una verdad com’el Evangelio».

Pasó una página y leyó el título: «La vida de Jesucristo para lectores menores de doce años». Luego le leyó el libro.

Era un librito con la cubierta marrón claro y bordes dorados, y olía a masilla vieja. Estaba lleno de dibujos, había uno del carpintero sacando un montón de cerdos de un hombre. Cerdos de verdad, grises y de aspecto hosco, y la señora Connin le explicó que Jesús los había sacado a todos de ese hombre. Cuando terminó la lectura, lo dejó sentarse en el suelo y mirar de nuevo las ilustraciones.

Justo antes de partir para la curación, se las había arreglado para esconder el libro dentro del forro de su abrigo sin que ella se diera cuenta. Por eso ahora el abrigo le caía un poco de un lado. Mientras caminaban, su cabeza se iba poblando de sueños, y, cuando dejaron la carretera para enfilar un largo camino de arcilla roja que serpenteaba entre hileras de madreselvas, comenzó a dar saltos y a tirar de la mano de la señora Connin como si quisiera echar a correr para atrapar el sol, que rodaba delante de ellos en ese momento.

Anduvieron un rato por el camino de tierra y luego cruzaron un campo salpicado de hierbajos purpúreos y entraron en las sombras de un bosque cuyo suelo estaba cubierto de gruesas agujas de pino. Nunca había estado en un bosque, y caminó con cuidado, mirando a uno y otro lado, como si estuviera adentrándose en un país desconocido. Siguieron por un sendero de herradura que serpenteaba ladera abajo entre hojas rojas que crujían, y en una ocasión, al agarrarse a una rama para no resbalar, vio dos ojos de un dorado verdoso, fríos, en la oscuridad del agujero de un árbol. Al pie de la colina el bosque se abría súbitamente para dar paso a un pastizal, salpicado aquí y allá por vacas negras y blancas, que descendía formando terrazas hacia un ancho río naranja con el reflejo del sol engastado como un diamante.

Había un grupo de gente en la ribera cercana, cantando. Detrás de ellos habían colocado mesas largas, y unos cuantos coches y camiones estaban estacionados en una carretera que discurría junto al río. Cruzaron el pastizal presurosos, porque la señora Connin, protegiéndose los ojos con una mano, vio que el predicador ya estaba de pie en las aguas. Dejó su cesta en una mesa y empujó a los tres chicos dentro del círculo de gente para que no se quedaran al lado de la comida. Mantuvo a Bevel de la mano y se abrió paso hacia delante.

El predicador había avanzado unos tres metros en el río, y el agua le llegaba hasta las rodillas. Era un joven alto, con pantalones remangados por encima del agua, una camisa azul y un pañuelo rojo en el cuello. No llevaba sombrero, tenía el pelo claro y unas patillas que se curvaban hacia el hueco de sus mejillas. El rostro era puro hueso, enrojecido por el fulgor que reflejaba el río. Daba la impresión de tener tan sólo diecinueve años. Cantaba con una voz nasal y fuerte, que se oía por encima del canto de los reunidos en la ribera, tenía las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia

atrás.

Terminó el himno con una nota alta y se quedó en silencio mirando el agua y moviendo los pies en ella. Luego miró a las personas congregadas en la orilla. Estaban apiñadas, esperando; los rostros eran solemnes pero expectantes, y todos estaban pendientes de él. Movió de nuevo los pies.

—Tal vez sepa por qué habéis venido —dijo con su voz gangosa—, tal vez no. Si no venís por Jesús, no venís por mí. Si venís solo para ver si podéis dejar vuestro dolor en el río, no venís por Jesús. No podéis dejar vuestro dolor en el río —añadió —. Yo nunca he dicho eso a nadie.

Se interrumpió y bajó la vista hacia sus rodillas.

—¡Una vez le vi curar a una mujer! —gritó de repente una voz aguda entre la gente—. ¡Vi a esa mujer levantarse y caminar erguida aunque antes cojeaba!

El predicador levantó un pie y luego el otro. Parecía a punto de sonreír, pero no llegó a hacerlo.

—Podéis iros a vuestras casas si habéis venido por eso —dijo.

Luego alzó la cabeza y los brazos y exclamó:

—¡Escuchad lo que tengo que decir! No existe más que un único río y es el Río de la Vida, hecho de la sangre de Jesús. En ese río debéis dejar vuestro dolor, en el Río de la Fe, en el Río de la Vida, en el Río del Amor, en el rico y rojo río de la sangre de Jesús. Su voz se tornó suave y musical.

—Todos los ríos nacen de ese único Río y vuelven a él como si fuera el mar, y si creéis podéis dejar vuestro dolor en ese Río y libraros de ellos, porque ése es el Río que fue hecho para lavar los pecados. Es un Río lleno de dolor, él mismo es dolor, que avanza hacia el Reino de Cristo para ser limpiado, lenta, lentamente, como este viejo río rojo que baña mis pies.

»¡Escuchad! —cantó—, ¡leo en Marcos la historia de un hombre sucio, leo en Lucas la historia de un hombre ciego, leo en Juan la historia de un hombre muerto! ¡Oh, escuchad! La misma sangre que enrojece este río limpió al leproso, dio vista al ciego, hizo levantar al hombre muerto. ¡Vosotros, gente con tribulaciones —gritó—, dejadlas en este Río de Sangre, dejadlas en este Río de Dolor, y observad cómo se alejan lentamente hacia el Reino de Cristo!

Mientras predicaba, Bevel miró distraído los lentos círculos que describían dos pájaros silenciosos en el aire. Al otro lado del río había un bosquecillo rojo y dorado de sasafrás, y, detrás montes de árboles de un azul intenso y algún que otro pino que se elevaba sobre la línea del horizonte. Más allá, en la lejanía, la ciudad se alzaba como un montón de verrugas sobre la ladera de la montaña. Los pájaros descendieron en círculos, se posaron levemente en la copa del pino más alto y se sentaron encorvados como si estuvieran sosteniendo el cielo.

—Si es en este Río de la Vida donde queréis dejar vuestro dolor, entonces acercaos —prosiguió el predicador— y dejad aquí vuestro pesar. Pero no penséis que éste es su fin, porque este viejo río no termina aquí. Este viejo torrente rojo de

sufrimientos continúa lentamente hasta el Reino de Cristo. Este viejo río rojo es bueno para bautizarse, para hacer descansar vuestra fe, para dejar vuestro dolor, pero no es esta agua turbia lo que os salvará. He recorrido de una punta a otra este río durante esta semana —explicó—. El martes estuve en el lago Fortune, al día siguiente en Ideal, el viernes mi mujer y yo nos acercamos a Lulawillow para ver a un hombre enfermo. Esa gente no vio curaciones —añadió, y por un segundo su rostro se encendió aún más—. Nunca dije que las verían.

Mientras hablaba, una figura temblorosa había comenzado a avanzar con una especie de movimiento de mariposa, una vieja que agitaba los brazos y cuya cabeza se bamboleaba tanto que parecía a punto de caerse en cualquier momento. Consiguió agacharse en la orilla y dejó que sus brazos se movieran en el agua. Luego se inclinó más y hundió la cara en el agua, y por último se levantó chorreando; todavía temblorosa, dio un par de vueltas en una especie de círculo ciego hasta que alguien se adelantó y la introdujo en el grupo de nuevo.

—Esa mujer lleva trece años así —gritó una voz áspera—. Pasad el sombrero y dadle a este muchacho el dinero. Para eso ha venido.

El grito, dirigido al muchacho del río, provenía de un viejo grandote que estaba sentado como una piedra corcovada sobre el parachoques de un anticuado coche gris. Llevaba puesto un sombrero gris, ladeado sobre una oreja para que se le pudiera ver sobre la otra un bulto purpúreo en la sien izquierda. Estaba inclinado hacia delante, con las manos entre las rodillas y los ojillos entrecerrados.

Bevel lo miró una vez, luego se metió entre los pliegues del abrigo de la señora Connin y se escondió.

El muchacho del río se volvió enseguida hacia el viejo y levantó el puño.

—¡Creed en Jesús o en el Diablo! —gritó—. ¡Dad testimonio de uno o de otro!

—Yo lo sé por propia experiencia —exclamó una voz misteriosa de mujer desde el grupo de gente—, sé que este predicador puede curar. ¡Mis ojos fueron abiertos! ¡Doy testimonio de Jesús!

El predicador elevó los brazos rápidamente y empezó a repetir lo que había dicho antes sobre el Río y el Reino de Cristo, mientras el viejo sentado en el parachoques le miraba fijamente con los ojos entrecerrados. De vez en cuando Bevel le echaba un vistazo desde detrás de la señora Connin.

Un hombre vestido con un mono y un abrigo marrón se adelantó, sumergió la mano en el agua con rapidez, la agitó y se volvió; una mujer llevó a un bebé hasta la orilla y le mojó los pies con la mano. Un hombre se alejó un corto trecho, se sentó, se quitó los zapatos y caminó hasta entrar en el agua; se quedó allí de pie con la cara vuelta hacia atrás tanto como podía, luego chapoteó hasta la orilla y se calzó. Durante todo ese tiempo el predicador continuó cantando, sin dar señales de percatarse de cuanto estaba ocurriendo.

Tan pronto como dejó de cantar, la señora Connin levantó a Bevel y dijo:

—Escuche, predicador, tengo un niño de la ciudad al que estoy cuidando. Su

mamá está enferma y él quiere que usté rece por ella. ¡Y da la casualidad de que se llama Bevel! ¡Bevel! —repitió dándose la vuelta para mirar a la gente que había a su espalda.

—Igual que usté. Qué coincidencia, ¿no?

Se oyeron algunos murmullos y Bevel se volvió y sonrió a los rostros que lo observaban.

—Bevel —dijo en voz alta, con desparpajo.

—Escucha —le dijo la señora Connin—, ¿estás bautizao?

El niño se limitó a sonreír.

—Me parece que ni siquiera está bautizao —explicó la señora Connin alzando las cejas ante el predicador.

—Acércamelo —pidió él; dio un paso adelante y cogió al crío. Sentó a Bevel en el hueco de su brazo y miró el rostro sonriente. Bevel puso los ojos en blanco de una manera cómica y acercó su cara a la del predicador.

—Me llamo Bevvvvvl —dijo con voz alta y profunda, y dejó que la punta de su lengua se deslizara por la boca.

El predicador no sonrió. Su rostro huesudo estaba rígido y el cielo casi incoloro se reflejaba en sus ojillos grises. El hombre sentado en el parachoques soltó una sonora carcajada y Bevel se agarró al cuello de la camisa del predicador y lo asió con firmeza. La sonrisa había desaparecido de su cara. Tuvo la súbita impresión de que esto no era una broma. En su casa, todo era una broma. Por la cara del predicador, supo de inmediato que nada de lo que éste pudiera hacer o decir era broma.

—Mi madre me puso ese nombre —dijo rápidamente.

—¿Estás bautizado? —preguntó el predicador.

—¿Qué es eso? —murmuró.

—Si te bautizo —dijo el predicador—, podrás ir al Reino de Cristo. Te bañarás en el Río del Sufrimiento, hijo, e irás por el profundo Río de la Vida. ¿Quieres?

—Sí —respondió el chico, y pensó: «Así no tendré que volver al apartamento, me hundiré en el río».

—Ya no serás el mismo —afirmó el predicador—. Se te tendrá en cuenta.

A continuación se volvió hacia la gente y comenzó a predicar y Bevel miró por encima de su hombro los trozos de sol blanco esparcidos en el río. De pronto, el predicador dijo:

—Muy bien, te voy a bautizar ahora.

Y sin otra advertencia lo agarró más fuerte, le dio la vuelta y hundió su cabeza en el agua. Lo dejó sumergido mientras decía las palabras del bautismo y luego lo sacó y miró con severidad al niño, que estaba sin aliento. Bevel tenía los ojos oscuros y muy abiertos.

—Ahora se te tiene en cuenta —aseguró el predicador—. Antes ni siquiera eso.

El pequeño estaba demasiado atónito para llorar. Escupió el agua turbia y se frotó los ojos y la cara con la manga húmeda.

—No olvide a su madre —dijo la señora Connin—. El crío quiere que usté rece por su mamá. Está enferma.

—Señor —dijo el predicador—, oramos por alguien que sufre y no está aquí presente para dar testimonio. ¿Está tu madre enferma en el hospital? —preguntó—. ¿Es presa del dolor?

El pequeño le miró.

—Todavía no se ha levantado —respondió con voz aguda y aturdida—. Tiene resaca.

El aire estaba tan quieto que Bevel oyó cómo los trozos rotos del sol golpeaban el agua.

El predicador quedó sorprendido y enojado. Su cara había perdido todo color y el cielo parecía oscurecerse en sus ojos. Se oyó una gran risotada en la orilla y el señor Paradise gritó:

—¡Ay, curad a esa mujer que sufre una resaca! —Y empezó a golpearse la rodilla con el puño.

—Ha sido un día largo —dijo la señora Connin, que estaba con él en la puerta del apartamento y miraba con expresión severa hacia la habitación donde tenía lugar la fiesta—. Supongo qu'hace rato que el niño debería estar en la cama.

Bevel tenía un ojo cerrado y el otro entrecerrado; le moqueaba la nariz, tenía la boca abierta y respiraba por ella. El abrigo de cuadros escoceses estaba mojado y pingaba por un lado.

«Debe de ser ésa —dedujo la señora Connin—, la de los pantalones negros (largos pantalones de satén), sandalias abiertas y las uñas de los pies pintadas de rojo». Estaba tumbada ocupando la mitad del sofá, con las rodillas cruzadas en el aire y la cabeza apoyada en el brazo. No se levantó.

—Hola, Harry —dijo—. ¿Te lo has pasado bien? —Tenía la cara larga, tersa e inexpresiva, y llevaba el pelo, lacio y de color de batata, peinado hacia atrás.

El padre fue a buscar el dinero. Había otras dos parejas. Uno de los hombres, rubio y con unos ojillos de un azul violáceo, se estiró en su sillón y dijo:

—Bueno, Harry, pequeño, ¿te has divertido?

—No se llama Harry. Se llama Bevel —afirmó la señora Connin.

—Su nombre es Harry —dijo ella desde el sofá—. ¿Quién ha oído alguna vez que alguien se llamara Bevel?

El niño, que parecía haberse quedado dormido de pie, con la cabeza caída, la levantó de pronto y abrió un ojo; el otro seguía cerrado.

—Esta mañana me dijo que se llamaba Bevel —explicó la señora Connin con tono de estupefacción—. Igual que nuestro predicador. Hemos pasao el día en la predicación y curación en el río. Dijo que se llamaba Bevel. Igual que el predicador. Eso me dijo.

—¡Bevel! —exclamó la madre—. ¡Dios mío, qué nombre!

—El predicador se llama Bevel y no hay otro como él —dijo la señora Connin—.

Además —agregó con tono desafiante—, ha bautizao al niño esta mañana.

La madre se incorporó.

—¡Qué cara! —murmuró.

—Además —prosiguió la señora Connin—, hace curaciones y oró pa que usté se curase.

—¡Curarme! —casi gritó la madre—. ¿Curarme de qué, por Dios?

—De su aflicción —respondió la señora Connin fríamente.

El padre había vuelto con el dinero y estaba de pie cerca de la señora Connin esperando para dárselo. Tenía los ojos bordeados de rojo.

—Continúe, continúe —dijo—, quiero oír más acerca de su aflicción. Se me escapa la naturaleza exacta de… —Agitó el billete y su voz se fue apagando—. Sanar mediante la oración es baratísimo —murmuró.

La señora Connin permaneció quieta un segundo, mirando la habitación, con el aspecto de un esqueleto que lo ve todo. Luego, sin coger el dinero, dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí. El padre giró sobre sus talones, sonrió vagamente y se encogió de hombros. Los demás estaban mirando a Harry. El niño se encaminó hacia su cuarto arrastrando los pies.

—Ven aquí, Harry —dijo la madre. Automáticamente el crío se dirigió hacia ella sin abrir el ojo—. Cuéntame qué ha sucedido hoy —añadió cuando llegó a ella, y comenzó a quitarle el abrigo.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes —repuso. Notó que el abrigo pesaba por un lado. Abrió la cremallera del forro y cogió el libro y el pañuelo sucio justo cuando caían al suelo—. ¿De dónde has sacado esto?

—No lo sé. —Trataba de cogerlos—. Son míos. Me los dio ella.

La madre tiró el pañuelo al suelo y alzó el libro hasta una altura a la que él no podía llegar y comenzó a leerlo. Un segundo después su rostro adquirió una expresión exageradamente cómica. Los otros la rodearon y lo miraron por encima de su hombro.

—Por Dios —dijo alguien.

Un hombre lo observó con atención desde detrás de sus gafas de lentes muy gruesas.

—Es valioso —comentó—. Es una pieza de colección —lo cogió y se retiró a otro sillón.

—No dejéis que George se vaya con eso —dijo su amiga.

—Os digo que este libro es valioso —insistió George—. Mil ochocientos treinta y dos.

Bevel volvió a encaminarse hacia la habitación donde dormía. Cerró la puerta tras de sí, se movió con lentitud en la oscuridad hasta la cama, se quitó los zapatos y se metió bajo las mantas. Al cabo de un minuto, un rayo de luz dibujó la alta silueta de su madre. Cruzó de puntillas la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué ha dicho de mí el imbécil del predicador? —susurró—. ¿Qué mentiras ha estado contando hoy, querido?

El niño cerró el ojo y oyó su voz desde una gran distancia, como si estuviera bajo el río y ella en la superficie. La madre le sacudió por el hombro.

—Harry —dijo inclinándose para acercar la boca a su oído—, cuéntame qué ha dicho.

Le levantó hasta dejarlo sentado y él se sintió como si lo hubieran sacado desde el fondo del río.

—Cuéntame —murmuró, y su aliento amargo cubrió el rostro de Bevel.

El niño vio el óvalo pálido cerca de él en la oscuridad.

—Ha dicho que ya no soy el mismo —musitó—. Me tienen en cuenta.

Al cabo de un segundo ella lo volvió a depositar, sujetándole de la pechera, en la almohada. Se quedó a su lado un momento y le acarició la frente con los labios. Luego se levantó y se alejó contoneando las caderas levemente a través del rayo de luz.

Bevel no se despertó temprano, pero el apartamento todavía estaba oscuro y cerrado. Se quedó un rato acostado hurgándose en la nariz y frotándose los ojos. Luego se sentó en la cama y miró por la ventana. El sol entraba, un gris pálido y sucio, por el vidrio. Enfrente, en el hotel Empire, una mujer de la limpieza negra miraba la calle desde la ventana de un piso alto, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Bevel se levantó, se puso los zapatos, fue al baño y luego a la sala. Se comió dos galletitas saladas untadas con pasta de anchoas que encontró sobre la mesa, bebió un poco de ginger ale que quedaba en una botella y buscó su libro en la habitación pero no dio con él.

El apartamento estaba en silencio. Sólo se oía el leve zumbido del refrigerador. Fue a la cocina y encontró un par de rebanadas de pan de pasas, las untó con medio tarro de mantequilla de cacahuete, se encaramó al alto taburete de la cocina y comió el emparedado lentamente, limpiándose la nariz de vez en cuando en el hombro. Cuando terminó, encontró un poco de batido de chocolate y se lo bebió. Hubiera preferido el ginger ale, pero habían dejado los abrebotellas donde él no los podía alcanzar. Observó un rato lo que había en la nevera: algunas verduras ya pasadas que ella habría olvidado que estaban allí y un montón de naranjas marrones que había comprado y no había exprimido; tres o cuatro clases de queso y algo de pescado en una bolsa de papel; el resto eran huesos de cerdo. Dejó abierta la puerta de la nevera, regresó a la sala oscura y se sentó en el sofá.

Pensó que no darían señales de vida hasta la una y que luego tendrían que salir a comer en un restaurante. Todavía no era lo bastante alto para llegar a la mesa y el camarero le traería una trona, pero era demasiado grande para la trona. Se sentó en medio del sofá, y empezó a golpearlo con los talones. Luego se levantó y caminó por la habitación mirando las colillas en los ceniceros como si fuera una costumbre. En su habitación tenía libros con ilustraciones y piezas de madera para construir cosas, pero

casi todo estaba medio roto; había descubierto que la mejor manera de hacerse con juguetes nuevos era romper los viejos. Había muy pocas cosas que hacer, salvo comer; sin embargo, no era un niño gordo.

Decidió vaciar unos cuantos ceniceros en el suelo. Si sólo vaciaba unos pocos, ella pensaría que se habían caído. Vació dos y esparció las cenizas con cuidado sobre la alfombra con el dedo. Luego estuvo un rato tumbado en el suelo estudiando sus pies mientras los tenía en el aire. Los zapatos todavía estaban húmedos y comenzó a pensar en el río.

Muy lentamente cambió su expresión como si poco a poco viera aparecer algo que no sabía que estuviera buscando. Entonces, de pronto, supo lo que quería hacer.

Se levantó, fue de puntillas hasta la habitación de sus padres y se quedó allí, en la luz mortecina, buscando el bolso de su madre. Pasó la mirada por el largo brazo pálido de ésta, que colgaba al borde de la cama, por encima del montículo blanco que formaba su padre y de la cómoda atestada de cosas, hasta que la posó en el bolso que colgaba del respaldo de la silla. Sacó unas fichas para el tranvía y medio paquete de caramelos Life Savers. Luego salió del apartamento y tomó el tranvía en la esquina. No había cogido una maleta porque no había nada que deseara llevarse de su casa.

Se apeó al final de la línea y echó a andar por la carretera que él y la señora Connin habían cogido el día anterior. Sabía que no habría nadie en la casa porque los tres chicos y la chica iban a la escuela y la señora Connin le había dicho que ella salía a hacer limpieza. Pasó junto a la casa y siguió el camino que los había llevado al río. Las casas de cartón estaban muy separadas entre sí y al cabo de un rato terminó el camino de tierra y hubo de andar por el arcén de la carretera. El sol era de un amarillo pálido, estaba alto y calentaba.

Pasó junto a una choza con un surtidor de gasolina delante, pero no vio al viejo plantado en la puerta con la vista perdida. El señor Paradise estaba bebiendo una naranjada. La terminó lentamente mientras, con los ojos entrecerrados, miraba por encima de la botella la pequeña figura con abrigo de cuadros escoceses que desaparecía por el camino. Luego dejó la botella vacía sobre un banco y, todavía con los ojos entrecerrados, se pasó la manga por la boca. Entró en la choza y cogió un pirulí de menta, de treinta centímetros de largo y cinco de ancho, del anaquel de los caramelos, y se lo guardó en el bolsillo. Luego subió al coche y condujo lentamente por la carretera en pos del niño.

Cuando Bevel llegó al campo salpicado de hierbajos purpúreos, estaba lleno de polvo y sudoroso, y lo cruzó al trote para llegar a la arboleda lo más rápido posible. Una vez allí, fue de un árbol a otro, tratando de encontrar el sendero que habían tomado el día anterior. Por fin dio con una senda entre las agujas de los pinos y la siguió hasta que vio el abrupto camino que serpenteaba entre los árboles.

El señor Paradise había dejado su coche junto a la carretera y había caminado hasta el lugar donde solía ir a sentarse casi todos los días, con una caña de pescar sin cebo en la mano mientras miraba el río pasar. Cualquiera que lo hubiera visto desde

lejos habría visto un viejo canto rodado medio escondido entre la maleza.

Bevel no lo vio. Tan sólo veía el río, resplandeciente con un amarillo rojizo. Se metió en él saltando, con los zapatos y el abrigo puestos, y tomó una bocanada de agua. Tragó un poco y escupió el resto y luego se quedó allí parado, con el agua hasta el pecho, mirando alrededor. El cielo era de un azul claro y pálido, de una sola pieza —salvo por el agujero que hacía el sol—, y orlado abajo con las copas de los árboles. El abrigo flotaba en la superficie y lo rodeaba como una extraña y alegre hoja de nenúfar mientras él sonreía al sol. No quería volver a hacer el tonto con un predicador, sino bautizarse a sí mismo y dejarse llevar esta vez hasta encontrar el Reino de Cristo en el río. No quería perder más tiempo. Metió la cabeza en el agua y empujó hacia abajo.

De inmediato comenzó a jadear y a escupir y su cabeza reapareció en la superficie; lo intentó de nuevo y sucedió lo mismo. El río lo rechazaba. Hizo otro intento y volvió a salir, sin aliento. Lo mismo le había ocurrido cuando el predicador lo sumergió: había tenido que luchar contra algo que le empujaba la cara para echarlo. Dejó de moverse y de pronto pensó: «Es otra broma, ¡no es más que otra broma!». Meditó sobre lo lejos que había venido para nada y empezó a golpear y a salpicar y a patear el inmundo río. Sus pies ya no tocaban nada. Soltó un gritito de indignación y dolor. Luego oyó un chillido, volvió la cabeza y vio algo como un cerdo gigante que avanzaba hacia él, saltando y agitando un palo rojo y blanco, sin dejar de chillar. Se sumergió una vez más y ahora la plácida corriente lo tomó como una mano larga y gentil y lo empujó rápidamente hacia delante y hacia abajo. Por un momento, le sobrecogió la sorpresa; después, como se movía deprisa y sabía que iba a alguna parte, toda la furia y el miedo le abandonaron.

La cabeza del señor Paradise aparecía de vez en cuando en la superficie. Finalmente, lejos, corriente abajo, el viejo se irguió como un antiguo monstruo marino y se quedó con las manos vacías, mirando con sus ojos opacos la línea del río hasta donde alcanzaba su mirada.

UN CÍRCULO EN EL FUEGO[15]

A veces la línea de árboles era una sólida pared de un gris azulado un poco más oscuro que el cielo, pero esa tarde estaba casi negra y, detrás, el cielo era de un pálido blanco resplandeciente.

—¿Conoce esa mujer que tuvo su bebé en el pulmón d'acero? —preguntó la señora Pritchard.

Ella y la madre de la niña estaban bajo la ventana desde donde ésta la miraba. La señora Pritchard estaba reclinada contra la chimenea, con los brazos sobre el estómago y un pie cruzado, cuyo dedo gordo apuntaba al suelo. Era una mujer corpulenta, con la cara pequeña y puntiaguda, los ojos inquisitivos e imperturbables. La señora Cope era todo lo contrario, muy bajita y delgada, de rostro grande y redondo, con ojos negros que parecían agrandarse todo el tiempo tras las gafas, como si continuamente estuviera asombrándose de algo. Estaba acuclillada arrancando hierbas de los bordes de los canteros alrededor de la casa. Las dos mujeres llevaban pamelas que alguna vez habían sido idénticas, pero ahora que la de la señora Pritchard estaba descolorida y deformada; la de la señora Cope aún se mantenía rígida y con su verde brillante.

—Leí algo sobre el caso —dijo.

—Era una Pritchard que se casó con un Brookin y, por lo tanto, parienta mía, prima política séptima o octava.

—Ya veo, ya veo —musitó la señora Cope, y arrojó un gran manojo de malas hierbas hacia atrás. Luchaba contra los hierbajos como si se tratara de una maldición enviada por el diablo para destruir el lugar.

—Ya qu'era parienta nuestra, fuimos a ver el cuerpo —prosiguió la señora Pritchard—. Vimos a la criatura también.

La señora Cope no dijo nada. Estaba acostumbrada a estas historias de calamidades; decía que la dejaban destrozada. La señora Pritchard era capaz de recorrer cincuenta kilómetros por la sola satisfacción de ver cómo enterraban a alguien. La señora Cope siempre desviaba la conversación hacia un tema más alegre, pero la niña había observado que esto sólo conseguía poner de mal humor a la señora Pritchard.

La niña pensó que era como si el cielo blanco estuviera empujando la pared de la fortaleza para tratar de abrirse paso. Los árboles del otro lado del campo cercano eran un mosaico de verdes, grises y amarillos. A la señora Cope siempre le preocupaba que hubiera un incendio en el bosque. Cuando las noches eran muy ventosas, decía a la niña: «¡Oh, Dios, reza pa que no haya ningún incendio, hace tanto viento!», y la niña farfullaba algo detrás de su libro o no decía nada porque oía esa frase muchas veces. En los atardeceres de verano, la señora Cope decía a la niña, que leía deprisa para aprovechar hasta la última luz: «Levántate y mira la puesta del sol, es una maravilla. Debes levantarte y mirarla», y la niña fruncía el ceño y no decía nada, o

levantaba la vista una vez para mirar, más allá del jardín y los dos prados, la azul y gris línea centinela de los árboles, tras lo cual reanudaba la lectura sin cambiar de expresión. «Parece un incendio —añadía la señora Cope—. Mejor será que te levantes, olfatees y veas si los árboles no están ardiendo».

—Tenía el brazo alrededor del pequeño dentro del ataúd —continuó la señora Pritchard, pero su voz quedó ahogada por el ruido del tractor que el negro, Culver, conducía. Remolcaba un vagón donde otro negro estaba sentado, con los pies sacudiéndose a unos centímetros del suelo. El tractor pasó de largo el portillo y se dirigió hacia el campo de la izquierda.

La señora Cope volvió la cabeza y vio que no había entrado por el portillo porque el negro era demasiado holgazán para bajarse y abrirlo. Había tomado el camino más largo.

—¡Dígale que pare y que venga aquí! —gritó.

La señora Pritchard se separó con esfuerzo de la chimenea y movió el brazo en un fiero círculo, pero él fingió no verla. Caminó con paso majestuoso hasta el límite del jardín y gritó:

—¡Eh, tú, bájate! ¡Quiere hablar contigo!

Él se apeó y caminó hacia la chimenea adelantando la cabeza y los hombros a cada paso para dar la impresión de diligencia. Llevaba la parte superior de la cabeza embutida en un sombrero de lienzo blanco manchado de sudor. Tenía caída el ala, que le cubría toda la frente y sólo dejaba ver la parte inferior de sus ojos rojizos.

La señora Cope estaba de rodillas escarbando la tierra con la pala.

—¿Por qué no pasas por el portillo? —preguntó, y esperó, con los ojos cerrados y los labios apretados como si se preparara para recibir cualquier respuesta estúpida.

—Tengo que levantar la cuchilla de la segadora si lo hacemos —respondió él, con la mirada posada a la izquierda de la mujer. Los negros de la señora Cope eran tan destructivos e impersonales como las malas hierbas.

Los ojos de la señora Cope, cuando los abrió, dieron la impresión de que podían seguir agrandándose hasta darle la vuelta y ponerla del revés.

—Levántala —dijo, y señaló el camino con la pala.

Él se alejó.

—A ellos les da igual —dijo la señora Cope—. No tienen responsabilidá. Agradezco al Señor que todos estos problemas no vengan de golpe. Me destruirían.

—Sí, podría ser —gritó la señora Pritchard para hacerse oír por encima del ruido del tractor. El hombre abrió el portillo, levantó la cuchilla, pasó y se alejó por el campo; el ruido disminuyó a medida que el vagón se alejaba—. No entiendo cómo ella pudo tenerlo allí dentro —continuó con voz normal.

La señora Cope estaba agachada, atacando de nuevo las malas hierbas.

—Tenemos muchas cosas de las qu’estar agradecías —dijo—. Debería rezar todos los días una oración en acción de gracias. ¿Lo hace?

—Sí, señora —respondió la señora Pritchard—. ¿Se da cuenta? Estuvo cuatro

meses dentro de eso antes de tenerlo. Me parece que si yo estuviera en uno, me iría… ¿Cómo cree que pudieron…?

—Todos los días rezo una oración de gracias —explicó la señora Cope—. Piense en todo lo que tenemos. Dios mío —añadió, y suspiró—, lo tenemos to. —Miró alrededor: los verdes pastos, las colinas pobladas de árboles que daban madera; y movió la cabeza como si fuera un peso que trataba de sacarse de encima.

La señora Pritchard contempló los bosques.

—To lo que yo tengo son cuatro abscesos en las encías —exclamó.

—Bueno, agradezca que no son cinco —repuso la señora Cope, y arrojó hacia atrás un manojo de hierba—. Podríamos ser destruidos todos por un huracán. Siempre encuentro algo pa estar agradecía.

La señora Pritchard cogió la azada que descansaba contra la pared de la casa y golpeó débilmente una hierba que brotaba entre dos ladrillos de la chimenea.

—Supongo que usté puede hacerlo —dijo, y su voz sonó un poco más nasal que de costumbre por el desprecio.

—Piense en todos esos pobres europeos —continuó la señora Cope— que meten en vagones como si fueran ganado y llevan a Siberia. Santo Dios, deberíamos estar la mitá del tiempo de rodillas.

—Sé que si estuviera allí en un pulmón d’acero habría algunas cosas que no haría —dijo la señora Pritchard rascándose la rodilla con la punta de la azada.

—Hast’esa pobre mujer tiene mucho por lo que estar agradecida —afirmó la señora Cope.

—Podía agradecer no estar muerta.

—Ciertamente —dijo la señora Cope, y a continuación señaló a la señora Pritchard con la pala—. Tengo la finca mejor cuidada de la zona y ¿sabe usté por qué? Porque trabajo. He tenío que trabajar pa salvar este lugar y ahora trabajo pa mantenerlo. —Subrayó cada palabra con la pala—. No permito que los acontecimientos me superen y no me meto en líos. A medida que vienen los problemas, los afronto.

—Si todos vinieran de golpe… —empezó la señora Pritchard.

—No vienen nunca todos juntos —dijo bruscamente la señora Cope.

La niña podía extender la mirada hasta donde el camino de tierra se unía a la carretera. Vio que una camioneta paraba en el portón y que descendían tres chicos que echaron a andar por el camino de tierra colorada. Caminaban en fila india. El del medio iba ladeado, cargado con una maleta negra abultada como un cerdo.

—Bueno, si alguna vez sucediera —dijo la señora Pritchard—, no habría na qu’usté pudiera hacer salvo alzar las manos al cielo.

La señora Cope ni siquiera le contestó. La señora Pritchard cruzó los brazos y miró hacia el camino como si pudiera ver sin ninguna dificultad las hermosas colinas que se iban achatando hasta perderse a lo lejos. Vio a los tres chicos, que ya casi habían alcanzado el camino de entrada.

—Mire allí —dijo—. ¿Quiénes cree usté que son ésos?

La señora Cope se echó hacia atrás, se apoyó con una mano en la tierra a su espalda y miró. Los tres caminaban hacia ellas, pero daba la impresión de que iban a continuar caminando hasta doblar la esquina de la casa. El que llevaba la maleta iba ahora delante. Finalmente se detuvo a unos dos metros de ella y dejó la maleta en el suelo.

Los tres muchachos se parecían bastante, sólo que el de estatura mediana llevaba gafas de montura plateada y la maleta. Tenía un poco de estrabismo en un ojo, así que su mirada parecía provenir de dos lados al mismo tiempo y daba la impresión de rodear a ambas mujeres. Llevaba una camiseta con un descolorido destructor estampado, pero tenía el pecho tan hundido que el destructor quedaba partido por la mitad y parecía irse a pique. El sudor le había pegado el pelo a la frente. Aparentaban unos trece años. Los tres chicos tenían la mirada blanca y penetrante.

—Supongo que no se acordará de mí, señora Cope —dijo.

—Tu cara me suena, desde luego —murmuró ella, escudriñándolo—. A ver…

—Mi papá trabajó aquí —indicó él.

—¿Boyd? —dijo ella—. ¿Tu padre era el señor Boyd y tú eres J. C?

—No, soy Powell, el segundo. He creció algo desde entonces y mi papá está ahora muerto. Se murió.

—Muerto. ¡Vaya por Dios! —exclamó la señora Cope como si la muerte siempre fuera algo inusual—. ¿Qué le pasó al señor Boyd?

Un ojo de Powell parecía estar revisando el lugar, examinando la casa, la blanca torre del depósito de agua, los gallineros y los prados que se extendían a ambos lados hasta la línea de los bosques. El otro ojo la miraba.

—Murió en Florida —dijo, y empezó a dar puntapiés a la maleta.

—¡Vaya por Dios! —murmuró ella. Después de un segundo, preguntó—: ¿Y cómo está tu madre?

—Casada de nuevo. —El muchacho se quedó mirando cómo su pie golpeaba la maleta. Los otros dos miraban a la señora Cope con impaciencia.

—¿Y dónde vivís ahora? —preguntó ella.

—En Atlanta —respondió él—. En uno de esos pisos del gobierno.

—Ya veo —dijo ella—, ya veo. —Después de un instante, lo repitió de nuevo y finalmente preguntó—: ¿Y quiénes son estos otros niños? —Y les sonrió.

—Este es Garfield Smith y este W. T. Harper —dijo él señalando con la cabeza primero al alto y después al pequeño.

—¿Cómo estáis, muchachos? —dijo la señora Cope—. Esta es la señora Pritchard. La señora y el señor Pritchard ahora trabajan aquí.

Ni siquiera miraron a la señora Pritchard, que los observaba con sus ojillos brillantes. Los tres parecían suspendidos allí, esperando, mirando a la señora Cope.

—Bueno, bueno —dijo ella echando un vistazo a la maleta—, muy amable de vuestra parte haber venío a saludarme. Creo que sois muy, pero que muy amables.

La mirada de Powell parecía oprimirla como un par de tenazas.

—Hemos venío a ver cómo estaba —dijo con voz ronca.

—Escuche —intervino el menor—, desde que lo conocemos, nos ha estao contando cosas de este lugar. Dice qu'había de to. Dice qu'aquí había caballos. Dice qu'aquí fue donde lo pasó mejor en su vida, en este lugar. Siempre habla d'esto, to el tiempo.

—Nunca para d'hablar de este sitio —gruñó el muchacho más alto, pasándose el brazo por la nariz como para amortiguar sus palabras.

—Siempre está hablando de los caballos que montaba aquí —continuó el menor —, y nos dijo que también nos dejaría montarlos. Dijo que había uno que se llamaba Gene.

La señora Cope siempre tenía miedo de que alguien se hiciera daño en su casa y la demandaran por todo lo que poseía.

—No están herrados —se apresuró a decir—. Había uno que se llamaba Gene, pero murió y me temo que vosotros, muchachos, no podéis montar los caballos porque os podéis lastimar. Son peligrosos.

El muchacho alto se sentó en el suelo con una exclamación de contrariedad y empezó a sacar piedrecillas de sus deportivas. El pequeño lanzó miradas aquí y allá, y Powell la miró fijamente, pero no dijo nada.

Un momento después, el pequeño dijo:

—Eh, señora, ¿sabe usté lo que nos dijo una vez? Dijo que cuando se muriera ¡quería venir aquí!

Por un instante la señora Cope pareció desconcertada; luego se sonrojó; entonces un extraño gesto de dolor apareció en su rostro al darse cuenta de que esos chicos tenían hambre. ¡La estaban mirando porque tenían hambre! Casi se sofocó y se apresuró a preguntarles si querían comer algo. Dijeron que sí, pero sus rostros, de expresión serena e insatisfecha, no se iluminaron.

Parecían estar acostumbrados a tener hambre, y eso no le incumbía a ella.

La niña, en el piso superior, se había puesto colorada de emoción. Estaba arrodillada en la ventana para que sólo sus ojos y su frente asomaran sobre el alféizar. La señora Cope dijo a los chicos que rodearan la casa hasta donde estaban las sillas de jardín y les mostró el camino. La señora Pritchard la siguió. La niña salió del dormitorio de la derecha, cruzó el pasillo, entró en el dormitorio de la izquierda y miró hacia el otro lado de la casa, donde había tres sillas blancas de jardín y una hamaca roja que colgaba entre dos avellanos. Era una niña de trece años, pálida, gorda, con la mirada ceñuda y la boca grande llena de tiras plateadas. Se arrodilló junto a la ventana.

Los tres muchachos rodearon la casa; el mayor se tumbó en la hamaca y encendió una colilla; el pequeño se desplomó en el césped al lado de la maleta negra y descansó la cabeza sobre ella, y Powell se sentó en el borde de una silla, y pareció tratar de abarcar todo el lugar con una sola mirada envolvente. La niña oyó a su

madre y a la señora Pritchard en una silenciosa conferencia en la cocina. Se puso en pie, salió al pasillo y se inclinó sobre la barandilla.

Las piernas de la señora Cope y las de la señora Pritchard estaban frente a frente en el vestíbulo de atrás.

—Estos pobres chicos tienen hambre —dijo la señora Cope con voz apagada.

—¿Ha visto la maleta? —preguntó la señora Pritchard—. ¿Y si esos chicos esperan pasar la noche aquí?

La señora Cope dejó escapar un gritito.

—No puedo tener aquí tres muchachos cuando sólo estamos Sally Virginia y yo —dijo.

—Estoy segura de que se irán ando les demos de comer.

—Sólo sé que tienen una maleta —repuso la señora Pritchard.

La niña volvió corriendo a la ventana. El mayor estaba estirado en la hamaca con las muñecas cruzadas bajo la nuca y la colilla en el centro de la boca. La escupió formando un arco perfecto cuando la señora Cope dobló la esquina con un plato de galletas saladas. Se detuvo en seco, como si le hubieran lanzado una serpiente a su paso.

—¡Ashfield! —dijo—. Recoge eso ahora mismo. Me dan miedo los fuegos.

—¡Gardfield! —gritó indignado el pequeño—. ¡Gardfield!

El mayor se levantó sin pronunciar palabra y caminó pesadamente hasta la colilla. La cogió, se la metió en el bolsillo y se quedó allí dándole la espalda, examinando un corazón que tenía tatuado en el antebrazo. La señora Pritchard apareció con tres botellas de Coca-Cola que llevaba cogidas por el cuello con una mano y dio una a cada chico.

—Me acuerdo de to lo d'este lugar —dijo Powell mirando por la boca de la botella.

—¿Adónde fuisteis cuando os marchasteis de aquí? —preguntó la señora Cope, y colocó el plato de galletas saladas en el brazo de la silla del chico.

Él las miró pero no cogió ninguna. Dijo:

—Recuerdo que había uno que se llamaba Gene y otro que llamaba George. Fuimos a Florida y mi papá murió, y entonces fuimos a casa de mi hermana y luego mi madre se casó, y desde entonces estamos ahí.

—Aquí hay unas galletas —dijo la señora Cope, y se sentó en la silla frente a él.

—A él no le gusta Atlanta —intervino el pequeño, que se levantó y cogió una galleta con indiferencia—. Nunca está a gusto en ningún lugar, excepto aquí. Le diré lo qu'hace, señora. Estamos jugando a pelota allí, en el barrio, tenemos que jugar a pelota, y él deja de jugar y dice: «Me cago en diez, allá había un caballo que se llamaba Gene y si lo tuviera aquí mandaría to este pavimento a la mierda».

—Estoy segura de que Powell no usa ese vocabulario. ¿Verdá, Powell? —dijo la señora Cope.

—No, señora —respondió él. Tenía la cabeza totalmente ladeada como si esperara

oír el sonido de los caballos en el campo.

—No me gustan estas galletas —dijo el pequeño, y dejó en el plato la que había cogido y se levantó de la silla.

La señora Cope se removió en su asiento.

—Así que vosotros, muchachos, vivís en uno de esos nuevos y bonitos bloques de pisos —dijo.

—La única manera de reconocer el tuyo es por el olor —apuntó el pequeño—. Tienen cuatro pisos de altura y hay diez, uno detrás del otro. Vamos a ver los caballos —dijo.

Powell volvió su mirada atenazadora hacia la señora Cope.

—Habíamos pensao que podríamos pasar la noche en su establo —dijo—. Mi tío nos trajo hast'aquí con su camioneta y mañana temprano vendrá a recogernos.

Por el momento ella no dijo nada y la niña en la ventana pensó: «Va a salir volando de esa silla y s'estampará contra el árbol».

—Bueno, me temo qu'es imposible —dijo la señora Cope poniéndose en pie súbitamente—. El establo está lleno de heno y me da miedo que vuestros cigarrillos provoquen un incendio.

—No fumaremos —dijo él.

—Me temo que de todos modos no podéis pasar la noche allí —repitió como si estuviera hablando cortésmente con un gángster.

—Bueno, entonces acamparemos en el bosque —dijo el pequeño—. Hemos traído mantas. Eso es lo que tenemos en la maleta. Vamos.

—¡En el bosque! —dijo ella—. ¡Oh, no! El bosque ahora está muy seco, no puede haber gente que fume en mi bosque. Tendréis qu'acampar en el campo, en este d'aquí, cerca de la casa, donde no hay árboles.

—Donde os pueda vigilar —susurró la niña.

—Su bosque —musitó el muchacho alto, y se levantó de la hamaca.

—Dormiremos en el campo —dijo Powell, pero no como si se estuviera dirigiendo a ella.

—Esta tarde les enseñaré el lugar.

Los otros dos ya se alejaban cuando se puso en pie y caminó tras ellos. Las dos mujeres se quedaron sentadas con la maleta en medio.

—Ni gracias, ni na —exclamó la señora Pritchard.

—Sólo han jugao con lo que les hemos dao de comer —dijo la señora Cope con tono ofendido.

La señora Pritchard aventuró que tal vez no les gustasen los refrescos.

—Desde luego parecían tener hambre —dijo la señora Cope.

Salieron del bosque al caer de la tarde, sucios y sudorosos, y se acercaron al porche y pidieron agua. No pidieron comida, pero la señora Cope se dio cuenta de que deseaban hacerlo.

—Lo único que tengo es gallina de Guinea fría —dijo—. ¿Queréis un poco y

unos bocadillos?

—Yo no comería na con la cabeza pelá como las gallinas de Guinea —dijo el pequeño—. Me comería un pollo o un pavo, pero no una gallina.

—Ni los perros se la comerían —dijo el mayor. Se había quitado la camisa y la había enganchado detrás de los pantalones como una cola. La señora Cope procuró no mirarlo. El pequeño tenía un corte en el brazo.

—Muchachos, no habréis montado los caballos cuando os pedí que no lo hicierais, ¿verdá? —preguntó con recelo, y los tres respondieron: «¡No, señora!», al unísono y con un tono alto y entusiasta como cuando se dice amén en las iglesias del campo.

Entró en la casa y, mientras les preparaba unos bocadillos, mantuvo una conversación con ellos desde el interior de la cocina, con preguntas sobre qué hacían sus padres, cuántos hermanos tenían y dónde iban a la escuela. Le contestaron con cortas frases explosivas, empujándose unos a otros por los hombros y doblándose de risa como si las preguntas tuvieran un sentido que ella desconocía.

—¿Y en la escuela tenéis maestros o maestras? —inquirió.

—De los dos, y algunos que no se sabe qué son —contestó con una risotada el mayor.

—¿Y tu madre trabaja, Powell? —preguntó rápidamente ella.

—¡Te pregunta si tu madre trabaja! —gritó el pequeño—. Tiene el cerebro afectao por esos caballos que sólo ha estao mirando —explicó—. Su madre trabaja en una fábrica y deja que él se ocupe de los otros; sólo que no los cuida mucho. Una vez, señora, encerró a su hermanito en una caja y le prendió fuego.

—Estoy segura de que Powell no es capaz d'hacer algo así —dijo ella, mientras salía con un plato de bocadillos y lo ponía en un escalón.

Lo vaciaron en un segundo y ella lo levantó y se quedó con él en la mano, mirando el sol que se estaba poniendo frente a ellos, casi sobre la línea de los árboles. Estaba inflamado, tenía el color de las llamas y pendía de una red de nubes deshilachadas como si fuera a arder en cualquier momento y a caer sobre el bosque. Desde la ventana del primer piso la niña vio que su madre temblaba y pegaba los brazos a los costados.

—Tenemos muchas cosas por las qu'estar agradecíos —dijo de pronto, con un tono de asombro lúgubre—. Muchachos, ¿dais gracias a Dios todas las noches por lo que Él ha hecho por vosotros? ¿Le dais gracias por to?

Esto impuso un silencio inmediato. Mordieron los bocaditos como si hubieran perdido todo gusto por la comida.

—¿Lo hacéis? —insistió ella.

Estaban tan silenciosos como ladrones en su escondite. Mascaban sin hacer ruido.

—Bueno, yo sé que lo hago —dijo finalmente; se volvió y entró de nuevo en la casa, y la niña observó que encorvaba la espalda.

El mayor estiró las piernas como si se estuviera liberando de una trampa. El sol

ardía tan rápido que parecía que intentaba incendiar todo cuanto había a la vista. La torre blanca del depósito del agua estaba esmaltada de rosa y el césped era de un verde anormal, como si se estuviera transformando en vidrio. De pronto la niña asomó la cabeza por la ventana y gritó: «Ugggghhrrhh» bizqueando y sacando la lengua todo lo que pudo, como si fuera a vomitar.

El mayor alzó la vista y la miró.

—Joder —gruñó—, otra mujer.

Ella se apartó de la ventana y se quedó de espaldas contra la pared, bizqueando mucho como si la hubieran abofeteado y no supiera quién había sido. Tan pronto como los chicos se alejaron de los escalones, bajó a la cocina, donde la señora Cope estaba lavando los platos.

—Si agarrara a ese grandote, l'haría picadillo —dijo.

—Mantente alejada d'esos muchachos —dijo la señora Cope dándose la vuelta bruscamente—. Las damas no hacen picadillo a la gente. Mantente alejada d'ellos. Mañana por la mañana s'habrán ido.

Pero a la mañana siguiente no se habían ido.

Cuando salió al porche después del desayuno, estaban al lado de la puerta trasera, dando patadas a los escalones. Estaban oliendo el beicon que ella había comido en el desayuno.

—¡Pero, chicos! —dijo—. Creí que ibais a encontraros con vuestro tío.

Tenían la misma cara de hambre pertinaz que le había dolido el día anterior, pero hoy se sentía un tanto disgustada.

El mayor le dio la espalda de inmediato y el pequeño se puso en cuclillas y comenzó a escarbar en la arena.

—Pues no lo vamos a hacer —dijo Powell.

El mayor volvió la cabeza lo justo para ver a la mujer y dijo:

—No estamos fastidiando na suyo.

No vio cómo se le agrandaban los ojos, pero tomó nota del silencio elocuente. Un instante después, ella dijo con voz alterada:

—¿Queréis algo pa desayunar?

—Tenemos mucha comida —respondió el mayor—. No queremos na suyo.

Ella tenía la mirada fija en Powell, cuyo rostro flaco y blanco parecía hacerle frente, pero sin verla en realidad.

—Muchachos, sabéis que me gusta teneros aquí —dijo—, pero espero qu'os comportéis. Espero qu'os portéis como caballeros.

Ellos se quedaron donde estaban, cada uno mirando en una dirección, como esperando a que ella se fuera.

—Después de to —añadió ella con voz súbitamente alta—, ésta es mi tierra.

El mayor hizo un ruido ambiguo, se dieron la vuelta y se encaminaron hacia el establo, y ella se quedó allí con cara de asombro, como si la hubieran enfocado de repente con un haz de luz en medio de la noche.

Al poco rato la señora Pritchard llegó y se quedó en la puerta de la cocina con la mejilla contra el marco.

—Supongo que sabrá qu'ayer se pasaron toda la tarde montando a caballo —dijo —. Robaron un freno del cuarto de las monturas y montaron a pelo. Hollis los vio. Los echó del establo a las nueve de la noche y esta mañana los ha echao del cuarto de ordeñar y tenían leche alrededor de la boca como si hubieran estao bebiendo de las cántaras.

—No puedo tolerarlo —dijo la señora Cope, de pie al lado del fregadero con los puños cerrados a los costados—. No puedo tolerarlo. —Su expresión era la misma que cuando arrancaba las malas hierbas.

—No hay na qu'usté pueda hacer —apuntó la señora Pritchard—. Supongo que los tendrá aquí alrededor de una semana, hasta que comience la escuela. Han planeao unas vacaciones en el campo y no hay na qu'usté pueda hacer salvo quedarse con los brazos cruzaos.

—No me quedaré con los brazos cruzaos —repuso la señora Cope—. Dígale al señor Pritchard que encierre los caballos en el establo.

—Ya lo ha hecho. Un mocoso de trece años es tan malo como un hombre que le dobla la edad. Nunca se puede saber cuál será su próximo movimiento. Nunca se sabe cuándo efectuará su próximo ataque. Esta mañana, Hollis los vio detrás del corral del toro y el grandote preguntó si no había un lugar donde se pudiesen lavar, y Hollis dijo que no y que usté no quería tener mocosos que tiraran cigarrillos en el bosque, y él dijo: «Ella no es la dueña de los bosques», y Hollis dijo: «Sí lo es», y entonces el pequeño dijo: «Hombre, Dios es el dueño de los bosques y d'ella también», y el de las gafas dijo: «Supongo que también es la dueña d'este cielo», y el pequeño va y dice: «Es la dueña d'este cielo y ningún aeroplano puede pasar si ella así lo ordena», y luego el grande dice: «Nunca he visto un lugar con tantas malditas mujeres, ¿cómo lo puedes soportar?», y Hollis les dijo que ya había oído bastantes tonterías, dio media vuelta y se fue sin decirles na más.

—Voy a decirles a esos muchachos que pueden irse en el camión de la leche —dijo la señora Cope, y salió por la puerta trasera dejando a la señora Pritchard y a la niña solas en la cocina.

—Escuche —dijo la niña—, yo los podría convencer mejor.

—¿Ah, sí? —murmuró la señora Pritchard echándole una larga mirada de reojo —. ¿Cómo los convencerías?

La niña juntó las manos y las apretó haciendo una mueca como si estuviera estrangulando a alguien.

—Ellos te convencerían a ti —dijo la señora Pritchard con satisfacción.

La niña se retiró hasta la ventana de arriba para evitar su presencia y vio cómo su madre se alejaba de los tres muchachos, que estaban acuclillados bajo el depósito de agua y comían algo de una caja de galletas. La oyó entrar en la cocina y explicar:

—Han dicho que s'irán en el camión de la leche, y con razón no tienen hambre:

tienen la mita d’esa maleta llena de comida.

—Es muy posible que la hayan robao —apuntó la señora Pritchard.

Cuando llegó el camión de la leche, a los tres muchachos no se los vio por ningún lado, pero, tan pronto como partió sin ellos, los tres rostros aparecieron en la abertura superior del establo de los terneros.

—¡Es el colmo! —dijo la señora Cope, parada ante una de las ventanas de arriba con las manos en las caderas—. No es que no me guste tenerlos aquí; es su actitud.

—A ti no te gusta la actitud de nadie —dijo la niña—. Iré a decirles que tienen cinco minutos pa irse d’aquí.

—Ni se te ocurra acercarte a esos muchachos, ¿me oyes? —dijo la señora Cope.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

—Porque voy a ir yo misma a cantarles las cuarenta.

La niña recuperó su posición en la ventana y enseguida vio el sombrero rígido y verde, que reflejaba el destello del sol, mientras su madre cruzaba el camino hacia el establo de los terneros. Los tres rostros desaparecieron inmediatamente de la abertura, y en un segundo el mayor cruzó como un rayo el terreno, seguido de los otros dos. La señora Pritchard también salió de la casa y las dos mujeres se encaminaron hacia la arboleda en la que habían desaparecido los tres muchachos. Al poco tiempo, las dos pamelas se perdieron en el bosque y los tres chicos salieron por la izquierda y cruzaron corriendo un campo en dirección a otro bosquecillo. Cuando la señora Cope y la señora Pritchard llegaron allí, el campo estaba vacío. Lo único que podían hacer era volver a la casa.

No hacía mucho que la señora Cope había entrado en la casa cuando la señora Pritchard llegó corriendo, gritando algo.

—¡Han dejao salir al toro! —aullaba—. ¡Han dejao salir el toro!

De pronto apareció tras ella el toro, negro y tranquilo, con cuatro gansos protestando detrás. No era arisco si no lo acosaban y el señor Pritchard y los negros tardaron media hora en hacerlo regresar al corral. Cuando los hombres estaban ocupados en esto, los muchachos vertieron el aceite de los tres tractores y desaparecieron de nuevo en el bosque.

A la señora Cope le habían salido dos venas azules en las sienes y la señora Pritchard las observó con satisfacción.

—Como yo le dije —comentó—, no hay na qu’usted pueda hacer.

La señora Cope engulló la cena deprisa, sin darse cuenta de que tenía la pamela puesta. Cada vez que oía un ruido, daba un respingo. La señora Pritchard llegó inmediatamente después de la cena y dijo:

—Bueno, ¿quiere saber dónde están ahora? —Y sonrió con una expresión de omnisciencia y satisfacción.

—Quiero saberlo ahora mismo —dijo la señora Cope, prestando una atención casi militar.

—En el camino, arrojando piedras contra su buzón —explicó la señora Pritchard,

recostada cómodamente contra la puerta—. Ya casi lo han arrancao del soporte.

—Al coche —dijo la señora Cope.

La niña también subió y fueron por el camino hacia el portón. Los muchachos estaban sentados en el terraplén del otro lado de la carretera, lanzando piedras contra el buzón. La señora Cope frenó el coche casi debajo de ellos y miró por la ventanilla. Los tres la observaron como si nunca la hubieran visto, el mayor con semblante huraño, el pequeño con sus ojillos brillantes y sin sonreír, y Powell con una expresión ausente en su mirada estrábica sobre el destructor quebrado de su camiseta.

—Powell —dijo ella—, estoy segura de que tu madre se avergonzaría de ti. —Guardó silencio y esperó que esto surtiera algún efecto. El rostro de Powell pareció contraerse un poco, pero continuó mirándola con expresión ausente.

—He aguantao to lo que he podío. He tratao de ser amable con vosotros. ¿No he sido amable con vosotros, muchachos?

Habrían parecido tres estatuas de no ser porque el mayor, sin apenas abrir la boca, dijo:

—Ni siquiera estamos en su propiedad, señora.

—No hay na qu'usté pueda hacer —siseó en voz alta la señora Pritchard. La niña estaba sentada en el asiento de atrás, pegada a ella. Tenía cara de enfadada y ofendida, pero mantuvo la cabeza apartada de la ventanilla para que no la vieran.

La señora Cope habló lentamente, subrayando cada palabra.

—Creo qu'he sido muy amable con vosotros. Os he dao de comer dos veces. Ahora voy al pueblo y, si todavía estáis aquí cuando regrese, llamaré al *sheriff*.

Dicho esto, el coche partió. La niña, volviéndose rápidamente para mirar por la luna trasera, observó que no se habían movido; ni siquiera habían vuelto la cabeza.

—Ahora los ha hecho enfadar —dijo la señora Pritchard—, y vaya a saber qué harán.

—S'habrán ido cuando regresemos —afirmó la señora Cope.

La señora Pritchard no podía soportar un anticlímax. Necesitaba el sabor de la sangre de tanto en tanto para mantener el equilibrio.

—Conozco un hombre cuya mujer fue envenena por un chico al qu'habían adoptao por pura bondá —dijo.

Cuando volvieron del pueblo, los muchachos no estaban en el terraplén, y dijo:

—Prefiero verlos que no verlos. Cuando los ves, sabes por lo menos lo qu'están haciendo.

—Tonterías —musitó la señora Cope—. Los he asustao y s'han ido y ahora nos podemos olvidar d'ellos.

—Yo no me olvido —repuso la señora Pritchard—. No me sorprendería na que tuviesen una pistola en la maleta.

La señora Cope se enorgullecía de su actitud ante la mentalidad de la señora Pritchard. Cuando la señora Pritchard veía señales y presagios de mal agüero, ella los explicaba con calma como productos de la imaginación, pero esa tarde tenía los

nervios de punta, y dijo:

—Ya hemos tenío bastante. Los chicos s'han ido y eso es to.

—Muy bien, ya veremos —repuso la señora Pritchard.

Todo estuvo tranquilo durante el resto de la tarde, pero a la hora de la cena, la señora Pritchard llegó para decir que había oído una risa perversa entre los arbustos que había cerca de la porqueriza. Era una risa maligna, llena de maldad calculada, y la había oído tres veces, ella misma, con toda claridad.

—Yo no he oído na —dijo la señora Cope.

—Creo que van atacar tan pronto como anochezca —afirmó la señora Pritchard.

Esa noche, la señora Cope y la niña estuvieron sentadas en el porche hasta casi las diez y no pasó nada. Los únicos sonidos provenían de las ranas de San Antonio y de un chotacabras que cantaba cada vez más deprisa desde algún punto de la oscuridad.

—S'han ido —comentó la señora Cope—, pobrecitos —Y comenzó a decirle a la niña cuan agradecidas debían estar por todo lo que tenían, ya que, dijo, podrían haber tenido que vivir en uno de esos pisos del gobierno, o podrían haber sido negras, o podrían haber estado en un pulmón de acero, o podrían haber sido europeos acarreados en vagones de carga como ganado, y empezó una letanía de sus bendiciones, con voz afligida, que la niña, aguzando los sentidos al oír un súbito chillido en la oscuridad, no escuchó.

A la mañana siguiente, tampoco había señales de los muchachos. La fortaleza que formaba la línea de árboles era de un azul granítico; durante la noche se había levantado viento y el sol había surgido de un dorado pálido. La estación estaba cambiando. Hasta un leve cambio en la temperatura hacía que la señora Cope se sintiera agradecida, pero cuando las estaciones cambiaban parecía casi atemorizada de su buena fortuna por haber escapado a lo que pudiera perseguirla. Como hacía a veces cuando algo terminaba y otra cosa iba a comenzar, volvió su atención a la niña, que se había puesto un par de guardapolvos sobre el vestido, se había calado un sombrero de hombre hasta las cejas y estaba colocando dos pistolas en una pistolera decorada que le colgaba de la cintura. El sombrero de fieltro le quedaba muy apretado y parecía forzarle los colores en el rostro. Casi le llegaba al borde de las gafas. La señora Cope la miró con semblante trágico.

—¿Por qué tienes que parecer una idiota? —le preguntó—. ¿Y si vienen visitas? ¿Cuándo vas a crecer? ¿Qué va ser de ti? ¡Te miro y me dan ganas de llorar! ¡A veces pareces hija de la señora Pritchard!

—Déjame —replicó la niña con tono muy irritado—. Déjame. Tan sólo déjame en paz. Yo no soy tú. —Y se fue hacia el bosque como si estuviera acechando al enemigo, con la cabeza hacia delante y cada mano sobre la culata de una pistola.

La señora Pritchard se acercó, malhumorada, porque no tenía ninguna calamidad de la que informar.

—Tengo todas las desgracias en la cara —dijo aferrándose a lo que podía salvar —. Estos dientes… Cada uno parece un divieso.

La niña caminaba ruidosamente por el bosque sobre las hojas caídas, que producían un sonido aciago bajo sus pies. El sol había subido un poco y era sólo un agujero blanco como una abertura para que el viento escapara hacia un cielo un poco más oscuro, y las copas de los árboles se veían negras contra el resplandor.

—Os voy a coger uno a uno y a apalearos hasta que os llenéis de moretones. En fila. ¡En fila! —dijo, y apuntó con una pistola a un grupo de altos pinos de troncos desnudos, cuatro veces más altos que ella, cuando pasó a su lado. Siguió caminando, murmurando y refunfuñando, y de vez en cuando golpeaba con una pistola alguna rama que se interponía en su camino. De tanto en tanto, se paraba para sacarse las espinas que se le clavaban en la ropa y decía—: T'he dicho que me dejes. Déjame en paz. —Y daba un golpe con la pistola y luego proseguía su camino.

Al rato se sentó en un tocón para serenarse, pero plantó ambos pies con cuidado y firmeza en el suelo. Los levantó y bajó varias veces, apretándolos con furia contra la tierra como si estuviera aplastando algo con los tacones. De pronto oyó una risotada.

Se irguió, con la carne de gallina. Sonó otra vez. Oyó el sonido de una zambullida y se puso en pie, sin saber por dónde escapar. No estaba lejos de donde terminaba esa arboleda y empezaba el pastizal. Se encaminó hacia el pastizal, con mucho cuidado para no hacer ruido, y al llegar al borde vio de pronto a los tres muchachos, a menos de diez metros de distancia, lavándose en el abrevadero de las vacas. Sus ropas estaban apiladas junto a la maleta negra, lejos del alcance del agua que manaba del costado del tanque. El mayor estaba de pie y el pequeño trataba de encaramarse sobre sus hombros. Powell estaba sentado mirando fijamente hacia al frente tras las gafas salpicadas de agua. No prestaba la menor atención a los otros dos. Los árboles debían de parecer cataratas verdes a través de sus gafas mojadas. La niña estaba parcialmente escondida tras un tronco de pino, con la mejilla pegada a la corteza.

—¡Ojalá viviera aquí! —gritó el pequeño, mientras se balanceaba con las rodillas apretadas contra la cabeza del mayor.

—¡Yo estoy bien contento de no vivir aquí! —jadeó el muchacho alto, y saltó para desembarazarse del peso.

Powell continuaba sentado sin moverse, como si no supiera que los otros dos estaban detrás, y miraba fijamente al frente como un fantasma que se hubiera incorporado en su ataúd.

—Si este lugar desapareciera —dijo—, no tendríais que pensar en él nunca más.

—Escucha —repuso el muchacho alto, que se sentó lentamente en el agua con el pequeño todavía sobre los hombros—, no pertenece a nadie.

—Es nuestro —dijo el pequeño.

La niña detrás del árbol no se movió. Powell saltó del abrevadero y comenzó a correr. Corrió alrededor de todo el campo como si algo lo persiguiera y, cuando pasó junto al tanque nuevamente, los otros dos saltaron y corrieron con él; el sol relumbrando en sus largos cuerpos mojados. El grande era más rápido e iba a la cabeza. Dieron dos vueltas al campo, se dejaron caer junto a sus ropas y se quedaron

allí tumbados con las costillas moviéndose arriba y abajo. Al rato, el mayor dijo con voz ronca:

—¿Sabéis lo qu'haría con este lugar si tuviera la oportunidá?

—No. ¿Qué? —preguntó el pequeño, y se sentó para prestarle toda su atención.

—Construiría un aparcamiento, o algo así —musitó el otro. Se empezaron a vestir. El sol creó dos puntos blancos en las gafas de Powell y borró sus ojos.

—Yo sé lo que vamos hacer —dijo.

Sacó algo pequeño del bolsillo y lo mostró. Durante un minuto se quedaron allí sentados mirando lo que tenía en la mano. Luego, sin pronunciar palabra, Powell cogió la maleta, se pusieron los tres en pie, pasaron junto a la niña y entraron en el bosque a menos de tres metros de donde ella estaba, un tanto apartada del árbol ahora, con la huella de la corteza impresa en el rostro, roja y blanca sobre la mejilla.

Observó con mirada aturdida cómo se detenían, juntaban todas las cerillas que tenían entre los tres y comenzaban a prender fuego a la maleza. Se pusieron a aullar, a chillar, a darse golpecitos en la boca con la palma de la mano, y en unos pocos segundos hubo una delgada línea de fuego entre la niña y los muchachos. Mientras ella observaba, el fuego subió por la maleza y arrancó y mordió las ramas bajas de los árboles. El viento empujó jirones de fuego aún más arriba y los muchachos desaparecieron chillando tras ellas.

La niña se dio la vuelta y trató de correr por el campo, pero tenía las piernas demasiado pesadas y se quedó allí, aplastada por una nueva tristeza imposible de identificar que nunca había sentido antes. Pero al final echó a correr.

La señora Cope y la señora Pritchard estaban en el campo detrás del establo cuando la señora Cope avistó el humo que se elevaba del bosque más allá del pastizal. Chilló y la señora Pritchard señaló el camino por donde venía la niña dando grandes zancadas y gritando:

—¡Mamá, mamá, van a construir un aparcamiento aquí!

La señora Cope empezó a llamar a gritos a los negros mientras la señora Pritchard corría por el camino chillando. El señor Pritchard salió del establo y los dos negros dejaron de llenar el carro de estiércol en el patio y se encaminaron hacia la señora Cope con sus palas.

—¡Deprisa, deprisa! —gritaba ella—. ¡Echar tierra!

Ellos pasaron por su lado casi sin mirarla y cruzaron lentamente el campo en dirección a la humareda. Ella corrió un momento tras ellos, chillando:

—¡Deprisa, deprisa! ¿No lo veis? ¿No lo veis?

—Estará allí cuando lleguemos —dijo Culver, y adelantaron poco los hombros y siguieron al mismo paso. La niña se detuvo al lado de su madre y le miró la cara como si nunca la hubiera visto. Era el rostro de la nueva tristeza que ella había sentido, pero en su madre parecía vieja y era como si pudiera pertenecer a cualquiera, a un negro o a un europeo o al mismo Powell. La niña volvió la cabeza rápidamente y, más allá de las lentas figuras de los negros, vio la columna de humo que se elevaba

y se ensanchaba sin control dentro de la línea granítica de los árboles. Se quedó tensa, con el oído aguzado, y oyó a lo lejos unos locos chillidos de alegría, como si los profetas estuvieran bailando en el horno feroz, en el círculo que el ángel había limpiado para ellos.

LA PERSONA DESPLAZADA[16]

I

El pavo real seguía a la señora Shortley por el camino hasta la colina adonde ella pensaba llegar. Moviéndose uno detrás del otro, parecían toda una procesión. Ella tenía los brazos cruzados y, mientras subía por la cuesta, parecía la esposa gigante del campo que había salido ante una señal de peligro para ver qué ocurría. Se erguía sobre dos piernas tremendas, con la gran autoconfianza de una montaña, y se elevaba, entre protuberancias graníticas que se iban estrechando hasta dos puntos de luz, azules, fríos y penetrantes, que todo lo supervisaban. No hacía caso del sol blanco del atardecer que reptaba tras una raída pared de nubes como si fingiera ser un intruso, y mantenía la mirada fija en el camino de arcilla roja que partía de la carretera.

El pavo real se detuvo justo detrás de ella, con la cola —de un verde, un dorado y un azul resplandecientes a la luz del sol— levantada sólo lo suficiente para que no tocara el suelo. La extendía a ambos lados como un reguero flotante y tenía la cabeza, sobre el cuello largo y azul, inclinada hacia atrás como si su atención estuviera fija en algo a lo lejos que nadie más que él pudiera ver.

La señora Shortley observaba cómo un coche negro giraba hacia el portón desde la carretera. Más allá, cerca del cobertizo de las herramientas, a unos seis metros, los dos negros, Astor y Sulk, habían dejado de trabajar para mirar. Estaban escondidos tras una morera pero la señora Shortley sabía que estaban allí.

La señora McIntyre bajó los peldaños de su casa para ir al encuentro del automóvil. Mostraba su mejor sonrisa, pero la señora Shortley, a pesar de la distancia, apreció cierto nerviosismo en ella. Las personas que llegaban no eran más que sirvientes contratados, como los mismos Shortley o los negros. Sin embargo, allí estaba la propietaria del lugar, saliendo a darles la bienvenida. Allí estaba, ataviada con sus mejores galas y un collar de cuentas, y ahora se adelantaba con la boca estirada.

El coche se detuvo en el sendero al mismo tiempo que ella, y el sacerdote fue el primero en apearse. Era un anciano de piernas largas, con un traje negro, un sombrero blanco y el cuello puesto del revés, algo que, como sabía la señora Shortley, hacían los sacerdotes que querían ser reconocidos como tales. Era el cura que había organizado la llegada de esa gente. Abrió la portezuela trasera y salieron de un salto un chico y una chica, y luego, más lentamente, una mujer vestida de marrón con forma de cacahuete. Luego se abrió la portezuela delantera y salió un hombre, la Persona Desplazada. Era bajito, un poco encorvado y usaba gafas de montura dorada.

La mirada de la señora Shortley se centró en él y luego abarco a la mujer y los

dos niños en un retrato de grupo. Lo primero que le sorprendió fue que parecieran como el resto de la gente. Cada vez que se los había representado en su imaginación, la imagen que había obtenido era la de tres osos, caminando en fila india, con zapatos de madera como los holandeses, gorras de marino y abrigos brillantes con un montón de botones. Sin embargo, la mujer llevaba un vestido que ella misma se hubiera puesto y los chicos iban vestidos como cualquier hijo de vecino. El hombre llevaba unos pantalones caqui y una camisa azul. De pronto la señora McIntyre le tendió la mano, él hizo una inclinación y se la besó.

La señora Shortley se llevó la mano a la boca, al momento la bajó y se la frotó vigorosamente en el trasero. Si el señor Shortley hubiese intentado besarle la mano, la señora McIntyre le habría dado una buena tunda, claro que al señor Shortley nunca se le hubiese ocurrido besarle la mano. No tenía tiempo para andar haciendo tonterías.

Miró con mayor detenimiento, entrecerrando los ojos. El crío estaba en medio del grupo, hablando. Se suponía que él era quien mejor inglés hablaba porque algo había aprendido en Polonia, así que él iba a escuchar lo que decía su padre en polaco y lo diría en inglés; luego escucharía el inglés de la señora McIntyre y lo diría en polaco. El cura le había dicho a la señora Mclntyre que se llamaba Rudolph y tenía doce años y que la niña se llamaba Sledgewig y tenía nueve. A la señora Shortley, Sledgewig le parecía el nombre de un bicho, o al revés, como llamar Gorgojo a un chico. El apellido de la familia era algo que sólo ellos mismos y el cura eran capaces de pronunciar. Lo único que había logrado entender era algo así como Gobblehook. Ella y la señora Mclntyre los habían estado llamando Gobblehook toda la semana mientras se preparaban para su llegada.

Había habido muchas cosas que hacer para preparar su llegada, ya que no traían nada, ni un triste mueble, ni una sábana ni un plato, y todo hubo de obtenerse de las cosas que la señora Mclntyre ya no usaba. Habían recogido un mueble aquí, otro allí, y con unos cuantos sacos floreados de pienso para los pollos habían confeccionado cortinas para las ventanas, dos rojas y una verde, porque no había suficientes sacos rojos. La señora McIntyre dijo que no le sobraba el dinero y que no podía comprar cortinas. «No saben hablar —había comentado la señora Shortley—. ¿Cree usté que ni siquiera van a saber de qué color son?». Y la señora Mclntyre había dicho que, después de lo que esa gente había padecido, estarían agradecidos por cualquier cosa que se les diese. Dijo que había que pensar en la suerte que tenían al haber escapado de allí y poder llegar a un lugar como éste.

La señora Shortley recordó un noticiario que había visto una vez de una pequeña habitación llena hasta arriba de cuerpos de gente muerta y desnuda, todos en un montón, los brazos y las piernas enmarañados, una cabeza asomando aquí, otra allí, un pie, una rodilla, cierta parte que debía estar cubierta despuntando, una mano levantada aferrada a nada. Antes de que uno pudiera darse cuenta de que era real y metérselo en la cabeza, la película cambió y una voz profunda dijo: «¡La vida continúa!». Ese era el tipo de cosas que sucedían todos los días en Europa, donde no

estaban tan avanzados como en este país, y, mientras miraba desde su lugar de observación, la señora Shortley tuvo la súbita intuición de que los Gobblehook, como ratas con pulgas del tifus, podían haber acarreado con ellos, a través del océano, todas esas costumbres criminales hasta este mismísimo lugar. Si venían de donde esa clase de cosas se practicaban contra ellos, ¿quién podía decir que no eran de la especie de gente que podía hacer lo mismo a sus semejantes? El alcance de esta pregunta casi la dejó pasmada. El estómago le tembló, como si hubiera habido un pequeño terremoto en el centro de la montaña, y automáticamente empezó a bajar del promontorio y avanzó para que la presentaran a los recién llegados, como si hubiera decidido descubrir de inmediato de lo que eran capaces.

Se acercó; primero el estómago, la cabeza hacia atrás, los brazos cruzados, las botas rebotando suavemente al final de sus grandes piernas. A unos cinco metros del grupo gesticulante, se detuvo e hizo sentir su presencia clavando los ojos en la nuca de la señora Mclntyre. La señora McIntyre era una mujer menuda, de sesenta años, con la cara redonda y arrugada y un flequillo pelirrojo que casi llegaba hasta las dos cejas altas pintadas de naranja. Tenía una boquita de muñeca y unos ojos que eran azul claro cuando los abría de par en par, pero que parecían más bien de granito o acero cuando los entrecerraba para inspeccionar un cubo de leche. Había enterrado un marido, se había divorciado de dos y la señora Shortley la respetaba por ser una persona a la que nunca nadie había engañado… salvo, ja, ja, tal vez los Shortley. La señora Mclntyre apuntó con el brazo en dirección de la señora Shortley y dijo a Rudolph:

—Y ésta es la señora Shortley. El señor Shortley es mi lechero. ¿Dónde está el señor Shortley? —preguntó, mientras ella comenzaba a acercarse, con los brazos aún cruzados—. Quiero que conozca a los Guizac.

Ahora eran los Guizac. No los llamaba Gobblehook a la cara.

—Chancey está en el establo —dijo la señora Shortley—. No tiene tiempo pa descansar en los arbustos como esos negros qu’andan por ahí.

Su mirada primero rozó la coronilla de los desplazados y luego descendió lentamente, del modo en que un buitre planea en el aire y se abate hasta que se posa sobre el cadáver. Se mantuvo a cierta distancia para que el hombre no pudiera besarle la mano. Él la miró a la cara con sus ojillos verdes y le dedicó una ancha sonrisa en la que faltaban los dientes de un costado. La señora Shortley, sin sonreír, desvió su atención hacia la niña, que estaba al lado de su madre, balanceando los hombros de un lado al otro. Tenía el pelo recogido en dos largas trenzas que se unían formando sendos lazos, y no se podía negar que era una niña guapa; aunque tuviera nombre de bicho. Era mejor parecida que Annie Maude o Sarah Mae, las dos hijas de la señora Shortley, una de quince y la otra de diecisiete años, pero Annie Maude no acababa de crecer y Sarah Mae tenía un ojo bizco. Comparó al niño extranjero con su hijo, H. C, y H. C. salió muy aventajado. H. C. tenía veinte años, el físico de su madre y usaba gafas. Ahora estudiaba en la escuela bíblica y, cuando terminara, iba a fundar una

iglesia. Tenía una voz fuerte y dulce para los himnos y podía convencer a cualquiera. La señora Shortley miró al sacerdote y se acordó de que esa gente no poseía una religión avanzada. Era imposible saber en qué creían, ya que no se habían reformado ni se habían liberado de ninguna de sus idioteces. De nuevo vio la habitación llena hasta arriba de cuerpos.

Incluso el sacerdote hablaba inglés con acento extranjero, como si tuviera la garganta llena de heno. Tenía la nariz grande, el rostro y la cabeza rectangulares y lampiños. Mientras ella lo observaba, él abrió la boca, fijó la mirada en algo detrás de ella y dijo: «¡Arrrrrrr!», y señaló.

La señora Shortley giró sobre sus talones. El pavo real estaba unos pasos detrás, con la cabeza ligeramente ladeada.

—¡Qué pájjjarro más hermoso! —murmuró el sacerdote.

—Una boca más que alimentar —comentó la señora McIntyre desviando la mirada hacia el pavón.

—¿Y cuándo levanta esa magnífica cola? —preguntó el sacerdote.

—Cuando le viene en gana —respondió ella—. Antes había veinte o treinta, pero los he dejao morir. No me gusta oírlos chillar en mitad de la noche.

—Es precioso —dijo el sacerdote—. Una cola llena de soles. —Avanzó de puntillas y observó el lomo del animal donde comenzaban los dibujos de un dorado y verde brillantes.

El pavo real se quedó inmóvil como si acabara de descender desde alguna altura bañada por el sol con el objeto de ser una visión para todos ellos. La fea cara colorada del sacerdote se cernía sobre él, resplandeciente de placer.

La boca de la señora Shortley hizo una mueca de reprobación.

—No es más qu'un pollo —musitó.

La señora McIntyre levantó las cejas anaranjadas e intercambió una mirada con ella para indicarle que el anciano estaba en su segunda infancia.

—Bien, tenemos que mostrar su nuevo hogar a los Guizac —dijo con impaciencia, y los llevó hacia el automóvil. El pavo real se apartó a un lado, hacia la morera donde estaban escondidos los dos negros, el sacerdote volvió su rostro absorto, subió al coche y condujo a los desplazados hasta la choza donde iban a vivir.

La señora Shortley esperó hasta que el vehículo desapareció de la vista, y luego, dando un rodeo, se encaminó hacia la morera y se detuvo unos cinco metros detrás de los dos negros, un anciano con un cubo medio lleno de pienso para los terneros y un muchacho amarillento con una cabeza pequeña como la de las marmotas encasquetada en un sombrero redondo de fieltro.

—Bueno —dijo con lentitud—, ya habéis mirao bastante. ¿Qué pensáis d'esa gente?

El viejo, Astor, se irguió.

—Hemos estao mirando —dijo como si sus palabras constituyeran una novedad para ella—. ¿Quiénes son?

—Vienen del otro lao del mar —respondió ella haciendo un gesto con el brazo—. Son lo que se llama Personas Desplazadas.

—Personas Desplazadas —repitió él—. Bueno. Vaya por Dios. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que no están donde nacieron y no tienen dónde ir. Como si t'echaran d'aquí y nadie quisiera tenerte.

—Pero parece qu'están aquí —dijo el viejo con un tono pensativo—. Si están aquí, están en algún sitio.

—Claro —convino el otro—. Están aquí.

El ilógico razonamiento de los negros siempre sacaba de quicio a la señora Shortley.

—No están donde deberían estar —dijo—. Tendrían qu'estar allí donde todo sigue siendo como antes. Esto es más avanzado que de donde vienen. Y más vale que os andéis con cuidao d'ahora en adelante —añadió, y asintió con la cabeza—. Hay alrededor de diez mil billones como ésos y sé muy bien lo que dijo la señora McIntyre.

—¿Qué dijo? —preguntó el joven.

—En estos tiempos no es fácil encontrar un trabajo, ni pa los blancos ni pa los negros, pero creo que oí lo que ella me comentó —dijo con sonsonete.

—Seguro que usté lo oye casi to —exclamó el viejo, que se inclinó hacia delante como si estuviera a punto de irse pero se mantuviera suspendido.

—Lo que dijo fue: «Esto meterá el miedo en el cuerpo a esos negros holgazanes» —explicó la señora Shortley con voz sonora.

El viejo empezó a caminar.

—Dice algo por el estilo de vez en cuando —comentó—. Ja. Ja.

—Más vale que vayáis al establo y ayudéis al señor Shortley —dijo la señora Shortley al otro—. ¿Pa qué creéis que os paga la señora McIntyre?

—Ese me dijo que me fuera —musitó el negro—. Me dio otra cosa pa hacer.

—Entonces será mejor que l'hagas —repuso ella, y se quedó allí hasta que él se fue. Se quedó allí un buen rato, reflexionando, con la mirada clavada en la cola del pavo real, aunque sin verla. Éste había saltado al árbol y su cola se desplegaba ante ella, llena de temibles planetas con ojos que estaban ribeteados de verde y puestos contra un sol que era dorado un momento y al siguiente color salmón. Bien podría haber estado mirando un mapa del universo, pero no le prestó más atención que a los trozos de cielo que se colaban entre el verde mate del árbol. En lugar de eso, veía a los diez mil billones de esa gente abriéndose camino allí y a sí misma, un ángel gigantesco con alas tan anchas como una casa, diciendo a los negros que debían buscarse otro lugar. Dio media vuelta en dirección al establo, meditando sobre esto, con expresión altiva y satisfecha.

Se aproximó al establo en un ángulo oblicuo que le permitió echar una mirada por la puerta antes de que la vieran. El señor Chancey Shortley estaba colocando la

última máquina de ordeñar a una vaca grande con manchas blancas y negras, cerca de la entrada, acuclillado al lado de las pezuñas. Tenía alrededor de centímetro y medio de cigarrillo adherido en la mitad del labio inferior. La señora Shortley lo observó detenidamente durante medio segundo.

—Si te ve o s'entera de que fumas en el establo, se va poner hecha una furia —dijo ella.

El señor Shortley levantó un rostro de surcos profundos, con piel caída bajo cada mejilla y dos largas grietas en ambas comisuras de su boca ampollada.

—¿Se lo vas a decir tú? —preguntó.

—Tiene su propio olfato —dijo la señora Shortley.

El señor Shortley, al parecer sin darle la menor importancia a la proeza, levantó la colilla con la afilada punta de la lengua, la introdujo en la boca, cerró bien los labios, miró a su esposa de manera apreciativa y escupió la colilla humeante.

—Oh, Chancey —dijo ella—, oh, oh. —E hizo un pequeño agujero con el pie para la colilla y la tapó. El truco del señor Shortley era en realidad su manera de hacerle el amor. Cuando la había cortejado, no llevaba una guitarra para tocarla ni nada bonito para regalarle, sino que se sentaba en la escalera del porche, sin decir palabra, e imitaba a un paralítico decidido a saborear un cigarrillo. Cuando el cigarrillo tenía el tamaño adecuado, la miraba, abría la boca, se ponía la colilla en el interior y permanecía sentado allí como si se la hubiera tragado, y la miraba con la expresión más cariñosa que nadie se podía imaginar. Esto casi la volvía loca y, cada vez que lo hacía, le entraban ganas de bajarle el sombrero hasta los ojos y estrecharlo con fuerza entre sus brazos.

—Pues bien —dijo, y lo siguió por el establo—, han llegao los Gobblehook y quiere que los conozcas. Va y dice: «¿Dónde está el señor Shortley?», y le digo: «No tiene tiempo…».

—Que cargue con ellos —dijo el señor Shortley, y se puso nuevamente en cuclillas ante la vaca.

—¿Tú crees que podrá conducir un tractor si ni siquiera sabe inglés? —preguntó —. No creo que ella vaya sacar ningún beneficio d'ellos. El chico sabe hablar pero parece delicao. El que puede trabajar, no habla, y el que habla no puede trabajar. A ella no le irá mejor que si tuviera más negros.

—Yo en su lugar preferiría tener negros —dijo el señor Shortley.

—Dice que hay diez millones más como ésos, Personas Desplazadas; dice que ese cura le puede conseguir cuantos necesite.

—Mejor sería que se dejase de tratar con ese cura —opinó el señor Shortley.

—No parece inteligente —observó la señora Shortley—, más bien un poco idiota.

—No quiero que ningún Papa de Roma me diga cómo debo llevar una lechería —afirmó el señor Shortley.

—No son italianos, son polacos —dijo ella—. De Polonia, donde estaban amontonaos todos esos cuerpos. ¿T'acuerdas d'esos cuerpos?

—Pues les doy tres semanas en este lugar —dijo el señor Shortley.

Tres semanas más tarde la señora McIntyre y la señora Shortley fueron en coche hasta el cañaveral para ver cómo el señor Guizac comenzaba a manejar la ensiladora, una máquina nueva que la señora Mclntyre acababa de comprar, pues, según decía, era la primera vez que tenía a alguien que pudiera manejarla. El señor Guizac sabía conducir el tractor y usar la embaladora de heno, la ensiladora, la cosechadora, la moledora y cuanta máquina había en la finca. Era un experto mecánico, carpintero y albañil. La señora McIntyre decía que había calculado que iba a ahorrarse veinte dólares por mes tan sólo en gastos de reparaciones. Decía que haberlo contratado era lo mejor que había hecho en toda su vida. Sabía utilizar las ordeñadoras y era escrupulosamente limpio. No fumaba.

Estacionó el automóvil en el límite del cañaveral y se apearon. Sulk, el negro joven, estaba sujetando el remolque a la ensiladora y el señor Guizac estaba sujetando la ensiladora al tractor. Terminó primero, dio un empujón al muchacho de color y sujetó él mismo el remolque a la ensiladora gesticulando con la cara enojada y brillante cuando quería el martillo o el destornillador. No había nada que se hiciese con la rapidez suficiente para complacerlo. Los negros lo ponían nervioso.

Una semana antes, durante la hora de la cena, había pescado a Sulk entrando furtivamente con un saco de arpillera en el corral donde estaban los pavos jóvenes. Le vio agarrar uno de buen tamaño, meterlo en el saco y esconderlo bajo el abrigo. Luego le había seguido alrededor del establo, saltado sobre él y arrastrado hasta la puerta trasera de la señora McIntyre, donde representó toda la escena ante ella, mientras el negro musitaba, farfullaba y decía que le partiera un rayo si había robado algún pavo, sólo se lo había llevado para ponerle un poco de betún en la cabeza porque tenía la cabeza pelada. Que le partiera un rayo si no decía la verdad ante Jesús. La señora Mclntyre le ordenó que fuera a dejar el pavo en el corral y luego estuvo un buen rato explicando al polaco que todos los negros robaban. Al final tuvo que llamar a Rudolph y decírselo en inglés para que él se lo dijera a su padre en polaco, y el señor Guizac se marchó con expresión de sorpresa y frustración.

La señora Shortley observaba la operación con la esperanza de que hubiera problemas con la ensiladora, pero no los hubo. Todos los movimientos del señor Guizac eran rápidos y precisos. Saltó sobre el tractor como un mono y maniobró la enorme segadora anaranjada entre las cañas; segundos después, un chorro verde brotaba del caño y caía en el remolque. Siguió adelante hasta que desapareció de la vista y el ruido se hizo remoto.

La señora McIntyre exhaló un suspiro de felicidad.

—Por fin —dijo— tengo alguien en quien puedo confiar. Durante años he tenío que tratar con gente lamentable. Gentuza blanca pobre y negros. Gente lamentable —murmuró—. M’han exprimió. Antes de que vosotros vinierais, tuve a los Ringfield y a los Collins y a los Jarrell y a los Perkin y a los Pinkin y a los Herrin y sólo Dios sabe a quién más, y ninguno de ellos se fue sin llevarse d’aquí algo que no era suyo.

¡Ni uno solo!

La señora Shortley la escuchaba sin perder la compostura porque sabía que, si la señora Mclntyre la considerase gentuza, no estarían hablando juntas acerca de la gentuza. A ninguna de las dos le gustaba la gentuza. La señora McIntyre continuó con el monólogo, que la señora Shortley ya había oído muchas veces.

—Hace treinta años que llevo esta finca —dijo mirando con el entrecejo fruncido hacia los campos— y a duras penas consigo que dé algo. La gente piensa que me sobra el dinero. Yo tengo que pagar los impuestos. Tengo que pagar puntualmente el seguro. Tengo las cuentas de las reparaciones. Tengo los gastos de alimentación. —Todos los contratiempos se juntaron, y la mujer alzó el pecho y se asió los codos con sus manitas.

—Desde que muriera el juez —prosiguió—, apenas he conseguío que el dinero m'alcance y todos se llevan algo cuando se van. Los negros no se van; se quedan y roban. Un negro piensa que cualquier persona a la que pueda robar es una rica y la gentuza blanca piensa que cualquier persona que contrate a gente tan miserable como ellos es rica. ¡Y l'único que yo tengo es esta tierra bajo mis pies!

«Tú contratas gente y la echas», pensó la señora Shortley, pero no siempre decía lo que pensaba. Dejó que la señora McIntyre soltara todo lo que tenía que decir, pero esta vez el final del discurso no fue el de costumbre.

—¡Pero por fin estoy salvada! —añadió la señora McIntyre—. El mal de uno es el bien de otro. Ese hombre d'allí —dijo señalando hacia el lugar por donde había desaparecido la Persona Desplazada— tiene que trabajar. ¡Quiere trabajar! —Se volvió hacia la señora Shortley con su brillante cara arrugada—. ¡Ese hombre es mi salvación!

La señora Shortley miró al frente como si su mirada penetrase el cañaveral y la colina y llegase hasta el otro lado.

—Yo sospecharía de la salvación que viniese del demonio —dijo despacio con tono distante.

—Vaya, ¿qué quiere usté decir con eso? —preguntó la señora McIntyre mirándola fijamente.

La señora Shortley movió la cabeza, pero no dijo nada más. Lo cierto era que no tenía nada más que decir porque esa intuición acababa de llegarle. Nunca había pensado mucho en el demonio porque consideraba que la religión servía a la gente que no tenía suficiente cerebro para evitar al demonio sin ayuda. Para las personas como ella, para las personas con sentido común, era sólo un acto social que proporcionaba la oportunidad de cantar. Sin embargo, si alguna vez hubiera reflexionado al respecto, habría considerado al demonio el jefe y a Dios, un segundón. Con la llegada de esta gente desplazada, se veía obligada a replantearse muchas cosas.

—Sé lo que Sledgewig le dijo a Annie Maude —comentó, y, cuando la señora McIntyre se abstuvo de preguntar qué y se agachó y partió una ramita de sasafrás

para mascarla, continuó hablando de una forma que indicaba que no iba a decirlo todo—; que no iban a poder vivir mucho tiempo los cuatro con setenta dólares al mes.

—Se merece un aumento —dijo la señora McIntyre—. Gracias a él ahorro dinero.

Era lo mismo que decir que con Chancey jamás había ahorrado dinero. Chancey se levantaba a las cuatro de la madrugada para ordeñar las vacas, hiciera viento en invierno o calor en verano, y llevaba dos años haciéndolo. Eran los trabajadores que más tiempo habían permanecido con ella. La gratitud que ahora recibían era esa insinuación de que no había podido ahorrar ningún dinero con ellos.

—¿Se encuentra mejor hoy el señor Shortley? —inquirió la señora Mclntyre.

La señora Shortley pensó que ya era hora que hiciera esa pregunta. Hacía dos días que el señor Shortley estaba en cama con un ataque. El señor Guizac lo había reemplazado en la lechería, además de hacer su propio trabajo.

—No —respondió—. El doctor dice que sufre de agotamiento.

—Si el señor Shortley está agotao —repuso la señora Mclntyre—, debe de ser que tiene otro empleo. —Y miró a la señora Shortley con los ojos entrecerrados como si estuviera inspeccionando un cubo de leche.

La señora Shortley no dijo una palabra, pero su negra sospecha creció como un negro nubarrón. La verdad era que el señor Shortley tenía otro empleo y que, en un país libre, eso no era de la incumbencia de la señora McIntyre. El señor Shortley hacía *whisky*. Tenía una pequeña destilería en el rincón más alejado de la finca, por supuesto en tierra de la señora McIntyre, pero en tierra que ella sólo poseía y no cultivaba, una tierra baldía que no daba provecho a nadie. El señor Shortley no tenía miedo al trabajo. Se levantaba a las cuatro de la madrugada, ordeñaba a las vacas y al mediodía, cuando se suponía que estaba descansando, iba a ocuparse de su destilería. No todos los hombres trabajaban tanto. Los negros sabían lo de su destilería, pero él sabía de la de ellos, de modo que no habían llegado a tener el menor roce. Pero ahora que había extranjeros en el lugar, gente que era todo ojos y carecía de entendimiento, que había venido de un lugar en lucha constante, donde no se había reformado la religión… con esa clase de gente había que estar alerta todo el tiempo. Pensó que debería haber una ley contra ellos. No había ninguna razón por la cual no pudieran quedarse en su tierra y ocupar el puesto de los que habían muerto en sus guerras y carnicerías.

—Además —comentó súbitamente—, Sledgewig dijo que tan pronto como su papá ahorrara el dinero se iba comprar un coche de segunda mano. En cuanto tengan ese coche de segunda mano, la abandonarán.

—No le pago lo suficiente para que pueda ahorrar dinero —repuso la señora Mclntyre—. Eso no me preocupa. Por supuesto —añadió—, si el señor Shortley quedara incapacitado, tendría que poner al señor Guizac en la lechería to el tiempo y le pagaría más. El no fuma —observó, y ésta era la quinta vez que lo mencionaba en esa semana.

—No hay hombre —dijo la señora Shortley con énfasis— que trabaje tanto como Chancey, o que se le den tan bien las vacas o que sea más cristiano. —A continuación cruzó los brazos y su mirada atravesó la distancia. El ruido del tractor y de la segadora aumentó de volumen y el señor Guizac apareció por el otro lado de la hilera de cañas—. Lo que no se puede decir de todos —musitó. Se preguntó si, en caso de que el polaco llegara a descubrir la destilería de Chancey, sabría de qué se trataba. El problema con esa gente era que no había modo de averiguar lo que sabían. Cada vez que el señor Guizac sonreía, Europa se extendía en la imaginación de la señora Shortley, misteriosa y perversa; la estación experimental del diablo.

El tractor, la segadora y el remolque pasaron ante las dos, traqueteando y retumbando.

—Piense en cuánto tiempo habríamos tardado en hacerlo con hombres y mulas —gritó la señora McIntyre—. A este paso, dentro de dos días to el cañaveral estará cortado.

—Tal vez —murmuró la señora Shortley—, si no hay ningún terrible accidente.

Pensó en cómo el tractor había arrumbado a las mulas. Hoy día nadie aceptaba una mula ni regalada. «Lo siguiente en desaparecer —se dijo— serán los negros».

Esa misma tarde explicó lo que les iba a suceder a Astor y a Sulk, que estaban en el corral de las vacas llenando el carro de estiércol. Se sentó al lado del bloque de sal bajo un pequeño cobertizo, con el abdomen sobre el regazo; los brazos encima. —Más vale que vosotros, los de color, os andéis con cuidao dijo— ¿Sabéis cuánto podéis conseguir por una mula?

—Na, eso seguro —respondió el anciano—, na de na.

—Antes que hubiera un tractor, podía ser una mula. Y antes de que hubiera una Persona Desplazada, podía ser un negro. Llegará un día —profetizó— en el que ya no habrá motivo pa hablar de los negros.

El viejo se rió cortésmente.

—Sí, seguro —dijo—. Ja, ja.

El joven no dijo nada. Tan sólo parecía malhumorado, pero cuando ella se fue a la casa comentó:

—La Barrigona se cree que lo sabe to.

—Qué más da —repuso el viejo—. Tu lugar es demasiao miserable pa que alguien te lo dispute.

Ella no le contó al señor Shortley sus temores respecto a la destilería hasta que él volvió a trabajar en la lechería. Entonces, una noche, cuando ya estaban en la cama, dijo:

—Ese hombre está al acecho.

El señor Shortley cruzó las manos sobre su pecho enjuto, y simuló ser un cadáver.

—Al acecho —continuó ella, y le dio un rodillazo en el costado—. ¿Quién puede decir lo que saben y lo que no saben? ¿Quién puede asegurar que si lo descubre no va a ir derecho a verla pa contárselo? ¿Cómo puedes saber que no hacen licor en

Europa? Conducen tractores. Tienen to tipo de máquinas. Contéstame.

—Ahora no me molestes —dijo el señor Shortley—. Soy un hombre muerto.

—Son esos ojillos del extranjero —murmuró ella—. Y el modo que tiene d'encogerse d'hombros. —Se encogió de hombros varias veces—. ¿Por qué tiene que encogerse d'hombros? —preguntó.

—Si to el mundo estuviera tan muerto como yo, nadie tendría ningún problema —repuso el señor Shortley.

—Ese cura —musitó ella, y se quedó un rato en silencio, Luego añadió—: En Europa probablemente hacen el licor d'otra manera, pero supongo que conocen todas las maneras d'hacerlo. Se saben todas las triquiñuelas. No han avanzao ni s'han reformao. Tienen la misma religión desde hace mil años. Sólo el demonio puede ser responsable d'eso. Siempre peleándose. Discutiendo. Y luego nos meten a nosotros en el ajo. ¿No nos han metío ya dos veces? Y nosotros somos tan tontos que vamos allí a arreglarles las cosas y entonces ellos vienen aquí, meten las narices en todas partes, encuentran tu destilería y van derechos a contárselo. Y es posible que le besen la mano en cualquier momento. ¿M'escuchas?

—No —respondió el señor Shortley.

—Y te diré otra cosa —prosiguió ella—. No me sorprendería na que él entendiera to lo que dices, ya sea en inglés o no.

—No hablo otro idioma —murmuró el señor Shortley.

—Sospecho —dijo ella— que dentro de poco ya no habrá negros aquí. Y te diré algo más. Prefiero tener negros que polacos. Más aún, voy a defender a los negros cuando llegue el momento. Cuando Gobblehook llegó, t'acuerdas de cómo les dio la mano, como si no supiera la diferencia, como si fuera tan negro como ellos, pero cuando encontró a Sulk robando el pavo fue a contárselo a ella. Yo ya sabía que robaba pavos. Podría haber ido yo misma a decírselo.

El señor Shortley respiraba acompasadamente como si estufera dormido.

—Un negro no sabe cuándo tiene un amigo —continuó ella—. Y te diré algo más. He sacao un montón de cosas a Sledgewig. Dice que en Polonia vivían en una casa de ladrillos y que una noche llegó un hombre y les dijo que tenían que marcharse antes de que saliera el sol. ¿Tú te crees que alguna vez han vivió en una casa de ladrillos? ínfulas, na más que ínfulas. Una casa de madera es suficiente pa mí. Chancey, échate hacia allá. No me gusta na ver cómo maltratan y echan a los negros. Me dan muchísima lástima los negros y la gente pobre. ¿Acaso no m'han dao siempre lástima? —preguntó—. Dime, ¿no he sido siempre una amiga de los negros y de los pobres?

»Cuando llegue el momento —añadió—, defenderé a los negros y sanseacabó. No voy a permitir que ese cura los eche a todos.

La señora McIntyre compró una nueva rastra y un tractor con elevador eléctrico porque, según dijo, por primera vez tenía a alguien que sabía manejar la maquinaria. Ella y la señora Shortley habían ido en coche hasta el lugar para ver cómo lo había

rastrillado el día anterior.

—¡Qué bien lo ha hecho! —exclamó la señora McIntyre mirando el suelo rojo y ondulado.

La señora McIntyre había cambiado desde que la Persona Desplazada trabajaba para ella, y la señora Shortley había observado este cambio con suma atención: había comenzado a conducirse como alguien que se está haciendo rico en secreto y ya no confiaba en la señora Shortley como antaño. Ésta sospechaba que el cura estaba detrás de este cambio. Eran muy astutos. Primero la metía en su iglesia y luego le metía la mano en el bolsillo. «Bueno —pensó la señora Shortley—, ¡menuda idiota!». La señora Shortley también tenía un secreto. Sabía que la Persona Desplazada estaba haciendo algo que dejaría pasmada a la señora Mclntyre.

—Sigo pensando en que no va trabajar pa siempre por setenta dólares al mes —murmuró. Tenía la intención de guardar el secreto para sí y el señor Shortley.

—Bueno —repuso la señora Mclntyre—, tal vez tenga que deshacerme d'otros pa poder pagarle algo más.

La señora Shortley asintió con la cabeza para indicar que hacía tiempo que lo sabía.

—No voy a decir que esos negros no se lo tengan bien merecido —observó—, pero hacen lo que pueden. Uno siempre le puede decir a un negro lo que debe hacer y esperar hasta que lo haga.

—Eso es lo que decía el juez —afirmó la señora Mclntyre, y la miró con un gesto de aprobación. El juez era su primer marido, el que le había dejado la tierra. La señora Shortley había oído decir que se habían casado cuando ella tenía treinta años y él setenta y cinco, y que ella pensaba que sería rica tan pronto como él muriera, pero el viejo era un sinvergüenza y cuando se efectuó la sucesión descubrieron que no tenía ni un céntimo. Sólo le dejó las veinte hectáreas de tierra y la casa. Pero ella siempre hablaba de él con tono reverente y lo citaba con frecuencia con frases como: «El mal de uno es el bien de otro» o «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

—De todos modos —dijo la señora Shortley—, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. —Y volvió la cara para que la señora McIntyre no la viera sonreír. Había descubierto lo que andaba haciendo la Persona Desplazada por medio del viejo Astor y no se lo había dicho a nadie, salvo al señor Shortley. El señor Shortley se había levantado en la cama como Lázaro de la tumba.

—¡Cállate! —había dicho.

—Sí —había dicho ella.

—¡No! —había dicho el señor Shortley.

—Sí —había dicho ella.

El señor Shortley había vuelto a tumbarse.

—El polaco no tiene idea de lo que hace —había dicho la señora Shortley—. Yo creo que es el cura el que lo ha metió en eso. La culpa la tiene el cura.

El cura iba a menudo a ver a los Guizac y siempre aprovechaba un momento para visitar a la señora McIntyre y caminaban juntos por el lugar; ella le señalaba las mejoras que había introducido y escuchaba su charla atropellada. De pronto, a la señora Shortley se le ocurrió que estaba tratando de persuadirla de que trajera otra familia polaca. ¡Con otra familia no se hablaría nada más que polaco en la finca! ¡Los negros se irían y habría dos familias contra el señor Shortley y ella! Empezó a imaginar una guerra de palabras, a ver las palabras inglesas y las palabras polacas atacarse las unas a las otras, acosarse, no frases, sólo palabras, barbotear barbotear barbotear, elevarse en el aire y chillar y acosarse y luego luchar a brazo partido. Vio las palabras polacas, sucias, sabihondas y sin reformar, arrojar barro a las palabras inglesas hasta que todas quedaran igualmente sucias. Las parecían hileras e hileras de peces blancos arrastrados por el mar hacia una gran playa azul. Hizo un alto después de una cuesta y lanzó un suspiro de agotamiento, pues tenía que cargar con un peso enorme y ya no era tan joven como antes. A veces sentía que el corazón, como el puño de un niño, se abría y cerraba dentro de su pecho, y cuando esto sucedía detenía en seco todo pensamiento y se movía como un gigantesco casco de barco, sin ninguna meta; pero había subido la cuesta sin un temblor y se detuvo al final, satisfecha de sí misma. De pronto, mientras miraba, el cielo se abrió por la mitad como una cortina de teatro y una figura colosal la miró a la cara. Era del color del sol a primera hora de la tarde, blanco y dorado. No tenía una forma definida, pero había ruedas ardientes con fieros ojos oscuros en medio de cada una que giraban rápidamente alrededor. No sabía si la figura avanzaba o retrocedía, porque su magnificencia era demasiado grande. Cerró los ojos para mirarla y se volvió roja como la sangre, y las ruedas, blancas. Una voz muy resonante dijo la palabra: «¡Profecía!».

Ella se quedó allí, un poco tambaleante pero todavía erguida, con los ojos bien cerrados, los puños apretados y el sombrero de paja caído sobre la frente.

—Los hijos de las naciones malvadas serán masacrados —dijo en voz alta—. Las piernas donde deberían estar los brazos, los pies en la cara, la oreja en la palma de la mano. ¿Quién quedará entero? ¿Quién quedará entero? ¿Quién?

Al rato abrió los ojos. El cielo estaba lleno de peces blancos de costado que alguna corriente invisible arrastraba perezosamente, y trozos de sol, sumergidos a cierta distancia de ellos, vio a todas apiladas en una habitación, todas las palabras sucias muertas, las de ellos y las suyas también, amontonadas como los cuerpos desnudos del noticiario. «¡Dios me libre —gritó en silencio— del poder fétido de Satanás!». Y a partir de ese día comenzó a leer la Biblia con renovada atención. Se concentró en el Apocalipsis y empezó a citar a los profetas, y al poco tiempo había llegado a una comprensión más profunda de su propia existencia. Vio claramente que el sentido del mundo era un misterio que había sido planeado y no le sorprendió intuir que ella tenía un papel especial en el plan, pues era fuerte. Vio que el Señor Todopoderoso había creado a los fuertes para que llevaran a cabo lo que tenía que hacerse y supo que iba a estar preparada cuando fuera llamada. En ese momento

sintió que su obligación era vigilar al cura.

Sus visitas la irritaban cada vez más. En la última, se había dedicado a recoger plumas del suelo. Encontró dos plumas de pavo real y cuatro o cinco de pavo y se las llevó consigo como si fueran un ramillete. Ese acto tan estúpido no engañó a la señora Shortley en absoluto. Ahí estaba él, introduciendo hordas de extranjeros en lugares que no les pertenecían, para causar disputas, para arrancar a los negros de sus raíces, ¡para plantar a la meretriz de Babilonia entre la gente honrada! Cada vez que venía, ella se escondía detrás de algún sitio y vigilaba hasta que se iba.

Fue una tarde de domingo cuando tuvo su visión. Había ido a recoger las vacas porque al señor Shortley le dolía una rodilla, y caminaba lentamente hacia el campo de pastoreo, con los brazos cruzados, la mirada clavada en las distantes nubes bajas que aparecían de tanto en tanto como si se dirigieran en dirección contraria. Maquinalmente dio un paso tras otro hasta que cruzó el campo de pastoreo y llegó a su destino. Caminó por el establo como alguien mareado y no habló al señor Shortley. Continuó hasta el camino y vio el automóvil del cura estacionado frente a la casa de la señora McIntyre.

—Aquí otra vez —musitó—. Viene a destruir.

La señora Mclntyre y el cura paseaban por el jardín. Para no encontrarse con ellos, giró a la izquierda y entró en el almacén de forraje, una choza de una sola habitación con una pila de sacos de pienso a un costado. Había conchas de ostras esparcidas en un rincón y de las paredes colgaban unos cuantos almanaques viejos y sucios con anuncios de forraje para el ganado y varios medicamentos. Uno de ellos mostraba a un caballero con barba y de levita que tenía una botella en la mano, y debajo de sus pies la inscripción: ¡YO hago del cuerpo con regularidad gracias a este maravilloso descubrimiento! La señora Shortley siempre se había sentido próxima a ese hombre como si se tratara de un personaje distinguido al que ella conociera, pero ahora su mente se hallaba tan sólo concentrada en la peligrosa presencia del cura. Se colocó ante una rendija entre dos tablones por donde podía ver y observó cómo el cura y la señora McIntyre caminaban hacia la incubadora de pavos, que estaba justo al lado del almacén de forraje.

—¡Arrrr! —dijo él cuando se acercaron a la incubadora—. ¡Mire los pajaritos! — Se agachó y miró a través de la alambrada.

La señora Shortley torció la boca.

—¿Cree usté que los Guizac quieren dejarme? —preguntó la señora Mclntyre—. ¿Cree usté que se irán a Chicago o a un sitio por el estilo?

—¿Y por qué habrían de hacerlo? —preguntó él mientras movía un dedo ante un pavo, con su narizota pegada a la alambrada.

—Dinero —dijo la señora Mclntyre.

—Arrr, deles más dinero entonces —dijo él con indiferencia—. Tienen que vivir.

—Y yo también —murmuró la señora Mclntyre—. Eso significa que me tendré que deshacer d’algunos de los otros.

—¿Y no son satisfactorios los Shortley? —inquirió el sacerdote, que prestaba más atención a los pavos que a ella.

—En el último mes he pescao cinco veces al señor Shortley fumando en el establo —explicó la señora Mclntyre—. Cinco veces.

—¿Y los negros son mejores?

—Mienten, roban y hay que vigilarlos to el tiempo —dijo ella.

—¿A quiénes echará? —preguntó él.

—He decidío avisar mañana al señor Shortley que dentro de un mes estará despedido —dijo la señora McIntyre.

El cura apenas parecía oír cuanto ella le decía, tan ocupado estaba moviendo el dedo a través del alambre. La señora Shortley se sentó en un saco abierto de salvado molido con un golpe seco que levantó nubéculas de polvo a su alrededor. Se quedó con la vista fija en la pared de enfrente, donde el caballero del almanaque enseñaba su maravilloso descubrimiento, pero no lo vio. Miraba al frente como si no viera nada. Luego se puso en pie y corrió hasta su casa. Su rostro se había vuelto de un rojo volcánico.

Abrió todos los cajones y sacó cajas y viejas maletas gastadas que había debajo de la cama. Empezó a vaciar los cajones dentro de las cajas, sin hacer una sola pausa, sin quitarse la pamela que llevaba en la cabeza. Ordenó a sus hijas que hicieran lo mismo. Cuando entró el señor Shortley, ni siquiera lo miró, sino que le apuntó con un brazo mientras con el otro hacía las maletas.

—Trae el coche a la puerta d'atrás —dijo—. ¡No esperarás a que t'echen!

El señor Shortley nunca había dudado de la omnisciencia de su mujer. Se hizo cargo de la situación en medio segundo y con el entrecejo fruncido salió y fue a buscar el coche para acercarlo a la puerta de atrás.

Ataron las dos camas de hierro sobre el automóvil y las dos mecedoras dentro de las camas, y pusieron los dos colchones enrollados entre las mecedoras. Encima ataron una caja de gallinas. Llenaron el interior del coche con las viejas maletas y las cajas y dejaron un espacio reducido para Annie Maude y Sarah Mae. Tardaron el resto de la tarde y la mitad de la noche en hacerlo, pero la señora Shortley había determinado partir antes de las cuatro de la madrugada; el señor Shortley no debía manejar una sola ordeñadora más en ese lugar. En el transcurso de la tarea, su rostro cambiaba rápidamente del rojo al blanco y viceversa.

Justo antes del alba, cuando comenzó a lloviznar, ya estaban preparados para partir. Subieron al coche y se sentaron apretados entre las cajas, los bultos y los rollos de ropa de cama. El negro automóvil cuadrado arrancó rechinando más que de costumbre como si protestase por la excesiva carga. Detrás iban las dos chicas rubias y flacas, sentadas sobre una pila de cajas, y un cachorro de sabueso y una gata con dos crías debajo de unas sábanas. El vehículo avanzó lentamente, como un arca demasiado cargada que hacía agua, se alejó de la choza, pasó ante la casa blanca donde dormía la señora McIntyre —que no tenía la menor idea de que el señor

Shortley no iba a ordeñar sus vacas esa mañana—, dejó atrás la choza del polaco, en lo alto de la colina, y bajó hacia el portón por el camino por el que venían los dos negros, uno detrás del otro, para ir a ayudar en el ordeño. Miraron directamente el coche y a sus ocupantes, pero, aun cuando los débiles focos amarillos iluminaron sus rostros, ellos, con educación, parecieron no ver nada o, de alguna manera, no dar la menor importancia a lo que allí sucedía. Como si el cargado coche estuviera atravesando la niebla en la escasa luz de la madrugada. Continuaron caminando al mismo paso, sin mirar hacia atrás.

Comenzó a salir un sol amarillo oscuro en un cielo que tenía el mismo color gris oscuro y liso que la carretera. Los campos se extendían, duros y llenos de maleza, a ambos lados.

—¿Adónde vamos? —preguntó el señor Shortley por primera vez.

La señora Shortley estaba sentada con un pie sobre una caja de modo que la rodilla se le clavaba en el estómago. El codo del señor Shortley estaba casi bajo su nariz y el pie descalzo de Sarah Mae asomaba sobre el asiento de delante y le tocaba la oreja.

—¿Adónde vamos? —repitió el señor Shortley, y al ver que ella no contestaba volvió la cabeza y la miró.

Un calor intensísimo parecía crecer lenta e inexorablemente en su rostro como si se preparase para salir a borbotones en un asalto final. Estaba sentada muy tiesa, a pesar de que tenía una pierna doblada debajo y una rodilla casi le llegaba al cuello, pero había una extraña falta de luz en sus ojos azules y fríos. Toda su mirada quedaba dirigida hacia su interior. De pronto, agarró el codo del señor Shortley y el pie de Sarah Mae al mismo tiempo y empezó a tirar de ellos como si tratara de encajar las extremidades en sí misma.

El señor Shortley empezó a maldecir y detuvo el automóvil, y Sarah Mae gritó que la dejase en paz, pero la señora Shortley parecía decidida a cambiar todas las cosas de sitio en el coche. Se echó hacia delante y hacia atrás agarrando cuanto se le ponía por delante y atrayéndolo hacia sí: la cabeza del señor Shortley, la pierna de Sarah Mae, la gata, un lío de ropa de cama, su propia rodilla; de pronto, la expresión feroz se diluyó en otra de estupor y sus manos aflojaron lo que habían apresado. Uno de sus ojos se acercó al otro, parecía que iba a desplomarse y se quedó quieta.

Las dos chicas, que no sabían lo que le había sucedido, empezaron a decir:

—Mamá, ¿adónde vamos? ¿Adónde vamos?

Pensaban que les estaba gastando una broma y que su padre, con la vista fija en ella, estaba imitando a un hombre muerto. No sabían que ella había tenido una gran experiencia o que había sido desplazada en el mundo de todo cuanto le pertenecía. Les asustó la carretera gris y lisa frente a ellas y continuaron repitiendo en voz cada vez más alta: «¿Adónde vamos, mamá? ¿Adónde vamos?», mientras la madre, con su gran cuerpo recostado e inmóvil contra el asiento, y los ojos como vidrios pintados de azul, parecía contemplar por primera vez las tremendas fronteras de su verdadero

país.

II

—Bueno —dijo la señora Mclntyre al negro viejo—, nos arreglaremos sin ellos. Los he visto llegar y los he visto partir, blancos y negros.

Estaba en el establo de los terneros mientras él lo limpiaba; tenía un rastrillo en la mano y, de tanto en tanto, sacaba una mazorca de maíz de un rincón o señalaba un sitio mojado que él había dejado sin limpiar. Cuando se enteró de que los Shortley se habían ido, quedó encantada porque eso significaba que no tenía que echarlos. La gente que empleaba siempre la abandonaba, porque eran de esa clase de gente. De todas las familias que había tenido, los Shortley eran de lo mejorcito, si no contaba a la Persona Desplazada. No eran gentuza; la señora Shortley era una buena mujer y la echaría de menos pero, como solía decir el juez, uno no podía tenerlo todo, y ella estaba contenta con la Persona Desplazada.

—Los he visto llegar y los he visto partir —repitió con satisfacción.

—Y usté y yo —dijo el viejo mientras se agachaba a recoger su azada, que estaba bajo el pesebre— aquí seguimos.

Ella captó exactamente lo que él había querido que captara en su tono. Por las grietas del techo caían franjas de luz del sobre su espalda y lo cortaban en tres partes. Ella observó sus largas manos sobre la azada y el viejo perfil encorvado. «Puede que estuvieras aquí antes que yo —dijo para sí—, pero es más me probable que yo esté aún aquí cuando tú t'hayas ido».

—He pasao la mitad de mi vida perdiendo el tiempo con gente inútil —dijo con voz severa—, pero eso s'ha acabao.

—Blancos y negros —dijo él— son lo mismo.

—S'ha acabao —repitió ella, y se tiró del cuello de la bata oscura que se había puesto sobre los hombros como si fuera una capa.

Llevaba un sombrero de paja negra de ala ancha que hacía veinte años había comprado por veinte dólares y que ahora usaba para protegerse del sol.

—El dinero es la raíz de to el mal —añadió—. El juez lo decía todos los días. Decía que despreciaba el dinero. Decía que la razón por la cual los negros erais tan altaneros era qu'había demasiao dinero en circulación.

El viejo negro había conocido al juez.

—El juez decía que esperaba que llegase el día en que fuera demasiao pobre pa poder pagar el trabajo de un negro —explicó—. Decía que cuando llegara ese día el mundo habría vuelto a estar en su sitio.

Ella se inclinó hacia delante, con las manos en la cintura y el cuello estirado, y dijo:

—Bueno, ese día está casi al llegar y os digo a todos vosotros: «Mejor que os andéis con cuidao». Ya no tengo por qué tolerar más tonterías. ¡Ahora tengo alguien que tiene que trabajar!

El viejo sabía cuándo debía hablar y cuándo no. Finalmente dijo:

—Los hemos visto llegar y los hemos visto partir.

—De todos modos, los Shortley no han sido los peores —comentó ella—. Todavía no he olvidao a los Garrit.

—Ésos estuvieron antes que los Collins.

—No, antes que los Ringfield.

—¡Oh, Dios santo, los Ringfield! —murmuró.

—Ninguno de los d'esa especie quieren trabajar —afirmó ella.

—Los hemos visto llegar y los hemos visto partir —dijo él como si se tratase de un estribillo—. Pero nunca hemos tenío uno —añadió mientras se enderezaba hasta mirar a la cara— como el que tenemos ahora.

Era del color de la canela y sus ojos estaban tan nublados por la edad que parecían colgar detrás de telarañas.

Ella le dirigió una mirada penetrante y la mantuvo hasta que él, bajando las manos hacia la azada, se agachó nuevamente y arrastró una pila de virutas al lado de la carretilla. Dijo con cierta rapidez:

—Ese hombre limpia to l'establo en el mismo tiempo que tardaba al señor Shortley en decidirse a hacerlo.

—Es de Polon —musitó el viejo.

—De Polonia.

—En Polon no es como aquí —dijo él—. Tienen otra forma d'hacer las cosas. —Y empezó a farfullar algo ininteligible.

—¿Qu'estás diciendo? —preguntó ella—. Si tienes algo que decir de él, dilo, y dilo en voz alta.

Se quedó callado, con las rodillas dobladas precariamente y pasando el rastrillo por la parte inferior del pesebre.

—Si sabes que ha hecho algo que no debiera haber hecho, espero que m'informes —añadió ella.

—No es que debiera o no debiera —musitó él—. Es que es algo que nadie haría.

—Tú no tienes na contra él —dijo ella, cortante—, y está aquí pa quedarse.

—Nunca hemos tenío a nadie como él, eso es to —murmuró el viejo, y sonrió cortésmente.

—Los tiempos están cambiando —afirmó ella—. ¿Sabes tú lo que está sucediendo en el mundo? Está creciendo. Hay tanta gente que sólo aquellos que son inteligentes, activos y ahorradores van a poder sobrevivir. —Recalcó las palabras inteligentes, activos y ahorradores golpeándose la palma de la mano.

Al fondo del establo se veía el camino donde estaba la Persona Desplazada, plantada en la puerta abierta del granero con una manguera verde en las manos. Había

cierta rigidez en su figura que parecía forzarla a aproximarse lentamente a él, hasta en sus pensamientos. Había concluido que esto se debía a que no podía mantener una conversación con él. Siempre que le decía algo, ella se ponía a gritar y a gesticular de forma exagerada, y era consciente de que alguno de los negros estaba reclinado contra el cobertizo más próximo, observándola.

—¡No! —dijo, y se sentó en un pesebre con los brazos cruzados—. He decidío que ya he tenío suficiente gentuza en esta casa y no voy a pasar los últimos años de mi vida tratando con los Shortley y los Ringfield y los Collins, cuando el mundo está lleno de gente que tiene que trabajar.

—¿Y cómo es qu'hay tantos? —preguntó él.

—La gente es egoísta —respondió ella—. Tienen demasiaos críos. Eso ya no tiene sentido.

Él había cogido los mangos de la carretilla y se encaminaba hacia la puerta, pero se detuvo, con medio cuerpo iluminado por la luz del sol, y se quedó allí moviendo la boca como si hubiese olvidado en qué dirección quería ir.

—Los de color no os dais cuenta —dijo ella—, de que yo soy la que tiene todas las responsabilidades en este lugar. Si vosotros no trabajáis, yo no gano dinero y no os puedo pagar. Todos vosotros dependéis de mí pero actuáis, todos y cada uno de vosotros, como si no fuera así.

Por la cara del anciano no era posible saber si la oía. Finalmente salió con la carretilla.

—El juez decía que más valía lo malo conocido que lo bueno por conocer —murmuró con toda claridad mientras se alejaba.

Ella se puso en pie y le siguió, y en su frente apareció súbitamente una honda línea vertical, justo bajo el flequillo pelirrojo.

—El juez hace tiempo que dejó de pagar las cuentas —exclamó con voz chillona.

Él era el único negro que había conocido al juez y pensaba que eso le daba cierta categoría. Había tenido muy mala opinión del señor Crooms y del señor McIntyre, los otros maridos, y a su manera velada y cortés la había felicitado después de cada divorcio. Cuando lo creía necesario, se ponía a trabajar bajo una ventana donde sabía que ella estaba sentada y hablaba consigo mismo, se enfrascaba en una conversación sinuosa, pregunta y respuesta, y luego estribillo. Una vez ella se había levantado sigilosamente y cerrado la ventana con tal fuerza que él se había caído de espaldas. Otras veces hablaba con el pavo real. El pavo lo seguía a todas partes, su ojo fijo en la mazorca de maíz que asomaba del bolsillo posterior del viejo; o se sentaba a su lado y le daba picotazos. Una vez, por la puerta abierta de la cocina, ella le había oído decir al pájaro: «M'acuerdo cuando había veinte como tú vagando por este lugar, y ahora sólo quedas tú y dos hembras. Con Crooms había doce. Con Mclntyre, cinco. Ahora tú y dos hembras».

Esa vez ella había salido al porche y le había gritado: «¡el señor Crooms y el señor Mclntyre! Y no quiero que hables nunca más d'ellos. Y métete esto en la

cabeza: cuando este pavo muera, no habrá más».

Sólo mantenía al pavo real por un miedo supersticioso a molestar al juez en su tumba. A él le gustaba verlos caminar por el lugar porque decía que lo hacían sentir más rico. De sus tres maridos, el juez era a quien tenía más presente a pesar de que era el único que había enterrado. Estaba en el camposanto de la familia, una pequeña parcela cercada en medio del campo de maíz, con sus padres, el abuelo, tres tías abuelas y dos primos pequeños. El señor Crooms, su segundo marido, estaba a cincuenta kilómetros, en el manicomio estatal, y el señor McIntyre, el último, debía de estar borracho, suponía ella, en alguna habitación de hotel en Florida. Pero el juez, enterrado en el campo de maíz con su familia, siempre estaba en casa.

Se había casado con él cuando era ya un viejo y por su dinero, pero había otra razón que nunca admitía, ni siquiera a sí misma: le había gustado. Era una figura de la magistratura, con manchas de rapé, famoso en todo el condado por ser rico, que andaba con botines, un corbatín de lazo, un traje gris con una raya negra y un sombrero panamá amarillo, en invierno y verano. Tenía los dientes y el pelo del color del tabaco y la cara era como arcilla rosa picada por la viruela y surcada por señales misteriosas que parecían prehistóricas, como si lo hubiesen desenterrado junto con fósiles. Tenía un olor peculiar a billetes sudados y manoseados, pero nunca llevaba dinero consigo ni podía mostrar un centavo. Ella había sido su secretaria durante unos pocos meses, y el anciano, con sus ojos de lince, se dio cuenta de que era una mujer que lo admiraba por lo que era. Los tres años que él vivió después de la boda fueron los más felices y los más prósperos de la vida de la señora Mclntyre, pero cuando murió su hacienda resultó estar en bancarrota. Le dejó una casa hipotecada con veinte hectáreas de tierra, y se las había arreglado para vender toda la madera antes de morir. Era como si el triunfo final de una vida de éxitos hubiera sido poder llevarse todo a la tumba.

Pero ella había sobrevivido. Había sobrevivido a una serie de arrendatarios, granjeros y lecheros, que hasta al mismo viejo le hubiera costado controlar, y había sabido hacer frente al constante goteo de una tribu de negros taciturnos e imprevisibles, e incluso se las había arreglado para defender lo suyo frente a otras sanguijuelas, tratantes de ganado, leñadores y los compradores y vendedores de cualquier cosa que llegaban en camionetas y hacían sonar el claxon en la entrada.

Se quedó con los brazos cruzados bajo la bata, con una expresión satisfecha en el rostro, mientras observaba a la Persona Desplazada cerrar la manguera y desaparecer dentro del granero. Le daba lástima que el pobre hombre se hubiera visto obligado a marcharse de Polonia, cruzar Europa y aceptar una choza en un país extranjero, pero ella no tenía la culpa de eso. También ella lo había pasado mal. Sabía lo que era luchar. La gente tenía que luchar. Probablemente al señor Guizac se lo habían dado todo en sus peripecias por Europa y luego aquí. Probablemente no había luchado mucho. Ella le había dado un trabajo. No sabía si estaba agradecido. No sabía nada de él excepto que hacía el trabajo. La verdad era que todavía no le parecía muy real. Era

una especie de milagro que había presenciado y del que hablaba pero que aún no creía.

Lo observó cuando salió del granero y se dirigió hacia Sulk, que llegaba por detrás. Gesticuló y luego sacó algo del bolsillo y los dos se quedaron mirándolo. Ella se encaminó hacia ellos. La figura del negro era desmadejada y alta y estiraba el cuello de esa manera idiota que siempre tenía. Era poco más que un imbécil, pero cuando eran así siempre resultaban mejores trabajadores. El juez había dicho: emplea siempre a un negro imbécil porque carecen de sentido común para dejar de trabajar. El polaco gesticulaba ahora más rápido. Entregó algo al muchacho de color y se retiró antes de que ella llegara. La señora McIntyre oyó que el tractor arrancaba. El polaco se dirigía al campo. El negro seguía allí, mirando boquiabierto lo que tenía en la mano.

Ella entró en el granero y lo recorrió mirando con aprobación el suelo de cemento mojado y reluciente. Eran sólo las nueve y media y el señor Shortley jamás había tenido nada limpio hasta las once. Cuando salió por la otra punta vio que el negro cruzaba lentamente en diagonal el camino que había frente a ella, con la vista todavía fija en lo que el señor Guizac le había entregado. Él no la vio; se detuvo, dobló las rodillas y se inclinó hacia su mano mientras describía con la lengua pequeños círculos. Lo que tenía era una fotografía. Levantó un dedo y lo pasó suavemente sobre la superficie de la foto. Luego alzó la vista, la vio y pareció quedarse helado, con una media sonrisa en la boca y el dedo levantado.

—¿Por qué no has ido al campo? —preguntó ella.

Él levantó un pie y abrió más la boca mientras la mano con la foto avanzaba hacia el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Na —murmuró él, y se la entregó automáticamente.

Era la fotografía de una niña de unos doce años con un vestido blanco. Tenía el cabello rubio y una guirnalda en la cabeza, y miraba al frente con ojos claros, inexpresivos y serenos.

—¿Quién es esta niña? —preguntó la señora Mclntyre.

—Su prima —dijo el muchacho con voz aguda.

—Y bien, ¿qu'haces tú con su foto? —preguntó ella.

—Se va casar conmigo —dijo él con voz aún más aguda.

—¡Casarse contigo! —chilló ella.

—Pago la mita pa que venga aquí —explicó él—. Le pago tres dólares a la semana. Es más grande ahora. Es su prima. A ella le da igual con quién se case, está contenta d'irse d'allí.

La voz aguda pareció elevarse como un chorro nervioso de sonidos y luego descender de golpe cuando el negro la miró a la cara. Los ojos de la señora Mclntyre eran del color del granito azul cuando le da la luz del sol, pero ella no le estaba mirando a él. Miraba hacia el camino donde se oía el ruido distante del tractor.

—No creo qu’ella venga de todas formas —murmuró el muchacho.

—M’ocuparé de que te devuelva hasta el último centavo —dijo ella con voz inexpresiva, dio media vuelta y echó a andar, con la foto doblada en dos en la mano. No había nada en su figura menuda y tiesa que indicase que estaba disgustada.

Tan pronto como entró en la casa se arrojó en la cama, cerró los ojos y se apretó el corazón con la mano como si tratase de mantenerlo en su sitio. Abrió la boca y emitió dos o tres sonidos leves y secos. Luego se sentó y dijo en voz alta:

—Son todos iguales. Siempre ha sido así. —Y se tumbó de nuevo—. ¡Veinte años aguantando disgustos y engaños y hasta que robaran su tumba! —Y al recordar esto último comenzó a llorar en silencio, secándose los ojos de tanto en tanto con el dobladillo de la bata.

Había pensado en el ángel sobre la tumba del juez. Era un querubín de granito que el anciano había visto una vez en la ciudad en el escaparate de la empresa de pompas fúnebres. Se lo había llevado de inmediato, en parte porque su rostro le recordaba el de su mujer y en parte porque quería una verdadera obra de arte sobre su tumba. Había regresado a casa con el ángel sentado a su lado sobre el asiento de felpa verde del tren. La señora McIntyre no había percibido nunca el parecido con ella. Siempre le había parecido feo, pero, cuando los Herrin lo robaron de la tumba del anciano, se sintió conmocionada y ultrajada. La señora Herrin siempre lo había encontrado muy bonito y a menudo caminaba hasta el camposanto para contemplarlo; cuando los Herrin se fueron el ángel partió con ellos, aunque sin el dedo gordo de los pies, porque el hacha que había usado el viejo Herrín para derribarlo había golpeado un poco más arriba. La señora McIntyre no había conseguido reunir el dinero suficiente para reemplazarlo.

Cuando hubo llorado todo lo que pudo, se levantó y fue a la salita de atrás, un lugar que parecía un armario, a oscuras y silencioso como una capilla, y se sentó en el borde de la negra silla giratoria del juez, con el codo apoyado en el escritorio. Era un buró gigantesco con una cubierta que se cerraba y casillas llenas de papeles polvorientos. Viejas cartillas de ahorro y libros de contabilidad se apilaban en los cajones semiabiertos y había una pequeña caja fuerte, cerrada pero vacía, colocada como un tabernáculo en el centro. Había dejado esa parte de la casa tal como estaba cuando murió el anciano. Era una especie de monumento conmemorativo, un lugar sagrado porque ahí él se ocupaba de sus negocios. Con el menor movimiento la silla soltaba un gruñido de esqueleto herrumbroso que sonaba como cuando él se quejaba de su pobreza. Tenía por norma hablar como si fuera el hombre más pobre del mundo y ella lo imitaba, no sólo porque él lo hacía, sino porque era la pura verdad. Mientras estaba sentada con el rostro contraído vuelto hacia la caja fuerte vacía, se dio cuenta de que no había en el mundo persona más pobre que ella.

Se quedó inmóvil en el escritorio unos diez o quince minutos y al cabo, como si hubiese recuperado las fuerzas, se puso de pie, subió al coche y se dirigió al campo de maíz.

La carretera discurría por un soto de pinos y terminaba en lo alto de una colina que descendía en forma de abanico y se alzaba de nuevo en una amplia extensión de penachos verdes. El señor Guizac estaba segando, abriendo un sendero circular desde el borde del campo hacia el centro, donde el camposanto quedaba poco menos que escondido por el maíz, y ella lo vio en parte más elevada de la ladera, subido al tractor, con la segadora y el remolque detrás. De vez en cuando debía bajar del tractor y subir al remolque para esparcir la carga porque el negro no había llegado. Lo observó con impaciencia, parada ante su cupé negro, con los brazos cruzados bajo la bata, mientras él avanzaba despacio por el perímetro del campo y se le acercaba gradualmente, hasta que pudo hacerle gestos con el brazo para que se apease. Él paró el motor, saltó a tierra y llegó corriendo, limpiándose la mandíbula roja con un trapo grasiento.

—Quiero hablar con usté —dijo ella, y le indicó con un gesto el borde del soto donde podían estar a la sombra.

Él se quitó la gorra y la siguió, sonriente, pero su sonrisa desapareció cuando ella se volvió y le miró a la cara. Las cejas de la señora McIntyre, finas y feroces como la pata de una araña, se habían juntado de manera amenazadora y la profunda arruga vertical había descendido desde el flequillo pelirrojo hasta el caballete de la nariz. Sacó la foto doblada del bolsillo y se la tendió sin decir nada. Luego dio un paso atrás y exclamó:

—¡Señor Guizac! ¡Usté iba a traer a esta pobre criatura inocente hasta aquí pa tratar de casarla con un negro imbécil, apestoso y ladrón! ¡Qué clase de monstruo es usté!

Él cogió la fotografía y la sonrisa regresó lentamente a su rostro.

—Mi prima —dijo—. Doce aquí. Primera comunión. Ahora dieciséis.

«¡Monstruo!», pensó ella, y le miró como si le viera por primera vez. Tenía la frente y cabeza blancas donde la gorra le protegía del sol, pero el resto de la cara estaba colorada y cubierta de hirsutos pelos rubios. Sus ojos eran como dos clavos brillantes detrás de las gafas de montura dorada, cuyo puente había reparado con alambre. Todo el rostro daba la impresión de estar hecho con retazos de los de otras personas.

—Señor Guizac —dijo ella, que empezó despacio y luego habló cada vez más deprisa hasta terminar sin aliento en medio de una palabra—, ese negro no puede tener una esposa europea blanca. Usté no puede hablar con un negro d'esa manera. Lo incita y además no puede ser. Tal vez se pueda hacer en Polonia pero aquí no se puede hacer y tendrá que dejar d'hacerlo. Es un disparate. Ese negro no tiene dos déos de frente y usté lo incitará…

—Ella en campo tres años —dijo él.

—Su prima —repuso ella con voz firme— no puede venir aquí y casarse con uno de mis negros.

—Ella diez-seis —dijo él—. De Polonia. Mamá muerta, papá muerto. Espera en

campo. Tres campo. —Sacó una billetera del bolsillo, rebuscó en ella y sacó otra fotografía de la misma chica, con algunos años más, vestida con algo oscuro y sin forma. Estaba recostada contra una pared con una mujer bajita que al parecer no tenía dientes—. Ella mamá —dijo señalando a la mujer—. Murió en dos campo.

—Señor Guizac —dijo la señora Mclntyre, empujando la foto hacia él—, no toleraré que perturben a mis negros. No puedo llevar este lugar sin mis negros. Lo puedo llevar sin usté pero no sin ellos, y si vuelve hablar d'esta niña a Sulk ya no tendrá trabajo conmigo. ¿Lo entiende?

El rostro del hombre no dio señales de comprender. Parecía estar juntando todas esas palabras en su cerebro para construir un pensamiento.

La señora Mclntyre se acordó de lo que la señora Shortley había dicho: «Lo entiende to, tan sólo finge que no pa hacer exactamente lo que le viene en gana», y su rostro recuperó la expresión de rabia y conmoción con la que había comenzado.

—No puedo entender cómo un hombre que se considera cristiano —dijo— puede traer a una pobre niña inocente aquí y casarla con algo como eso. No lo puedo entender. ¡No puedo! —Movió la cabeza y miró a lo lejos, con una expresión de dolor en sus ojos azules.

Él se encogió de hombros y dejó caer los brazos como si estuvviera fatigado.

—Ella no importa negro —dijo—. Ella en campo tres años. La señora Mclntyre sintió una extraña debilidad en las corvas.

—Señor Guizac —dijo—, no quiero tener que volver a hablar con usté acerca d'esto. Si he d'hacerlo, tendrá que buscarse otro trabajo. ¿M'entiende?

El rostro hecho de retazos no respondió. Ella tuvo la impresión de que no la veía.

—Este lugar es mío —añadió—, y yo decido quién viene y quién no.

—Ya —dijo él, y volvió a ponerse la gorra.

—No soy responsable de las desgracias del mundo —dijo por si acaso.

—Ya —dijo él.

—Usté tiene un buen trabajo. Tendría qu'estar agradecío d'estar aquí —agregó—, pero no estoy muy segura d'eso.

—Ya —dijo él, y se encogió un poco de hombros, dio media vuelta y volvió al tractor.

Lo vio encaramarse a la máquina y maniobrarla de vuelta hacia el maizal. Cuando la hubo dejado atrás y doblado la curva, ella subió a lo alto de la ladera y miró, sombría, el campo.

—Son todos iguales —murmuró—, ya sean de Polonia o de Tennessee. He manejao a los Herrin y a los Ringfield y a los Shortley y puedo manejar a los Guizac. —Y entornó los ojos para centrar la mirada únicamente en la figura menguante sobre el tractor como si lo estuviera observando a través de la mira de una escopeta. Había luchado toda su vida contra la resaca del mundo y ahora la tenía en la figura de un polaco—. Eres igual que los demás —dijo—, sólo que inteligente, trabajador y enérgico, pero yo también lo soy. Y este lugar es mío. —Permaneció allí, una figura

oscura con un sombrero negro y un rostro de querubín envejecido, y cruzó los brazos como si fuera capaz de cualquier cosa. Pero su corazón latía como si la hubieran sometido a alguna violencia interna. Abrió los ojos para abarcar todo el campo y la figura en el tractor no era más grande que un saltamontes en la vista ampliada que ahora tenía.

Se quedó allí un rato. Corría un poco de aire y el maíz temblaba en grandes olas a ambos lados de la ladera. La enorme segadora, con su rugido monótono, continuó arrojando maíz pulverizado al remolque en un constante chorro de forraje. Al anochecer, la Persona Desplazada se habría abierto camino dando vueltas y vueltas hasta que en las laderas de las dos colinas no quedara más que el rastrojo, y allí en medio, elevado como una pequeña isla, el camposanto donde yacía el juez, sonriente bajo su monumento profanado.

III

El sacerdote, con su larga cara inexpresiva apuntalada sobre un dedo, llevaba diez minutos hablando del Purgatorio mientras la señora McIntyre, furiosa, lo miraba con los ojillos entrecerrados sentada frente a él. Estaban bebiendo una soda en el porche delantero y ella hacía tintinear el hielo en su vaso, hacía tintinear las cuentas de su collar y hacía tintinear su pulsera como un poni impaciente que hace repicar sus arneses. «No hay ninguna obligación moral de mantenerlo —decía entre dientes—, no hay ninguna obligación moral en absoluto». De pronto se levantó de un salto y su voz atravesó el acento irlandés del cura como un taladro una sierra mecánica.

—¡Escuche! —dijo—, no soy una teóloga. ¡Soy una persona práctica! ¡Quiero hablarle d'algo práctico!

—Arrrrr —masculló él, chirriando al detenerse en seco.

Ella había servido por lo menos un dedo de *whisky* en su soda para poder soportar la visita y se sentó torpemente; encontró que silla estaba más próxima de lo que se había imaginado.

—El señor Guizac no es satisfactorio —dijo.

El anciano levantó las cejas con falsa sorpresa.

—Está de más —añadió ella—. No s'adapta. Tengo que tener alguien que s'adapte.

El sacerdote dio con cuidado la vuelta al sombrero en sus rodillas. Siempre recurría a la pequeña triquiñuela de esperar un momento en silencio y luego dirigir la conversación hacia donde se le antojaba. Tenía cerca de ochenta años. Ella nunca había conocido un sacerdote hasta que fue a ver a éste por el asunto de la Persona Desplazada. Después de que le hubo conseguido al polaco, él había utilizado la transacción comercial en un intento de convertirla, exactamente como ella había

supuesto.

—Dele tiempo —dijo el anciano—. Ya se adaptará. ¿Dónde está ese hermoso pájaro suyo? —preguntó, y luego dijo—: ¡Arrr, ya lo veo! —Se puso en pie y miró hacia el jardín, donde el pavo real y las dos hembras estaban parados en posición de firmes, con los largos cuellos arrugados, el del pavo de un azul intenso, y los de las hembras, de un verde plateado, relumbrando en el sol de la tarde.

—El señor Guizac —continuó la señora Mclntyre, insistente, con voz inexpresiva y firme

—es muy eficiente. Lo admito. Pero no sabe cómo tratar a mis negros y a éstos no les cae bien. No puedo permitir que mis negros se vayan. Y a mí no me gusta su actitud. No agradece na el hecho d'estar aquí.

El sacerdote tenía la mano sobre la puerta mosquitera y la abrió, preparado para iniciar la retirada.

—Arrr, debo irme —murmuró.

—Le aseguro que si tuviera un hombre blanco que comprendiera a los negros haría que se fuera el señor Guizac —afirmó ella, y se puso en pie nuevamente.

Entonces él dio media vuelta y la miró a la cara.

—No tiene adonde ir —dijo. Y luego añadió—: Querida señora, la conozco lo suficiente para saber que no lo va a echar por una tontería. —Y sin esperar una respuesta, levantó la mano y le dio la bendición con voz tonante.

Ella sonrió enfadada y dijo:

—Yo no he creado esta situación, por supuesto.

El sacerdote desvió la vista hacia los pájaros. Éstos habían llegado al centro del jardín. El pavo se detuvo de improviso y, curvando hacia atrás el cuello, levantó la cola y la desplegó con un sonido de timbre trémulo. Hileras de pequeños soles preñados flotaron en una bruma verde y dorada sobre su cabeza. El sacerdote quedó paralizado, con la mandíbula floja. La señora McIntyre se preguntó dónde había visto alguna vez un viejo tan idiota.

—¡Cristo llegará de esa manera! —dijo el cura en voz alta y alegre, y se pasó la mano por la boca, estupefacto.

La cara de la señora McIntyre adoptó una expresión puritana y se sonrojó. La mención de Cristo en una conversación la avergonzaba, como el tema del sexo había avergonzado a su madre.

—Yo no tengo la culpa de qu'el señor Guizac no tenga dónde ir —dijo—. No me siento responsable de toda la gente que sobra en el mundo.

El anciano no pareció oírla. Había fijado su atención en el pavo real, que estaba dando unos cortos pasitos hacia atrás, la cabeza contra la cola desplegada.

—La Transfiguración —murmuró.

Ella no tenía la menor idea de lo que él estaba diciendo.

—Pa empezar, el señor Guizac no debió venir aquí —dijo, y le miró duramente.

El pavo bajó la cola y comenzó a picotear el césped.

—Pa empezar, no debió venir aquí —repitió recalcando en cada palabra.

El anciano sonrió, ausente.

—Vino a redimirnos —dijo, y extendió la mano para estrecharle la suya y dijo que debía irse.

Si el señor Shortley no hubiera regresado a las pocas semanas, se habría puesto a buscar otro hombre. No había querido que volviera, pero, cuando atisbo el coche negro en la carretera y éste se detuvo ante la puerta de la casa, pensó que era ella quien regresaba, después de un triste viaje, a su propia casa. Se dio cuenta al instante de que había echado de menos a la señora Shortley. No había tenido con quien conversar desde la partida de la señora Shortley y corrió a la puerta esperando verla subir por los escalones.

Allí estaba el señor Shortley, solo. Llevaba un sombrero negro de fieltro y una camisa con un estampado de palmeras rojas y azules, pero los surcos de su cara larga y castigada eran más profundos que hacía un mes.

—¡Vaya! —dijo ella—. ¿Dónde está la señora Shortley?

El señor Shortley no dijo nada. El cambio que experimentó su rostro pareció venir de dentro; daba la impresión de ser un hombre que llevaba mucho tiempo sin agua.

—Era un ángel de Dios —dijo en voz alta—. Era la mujer más dulce del mundo.

—¿Dónde está? —murmuró la señora Mclntyre.

—Muerta —respondió él—. Tuvo un ataque al corazón el día que nos fuimos d'aquí. —Su rostro mostraba la serenidad de un cadáver—. Creo que el polaco la mató. Ella lo caló na más verlo. Sabía que venía de parte del demonio. Me lo dijo.

La señora McIntyre tardó tres días en reponerse de la muerte de la señora Shortley. Se dijo que cualquiera hubiera pensado que eran parientes. Volvió a emplear al señor Shortley para que se ocupara de la granja aun cuando no quería tenerlo sin su esposa. Le dijo que iba a informar a la Persona Desplazada de que dentro de un mes estaría despedida y que luego podría volver a la lechería. El señor Shortley prefería ese trabajo pero estaba dispuesto a esperar. Afirmó que le daría alguna satisfacción ver cómo se marchaba el polaco, y la señora McIntyre dijo que a ella la llenaría de satisfacción. Confesó que debería haberse conformado con los trabajadores que tenía y que no debería haberse puesto a buscar a gente en otros lados del mundo. El señor Shortley dijo que a él no le gustaban los extranjeros desde que había estado en la Primera Guerra Mundial y visto cómo eran. Dijo que había visto gentes de toda índole pero que ninguno de ellos era como nosotros. Dijo que se acordaba de la cara de un hombre que le había arrojado una granada de mano y que ese hombre tenía unas gafas redondas idénticas a las del señor Guizac.

—Pero el señor Guizac es polaco, no alemán —dijo la señora McIntyre…

—No hay mucha diferencia entre ésos —había explicado el señor Shortley.

Los negros se alegraron del regreso del señor Shortley. La Persona Desplazada esperaba que trabajasen tanto como él, mientras que el señor Shortley reconocía sus limitaciones. De hecho, jamás había sido un buen trabajador cuando la señora

Shortley estaba allí para hacerle cumplir, pero ahora, sin ella, era aún más descuidado y lento. El polaco seguía trabajando tan duramente como siempre y parecía no tener ni idea de que lo iban a despedir. La señora McIntyre vio cómo en poco tiempo se concluían trabajos que ella pensaba que jamás se acabarían. No obstante, estaba resuelta a deshacerse de él. Sólo ver su pequeña figura moverse con rapidez de aquí para allá había llegado a ser de lo más irritante, y pensaba que el anciano cura la había engañado. Le había dicho que no tenía ninguna obligación legal de tener a la Persona Desplazada si sus servicios no le satisfacían, pero luego había sacado a relucir la obligación moral.

Ella quería decirle que sus obligaciones morales eran para con su propia gente, con el señor Shortley, que había luchado en la guerra mundial por su país, no con el señor Guizac, que simplemente había llegado para aprovecharse de cuanto pudiera. Consideraba que debía decirle esto al cura antes de despedir a la Persona Desplazada. Cuando llegó el primero de mes y el cura no fue, pospuso dar aviso al polaco un poco más.

El señor Shortley se dijo que debería haber sabido desde el principio que ninguna mujer iba a hacer lo que decía en el momento en que lo había prometido. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar los titubeos de la señora Mclntyre. Pensaba que se estaba ablandando y que temía echar al polaco por miedo a que le fuera muy difícil encontrar un nuevo trabajo. Él le podía decir toda la verdad: que si lo despedía, al cabo de tres años tendría su propia casa y una antena de televisión en el tejado. Por una cuestión estratégica, empezó a ir hasta la puerta trasera todas las tardes para dejarle claras unas cuantas cosas. «A veces un hombre blanco no consigue la consideración que consigue un negro —decía—, pero eso no importa porque es blanco, pero a veces —y en este punto hacía una pausa y miraba a lo lejos— un hombre qu’ha luchao y dao su sangre y muerto al servicio de su país no obtiene la consideración qu’obtienen algunos contra los que tuvo que luchar. Yo le pregunto: “¿Eso está bien?”». Cuando le hacía estas preguntas, miraba el rostro de la mujer y sabía que la había impresionado. Ella no parecía sentirse bien esos días. El vio arrugas alrededor de sus ojos que no tenía cuando él y la señora Shortley eran los únicos empleados blancos. Siempre que pensaba en la señora Shortley, sentía que el corazón se le hundía como un cubo en un pozo seco.

El viejo sacerdote se mantenía alejado como si la última visita le hubiera asustado, pero finalmente, al ver que la Persona Desplazada no había sido despedida, se aventuró a volver para reanudar la instrucción de la señora Mclntyre en el punto que recordaba haberla dejado. Ella no le había pedido que la instruyera pero él lo hacía de todas formas y forzaba una breve definición de algún sacramento o de algún dogma en cada conversación que mantenía, fuera con quien fuese. Estaba sentado en el porche, sin reparar en la expresión, en parte burlona, en parte ofendida, de la mujer, que, sentada, agitaba el pie en el aire, al acecho de una oportunidad para introducir una cuña en su discurso.

—Porque —decía como si hablara de algo que había sucedido el día anterior en el pueblo— cuando Dios envió a su único hijo, Jesucristo, nuestro Señor —inclinó un poco la cabeza— como el Redentor de la humanidad, El…

—¡Padre Flynn! —dijo ella con una voz que lo sobresaltó—. ¡Quiero hablar d'algo serio con usté!

La piel bajo el ojo derecho del anciano tembló.

—En lo que a mí respecta —añadió ella, y lo miró con ferocidad—, Cristo no era más qu'otra Persona Desplazada.

Él levantó un poco las manos y las dejó caer sobre las rodillas.

—Arrr —murmuró como si lo estuviera considerando.

—Voy a echar a ese hombre —anunció ella—. No tengo la menor obligación con él. Mi obligación es con la gente que ha hecho algo por su país, no con esos que sólo han venío a aprovecharse de to lo que pueden conseguir. —Y comenzó a hablar rápidamente recordando todos sus argumentos.

La atención del sacerdote pareció retirarse a un oratorio privado para esperar a que ella pusiese fin a su discurso. Un par de veces volvió la mirada hacia el jardín como si buscara alguna forma de escapar, pero ella no se detuvo. Le explicó que era propietaria de ese lugar desde hacía treinta años, que había conseguido mantenerlo luchando contra gente que salía de la nada y no iba a ninguna parte, gente que lo único que quería era un automóvil. Dijo que se había dado cuenta de que todos eran iguales, ya fuesen de Polonia o de Tennessee. Cuando los Guizac estuvieran preparados, dijo, no dudarían un instante en abandonarla. Le explicó que la gente que parecía más rica era en realidad la más pobre porque tenían muchas cosas que mantener. Le preguntó cómo creía que pagaba ella las cuentas del pienso. Le dijo que a ella le gustaría arreglar su casa pero que no podía permitírselo. Ni siquiera podía restaurar el monumento sobre la tumba de su marido. Le preguntó si sabía cuánto le iba a costar el seguro ese año. Finalmente le preguntó si creía que le sobraba el dinero, y el anciano lanzó de pronto un largo bramido desagradable como si se tratase de una pregunta cómica.

Cuando terminó la visita, ella se sintió deprimida, aun cuando había conseguido un triunfo claro. Decidió que el primero de mes informaría a la Persona Desplazada de su despido con treinta días de antelación y lo notificaría al señor Shortley.

El señor Shortley no hizo ningún comentario. Su esposa había sido la única mujer que él había conocido que no tenía miedo de hacer lo que decía. Ella había dicho que el cura y el diablo habían enviado al polaco. El señor Shortley no dudaba que el cura ejercía un extraño control sobre la señora McIntyre y que dentro de poco ella comenzaría a asistir a sus misas. Daba la impresión de que algo la estaba consumiendo por dentro. Estaba más delgada y agitada que antes, y menos perspicaz. Ahora inspeccionaba un cubo de leche y no se daba cuenta de lo sucio que estaba, y, la había visto mover los labios cuando no estaba hablando. El polaco nunca hacía nada mal, pero aun así a ella le resultaba cada vez más irritante. El señor Shortley

hacía las cosas a su manera —no siempre como ella quería—, pero ella parecía no darse cuenta de nada. Sin embargo, sí se había dado cuenta de que el polaco y su familia habían engordado; señaló al señor Shortley que ya no tenían las mejillas hundidas y que ahorraban hasta el último centavo que ganaban.

—Sí, señora, y uno d'estos días va poder comprarla y venderla a usté misma —se aventuró a decir el señor Shortley, y notó que su comentario la había conmovido.

—Estoy esperando que llegue el primero de mes —había dicho ella.

El señor Shortley también esperó; el primero llegó y pasó y ella no lo despidió. Podría haberle dicho a cualquiera que así sucedería. No era un hombre violento, pero le sacaba de sus casillas ver cómo un extranjero hacía daño a una mujer. Consideraba que era una de esas cosas ante las que un hombre no podía permanecer impasible.

No existía ninguna razón por la cual la señora McIntyre no pudiera echar al señor Guizac de inmediato, pero lo posponía de un día para el otro. Le preocupaban los gastos y su salud. Por la noche no dormía, o cuando lo hacía soñaba con la Persona Desplazada. Nunca había tenido que despedir a nadie; todos la habían abandonado. Una noche, soñó que el señor Guizac y su familia se mudaban a su casa y que ella se iba a vivir con el señor Shortley. Esto fue demasiado para ella; se despertó y se pasó varias noches sin pegar ojo. Una noche, soñó que el cura iba de visita y le hablaba y hablaba con su tono monótono diciéndole:

—Estimada señora, sé que su tierno corazón sufrirá si despide al pobre hombre. Piense en las miles de víctimas, en los hornos, en los furgones, en los campos de concentración, en los niños enfermos y en Cristo Nuestro Señor.

—Ese hombre sobra y ha roto el equilibrio d'este lugar —decía ella—, y yo soy una mujer lógica y práctica y aquí no hay hornos ni campos de concentración ni Cristo Nuestro Señor, y, cuando se vaya, ganará más dinero. Trabajará en el molino y se comprará un coche y no m'hablará. Lo único que quieren es tener un coche.

—Los hornos, los furgones, los niños enfermos —zumbaba el sacerdote— y Cristo Nuestro Señor.

—Hay demasiaos —decía ella.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, resolvió darle el aviso en ese mismo momento; se puso en pie, salió de la cocina y fue hasta el camino con la servilleta todavía en la mano. El señor Guizac estaba limpiando el establo, con la espalda encorvada como siempre y una mano en la cintura. Cerró la manguera y le prestó una atención impaciente como si le estuviera molestando en su trabajo. Ella no había pensado en lo que le iba a decir, tan sólo había ido allí. Se quedó junto a la puerta del establo y miró con severidad el suelo mojado e inmaculado y los montantes que chorreaban.

—¿Usted bien? —dijo él.

—Señor Guizac —dijo ella—, apenas puedo afrontar mis gastos en este momento. —Luego dijo en voz más alta, más firme, recalcando cada palabra—: Tengo cuentas que pagar.

—Yo también —repuso el señor Guizac—. Muchas cuentas, poco dinero. —Y se encogió de hombros.

En la otra punta del establo, ella vio que una larga sombra con una nariz picuda se deslizaba como una serpiente hacia la puerta iluminada por el sol y se detenía; a su espalda notó un silencio donde un segundo antes había oído el sonido de las palas de los negros.

—Este lugar es mío —dijo con furia—. Todos vosotros estáis de más. ¡Todos y cada uno de vosotros estáis de más!

—Sí —dijo el señor Guizac, y volvió a abrir la manguera.

Ella se limpió la boca con la servilleta que tenía en la mano y se marchó, como si hubiera logrado el objetivo propuesto.

La sombra del señor Shortley se apartó de la puerta, se reclinó contra el costado del establo y encendió la mitad de un cigarrillo que sacó del bolsillo. No tenía nada que hacer salvo esperar a que cayera la mano de Dios, pero sabía una cosa: no iba a esperar con la boca cerrada.

A partir de esa mañana comenzó a quejarse y a exponer su versión del caso a todas las personas que veía, ya fueran blancas o negras. Se quejó en el colmado, en el juzgado, en la calle y se quejó directamente a la misma señora McIntyre, porque no tenía nada que esconder. De haber podido entender el polaco, también a él se lo habría explicado.

—Todos los hombres fueron creados libres e iguales —dijo a la señora McIntyre —, y yo me jugué la vida pa probarlo. Fui allí y sangré, y morí, y regresé y me encontré con que quien me había quitao el trabajo era na menos que aquel contra el que había luchao. Una granada de mano que casi me mató y vi quién la tiró, un hombrecito con gafas iguales a las d’ése. Debieron comprarlas en la misma tienda. El mundo es un pañuelo. —Y soltó una risita de amargura.

Ahora que no tenía a la señora Shortley para que hablara, había comenzado a hacerlo él mismo y había descubierto que tenía un don para ello. Poseía el poder de hacer ver a los demás su propia lógica. Les hablaba mucho a los negros.

—¿Por qué no vuelves a África? —preguntó una mañana a Sulk mientras limpiaban el silo—. Es tu país, ¿no?

—No pienso ir allí —dijo el muchacho—. Me pueden comer.

—Bueno, si te portas bien, no hay ninguna razón pa que no te puedas quedar aquí. A tu abuelo lo trajeron. Él no tuvo na que ver con el hecho de venir. Lo que no aguanto es a la gente que huye de su tierra —dijo el señor Shortley con tono amable —. Porque tú no has huido de ningún sitio.

—Nunca he sentío la necesidá de viajar —comentó el negro.

—Mira —dijo el señor Shortley—, si yo fuera a viajar de nuevo, me iría a China o a África. Vas a esos lugares y enseguida te das cuenta de las diferencias entre tú y los demás. Pero te vas a esos otros lugares y de la única manera que te das cuenta es cuando hablan. Aun así, nunca puedes estar seguro porque la mitá conoce el idioma

inglés. Ahí es donde cometimos el gran error —añadió—, les dejamos a todos esos hablar inglés. Habría muchos menos problemas si cada uno hablara su propio idioma. Mi mujer decía que saber dos idiomas era como tener ojos en la nuca. A ella no se l'escapaba nada.

—Eso es verdá —murmuró el muchacho, y luego agregó—: Era buena. Muy buena. Nunca conocí a una mujer blanca más buena qu'ella.

El señor Shortley se volvió y trabajó un rato en silencio. Al cabo de unos minutos se inclinó y le dio unos golpecitos en el hombro al muchacho de color con el mango de la pala. Por un instante se limitó a mirarlo mientras en sus ojos húmedos se agolpaba todo un mundo de significados. Luego dijo en voz baja:

—La venganza es mía, dijo el Señor.

La señora McIntyre descubrió que todos en el pueblo conocían la versión del señor Shortley de sus propios asuntos y que todos criticaban su conducta. Empezó a comprender que tenía la obligación moral de echar al polaco y que la estaba eludiendo porque le resultaba muy difícil. Ya no soportaba más el creciente sentimiento de culpa, y una fría mañana de sábado salió después del desayuno a despedirlo. Caminó hasta el cobertizo de la maquinaria, donde le oyó poner en marcha el motor del tractor.

En el suelo había una gruesa capa de escarcha que hacía que los campos parecieran rugosos lomos de ovejas; el sol estaba casi plateados y los árboles destacaban como cerdas secas contra la línea del horizonte. El campo parecía estar alejándose del pequeño círculo de ruido que rodeaba al cobertizo. El señor Guizac esa de cuclillas al lado del tractor pequeño haciendo un arreglo. La señor McIntyre esperaba que todos los campos se araran en los treinta días que él iba a trabajar para ella. El muchacho de color se había detenido con unas herramientas en la mano, y el señor Shortley estaba en el cobertizo listo para subir al tractor grande y sacarlo marcha atrás. Ella se proponía esperar a que él y el negro se fueran para cumplir con su desagradable deber.

Se quedó mirando al señor Guizac, dando patadas en el duro suelo porque el frío le subía por lo pies y las piernas como una parálisis. Llevaba un grueso abrigo negro y un pañuelo de cabeza rojo con el sombrero encima para protegerse de resplandor. Bajo el ala negra, su rostro tenía una expresión abstraída, y u par de veces sus labios se movieron en silencio. El señor Guizac gritó por encima del ruido del tractor para que el negro le alcanzara el destornillador y, cuando lo tuvo, se tendió de espaldas en el suelo helado y se deslizó bajo la máquina. Ella no le veía la cara, sólo los pies, las piernas y el tronco, que salían impúdicamente del costado del tractor. Calzaba botas de goma, que estaban agrietadas y llenas de barro. Levantó una rodilla, luego la bajó y se movió un poco hacia un lado. De todas las cosas que a la señora McIntyre le molestaban de él, la peor era que no se había ido por su propia voluntad.

El señor Shortley se había subido al tractor grande y estaba sacándolo del cobertizo. Parecía acalorado, como si el calor y la potencia del vehículo enviaran

unos impulsos a su interior que él obedecía al instante. Lo puso en dirección al tractor pequeño pero lo frenó en una leve pendiente, se apeó de un salto y volvió hacia el cobertizo. La señora McIntyre miraba fijamente las piernas del señor Guizac, ahora estiradas sobre el suelo. Oyó cómo se movía el freno del tractor grande y, al levantar la vista, vio que avanzaba decidiendo su propio camino. Más tarde recordó que había visto cómo el negro saltaba en silencio para apartarse de su camino como si un muelle en la tierra lo hubiese liberado, y que había visto al señor Shortley volver la cabeza con una lentitud increíble y mirar en silencio por encima del hombro y que ella había empezado a gritar a la Persona Desplazada, aunque no lo había hecho. Había sentido que sus ojos, los ojos del señor Shortley y los del negro se unían en una mirada que les dejó para siempre congelados en connivencia, y había oído el leve ruido que hizo el polaco cuando la rueda del tractor le rompió la columna. Los dos hombres empezaron a correr para ayudar y ella se desmayó.

Cuando volvió en sí, recordó que había corrido en alguna dirección, tal vez hacia la casa, y salido de nuevo, pero no recordaba para qué o si se había vuelto a desmayar allí. Cuando regresó donde estaban los tractores, ya había llegado la ambulancia. El cuerpo del señor Guizac estaba cubierto por los cuerpos doblados de su mujer y sus dos hijos y por una figura negra inclinada hacia él que murmuraba palabras que ella no entendía. Al principio pensó que debía de ser el médico, pero luego, con un sentimiento de fastidio, reconoció al sacerdote, que había llegado con la ambulancia y ahora introducía algo en la boca del hombre destrozado. Después el cura se enderezó y ella vio primero los pantalones ensangrentados y luego el rostro, que no estaba apartado de ella sino que estaba tan retraído y falto de expresión como el resto del paisaje. Sólo le miró porque estaba tan conmocionada por la experiencia que no era ella misma. Su mente no asimilaba todo lo que estaba sucediendo. Se sentía como si estuviera en un país extranjero donde las personas inclinadas sobre el cuerpo eran nativos, y observó la escena como una extranjera cuando transportaron al hombre muerto hasta la ambulancia.

Esa tarde, el señor Shortley se fue sin avisar en busca de otro trabajo, y el negro Sulk, sintiendo un súbito deseo de ver un poco de mundo, partió hacia el sur del estado. El viejo Astor no podía trabajar solo. La señora Mclntyre apenas se dio cuenta de que estaba sin trabajadores porque le sobrevino una enfermedad nerviosa y tuvo que ir al hospital. Cuando regresó, comprendió que la finca era demasiado grande para que pudiera llevarla y entregó las vacas a un subastador profesional (que las malvendió); se retiró a vivir con lo que tenía mientras trataba de conservar su salud, cada vez más precaria. Sufrió un proceso de entumecimiento en una pierna y le comenzaron a zangolotear las manos y la cabeza, y al final tuvo que permanecer en cama todo el tiempo, con sólo una negra para atenderla. Su vista empeoró progresivamente y perdió la voz por completo. Poca gente del pueblo se acordaba de ir a visitarla, salvo el viejo sacerdote. Él iba con regularidad una vez por semana, con una bolsita de migas de pan; una vez que había dado de comer al pavo real, se

sentaba al lado de su cama y le explicaba la doctrina de la Iglesia.

EL TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO[17]

Durante el fin de semana las dos chicas se estuvieron llamando Templo Uno y Templo Dos, se desternillaron de risa y se ruborizaron hasta el punto de volverse realmente feas, en especial Joanne, que tenía espinillas en la cara. Llegaron con el uniforme marrón que usaban en el convento de Mount Saint Scholastica, pero tan pronto como abrieron las maletas los hicieron desaparecer, se pusieron faldas rojas y blusas de colores chillones. Se pintaron los labios, se calzaron los zapatos de domingo y caminaron con tacones altos por toda la casa, procurando pasar siempre frente al largo espejo del recibidor para mirarse las piernas. No prestaron un segundo de atención a la niña. Si hubiera ido sólo una de ellas, habría jugado con la niña, pero eran dos; así pues, la niña quedó excluida y las observaba con suspicacia desde cierta distancia.

Tenían catorce años —dos más que ella—, pero ninguna era inteligente, motivo por el cual las habían enviado al convento. Si hubieran ido a una escuela normal, no habrían hecho otra cosa que pensar en los muchachos; en el convento, las hermanas, decía la madre de la niña, las tendrían a raya. La niña decidió, después de observarlas durante dos horas, que prácticamente eran imbéciles y se alegró al pensar que sólo eran primas segundas y que ella no podía haber heredado algo de esa necedad. Susan se llamaba a sí misma Suzan. Estaba muy delgada, pero tenía una linda cara alargada y el cabello rojo. Joanne era rubia con rizos naturales, hablaba con voz nasal y, cuando se reía, le salían manchas púrpuras. Ninguna de las dos era capaz de decir algo inteligente y todas sus frases comenzaban: «Mira, ese chico que conozco, una vez…».

Iban a quedarse todo el fin de semana. Su madre había dicho que no sabía cómo iba a entretenerlas, puesto que no conocía a ningún chico de su edad. La niña, en un súbito arranque de genialidad, exclamó:

—¡Está Cheat! ¡Dile a Cheat que venga! ¡Dile a la señorita Kirby que haga que Cheat venga a pasearlas un poco! —Y casi se atragantó con la comida que tenía en la boca. Se dobló de risa, golpeó la mesa con el puño y miró a las dos desconcertadas chicas mientras se le humedecían los ojos y las lágrimas empezaban a rodar por sus gordezuelas mejillas y el aparato dental que tenía en la boca brillaba como hojalata. Nunca se le había ocurrido nada tan divertido.

Su madre rió con discreción, la señorita Kirby se sonrojó y se llevó con delicadeza el tenedor a la boca, que pinchaba un solo guisante. Era una maestra de escuela rubia con la cara larga que se hospedaba en la casa, y el señor Cheatam era su admirador, un viejo y rico granjero que iba todos los sábados por la tarde en un Pontiac azulado de quince años de antigüedad, empolvado de arcilla roja y con negros en el interior, a quienes cobraba quince centavos por cabeza por llevarlos al pueblo los sábados por la tarde. Después de dejarlos, iba a ver a la señorita Kirby y siempre le llevaba un regalito: una bolsa de cacahuetes tostados, una sandía o una

caña de azúcar, y, en una ocasión, toda una caja de caramelos *Baby* Ruth comprada al por mayor. Tenía la cabeza calva, con excepción de un pequeño bordecillo de pelo rojizo; su rostro tenía casi el mismo color de los caminos sin pavimentar y estaba erizado, como ellos, de roderas y hondonadas. Siempre llevaba una camisa verde pálido con una fina lista negra y tirantes azules, y sus pantalones cruzaban un estómago abultado en el que, de vez en cuando, clavaba con ternura su chato pulgar. Todos sus dientes tenían fundas de oro y, cuando estaba con la señorita Kirby, ponía los ojos en blanco de una manera traviesa y decía: «Hummm», sentado en el balancín del porche con las piernas bien separadas y los zapatos apuntando cada uno en una dirección.

—No creo que Cheat venga al pueblo este fin de semana —dijo la señorita Kirby, sin haber comprendido que se trataba de una broma; la niña volvió a retorcerse de risa, se echó hacia atrás en la silla y se cayó, rodó por el suelo y allí se quedó, jadeante. Su madre le dijo que si no ponía término a esas tonterías tendría que irse de la mesa.

El día anterior, la madre había convenido con Alonzo Myers que las llevara hasta Mayville, a setenta kilómetros de distancia, donde estaba el convento, para buscar a las chicas que iban a pasar el fin de semana en la casa, y también había contratado el viaje de regreso para el domingo por la tarde. Era un muchacho de dieciocho años que pesaba más de cien kilos, trabajaba para compañía de taxis y era el único que se prestaba a llevarte a cualquier lado. Fumaba, o más bien mascaba, un corto cigarro negro y dejaba ver su pecho redondo y sudoroso a través de su camisa de nailon amarillo. Cuando conducía, había que tener abiertas todas las ventanillas del coche.

—¡Bueno, está Alonzo! —exclamó la niña desde el suelo—. ¡Digámosle a Alonzo que las pasee! ¡Vamos a decírselo!

Las dos chicas, que habían visto a Alonzo, comenzaron a protestar indignadas. La madre pensó que eso también resultaba gracioso, pero dijo:

—Ya es más que suficiente. —Y cambió de tema. Les preguntó por qué se llamaban Templo Uno y Templo Dos, lo que desató en ellas un vendaval de risitas. Al final lograron explicarlo. La hermana Perpetua, la monja más anciana de las hermanas de la misericordia de Mayville, les había soltado un sermón acerca de lo que debían hacer si un joven (en este punto se echaron a reír tan estrepitosamente que no pudieron continuar sin volver al principio)… lo que tendrían que hacer si un joven (las dos bajaron la cabeza)… lo que debían hacer si (finalmente pudieron decirlo, a voz en grito)… si «se comportase de un modo impropio de un caballero en el asiento trasero de un automóvil». La hermana Perpetua dijo que debían decirle: «¡Pare, señor! ¡Soy un templo del Espíritu Santo!», y eso pondría fin al incidente. La niña se sentó en el suelo y las miró con rostro inexpresivo. No le veía la gracia. Lo que sí era gracioso era la idea de que el señor Cheatam o Alonzo Myers las cortejara por el pueblo. Al pensarlo se moría de risa.

La madre no se rió de lo que habían contado.

—Me parece que sois bastante tontas —dijo—. Después de todo, eso es lo que sois, templos del Espíritu Santo.

Las dos chicas la miraron, reprimiendo sus risitas por cortesía, pero con cara de perplejidad, como si empezaran a darse cuenta de que estaba hecha de la misma pasta que la hermana Perpetua.

La señorita Kirby mantuvo el rostro impasible y la niña pensó: «De todos modos, ella no lo entiende». «Yo soy un templo del Espíritu Santo», se dijo, y la frase le gustó. Hizo que se sintiera como si le hubieran dado un regalo.

Después de la comida, la madre se desplomó en la cama y comentó:

—Esas mocosas van a volverme loca si no les procuro alguna diversión. Son espantosas.

—Apuesto a que sé a quién puedes conseguir —dijo la niña.

—Escucha, no quiero volver a oír hablar del señor Cheatam —repuso la madre—. Has incomodado a la señorita Kirby. Es su único amigo. Oh, Dios mío —añadió mientras se sentaba y miraba con expresión triste por la ventana—, esa pobrecita está tan sola que hasta subiría a ese coche que huele como el último círculo del infierno.

«Ella también es un templo del Espíritu Santo», reflexionó la niña.

—No estaba pensando en él —dijo—. Estaba pensando en los Wilkins, Wendell y Cory, que están de visita en la granja de la vieja Buchell. Son sus nietos. Trabajan para ella.

—Eh, es una buena idea —murmuró la madre, y le dirigió una mirada de gratitud. Pero enseguida se desanimó—. No son más que unos granjeros. Ellas no se dignarían ni mirarlos.

—Vamos —dijo la niña—. Llevan pantalones. Tienen dieciséis años y un coche. Alguien dijo que los dos iban a ser predicadores de la Iglesia de Dios porque no es necesario saber nada para llegar a serlo.

—Estarían absolutamente seguras con esos chicos —observó la madre, y se levantó de inmediato, telefoneó a la abuela de los muchachos y, después de hablar con la anciana durante media hora, quedó concertado que Wendell y Cory irían a cenar y luego llevarían a las chicas a la feria.

Susan y Joanne estaban tan contentas que se lavaron el pelo y se pusieron rulos de aluminio. «Ja —pensaba la niña, que, sentada con las piernas cruzadas en la cama, las observaba mientras se los quitaban—, esperad a ver a Wendell y a Cory».

—Os gustarán esos chicos —dijo—. Wendell mide un metro ochenta y es pelirrojo. Cory mide un metro noventa, tiene el pelo negro y usa una chaqueta de sport, y tienen ese coche que lleva una cola de ardilla en el morro.

—¿Cómo es que una niña como tú sabe tanto acerca de esos hombres? —preguntó Susan, y acercó la cara al espejo para ver cómo se le dilataban las pupilas.

La niña se tendió de espaldas en la cama y empezó a contar las estrechas tablas del techo hasta que perdió la cuenta. «Los conozco muy bien —dijo a alguien—. Luchamos juntos en la guerra mundial. Estaban bajo mi mando y los salvé cinco

veces de los aviones suicidas japoneses y Wendell dijo: “Voy a casarme con esta niña” y el otro dijo “Oh no, tú no, me casaré yo”, y yo dije que ninguno de los dos porque los iba a llevar ante el consejo de guerra en menos de lo que canta un gallo».

—Los he visto por ahí, eso es todo —dijo.

Cuando llegaron, las chicas los miraron por un segundo y luego comenzaron a reírse y a hablar entre ellas del convento. Se sentaron juntas en el balancín, y Wendell y Cory juntos en la baranda. Se sentaron como monos, con las rodillas a la altura de los hombros y los brazos caídos a los costados. Eran dos muchachos flacos, bajos, de caras coloradas, pómulos altos y ojos como pálidas semillas. Habían llevado una armónica y una guitarra. Uno empezó a soplar el instrumento de viento, observando a las chicas, y el otro empezó a rasguear la guitarra y luego a cantar, sin mirarlas, con la cabeza echada hacia atrás como si su único interés consistiera en escucharse a sí mismo. Cantaba una canción *country* que sonaba mitad a canción de amor y mitad a himno religioso.

La niña estaba encaramada a un barril colocado entre unos arbustos al costado de la casa, con la cara a la altura del suelo del porche. El sol se ponía y el cielo tomaba un color morado que parecía en íntima relación con el dulce y triste sonido de la música. Wendell comenzó a sonreír mientras cantaba y a mirar a las chicas. Miró a Susan con ojos de perro enamorado y cantó:

He hallado un amigo en Jesús,
Él lo es todo para mí,
Es el lirio de los valles,
¡Es quien me libera a mí!
Luego volvió la misma mirada a Joanne y cantó:
En derredor, hay de fuego una pared,
Yo no tengo nada que temer,
Él es el lirio de los valles,
¡Y cerca de Él siempre estaré!

Las chicas se miraron y apretaron los labios para no reírse, pero Susan no pudo reprimir una risita y se llevó la mano a la boca. El cantor frunció el entrecejo y por unos segundos sólo rasgueó la guitarra. Luego comenzó a cantar «La vieja cruz inquebrantable» y ellas escucharon con cortesía, pero cuando terminó dijeron: «¡Cantemos algo!», y, antes de que él empezara otra, se pusieron a cantar con sus voces educadas en el convento:

Tantum ergo Sacramentum
Veneremur Cernui:
Et antiquum documentum

Novo cedat ritui.

La niña observó el rostro serio y ceñudo de los muchachos, que se miraron perplejos como dudando de si les estaban tomando el pelo.

Praestet fides supplementum
Sensuum defectui.
Genitori, Genitoque
Laus et jubilatio
Salus, honor, virtus quoque…

El rostro de los muchachos tenía un color rojo oscuro a la luz gris y morada. Parecían sorprendidos y furiosos.

Sit et benedictio;
Procedenti ab utroque
Compar sit laudatio.
Amén.

Las chicas alargaron el «amén» y luego se hizo el silencio.

—Debe de ser algún canto judío —dijo Wendell, y empezó a afinar la guitarra.

Las chicas se rieron como tontas y la niña pataleó en el barril.

—¡Pedazo de burro! —gritó—. ¡Pedazo de burro de la Iglesia de Dios! —rugió, y se cayó del barril; se levantó y dobló como una bala la esquina de la casa justo cuando ellos saltaron de la baranda para descubrir al que gritaba.

La madre había dispuesto que cenarían en el patio de atrás y habían colocado la mesa bajo unos farolillos chinos que guardaba para las fiestas en el jardín.

—No voy a comer con ellos —dijo la niña; cogió su plato, lo llevó a la cocina, se sentó con la cocinera flaca de encías azules y se puso a cenar.

—¿Cómo puedes ser tan mala a veces? —preguntó la cocinera.

—Esos estúpidos idiotas… —replicó la niña.

Los farolillos daban a las hojas de los árboles un brillo naranja; por encima de todo tenía un tinte verdinegro y abajo había diferentes colores débiles y apagados que hacían que las chicas, sentadas ya a la mesa, parecieran más guapas de lo que en realidad eran. De vez en cuando, la niña volvía la cabeza y miraba la escena por la ventana de la cocina.

—Dios te podría dejar sorda y ciega —dijo la cocinera—, y entonces no serías tan lista como ahora.

—Aún sería más lista que algunos —afirmó la niña.

Después de cenar se fueron a la feria. Ella quería ir a la feria, pero no con ellos, de modo que, aunque se lo hubieran pedido, no habría ido. Subió por las escaleras, se paseó por el largo dormitorio con las manos entrelazadas a la espalda, la cabeza hacia delante y, en el rostro, una expresión furiosa y al mismo tiempo soñadora. No encendió la luz eléctrica, sino que dejó que la oscuridad se agolpara e hiciera más pequeña e íntima la habitación. A intervalos regulares, una luz cruzaba la ventana abierta y arrojaba sombras en la pared. Se detuvo y se quedó mirando por encima de las oscuras colinas, más allá de donde el estanque plateado relumbraba, más allá del muro de árboles, hacia el cielo punteado, donde un largo dedo de luz giraba en la distancia escudriñando el aire como si estuviera buscando el sol perdido. Era la luz del faro de la feria.

Oyó el sonido distante del organillo y vio en su mente todas las tiendas levantadas en una especie de resplandor dorado, y el anillo diamantino de la noria dando vueltas y vueltas en el aire y bajando nuevamente, y el chirriante tiovivo dando vueltas y vueltas en el suelo. Una feria duraba cinco o seis días y había una tarde especial para los niños y una noche especial para los negros. Ella había ido el año anterior la tarde de los escolares, había visto los monos y al hombre gordo, y había subido a la noria. Algunas tiendas estaban cerradas porque contenían cosas que sólo se mostraban a los adultos, pero ella había mirado con interés los anuncios de las tiendas cerradas, los retratos desvaídos sobre la lona de personas con mallas, con el rostro sereno y frío, como el de los mártires, que esperaba a que los soldados romanos les cortasen la lengua. Se imaginó que el interior de esas tiendas tenía algo que ver con la medicina y había resuelto ser médico cuando fuera mayor.

Desde entonces había cambiado de opinión y decidido ser ingeniero, pero mientras miraba por la ventana y veía la luz giratoria ensancharse y estrecharse y rodar en su arco, pensó que tenía que ser mucho más que un médico o un ingeniero. Tendría que ser una santa porque ésa era la ocupación que incluía todo lo que uno podía saber; no obstante, comprendió que jamás sería una santa. No robaba ni mataba pero era una mentirosa nata, perezosa, daba disgustos a su madre y era deliberadamente desagradable con casi todo el mundo. También estaba carcomida por el pecado del orgullo, el peor de todos. Se burlaba del predicador baptista que iba a la escuela a rezar las oraciones el día de graduación. Bajaba la boca y se ponía la cabeza entre las manos como si fuera presa de un terrible sufrimiento y farfullaba: «Paadre, te aagradecemos», exactamente como hacía el predicador y como tantas veces le habían ordenado no hacer. Nunca podría ser una santa, pero pensó que podría llegar a ser una mártir si la mataban pronto.

Podría soportar que la acribillaran a balazos, pero no que la metieran en aceite hirviendo. No sabía si podría aguantar que los leones la destrozaran. Comenzó a preparar su martirio; se vio vestida con unas mallas en la arena del gran circo, iluminada por los primeros cristianos que colgaban en jaulas de fuego, lo que

producía una luz de polvillo dorado que caía sobre ella y los leones. El primer león cargó contra ella y cayó a sus pies, convertido. Lo mismo le sucedió a toda una serie de leones. Éstos la querían tanto que hasta dormían juntos y, al final, los romanos se vieron obligados a quemarla, pero para su sorpresa en ella no prendía el fuego y, habida cuenta de que era tan difícil de matar, por último le cortaron la cabeza con una espada y ella subió de inmediato al cielo. Repasó esto varias veces, volviendo siempre desde la entrada al Paraíso hasta los leones.

Finalmente se alejó de la ventana, se preparó para ir a la cama y se acostó sin rezar sus oraciones. Había dos camas en el dormitorio. Las chicas ocupaban la otra y la niña trató de pensar en algo frío y viscoso que pudiera esconder en ella, pero fue inútil. No tenía a mano nada de lo que se le ocurría, como el esqueleto de un pollo o un trozo de hígado. El sonido del organillo que entraba por la ventana la mantuvo despierta. Se acordó de que no había dicho sus oraciones, se levantó, se arrodilló y comenzó a rezar. Tuvo un comienzo rápido y pasó a la otra parte del credo; luego apoyó el mentón sobre el borde de la cama, sin pensar en nada. Sus oraciones, cuando se acordaba de rezar, generalmente las decía de forma mecánica, pero a veces, cuando había hecho algo malo o escuchado música o perdido algo, o en ocasiones sin ninguna razón, se llenaba de fervor y pensaba en Cristo camino del Calvario, aplastado tres veces por la tosca cruz. Su mente se detenía en esto durante un rato y luego se vaciaba, y cuando algo la sacaba de su ensimismamiento se daba cuenta de que estaba pensando en algo totalmente diferente, en algún perro, alguna chica o algo que haría algún día. Esa noche, al acordarse de Wendell y Cory, se sintió muy agradecida y, casi llorando de alegría, dijo:

—Gracias, Señor, Señor, gracias. ¡Gracias a Dios que no estoy en la Iglesia de Dios, gracias, gracias, Señor! —Se metió en la cama y continuó repitiéndolo hasta que se quedó dormida.

Las chicas regresaron a las doce menos cuarto y la despertaron con sus risitas. Encendieron la lamparita de pantalla azul para ver mientras se desvestían, y sus sombras delgadas subieron por la pared y continuaron moviéndose levemente por el techo. La niña se sentó para escuchar cuanto iban a comentar de la feria. Susan tenía una pistola de plástico llena de caramelos baratos y Joanne un gato de cartón con topos rojos.

—¿Habéis visto bailar a los monos? —preguntó la niña—. ¿Habéis visto al hombre gordo y a los enanos?

—Toda clase de monstruos —respondió Joanne. Luego le dijo a Susan—: Me ha gustado todo menos ya-sabes-qué, —Y su rostro adoptó una expresión extraña, como si hubiera dado un mordisco a algo que no sabía si le gustaba o no.

La otra se quedó quieta, movió la cabeza y señaló a la niña,

—Pequeños en la costa —dijo en voz baja, pero la niña lo oyó y el corazón le empezó a latir muy deprisa.

Se levantó de su cama y se encaramó a los pies de la de ellas. Apagaron la luz y

se acostaron, pero la niña no se movió. Se sentó allí y se las quedó mirando hasta que se delinearon bien sus rostros en la oscuridad.

—No soy tan mayor como vosotras —dijo—, pero soy un millón de veces más lista.

—Hay algunas cosas —repuso Susan— que una niña de tu edad no sabe. —Y las dos empezaron a reír.

—Vuelve a la cama —dijo Joanne.

La niña no se movió.

—Una vez —dijo, y su voz sonó cavernosa en la oscuridad— vi a una coneja tener conejitos.

Hubo un silencio. Luego Susan preguntó: «¿Cómo?», con tono indiferente, y la niña supo que las tenía en su poder. Dijo que no lo contaría hasta que le hubieran contado lo del ya-sabes-qué. En realidad, nunca había visto a una coneja tener conejitos, pero se olvidó de ello en cuanto las otras comenzaron a contar lo que habían visto en la tienda.

Era un monstruo con un nombre raro pero no lo recordaban, La tienda donde se hallaba estaba dividida en dos partes por una cortina negra, un lado para los hombres y el otro para las mujeres. El monstruo iba de uno al otro, hablando primero a los hombres y luego a las mujeres, pero todos podían oírle. El escenario ocupaba todo el frente. Las chicas oyeron al monstruo decir a los hombres: «Os lo voy a mostrar, y, si os reís, puede que Dios os castigue de la misma manera». El monstruo tenía voz de campesino, lenta y nasal, ni alta ni baja, inexpresiva. «Dios m'hizo d'esta manera, y, si os reís, puede que Dios os castigue de la misma manera. D'esta manera quiso que yo fuera y no me opongo a lo que Él hizo. Os lo muestro porque debo aprovecharlo,

Espero que os comportéis como damas y caballeros. No me lo hice yo mismo ni tengo na que ver con ello, pero trato d'aprovecharlo. No me opongo a lo que Él hizo».

A continuación se produjo un largo silencio en el otro lado de la tienda y por fin el monstruo dejó a los hombres y fue donde estaban las mujeres y dijo lo mismo.

La niña sintió todos los músculos tensos, como si estuviera oyendo la respuesta a un acertijo y ésta fuera más indescifrable que el mismo acertijo.

—¿Queréis decir que tenía dos cabezas? —preguntó.

—No —respondió Susan—, era un hombre y una mujer a la vez. Se levantó el vestido y nos lo enseñó. Tenía un vestido azul.

La niña quiso saber cómo era posible que fuera un hombre y una mujer a la vez sin tener dos cabezas, pero no preguntó. Quería volver a su cama para pensar sobre ello y empezó a bajar de los pies de la cama.

—¿Y la coneja? —preguntó Joanne.

La niña se detuvo y sólo asomó el rostro por encima de los pies de la cama, abstraído, ausente.

—Los escupió por la boca —dijo—. Seis.

Tumbada en la cama, trató de imaginarse la tienda con el monstruo caminando de un lado a otro, pero estaba demasiado cansada. Podía ver mejor los rostros de los campesinos, los hombres más serios que en la iglesia, y las mujeres austeras y educadas, con los ojos pintados, como si estuvieran esperando la primera nota del órgano para comenzar el himno. Oía al monstruo decir:

—Dios m'hizo d'esta manera y no se lo discuto.

Y a la gente:

—Amén, amén.

—Dios m'hizo esto y yo lo alabo.

—Amén. Amén.

—Él podría castigaros de la misma manera.

—Amén. Amén.

—Pero no lo ha hecho.

—Amén.

—Levantaros. Un templo del Espíritu Santo. ¡Vosotros! ¡Sois el templo de Dios!, ¿no lo sabéis? ¿No lo sabéis? El espíritu de Dios habita en vosotros, ¿no lo sabéis?

—Amén. Amén.

—Si alguien profana el templo de Dios, Dios lo destruirá, y sí os reís, puede que Él os castigue de la misma manera. Un templo de Dios es algo sagrado. Amén. Amén.

—Soy un templo del Espíritu Santo.

—Amén.

La gente comenzó a aplaudir sin hacer mucho ruido, con un ritmo regular entre los «Amén», cada vez más y más suavemente, como si supieran que cerca había una niña medio dormida.

A la tarde siguiente, las chicas se vistieron con sus uniformes marrones de convento y la niña y la madre las llevaron de regreso a Mount Saint Scholastica.

—¡Oh, gloria, gloria! —dijeron—. De vuelta a las minas de sal.

Alonzo Myers conducía. La niña iba sentada delante, a su lado; la madre detrás, entre las dos chicas, y les hablaba, les decía lo contenta que estaba de haberlas tenido en casa y que debían volver otra vez, y luego, lo bien que lo había pasado con sus madres cuando eran alumnas del convento. La niña no escuchaba esas tonterías. Iba pegada a la portezuela cerrada y sacaba la cabeza por la ventanilla. Habían pensado que Alonzo tendría mejor olor en domingo, pero no era así. Con el pelo esparcido por la cara a causa del aire, podía mirar directamente el sol de marfil que estaba enmarcado en medio de la tarde azul, pero cuando se lo apartó de los ojos tuvo que cerrarlos un poco.

Mount Saint Scholastica era una casa de ladrillo rojo al fondo de un jardín en el centro de la ciudad. Había una gasolinera a un lado y un parque de bomberos al otro. Estaba rodeada de una alta verja negra y había angostos caminitos de ladrillo entre árboles viejos y macizos de rosales de China que estaban en flor. Una monja

mofletuda llegó corriendo hasta la puerta para hacerlas pasar y abrazó a la madre, y habría hecho lo mismo con la niña si ésta no hubiera tendido la mano y fruncido el entrecejo con frialdad, mirando el friso de la pared tras los zapatos de la hermana. Tenían tendencia a besar hasta a las niñas feas, pero la monja le dio un fuerte apretón de manos y hasta le hizo crujir los nudillos un poco, y dijo que debían ir a la capilla, que la bendición estaba a punto de empezar. «Pones un pie en el umbral y ya te hacen rezar», pensó la niña mientras caminaban presurosas por el pasillo encerado.

«Cualquiera diría que tiene que coger el tren», continuó con el mismo tono desagradable cuando entraron a la capilla, donde las hermanas estaban arrodilladas a un lado y las chicas, todas con uniforme marrón, en el otro. La capilla olía a incienso. Era verde claro y dorada, con una serie de arcos que terminaban en el que estaba sobre el altar, donde el sacerdote se arrodillaba frente al ostensorio, con la cabeza gacha. Un niño pequeño con sobrepelliz estaba parado detrás de él, bamboleando el incensario. La niña se arrodilló entre su madre y la monja, y ya estaba muy avanzado el «Tantum Ergo» cuando detuvo sus malos pensamientos y comenzó a darse cuenta de que se encontraba en presencia de Dios. «Ayúdame a no ser tan mala —empezó mecánicamente—. Ayúdame a no dar a mi madre tantos disgustos. Ayúdame a no hablar como lo hago». Su mente empezó a callar, luego quedó vacía, y, cuando el sacerdote elevó el ostensorio con la hostia brillando con el color del marfil en el centro, estaba pensando en la tienda de la feria que tenía al monstruo en su interior. El monstruo decía: «No lo discuto. Él quiso que yo fuera d’esta manera».

Cuando salían por la puerta del convento, la monja grandullona descendió sobre la niña con malicia y casi la ahogó con su hábito negro. Le aplastó la mejilla contra el crucifijo sujeto a su cinto, luego la alejó y la miró con sus ojillos de bígaro.

A la vuelta, la niña y su madre se sentaron en el asiento trasero. Alonzo, sentado solo delante, conducía. La niña observó los tres pliegues de grasa que se le formaban en el cogote y advirtió que sus orejas acababan en punta, casi como las de un cerdo. Su madre, para trabar conversación, le preguntó si había ido a la feria.

—Sí —respondió—. Nunca me pierdo nada, y menos mal que fui, porque ya no estará la semana que viene, como decían.

—¿Por qué? —preguntó la madre.

—La han cerrado —dijo—. Algunos predicadores del pueblo fueron, la inspeccionaron y buscaron a la policía para que la cerraran.

La madre dejó que la conversación llegara a su fin. La cara redonda de la niña estaba absorta en sus pensamientos. Volvió la cabeza hacia la ventanilla y contempló unos pastos que se elevaban y descendían con un verdor creciente hasta tocar el bosque oscuro. El sol era una enorme bola roja igual que una hostia alzada empapada de sangre, y cuando se hundió y desapareció de la vista dejó en el cielo una línea como una senda de arcilla roja tendida sobre los árboles.

EL NEGRO ARTIFICIAL[18]

Al despertar, el señor Head descubrió que la habitación estaba inundada de la luz de la luna. Se sentó y miró la madera del suelo —del color de la plata— y luego el cutí de su almohada, que parecía brocado, y al cabo de un instante vio la mitad de la luna a dos metros, en el espejo de afeitarse, parada como si estuviera esperando permiso para entrar. Rodó hacia delante y proyectó una luz que dignificaba cuanto tocaba. La silla recta de la pared pareció más erguida y solícita, como si esperara una orden, y los pantalones del señor Head, colgados del respaldo, tenían un aire casi noble, como las prendas que un gran hombre hubiese tirado a su sirviente; no obstante, el rostro de la luna era severo. Dejaba vagar su mirada por la habitación y fuera de la ventana, donde flotaba sobre el establo y parecía contemplarse con los ojos de un joven que ve ante sí su vejez.

El señor Head podría haberle dicho que la edad era una bendición y que sólo con los años adquiere el hombre esa serena comprensión de la vida que lo convierte en un guía ideal para la juventud. Esta, al menos, había sido su experiencia.

Sentado, se agarró a los barrotes de los pies de la cama y se incorporó hasta ver la esfera del despertador que descansaba sobre un balde puesto del revés cerca de la silla. Eran las dos de la noche. El timbre del despertador no funcionaba pero él no confiaba en ningún medio mecánico para despertarse. Sesenta años no habían embotado sus reflejos; sus reacciones físicas, como las morales, se regían por su voluntad y su férreo carácter, y esto se advertía fácilmente en sus facciones. Tenía la cara larga como un tubo, con la mandíbula larga y redondeada y la nariz larga y aplastada. Los ojos eran penetrantes pero tranquilos y, a la milagrosa luz de la luna, tenían una mirada serena y de vieja sabiduría, como si pertenecieran a uno de los grandes guías de la humanidad. Podría haber sido Virgilio convocado en mitad de noche para ir a ver a Dante, o mejor Rafael, despertado por una explosión de luz divina para volar al lado de Tobías. El único lugar oscuro de la habitación era el jergón de Nelson, bajo la sombra de la ventana.

Nelson yacía de costado, ovillado, con las rodillas bajo el mentón y los talones bajo el trasero. Su traje y su sombrero nuevos estaban en las cajas en que los habían enviado; éstas se hallaban en el suelo al pie del jergón, donde las podía tocar en cuanto se despertara. El balde del agua sucia, fuera de las sombras y de un blanco inmaculado a la luz de la luna, parecía montar guardia como un ángel custodio. El señor Head se recostó nuevamente, con la certeza de poder llevar a cabo la misión moral del día siguiente. Se levantaría antes que Nelson y tendría el desayuno preparado cuando él despertara. El chico se disgustaba cuando el señor Head era el primero en levantarse. Tendrían que salir de casa a las cuatro para llegar al empalme ferroviario antes de las cinco y media. El tren pasaba a las cinco y cuarenta y cinco. Tenían que llegar en punto, ya que el tren solamente pagaba por su causa.

Sería el primer viaje del muchacho a la ciudad, aunque él afirmaba que sería el

segundo porque había nacido allí. El señor Head había tratado de explicarle que cuando nació no tenía inteligencia para determinar dónde se encontraba, pero esto no había causado ninguna impresión en el chico, pues continuaba insistiendo en que éste iba a ser su segundo viaje. Sería el tercero del señor Head. Nelson había dicho: «Habré estao allí dos veces y apenas tengo diez años».

El señor Head no estaba de acuerdo.

«Si hace quince años que no va, ¿cómo sabe que no se va perder? —había preguntado Nelson—. ¿Cómo sabe que no ha cambiao?».

«¿Acaso m'he perdió alguna vez?», había preguntado a su vez el señor Head.

Tenía razón y Nelson lo sabía, pero era un chaval que nunca quedaba satisfecho hasta haber dado una respuesta imprudente y replicó: «Por aquí no hay donde perderse».

«Ya llegará'l día —había profetizado el señor Head— en que descubras que no eres tan inteligente como crees».

Había estado pensando en ese viaje varios meses, pero lo concebía en términos morales. Iba a ser una lección que el muchacho nunca olvidaría. Allí iba a descubrir que no había razón alguna para enorgullecerse de haber nacido en la ciudad. Iba a descubrir que la ciudad no es un lugar maravilloso. El señor Head quería que viera todo cuanto hay que ver en una ciudad para que se sintiera contento de estar en casa el resto de su vida.

Se quedó dormido pensando en cómo el muchacho iba a darse cuenta de que no era tan inteligente como creía.

Se despertó a las tres y media con el olor del lomo frito y se levantó de un salto del catre. El jergón estaba vacío y las cajas de ropa, abiertas. Se puso los pantalones y corrió al otro cuarto. El muchacho estaba cocinando pan de maíz y ya había freído la carne. Estaba sentado en la semioscuridad a la mesa, bebiendo café frío en una lata. Tenía puesto el traje nuevo y el sombrero gris nuevo le caía sobre los ojos. Era demasiado grande para él pero lo habían pedido de tamaño mayor porque esperaban que le creciera la cabeza. No dijo nada, aunque toda su expresión indicaba la satisfacción de haberse levantado antes que el señor Head.

El señor Head fue a la cocina y llevó la carne a la mesa en la sartén.

—No hay prisa —dijo—. Bien pronto llegarás allí y no hay garantías de que vaya gustarte en cuanto llegues. —Y se sentó frente al muchacho, cuyo sombrero osciló un poco hacia atrás para descubrir un rostro tiernamente inexpresivo, muy parecido en la forma al del viejo.

Eran abuelo y nieto pero se parecían lo suficiente para ser hermanos, y hermanos sin mucha diferencia de edad, ya que el señor Head tenía una expresión juvenil durante el día, mientras que el chico tenía aspecto de anciano, como si ya lo supiera todo y estuviera contento de olvidarlo.

El señor Head había tenido una vez esposa e hija. Cuando la esposa murió, la hija se escapó de casa y regresó al cabo de cierto tiempo con Nelson. Luego, una mañana,

sin levantarse de la cama, murió y dejó al señor Head sólo para cuidar al niño, de un año. El anciano había cometido el error de decirle a Nelson que había nacido en Atlanta. Si no se lo hubiera dicho, Nelson no habría insistido en que éste iba a ser su segundo viaje.

—Tal vez no te guste na —continuó el señor Head—. Estará lleno de negros.

El muchacho hizo una mueca que indicaba su confianza en que podía vérselas con un negro.

—Muy bien —dijo el señor Head—. Nunca has visto a un negro.

—No s'ha levantao muy temprano —observó Nelson.

—Nunca has visto a un negro —repitió el señor Head—. No ha habío un negro en la zona desde que echamos a aquél hace doce años, y eso sucedió antes de que tú nacieras. —Miró al muchacho como si lo estuviera desafiando a decir que alguna vez había visto un negro.

—¿Cómo sabe usté que nunca vi a un negro cuando vivía allí? —preguntó Nelson —. Probablemente vi muchos.

—Si viste uno, no sabías lo qu'era —afirmó el señor Head totalmente exasperado —. Un niño de seis meses no distingue a un negro de cualquier otra persona.

—Apuesto a que reconozco un negro na más verlo —dijo el chico, y se levantó, enderezó su arrugado sombrero gris y salió hacia la letrina.

Llegaron al empalme un rato antes de la hora en que debía pasar el tren y se detuvieron a un metro de los raíles. El señor Head llevaba galletas y una lata de sardinas para el almuerzo en una bolsa de papel. Un sol anaranjado de aspecto tosco se alzaba tras las montañas que había al este y teñía el cielo de un rojo apagado a sus espaldas, pero frente a ellos aún estaba gris y tenían delante una luna transparente, apenas más fuerte que una huella digital y ya completamente sin luz. Una pequeña caja de hojalata para los cambios de agujas y un bidón negro de petróleo era todo cuanto indicaba que se trataba de un empalme; los rieles eran dobles y no convergían nuevamente hasta que se escondían detrás de las curvas a cada lado del claro. Los trenes que pasaban daban la impresión de emerger de un túnel de árboles, y, golpeados al instante por el frío cielo, desaparecían aterrorizados en el bosque. El señor Head había tenido que efectuar arreglos especiales con el vendedor de billetes para que el tren parase. En su fuero interno tenía miedo de que no lo hiciera, en cuyo caso sabía que Nelson diría: «Nunca pensé que un tren iba a parar por usté». Bajo la inútil luna matutina, los rieles parecían blancos y frágiles. El anciano y el niño miraban al frente como si esperaran una aparición.

Entonces, súbitamente, antes de que el señor Head se decidiera a regresar, se oyó un profundo silbido de aviso y el tren apareció deslizándose muy despacio, casi en silencio, por la curva de árboles a unos doscientos metros, con una luz delantera amarilla y brillante. El señor Head todavía no estaba seguro de que fuese a parar y temió quedar como un imbécil aún mayor si llegaba a pasar lentamente. Él y Nelson, sin embargo, estaban preparados para prescindir del tren si no se detenía.

Al pasar la locomotora les llenó la nariz con el olor del metal caliente, y luego el segundo vagón se detuvo exactamente donde estaban parados. Un revisor con la cara de un viejo bulldog hinchado estaba en la escalerilla como si los esperase, aunque parecía no importarle nada si subían o no.

—A la derecha —dijo.

Tardaron sólo una fracción de segundo en subir y el tren ya estaba de nuevo en marcha cuando entraron en el coche silencioso. Casi todos los viajeros dormían, algunos con la cabeza sobre los brazos de los asientos, algunos estirados sobre dos asientos y otros arrellanados con los pies en el pasillo. El señor Head vio dos asientos desocupados y empujó a Nelson en esa dirección.

—Ponte ahí junto la ventana —dijo con su voz normal, que era muy alta a esta hora de la mañana—. A nadie l'importará que te sientes ahí porque no está ocupao. Siéntate ahí.

—Ya l'he oído —murmuró el muchacho—. No hace falta que grite. —Se sentó y volvió la cabeza hacia el cristal. Vio una cara pálida, como la de un fantasma, que lo miraba ceñuda debajo del ala de un sombrero pálido y fantasmal. Su abuelo, echando una rápida mirada, vio un fantasma distinto, pálido pero sonriente, bajo un sombrero negro.

El señor Head se sentó, se puso cómodo, sacó su billete y empezó a leer en voz alta todo lo que allí estaba impreso. La gente comenzó a moverse. Algunos se despertaron y lo miraron.

—Quítate el sombrero —dijo a Nelson.

Se quitó el suyo y lo dejó sobre sus rodillas. Tenía un poco de pelo blanco que se había vuelto de color tabaco con el correr de los años y que estaba aplastado sobre la nuca. La parte anterior de la cabeza era calva y arrugada. Nelson se quitó el sombrero y se lo puso en las rodillas. Esperaron a que el revisor fuera a pedirles los billetes.

El hombre sentado al otro lado del pasillo se había estirado sobre dos asientos, con los pies apoyados sobre la ventana y la cabeza en el pasillo. Llevaba un traje azul claro y una camisa amarilla desabotonada en el cuello. Acababa de abrir los ojos y el señor Head iba a presentarse cuando el revisor llegó desde atrás y gruñó:

—Billetes.

Una vez que el revisor se hubo retirado, el señor Head dio a Nelson el billete de regreso y dijo:

—Ahora guárdalo en el bolsillo y no lo pierdas o te tendrás que quedar en la ciudá.

—Tal vez lo haga —repuso Nelson como si fuera una idea razonable.

El señor Head pasó por alto el comentario.

—Es la primera vez que este muchacho viaja en tren —explicó al hombre del otro lado del pasillo, que ahora estaba sentado en el borde del asiento con ambos pies en el suelo.

Nelson se puso el sombrero de un tirón y volvió la cabeza hacia la ventana,

enfadado.

—Nunca ha visto na —continuó el señor Head—. Ignorante como el día en que nació, pero quiero que s'harte d'una vez por todas.

El muchacho se inclinó sobre su abuelo y hacia el desconocido.

—Nací en la ciudá —dijo—. Nací allí. Este es mi segundo viaje.

Lo dijo con voz alta y firme, pero el hombre del otro lado del pasillo no pareció comprender. Tenía grandes círculos morados bajo los ojos.

El señor Head se inclinó hacia el pasillo y le tocó el brazo.

—Lo qu'hay qu'hacer con un muchacho —dijo sabiamente— es mostrarle to lo qu'hay que mostrar. No ocultarle na.

—Sí —convino el hombre.

Se miró los pies hinchados y alzó el izquierdo cinco centímetros del suelo. Al cabo de un minuto lo bajó y alzó el otro. En el vagón la gente empezaba a levantarse, a moverse, a bostezar y a estirarse. Se oyeron voces aquí y allí, y al final hubo un murmullo general. De pronto la expresión serena del señor Head cambió. Casi cerró la boca, y una luz, a la vez fiera y precavida, apareció en sus ojos. Estaba mirando hacia el fondo del coche. Sin volverse, cogió a Nelson del brazo y lo empujó hacia delante.

—Mira —dijo.

Un hombre corpulento de color café se acercaba lentamente. Vestía un traje gris claro y una corbata de satén amarilla con un alfiler de rubíes. Descansaba una mano sobre el estómago, que aparecía majestuoso bajo la chaqueta abotonada, y con la otra empuñaba un bastón negro que levantaba y apoyaba con un movimiento de avance deliberado cada vez que daba un paso. Se movía muy despacio y sus grandes ojos marrones miraban por encima de las cabezas de los pasajeros. Tenía un corto bigote blanco y el cabello también blanco y rizado. Tras él había dos mujeres jóvenes, ambas de color café, una con un vestido amarillo, la otra con uno verde. Avanzaban al mismo paso que él y conversaban bajito, con voz ronca, mientras lo seguían.

La mano del señor Head apretó insistentemente el brazo de Nelson. Cuando la comitiva llegó a su altura, el brillo de un anillo de zafiros en la mano marrón que empuñaba el bastón se reflejó en el ojo del señor Head, pero éste no levantó la mirada ni el hombre corpulento lo miró. El grupo siguió por el pasillo y salió del coche. La mano del señor Head se aflojó en el brazo de Nelson.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Un hombre —respondió el muchacho, y lo miró indignado, como si estuviera harto de que menospreciaran su inteligencia.

—¿Qué clase d'hombre? —insistió el señor Head con voz inexpresiva.

—Un hombre gordo —contestó Nelson. Comenzaba a pensar que era mejor ser precavido.

—¿No sabes qué clase d'hombre? —inquirió el señor Head con un tono terminante.

—Un hombre viejo —dijo el muchacho, y tuvo el súbito presentimiento de que no iba a disfrutar del día.

—Eso era un negro —dijo el señor Head, y se recostó en el respaldo.

Nelson saltó en el asiento, volvió la cabeza y se quedó mirando al fondo del coche, pero el negro se había ido.

—Pensaba que reconocerías un negro ya que viste tantos cuando estuviste en la ciudá durante tu primera visita —continuó el señor Head—. Ese es su primer negro —explicó al hombre del otro lado del pasillo.

El chico se deslizó hacia abajo en su asiento.

—Usté dijo qu'eran negros —replicó con voz de enfado—. Nunca dijo qu'eran tostaos. ¿Cómo espera que yo sepa algo si usté no me l'explica bien?

—Eres un ignorante, eso es to —afirmó el señor Head. Se levantó y se sentó en el asiento desocupado que había al lado del hombre en el otro lado del pasillo.

Nelson se volvió de nuevo y miró hacia el lugar por donde el negro había desaparecido. Sintió que el negro había caminado deliberadamente por el pasillo para hacerlo quedar como un idiota y le odió con un odio nuevo, descarnado, feroz; comprendió también por qué al abuelo le disgustaban tanto. Miró hacia la ventana y el rostro que allí se reflejaba parecía dar a entender que tal vez no estuviera a la altura de las exigencias del día. Se preguntó si reconocería la ciudad cuando llegasen.

Después de haber contado varias anécdotas, el señor Head se dio cuenta de que el hombre a quien hablaba estaba dormido. Se levantó y propuso a Nelson caminar por el tren para ver sus distintas dependencias. En especial, quería que el muchacho viese el lavabo, así que se encaminaron primero al servicio de caballeros y examinaron las cañerías. El señor Head le mostró la refrigeradora de agua como si la hubiera inventado él y la palangana con un único grifo donde los pasajeros se lavaban los dientes. Pasaron varios coches y llegaron al restaurante.

Era el vagón más elegante del tren. Estaba pintado de un amarillo intenso y tenía una alfombra color vino en el suelo. Había amplias ventanillas al lado de las mesas y los grandes espacios del panorama deslizante eran recogidos en miniatura en los costados de las cafeteras y en los vasos. Tres negros con traje blanco y delantal corrían de un lado a otro del pasillo llevando bandejas e inclinándose hacia los viajeros que tomaban el desayuno. Uno de ellos se dirigió presuroso hacia el señor Head y Nelson y dijo levantando dos dedos:

—¡Mesa pa dos!

El señor Head replicó en voz alta:

—¡Comimos antes de salir!

El camarero llevaba grandes gafas marrones que parecían aumentar el tamaño del blanco de sus ojos.

—Háganse a un lao pues, por favor —dijo con un movimiento del brazo como si estuviera espantando moscas.

Ni Nelson ni el señor Head se movieron un milímetro.

—Mira —dijo el señor Head.

En una rincón del vagón había dos mesas que estaban separadas del resto por una cortina de color azafrán. Ambas estaban puestas pero sólo una ocupada, precisamente por el negro corpulento, que estaba sentado de espaldas a ellos. Hablaba en voz baja a las dos mujeres mientras untaba de mantequilla una tostada. Tenía un rostro tristísimo y su pescuezo rebosaba a ambos lados del cuello blanco de la camisa.

—Los tienen aparte —explicó el señor Head. A continuación dijo—: Vamos a ver la cocina. —Y recorrieron de punta a punta el comedor, pero el camarero negro fue rápidamente tras ellos.

—No se permite entrar en la cocina a los pasajeros —dijo con voz altanera—. ¡No se permite entrar en la cocina a los pasajeros!

El señor Head se detuvo y se volvió hacia él.

—¡Hay una excelente razón pa ello —gritó al pecho del negro—, porque las cucarachas espantarían a los pasajeros!

Todos los viajeros se rieron y el señor Head y Nelson salieron, sonrientes. Donde vivían, el señor Head era conocido por su ingenio rápido y Nelson se sintió de pronto orgulloso de él. Se dio cuenta de que el anciano iba a ser su único sostén en el lugar extraño al que se dirigían. Estaría totalmente solo en el mundo si se llegaba a perder. Un gran nerviosismo le hizo temblar y sintió ganas de aferrarse al abrigo del señor Head y quedarse agarrado como un chiquillo.

Cuando volvían a sus asientos, vieron por las ventanas cómo el campo se iba punteando de casitas y de chozas. Una autopista corría paralela al tren. Había automóviles en ella, muy pequeños y rápidos. Nelson sintió que había menos aire que hacía treinta minutos. El hombre del otro lado del pasillo se había ido y no había nadie cerca con quien el señor Head pudiera conversar, así que miró por la ventanilla, a través de su propio reflejo, y leyó en voz alta los nombres de los edificios que estaban pasando.

—¡La Corporación Química Dixie! —anunció—. ¡Harina Doncella del Sur! ¡Productos de Algodón Bella del Sur! ¡Mantequilla de Cacahuete Patty! ¡Jarabe de Caña Mami del Sur!

—¡Cállese! —susurró Nelson.

En el vagón, la gente comenzó a levantarse y a sacar su equipaje de la red que se hallaba sobre los asientos. Las mujeres se ponían los abrigos y los sombreros. El revisor asomó la cabeza por la puerta del coche, y gruñó: «Mmmeraparadammri», y Nelson, trémulo, hizo ademán de levantarse. El señor Head le empujó por el hombro.

—Quédate sentao —le dijo con tono solemne—. La primera parada es en las afueras de la ciudá. La segunda es en la estación terminal.

Se había enterado de eso durante su primer viaje, cuando se bajó en la primera parada y tuvo que pagar quince centavos a un hombre para que lo condujera al centro de la ciudad. Nelson se recostó en el asiento, muy pálido. Por primera vez en su vida, comprendió que su abuelo le era indispensable.

El tren paró, dejó a unos pocos pasajeros y continuó deslizándose como si nunca hubiera dejado de moverse. Fuera, detrás de hileras de casas marrones y precarias, se levantaba una línea de edificios azules, y, más allá, un cielo de un rosa pálido y gris se perdía en la nada. El tren entraba en la estación terminal. Al bajar la vista Nelson vio líneas y líneas de rieles de plata que se multiplicaban y entrecruzaban. Luego, antes de que pudiera contarlos, el rostro de la ventanilla le miró, gris pero bien definido, y él desvió la vista en otra dirección. El tren se encontraba en la estación. El señor Head y él saltaron de sus asientos y corrieron a la puerta. Ninguno de los dos se dio cuenta de que habían dejado la bolsa de papel con el almuerzo sobre el asiento.

Caminaron rígidos por la pequeña estación y salieron por una puerta pesada hacia el chillido del tráfico. Había multitudes apurándose hacia el trabajo. Nelson no supo dónde mirar. El señor Head se recostó contra la pared de un edificio y miró hacia delante.

Finalmente, Nelson preguntó:

—Bueno, ¿cómo se ve to lo qu'hay que ver?

El señor Head no contestó. Luego, como si la vista de gente pasando le hubiera dado la clave, dijo:

—Camina. —Y comenzó a descender por la calle.

Nelson le siguió tras enderezar su sombrero. Lo inundaban tantos ruidos y escenas que en la primera manzana apenas se daba cuenta de lo que estaba viendo. En la segunda esquina, el señor Head dobló y miró tras de sí la estación que habían abandonado, una terminal de color masilla con una cúpula de hormigón. Pensó que si conseguía tener siempre la cúpula a la vista, podría regresar por la tarde a coger el tren nuevamente.

Mientras caminaban, Nelson comenzó a distinguir detalles y fijarse en los escaparates, llenos de variadas mercancías: objetos de ferretería, lencería, comida para gallinas, licores. Pasaron frente a uno donde, según explicó el señor Head, entrabas, te sentabas en una silla, ponías los pies sobre dos banquetas y un negro te lustraba los zapatos. Caminaban despacio, se detenían y se quedaban a la entrada de los comercios para que Nelson pudiese ver lo que sucedía en cada lugar, pero no entraron en ninguno. El señor Head estaba decidido a no entrar en ninguna tienda de la ciudad, porque, en su primer viaje, se había perdido en una enorme y había encontrado la salida sólo después de que mucha gente le hubiese insultado.

Llegaron a mitad de la siguiente manzana, a un establecimiento que tenía una báscula en la puerta; los dos subieron a ella por turno, echaron un centavo y recibieron una papeleta. La del señor Head rezaba: «Pesa usted 54 kilos. Es honrado y valiente y sus amigos le admiran». Se la guardó en el bolsillo, sorprendido de que la máquina hubiera adivinado su carácter aunque no su peso, ya que se había pesado en una balanza de cereales no hacía mucho y sabía que pesaba 49 kilos. La papeleta de Nelson decía: «Pesa usted 43 kilos. Tiene un gran futuro, ¡pero guárdese de las mujeres oscuras!». Nelson no conocía ninguna mujer y sólo pesaba 34 kilos. El señor

Head señaló que posiblemente la máquina había impreso los números al revés, el cuatro por el tres.

Continuaron caminando y después de cinco manzanas la cúpula de la terminal se perdió de vista y el señor Head dobló a la izquierda. Nelson podría haberse quedado parado durante una hora frente a cada escaparate, de no haber uno todavía más interesante al lado. De pronto dijo:

—¡Yo nací aquí!

El señor Head se volvió y lo miró, horrorizado. Tenía el rostro brillante de sudor.

—¡D'aquí soy yo! —insistió Nelson.

El señor Head estaba atónito. Comprendió que había llegado el momento de una acción drástica.

—Voy a mostrarte algo que todavía no has visto —dijo, y lo llevó a la esquina donde había una boca de alcantarilla—. Agáchate y mira por ese agujero —le indicó, y agarró el abrigo del muchacho por la espalda mientras éste se inclinaba y acercaba la cabeza a la cloaca. La retiró rápidamente al oír el gluglú del agua en las profundidades bajo la acera.

Entonces, el señor Head le explicó el sistema de alcantarillado, cómo toda la ciudad se extendía sobre él, cómo contenía todos los desagües, lo lleno que estaba de ratas y cómo un hombre podía resbalar y ser arrastrado por los infinitos túneles negros como el carbón. En cualquier momento del día, cualquier hombre de la ciudad podía ser absorbido por las cloacas y ya no se sabría nada más de él. Lo describió tan bien que Nelson se estremeció por unos segundos. Relacionó las alcantarillas con la entrada al infierno y comprendió por primera vez de qué manera el mundo estaba organizado en sus regiones inferiores. Se apartó del bordillo. Luego dijo:

—Sí, pero puedes mantenerlo alejao de los agujeros. —Su rostro adoptó esa expresión terca que tanto exasperaba a su abuelo—. ¡D'aquí soy yo!

El señor Head estaba consternado y sólo musitó:

—Ya t'hartarás. —Y continuaron caminando.

Después de otras dos manzanas, dobló a la izquierda, creyendo que estaba rodeando la cúpula, y no se equivocaba porque a la media hora pasaron nuevamente frente a la estación. Al principio Nelson no se dio cuenta de que estaba mirando los mismos establecimientos, pero, cuando pasaron junto a aquél en el que ponías los pies en unas banquetas mientras un negro te lustraba los zapatos, comprendió que estaban caminando en círculo.

—¡Ya hemos estao aquí! —exclamó—. ¡No creo que sepa usté dónde está!

—M'he desorientao por un instante —repuso el señor Head, y doblaron por una calle diferente.

No tenía la menor intención de perder de vista la cúpula y, después de dos manzanas en la nueva dirección, volvió a girar a la izquierda. En esa calle había casas de madera de dos y tres pisos. Cualquier persona que anduviese por la acera podía ver el interior de las habitaciones, y el señor Head, al echar un vistazo por una ventana,

vio a una mujer tendida en una cama de hierro, cubierta con una sábana y mirando hacia fuera. Su semblante perspicaz le dejó atónito. Un muchacho con expresión feroz, montado en bicicleta, salió de algún lado, y tuvo que saltar a la acera para evitar el atropello.

—Les da igual si te tiran al suelo —dijo—. Será mejor que no t'apartes de mí.

Caminaron un rato por calles como ésa antes de que recordara que debían doblar nuevamente. Las casas que ahora veían estaban sin pintar y la madera parecía podrida; las calles eran más angostas. Nelson vio a un hombre de color. Luego a otro.

Y a otro más.

—En estas casas viven los negros —observó.

—Bueno, vamos a algún otro sitio —dijo el señor Head, y doblaron por otra calle, pero continuaban viendo negros por todas partes.

A Nelson le empezó a picar la piel y apretaron el paso para salir del barrio lo antes posible. Había hombres de color en camiseta plantados en las puertas y mujeres de color meciéndose en los porches destartalados. Algunos niños de color jugaban en los albañales y se detenían para mirarlos. No mucho después, comenzaron a pasar hileras de comercios con clientes de color en el interior, pero no se pararon ante los escaparates. Ojos negros en rostros negros los observaban desde todas direcciones.

—Sí —dijo el señor Head—, aquí es donde naciste, justamente aquí, con todos estos negros.

Nelson frunció el entrecejo.

—Creo que nos hemos perdío por su culpa —dijo.

El señor Head miró alrededor buscando la cúpula. No la veía por ningún lado.

—No nos hemos perdío —repuso—. Lo que pasa es que ya estás cansao de caminar.

—No estoy cansao, tengo hambre —dijo Nelson—. Deme una galleta.

Se dieron cuenta de que habían perdido el almuerzo.

—Usté llevaba la bolsa —recordó Nelson—. Yo l'habría cuidao.

—Si quieres dirigir tú este viaje, yo me voy solo y te dejo aquí —repuso el señor Head, y se alegró al ver palidecer al muchacho. Sin embargo, se daba cuenta de que se habían perdido y se alejaban a cada instante de la estación. Él también tenía hambre y comenzaba a tener sed, y desde que estaban en el barrio de los negros ambos sudaban. Nelson iba calzado y no estaba acostumbrado a los zapatos. Las aceras de hormigón eran muy duras. Los dos deseaban encontrar un lugar donde sentarse, pero eso era imposible, de modo que continuaron caminando; el muchacho murmuraba entre dientes: «Primero pierde la bolsa y luego el rumbo», y el señor Head gruñía de tanto en tanto: «¡Cualquiera que desee haber nacío en este paraíso de negros debe haberlo hecho!».

El sol ya estaba alto en el cielo. Hasta ellos llegaba el olor de la comida que se cocinaba en las casas. Todos los negros estaban en las puertas mirándolos pasar.

—¿Por qué no le pregunta la dirección a uno? —dijo Nelson—. Nos hemos

perdío por su culpa.

—Aquí es donde naciste —replicó el señor Head—. Pregunta tú si quieres.

Nelson tenía miedo de los hombres de color y no quería que los chicos se rieran de él. Más adelante vio a una enorme mujer de color reclinada en un portal que daba a la acera. Tenía el pelo levantado unos diez centímetros de la cabeza y descansaba sobre sus pies marrones, que eran de color rosa en los lados. Llevaba un vestido rojo que mostraba su forma exacta. Cuando llegaron a su altura, la mujer levantó indolentemente una mano hasta la cabeza y sus dedos desaparecieron en el cabello.

Nelson se detuvo. Sintió que los ojos oscuros de la mujer le cortaban el aliento.

—¿Cómo se vuelve a la ciudá? —preguntó con una voz que no parecía la suya.

Al cabo de un instante ella dijo:

—Estás en la ciudad. —Su voz, baja y sonora, hizo sentir a Nelson como si una llovizna fresca le hubiera caído encima.

—¿Cómo se vuelve al tren? —preguntó con la misma voz de pito.

—Puedes coger un tranvía —respondió ella.

Comprendió que se estaba burlando de él, pero estaba demasiado paralizado para poner mala cara. Se quedó allí parado empapándose de ella. Sus ojos viajaron desde las grandes rodillas hasta la frente y luego recorrieron un sendero triangular desde el sudor brillante del cuello hacia abajo, por los tremendos pechos, y después hacia arriba por el brazo desnudo, hasta el lugar en que los dedos desaparecían entre el cabello. De pronto deseó que se inclinase hacia él, lo cogiera en brazos y lo apretujara contra sí. Luego quiso sentir su aliento en la cara. Deseó mirar dentro y dentro de sus ojos mientras ella lo apretaba cada vez más. Nunca había experimentado un sentimiento semejante. Era como si se estuviera deslizando por un túnel negro como el carbón.

—Puedes caminar una manzana hacia allá y coger un tranvía que te lleve a la estación del tren, guapo —dijo ella.

Nelson se habría desplomado a sus pies si el señor Head no lo hubiese empujado bruscamente.

—¡Te comportas como si no tuvieras dos déos de frente! —gruñó el viejo.

Caminaron presurosos por la calle y Nelson no volvió la vista. Se bajó el sombrero sobre el rostro, que ardía de vergüenza. El fantasma burlón que había visto en la ventanilla del tren y todos los presentimientos que había tenido durante el viaje volvieron a él, y recordó que la papeleta de la báscula le había advertido que tuviera cuidado con las mujeres oscuras, y que la del abuelo decía que era honrado y valiente. Se aferró a la mano del anciano, una señal de dependencia que muy raras veces mostraba.

Se encaminaron por la calle hacia los raíles del tranvía, por donde se acercaba traqueteando uno largo y amarillo. El señor Head nunca había subido a un tranvía y lo dejó pasar. Nelson continuaba en silencio. De tanto en tanto, le temblaba la boca levemente, pero su abuelo, enfrascado en sus propios problemas, no le prestó ninguna

atención. Se detuvieron en la esquina y ninguno de los dos miró a los negros que pasaban, entregados a sus ocupaciones cotidianas exactamente como si fueran blancos, con la diferencia de que la mayoría se detenía a mirar al señor Head y a Nelson. Al anciano se le ocurrió que, ya que el tranvía funcionaba sobre rieles, podían seguir las vías. Le dio a Nelson un empujón suave, le explicó que seguirían las vías hasta la estación de ferrocarril y echaron a andar…

Al rato, para alivio de ambos, empezaron a ver gente blanca y Nelson se sentó en la acera apoyado contra la pared de un edificio.

—Tengo que descansar un poco —dijo—. Usté ha perdío la bolsa y el rumbo. Puede esperarme mientras descanso.

—Las vías están ahí delante —repuso el señor Head—. Tan sólo hemos de procurar no perderlas de vista, y tú te podrías haber acordao de coger la bolsa tanto como yo. Naciste aquí. Es tu ciudad. Este es tu segundo viaje. Deberías saber cómo arreglártelas.

Se puso en cuclillas y continuó de ese modo un rato, pero el muchacho, que sentía cómo el ardor de sus pies remitía, no dijo nada.

—Y parao allí, sonriendo como un chimpancé mientras una negra te indicaba la dirección. ¡Dios mío! —prosiguió el señor Head.

—Lo único que dije era qu'había nació aquí —repuso el muchacho con voz temblorosa

—Nunca dije si me gustaría o no. Nunca dije que quería venir. Lo único que dije era qu'había nació aquí, y yo no tuve na que ver con eso. Quiero irme a casa. Yo no quería venir. La brillante idea fue suya. ¿Cómo sabe que no está siguiendo las vías en dirección equivocada?

Esto último ya se le había ocurrido al señor Head.

—Toa esta gente es blanca —dijo.

—No hemos pasao antes por aquí —observó Nelson.

Se trataba de un barrio de edificios de ladrillos que podían estar habitados o no. Unos cuantos automóviles vacíos estaban estacionados junto al bordillo de la acera y de vez en cuando pasaba algún transeúnte. El calor del pavimento traspasaba la fina tela del traje de Nelson. Se le empezaron a cerrar los párpados y, al cabo de un momento, su cabeza cayó hacia delante.

Se le estremecieron los hombros un par de veces, luego cayó de costado y se quedó estirado, exhausto, vencido por el sueño.

El señor Head le observó en silencio. Él también estaba cansado pero no podían dormir los dos al mismo tiempo. De todos modos, no podía dormirse porque no sabía dónde estaba. Dentro de un rato, Nelson se despertaría, descansado por la siesta y muy gallito, y empezaría a quejarse porque había perdido la bolsa y el rumbo. «Pasarías un mal trago si yo no estuviera aquí», pensó el señor Head, y luego se le ocurrió otra idea. Miró un buen rato la figura tendida y por fin se puso en pie. Justificó lo que iba a hacer con el argumento de que a veces es necesario dar a un

chico una lección que no olvide, especialmente cuando el chico siempre está reafirmando su posición con imprudencias. Caminó sin hacer ruido unos seis metros hasta la esquina y se sentó sobre un cubo tapado de basura que había en el callejón, desde donde podía mirar y vigilar a Nelson cuando se despertara.

El muchacho estaba sumido en un sueño ligero, medio consciente de los sonidos imprecisos y de las formas negras que se elevaban desde algún rincón oscuro de su interior hacia la luz. Su rostro se movía mientras dormía y tenía las rodillas bajo el mentón. El sol arrojaba una luz opaca sobre la calle estrecha; todo parecía exactamente lo que era. Un rato después, el señor Head, encorvado como un mono viejo sobre el cubo de basura, decidió que, si Nelson no se despertaba enseguida, haría un ruido fuerte golpeando el cubo con el pie. Miró su reloj y descubrió que ya eran las dos. El tren partía a las seis y la posibilidad de perderlo era demasiado horrible para pensar en ella. Golpeó el cubo con el talón y un bum hueco resonó en el callejón.

Nelson se puso en pie al instante con un grito. Dirigió la mi rada donde debería estar su abuelo. Pareció girar varias veces y luego, levantando los pies y echando hacia atrás la cabeza, se puso a correr por la calle como un poni salvaje desbocado. Ej señor Head saltó del cubo y trotó detrás de él, pero el chico ya casi estaba fuera de la vista. Vio un rayo gris desaparecer en diagonal una manzana más arriba. Corrió lo más rápido que pudo, mirando a ambos lados en cada cruce, pero sin ver señales del crío. Al pasar el tercer cruce, completamente sin aliento, vio a media manzana de la calle una escena que hizo que se detuviera en seco. Se agachó detrás de un cajón de desperdicios para observar y sacar sus conclusiones.

Nelson estaba sentado con las piernas abiertas y a su lado yacía una anciana gritando. Había compras desparramadas en la acera. Una multitud de mujeres ya se había reunido para asegurarse que se hiciera justicia y el señor Head oyó claramente gritar a la vieja en el pavimento:

—¡M’has roto el tobillo y tu padre pagará por ello! ¡Hasta l’último centavo! ¡Policía! ¡Policía!

Varias mujeres daban tirones del hombro de Nelson, pero éste parecía demasiado aturdido para ponerse en pie.

Algo obligó al señor Head a salir de detrás del cajón y a avanzar, aunque con paso muy lento. Nunca en su vida había hablado con un policía. Las mujeres se apiñaban alrededor de Nelson como si en cualquier momento fueran a arrojarse sobre él y hacerle trizas, y la vieja continuaba diciendo a voz en grito que tenía el tobillo roto y que llamaran a un agente. El señor Head se acercó tan lentamente que parecía retroceder un paso por cada dos que daba hacia delante. Nelson lo vio y se levantó de un brinco. Se aferró a él por las caderas y se quedó así, jadeando.

Todas las mujeres se volvieron hacia el señor Head. La anciana herida se sentó y gritó:

—¡Usté, señor! Usté pagará hasta l’último centavo de la cuenta del doctor por

causa d’ese chico. ¡Es un delincuente juvenil! ¿Dónde hay un policía? ¡Que alguien tome nota del nombre y dirección d’este hombre!

El señor Head trataba de desprenderse de los dedos de Nelson, que se le clavaban en el muslo. La cabeza del viejo había bajado hasta el cuello de la camisa, como la de una tortuga; tenía los ojos brillantes de miedo y cautela.

—¡Su hijo m’ha roto el tobillo! —gritó la anciana—. ¡Policía!

El señor Head notó que un policía se aproximaba por atrás. Miró a las mujeres, que se habían agolpado furiosas como una sólida pared para impedir que escapara.

—No es mi hijo —dijo—. Nunca l’había visto antes. Sintió que los dedos de Nelson soltaban su carne. Las mujeres dieron un paso atrás, mirándole horrorizadas, como si sintieran tal repulsión por un hombre capaz de negar su propia imagen y semejanza que no pudieran soportar ni ponerle las manos encima. El señor Head caminó por un espacio que ellas le abrieron y dejó a Nelson atrás. Ante él no veía nada, sólo un túnel hueco que una vez había sido la calle.

El muchacho se quedó donde estaba, con el cuello estirado y las manos caídas a los costados. Tenía el sombrero bien calado en la cabeza, de modo que ya no había arrugas en él. La anciana herida se levantó y le mostró el puño, las otras mujeres lo miraron con lástima, pero él no les prestaba atención. No había ningún policía a la vista.

Al poco rato comenzó a moverse mecánicamente, sin hacer ningún esfuerzo por alcanzar a su abuelo sino sólo siguiéndole, a unos veinte pasos. Caminaron de este modo cinco manzanas. El señor Head tenía los hombros hundidos y el cuello inclinado en un ángulo que no se veía desde atrás. Tenía miedo de volver la cabeza. Al final echó un breve vistazo, esperanzado, por encima del hombro. Veinte pasos atrás, vio dos ojillos clavados en su espalda como los dientes de un tenedor.

El muchacho no era de naturaleza indulgente, pero ésta era la primera vez que tenía algo que perdonar. El señor Head nunca le había traicionado. Después de caminar otras dos manzanas, se volvió y le llamó por encima del hombro con voz desesperadamente alegre:

—Ven, ¡vamos a beber una Coca-Cola en algún sitio!

Nelson, con una dignidad que nunca había mostrado, giró sobre sus talones y dio la espalda a su abuelo.

El señor Head comenzó a sentir la profundidad de su rechazo. A medida que caminaban, su rostro se llenaba de surcos y crestas. No veía nada de lo que había alrededor pero se dio cuenta de que habían perdido de vista los raíles del tranvía. No se veía la cúpula por ningún lado y la tarde avanzaba. Sabía que si la oscuridad los pillaba en la ciudad los apalearían y robarían. La velocidad de la justicia de Dios la esperaba sobre sí, pero no soportaba pensar que sus pecados afectaran también a Nelson y que en ese mismo momento estaba llevando al muchacho a su perdición.

Continuaron caminando manzana tras manzana por una inacabable sección de casitas de ladrillo, hasta que el señor Head casi tropezó con un grifo de agua que

había a unos quince centímetros del borde de una parcela con césped. No probaba una gota de agua desde la mañana, pero sintió que ahora no la merecía. Luego pensó que Nelson tendría sed y que los dos beberían y eso volvería a unirlos. Se agachó y puso la boca en el grifo y una corriente de agua fresca entró en su garganta. Luego gritó con voz desesperada:

—¡Ven a beber agua!

Esta vez el muchacho le miró como si no existiera durante casi sesenta segundos. El señor Head se incorporó y siguió caminando como si hubiera bebido veneno. Nelson, aunque no había bebido nada desde que tomara un poco de agua en un vaso de papel en el tren, pasó de largo junto al grifo, desdeñando beber donde lo había hecho su abuelo. Cuando el señor Head se dio cuenta, perdió toda esperanza. Su rostro, a la luz menguante de la tarde, parecía desfigurado y abandonado. Sentía cómo el odio tenaz del muchacho viajaba a un ritmo constante detrás de él, y sabía que (si por algún milagro se libraban de ser asesinados en la ciudad) así seguiría el resto de su vida. Sabía que ahora se encaminaba hacia un lugar extraño y negro donde nada era como había sido antes, una larga vejez sin respeto y un final que sería bienvenido porque sería el final.

En cuanto a Nelson, su mente se había helado alrededor de la traición de su abuelo como si tratase de conservarla intacta para presentarla el día del Juicio Final. Caminaba sin mirar a un lado ni al otro, pero de tanto en tanto se le torcía la boca, y era entonces cuando sentía cómo, desde algún lugar remoto de su interior, una forma misteriosa y negra se estiraba como si fuera a derretir su imagen helada con un solo apretón caliente.

El sol descendió tras una hilera de casas y casi sin darse cuenta entraron en una zona residencial elegante donde las mansiones estaban separadas de la calle por jardines con bebederos para pájaros. Todo estaba desierto. Recorrieron varias manzanas sin ver siquiera un perro. Las grandes casas blancas eran icebergs parcialmente sumergidos en la distancia. No había aceras, sólo caminos para coches que daban vueltas y vueltas en círculos ridículos e interminables. Nelson no hizo el menor intento de acercarse al señor Head. El anciano pensó que si veía una boca de alcantarilla se dejaría caer allí para que se lo llevara la inmundicia, e imaginó al chico mirando sólo con un poquitín de interés mientras él desaparecía.

Un fuerte ladrido llamó su atención y levantó la mirada para ver un hombre gordo que se acercaba con dos bulldogs. Alzó los brazos como un náufrago en una isla desierta.

—¡Estoy perdío! —gritó—. M’he perdío y no encuentro el camino, y este chico y yo tenemos que coger el tren y no encuentro l’estación. ¡Oh, Dios santo, m’he perdío! ¡Ayúdeme, oh, Dios mío, m’he perdío!

El hombre, que era calvo y vestía unos pantalones de golf, le preguntó qué tren quería coger, y el señor Head comenzó a sacar los billetes del bolsillo temblando de tal forma que apenas los podía sostener. Nelson se había acercado a unos cinco

metros y observaba.

—Bien —dijo el hombre gordo tras devolverle los billetes—, no les dará tiempo a volver a la ciudad para coger allí este tren, pero pueden cogerlo en la parada suburbana. Queda a tres manzanas de aquí. —Y le explicó cómo llegar.

El señor Head lo miraba como si volviera a la vida lentamente, y, cuando el hombre terminó y se alejó con los perros saltando detrás de él, se volvió hacia Nelson y le dijo sin aliento:

—¡Vamos a volver a casa!

El muchacho estaba a unos tres metros, con la cara pálida bajo el sombrero gris. Tenía los ojos triunfalmente fríos. No había luz en ellos, ningún sentimiento, ningún interés. Sólo estaba allí, una figura pequeña, esperando. La casa no representaba nada para él.

El señor Head giró con lentitud. Sintió que ahora sabía cómo sería el tiempo sin estaciones, cómo sería el calor sin luz, y cómo sería el hombre sin salvación. Le daba igual no llegar a coger el tren y, de no haber sido por algo que súbitamente le llamó la atención, una especie de grito en la oscuridad creciente, tal vez habría olvidado que había una estación adonde dirigirse.

No había caminado trescientos metros cuando vio, a su alcance, la figura de yeso de un negro sentado sobre una cerca baja de ladrillos que rodeaba una amplia parcela de césped. El negro tenía más o menos la misma estatura que Nelson y estaba inclinado hacia delante en un ángulo precario porque la masilla que lo mantenía sobre la pared se había quebrado. Uno de sus ojos era enteramente blanco y sostenía un pedazo de sandía marrón.

El señor Head se quedó mirándolo en silencio hasta que Nelson se detuvo a corta distancia. Entonces, mientras estaban allí parados, el señor Head susurró:

—¡Un negro artificial!

No era posible saber si el negro artificial había sido creado joven o viejo; parecía demasiado triste para ser lo uno o lo otro. Estaba hecho con el propósito de parecer alegre porque tenía las comisuras de la boca estiradas, pero el ojo desconchado y el ángulo en que estaba colocado le daban un feroz aspecto de tristeza.

—¡Un negro artificial! —repitió Nelson con el mismo tono que el señor Head.

Los dos se quedaron allí con el cuello estirado en el mismo ángulo, los hombros encorvados de idéntica forma y las manos temblando de la misma manera en los bolsillos. El señor Head parecía un niño anciano y Nelson un anciano en miniatura. Se quedaron mirando fijamente al negro artificial como si se hallaran frente a un gran misterio, a algún monumento a la victoria de un tercero que era quien los había unido en su derrota común. Ambos sintieron que disolvía sus diferencias como un acto de misericordia. El señor Head nunca había sabido cómo era la misericordia porque había sido demasiado bueno para merecerla, pero sintió que ahora lo sabía. Miró a Nelson y comprendió que debía decirle algo para mostrarle que todavía era sabio, y en la mirada que el chico le devolvió percibió la necesidad de esa confirmación. Los

ojos de Nelson parecían implorarle que le explicara de una vez por todas el misterio de la existencia.

El señor Head separó los labios para hacer una declaración grandilocuente y se oyó a sí mismo decir:

—No tienen bastantes negros de verdá por aquí. Tienen que tener uno artificial.

Al cabo de un segundo, el muchacho asintió con un extraño temblor en la boca y dijo:

—Vamos a casa antes de que nos volvamos a perder.

El tren se detenía en la parada suburbana justo cuando llegaron a la estación. Subieron juntos y diez minutos antes de llegar al empalme se dirigieron a la puerta y estuvieron atentos para saltar en caso de que no parara; pero lo hizo, justo cuando la luna, recuperado todo su esplendor, salió de una nube e inundó el claro del bosque con su luz. Cuando se apearon, la salvia temblaba levemente en sombras plateadas y bajo sus pies la escoria del carbón brillaba con una nueva luz negra. Las copas de los árboles, que cercaban el empalme como la pared protectora de un jardín, estaban más oscuras que el cielo, del que pendían gigantescas nubes blancas iluminadas como fanales.

El señor Head se quedó muy quieto y sintió de nuevo la acción de la misericordia, pero esta vez supo que no había palabras en este mundo que pudieran nombrarla. Comprendió que nacía del sufrimiento, que no se le niega a ningún hombre y que es dada de modos extraños a los niños. Comprendió que era todo cuanto un hombre podía llevar consigo a su muerte para ofrecer al Creador y de pronto se sintió avergonzado porque tenía muy poca para llevarse con él. Quedó espantado, al juzgarse con la rigurosidad de Dios, mientras la acción de la misericordia su cubría orgullo como una llama y lo consumía. Nunca había pensado en sí mismo como un gran pecador, pero ahora vio que su verdadera depravación había permanecido oculta para que no desesperara. Comprendió que sus pecados estaban perdonados desde el principio de los tiempos, cuando había concebido en su propio corazón el pecado de Adán, hasta este momento, en que había negado al pobre Nelson. Vio que no había pecado tan monstruoso que no pudiera proclamar como suyo y, ya que Dios amaba en la medida en que perdonaba, se sintió preparado para entrar en el Paraíso.

Nelson, componiendo su expresión bajo la sombra del ala de su sombrero, le miró con una mezcla de fatiga y recelo, pero, cuando el tren se deslizó a su lado y desapareció como una serpiente aterrorizada en el bosque, hasta su rostro se iluminó.

—M’alegra haber ido una vez, ¡pero no volveré nunca más! —murmuró.

LA BUENA GENTE DEL CAMPO[19]

Aparte de la expresión neutral que tenía cuando estaba sola, la señora Freeman tenía otras dos, una ansiosa y, la otra, contrariada, que usaba en todas sus relaciones humanas. Su expresión ansiosa era firme y fuerte como la lenta marcha de un camión pesado. Sus ojos jamás viraban bruscamente a la derecha o a la izquierda, sino que giraban cuando el piso giraba, como si siguieran una línea amarilla pintada en el centro. Raras veces usaba la otra expresión porque no necesitaba retractarse a menudo de lo que decía, pero cuando lo hacía su rostro se detenía en seco, había un movimiento casi imperceptible en sus negros ojos, durante el cual parecían retroceder, y entonces quien la veía se daba cuenta de que la señora Freeman, aun cuando estaba allí, tan real como los sacos de grano apilados, estaba ausente en espíritu. Intentar comunicarse con ella cuando esto sucedía era algo de lo que la señora Hopewell ya había desistido. Podría hablar hasta morirse. Era imposible conseguir que la señora Freeman admitiera que no tenía razón en algo. Si lograban hacer que hablara, entonces decía algo como: «Bueno, no podría decir que sí ni que no». O dejaba que su mirada se posase en el último estante de la cocina, donde había un montón de botellas polvorientas, y decía: «Ya veo que no ha comío muchos de los higos que puso en conserva el verano pasao».

Se ocupaban de los asuntos de mayor importancia en la cocina durante el desayuno. Todas las mañanas, la señora Hopewell se levantaba a las siete, encendía su calentador de gas y el de Joy. Joy era su hija, una muchacha rubia y recia que tenía una pierna artificial. La señora Hopewell la consideraba una niña, aun cuando ya tenía treinta y dos años, y muy culta. Joy se levantaba cuando su madre estaba comiendo, caminaba pesadamente hacia el lavabo y daba un portazo, y al poco tiempo aparecía la señora Freeman por la puerta trasera. Joy oía a su madre decir: «Entre»; luego conversaban un rato entre susurros y desde el lavabo era imposible distinguir sus voces. Cuando Joy se acercaba, por lo general ya habían terminado con las noticias meteorológicas y hablaban de una de las dos hijas de la señora Freeman, Glynese o Carramae. Joy las llamaba Glycerin y Caramel. Glynese, una pelirroja, tenía dieciocho años y muchos admiradores; Carramae, una rubia, tenía sólo quince pero ya estaba casada y embarazada. Su estómago no retenía nada. Todas las mañanas, la señora Freeman contaba a la señora Hopewell las veces que su hija Carramae había vomitado desde su último informe.

A la señora Hopewell le gustaba decir que Glynese y Carramae eran las mejores chicas que conocía, que la señora Freeman era una «dama» y que no le avergonzaba llevarla a cualquier parte o presentarla a cualquiera con quien se encontraran. Luego contaba cómo había llegado a contratar a los Freeman y hasta qué punto eran un regalo del cielo para ella y cómo llevaban cuatro años a su servicio. La razón por la cual hacía tanto tiempo que estaban con ella era porque no eran gentuza. Era buena gente del campo. Había llamado por teléfono al hombre cuyo nombre la pareja había

citado en sus referencias y él le había dicho que el señor Freeman era un buen granjero, pero que su esposa era la mujer más entrometida que había pisado la tierra. «Tiene que meterse en todo —explicó el hombre—. Si no llega al lugar de los acontecimientos antes de que se asiente el polvo, puede apostar a que está muerta. Querrá estar al tanto de todos sus asuntos. Yo de él tengo buen concepto, pero ni yo ni mi esposa habríamos aguantado a esa mujer un solo minuto más en esta casa». Eso hizo que la señora Hopewell pospusiera su decisión unos pocos días.

Los había contratado al final porque no había otros candidatos, pero había resuelto de antemano la manera de manejar a esa mujer. Ya que era de esas que tienen que meter las narices en todo, la señora Hopewell decidió que no sólo le permitiría meterse en todo, sino que se ocuparía de que tuviese que meterse en todo: le daría la responsabilidad de todo, la pondría a cargo de todo. La señora Hopewell no tenía defectos, pero podía usar los de los demás de una manera tan constructiva que nunca había sentido esa carencia. Había contratado a los Freeman y hacía cuatro años que los tenía a sus órdenes.

«Na es perfecto». Este era uno de los dichos preferidos de la señora Hopewell. Otro era: «¡Así es la vida!». Y uno más, el más importante, era: «Bueno, los demás también tienen su opinión». Generalmente pronunciaba estas frases en la mesa, con un tono de insistencia amable, como si ella fuera la única que las decía, y la corpulenta y pesada Joy, de cuyo rostro el permanente furor había borrado toda expresión, miraba un poco de lado, con sus ojos de un azul helado y la cara de alguien que ha conseguido la ceguera por un acto de voluntad y se propone conservarla.

Cuando la señora Hopewell le decía a la señora Freeman que la vida era así, la señora Freeman decía: «Yo siempre l’he dicho». Era más lista que el señor Freeman. Nadie podía llegar a alguna conclusión sin que ella lo hubiera hecho antes. Cuando la señora Hopewell le dijo, después de que la pareja llevara cierto tiempo allí: «Usté es la rueda detrás de la rueda», y le guiñó un ojo, la señora Freeman afirmó:

—Ya lo sé. Siempre he sido lista. Es qu’unos son más listos qu’otros.

—To el mundo es diferente —repuso la señora Hopewell.

—Sí, la mayoría lo es —dijo la señora Freeman.

—En este mundo hace falta toda clase de gente.

—Yo siempre l’he dicho.

La muchacha estaba acostumbrada a este tipo de diálogo en el desayuno, que continuaba en el almuerzo; a veces también lo sostenían en la cena. Cuando no tenían invitados, comían en la cocina porque resultaba más cómodo. La señora Freeman siempre se las arreglaba para llegar en algún momento de la comida y observarlas hasta que terminaban. Se quedaba en el umbral de la puerta si era verano, pero en invierno apoyaba un codo sobre la nevera y las miraba, o se ponía al lado del calentador a gas y levantaba apenas la parte posterior de su falda. De tanto en tanto se recostaba contra la pared y movía la cabeza de un lado a otro. Todo esto era muy

difícil de soportar para la señora Hopewell, pero era una mujer de una gran paciencia. Pensaba que nada era perfecto y que los Freeman eran gente buena del campo y que si en esos tiempos uno tenía gente buena del campo, lo mejor era mantenerlos al lado.

Había tenido que tratar con mucha gentuza. Antes de los Freeman, había tenido un promedio de una familia arrendataria por año. Las mujeres de esos granjeros no eran de la clase que una quisiera tener cerca mucho tiempo. La señora Hopewell, que se había divorciado de su marido hacía mucho, necesitaba a alguien que caminase con ella por el campo, y cuando tenía que presionar a Joy para que lo hiciera, los comentarios de ésta eran por lo general tan desagradables y su rostro tan hosco que la señora Hopewell le decía: «Si no vienes de buen grado, no quiero que m'acompañes»; a lo cual la muchacha, con los hombros rígidos y el cuello un tanto adelantado, replicaba: «Si quieres que lo haga, aquí estoy: como soy».

La señora Hopewell excusaba esta actitud debido a lo de la pierna (Joy había recibido un disparo en un accidente de caza cuando tenía diez años). A la señora Hopewell le costaba aceptar que su hija ahora tuviera treinta y dos años y que hacía más de veinte que tenía una sola pierna. Todavía la consideraba una niña porque le rompía el corazón pensar en la pobre muchacha corpulenta que nunca había dado un paso de baile o tenido una diversión «normal». Su verdadero nombre era Joy, pero tan pronto como cumplió los veintiún años y se fue de casa se lo cambió legalmente. La señora Hopewell estaba segura de que había pensado y pensado hasta encontrar el nombre más feo en cualquier idioma. Luego se había marchado para cambiarse el nombre —Joy, que era tan bonito—, y no se lo comentó a su madre hasta que lo hubo hecho. Su nombre legal era Hulga.

Cuando la señora Hopewell pensaba en ese nombre, Hulga, le venía a la mente el ancho casco vacío de un barco de guerra. Nunca lo usaba. Siguió llamándola Joy y su hija le contestaba, pero de una manera puramente mecánica.

Hulga había aprendido a tolerar a la señora Freeman, quien la había librado de las caminatas con su madre. Hasta Glynese y Carramae eran de alguna utilidad, pues ocupaban una atención, que, de otra manera, habría estado dirigida hacia ella. Al principio había creído que no podría tolerar a la señora Freeman porque había descubierto que no era posible ser maleducada con ella. La señora Freeman abrigaba extraños resentimientos y luego durante días enteros permanecía malhumorada, pero la fuente de su descontento era siempre oscura; un ataque directo, una mirada malintencionada, un comentario ofensivo hecho en su cara, nada de eso le hacía mella.

Y un día, sin previo aviso, comenzó a llamarla Hulga.

No la llamaba así delante de la señora Hopewell, que se hubiera enfurecido, pero, cuando ella y la muchacha se encontraban juntas por casualidad fuera de la casa, decía algo y agregaba el nombre de Hulga al final, y la corpulenta y miope Joy-Hulga fruncía el ceño y se sonrojaba como si hubieran violado su intimidad. Consideraba que el nombre era algo personal. Lo había adoptado al principio basándose puramente

en lo mal que sonaba, y después le había impresionado lo apropiado que quedaba para el caso. Imaginaba un nombre que trabajaba como el feo y sudoroso Vulcano, que vivía en la fragua y a cuya llamada, presumiblemente, debía acudir la diosa. Lo veía como el nombre de su mayor acto creativo. Uno de sus mayores triunfos era que su madre no había podido modelar a Joy, pero aún más importante era que ella había sido capaz de transformarse en Hulga. Sin embargo, el placer de la señora Freeman al usar el nombre la irritaba. Era como si los ojos acuosos y acerados de la señora Freeman hubieran penetrado lo suficiente dentro de su rostro para alcanzar algún acontecimiento secreto. Había algo en ella que fascinaba a la señora Freeman, y un día Hulga se dio cuenta de que era la pierna artificial. La señora Freeman tenía una inclinación especial por los detalles de infecciones secretas, de deformidades escondidas, de atropellos contra niños. De las enfermedades, prefería las persistentes o las incurables. Hulga había oído a la señora Hopewell explicarle los detalles del accidente de caza, de qué manera la pierna había sido literalmente arrancada, que ella en ningún instante había perdido el conocimiento. La señora Freeman podía escuchar esto en cualquier momento como si hubiera sucedido hacía una hora.

Cuando Hulga entraba cojeando en la cocina por la mañana (podía caminar sin hacer ese ruido horrible, pero lo hacía —la señora Hopewell estaba segura— porque el sonido era espantoso), las miraba sin decir palabra. La señora Hopewell estaba vestida con su quimono rojo y llevaba el cabello recogido con un pañuelo. Se hallaba sentada a la mesa, terminando el desayuno, y la señora Freeman, con el codo apoyado sobre la nevera, la miraba. Hulga siempre ponía los huevos a hervir y luego permanecía de brazos cruzados frente a ellas, y la señora Hopewell la miraba —una especie de mirada indirecta que se dividía entre ella y la señora Freeman— y pensaba que, si se cuidara sólo un poco, no sería tan fea. No había nada desagradable en sus facciones y una expresión amable las hubiera transformado. La señora Hopewell decía que las personas que veían el lado positivo de las cosas eran hermosas aunque no lo fueran en realidad.

Siempre que miraba a Joy de esta forma no podía dejar de pensar que habría sido mejor que la niña no hubiese hecho el doctorado. Ciertamente no la había vuelto más sociable, y, ahora que lo poseía, ya no tenía excusa para regresar a la facultad. La señora Hopewell pensaba que estaba bien que las chicas fueran a la universidad y se divirtieran, pero Joy lo había «soportado». De todos modos, no era lo bastante fuerte para volver. Los médicos le habían dicho que Joy, con muchos cuidados, podía llegar a los cuarenta y cinco. Tenía el corazón débil. Joy había dejado bien claro que, de no ser por su estado, estaría lejos de esas colinas rojas y de la gente buena del campo. Estaría en una universidad dando clases a personas que sabrían de qué hablaba. Y a la señora Hopewell no le costaba imaginársela allí, con su pinta de espantapájaros y enseñando a gente como ella. Aquí iba todo el día con una falda de hacía seis años y una camiseta amarilla con un descolorido vaquero a lomos de un caballo estampado en el pecho. Ella opinaba que era divertido; la señora Hopewell, en cambio, pensaba

que era estúpido y sólo demostraba que todavía era una niña. Era inteligente, pero no tenía ni una pizca de sentido común. La señora Hopewell tenía la impresión de que cada año se parecía menos a la demás gente y más a sí misma: abotagada, maleducada y bizca. ¡Y decía cosas rarísimas! Le había dicho a su propia madre —sin previo aviso, sin justificación, poniéndose de pie en medio de una comida con el rostro lívido y la boca medio llena—: «¡Mujer! ¿Miras alguna vez en tu interior? ¿Alguna vez miras en tu interior y ves lo que no eres? ¡Dios mío! —había chillado dejándose caer nuevamente y mirando su plato—. Malebranche tenía razón: ¡No somos nuestra propia luz!». Hasta el día de hoy, la señora Hopewell no tenía la menor idea de qué había provocado ese exabrupto. Ella sólo había comentado, con la esperanza de que Joy la escuchara, que una sonrisa nunca hacía mal a nadie.

La muchacha se había doctorado en filosofía y esto había dejado totalmente desorientada a la señora Hopewell. Uno podía decir: «Mi hija es enfermera», o «Mi hija es maestra», o incluso «Mi hija es ingeniera química». Uno no podía decir: «Mi hija es filósofa». Eso era algo que había terminado con los griegos y los romanos. Joy se pasaba el día sentada en un mullido sillón, leyendo. De vez en cuando se iba a caminar, pero no le gustaban los perros ni los gatos, los pájaros ni las flores, la naturaleza ni los jóvenes. Miraba a los jóvenes como si estuviera oliendo su estupidez.

Un día, la señora Hopewell había cogido un libro que la muchacha acababa de dejar y, abriéndolo al azar, leyó: «La ciencia, por otro lado, tiene que afirmar nuevamente su seriedad y declarar que sólo le interesa lo-que-es. La nada… ¿qué otra cosa puede ser para la ciencia, sino horror y fantasmagorías? Si la ciencia es lo que debe ser, entonces hay algo que permanece firme: la ciencia no desea saber nada acerca de la nada. Eso es, después de todo, el enfoque, estrictamente científico de la Nada. Lo sabemos al no desear saber nada acerca de la Nada». Estas palabras estaban subrayadas con un lápiz azul y tuvieron para la señora Hopewell el efecto de un ensalmo diabólico en forma de galimatías. Cerró el libro enseguida y salió de la habitación como si hubiera tenido un escalofrío.

Esa mañana, cuando la muchacha hizo su aparición, la señora Freeman se estaba ocupando de Carramae.

—Devolvió cuatro veces después de la cena —decía— y se levantó dos veces durante la noche después de las tres. Ayer no hizo otra cosa que revisar el cajón de la cómoda. Fue l’único qu’hizo. De pie allí, delante de la cómoda, viendo lo que podía encontrar.

—Tiene que comer —musitó la señora Hopewell, que sorbió su café mientras observaba la espalda de Joy junto a la cocina.

Se preguntaba qué habría dicho la niña al vendedor de biblias. No se podía imaginar qué clase de conversación podrían haber mantenido.

Era un joven sin sombrero, alto y demacrado, que se había presentado el día anterior para venderles una biblia. Había aparecido en la puerta con una enorme

maleta negra que pesaba tanto que había tenido que apoyarse contra el dintel. Parecía a punto de desmayarse, pero dijo con voz alegre: «¡Buenos días, señora Cedars!», y dejó la maleta sobre el felpudo. No era mal parecido a pesar de que vestía un traje azul brillante y unos calcetines amarillos que le quedaban cortos. Tenía el rostro huesudo y un mechón de pelo castaño y pegajoso le caía sobre la frente.

—Soy la señora Hopewell —dijo ella.

—¡Oh! —exclamó él simulando contrariedad pero con los ojos chispeantes—. He visto que decía «The Cedars» en su buzón y por eso pensé que usté era la señora Cedars —Y lanzó una carcajada agradable. Levantó la maleta y, fingiendo un jadeo, entró rápidamente en el recibidor. Parecía más bien como si la maleta se hubiese movido primero y lo hubiera arrastrado—. ¡Señora Hopewell! —dijo, y le cogió la mano—. ¡Espero que s'encuentre bien! —Se echó a reír de nuevo y al instante su rostro adoptó una expresión grave. Hizo una pausa, le dirigió una mirada directa y formal y dijo—: Señora, he venío a hablar de cosas serias.

—Bueno, entre usté —murmuró ella, poco entusiasmada porque tenía la comida casi lista. Él entró en el salón, se sentó en el borde de una silla, colocó la maleta entre sus pies y observó la habitación como si a través de ésta se estuviera formando un juicio sobre la señora Hopewell. La platería brillaba en los dos aparadores; ella pensó que él nunca habría estado en una habitación tan elegante como ésa.

—Señora Hopewell —comenzó usando su nombre de una manera que parecía casi íntima—, sé qu'usté cree en los servicios cristianos.

—Pues sí —murmuró ella.

—Sé —dijo, e hizo una pausa, parecía muy sabio con la cabeza ladeada— qu'usté es una mujer buena. Me l'han dicho sus amigos…

A la señora Hopewell no le gustaba que la tomaran por una idiota.

—¿Qué vende usté? —preguntó.

—Biblias —respondió el joven, y recorrió la habitación con la mirada antes de agregar

—: No veo ninguna biblia en su salón, ¡ya veo que eso es lo que le falta!

La señora Hopewell no podía decir: «Mi hija es atea y no me permite tener una biblia en el salón». Dijo, un tanto envarada:

—Tengo mi biblia al lao de la cama. —No era verdad. Estaba en el desván.

—Señora —repuso él—, la palabra de Dios debe estar en el salón.

—Bueno, creo qu'es una cuestión de gustos —comenzó ella—. Creo que…

—Señora —prosiguió él—, pa un cristiano, la palabra de Dios debe estar en todas las habitaciones de la casa, aparte de residir en su corazón. Sé qu'usté es cristiana porque lo veo en cada línea de su cara.

Ella se puso en pie y dijo:

—Bueno, joven, no quiero comprar una biblia y por el olor creo que se m'está quemando la comida.

Él no se levantó. Empezó a retorcerse las manos y bajando la vista dijo en voz

baja:

—Bueno, señora, le diré la verdad: hoy día no hay mucha gente que quiera comprar biblias y, además, sé que soy un simplón. No conozco otra forma de decir las cosas que diciéndolas. Soy sólo un muchacho del campo. —Levantó la vista hacia su rostro hostil—. ¡La gente como usté no quiere tratos con la gente del campo como yo!

—¡Vaya! —gritó ella—, ¡la gente buena del campo es la sal de la tierra! Además, cada uno tiene su manera de ser, todos somos necesarios pa que el mundo siga girando. ¡Así es la vida!

—Y que lo diga —repuso él.

—Pues sí, creo que no hay suficiente gente buena del campo en el mundo —dijo, emocionada—. ¡Creo qu'ése es el problema!

El rostro del joven se había iluminado.

—No m'he presentao —dijo—. Soy Manley Pointer, de cerca de Willohobie, ni siquiera d'un lugar, sólo de cerca d'un lugar.

—Espere un momento —dijo ella—. Tengo que ir a ver la comida.

Fue a la cocina y encontró a Joy junto a la puerta, desde donde había estado escuchando.

—Deshazte de la sal de la tierra —dijo— y comamos. La señora Hopewell la miró con pena y bajó el fuego de las verduras.

—Yo no puedo ser maleducada con nadie —murmuró, y volvió al salón.

Él había abierto la maleta y tenía sendas biblias en las rodillas.

—Será mejor que las guarde —le dijo ella—, no las quiero.

—Aprecio su honradez —repuso él—. Ya no queda gente honrada, salvo en el campo.

—Lo sé —convino ella—. ¡Auténtica gente del campo! Por la rendija de la puerta oyó un gruñido.

—Supongo que muchos muchachos vienen y le dicen que están trabajando pa pagarse los estudios —explicó él—, pero yo no le diré eso. La verdá —continuó— es que no quiero ir a l'universidá. Quiero dedicar mi vida al cristianismo. Mire —añadió bajando la voz—, tengo una enfermedad cardíaca. Puede que no viva mucho tiempo. Cuando uno sabe que tiene algo malo y que no vivirá mucho… bueno, entonces, señora… —Hizo una pausa, con la boca abierta, y la miró fijamente.

¡Él y Joy tenían la misma enfermedad! La señora Hopewell se dio cuenta de que sus ojos se estaban llenando de lágrimas, pero hizo un esfuerzo, se repuso enseguida y murmuró:

—¿No querría quedarse a comer? ¡Nos encantaría qu'aceptara! —Y se arrepintió al instante de haberlo dicho.

—Sí, señora —dijo él con voz avergonzada—; por supuesto que m'encantaría.

Joy le había echado un vistazo cuando se lo presentaron y luego durante toda la comida no volvió a dirigirle la mirada. Él le habló varias veces, pero ella fingió no

oírle. La señora Hopewell no podía comprender esa descortesía deliberada, a pesar de que convivía con ella, y se dio cuenta de que siempre tendría que exagerar su hospitalidad para contrarrestar la falta de cortesía de Joy. Le animó a que hablara de sí mismo y él lo hizo. Dijo que era el séptimo hijo de un total de doce y que su padre había muerto aplastado por un árbol cuando él tenía ocho años. El árbol casi le había partido en dos y quedó prácticamente irreconocible. Su madre había salido adelante trabajando de firme y siempre había procurado que sus hijos fueran a la escuela dominical y leyeran la Biblia todas las tardes. Él tenía ahora diecinueve años y hacía cuatro meses que vendía biblias. En ese tiempo, había hecho setenta y dos ventas y tenía apalabradas dos más.

Quería ser misionero porque pensaba que ésa era la manera en que podía hacer más por la gente. «El que haya perdido su vida, la encontrará», dijo simplemente y se le veía tan sincero, tan auténtico y formal que la señora Hopewell no habría sonreído por nada del mundo. El joven evitó que sus guisantes resbalasen a la mesa bloqueándolos con un pedazo de pan, con el que luego limpió el plato. Ella veía que Joy miraba de reojo cómo manejaba el tenedor y el cuchillo, y también se dio cuenta de que cada pocos minutos el muchacho lanzaba a la chica una intensa mirada apreciativa, como si intentase llamar su atención.

Después de comer, Joy quitó la mesa y desapareció, y la señora Hopewell se quedó sola a conversar con él. Él volvió a hablarle de su infancia, del accidente de su padre y de varias otras cosas que le habían sucedido. Cada cinco minutos, más o menos, ella ahogaba un bostezo. Él se quedó ahí dos horas, hasta que finalmente ella le dijo que debía retirarse porque tenía una cita en el pueblo. Él guardó sus biblias, le dio las gracias y se dispuso a partir, pero en la puerta se detuvo, le dio la mano y dijo que en ninguno de sus viajes había conocido una dama tan bondadosa como ella y le preguntó si podía volver. Ella le dijo que siempre le alegraría verle.

Joy estaba en el camino, al parecer mirando algo en la distancia, cuando él bajó por la escalinata y se dirigió hacia ella, doblado por el peso de la maleta. Se detuvo a su lado y le habló. La señora Hopewell no pudo oír lo que dijo pero tembló al pensar lo que Joy le podría replicar. Vio que después Joy decía algo y que el muchacho empezaba a hablar de nuevo haciendo un gesto vivo con la mano libre. Luego Joy dijo algo más y el muchacho empezó a hablar otra vez. Entonces, para su sorpresa, la señora Hopewell vio que los dos caminaban juntos hasta el portón. Joy había caminado hasta allí con él y la señora Hopewell no podía imaginarse lo que se habían dicho, y hasta ese momento no se había atrevido a preguntar.

La señora Freeman estaba tratando de atraer su atención. Se había trasladado de la nevera al calentador, de manera que la señora Hopewell tenía que darse la vuelta para que pareciera que la escuchaba.

—Glynese salió de nuevo con Harvey Hill anoche —dijo—. Tenía l’orzuelo.

—Hill —dijo la señora Hopewell, distraída—, ¿es ese que trabaja en el garaje?

—No, es el que va a l’escuela de quiropráctica —explicó la señora Freeman—.

Ella tenía l’orzuelo. Desde hacía dos días. Dice que cuando la otra noche la trajo le dijo: «Déjame que te quite ese orzuelo», y ella le dijo: «¿Cómo?», y él dijo: «Échate en el asiento d’atrás y te lo mostraré». Entonces ella lo hizo y él l’hizo crujir el cuello. Siguió haciéndolo crujir hasta que ella dijo basta. Esta mañana no tenía el orzuelo. No queda ni rastro d’él.

—Nunca había oído algo así —dijo la señora Hopewell.

—Le pidió que se casara con él ante el juez —continuó la señora Freeman—, y ella le dijo que no s’iba a casar en ninguna oficina.

—Bueno, Glynese es una buena chica —dijo la señora Hopewell—. Glynese y Carramae son buenas chicas.

—Carramae dijo que cuando ella y Lyman se casaron, Lyman dijo que por supuesto ella era sagrada pa él. Ella dijo que él dijo que no aceptaría quinientos dólares pa que lo casara un predicador.

—¿Cuánto aceptaría? —preguntó la muchacha desde la cocina.

—Dijo que no aceptaría quinientos dólares —repitió la señora Freeman.

—Muy bien, todos tenemos algo qu’hacer —dijo la señora Hopewell.

—Lyman dijo qu’era sagrada pa él —afirmó la señora Freeman—. El doctor quiere que Carramae coma ciruelas pasas. Dice que eso en vez de medicinas. Dice que los calambres le vienen por la presión. ¿Sabe dónde pienso qu’está eso?

—Estará mejor en unas pocas semanas —dijo la señora Hopewell.

—En el tubo —dijo la señora Freeman—. D’otra manera, no estaría tan enferma.

Hulga había cascado los dos huevos en un platillo y los llevaba a la mesa con una taza de café que había llenado demasiado. Tomó asiento con cuidado y empezó a comer, con la intención de entretener allí a la señora Freeman por medio de preguntas si por cualquier razón ésta mostraba intención de marcharse. Notaba que su madre no le quitaba el ojo de encima. La primera pregunta indirecta sería sobre el vendedor de biblias, y ella no quería que saliera a relucir.

—¿Cómo le hizo crujir el cuello? —preguntó.

La señora Freeman describió cómo le había hecho crujir el cuello. Dijo que tenía un Mercury del cincuenta y cinco, pero Glynese decía que prefería casarse con un hombre que sólo tuviera un Plymouth del treinta y seis y deseara casarse ante un predicador. La muchacha preguntó qué pasaría si tuviera un Plymouth del treinta y dos y la señora Freeman dijo que lo que Glynese había dicho era un Plymouth del treinta y seis.

La señora Hopewell manifestó que no había muchas chicas con el sentido común de Glynese. Dijo que lo que más admiraba en esas chicas era el sentido común. Dijo que eso le recordaba que el día anterior habían tenido una visita agradable, un joven que vendía biblias.

—Dios santo —dijo—, m’aburrió a más no poder pero era tan sincero y tan auténtico que no pude ser descortés con él. Era de la buena gente del campo, sabe usté —añadió—, la sal de la tierra.

—Le vi llegar —dijo la señora Freeman— y más tarde… le vi marcharse.

Hulga se percató del leve cambio en su voz, la leve insinuación de que no se había ido caminando solo. Su rostro permaneció inexpresivo, pero el rubor le coloreó el cuello y pareció tragárselo con la siguiente cucharada de huevo. La señora Freeman la estaba mirando como si compartiera un secreto con ella.

—Bueno, hace falta toda clase de gente pa que este mundo siga girando —dijo la señora Hopewell—. Está muy bien que no todos seamos iguales.

—Algunos son más iguales qu'otros —sentenció la señora Freeman.

Hulga se puso en pie y se dirigió a su habitación haciendo mucho más ruido del necesario; luego cerró la puerta. Iba a encontrarse con el vendedor de biblias a las diez de la mañana en el portón. Había pensado en ello la mitad de la noche. Al principio lo había considerado una broma y luego había atisbado sus profundas implicaciones. Tendida en la cama, había imaginado diálogos que eran delirantes en la superficie pero que llegaban a profundidades de las que no sería consciente ningún vendedor de biblias. El día anterior, la conversación que habían mantenido había sido de esa clase.

Él se había detenido frente a ella y simplemente se había quedado allí. Tenía la cara huesuda, sudorosa y brillante, con una pequeña nariz respingona en el centro. Su aspecto era diferente del que había tenido durante la comida. La miraba con franca curiosidad, con fascinación, como un niño que mira un nuevo animal fantástico en el zoológico, y respiraba como si hubiera corrido una gran distancia para alcanzarla. Su mirada le resultó familiar, pero no pudo recordar dónde la habían mirado de esa manera. Durante un buen rato él no dijo nada. Luego, en lo que pareció una aspiración de aire, susurró:

—¿Alguna vez has comió un pollo de dos días? La muchacha lo miró con frialdad. Era como si el joven hubiera planteado la pregunta para someterla a su consideración en la reunión de una asociación filosófica.

—Sí —contestó ella al rato, como si lo hubiera considerado desde todos los ángulos posibles.

—¡Debía de ser pequeñísimo! —dijo el joven con aire triunfal; todo él se estremeció con risitas nerviosas, y se puso muy colorado, y cuando se calmó en sus ojos apareció una mirada de completa admiración, mientras que la expresión de la muchacha seguía siendo la misma—. ¿Cuántos años tienes? —preguntó en voz baja.

Ella esperó un poco antes de contestar. Luego, con voz apagada, dijo:

—Diecisiete.

Las sonrisas de él llegaban una tras otra como olas que rompen en la superficie de un pequeño lago.

—Veo que tienes una pierna de palo —dijo—. Creo qu'eres muy valiente. Creo qu'eres muy dulce.

La muchacha permaneció impasible, rígida y silenciosa.

—Camina hasta el portón conmigo —le pidió él—. Eres valiente y dulce y me

gustaste en el momento en que te vi cruzar la puerta.

Hulga echó a andar lentamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él con una sonrisa.

—Hulga —respondió ella.

—Hulga —murmuró él—. Hulga, Hulga. Nunca he conocío a nadie que se llamara Hulga. Eres tímida, ¿verdá, Hulga? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza, observando la gran mano enrojecida en el asa de la maleta gigante.

—Me gustan las chicas con gafas —afirmó él—. Pienso mucho. No soy como esa gente en cuya cabeza jamás entra un pensamiento serio. Es porque puedo morir en cualquier momento.

—Yo también puedo morir —dijo ella de sopetón, y alzó la vista hacia él. Los ojos del joven eran muy pequeños y marrones, con un brillo febril.

—Escucha —dijo él—, ¿no crees qu'hay personas que están destinadas a conocerse por to lo que tienen en común? ¿Cuando tienen pensamientos profundos y to eso?

Cambió de mano la maleta y ahora la más próxima a ella era su mano libre. La cogió del codo y se lo sacudió un poco.

—Los sábados no trabajo —dijo—. Me gusta caminar por el bosque y ver cómo está vestida la madre naturaleza. En las colinas y bien lejos. *Picnics* y esas cosas. ¿No podríamos ir de *picnic* mañana? Di que sí, Hulga —dijo, y le dirigió una mirada agónica como si sintiera que estaban a punto de salírsele las entrañas. Hasta parecía tambalearse hacia ella.

Esa noche, Hulga se había imaginado que lo seducía. Imaginó que los dos caminaban hasta el granero que había más allá de los dos campos, y allí las cosas llegaban a tal punto que lo seducía con facilidad, y luego, por supuesto, tenía que vérselas con el remordimiento de él. Un genio de verdad podía llegar a hacer entender una idea hasta a un cerebro inferior. Imaginó que ella transformaba su remordimiento en una comprensión más profunda de la vida. Ella le arrancaba toda la vergüenza y la transformaba en algo útil.

Fue al portón a las diez en punto, después de escapar sin que la señora Hopewell se percatara. No llevaba nada para comer, pues había olvidado que, por lo general, a un *picnic* se llevan alimentos. Vestía pantalones y una camisa blanca sucia; en el último momento, se había aplicado al cuello un poco de vaselina mentolada, ya que no tenía ningún perfume. Cuando llegó al portón, no había nadie allí.

Miró la carretera desierta en ambas direcciones y experimentó la furiosa sensación de que la habían engañado, de que él sólo había pretendido hacerla caminar hasta el portón. Entonces, de improviso, él se puso en pie, muy alto, detrás de unos arbustos en el terraplén del otro lado del camino. Sonriente, se quitó el sombrero, que era nuevo y de ala ancha. El día anterior no lo llevaba y ella se preguntó si lo habría comprado para la ocasión. Era de color tostado con una cinta blanca y roja alrededor

y le quedaba un poco grande. Salió de detrás de los arbustos con la maleta negra en la mano. Llevaba el mismo traje y los mismos calcetines amarillos caídos. Cruzó el sendero y dijo:

—¡Sabía que vendrías!

La muchacha se preguntó con acritud cómo lo había sabido. Señaló la maleta y preguntó:

—¿Por qué has traído tus biblias?

La cogió del codo, sonriendo como si le fuera imposible dejar de hacerlo.

—Nunca sabes cuándo necesitarás la palabra de Dios, Hulga —respondió.

Por un momento ella dudó de que eso estuviera sucediendo realmente, y entonces empezaron a subir por el terraplén. Luego bajaron hasta los pastos, camino del bosque. El muchacho caminaba ágilmente a su lado, saltando sobre la punta de los pies. La maleta no parecía ser ese día tan pesada, incluso la balanceaba. Cruzaron la mitad de los pastos sin decir palabra y entonces él le puso la mano sobre la espalda y le preguntó:

—¿Dónde está la juntura de tu pierna de palo?

Ella se puso muy colorada y lo miró furiosa, y por un instante el muchacho pareció avergonzado.

—No pretendía ofenderte —dijo—. Sólo quería decirte qu'eres muy valiente y to eso. Supongo que Dios cuida de ti.

—No —dijo ella, mirando hacia al frente y caminando muy deprisa—, ni siquiera creo en Dios.

Al oírlo, él se detuvo y silbó.

—¿No? —exclamó, como si estuviera demasiado sorprendido para decir otra cosa.

Ella continuó caminando y al cabo de un segundo él estaba a su lado, abanicándose con el sombrero.

—Eso es muy poco común en una chica —dijo mirándola de reojo. Cuando llegaron al borde del bosque, le puso de nuevo la mano en la espalda, la apretó contra sí sin decir una palabra y la besó con fuerza

El beso, en el que había más presión que sentimiento, produjo en la muchacha esa descarga de adrenalina que permite a una persona sacar un pesado baúl de una casa en llamas, pero en su caso toda esa fuerza fue directamente a la cabeza. Aun antes de que él la soltara, su mente, clara, indiferente e irónica, ya lo observaba desde una gran distancia, divertida pero también con lástima. Nunca la habían besado antes y le alegró descubrir que no era una experiencia excepcional y que todo estaba sujeto al control de la mente. Alguna gente podría saborear el agua si les decían que era vodka. Cuando el muchacho, que parecía expectante pero inseguro, la apartó suavemente de sí, ella dio media vuelta y siguió caminando, sin decir nada, como si eso fuese para ella de lo más normal.

Él llegó jadeando a su lado y trataba de ayudarla cuando veía una raíz en la que

ella podía tropezar. Sujetaba los largos y oscilantes tallos espinosos y los mantenía apartados del camino hasta que ella pasaba. Ella le guiaba y él la seguía con la respiración agitada. Salieron a una ladera iluminada por el sol que descendía suavemente hasta otra un poco más pequeña. Más allá se veía el techo herrumbroso del granero donde guardaban el heno.

La colina estaba salpicada de hierbajos rojos.

—Entonces, ¿no estás salvada? —preguntó él de pronto, y se detuvo.

La muchacha sonrió. Era la primera vez que le sonreía.

—En mi sistema —dijo—, yo estoy salvada y tú estás condenado, pero ya te he dicho que no creo en Dios.

Nada parecía capaz de destruir la expresión de admiración del muchacho. Ahora la miraba como si el animal fantástico del zoológico hubiera sacado su garra entre las rejas y le hubiera dado un empujoncito cariñoso. Ella pensó que parecía querer besarla de nuevo y siguió caminando antes de que él tuviera la oportunidad.

—¿No hay por aquí ningún sitio donde nos podamos sentar? —murmuró él bajando la voz al final de la frase.

—En el granero —respondió ella.

Apretaron el paso como si fuera a alejarse como un tren. Era un granero grande, de dos pisos, frío y oscuro en el interior. El muchacho señaló la escalerilla que conducía al henal y dijo:

—Lástima que no podamos subir.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Por tu pierna —dijo él, reverente.

La muchacha le lanzó una mirada despreciativa y, agarrándose con las dos manos a la escalerilla, trepó por ella mientras él permanecía abajo, al parecer pasmado. Ella pasó con habilidad por la abertura y luego lo miró desde arriba y dijo:

—Bueno, ven, si es que vas a venir.

Él comenzó a subir llevando torpemente la maleta.

—No necesitaremos la Biblia —comentó ella.

—Nunca se sabe —dijo él entre jadeos.

Una vez que estuvo en el henil, trató de recuperar el aliento. Ella se había sentado sobre un montón de paja. Una ancha funda de luz de sol, llena de partículas de polvo, caía oblicuamente sobre ella. Se recostó contra un fardo, con la cara vuelta hacia la abertura del frente del granero, por donde se arrojaba el heno desde un camión hasta el henil. Las dos laderas punteadas de rojo se recostaban contra una oscura arboleda. El cielo estaba despejado y era de un azul limpio. El muchacho se dejó caer a su lado, puso un brazo debajo de ella y el otro encima y comenzó a besarle metódicamente el rostro, haciendo ruiditos como un pez. No se quitó el sombrero, pero lo llevaba hacia atrás de modo que no importunara. Cuando le molestaron las gafas de ella, se las quitó y se las guardó en el bolsillo.

Al principio la muchacha no le devolvió ningún beso, pero al rato empezó a

hacerlo y después de besarle varias veces en la mejilla se acercó a sus labios y permaneció allí, besándolo una y otra vez como si tratara de dejarlo sin aliento. El aliento del joven era limpio y dulce como el de un niño y los besos eran pegajosos como los de un niño. Murmuró que la quería y que la primera vez que la vio supo que la amaba, pero el murmullo era como las quejas soñolientas de un pequeño al que su madre pone a dormir. La mente de Joy, mientras tanto, no se detuvo ni se entregó por un segundo a sus sensaciones.

—No m'has dicho que me quieres —susurró él tras apartarse de ella—. Tienes que decirlo.

Ella desvió la mirada del joven y la dirigió hacia el cielo despejado y luego hacia abajo, a las arboledas oscuras, y después más allá, a lo que parecían dos lagos verdes crecidos. No se había dado cuenta de que le había quitado las gafas, pero ese paisaje no le parecía excepcional ya que raras veces prestaba atención a su entorno.

—Tienes que decirlo —repitió él—, tienes que decir que me quieres.

Ella siempre procuraba no comprometerse.

—En cierto modo —comenzó a decir—, si utilizas esa palabra en un sentido amplio, lo puedes decir. Pero no es una palabra que yo use. No tengo ilusiones. Soy una de esas personas que penetran la nada.

El muchacho frunció el entrecejo.

—Tienes que decirlo. Yo l'he dicho y tú debes decirlo también.

La muchacha lo miró casi con ternura.

—Pobrecillo —murmuró—. Da lo mismo que no lo entiendas.

Lo cogió por el cuello, con el rostro inclinado, y lo atrajo hacia sí.

—Estamos todos condenados —dijo—, pero algunos nos hemos arrancado las vendas de los ojos y vemos que no hay nada que ver. Es una especie de salvación.

Los ojos atónitos del muchacho miraban sin comprender a través de los cabellos de ella.

—Muy bien —casi gimoteó—, pero ¿me quieres o no me quieres?

—Sí —dijo ella, y agregó—: en cierto sentido. Pero debo decirte algo. No tiene que haber mentiras entre nosotros. —Levantó la cabeza del joven y lo miró a los ojos —. Tengo treinta años —dijo—. Tengo varios títulos universitarios.

El muchacho pareció irritado pero obstinado.

—No m'importa —dijo—, no m'importa na lo qu'hayas hecho. Sólo quiero saber si me quieres o no.

La acercó y la besó apasionadamente hasta que ella dijo:

—Sí, sí.

—Muy bien, entonces —dijo él, dejándola—. Demuéstramelo.

Ella sonrió, mirando ensoñada el cambiante paisaje. Lo había seducido sin que ni siquiera se hubiera decidido a hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó, sintiendo que debía retrasarlo un poco.

Él se inclinó y acercó los labios a su oído.

—Muéstrame la juntura de la pierna de palo —susurró.

La muchacha soltó un gritito agudo y su rostro perdió al instante todo color. La obscenidad de la propuesta no era lo que la escandalizaba. De niña, a veces había sido presa de sentimientos de vergüenza, pero la educación había extirpado sus últimas huellas como hace un buen cirujano con un cáncer. No era mayor su sensibilidad a lo que él le pedía que su fe en las biblias. Pero era tan susceptible respecto a su pierna artificial como un pavo real respecto a su cola. Cuidaba de ella como otros cuidaban de sus almas, en privado y casi con la mirada vuelta hacia otro lado.

—No —dijo.

—Ya lo sabía —musitó él—. Me tomas por un imbécil y juegas conmigo.

—¡Oh, no, no! —exclamó—. Llega a la rodilla. Sólo a la rodilla. ¿Por qué la quieres ver?

El muchacho le dirigió una mirada prolongada y penetrante.

—Porque —respondió— es lo que t'hace diferente. Eres como ninguna otra.

Ella se quedó mirándolo. No había nada en su rostro o en sus redondos y fríos ojos azules que indicase que esto la había conmovido, pero tuvo la sensación de que el corazón se le paraba y dejaba que su mente bombeara la sangre. Pensó que por primera vez en su vida tenía frente a sí la verdadera inocencia. El muchacho, con un instinto que nacía más allá de la experiencia, había descubierto la verdad sobre ella. Cuando, después de un momento, ella dijo en voz alta y ronca: «Muy bien», fue como rendirse a él por completo. Fue como perder su propia vida y encontrarla de nuevo, de manera milagrosa, en la de él.

Poco a poco él empezó a subirle la pernera del pantalón. La pierna artificial, con un calcetín blanco y un zapato plano marrón, estaba envuelta en una tela gruesa como lona y terminaba en una juntura desagradable que estaba atada al muñón. La voz y el rostro del muchacho eran totalmente reverentes cuando la dejó al descubierto y dijo:

—Ahora enséñame cómo se quita y se pone.

Ella se la quitó y se la puso nuevamente y luego él mismo la quitó, manipulándola con tanta ternura como si fuera una pierna de verdad.

—¡Mira! —dijo con la expresión de deleite de un niño—. ¡Ahora lo puedo hacer yo mismo!

—Colócala de nuevo —le pidió ella. Estaba pensando que se escaparía con él y que todas las noches él le sacaría la pierna y todas las mañanas se la volvería a poner —. Colócala de nuevo —repitió.

—Todavía no —murmuró él, y la puso de pie lejos de su alcance—. Estate sin ella un rato. Me tienes a mí.

Ella dejó escapar un grito de alarma, pero él la empujó y comenzó a besarla una vez más. Sin la pierna, se sentía completamente dependiente de él. Parecía que su mente había dejado de pensar y que se ocupaba de otras funciones que no se le daban muy bien. Expresiones diferentes recorrieron su rostro. De tanto en tanto, el muchacho, cuyos ojos parecían dos pernos de acero, volvía la cabeza para mirar la

pierna. Finalmente ella lo apartó de un empujón y dijo:

—Ahora colócala de nuevo.

—Espera —dijo él.

Se inclinó hacia el otro lado, arrastró la maleta hacia sí y la abrió. Tenía un forro azul pálido y manchado y sólo contenía dos biblias. Sacó una y abrió la cubierta. Estaba hueca; había una petaca de *whisky*, una baraja de naipes y una cajita azul con algo impreso. Dispuso estas cosas ante ella una a una en una fila regular, como quien presenta ofrendas en el templo de una diosa. Le puso la cajita en la mano, «este producto sólo se usará para prevenir enfermedades», leyó ella, y la dejó caer. El muchacho estaba abriendo la petaca. Se detuvo y señaló, con una sonrisa, los naipes. No era una baraja corriente, sino que había una foto obscena en el reverso de cada carta.

—Echa un trago —dijo él ofreciéndole la petaca primero a ella. La sostuvo delante de la joven, pero ella, como hipnotizada, no se movió.

Su voz, cuando habló, sonó casi suplicante.

—No eres… —murmuró— ¿no eres buena gente de campo?

El muchacho ladeó la cabeza. Parecía como si comenzara a darse cuenta de que tal vez ella trataba de insultarlo.

—Sí —dijo curvando un poco los labios—, pero eso no m'ha frenao. Valgo tanto como tú cualquier día de la semana.

—Dame la pierna —dijo ella.

Él la empujó aún más lejos con el pie.

—Anda, empecemos a divertirnos —dijo con tono zalamero—. Todavía no nos conocemos bien.

—¡Dame la pierna! —gritó ella, y trató de alcanzarla, pero él la empujó hacia atrás con facilidad.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó él, ceñudo, mientras cerraba la botella y la guardaba rápidamente dentro de la biblia—. Hace sólo un rato m'has dicho que no crees en na. ¡Pensaba que eras toda una mujer!

El rostro de Joy estaba casi lívido.

—¡Eres un cristiano! —susurró—. ¡Eres un buen cristiano! Eres como todos ellos…; dices una cosa y haces otra. Eres un perfecto cristiano, eres un…

En la boca del muchacho apareció una mueca de enojo.

—¡Espero que no pienses —dijo con altiva indignación— que yo creo en esa mierda! Puede que venda biblias, pero sé cómo son las cosas, ¡y no nací ayer y sé adónde voy!

—¡Dame la pierna! —gritó ella.

Él se levantó de un salto con tal rapidez que ella apenas le vio arrojar los naipes y la cajita en la biblia y guardarla en la maleta. Le vio coger la pierna y luego colocarla en diagonal y desamparada dentro de la maleta con una biblia a cada lado. El joven cerró con un golpe la tapa, cogió la maleta y la lanzó por el agujero. Luego empezó a

bajar por la escalerilla.

Cuando sólo se le veía la cabeza, se volvió y la observó con una expresión que ya no reflejaba la menor admiración.

He conseguío un montón de cosas interesantes —dijo—. Una vez conseguí así un ojo de cristal d'una mujer. Y no pienses que me vas atrapar, porque en realidad no me llamo Pointer. Uso un nombre distinto en cada casa donde voy y nunca me quedo mucho tiempo en ningún sitio. Y te diré algo más, Hulga —añadió, usando el nombre como si no le tuviera ninguna consideraron—; no eres tan inteligente. ¡Desde el día en que nací no creo absolutamente en na!

Luego el sombrero tostado desapareció por el agujero y la muchacha se quedó sentada en la paja bajo la luz polvorienta. Cuando volvió el rostro descompuesto hacia la abertura, vio cómo su figura azul se abría paso sobre el lago salpicado de verde.

La señora Hopewell y la señora Freeman, que estaban en el campo de atrás arrancando cebollas, lo vieron emerger un poco más tarde del bosque y encaminarse por la pradera hacia la carretera.

—Pero si parece ese buen joven aburrido que trató de venderme una biblia ayer —comentó la señora Hopewell achicando los ojos—. Debe de haber estao vendiéndolas a los negros. Era un simplón —dijo—, pero creo qu'el mundo sería mucho mejor si todos nosotros fuéramos así de simples.

La mirada de la señora Freeman lo alcanzó justo antes de que desapareciese detrás de la colina. Luego volvió toda su atención a una cebolla que estaba arrancando del suelo y olía a rayos.

—Algunos no pueden ser así de simples —dijo—. Yo sé nunca podría.

MÁS POBRE QUE UN MUERTO, IMPOSIBLE[20]

El tío de Francis Marion Tarwater llevaba muerto apenas media hora cuando el chico se emborrachó tanto que no pudo terminar de cavar su tumba y un negro llamado Buford Munson, que había ido a que le llenasen una damajuana, tuvo que terminar el trabajo, arrastrar el cuerpo desde la mesa del desayuno, donde seguía sentado, y enterrarlo como está mandado, cristianamente, con la señal de su Salvador en la cabecera de la tumba, y echarle encima tierra suficiente para impedir que los perros lo desenterraran. Buford se había presentado a eso de mediodía y, al atardecer, cuando se marchó, Tarwater, el chico, todavía no había vuelto del alambique.

El viejo era tío abuelo de Tarwater, o eso decía, y habían vivido juntos desde que el chico tenía uso de razón. Cuando lo había rescatado y se había comprometido a criarlo su tío le dijo que tenía setenta años; al morir tenía ochenta y cuatro. Tarwater calculó entonces que él andaría por los catorce. Su tío le había enseñado a sumar, restar, multiplicar y dividir, a leer y escribir, algo de historia, empezando por Adán cuando lo expulsan del Edén, pasando por los presidentes hasta Herbert Hoover, y de ahí a la especulación hasta llegar al segundo Advenimiento y el día del Juicio. Además de darle una buena educación, lo había rescatado de su otro pariente, el único que le quedaba, el sobrino del viejo Tarwater, un maestro de escuela que por entonces no tenía hijos y quería quedarse con el de su difunta hermana para criarlo según sus propias ideas. El viejo estaba en condiciones de saber cuáles eran esas ideas.

Había vivido tres meses en casa del sobrino gracias a lo que en su momento consideró caridad, pero más tarde, según contaba, había descubierto que no había sido por caridad ni nada parecido. Mientras vivió allí, el sobrino se había dedicado en secreto a hacer un estudio sobre su persona. El sobrino, que lo había acogido en nombre de la caridad, aprovechó la situación para colarse en su alma por la puerta trasera, le hacía preguntas que tenían más de un sentido, le ponía trampas por toda la casa y observaba cómo caía, y al final terminó escribiendo un estudio sobre él y lo publicó en una revista para maestros. El hedor de su comportamiento había llegado hasta el cielo y el Señor mismo había rescatado al viejo. Se le había presentado en una visión enfurecida para ordenarle que huyera con el huerfanito, se marchara al lugar más apartado del interior y lo criara para justificar su Redención. El Señor le había asegurado una larga vida y el viejo había raptado al niño en las mismas narices del maestro, y se lo había llevado a vivir a un claro del bosque del que tenía un título de propiedad vitalicio.

Con el tiempo, Rayber, el maestro de escuela, descubrió dónde estaban y fue hasta el claro a recuperar al niño. Tuvo que dejar el coche en el camino de tierra y atravesar más de un kilómetro de bosque, por un sendero que aparecía y desaparecía, antes de llegar al campo de maíz con la escuálida casucha de dos plantas que se levantaba en su mismo centro. Al viejo le gustaba contarle a Tarwater que había visto

la cara enrojecida, sudorosa y picada de viruelas de su sobrino subir y bajar entre el maíz, seguida del sombrero de flores color rosa de la asistente social que había llevado para que lo acompañara. El maíz estaba plantado hasta dos palmos de los escalones del porche, y cuando el sobrino salió del campo, el viejo apareció en la puerta con la escopeta y le advirtió que le dispararía a los pies a todo aquel que pisara sus escalones; los dos quedaron cara a cara mientras la asistente social salía del campo de maíz, encrespada como una pava real a la que le han invadido el nido. El viejo decía que de no haber sido por la asistente social, su sobrino no habría dado un solo paso, pero ella se quedó allí de pie, esperando, mientras se apartaba los mechones teñidos de rojo que se le habían pegado a la frente ancha. Los dos sangraban y tenían la cara cubierta de arañazos por culpa de las espinas de los arbustos, y el viejo se acordaba de la ramita de zarzamora que a la asistente social le colgaba de la manga de la blusa. Bastó que ella soltara el aire despacio, como si con el aliento se le acabara toda la paciencia del mundo, para que el sobrino levantara el pie, lo apoyara en el escalón y el viejo le disparara en la pierna. La pareja salió corriendo y desapareció entre el maíz crujiente, y la mujer chilló: «¡Sabías que estaba loco!», pero cuando reaparecieron al otro lado del campo de maíz, desde la ventana del piso de arriba, el viejo Tarwater vio que ella lo rodeaba con el brazo y lo sostenía mientas él iba a los saltitos, y así llegaron al bosque; tiempo después, supo que el sobrino se había casado con ella, pese a que le doblaba la edad y a que no le daría tiempo a hacerle más que un hijo. Ella no lo dejó volver nunca más.

La mañana en que el viejo murió, bajó a la cocina y preparó el desayuno, como de costumbre, y se murió antes de llevarse la primera cucharada a la boca. Un cuarto amplio y oscuro ocupaba toda la planta de abajo de la casucha, y en el centro había una cocina de leña y una mesa de tablones puesta al lado. En los rincones se apilaban los sacos de pienso y malta, y por todas partes allí donde el viejo o Tarwater las iba dejando, se acumulaban la chatarra, las virutas de madera, las cuerdas viejas, las escaleras y la leña menuda. Habían dormido en esa cocina hasta que un lince entró una noche por la ventana y el viejo se asustó tanto que se llevó la cama al piso de arriba, donde había dos cuartos vacíos. Vaticinó entonces que las escaleras le quitarían diez años de vida. En el momento de morir, se sentó delante del desayuno, levantó el cuchillo con una mano cuadrada y enrojecida, y no alcanzó a llevárselo a la boca cuando, con una mirada de total asombro, lo bajó hasta que la mano se apoyó de golpe en el borde del plato, le dio la vuelta y lo tiró de la mesa.

El viejo era recio como un toro, el cuello corto le salía directamente de los hombros y los ojos plateados y saltones miraban como dos peces que luchan por escaparse de una red de hilos rojos. Llevaba un sombrero grisáceo con toda el ala doblada hacia arriba, y encima de la camiseta, una chaqueta gris que en otros tiempos había sido negra. Sentado a la mesa, enfrente de su tío, Tarwater vio que en la cara le salían un montón de venitas rojas y que un temblor lo recorría entero. Fue como el temblor de un terremoto que había partido del corazón hacia fuera y acababa de llegar

a la superficie. De repente, la boca se le hizo a un lado y el viejo se quedó tal y como estaba, en perfecto equilibrio, la espalda a medio palmo del respaldo de la silla, la barriga metida justo debajo del borde de la mesa. Los ojos fijos, como monedas de plata, estaban clavados en el niño, sentado frente a él.

Tarwater sintió que el temblor no cesaba y lo recorría ligeramente a él también. Supo que el viejo estaba muerto sin tocarlo, siguió sentado a la mesa, enfrente del cadáver, y terminó de desayunar sumido en una especie de vergüenza huraña, como si se encontrara en presencia de una personalidad nueva y no supiera qué decir. Al final dijo con voz quejumbrosa:

—¡Para el carro! Ya te dije que lo haría bien.

La voz sonó como la de un forastero, como si la muerte lo hubiera transformado a él y no al viejo.

Se levantó, salió con el plato por la puerta trasera, lo puso en el último escalón y dos gallos de pelea negros cruzaron como flechas el patio y se acabaron los restos de comida. Se sentó encima de una larga caja de pino que estaba en el porche trasero; distraído, empezó a desanudar un trozo de cuerda, mientras la cara larga, en forma de cruz, se volvía hacia el claro y miraba más allá del bosque que se extendía en pliegues grises y violáceos hasta rozar la línea azul celeste de los árboles, que, como una fortaleza, se alzaban contra el cielo despejado de la mañana.

El claro no sólo estaba lejos del camino de tierra, sino del camino de ruedas y de la senda, y, para llegar a él, los vecinos más próximos, negros, no blancos, tenían que cruzar el bosque, apartando del paso las ramas de los ciruelos. Hacia la izquierda, el viejo había empezado a sembrar un campo de algodón que iba hasta más allá de la alambrada y llegaba casi hasta un costado de la casa. Las dos hileras de alambre espino pasaban justo en medio del campo. Un brazo de niebla en forma de joroba reptaba hacia la alambrada, dispuesto como un perro de caza blanco a pasar por debajo y cruzar el patio pegado al suelo.

—Voy a cambiar es’alambrada de sitio —dijo Tarwater—. No voy a dejar que mi alambrada me parta el campo en dos.

La voz le sonó fuerte, todavía extraña y desagradable, y concluyó la reflexión para sus adentros: «Porque ahora este lugar es mío, sea o no sea yo el dueño, porque estoy aquí y nadie me va echar. Si llega venir un maestro de escuela a reclamar la propiedad, lo mato».

Llevaba puesto un mono desteñido y un sombrero gris calado hasta las orejas como un gorro. Fiel a la costumbre de su tío, nunca se quitaba el sombrero más que para ir a la cama. Hasta la fecha siempre había seguido las costumbres de su tío pero: «Si quiero cambiar de sitio es’alambrada antes d’enterrarlo, ni Dios me lo impediría —pensó—, nadie diría ni mu».

—Primero l’entierras y así acabas antes —dijo la voz potente y desagradable del forastero.

Se levantó y fue a buscar la pala.

La caja de pino en la que se había sentado era el ataúd de su tío, pero no pensaba utilizarlo. El viejo era demasiado pesado para que un muchacho flaco lo levantara y lo metiera dentro, y aunque el viejo Tarwater lo había hecho unos años antes con sus propias manos, le había dicho, que, cuando llegara el momento, si no era posible meterlo dentro, que lo echara al agujero tal como estaba, y que se asegurara solamente de que el agujero fuera bien hondo. Lo quería de tres metros, dijo, no de dos y medio. Había dedicado mucho tiempo a hacer la caja y, cuando la terminó, le grabó en la tapa mason tarwater, con dios; luego se metió dentro y ahí se quedó tendido un buen rato en el porche trasero, sin que se le viera más que la barriga que sobresalía por el borde como el pan cuando fermenta demasiado. El muchacho se había quedado al lado de la caja, observándolo.

—Así acabamos tos —dijo el viejo con satisfaccción, la voz ripiosa y bullanguera dentro del ataúd.

—Eres demasiao grande pa la caja —observó Tarwater—. Me tendré que sentar encima de la tapa o esperar que te pudras un poco.

—No esperes —le había dicho el viejo Tarwater—. Prest'atención. Cuando llegue el momento, si no es posible usar la caja, si no me puedes levantar o lo que sea, échame al hoyo, pero lo quiero bien hondo. Lo quiero de tres metros, no de dos y medio, de tres. Me puedes llevar rodando, aunque más no sea. Rodaré. Coge dos tablas, las pones al final de los escalones y empiezas a hacerme rodar y ahí donde me pare, empiezas a cavar. No dejes que me caiga dentro el hoyo hasta que no esté bien hondo. Me pones unos ladrillos pa que no salga rodando y me caiga dentro y no dejes que los perros me empujen dentro antes que esté terminao. A los perros mejor los encierras —dijo.

—¿Y si te mueres en la cama? —preguntó el chico—. ¿Cómo voy a hacer pa bajarte por las escaleras?

—Yo en la cama no me pienso morir —dijo el viejo—. En cuant'oiga la llamada, voy a bajar las escaleras corriendo. Me voy a poner cerca de la puerta to lo que pueda. Si me quedo seco arriba, me vas a tener que bajar rodando por las escaleras, no habrá más remedio.

—Dios me libre —dijo el chico.

El viejo se incorporó dentro de la caja y dio un puñetazo en el borde.

—Prest'atención —dijo—. Nunca te pedí na. Te acogí, te crié y te salvé de ese burro de la ciudad, y ahora lo único que te pido a cambio es que cuando me muera m'eches a la tierra, donde deben estar los muertos, y me pongas una cruz encima pa que se vea que estoy ahí. Es lo único que te pido que hagas por mí.

—Bastante haré con echarte al hoyo —dijo Tarwater—. Reventao voy a quedar pa poner cruces. No voy a perder tiempo con tonterías.

—¡Tonterías! —masculló su tío—. ¡Ya sabrás lo que son tonterías el día que junten esas cruces! Mira que enterrar a los muertos como está mandao tal vez sea el único honor que te hagas. Te traje hasta aquí pa hacer de ti un cristiano —gritó—,

¡maldita sea si no lo consigo!

—Si no tengo fuerzas pa hacerlo —adujo el chico observándolo con calculada indiferencia—, le voy avisar a mi tío de la ciudad pa que venga y se ocupe de ti. El maestro de escuela… —aclaró arrastrando las palabras, y vio que las marcas de viruela de la cara de su tío habían palidecido— se va encargar de ti.

Los hilos que sujetaban los ojos del anciano se hicieron más gruesos. El viejo aferró ambos lados del ataúd y empujó hacia delante como si fuera a sacarlo del porche.

—Ése me quemaría —dijo, y se le quebró la voz—. Me mandaría cremar en un horno y aventaría mis cenizas. «Tío», me dijo, «¡eres una especie a punto de extinguirse!». Con tal de aventar mis cenizas, ése es muy capaz de pagarle a la funeraria pa que me quemen —dijo—. No cree en la Resurrección. No cree en el día del Juicio. No cree en…

—Los muertos no están pa detalles —lo interrumpió el muchacho.

El viejo lo agarró por el peto del mono, lo levantó en peso contra el costado de la caja y sus caras casi se tocaron.

—El mundo se creó pa los muertos. Piensa en tos los muertos que hay —dijo y luego, como si hubiera concebido la respuesta a todas las insolencias, añadió—: ¡Los muertos son un millón de veces más que los vivos y el tiempo que los muertos se pasan muertos es un millón de veces más que el tiempo que los vivos se pasan vivos! —Y soltó al chico lanzando una carcajada.

Apenas un temblor de los ojos permitió adivinar que el chico había quedado impresionado por aquello, y al cabo de un instante había dicho:

—El maestro de escuela es mi tío. La única persona de mi misma sangre que voy a tener y está vivo y, si me da la gana acudir a él, acudo ara mismo.

El viejo lo miró en silencio durante un tiempo que se hizo eterno. Luego golpeó con las palmas abiertas los costados de la caja y rugió:

—¡Quien la peste llame, por la peste perecerá! ¡Quien la espada empuñe, por la espada perecerá! ¡Quien el fuego provoque, por el fuego perecerá! —Y el niño tembló a ojos vistas.

«Está vivo —pensó mientras iba a buscar la pala— pero más le vale que ni asome por aquí pa echarme d’estas tierras, porque lo mato». «Acude a él y púdrete en el infierno —le había dicho su tío—. Te salvé d’él hasta ahora y, si acudes a él en cuanto yo esté en el hoyo, no hay na que yo pueda hacer».

La pala estaba apoyada contra la pared del gallinero.

—Nunca más voy a poner los pies en la ciudad —dijo Tarwater—. Nunca acudiré a él. Ni él ni nadie me va sacar d’estas tierras.

Decidió cavar la tumba debajo de la higuera porque el viejo le iba a ir bien a los higos. Al principio, el suelo era arenoso, pero más abajo era duro como la piedra y la pala soltó un sonido metálico cuando la hundió en la arena. «Tengo que enterrar un fardo muerto de cien kilos», pensó, y se quedó con un pie en la pala, inclinado hacia

delante, mientras observaba el cielo blanco a través de la copa de la higuera. Tardaría todo el día en cavar en aquella piedra un agujero lo bastante grande; el maestro de escuela lo quemaría en un momento.

Tarwater nunca había visto al maestro de escuela, pero sí a su hijo, un niño que se parecía al viejo Tarwater. Aquella vez que Tarwater y su tío fueron a verlos, el viejo se había quedado tan pasmado por el parecido que no había pasado de la puerta, se había quedado mirando al chico y mojándose los labios con la lengua como un viejo chocho. Aquélla fue la primera y la última vez que el viejo había visto al niño. «Tres meses —decía—. Tres meses pasé en su casa. Qué vergüenza. Una traición que duro tres meses, traicionao por alguien de mi propia familia, y si cuando yo me muera me quieres entregar a quien me traicionó, y ver mi cuerpo arder, así sea. ¡Así sea, muchacho! —le había gritado, incorporándose en la caja de muerto con la cara lívida —. ¡Que así sea, pero cuídate del cangrejo que vendrá a agarrarte del cuello con sus tenazas! —Y con la mano había agarrado el aire para enseñarle a Tarwater cómo sería

—. A mí me amasaron con la levadura en la que él no cree —dijo—, y no voy arder. ¡Y cuando yo me vaya, vas a estar mejor aquí, en estos bosques, tú solo, con la luz qu'ese sol enano quiera arrojar sobre ti, que en la ciudad con ése!».

La niebla blanca avanzó por el patio hasta desaparecer en una hondonada, y el aire quedó limpio y claro.

—Los muertos son pobres —dijo Tarwater con la voz del forastero—. Más pobre que un muerto, imposible. Va tener que conformarse con lo que le toque.

«Nadie me vendrá molestar —pensó—. Nunca. Nadie alzará la mano pa detenerme». Muy cerca, un perro de caza de rubia pelambre golpeaba el suelo con la cola y unas cuantas gallinas negras escarbaban en la tierra desnuda que el chico acababa de cavar. Rodeado de un halo amarillo, el sol se elevaba por encima de la línea azul de los árboles y cruzaba lento el cielo.

—Ahora puedo hacer lo que me dé la gana —dijo, y suavizó la voz del forastero para que le resultara soportable.

«Puedo matar toas esas gallinas, si me diera por ahí», pensó mientras observaba a los negros gallos Bantam que no valían nada y a los que tan aficionado había sido su tío.

—Se iba con muchas tonterías —dijo el forastero—. La verdá es que era un crío. Vaya, a la final, el maestro de escuela nunca le hizo daño. Por ejemplo, lo único que hizo fue estudiarlo y escribir lo que había visto y ponerlo en una revista pa que lo leyeran otros maestros de escuela. ¿Qué tiene eso de malo, eh? Na ¿A quién l'importa lo que lee un maestro de escuela? Y el viejo chocho se comportaba como si le hubieran arrancao el alma y la vida. Ya ves tú, no estaba tan muerto como él se pensaba. Vivió quince años más y crió a un niño pa que lo enterrara como él quería.

Y mientras Tarwater hundía la pala en la tierra, la voz del forastero se cargó de furia contenida y empezó a repetir:

—Tú tienes qu'enterrarlo solo y a pulso y ese maestro de escuela lo quemaría en

un momento.

Después de cavar una hora o así, la sepultura tenía poco más de un palmo de profundidad, no era lo bastante honda para contener el cuerpo. Se sentó en el borde a descansar un momento. El sol era como una ampolla blanca y febril en medio del cielo.

—Los muertos traen montones de problemas, muchos más que los vivos —dijo el forastero—. Ese maestro d'escuela ni se pararía a pensar que el día del Juicio se van a reunir tos los cuerpos señalaos con una cruz. En el resto del mundo no hacen las cosas como te las han enseñao a ti.

—Ya lo sé, yo ya estuve —masculló Tarwater—. No hace falta que nadie me lo diga.

Hacía dos o tres años, su tío había ido allí a hablar con los abogados para ver si conseguía evitar que la finca fuese para el maestro de escuela y le quedara a Tarwater. Tarwater se había esperado sentado delante de la ventana del abogado, en el piso doce, con la vista clavada en el agujero de la calle, allá abajo, mientras su tío cerraba el trato. Cuando fueron de la estación de tren a la oficina, había caminado bien erguido entre la masa de hormigón y metal en movimiento moteada con los ojillos de la gente. El brillo de sus propios ojos quedaba tapado por el ala rígida del sombrero gris, nuevecito, que le hacía de techo y se mantenía en perfecto equilibrio sobre las orejas de soplillo. Antes del viaje había leído algunos datos en el anuario y sabía que allí vivían sesenta mil almas que lo veían a él por primera vez. Tenía ganas de pararse y darle la mano a uno por uno y decirles que se llamaba Francis M. Tarwater y que había ido solamente a pasar el día y a acompañar a su tío, que tenía que ver a un abogado. Cada vez que pasaba un transeúnte se volvía a mirarlo hasta que comenzaron a pasar demasiado deprisa y observó que, cuando miraba, la gente de la ciudad no te clavaba los ojos como la del campo. Algunos tropezaban con él, y ese contacto, que hubiera bastado para entablar una relación de por vida, no servía de nada, porque aquellas moles se alejaban abriéndose paso a los empujones, las cabezas gachas, después de mascullar unas disculpas que él hubiera aceptado, si se hubiesen esperado. Se arrodilló delante de la ventana del abogado, asomó la cabeza por la ventana, dejándola colgar hacia abajo, y, así, había observado la calle flotante y moteada que fluía allá abajo como un río de hojalata, y lo había visto destellar bajo el sol que flotaba pálido en un cielo pálido. «Aquí tienes que hacer algo especial pa conseguir que te miren —pensó—. No te se quedarán mirando sólo porque Dios te ha hecho. Cuando venga y me quede pa siempre —se dijo—, voy a hacer algo pa que tos me se queden mirando por lo que hice»; y al inclinarse un poco, vio el sombrero planear despacio, perdido y tranquilo, mecido suavemente por la brisa fue cayendo hacia el suelo, donde los coches le iban a pasar por encima. Se tocó la cabeza desnuda y se metió para adentro.

Su tío discutía con el abogado, los dos daban golpes en el escritorio que los separaba, doblaban las rodillas y golpeaban con el puño al mismo tiempo. El

abogado, un hombre alto, con cabeza de cúpula y nariz de águila, no se cansaba de repetir reprimiendo las ganas de gritar:

—No fui yo quien redactó el testamento. Las leyes no las hice yo.

Y la voz de su tío decía, ronca:

—Qué le vamos hacer. Mi padre no lo quiso así. Tiene que haber manera que no le quede a ése. Mi padre no hubiera permitido que un idiota heredase su propiedad. No era ésa su intención.

—Perdí el sombrero —dijo Tarwater.

El abogado se apoyó en el respaldo de la silla, la hizo avanzar hacia Tarwater con un chirrido, lo miró sin interés con sus ojos azul pálido, adelantó un poco más la silla con otro chirrido y le dijo a su tío:

—No puedo hacer nada. Pierde usted el tiempo y me lo hace perder a mí. Más vale que se resigne a este testamento.

—Escúcheme —dijo el viejo Tarwater—, hubo un tiempo que pensé que estaba acabao, viejo y enfermo, con un pie en la tumba, sin dinero, sin na, y acepté su hospitalidá porque era mi pariente más cercano y podía decirse que era su deber acogerme, y yo pensé que lo hacía por caridá, pensé que…

—Yo no puedo remediar lo que usted pensara o hiciera ni lo que su pariente pensara o hiciera —protestó el abogado, y cerró los ojos.

—Me se cayó el sombrero —dijo Tarwater.

—Soy abogado, nada más —dijo el abogado, y paseó la mirada por las filas de libros de derecho, color de la arcilla, que fortificaban su despacho.

—Seguro que un coche ya le pasó por encima.

—Escúcheme —dijo su tío—, me estudió to el tiempo pa un artículo que preparaba. Me tuvo en su casa pa estudiarme y escribir ese artículo. Me hacía pruebas en secreto, a alguien de su propia sangre, imagínese, me espiaba el alma como un mirón, y después va y me dice: «¡Tío, eres una especie a punto de extinguirse!» —ronqueó el viejo con un hilo de voz—. ¡Ya me dirá usté si estoy a punto de extinguirme o no!

El abogado cerró los ojos y sonrió con disimulo.

—Habrá otros abogaos —masculló el viejo.

Se marcharon y vieron a otros tres seguidos, y Tarwater había contado hasta once hombres que podían haber llevado o no su sombrero. Al final, cuando salieron del despacho del cuarto abogado, se sentaron en el alféizar de la ventana de un edificio donde había un banco y su tío hurgó en el bolsillo, sacó unas galletas que había llevado y le dio una a Tarwater. El viejo se desabrochó el abrigo y dejó que la barriga se le desparramara un poco y le descansara sobre el regazo mientras comía. Hacía muecas llenas de rabia; la piel entre las marcas de viruela iba del rosa al violeta y luego al blanco, y las marcas de viruela parecían cambiar de sitio. Tarwater estaba muy pálido y le brillaban los ojos con una profundidad hueca y extraña. Se cubría la cabeza con un viejo pañuelo de trabajo anudado en las cuatro puntas. No observaba a

los transeúntes que ahora sí lo observaban a él.

—Gracias a Dios que terminamos, así podemos volver a casa —murmuró.

—Todavía no terminamos —dijo el viejo, se levantó de sopetón y echó a andar calle abajo.

—Jesús mío de mi alma —siseó el chico poniéndose en pie de un salto para alcanzarlo

—. ¿No nos podemos sentar un momento? ¿No entiendes cuando te hablan? Todos los abogaos te dicen lo mismo. La ley es una sola y no hay na qu'hacer. Hasta yo lo entiendo, ¿por qué tú no? ¿Qué te pasa?

El viejo siguió andando, a grandes zancadas, echando la cabeza hacia delante, como si husmeara al enemigo.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Tarwater cuando dejaron atrás la zona comercial y pasaron entre filas de casas grises y protuberantes, con porches tiznados que se proyectaban encima de las aceras—. Oye —dijo golpeando a su tío en la cadera—, que yo no pedí venir.

—Tarde o temprano hubieras acabao pidiéndomelo —masculló el viejo—. Anda, come hasta hartarte.

—Yo no pedí que me dieras de comer. Yo no pedí venir. Vine aquí sin saber qu'esto estaba donde está.

—Recuerda —le dijo el viejo—, que te dije que te acordaras, cuando me pedistes venir, que esto no te gustó mientras estuvistes aquí. —Y siguieron caminando.

Cruzaron una acera tras otra, dejaron atrás una fila tras otra de casas salientes con las puertas entornadas por donde se colaba un poco de luz seca e iluminaba los pasillos manchados del interior. Al final llegaron a otro barrio de casas achaparradas, casi idénticas, todas tenían delante su cuadrado de césped que se agarraba como un perro a un filete robado. Después de andar unas cuantas manzanas, Tarwater se sentó en la acera y anunció:

—Yo no doy un paso más. ¡No sé ni adónde voy y no pienso dar un paso más! —le gritó a la figura pesada de su tío, que no se detuvo ni se volvió a mirar atrás.

Poco después se levantó de un salto y lo siguió mientras pensaba: «Si le llega pasar algo, yo aquí me pierdo».

El viejo siguió adelante con esfuerzo, como guiado por un rastro de sangre que lo acercara más y más al lugar donde se ocultaba su enemigo. De repente dobló por el sendero corto de una casa color amarillo claro y avanzó rígido hacia la puerta blanca; los hombros fuertes, encorvados, en posición de embestir como una topadora. Golpeó la puerta con el puño, haciendo caso omiso del llamador de bronce lustrado. Cuando Tarwater estuvo a sus espaldas, la puerta ya se había abierto y un niño gordo de cara sonrosada había salido a atender. Era un niño de cabellos blancos, llevaba gafas con montura metálica y tenía los ojos claros, color de la plata, como los del viejo. Los dos se quedaron ahí mirándose, el viejo Tarwater con el puño en el aire, la boca abierta, la lengua colgando como un viejo chocho. Por un instante, el niño gordito dio la

impresión de estar paralizado por el asombro. Y después soltó una risotada. Levantó el puño, abrió la boca y sacó la lengua todo lo que pudo. Al viejo casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Dile a tu padre que no estoy a punto de extinguirme! —bramó.

El niño se echó a temblar como si lo hubiera golpeado una ráfaga, empujó la puerta hasta casi cerrarla y se ocultó detrás dejando ver sólo un ojo con la gafa. El viejo agarró a Tarwater del hombro, le dio la vuelta, lo empujó sendero abajo y se lo llevó de aquella casa.

Y nunca más regresó, nunca más volvió a ver a su primo, nunca más volvió a ver al maestro de escuela, y al forastero que se había puesto a cavar la tumba con él le contó que le había rezado a Dios para no volver a verlo nunca más y que, aunque no tenía nada contra él y no le hubiera gustado tener que matarlo, se iba a ver obligado a hacerlo si se presentaba allí y se metía en asuntos en los que no tenía nada que ver salvo porque lo decía la ley.

—Escúchame —dijo el forastero—, ¿pa qué iba a venir hasta aquí… si no hay na?

Tarwater se puso a cavar otra vez y no contestó. No escrutó la cara del forastero, pero ya sabía que era astuta, amable y sabia, y que un sombrero de ala ancha y rígida la ensombrecía. El sonido de la voz ya no le disgustaba. Sólo de vez en cuando le sonaba como la voz de un forastero. Empezó a tener la sensación de que acababa de conocerse, como si en vida de su tío lo hubiesen privado de entablar relación consigo mismo.

—El viejo era una buena pieza, pa qué negarlo —comentó su nuevo amigo—, pero tú mismo lo dijistes, más pobre que un muerto, imposible. Tendrán que conformarse con lo que les toque. Su alma ya se ha ido del mundo de los mortales y su cuerpo no va sentir los pellizcos… ni del fuego ni de na.

—A él lo que le preocupaba era el día del Juicio —recordó Tarwater.

—Vamos a ver —dijo el forastero—, ¿no te parece a ti que las cruces que pongas en 1954, 1955 o 1956 estarán podridas el año que llegue el día del Juicio? ¿Podridas y convertidas en polvo igual que las cenizas de tu tío si lo reduces a cenizas? Y ya que estamos, deja que te pregunte una cosa: ¿Qué va hacer Dios con los marineros que se ahogaron en el mar y se los comieron los peces y a esos peces se los comieron otros peces y a esos otros más? ¿Y qué me dices de la gente que se quema así, naturalmente, en los incendios de las casas? ¿De la gente quemada de una forma o de otra o de la gente que se cae dentro de las máquinas y queda hecha papilla? ¿Y de los soldados que se quedan en na cuando les cae una bomba encima? ¿Qué pasa con tos esos que de forma natural quedan rotos en mil pedazos y no hay quien pueda volver a juntarlos?

—Si lo quemo —dijo Tarwater—, no sería natural, sería a propósito.

—Ah, ya lo entiendo —dijo el forastero—. A ti lo que te preocupa no es el día del Juicio de tu tío, sino el tuyo.

—Es asunto mío —dijo Tarwater.

—No, si yo no me meto en tus asuntos —dijo el forastero—. A mí qué m'importa. Te dejan sólo en este lugar desierto. Sólo pa siempre en este lugar desierto, iluminao por la luz que ese sol enano quiera darte. Por lo que veo, no l'importas a nadie.

—Redimío estoy —masculló Tarwater.

—¿Fumas? —preguntó el forastero.

—Si quiero, fumo, y, si no quiero, no fumo —le contestó Tarwater—. Si hace falta, lo entierro, y, si no, no.

—Vete a ver si no s'ha caído de la silla —le sugirió su amigo

Tarwater tiró la pala en la tumba y regresó a la casa. Entreabrió la puerta del frente y se asomó por la rendija. Su tío miraba ceñudo y de lado, como un juez concentrado en alguna prueba terrible. El chico cerró la puerta a toda prisa y volvió a la tumba. Tenía frío pese a que el sudor le pegaba la camisa a la espalda.

En lo alto del cielo, el sol, aparentemente quieto como un muerto, contenía el aliento esperando el mediodía. La tumba tenía medio metro de profundidad.

—Tres metros, no lo olvides —dijo el forastero, y se echó a reír—. Los viejos son unos egoístas. No se puede esperar na d'ellos. Ni de nadie —añadió, y soltó un suspiro desinflado, como una nube de arena que el viento levanta y deja caer de pronto.

Tarwater alzó la vista y vio dos siluetas que venían cruzando el campo, un hombre y una mujer de color; cada uno llevaba una damajuana de vinagre vacía colgando del dedo. La mujer, alta, con aspecto de india, tenía puesto un sombrero verde. Se agachó debajo de la alambrada y, casi sin detenerse, cruzó el patio en dirección a la tumba; el hombre aguantó el alambre, pasó por encima y la siguió de cerca. No apartaban los ojos del hoyo, se detuvieron en el borde y miraron la tierra desnuda con cara de asombro y satisfacción. Buford, el hombre, tenía la cara llena de arrugas, como un trapo quemado, más negra que el sombrero.

—El viejo s'ha ido —dijo.

La mujer levantó la cabeza y soltó un gemido quedo y prolongado, agudo y formal. Dejó la damajuana en el suelo, cruzó los brazos, los descruzó y volvió a gemir.

—Dile que se calle —pidió Tarwater—. Ahora el que mand'aquí soy yo y no quiero plañideras negras.

—Llevo dos noches viendo su espíritu —dijo la mujer—. Lo vi dos noches seguidas y no encontraba paz.

—Lleva muerto desd'esta mañana, na más —dijo Tarwater—. Si queréis que os llene las damajuanas, me las dais a mí y os ponéis a cavar hasta que yo vuelva.

—Se pasó años prediciendo que s'iba ir —dijo Buford—. Ella lo vio en sueños varias noches seguidas y el pobre no encontraba paz. Yo lo conocía bien. Lo conocía muy bien.

—Pobre, corazón mío —le dijo la mujer a Tarwater—, ¿qué vas hacer ahora, aquí sólito, en este lugar solitario?

—Meterm'en mis asuntos —masculló el chico. Le quitó la damajuana de la mano y se alejó tan deprisa que a punto estuvo de caerse. Cruzó a grandes zancadas el campo de atrás, en dirección a la hilera de árboles que bordeaba el claro. Los pájaros se habían refugiado en lo hondo del bosque para huir del sol del mediodía y un tordo, oculto unos metros más adelante de donde él estaba, cantaba una y otra vez las mismas cuatro notas intercalando un silencio. Tarwater empezó a andar más deprisa, alargó el paso, y, tras un instante, echó a correr como si lo persiguieran, se deslizó por pendientes enceradas con pinaza, se agarró de las ramas de los árboles para levantarse jadeante y subir por cuestas resbaladizas. Atravesó una pared de madreselvas, cruzó a los saltos el lecho arenoso de un arroyo, ya casi seco, y se dejó caer por un alto terraplén de arcilla que formaba la pared trasera de la cueva donde el viejo ocultaba el aguardiente sobrante. Lo escondía en un agujero del terraplén y lo tapaba con una piedra grande. Tarwater empezó a pelearse con la piedra para apartarla, mientras el forastero lo miraba por encima del hombro y jadeando le decía:

—¡Estaba loco! ¡Estaba loco! ¡En una palabra, loco de remate!

Tarwater consiguió apartar la piedra, sacó una damajuana oscura y se sentó apoyándose en el terraplén.

—¡Loco! —siseó el forastero, y se dejó caer a su lado.

El sol asomó furtivo detrás de las copas de los árboles que se elevaban por encima del escondite.

—¿Cómo se le ocurre a un hombre de setenta años traer a un niño a este lugar tan dejao de la mano de Dios, pa criarlo como tiene que ser? ¿Y si el viejo se hubiera muerto cuando tenías cuatro años? ¿Hubieras podido cargar la malta hasta el alambique y mantenerte? Que yo sepa, ningún crío de cuatro años ha hecho funcionar un alambique.

»Que yo sepa, no existe ninguno —continuó—. Pa él tú no eras más que algo que iba a crecer lo suficiente pa enterrarlo cuando llegara el día, y ahora que está muerto, él ya te se quitó d'encima, pero a ti te queda cargar con los cien kilos ésos y meterlos bajo tierra. Y no te pienses que al viejo no se le encendería la sangre como un carbón de la cocina si te viera probar aunque fuera una gota d'aguardiente —añadió—. Te diría que te va sentar mal, aunque lo que de verdá te estaría diciendo es que puedes llegar a tomar tanto que ya no estarías en condiciones de enterrarlo. Dijo que te trajo aquí pa criarte según los principios, y el principio era ése: que cuando llegara el momento, estuvieras en condiciones de enterrarlo pa que él pudiera tener una cruz que señalara dónde está.

»A ver —dijo en un tono más suave, cuando el chico terminó de tomarse un buen trago de la damajuana oscura—, por un poquito no te va pasar na. La moderación no le hace mal a nadie.

Un brazo de fuego se deslizó por la garganta de Tarwater, como si el diablo le

hurgara por dentro buscándole el alma. Con ojos bizcos miró el sol iracundo que se ocultaba detrás de la hilera más alta de árboles.

—Tómatelo con calma —dijo su amigo—. ¿T'acuerdas d'aquellos cantantes negros de gospel que vistes una vez, aquellos que estaban borrachos y cantaban y bailaban alrededor de aquel Ford negro? Sabe Dios que no hubieran estao ni la mitá de contentos si no se hubieran llenao la barriga d'aguardiente —dijo—. Algunos se toman las cosas muy mal.

Tarwater bebió más despacio. Se había emborrachado una sola vez y esa vez su tío le había dado una paliza con una tabla, y le había dicho que a los niños el aguardiente les quemaba las tripas; otra de sus mentiras, porque a él las tripas no se le habían quemado.

—Deberías tener bien claro —dijo el bueno de su amigo—, que ese viejo se pasó la vida engañándote. Estos últimos diez años podías haber sido un pisaverde de ciudad. Y en vez d'eso, t'han privao de toda compañía menos la suya, has vivido en un granero de dos pisos, en medio d'este campo de tierra pelada empujando el arado detrás de una mula, desde que cumplistes los siete. ¿Cómo sabes que la educación que te dio es fiel a los hechos? ¿Y si te enseñó un sistema de números que no usa nadie? ¿Cómo sabes que dos y dos son cuatro? ¿Y que cuatro y cuatro son ocho? A lo mejor los demás no usan ese sistema ¿Cómo sabes si hubo un Adán o si Jesús, cuando te redimió, mejoró tu situación en algo? ¿O cómo sabes que de verdá te redimió? Solamente tienes la palabra del viejo ese; a estas alturas deberías tener claro qu'estaba loco. En cuanto al día del Juicio —dijo el forastero—, todos los días son el día del Juicio.

»¿No estás ya mayorcito pa haberlo aprendío tú solo? ¿Acaso to lo que haces, to lo que has hecho, no resulta bien o mal ante tus propios ojos y casi siempre antes qu'el sol se ponga? ¿Alguna vez te las arreglastes con algo? No, ni te las arreglastes ni pensastes que te las arreglarías —dijo—. Ya qu'estás, te puedes acabar el aguardiente ahora que bebistes tanto. Cuando te saltas la barrera de la moderación, te la saltas, y esas vueltas que sientes que te bajan de lo alto de la cabeza —dijo—, eso es la mano de Dios que te da la bendición. Te ha liberao. Ese viejo era la piedra que no te dejaba abrir la puerta y el Señor la ha apartao. Pero no l'ha apartao del to, claro está. Serás tú quien termine de apartarla del to, aunque Él ya hizo la mayor parte. Alabao sea Dios.

Tarwater ya no se notaba las piernas. Dormitó un rato, la cabeza colgando a un lado, la boca abierta, con la damajuana ladeada sobre su regazo mientras el aguardiente se le iba escurriendo por la pernera del mono. Al final, del cuello de la damajuana salían sólo gotas, se formaban despacio, engordaban hasta caer, silenciosas, pausadas, del color del sol. El cielo brillante y despejado comenzó a apagarse y se llenó de nubes ásperas hasta que las sombras se instalaron en todas partes. Despertó al dar un respingo, sus ojos se clavaron en algo así como un trapo quemado que colgaba cerca de su cara, aunque no llegaba a verlo con nitidez.

—Vaya manera de comportarte —dijo Buford—. El viejo no se lo merece. Los muertos no descansan hasta que no los entierran. —Estaba agachado y con una mano aferraba a Tarwater del brazo—. M'acerqué a la puerta y lo vi sentao a la mesa, ni siquiera está acostao sobre una tabla pa que s'enfríe. Hay que acostarlo y ponerle un poco de sal en el pecho, si quieres que aguante toa la noche.

El chico entrecerró los párpados para que la imagen no se moviera y, al cabo de nada, distinguió los dos ojitos rojos y abultados.

—Se merece descansar en una tumba como Dios manda —dijo Buford—. Tenía un conocimiento profundo d'esta vida y del sufrimiento de Jesús.

—Negro —dijo el chico haciendo un esfuerzo por mover la lengua pastosa—, quítame la mano d'encima.

Buford levantó la mano e insistió:

—Tiene qu'encontrar paz.

—Ya lo creo que va encontrar paz cuando acabe con él —dijo Tarwater vagamente—. Vete d'una vez que ya m'ocupo yo de mis cosas.

—Nadie te va molestar —dijo Buford, y se puso en pie.

Esperó un momento, inclinado, mirando desde lo alto el cuerpo sin fuerza, despatarrado contra el terraplén. El chico tenía la cabeza hacia atrás y se apoyaba en una raíz que sobresalía de la pared de arcilla. Tenía la boca abierta, y el sombrero, levantado por delante, le dibujaba una línea recta en la frente apenas encima de los ojos entornados. Los pómulos se proyectaban estrechos y flacos, como los brazos de una cruz, y los huecos debajo de ellos tenían un aspecto antiguo, igual que si el cráneo del chico fuese viejo como el mundo.

—Nadie te va molestar —masculló el negro abriéndose paso por la pared de madreselvas, sin volver la vista atrás—. Ese va ser tu problema.

Tarwater cerró otra vez los ojos.

Muy cerca, el canto quejumbroso de un pájaro nocturno lo despertó. No era un ruido chirriante, apenas un silbo amortiguado como si el pájaro tuviera que recordar la queja del muchacho cada vez que éste la repetía. Las nubes recorrían convulsas el cielo negro, y la luna, rosada y vacilante, parecía subir un palmo para bajar otro y volver a subir. Pronto se dio cuenta de que era porque el cielo descendía y caía deprisa para aplastarlo. El pájaro chilló y salió volando a tiempo; Tarwater se precipitó en mitad del lecho del arroyo y se puso a cuatro patas. La luna se reflejaba como pálido fuego en los escasos charcos de la arena. Se abalanzó contra la pared de madreselvas y la cruzó a manotazos, confundiendo el perfume dulce y familiar con el peso que le caía encima. Cuando salió al otro lado, el suelo negro se balanceó un poco bajo sus pies y volvió a caer. El destello rosado de un relámpago iluminó el bosque y, entonces, vio que los bultos negros de los árboles perforaban la tierra y asomaban a su alrededor. El pájaro nocturno volvió a silbar desde el matorral donde se había posado.

Tarwater se levantó y empezó a caminar hacia el claro, a tientas de árbol en árbol,

los troncos fríos y secos al tacto. Tronaba a lo lejos, y el titilar continuo y pálido de los relámpagos iluminaba una zona del bosque, luego otra. Por fin vio la casucha; se alzaba escuálida, negra y alta en medio del claro, con la luna rosada y temblorosa justo encima. Los ojos del chico destellaban como pozos abiertos de luz cuando avanzó por la arena, arrastrando a las espaldas su sombra comprimida. No volvió la cabeza hacia el lugar del patio donde había empezado a cavar la tumba.

Se detuvo en la parte de atrás de la casa, en la esquina más alejada, se agachó y miró los trastos que había allí amontonados, jaulas de gallinas, barriles, trapos, cajas. Llevaba cuatro cerillas en el bolsillo. Se arrastró bajo la casa y prendió varios fuegos pequeños, aprovechando el anterior para encender el siguiente y avanzando hacia el porche de adelante, mientras a sus espaldas el fuego devoraba con avidez la yesca seca y las tablas del suelo de la casa. Cruzó la parte de delante del claro, pasó debajo de la alambrada y recorrió el campo lleno de surcos, sin volverse a mirar atrás, hasta que estuvo en el lindero opuesto del bosque. Una vez allí, echó un vistazo por encima del hombro, vio que la luna rosada había caído por el tejado de la casa y estallaba, y entonces echó a correr, obligado a atravesar el bosque por dos ojos saltones del color de la plata que, a sus espaldas, en medio del fuego, se abrían inmensos, llenos de asombro.

A eso de medianoche llegó a la carretera, hizo autoestop y consiguió que lo recogiera un vendedor, representante de ventas en toda la zona del sureste de una fábrica de tiros de cobre para chimeneas, que le dio al chico silencioso lo que, según él era el mejor consejo que podía darle a cualquier jovencito que salía a buscar su lugar en este mundo. Mientras avanzaban por la negra recta de la carretera, vigilada a ambos lados por un oscuro muro de árboles, el vendedor le dijo que sabía por experiencia propia que no había manera de venderle un tiro de cobre a un hombre que no apreciaras. Era un tipo flaco, de cara angosta, escarpada como un barranco, que parecía haberse consumido hasta los rincones más abruptos. Llevaba un sombrero gris y rígido, de ala ancha, de esos que usan los hombres de negocios a los que les gusta parecerse a los vaqueros. Dijo que el amor era la única política que funcionaba en el noventa y cinco por ciento de los casos. Dijo que, cuando iba a venderle un tiro de cobre a un hombre, primero preguntaba por la salud de la esposa de ese hombre y cómo estaban sus hijos. Dijo que llevaba un libro en el que anotaba los nombres de los familiares de sus clientes y lo que les pasaba. La esposa de un hombre había tenido cáncer, él anotó en el libro el nombre de la mujer y al lado escribió la palabra «cáncer», y se interesó por ella todas las veces que visitaba la ferretería de aquel hombre hasta que la mujer se murió; entonces tachó su nombre y al lado escribió la palabra «fallecida».

—Y le doy gracias a Dios cuando se mueren —dijo el vendedor—, uno menos del que acordarme.

—A los muertos no le debe usté na —dijo Tarwater en voz alta; era casi la primera vez que hablaba desde que se había subido al coche.

—Ellos tampoco te deben nada a ti —dijo el forastero—. Y así deberían ser las cosas en este mundo… que nadie le debiera nada a nadie.

—Oiga —dijo Tarwater de pronto, y se sentó en el borde del asiento, con la cara cerca del parabrisas—, vamos en la dirección equivocada. Volvemos al lugar del que veníamos. Se ve otra vez el incendio. El incendio, allá a la izquierda.

Allá adelante, en el cielo había un fulgor débil, pero constante, que no se debía a los relámpagos.

—¡Es el mismo incendio que dejamos atrás! —gritó el chico fuera de sí.

—Muchacho, tú estás chiflado —dijo el vendedor—. Eso de ahí es la ciudad a la que vamos. Y eso que ves brillar ahí son las luces de la ciudad. Supongo que es el primer viaje que haces en tu vida.

—Ha cambiao el rumbo, ha dao la vuelta —dijo el chico—. Es el mismo incendio.

El forastero retorció con fuerza la cara llena de surcos y dijo:

—A mí nunca nadie me ha hecho cambiar el rumbo. Y no vengo de ningún incendio. Vengo de Mobile. Y sé adónde voy. ¿Qué te pasa?

Tarwater se quedó sentado, mirando con fijeza el resplandor que tenía enfrente.

—Estaba dormido —masculló—. Recién ahora empiezo a despertarme.

—Pues tendrías que haberme prestado atención —dijo el vendedor—. Te decía cosas que deberías saber.

GREENLEAF[21]

La ventana de la habitación de la señora May era baja y daba al este, y el toro, plateado a la luz de la luna, estaba debajo, con la cabeza levantada como si estuviera atento —cual un dios paciente que hubiera ido a cortejarla— a cualquier movimiento que se produjera en la habitación. La ventana estaba oscura y el sonido de la respiración de la mujer era demasiado leve para que se oyera fuera. Unas nubes que velaron la luna oscurecieron al animal y en la negrura empezó a tirar del seto. Cuando hubieron pasado, el toro volvió a surgir en el mismo lugar, masticando rítmicamente, con una guirnalda de seto que había arrancado enroscada en la punta de los cuernos. Cuando la luna se retiró, no hubo nada que indicara su presencia, a excepción de su rítmico masticar. Entonces, de pronto, un resplandor rosado inundó la ventana. Rayas de luz resbalaron por el animal a medida que se separaban las tablillas de la persiana. Retrocedió un paso y bajó la cabeza, como si quisiera mostrar la guirnalda de los cuernos.

Durante casi un minuto no hubo ruidos en el interior. Después, cuando el toro volvió a levantar la testuz coronada, un voz femenina, de sonido gutural, como si se dirigiera a un perro, dijo:

—¡Llévatelo d'aquí, Señor! —Y al cabo de un segundo masculló—: Debe ser el toro d'un negro.

El animal arañó el suelo con las pezuñas y la señora May, que estaba inclinada detrás de la persiana, la cerró rápidamente, temerosa de que la luz lo impulsara a embestir los setos. Durante unos segundos esperó, todavía inclinada hacia delante; el camisón le colgaba holgado desde los estrechos hombros. Unos rulos verdes de goma sobresalían bien ordenados sobre su frente, y debajo el rostro estaba liso como el cemento gracias a una pasta a base de clara de huevo que eliminaba sus arrugas mientras dormía.

Dormida, se había dado cuenta de aquel masticar rítmico y constante, como si algo estuviera comiéndose una pared de la casa. Comprendió que aquello, fuera lo que fuese, había estado comiendo desde su llegada al lugar, de que ya se había comido todo lo que había entre la verja y la casa, y ahora, al llegar a ella, seguiría comiendo, con la misma calma y el mismo ritmo constante, hasta acabar con todo, la casa, ella y los chicos, todo hasta que sólo quedaran los Greenleaf en una pequeña isla enteramente suya situada en el centro de lo que había sido su propiedad. Cuando el ruido triturador llegó a su codo, dio un salto y se encontró, despierta por completo, de pie en medio de su habitación. Al acto identificó el sonido: una vaca estaba comiéndose los setos de debajo de su ventana. El señor Greenleaf había dejado abierta la puerta del camino de entrada, y no dudó un momento que toda la manada estaba ahora en su jardín. Encendió la lamparilla rosa desleído de su mesilla de noche, que daba poca luz, se acercó a la ventana y abrió la persiana. El toro, enjuto y zanquilargo, estaba a un metro de distancia, mascando tranquilamente, como un

pretendiente paleto y sin educación.

Durante quince años, pensó mientras lo miraba con irritación, había tenido que soportar que los cerdos de gentes descuidadas le arrancaran la avena, que sus mulas retozaran en su césped y que sus toros sin raza fecundaran a sus vacas. Si no encerraban pronto a ése, saltaría la valla y echaría a perder su manada antes de que llegara la mañana. Y el señor Greenleaf dormía a pierna suelta a medio kilómetro, en la casa de los colonos. No había manera de hacerle venir, a menos que se vistiera, subiera al coche y fuera hasta allí para despertarlo. Vendría con ella, pero su expresión, cada gesto de su figura y todos sus silencios dirían: «A mí me parece que esos chicos no deberían dejar que su mamá saliera en plena noche. Si fueran mis hijos, se hubieran bastao pa coger el toro».

El toro bajó la cabeza y la sacudió; con el movimiento la guirnalda descendió hasta la base de los cuernos, donde pareció una amenazadora corona de espinas. Ella había cerrado entonces la persiana; unos segundos después, oyó que el toro se alejaba pesadamente.

El señor Greenleaf diría: «Mis hijos nunca hubieran permitió que su mamá tuviera que recurrir a los empleados en plena noche. Lo hubieran hecho ellos solitos».

Después de sopesarlo, la señora May decidió que sería mejor no molestar al señor Greenleaf. Volvió a la cama pensando que si los chicos Greenleaf habían salido adelante era gracias a que ella había dado empleo a su padre cuando nadie más lo hubiera hecho. Hacía quince años que tenía al señor Greenleaf, pero ningún otro lo hubiera tenido más de cinco minutos. El simple modo en que se acercaba a un objeto bastaba para indicar a cualquiera que tuviera ojos en la cara qué clase de trabajador era. Avanzaba reptando, con la cabeza hundida entre los hombros, y nunca parecía moverse en línea recta. Caminaba siguiendo el perímetro de algún círculo invisible, y si querías mirarle a la cara tenías que moverte y plantarte delante de él. No lo había despedido porque dudaba poder encontrar algo mejor. Era demasiado vago para salir en busca de otro empleo, carecía de iniciativa para robar, y, después de insistirle tres o cuatro veces en que hiciera una cosa, terminaba por hacerla; pero nunca la informaba de que una vaca estaba enferma hasta que era demasiado tarde para llamar al veterinario, y si un día se hubiera incendiado el establo habría llamado a su mujer para que viera las llamas antes de pensar en apagarlas. Y en la mujer prefería no pensar. Al lado de su esposa, el señor Greenleaf era un aristócrata.

«Si hubieran sido mis chicos —le habría dicho—, se hubieran dejao cortar el brazo derecho antes de permitir que su mamá…».

«Si sus chicos tuvieran una brizna de dignidad, señor Greenleaf —le hubiera gustado decirle algún día—, hay muchas cosas no permitirían que hiciera su madre».

A la mañana siguiente, en cuanto llegó el señor Greenleaf a su puerta trasera, le dijo que había un toro suelto en la propiedad y que quería que lo encerrara inmediatamente.

—Ya lleva aquí tres días —dijo el hombre dirigiéndose a su pie derecho, que

mantenía adelantado y un poco girado como si quisiera examinar la suela.

Estaba abajo de los tres peldaños traseros, mientras ella se asomaba por el quicio de la puerta de la cocina; una mujer menuda, de ojos miopes y pálidos y pelo cano que se levantaba como la cresta de un pájaro alborotado.

—¡Tres días! —dijo con el grito contenido que se había convertido en ella en una costumbre.

El señor Greenleaf, los ojos fijos a lo lejos, por encima de un prado cercano, se sacó una cajetilla del bolsillo de la camisa y dejó caer un cigarrillo en la otra mano. Volvió a guardar la cajetilla. Estuvo unos instantes mirando el cigarrillo.

—Lo metí en el establo, pero salió como una fiera —dijo por fin—, y no l'he vuelto a ver.

Se inclinó hacia el cigarrillo, lo encendió y luego volvió un instante la cabeza hacia ella. La parte superior de su rostro se inclinaba gradualmente hasta encontrarse con la inferior, que era larga y estrecha, con la forma de un tosco cáliz. Tenía los ojillos hundidos y del color de los de un zorro bajo un sombrero de fieltro pardo echado hacia delante siguiendo la línea de su nariz. El cuerpo era insignificante.

—Señor Greenleaf —dijo ella—, coja ese toro esta misma mañana antes d'hacer cualquier otra cosa. Sabe usté de sobra que echará a perder nuestro programa de inseminación. Cójalo y enciérrelo, y la próxima vez que haya un toro suelto en esta propiedad dígamelo inmediatamente. ¿Entendido?

—¿Dónde quiere que lo encierre? —preguntó el señor Greenleaf.

—Me da igual dónde lo meta. Supongo que tiene usté cierto sentido común. Enciérrelo donde no pueda escapar. ¿De quién es el toro?

Por un instante, el señor Greenleaf pareció vacilar entre guardar silencio y hablar. Estudió el espacio que quedaba a su izquierda.

—Tiene que ser d'alguien —observó al cabo de un rato.

—¡Desde luego! —repuso ella, y cerró la puerta con un golpe seco y preciso.

Entró en el comedor, donde sus dos hijos estaban tomando el desayuno, y se sentó en el borde de su silla, a la cabecera de la mesa. Nunca desayunaba, pero solía sentarse con ellos para comprobar que no les faltara nada.

—¡Es el colmo! —exclamó, y empezó a contarles lo del toro e imitó al señor Greenleaf diciendo: «Tiene que ser "d'alguien"».

Wesley siguió leyendo el periódico que tenía doblado junto al plato, pero Scofield dejaba de comer de vez en cuando para mirarla y reírse. Los dos chicos nunca reaccionaban igual ante nada. Ella solía decir que eran como la noche y el día. Lo único que tenían en común era que a ninguno de los dos le importaba lo que ocurriera en la propiedad. Scofield era un hombre de negocios y Wesley era un intelectual.

Wesley, el menor, había tenido fiebres reumáticas a los siete años, y la señora May creía que ésta era la causa de que fuera un intelectual. Scofield, que no había estado enfermo un solo día en toda su vida, era agente de seguros. A ella no le habría importado que vendiera seguros si hubieran sido de más categoría pero vendía un tipo

de seguros que sólo compraban los negros. Era lo que los negros llamaban «el hombre de las pólizas». Él afirmaba que se ganaba más dinero con los seguros de los negros que con cualquier otro, y cuando tenían invitados lo decía a voz en grito. Solía exclamar: «A mamá no le gusta que lo diga, ¡pero soy el mejor vendedor de seguros de negros de to este condao!».

Scofield tenía treinta y seis años, y el rostro, amplio, agradable y risueño, pero no estaba casado. «Sí —solía decir la señora May—, si vendieras seguros decentes, habría alguna buena chica dispuesta a casarse contigo. Pero ¿qué chica decente iba a querer casarse con un agente de seguros pa negros? Algún día lo comprenderás y entonces será demasiao tarde».

Al oír esto Scofield lanzaba un silbido y decía: «¡Pero, mamá, si no me casaré hasta que estés muerta y enterrá! Y entonces me casaré con una granjera gorda y amable que sepa llevar esta propiedá». Y en cierta ocasión había añadido: «Alguna dama honorable como la señora Greenleaf». Al oír esto, la señora May se había levantado de la silla, con la espalda rígida como el mango de una escoba, y se había ido a su cuarto. Había estado largo rato sentada en el borde de la cama, con una expresión compungida. Finalmente había susurrado: «Me mato a trabajar, lucho y sudo pa mantener la propiedá pa ellos, y tan pronto como me muera se casarán con una tipeja, la traerán aquí y echarán to a perder. Se casarán con una tipeja y echarán a perder to lo que yo he construido». Y en aquel preciso instante decidió cambiar el testamento. Al día siguiente fue a ver a su abogado y dispuso las cosas de tal modo que, si sus hijos se casaban, no pudieran dejar la propiedad a sus mujeres.

La idea de que uno de ellos pudiera casarse con una mujer que se pareciera remotamente a la señora Greenleaf bastaba para ponerla enferma. Aguantaba al señor Greenleaf desde hacía quince años, pero el único modo que había encontrado para poder soportar a su mujer era mantenerse alejada de ella. La señora Greenleaf era grande y fofa. El patio que circundaba su casa parecía una pocilga, y sus cinco hijas iban siempre asquerosas. Hasta la más joven le daba al rapé. En vez de cultivar un jardín o lavar la ropa, su única preocupación era lo que ella llamaba «curar rezando».

Todos los días recortaba los sucesos morbosos de los periódicos: mujeres violadas, asesinos evadidos de la cárcel, niños quemados, catástrofes ferroviarias y aéreas, y divorcios de artistas de cine. Se llevaba todo eso al bosque, cavaba un agujero y lo enterraba; después se tendía en el suelo y durante una hora gemía y murmuraba moviendo los enormes brazos arriba y abajo una y otra vez, hasta que al final se quedaba inmóvil y, sospechaba la señora May, se dormía en la tierra.

La señora May no había descubierto esto hasta unos meses después de contratar a los Greenleaf. Cierta mañana había salido a inspeccionar un campo donde había dispuesto que sembraran centeno, pero donde brotaba el trébol porque el señor Greenleaf se había equivocado de semilla. Volvía por un camino bordeado de árboles que separaba dos prados, refunfuñando para sí y golpeando metódicamente el suelo con un largo palo que llevaba siempre consigo por si veía una culebra. «Señor

Greenleaf —decía en voz baja—, no puedo permitirme el lujo de pagar sus errores. Soy una mujer pobre y esta propiedad es to lo que poseo. Tengo dos hijos que educar. No puedo…».

De la nada surgió una voz gutural y agónica que gimoteaba: «¡Jesús! ¡Jesús!». Unos segundos más tarde, volvió a oírse terriblemente apremiante: «¡Jesús! ¡Jesús!».

La señora May se detuvo y se llevó una mano a la garganta. El sonido era tan penetrante como si una fuerza violenta e incontrolable hubiera surgido del suelo y la estuviera embistiendo. El siguiente pensamiento que tuvo fue más lógico: alguien se había hecho daño dentro de su propiedad y la indemnización le costaría todos sus bienes. No estaba asegurada. Echó a correr y al rebasar una curva vio a la señora Greenleaf en la cuneta, apoyada sobre las manos y las rodillas, con la cabeza gacha.

—¡Señora Greenleaf! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido?

La señora Greenleaf levantó la cabeza. Su cara era un mosaico de tierra y lágrimas y sus ojillos, del color de los guisantes silvestres, estaban bordeados de rojo e hinchados, pero su expresión era tan serena como la de un bulldog. Se balanceaba sobre las manos y las rodillas y mascullaba: «Jesús, Jesús».

La señora May hizo una mueca. Le parecía que la palabra Jesús no debía salir del recinto de la iglesia, como otras palabras no debían salir del dormitorio. Era buena cristiana y tenía un gran respeto por la religión, aunque, naturalmente, no creía que fuera verdad.

—¿Qué le pasa? —preguntó con aspereza.

—Ha fastidiao usté mi curación —respondió la señora Greenleaf, que hizo un gesto para que se apartara—. No puedo hablarle hasta que termine.

La señora May estaba inclinada hacia delante con la boca abierta y el palo en el aire, como si no estuviera segura de qué era lo que quería golpear.

—¡Oh, Jesús, apuñálame el corazón! —chilló la señora Greenleaf—. ¡Oh, Jesús, apuñálame el corazón! —Se derrumbó sobre el suelo, un enorme túmulo humano, con las piernas y los brazos extendidos como si intentara rodear con ellos la tierra.

La señora May estaba tan furiosa y tan perpleja como si la hubiera insultado un niño.

—Jesús —dijo apartándose— estaría avergonzao d’usté. Le diría que se levantara inmediatamente y que se fuera a lavar la ropa de sus hijos. —A continuación dio media vuelta y se alejó tan deprisa como pudo.

Siempre que pensaba en lo bien que se habían situado los hijos de los Greenleaf, recordaba a la señora Greenleaf tumbada obscenamente en el suelo y se decía: «Bueno, por muy lejos que lleguen, vienen d’eso».

Le hubiera gustado poder incluir en su testamento que, cuando ella muriera, Wesley y Scofield no debían continuar empleando al señor Greenleaf. Ella sabía cómo tratarlo; ellos no. El señor Greenleaf le había dicho en cierta ocasión que sus hijos no sabían distinguir el heno del forraje. Y ella había replicado que tenían otras aptitudes, que Scofield era un próspero hombre de negocios y Wesley un próspero

intelectual. El señor Greenleaf no hizo ningún comentario, pero nunca dejaba escapar la oportunidad de hacerle notar por medio de su expresión o de un gesto insignificante que el desprecio que sentía por ellos era infinito. Por muy humildes que fueran los Greenleaf, él no vacilaba nunca en señalar que, en cualquier circunstancia análoga en la que hubieran podido encontrarse sus propios muchachos, ellos —O. T. y E. T. Greenleaf— habrían sabido actuar mucho mejor.

Los hijos de los Greenleaf eran dos o tres años más jóvenes que los de la señora May. Eran gemelos y uno nunca sabía si estaba hablando a O. T. o a E. T., y ellos nunca tenían la amabilidad de aclararlo. Eran zanquilargos, huesudos y rubicundos, y tenían los ojos brillantes, ávidos y del color de los de un zorro, como su padre. El orgullo que sentía el señor Greenleaf por ellos empezaba en el hecho de que fueran gemelos. Se comportaba, decía la señora May, como si hubiera sido una hábil jugada que se les había ocurrido a ellos. Eran enérgicos y muy trabajadores, y ella estaba dispuesta a reconocer ante cualquiera que habían llegado muy lejos… y que la Segunda Guerra Mundial era responsable de ello.

Los dos se habían entrado al ejército, y, disfrazados con sus uniformes, nadie podía distinguirlos de los hijos de otros. Naturalmente, se delataban en cuanto abrían la boca, pero esto ocurría pocas veces. Lo más inteligente que habían hecho fue conseguir que los mandaran al extranjero y casarse allí con mujeres francesas. Y no se habían casado con unas tipejas. Se habían casado con unas buenas chicas que, por supuesto, no podían saber que destrozaban el idioma inglés ni que los Greenleaf eran lo que eran.

Wesley tenía una enfermedad cardíaca que no le había permitido servir a su país, pero Scofield había estado en el ejército dos años. No le había gustado demasiado y nunca pasó de soldado raso. Los hijos de los Greenleaf eran sargentos o algo así, y el señor Greenleaf, en aquellos días, no desaprovechaba la menor oportunidad de referirse a ellos por su rango. Los dos se las habían arreglado para acabar heridos y ahora disfrutaban de pensiones. Más aún, en cuanto salieron del ejército, aprovecharon todas las facilidades que daba el gobierno y se matricularon en la facultad de agricultura de la universidad, mientras los contribuyentes mantenían a sus esposas francesas. Ahora vivían los dos a unos tres kilómetros por la autopista, en una parcela que el gobierno les había ayudado a comprar y en un bungalow doble de ladrillo que el gobierno les había ayudado a construir y pagar. Si la guerra había sacado a alguien de la nada, decía la señora May, había sido a los chicos Greenleaf. Cada uno tenía tres hijos pequeños, que hablaban inglés Greenleaf y francés, y que, debido a sus madres, serían enviados a una escuela católica y educados con esmero. «Y dentro de veinte años —preguntaba la señora May a Scofield y Wesley—, ¿sabéis qué será esta gente?». Y concluía con tono sombrío: «La buena sociedá».

Llevaba quince años tratando al señor Greenleaf y, a esas alturas, manejarlo se había convertido en una habilidad adquirida. El estado de ánimo del hombre en un día determinado era un factor tan importante para lo que podía o no hacerse como el

estado del tiempo, y ella había aprendido a leer en su cara, como los verdaderos campesinos sabían interpretar el amanecer y la puesta del sol.

Ella era campesina sólo por necesidad. El difunto señor May, un hombre de negocios, había comprado la propiedad cuando la tierra iba barata, y al morir eso fue lo único que le dejó. A los muchachos no les había gustado irse a vivir al campo, en una granja abandonada, pero no había otra salida. Taló todos los árboles de la propiedad y con los beneficios montó una vaquería, después de que el señor Greenleaf respondiera a su anuncio. «E visto sus anuncio i bendre tengo dos chicos». La carta no decía más, pero el hombre llegó al día siguiente en un camión lleno de remiendos, la esposa y las cinco hijas sentadas en el suelo de la parte trasera, y él y los dos muchachos delante, en la cabina.

Durante los años que llevaban en su propiedad el señor y la señora Greenleaf apenas habían envejecido. No tenían preocupaciones ni responsabilidades. Vivían como los lirios del campo, del fruto que ella sacaba batallando de la tierra. Cuando ella muriera de exceso de trabajo y preocupaciones, los Greenleaf, sanos y prósperos, estarían preparados para empezar a sangrar a Scofield y Wesley.

Wesley decía que la señora Greenleaf no había envejecido porque desahogaba todas sus emociones en sus «curaciones por la oración». «Tendrías que empezar a rezar, querida», había dicho a su madre con una voz que, pobre chico, no podía evitar que sonara deliberadamente impertinente.

Scofield sólo la sacaba de sus casillas, pero Wesley la preocupaba de veras. Era delgado, nervioso y calvo, y eso de ser intelectual pesaba terriblemente sobre su carácter. La madre dudaba que se casara antes de que ella muriera, pero estaba segura de que entonces quien lo pescaría no sería una buena mujer. A las chicas decentes no les gustaba Scofield, y a Wesley no le gustaban las chicas decentes. No había nada que le gustara. Recorría en coche treinta kilómetros todos los días hasta la universidad donde enseñaba y los recorría otra vez de regreso por la noche, pero decía que odiaba este recorrido de treinta kilómetros y que odiaba la universidad provinciana y que odiaba a los imbéciles que asistían a ella. Odiaba el país y odiaba la vida que llevaba; odiaba tener que vivir con su madre y con el tonto de su hermano, y odiaba que le hablaran de la maldita maquinaria estropeada. No obstante, a pesar de todo lo que decía, nunca había intentado marcharse. Hablaba de París y de Roma, pero ni siquiera había ido a Atlanta.

—Si fueras a esos sitios te pondrías enfermo —solía decir la señora May—. ¿Quién te vigilaría en París pa que comieras sin sal? Y si te casaras con uno de esos bichos raros con los que sueles salir, ¿crees qu'ella te haría la comida sin sal? ¡Desde luego que no!

Cuando empezaba a hablar de esto, Wesley se daba bruscamente vuelta en la silla y no le hacía ni caso. En cierta ocasión en que ella llevó las cosas demasiado lejos, él les espetó:

—Bueno, ¿por qué no haces algo práctico, mujer? ¿Por qué no rezas por mí como

haría la señora Greenleaf?

—No me gusta que hagáis chistes sobre la religión —había replicado ella—. Si fuerais a la iglesia, conoceríais buenas chicas.

No se les podía decir nada. Ahora, al mirarlos a los dos, uno a cada lado de la mesa, sin importarles en absoluto que un toro extraviado echara a perder su vacada —que era de ellos, que era su futuro—, ahora, al mirarlos a los dos, uno inclinado sobre el periódico y el otro arrellanado en la silla sonriéndole como un idiota, la señora May sintió deseos de ponerse en pie de un salto y golpear la mesa con los puños y gritar: «¡Ya os enteraréis algún día, ya os enteraréis de cómo es la realidad, pero será demasiao tarde!».

—Mamá —dijo Scofield—, no t'enfades, pero te voy a decir de quién es el toro.

La miraba con aire malicioso. Dejó que la silla cayera hacia delante y se levantó. Luego, con los hombros encorvados y las manos alzadas como para protegerse la cabeza, se acercó a la puerta de puntillas. Salió al pasillo y entornó la puerta de modo que sólo le asomaba la cabeza.

—¿Quieres saberlo, encanto?

La señora May, sentada en la silla, lo miró con frialdad.

—El toro es de O. T. y E. T. Fui ayer a cobrar al negro que tienen y me dijo que les faltaba. —Sonrió exhibiendo toda la dentadura y desapareció silencioso.

Wesley levantó la vista y se rió.

La señora May volvió la cabeza al frente sin cambiar de expresión.

—Soy la única persona adulta de la propiedad —dijo. Se inclinó sobre la mesa y cogió el periódico que tenía junto al plato—. ¿No ves lo que va ocurrir cuando yo muera y vosotros tengáis que tratar con él? ¿No ves por qué no sabía de quién era el toro? Porque era d'ellos. ¿No ves to lo que tengo que soportar? ¿No ves que si no l'hubiera atao corto durante tos estos años vosotros tendríais que estar ordeñando las vacas cada día a las cuatro de la madrugada?

Wesley recuperó el periódico y murmuró, mirándola de frente:

—Yo no ordeñaría una vaca ni para librarte del infierno.

—Ya sé que no lo harías —replicó ella con la voz quebrada. Se recostó en la silla y empezó a juguetear nerviosa con el cuchillo que tenía al lado del plato—. O. T. y E. T. son buenos muchachos —añadió—. Tendrían qu'haber sido mis hijos. —Este pensamiento era tan horrible que la figura de Wesley se tornó borrosa tras un muro de lágrimas. Sólo veía su forma oscura, que se levantaba precipitadamente de la mesa—. ¡Y vosotros dos —gritó— deberíais haber nació d'esa mujer!

Wesley se dirigía hacia la puerta.

—Cuando me muera —agregó la señora May con un hilo de voz—, no sé qué será de vosotros.

—Siempre estás dando la lata con lo de «cuando-me-muera» —gruñó él mientras salía precipitadamente—, pero me parece que estás bastante sana.

La señora May siguió un rato sentada mirando al frente, a través de la ventana al

otro lado de la habitación, un paisaje de verdes y grises que se confundían. Estiró la cabeza y los músculos del cuello y respiró hondo, pero el paisaje siguió desdibujándose hasta formar una masa gris aguada.

—No tienen por qué creer que me voy a morir pronto —murmuró, y una voz interior añadió en tono desafiante: «Me moriré cuando me dé la gana».

Se secó los ojos con una servilleta y se levantó. Se acercó a la ventana y contempló el paisaje que se extendía ante ella. Las vacas estaban pastando en dos prados de un verde pálido al otro lado de la carretera, y detrás de ellas, cercándolas, una pared negra de árboles que culminaba en un reborde en forma de sierra detenía el cielo indiferente. Los prados bastaban para tranquilizarla. Cuando se asomaba a cualquiera de las ventanas de su casa, veía un reflejo de su propio carácter. Sus amigos de la ciudad decían que era la mujer más extraordinaria que habían conocido, porque se había ido, prácticamente sin un centavo y sin experiencia, a una granja abandonada y la había convertido en un negocio próspero.

—Lo tenemos to en contra —solía decir la señora May—. El clima está en contra, la tierra está en contra y los empleados están en contra. Todos forman una coalición contra nosotros. ¡Se necesita una mano de hierro!

—¡Mirar la mano de hierro de mamá! —gritaba Scofield, y le cogía el brazo y se lo levantaba, de modo que la manita, delicada y cubierta de venas azules, colgaba de la muñeca como la cabeza de una azucena rota. Las visitas siempre se reían.

El sol, al moverse por encima de las vacas blancas y negras que pastaban, brillaba un poco más que el resto del cielo. Al mirar hacia abajo vio una forma más oscura, que podía ser la sombra del sol entre las vacas. Lanzó un grito agudo y salió de la casa con paso firme.

Encontró al señor Greenleaf en el silo, llenando una carretilla. Ella se quedó en el borde y le miró.

—Le dije que cogiera el toro. Y ahora ya está con las vacas.

—No se pueden hacer dos cosas a la vez.

—Le dije que quería que fuera lo primero qu'hiciera.

Él empujó la carretilla y la sacó por el extremo abierto de la trinchera, se dirigió hacia el establo y ella lo siguió de cerca.

—Y no crea, señor Greenleaf, que no sé bien de quién es el toro, ni por qué usté no ha tenío prisa en decirme que estaba aquí. Tendré qu'alimentar al toro de O. T. y E. T. mientras me echa a perder la manada.

El señor Greenleaf se detuvo y miró hacia atrás.

—¿El toro es de los muchachos? —preguntó con incredulidad.

Ella no respondió. Apartó la mirada, con los labios apretados.

—Me dijeron que se les había escapao el toro, pero no sabía que fuera ése.

—Quiero que lo coja ahora mismo, y voy a ir a casa de O. T. y E. T. pa decirles que tendrán que venir a recogerlo hoy. Debería cobrarles por el tiempo que lo he tenío aquí. Así no volvería ocurrir.

—Sólo pagaron setenta y cinco dólares por él —explicó el señor Greenleaf.

—No lo aceptaría ni regalao.

—Iban a matarlo —continuó el señor Greenleaf—, pero se es escapó y metió la cabeza en el camión. No le gustan los coles ni los camiones. Tardaron un buen rato en sacarle el cuerno del guardabarro y, cuando por fin lo soltaron, echó a correr y los estaban demasiao cansaos pa perseguirlo, pero yo no sabía qu'era éste.

—No le convenía saberlo, señor Greenleaf —repuso ella—, pero ahora ya lo sabe. Coja un caballo y vaya por él.

Media hora más tarde, vio al toro desde la ventana, color ardilla, la grupa huesuda y unos cuernos largos y finos, por el camino de tierra que cruzaba ante la casa. El señor Greenleaf lo seguía montado a caballo.

—Eso sí que es un ejemplar Greenleaf —musitó ella. Salió al porche y gritó—: Enciérrelo donde no pueda escapar.

—Le gusta andar suelto —dijo el señor Greenleaf mirando con aprobación las astas del toro—. Este caballero es un buen tipo.

—Si los muchachos no lo vienen a recoger, será un buen tipo muerto. Se lo advierto.

Él la oyó perfectamente, pero no dijo una sola palabra.

—Es el toro más espantoso que he visto en mi vida —gritó ella, pero el hombre ya se había alejado demasiado por el camino para poder oírla.

A media mañana enfiló el camino de entrada de la casa de O. T. y E. T., un edificio nuevo de ladrillo rojo achaparrado que parecía un almacén con ventanas y quedaba al final de una cuesta sin árboles. El sol daba de lleno en la azotea blanca. Últimamente se construían muchas casas de ese tipo y nada indicaba que pertenecía a los Greenleaf excepto los tres perros, mezcla de podenco y pomeranio, que salieron corriendo en cuanto paró el coche. Se recordó a sí misma que siempre se podía conocer a la gente por el perro que tenían y tocó la bocina. Mientras esperaba a que alguien apareciera, siguió examinando la casa. Todas las ventanas estaban cerradas y se preguntó si el gobierno también les habría instalado aire acondicionado. No salía nadie y volvió a tocar el claxon. Por fin se abrió la puerta y aparecieron varios niños que se la quedaron mirando sin hacer el menor gesto de acercarse. La señora May reconoció ahí un rasgo distintivo de los Greenleaf: eran capaces de quedarse horas enteras en el quicio de una puerta mirándole a uno.

—Niños, ¿alguno de vosotros se puede acercar? Después de un minuto todos echaron a andar, despacio. Llevaban mono e iban descalzos, pero no estaban tan sucios como ella esperaba. Dos o tres eran Greenleaf de pies a cabeza, los otros no tanto. La menor era una niña con el pelo negro y revuelto. Se pararon a unos dos metros del coche y se quedaron mirándola.

—Eres muy guapa —dijo la señora May a la niña pequeña.

Los niños no dijeron nada. Parecían compartir la misma expresión indiferente.

—¿Dónde está vuestra mamá? —les preguntó.

La respuesta se hizo esperar un buen rato, hasta que uno de ellos dijo algo en francés. La señora May no sabía francés.

—¿Dónde está vuestro papá?

Tras un nuevo silencio, uno de los niños respondió:

—Tampoco es aquí.

—Ahhh —dijo la señora May, como si eso probara algo—. ¿Dónde está el negro?

Esperó unos instantes, pero concluyó que nadie estaba dispuesto a contestar.

—El gato se comió seis lengüitas —dijo—. ¿Os gustaría venir a casa conmigo pa que os enseñara a hablar? —Se rió, pero su risa se apagó en el aire silencioso. Se sentía como si la estuvieran juzgando por lo que había sido su vida ante un jurado formado por Greenleaf—. Veré si puedo encontrar al negro.

—Puede ir si quiere —dijo un niño.

—Vaya, muchas gracias —murmuró ella, y se alejó en el coche.

El establo estaba en el mismo camino que la casa. Era la primera vez que lo veía, pero el señor Greenleaf se lo había descrito con todo detalle, pues había sido construido de acuerdo con las técnicas más modernas. Había unos compartimientos para el ordeño, la leche iba por unos tubos desde las máquinas ordeñadoras hasta la lechería, y nunca se llevaba en cubos, había explicado el señor Greenleaf, transportados por mano humana.

—¿Cuándo se va comprar una? —le había preguntado.

—Señor Greenleaf, yo me lo tengo que hacer to sola. A mí el gobierno no me pone las cosas en bandeja. Me costaría veinte mil dólares instalar compartimientos pa el ordeño. A duras penas consigo llegar a fin de mes.

—Mis muchachos lo han hecho —había mascullado el señor Greenleaf, y añadió —: Pero no todos los muchachos son iguales.

—¡Desde luego! Y doy gracias a Dios por ello.

—Yo doy gracias a Dios por to —había farfullado el señor Greenleaf con su acento sureño.

«Y hace bien», había pensado ella en el tenso silencio que siguió. Nunca había hecho nada por sí mismo.

Se paró al lado del establo y tocó la bocina, pero no apareció nadie. Se quedó varios minutos sentada en el coche observando las máquinas que había por allí y preguntándose cuántas estarían pagadas. Tenían una cosechadora de forraje y una empacadora giratoria de paja. También ella las tenía. Decidió que, ya que no había nadie, bajaría del coche y echaría una ojeada a la sala de ordeñar para ver si la tenían limpia.

Abrió la puerta y asomó la cabeza, y por un instante creyó que se le cortaba la respiración. La inmaculada habitación de cemento blanco estaba inundada por el sol que entraba por una fila de ventanas que recorrían ambas paredes a la altura de la cabeza. Los cubos metálicos relucían ferozmente y tuvo que entornar los ojos para poder mirarlos. Retiró deprisa la cabeza y cerró la puerta. Se apoyó contra ella, con el

entrecejo fruncido. La luz exterior no era tan brillante, pero se daba cuenta de que el sol estaba justo encima de su cabeza, como una bala de plata a punto de penetrar en su cerebro.

Un negro apareció con un cubo amarillo lleno de pienso por una esquina del cobertizo de las máquinas y se acercó a ella. Era un muchacho de piel amarillenta, vestido con la ropa del ejército desechada por los gemelos Greenleaf. Se detuvo a una distancia respetuosa y dejó el cubo en el suelo.

—¿Dónde están los señores O. T. y E. T.?

—El señor O. T. en el pueblo, el señor E. T. allá en el campo —respondió el negro señalando primero hacia la izquierda y después hacia la derecha como si estuviera indicando la posición de dos planetas.

—¿T'acordarás de darles un recado? —preguntó la señora May como si dudara de ello.

—M'acordaré si no m'olvido —contestó él con cierta hosquedad.

—Entonces lo escribiré.

Subió al coche y sacó del bolso un trozo de lápiz con el que empezó a escribir en el reverso de un sobre usado. El negro se acercó y quedó plantado ante la ventanilla.

—Soy la señora May —le explicó mientras escribía—. El toro de tus amos está en mi propiedá y quiero que salga d'allí hoy mismo. Les puedes decir que estoy enfadada.

—El toro se fue d'aquí el sábado —dijo el negro—, y no lo hemos visto más. No sabíamos dónde estaba.

—Pues ahora ya lo sabéis. Diles al señor O. T. y al señor E. T. que si no van a recogerlo hoy tendré que decirle a su padre que lo mate por la mañana. No quiero que el toro me eche a perder la vacada.

Le dio la nota.

—Si conozco al señor O. T. y al señor E. T. —dijo el negro, mientras la cogía—, van a decir muy bien, que lo mate. Ya s'ha cargao uno de nuestros camiones y nos alegraremos de no volver a verlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró con los ojos un poco llorosos.

—¿Esperan que yo invierta mi tiempo y el de mi empleado en matar a su toro? —preguntó—. ¿Ellos no lo quieren y por eso lo sueltan y esperan a que otro lo mate? S'está comiendo mi pienso y echando a perder mi vacada, ¿y esperan que yo lo mate?

—Pues sí —dijo él quedamente—. S'ha cargao…

La señora May lo fulminó con la mirada y dijo:

—No me sorprende lo más mínimo. Hay gente así. —Y después de un instante preguntó

—: ¿Quién es el jefe, el señor O. T. o el señor E. T.? —Siempre había sospechado que había una sorda competencia entre ambos.

—No se pelean nunca —explicó el muchacho—. Son como un mismo hombre en dos pellejos.

—Umm. Lo que pasa es que nunca los has oído.

—Ni yo ni naide —dijo el negro apartando la mirada como si aquella insolencia fuera dirigida a otra persona.

—No he soportao a su padre durante quince años sin aprender algunas cosas sobre los Greenleaf.

De repente el negro la miró con un destello en los ojos que indicaba que la había reconocido.

—¿Es usté la madre de mi hombre de las pólizas?

—No sé quién es tu hombre de las pólizas —dijo ella con no cortante—. Dales esta nota y diles que, si no vienen a recoger el toro hoy, obligarán a su padre a matarlo mañana.

La señora May se alejó en su coche.

Estuvo en casa toda la tarde esperando a que los gemelos Greenleaf fueran a buscar el toro. No se presentaron. «No sé por qué no me pongo a trabajar para ellos —pensó furiosa—. Sencillamente, me van a utilizar hasta que no pueda más». A la hora de cenar se lo contó a sus hijos porque quería que vieran con toda la claridad del mundo de lo que E. T. y O. T. eran capaces.

—No quieren el toro —explicó—. Pasarme la mantequilla. Por eso lo soltaron y esperan que otro les ahorre el trabajo de acabar con él. ¿Qué os parece? Yo soy la víctima. Siempre he sido la víctima.

—Pásale la mantequilla a la víctima —dijo Wesley, que estaba de peor humor que de costumbre porque se le había pinchado una rueda al volver de la universidad.

Scofield tendió la mantequilla a su madre e imitando el acento de los Greenleaf dijo:

—Pero, mamá, ¿no te da vergüenza matar a un viejo toro sólo porque echa a perder tu vacada con su mala raza? Vaya vaya, con la mamá que tengo, es un milagro que yo haya salió un niño tan güeno.

—No eres su hijo, tío —dijo Wesley, sumándose al juego.

Ella se recostó en la silla, con la punta de los dedos sobre el borde de la mesa.

—Lo único que sé —dijo Scofield— es que m’ha ido muy bien teniendo en cuenta de dónde vengo.

Cuando le tomaban el pelo, utilizaban el inglés de los Greenleaf, pero Wesley dejaba que asomara su propio tono como el filo de un cuchillo.

—Pues déjame decirte una cosa, hermano —dijo inclinándose sobre la mesa—, que si fueras más listo ya sabrías.

—¿Qué es, hermano? —preguntó Scofield, cuya ancha cara sonreía al rostro delgado y tenso que tenía ante sí.

—Que ni tú ni yo somos sus hijos…

Se interrumpió al instante cuando ella lanzó un gemido parecido al relincho de un viejo caballo azotado. La madre se levantó y salió corriendo de la habitación.

—Por el amor de Dios —refunfuñó Wesley—, ¿por qué la has pinchado?

—Yo nunca la pincho —dijo Scofield—. Fuiste tú quien empezó.

—Ja.

—Ya no es tan joven como antes y no tiene aguante.

—Lo único que puede hacer es desahogarse —dijo Wesley—. Soy yo quien tiene que aguantarlo.

El rostro afable de su hermano se había alterado, y un feo parecido familiar se estableció entre los dos.

—A nadie le da pena un cabronazo como tú —dijo, y por encima de la mesa agarró a Wesley por la camisa.

Desde su habitación, la señora May oyó el ruido de platos rotos y cruzó corriendo la cocina en dirección al comedor. La puerta del pasillo estaba abierta y Scofield salía por ella. Wesley estaba tumbado boca arriba como un enorme insecto, la mesa volcada sobre su estómago, y cubierto de platos rotos. La señora May retiró la mesa y lo cogió por el brazo para ayudarlo a levantarse, pero él se puso en pie precipitadamente y, en un súbito arranque de energía iracunda, salió por la puerta en pos de su hermano.

La señora May se hubiera desmayado, pero una llamada en la puerta trasera hizo que se pusiera rígida y diera media vuelta. Al otro lado de la cocina y del porche trasero vio al señor Greenleaf que fisgaba con interés por la puerta mosquitera. Su determinación volvió con toda su fuerza a ella, como si bastara la presencia del demonio para devolvérsela.

—He oído un golpe —gritó el señor Greenleaf— y he pensao que a lo mejor se les había caío el techo encima.

Si se le hubiera necesitado, alguien habría tenido que ir a buscarlo a caballo. La señora May cruzó la cocina y el porche y se quedó detrás de la puerta mosquitera.

—No, no ha pasao nada. Se ha caído la mesa. Tenía una pata rota. —Y continuó sin hacer ni una pausa—: Sus hijos no han venío por el toro, así que mañana tendrá que matarlo.

Unas franjas rojas y moradas cruzaban el cielo y tras ellas el sol descendía lentamente como si bajara por una escalera de mano. El señor Greenleaf se puso en cuclillas, de espaldas a la señora May; su sombrero quedaba al nivel de los pies de ella.

—Mañana lo llevaré a su sitio —dijo.

—Oh, no, señor Greenleaf —replicó ella con tono burlón—. Si se lo lleva usté mañana, lo volveremos a tener aquí la semana próxima. No soy tan tonta. —Y añadió en tono quejoso—: Me sorprende que O. T. y E. T. se porten así conmigo. Creí que serían más agradecidos. Esos muchachos pasaron ratos muy buenos en mi propiedá, ¿verdá, señor Greenleaf?

El señor Greenleaf no respondió.

—Sí, me parece que sí —prosiguió ella—. Me parece que sí. Pero ya han olvidao las cosas buenas qu'hice por ellos. Si mal no recuerdo, llevaban la ropa vieja de mis

hijos y jugaban con los juguetes viejos de mis hijos y cazaban con las armas viejas de mis hijos. Nadaban en mi estanque, cazaban mis pájaros y pescaban en mi arroyo, y nunca me olvidé de su cumpleaños y los regalos eran frecuentes, si no me falla la memoria. ¿Recuerdan acaso estas cosas ahora? Nooo.

Por unos instantes la señora May contempló el sol que se ocultaba y el señor Greenleaf se miró la palma de las manos. Después, como si se le acabara de ocurrir, ella preguntó:

—¿Sabe por qué no han venío a recoger el toro?

—No —respondió el señor Greenleaf con tono hosco.

—No han venío porque soy una mujer. Uno puede hacer lo que quiera cuando se trata d'una mujer. Si fuera un hombre el que llevara la propiedá…

Con la rapidez de una serpiente que atacara el señor Greenleaf afirmó:

—Usté tiene dos muchachos. Y mis hijos saben qu'usté tiene dos muchachos aquí.

El sol había desaparecido detrás de los árboles. La mujer observó el rostro oscuro y astuto, ahora vuelto hacia ella, y los ojos recelosos y brillantes bajo el ala del sombrero. Esperó lo suficiente para que él comprendiera que se sentía ofendida y entonces dijo:

—Algunas personas aprenden a ser agradecidas demasiao tarde, señor Greenleaf, y algunas no aprenden nunca. —Y dicho esto, dio media vuelta y lo dejó sentado en las escaleras.

Durante buena parte de la noche oyó en sus sueños un ruido, como si una piedra enorme estuviera practicando un agujero en la pared exterior de su cerebro. Por la parte interior, ella caminaba por una serie de hermosas colinas ondulantes clavando la vara en el suelo a cada paso. Al cabo de un rato se dio cuenta de que el ruido provenía del sol, que intentaba abrirse camino quemando la linde del bosque, y se paró a mirarlo, segura de que no podría hacerlo, de que tendría que hundirse como siempre al otro lado de su propiedad. Cuando se paró, el sol era como una bola roja e hinchada pero, mientras lo contemplaba, empezó a estrecharse y a palidecer hasta que adquirió el aspecto de una bala. De repente cruzó la línea de árboles y avanzó veloz cuesta abajo en dirección a ella. Despertó con la mano sobre la boca y el mismo ruido, más tenue pero audible, en los oídos. Era el toro rumiando bajo su ventana. El señor Greenleaf lo había soltado.

Se levantó, caminó a oscuras hacia la ventana y miró entre dos tablillas de la persiana, pero el toro se había alejado de los setos y al principio no lo vio. Después atisbó una forma pesada a cierta distancia, inmóvil, como si la observara. «Es la última noche que soporto esto», dijo la mujer, y siguió la sombra de hierro hasta que se alejó en la oscuridad.

A la mañana siguiente, esperó hasta las once en punto. Entonces subió al coche y fue hasta el establo. El señor Greenleaf estaba limpiando los cubos de la leche. Había dejado siete fuera de la sala de ordeñar, para que les diera el sol. La señora May

llevaba dos semanas diciéndole que lo hiciera.

—Está bien, señor Greenleaf. Vaya por la escopeta. Vamos a matar el toro.

—Creí que quería usté que limpiara…

—Vaya a buscar la escopeta, señor Greenleaf —repitió la señora May con la voz y el rostro inexpresivos.

—Ese caballero se escapó ayer por la noche —murmuró apesadumbrado, y siguió limpiando el cubo que tenía en las manos.

—Vaya a buscar la escopeta, señor Greenleaf —dijo ella con la misma voz inexpresiva y triunfal—. El toro está en el prado con las vacas. Lo he visto desde mi ventana. Lo llevaré a usté en el coche y lo podrá matar en el prado vacío de al lado.

El señor Greenleaf se apartó lentamente del cubo.

—¡Naide m'ha pedío jamás que mate el toro de mis propios hijos! —dijo con voz aguda y desagradable. Se sacó un trapo del bolsillo trasero y empezó a secarse las manos enérgicamente, y después la nariz.

La señora May volvió la cabeza como si no lo hubiera oído y dijo:

—Lo espero en el coche. Vaya a buscar la escopeta.

Se sentó en el coche y observó cómo se dirigía con paso airado al cobertizo donde guardaba la escopeta. Después de que entrara en él se oyó un gran estrépito, como si hubiera apartado de una patada algo de su camino. Volvió a salir con el arma, rodeó el vehículo por detrás, abrió la portezuela de un tirón y se dejó caer en el asiento al lado de ella. Se colocó la escopeta entre las rodillas y miró al frente. «Le gustaría matarme a mí en lugar de al toro», pensó ella, y volvió el rostro para que no la viera sonreír.

La mañana era seca y clara. La señora May condujo medio kilómetro por el bosque y llegó a un claro donde los campos de cultivo flanqueaban el estrecho camino. La exaltación de haber logrado que se hiciera su voluntad había aguzado sus sentidos. Los pájaros trinaban por todas partes, el brillo de la hierba era cegador y el cielo tenía un azul uniforme y punzante.

—Ha llegao la primavera —dijo con alegría.

El señor Greenleaf movió un músculo cerca de la boca como si pensara que era el comentario más estúpido que jamás había oído. Cuando la señora May detuvo el coche ante la valla del segundo prado, él bajó precipitadamente y dio un portazo. Abrió la verja y ella entró con el coche. El señor Greenleaf la cerró y volvió a desplomarse en el asiento, sin pronunciar palabra, y ella dio una vuelta por el prado hasta ver el toro. Estaba en el centro y pastaba tranquilamente entre las vacas.

—Ese caballero lo está esperando —dijo ella lanzando una mirada maliciosa al perfil furioso del señor Greenleaf—. Oblíguelo a entrar en el prado de al lao y cuando lo tenga dentro yo iré detrás en el coche y cerraré yo misma la valla.

El señor Greenleaf volvió a bajar del coche y esta vez dejó la puerta abierta a propósito, para que ella tuviera que inclinarse sobre el asiento a cerrarla. La señora May le observó sonriendo mientras cruzaba el prado en dirección a la valla que había

en el otro lado. Daba la impresión de que se impulsaba hacia delante con cada paso y luego se refrenaba como si estuviera conjurando alguna fuerza para que fuera testigo de lo que se le obligaba a hacer.

—Al fin y al cabo —dijo ella en voz alta, como si él todavía estuviera en el coche —, son sus propios hijos los que l'obligan hacer esto, señor Greenleaf.

Lo más probable era que O. T. y E. T. estuvieran desternillándose de risa en ese momento. Oía sus voces nasales e idénticas decir: «Hemos obligao a papá a matarnos el toro. Es tan ignorante que cree que va matar un toro estupendo. ¡Le va dar un patatús por tener que matarlo!».

—Si los muchachos lo quisieran un poco, señor Greenleaf, habrían venío a recoger el toro. No esperaba esto d'ellos.

El señor Greenleaf estaba dando un rodeo para abrir primero la valla. El toro, una forma oscura entre las vacas manchadas, no se movió. Mantenía la testuz baja y no dejaba de comer. El señor Greenleaf abrió la valla y retrocedió, dando otro rodeo, para acercarse al toro por detrás. Cuando estuvo a unos dos metros, empezó a agitar ambos brazos. El animal levantó la cabeza con indolencia y volvió a bajarla para seguir comiendo. El señor Greenleaf se agachó a recoger algo y lo lanzó con fuerza contra el toro. La señora May dedujo que debía de tratarse de una piedra afilada, pues el toro dio un salto y empezó a trotar hasta desaparecer al otro lado de la colina. El señor Greenleaf lo siguió tranquilamente.

—¡No crea que lo va perder! —le gritó ella, y puso el coche en marcha para atravesar el prado. Tuvo que conducir lentamente porque el terreno formaba terrazas y, cuando alcanzó la valla, el señor Greenleaf y el toro habían desaparecido. El prado era más pequeño que el anterior, un circo verde, rodeado casi por completo por el bosque. Bajó del coche, cerró la valla y se quedó mirando en busca de alguna señal del señor Greenleaf, pero había desaparecido por completo. Comprendió enseguida que su plan era perder el toro en el bosque. Un rato después, lo vería salir por algún punto de aquel círculo de árboles y acercarse cojeando y al llegar ante ella diría: «Si es usté capaz d'encontrar a ese caballero en el bosque, me quito el sombrero». Y ella pensaba decir: «Señor Greenleaf, aunque tenga que andar por este bosque con usté toa la santa tarde, vamos a encontrar el toro y a matarlo. Lo matará, aunque yo tenga que apretar el gatillo por usté». Cuando él viera que la cosa iba en serio, volvería al bosque y dispararía al toro.

Subió de nuevo al coche y lo llevó hasta el centro del prado para que él no tuviera que andar tanto cuando saliera del bosque. Lo imaginaba en aquellos momentos sentado en un tocón haciendo dibujos en el suelo con un palo. Decidió que esperaría exactamente diez minutos de reloj. Luego empezaría a tocar la bocina. Bajó del coche y paseó un poco, después se sentó en el parachoques delantero para descansar y esperar. Estaba agotada. Apoyó la cabeza contra el capó y cerró los ojos. No comprendía por qué estaba tan cansada a aquellas horas de la mañana. A través de los ojos cerrados sentía el sol, rojo y ardiente sobre su cabeza. Volvió a abrirlos

ligeramente, pero la luz blanca la obligó a cerrarlos de nuevo.

Estuvo un rato recostada sobre el capó preguntándose, medio dormida, por qué estaba tan cansada. Con los ojos cerrados no pensaba en el tiempo como algo dividido en días y noches, sino en pasado y futuro. Decidió que estaba cansada porque llevaba quince años trabajando sin parar. Decidió que tenía todo el derecho a estar cansada y a descansar unos minutos antes de volver al trabajo. Ante cualquier tribunal, podría decir: «He trabajao, no me he refocilao». En aquel mismo instante, mientras ella recordaba toda una vida de trabajo, el señor Greenleaf perdía el tiempo en el bosque y la señora Greenleaf seguramente estaba tumbada en el suelo, dormida sobre su agujero lleno de recortes de periódico. Con los años la mujer había empeorado y ahora la señora May temía que se hubiera convertido de veras en una demente. «Me temo que su esposa ha dejao que la religión la trastorne —le había dicho en cierta ocasión con mucho tacto al señor Greenleaf—. Las cosas deben hacerse con moderación».

«Una vez curó a un hombre que tenía media tripa comida por los gusanos», había respondido el señor Greenleaf, y ella había vuelto la cara, muerta de asco. Pobres diablos, pensó ahora, qué simples eran. Se adormiló unos segundos.

Cuando volvió a incorporarse y consultó el reloj, habían pasado más de diez minutos. No había oído ningún disparo. Se le ocurrió otra idea: ¿Y si el señor Greenleaf hubiera hostigado al toro tirándole piedras y el animal se hubiera vuelto contra él ensartándolo contra un árbol de una cornada? La ironía de la situación se hizo más profunda: O. T. y E. T. contratarían a un picapleitos sin escrúpulos y le pondrían una demanda. Sería un final digno de sus quince años con los Greenleaf. Pensó en ello casi con placer, como si hubiera dado con el final perfecto de una historia que estuviera contando a sus amigas. Luego desechó la idea, porque el señor Greenleaf tenía una escopeta y ella un seguro.

Decidió tocar el claxon. Se levantó e introdujo el brazo por la ventanilla del coche y tocó tres bocinazos largos y dos o tres más cortos, para hacerle saber que se impacientaba. Después volvió a sentarse sobre el parachoques.

Unos minutos más tarde, algo surgió de la línea de árboles, una sombra negra y pesada que agitó la cabeza varias veces y avanzó hacia ella. Vio que era el toro. Cruzaba el prado con un trote lento, jubiloso, bamboleante, como si se alegrara muchísimo de encontrarla de nuevo. Ella miró más allá del animal para ver si el señor Greenleaf lo seguía, pero no era así.

—¡Está aquí, señor Greenleaf! —gritó, y miró hacia el otro lado del prado para ver si salía del bosque, pero no había rastro de él por ninguna parte. Se volvió y vio que el toro, con la cabeza baja, corría hacia ella. Se quedó muy quieta, no presa del miedo, sino de una incredulidad paralizadora. Miró fijamente aquella estela negra y violenta que corría hacia ella como si hubiera perdido el sentido de la distancia, como si de pronto no pudiera adivinar cuál era la intención del animal, y el toro ya había sepultado la cabeza en su regazo, como un amante loco y atormentado, antes de que

la expresión de ella cambiara. Un cuerno se hundió hasta clavársele en el corazón y el otro le rodeó el costado aprisionándola en un abrazo irrompible. La señora May seguía con la mirada fija al frente, pero el paisaje que se extendía ante ella había cambiado, la línea de los árboles era una herida oscura en un mundo donde sólo había cielo, y su mirada era la de una persona que ha recuperado la vista de golpe y encuentra la luz insoportable.

El señor Greenleaf corría hacia ella, con la escopeta en alto, y la señora May lo vio venir aunque no miraba en aquella dirección. Vio que se acercaba desde el borde de un círculo invisible, mientras la línea de árboles se abría como una boca; no parecía haber nada bajo sus pies. Disparó cuatro veces contra el ojo del toro. Ella no oyó los disparos, pero sintió el temblor del enorme cuerpo mientras se derrumbaba arrastrándola a ella sobre su cabeza, de modo que, al llegar el señor Greenleaf, parecía que la mujer estuviera susurrando una última revelación al oído del animal.

UNA VISTA DEL BOSQUE[22]

La semana anterior, Mary Fortune y el viejo habían pasado todas las mañanas contemplando la máquina que excavaba la tierra y la arrojaba a un costado formando un montón. Las obras tenían lugar en la orilla del lago, en una de las parcelas que el viejo había vendido a alguien que iba a montar un club de pesca. Él y Mary Fortune iban allí en coche todas las mañanas alrededor de las diez y el viejo aparcaba el coche, un Cadillac desvencijado color mora, sobre el terraplén desde donde se dominaba el lugar en que estaban trabajando. El lago rojo y ondulante llegaba hasta unos quince metros de la construcción, y el otro lado estaba bordeado por una línea negra de bosque que a ambos costados parecía atravesar las aguas para continuar a lo largo de la linde de los campos.

Él se sentaba en el parachoques y Mary Fortune se ponía a horcajadas sobre el capó. A veces se pasaban así horas enteras, mirando cómo la máquina abría sistemáticamente un agujero rojo y cuadrado en lo que antaño había sido un pasto para las vacas. Daba la casualidad de que era el único pasto en el que Pitts había logrado eliminar la cizaña, y cuando el viejo lo vendió a Pitts casi le había dado un soponcio. Por lo que al señor Fortune respectaba, podía haberle dado tranquilamente.

«El imbécil que permite que un pasto pa vacas interfiera en el progreso no merece el menor respeto», le había dicho varias veces a Mary Fortune, sentado en el parachoques, pero la niña sólo tenía ojos para la máquina. Sentada en el capó, miraba hacia el hoyo rojo y observaba cómo aquellas fauces enormes y sin cuerpo engullían la arcilla y, con el ruido de una arcada larga y profunda, y con una lenta repugnancia mecánica, se volvían y la vomitaban. Sus ojos pálidos seguían detrás de las gafas este movimiento repetido, y su rostro —una pequeña réplica del rostro del viejo— no perdía nunca la expresión de total ensimismamiento.

Nadie estaba especialmente contento de que Mary Fortune se pareciera a su abuelo, excepto el propio viejo. En su opinión eso aumentaba en gran medida su atractivo. Para él era la niña más lista y más guapa que había conocido, y había hecho saber a los demás que si, SI, dejaba algo a alguien, sería a Mary Fortune. Tenía ahora nueve años, era baja y maciza como él, con los ojos azul claro del anciano, su misma frente ancha y prominente, su misma expresión hosca y penetrante, su misma tez sonrosada y sana. Y también por dentro era igual a él. Poseía, hasta un grado asombroso, su misma inteligencia, su misma voluntad de hierro y su mismo empuje y constancia. Aunque había setenta años de diferencia entre ellos, la distancia espiritual entre ambos era muy pequeña. La niña era el único miembro de la familia que él respetaba.

A la madre de la niña, su tercera o cuarta hija (nunca recordaba cuál), no la aguantaba, aunque ella creyera que lo cuidaba. Creía —aunque ponía gran cuidado en no decirlo, sólo lo daba a entender— que era la que lo estaba soportando en su vejez y, por tanto, la que debía heredar la propiedad. Se había casado con un imbécil

llamado Pitts y había tenido siete hijos, todos imbéciles también, excepto la más joven, Mary Fortune, que era la viva imagen del abuelo. Pitts era de esa clase de hombres que no sabían guardar un centavo, y el señor Fortune les había permitido, diez años atrás, trasladarse a su propiedad y cultivarla. Lo que Pitts ganaba era para Pitts, pero la tierra pertenecía a Fortune y ponía gran cuidado en recordárselo a menudo. Cuando se secó el pozo, no dejó que Pitts perforara un pozo profundo y se empeñó en que trajeran el agua por medio de unas conducciones desde la fuente. No tenía la menor intención de pagar él la perforación del pozo y sabía que, si permitía que Pitts la pagara, siempre que le dijera «Estás en mi tierra», Pitts podría replicar: «Sí, pero es mi bomba la que bombea el agua que bebes».

Como llevaban allí diez años, los Pitts se habían llegado a creer los dueños. La hija había nacido y se había criado en esa propiedad, pero el viejo consideraba que, al casarse con Pitts, había demostrado que prefería Pitts a su hogar. Y cuando regresó, regresó como cualquier otro arrendatario, aunque él no permitía que le pagaran el alquiler por la misma razón que no les permitía perforar un pozo. Todo aquel que ha rebasado los setenta se encuentra en una posición insegura, a menos que controle sus intereses, y de vez en cuando él daba a los Pitts una lección práctica vendiendo una parcela. Nada enfurecía más a Pitts que verle vender un pedazo de la propiedad a un desconocido porque hubiera querido comprarlo él mismo.

Pitts era un tipo delgado, de mandíbula larga, irascible, malhumorado y hosco, y su esposa era de esas mujeres orgullosas de sus obligaciones: «Mi deber es quedarme aquí y cuidar a papá ¿Quién va a hacerlo si no? Lo hago a sabiendas de que no voy a obtener ninguna recompensa. Lo hago porque es mi deber».

El viejo no se dejaba engañar un solo instante. Sabía que esperaban impacientes el día en que pudieran meterlo en un agujero de dos metros y medio de hondo y cubrirlo de tierra. Entonces, aunque no les dejara la propiedad, pensaban que podrían comprarla. Había hecho testamento en secreto y se lo dejaba todo en fideicomiso a Mary Fortune, y nombraba a su abogado, no a Pitts, albacea hasta la mayoría de edad de la niña. Cuando él muriera, Mary Fortune podría mantenerlos a todos a raya, y no dudaba que era capaz de hacerlo.

Diez años atrás, habían anunciado que llamarían a su nuevo hijo Mark Fortune Pitts, como él, si era niño, y él se apresuró a decirles que si unían su nombre al de Pitts los echaría a todos de la propiedad. Cuando llegó el bebé, una niña, y observó que ya a la edad de un día llevaba el sello de un parecido inequívoco, se desdijo y propuso que la llamaran Mary Fortune, como su querida madre, que había muerto, setenta años atrás, al traerlo al mundo.

La propiedad de los Fortune estaba en el campo junto a una carretera de arcilla que partía de la carretera pavimentada veinticinco kilómetros más allá, y nunca hubiera vendido una sola parcela de no haber sido por el progreso, que siempre había sido su aliado. No era uno de esos viejos que luchan contra las mejoras, que se oponen a todas las novedades y se acobardan ante cualquier cambio. Él deseaba ver

una autopista delante de su casa, llena de coches último modelo, deseaba ver un supermercado al otro lado de la autopista, deseaba ver una estación de servicio, un motel, un cine al aire libre, y todo lo más cerca posible. De repente, el progreso había puesto todo eso en marcha. La compañía eléctrica había construido un embalse en el río e inundado extensas zonas del terreno circundante, y el lago que se formó lindaba con su propiedad a lo largo de casi un kilómetro. Todo hijo de vecino quería una parcela a orillas del lago. Se hablaba de instalar una línea de teléfonos. Se hablaba de pavimentar la carretera que pasaba por delante de la propiedad de los Fortune. Se hablaba de un futuro pueblo. El viejo pensaba que podría llamarse Fortune, Georgia. A pesar de sus setenta y nueve años, era un hombre que miraba hacia el futuro.

La máquina excavadora había dejado de trabajar el día anterior y hoy veían cómo dos enormes *bulldozers* amarillos allanaban el agujero. Su propiedad tenía unas trescientas veinte hectáreas antes de que empezara a vender las parcelas. Había vendido cinco de unas ocho hectáreas cada una, y siempre que vendía una a Pitts le subía la presión sanguínea.

—Los Pitts son d'esos que dejarían que un pasto pa vacas obstaculizara el futuro —le decía a Mary Fortune—, pero tú y yo no.

El hecho de que Mary Fortune también fuera una Pitts era algo que no tenía en cuenta, con la delicadeza de un caballero, como si se tratara de una desgracia de la que la niña no era responsable. Le gustaba pensar en ella como si fuera enteramente de su sangre. Él estaba sentado en el parachoques y ella en el capó, con los pies descalzos apoyados en los hombros del abuelo. Un *bulldozer* se había situado justo debajo de ellos para allanar el terraplén donde habían aparcado. Si el viejo hubiera adelantado los pies sólo unos centímetros, éstos habrían colgado en el vacío.

—¡Si no lo vigilas —gritó Mary Fortune por encima del ruido de la máquina—, se llevará parte de tu tierra!

—El mojón está más allá —vociferó el viejo—. Todavía no ha llegao hasta él.

—Todavía no —rugió la niña.

El *bulldozer* pasó debajo de ellos y continuó avanzando hasta la otra punta.

—Vigila tú —gritó el viejo—. Mantén los ojos bien abiertos y si da contra ese mojón lo pararé. Los Pitts son d'esos que dejarían que un pasto de vacas, una mula o una hilera de habichuelas interfirieran con el progreso. Las personas como tú y yo, con la cabeza bien plantada sobre los hombros, saben que no pueden detener el avance del tiempo por culpa d'una vaca…

—¡Está moviendo el mojón del otro lado! —exclamó la niña, y, antes de que él pudiera detenerla, había saltado ya del capó y corría por el borde del terraplén, con el vestidito amarillo henchido por el viento.

—No t'acerques tanto al borde —le gritó el viejo.

Pero la niña había llegado ya junto al mojón y estaba en cuclillas al lado para comprobar los daños que había sufrido. Se inclinó hacia el barranco y amenazó con el puño al hombre del *bulldozer*. Él la saludó con la mano y continuó su trabajo. «Tiene

más sentío común en un meñique que toas las cabezas de los de su clan juntas», se dijo el viejo, y la contempló con orgullo cuando volvió hacia él.

La niña tenía una cabellera abundante y fina de color arena —exactamente igual que la suya cuando la tenía—, que crecía lisa y estaba cortada en un flequillo justo encima de los ojos y a los lados hasta la punta de las orejas, de modo que formaba una especie de puerta que se abría a la parte central de su cara. Llevaba gafas con una fina montura de plata, como las de él, e incluso andaba como él, con el estómago hacia delante, el paso precavido y brusco, una mezcla de balanceo y arrastrar de pies. Caminaba tan cerca del borde del terraplén que el pie derecho prácticamente lo pisaba.

—T'he dicho que no andes tan cerca del borde —le gritó—. Si te caes por ahí, no vivirás pa ver el día en que este solar esté construido.

El viejo siempre ponía gran cuidado en evitar que la niña se expusiera al menor peligro. No la dejaba sentarse en lugares donde pudiera haber culebras, ni poner las manos en arbustos que pudieran ocultar avispas.

Ella no se desvió ni un centímetro. Tenía la misma costumbre que él, la de no oír lo que no quería oír, y, como se trataba de algo que él mismo le había enseñado, se veía obligado a admirar lo bien que lo ponía en práctica. El viejo preveía que cuando fuera anciana le sería de gran utilidad. La niña se acercó al coche, volvió a subir al capó sin decir palabra y apoyó de nuevo los pies en los hombros de su abuelo, como si no fuera más que una parte del automóvil. Su atención volvió a centrarse en el *bulldozer*.

—Te recuerdo que no te lo daré si no me obedeces —apuntó el abuelo.

Creía firmemente en la disciplina, pero nunca había dado un azote a la cría. Había otros niños, por ejemplo los otros seis Pitts, que consideraba merecían al menos una buena paliza a la semana, aunque sólo fuera por principio, pero había otros modos de controlar a los niños inteligentes y nunca le había puesto la mano encima a Mary Fortune. Más aún, nunca había permitido que su madre, sus hermanos y sus hermanas la tocaran. Pitts padre era otra cosa.

Era un hombre iracundo y de resentimientos feos e irrazonables. Muchas veces, el corazón del señor Fortune se había acelerado al ver que su yerno se levantaba despacio de su lugar en la mesa —que no estaba en la cabecera, la cual correspondía al señor Fortune— y, con brusquedad, sin el menor motivo, sin que mediara explicación alguna, le hacía un gesto con la cabeza a Mary Fortune para que lo siguiera y le decía: «Ven conmigo», y salía de la habitación desabrochándose el cinturón. En el rostro de la niña aparecía una expresión que era totalmente ajena a él. El viejo no podía definir esa expresión, pero lo enfurecía. Era una mezcla de terror, de respeto y de algo más, algo muy parecido a la colaboración. Esa expresión aparecía en su cara y la niña se levantaba y seguía a Pitts. Subían a la camioneta del hombre, se alejaban por la carretera hasta donde nadie pudiera oírles y allí le daba una paliza.

El señor Fortune sabía de cierto que le pegaba porque una vez los había seguido en su coche y lo había visto con sus propios ojos. Los había observado desde detrás de una roca que quedaba a unos treinta metros, mientras la niña se agarraba a un pino y Pitts, tan metódicamente como hubiera segado un matorral con su hoz, le azotaba los tobillos con el cinturón. Lo único que había hecho ella era dar saltos como si estuviera sobre la plancha de una cocina al rojo vivo y gimotear como un perro apaleado. Pitts estuvo pegándole unos tres minutos, después se había vuelto, sin pronunciar palabra, había subido a la camioneta y la había dejado allí. La niña se deslizó hasta el pie del árbol, se cogió los pies con las manos y empezó a balancearse. El viejo se acercó subrepticiamente para sorprenderla. El rostro de la niña estaba crispado en un rompecabezas de bultitos rojizos, le moqueaba la nariz y tenía los ojos llorosos. Él apareció de repente ante ella y le espetó furioso:

—¿Por qué no l'has devuelto los golpes? ¿Es que no tienes valor? ¿Crees que yo dejaría que me pegara?

La niña se puso en pie de un salto y empezó a alejarse de él con la barbilla alzada.

—No m'ha pegao nadie.

—¿Acaso no l'he visto con mis propios ojos?

—Aquí no hay nadie y nadie m'ha pegao. No m'han pegao nunca, y si alguien lo hiciera lo mataría. Como ves, aquí no hay nadie.

—¿Cómo t'atreves a tacharme de mentiroso o de ciego? L'he visto con mis propios ojos. No t'has defendío, le has dejao hacerlo, t'has limitao a agarrarte a ese árbol, bailar un poquitín y lloriquear. Si hubiera sido yo, le habría roto las narices y…

—¡Aquí no hay nadie y nadie m'ha pegao y si alguien lo hiciera lo mataría! —gritó la niña.

Entonces dio media vuelta y desapareció en el bosque.

—¡Claro que sí, y yo soy un cerdito de porcelana de Polonia, y lo negro es blanco! —rugió el viejo tras ella y se sentó en una piedra bajo el árbol, asqueado y furioso. Esa era la venganza de Pitts contra él. Como si fuera él la persona que Pitts llevaba carretera abajo para azotar, como si fuera él quien se sometiera dócilmente a la paliza. Al principio había pensado que podría contener a Pitts diciéndole que, si pegaba a la niña los echaría de la propiedad, pero cuando lo hizo éste le respondió: «Adelante, écheme a mí y échela también a ella. Es mía y le pegaré tos los días del año si me da la gana».

El viejo aprovechaba todas las oportunidades posibles para hacer que Pitts sintiera su poder, y ahora había planeado una jugada que sería un buen golpe para Pitts. Precisamente estaba pensando en eso cuando le dijo a Mary Fortune que recordara lo que no le daría si no le obedecía, y añadió, sin esperar respuesta, que posiblemente vendería muy pronto otra parcela y que si lo hacía podría haber un premio para ella, siempre que no se pusiera impertinente. Con frecuencia discutía con ella, pero se trataba de un deporte, como si se pusiera un espejo delante de un gallo y se viera cómo luchaba contra su propia imagen.

—No quiero ningún premio —dijo Mary Fortune.

—Nunca t'he visto rechazar ninguno.

—Tampoco m'has visto pedirlo.

—¿Cuánto tienes guardado? —preguntó él.

—Eso a ti no te importa —dijo la niña, y le dio un golpe en los hombros con los pies—. No metas las narices en mis cosas.

—Apuesto a que l'has escondío en el colchón y l'has cosió —aventuró el abuelo —, igual que una vieja negra. Tendrías que llevarlo al banco. Voy abrirte una cuenta en cuanto termine esta transacción. Y nadie podrá controlarla, excepto tú y yo.

El *bulldozer* volvía a estar debajo de ellos y ahogaba lo que el viejo quería decir. Esperó y, cuando hubo pasado el ruido, no pudo aguantarse más.

—Voy a vender la parcela que queda justo delante de casa pa que pongan una gasolinera. Entonces no tendremos qu'ir carretera abajo pa llenar el depósito del coche, bastará con salir a a puerta.

La casa de los Fortune estaba situada a unos sesenta metros de la carretera, y eran precisamente esos sesenta metros los que pensaba vender. Era la parte que su hija llamaba pretenciosamente «el jardín», aunque no era más que un campo de hierbajos.

—¿Te refieres al jardín? —preguntó Mary Fortune al cabo de unos instantes.

—¡Sí, señora! Me refiero al jardín. —Y se dio una palmada en la rodilla.

Ella no dijo nada y él se volvió para mirarla. En la pequeña abertura rectangular que quedaba entre el cabello, su propio rostro miraba al viejo, pero no era un reflejo de su expresión en aquel momento, sino de una expresión más hosca que traducía su disgusto.

—Allí es donde jugamos —masculló la niña.

—Tienes muchos otros sitios donde jugar —afirmó el viejo, molesto por su falta de entusiasmo.

—No podremos ver el bosque qu'hay al otro lao de la carretera.

El viejo la miró fijamente.

—¿El bosque al otro lao de la carretera?

—Perderemos la vista.

—¿La vista?

—El bosque —dijo ella—, no podremos ver el bosque desde el porche.

—¿El bosque desde el porche?

Y entonces la niña dijo:

—Mi papá pone a pastar los terneros en esa parcela.

La ira del viejo se retrasó unos instantes a causa de la sorpresa. Después estalló en un rugido. Se puso en pie de un salto, se volvió y dio un puñetazo sobre el coche.

—¡Puede llevarlos a pastar a otro sitio!

—Te vas a caer por el terraplén y no te va gustar —observó la niña.

El anciano caminó hacia el costado del coche sin quitarle los ojos de encima.

—¿Tú crees que a mí m'importa algo dónde pone a pastar sus terneros? ¿Crees

que dejaré que un ternero interfiera en mis negocios? ¿Crees que m'importa un pepino dónde ese necio pone a pastar sus terneros?

La niña no se movió, su rostro enrojecido era más oscuro que su pelo, y en esos momentos su expresión era un reflejo exacto de la de él.

—Aquel que llama a su hermano necio se expone al fuego del infierno —dijo la niña.

—¡No juzgues y no serás juzgado! —gritó el viejo, cuya cara tenía un tono más lívido que el de ella—. ¡Tú! ¡Tú que le permites que te pegue siempre que le da la gana y l'único que haces es lloriquear un poco y dar saltos!

—Ni él ni nadie m'han puesto nunca la mano encima —replicó ella con voz monótona, separando bien cada palabra—. Nunca m'han puesto la mano encima y si alguien lo hiciera lo mataría.

—Sí, y lo negro es blanco —dijo el viejo—, y la noche es día.

El *bulldozer* volvió a pasar cerca de ellos. Con sus rostros separados por sólo unos centímetros, mantuvieron la misma expresión hasta que el ruido se alejó. Entonces habló el viejo:

—¡Ya puedes volver andando a casa! ¡Me niego a llevar a una Jezabel!

—Y yo me niego a ir con la meretriz de Babilonia —espetó a niña; se deslizó hasta el suelo por el otro lado del coche y empezó a alejarse por el prado.

—¡Una meretriz es una mujer! ¡No tienes idea de na!

Pero ella no se dignó volver la cabeza para responderle, y, al ver la pequeña y robusta figura atravesar con paso firme el campo salpicado de amarillo en dirección al bosque, el viejo sintió que, a pesar suyo, el orgullo que sentía por ella volvía a él como la leve marea del nuevo lago; todo el orgullo, excepto aquella parte relacionada con la negativa de la niña a enfrentarse a Pitts; esta parte formaba una especie de corriente subterránea. Si hubiera logrado enseñarle a enfrentarse a Pitts como se enfrentaba a él, habría sido una niña perfecta, tan valiente y con tanto carácter como cualquiera pudiera desear. Era su único defecto. Era la única cosa en la que no se parecía a él. Volvió la cabeza y miró hacia el bosque, por encima del lago, y se dijo que al cabo de cinco años en lugar del bosque habría casas, tiendas y aparcamientos, y que en gran medida sería gracias a él.

Pensaba enseñar a la niña a ser valiente con su ejemplo y como ya estaba completamente decidido, anunció aquel mismo mediodía, en la mesa, que había entablado negociaciones con un hombre llamado Tilman para vender la parcela de delante de la casa, donde pensaban construir una gasolinera.

Su hija, sentada a un extremo de la mesa, con su cara de cansancio habitual, lanzó un gemido como si le hurgaran lentamente el pecho con un cuchillo romo.

—¿Te refieres al jardín? —gimió, y se reclinó contra el respaldo de la silla; luego repitió con voz casi inaudible—: Se refiere al jardín.

Los otros seis niños Pitts empezaron a lloriquear y a vociferar: «¿Dónde vamos a jugar?». «¡No dejes que lo haga, papá!». «¡No podremos ver la carretera!», y otras

idioteces por el estilo. Mary Fortune no abrió la boca. Tenía una expresión obstinada y reservada, como si estuviera tramando algo. Pitts dejó de comer y se quedó con la mirada fija al frente. Tenía el plato lleno, pero sus puños estaban inmóviles como dos oscuras piedras de cuarzo, una a cada lado. Sus ojos empezaron a moverse de uno a otro de sus hijos, como si buscara a uno en particular. Por fin se pararon en Mary Fortune, que estaba sentada al lado de su abuelo.

—Tú nos has hecho esto —masculló.

—Yo no he sido —dijo la niña, pero su voz no denotaba seguridad. Era sólo un temblor, la voz de una niña asustada.

Pitts se levantó y dijo:

—Ven conmigo.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta desabrochándose el cinturón. Para desesperación del viejo, la niña se escurrió de la mesa y lo siguió casi corriendo, traspuso la puerta y subió a la camioneta detrás de su padre. Se alejaron.

Esa cobardía afectó al señor Fortune como si fuera propia. Se sintió físicamente enfermo.

—Pega a una niña inocente —dijo a su hija, que al parecer no se había recuperado todavía del golpe— y ninguno de vosotros levanta un solo deo pa detenerlo.

—Tú tampoco lo has levantao —susurró uno de los muchachos con voz apagada, y hubo un murmullo general entre aquel coro de ranas.

—Yo soy un viejo que padece del corazón, no tengo fuerzas pa detener a un buey.

—Fue ella la que te convenció —murmuró su hija con un tono de lánguida apatía, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás sobre el borde del respaldo de la silla —. Ella te convence de to.

—¡Ninguna niña me convence de na! ¡Vaya madre! ¡Eres una calamidad! La niña es un ángel. ¡Una santa! —gritó con una voz tan aguda que se le quebró, y salió precipitadamente de la habitación.

Tuvo que permanecer tumbado en la cama el resto de la tarde. El corazón, cada vez que sabía que habían azotado a la niña, parecía volverse demasiado grande para el espacio que debía contenerlo. Pero ahora estaba más empeñado que nunca en que se construyera la estación de servicio delante de la casa, y, si a Pitts le daba un ataque, tanto mejor. Si le daba un ataque y se quedaba paralítico, lo tendría merecido, y no podría volver a pegar a la cría.

Los enfados de Mary Fortune con él nunca duraban mucho, ni eran muy serios. Así pues, aunque no la vio durante el resto del día, al despertar a la mañana siguiente, ella estaba sentada a horcajadas sobre su pecho y le ordenó que se diera prisa porque tenían que ir a ver la mezcladora de cemento.

Los obreros estaban poniendo los cimientos para el club de pesca cuando llegaron y la mezcladora de cemento ya estaba funcionando. Tenía el tamaño y el color de un elefante de circo. Observaron cómo daba vueltas durante una media hora. A las once y media el viejo tenía una cita con Tilman para hablar de la transacción y se tuvieron

que ir. No le dijo a Mary Fortune adónde iban, sólo que tenía que ver a un hombre.

El negocio de Tilman era una mezcla de almacén de pueblo, estación de servicio, chatarrería, compra y venta de coches y salón de baile, y estaba a siete kilómetros por la autopista que enlazaba con la carretera de tierra que pasaba por delante de la propiedad de los Fortune. Como esta carretera de tierra pronto sería pavimentada, buscaba un buen sitio para enclavar otro negocio como aquél. Era un hombre emprendedor, de ésos, pensaba el señor Fortune, que nunca iban a la par del progreso, sino un poco más adelante, para poder estar allí y recibirlo cuando llegara. Arriba y abajo de la autopista había letreros que anunciaban que Tilman estaba sólo a cinco kilómetros, a cuatro, a tres, a dos, a uno; luego atento, tilman está cerca, ¡después de la curva!, y por último, ¡aquí está Tilman, amigos! en resplandecientes letras rojas.

Tilman estaba flanqueado por sendos campos de viejos chasis de coche, una especie de pabellón para automóviles incurables. También vendía adornos para el jardín, grullas y gallinas de piedra, urnas, jardineras, molinillos de viento y, más lejos de la carretera, para no deprimir a los clientes del salón de baile, había una hilera de lápidas y monumentos sepulcrales. La mayor parte de sus negocios se llevaban a cabo al aire libre, de modo que la construcción de la tienda no había supuesto un desembolso excesivo. Era una estructura de madera de una sola habitación, a la que había añadido, detrás, un largo pabellón de hojalata acondicionado como sala de baile. Éste estaba dividido en dos secciones, para negros y para blancos, ambas con su propia gramola. Tenía una barbacoa y vendía bocadillos calientes y bebidas no alcohólicas.

Cuando llegaron al cobertizo de Tilman, el viejo miró de reojo a la niña, que estaba sentada a su lado con los pies sobre el asiento y la cabeza apoyada sobre las rodillas. No sabía si ella recordaba que era a Tilman a quien iba a vender la parcela.

—¿Pa qué paras aquí? —preguntó ella de repente, arrugando la nariz como si hubiera olido al enemigo.

—No es asunto tuyo. Quédate en el coche y cuando salga te traeré una cosa.

—No me traigas na —replicó la niña hoscamente—, porque no estaré aquí.

—¡Ja! Estás aquí y no puedes hacer otra cosa que esperarme.

El viejo salió sin hacerle más caso y entró en la oscura tienda donde Tilman lo esperaba.

Cuando salió media hora más tarde, la niña no estaba en el coche. «Estará escondía», decidió. Empezó a rodear la tienda para ver si estaba en la parte de atrás. Asomó la cabeza en las dos secciones del salón de baile y buscó entre las lápidas. Entonces paseó la mirada por el campo de automóviles en ruinas y comprendió que podía estar dentro o detrás de cualquiera de los doscientos que allí había. Volvió a la parte delantera de la tienda. Un muchacho negro que bebía una bebida rosada estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la nevera sudorosa.

—¿Dónde s'ha ido la niña, muchacho?

—No he visto a ninguna niña.

Irritado, el viejo buscó una moneda en el bolsillo, se la tendió y dijo:

—Una niña guapa con un vestido amarillo.

—Si se refiere a una niña gorda que se parece a usté —dijo el chico—, se fue en una camioneta con un hombre blanco.

—¿Qué clase de camioneta, qué clase de hombre blanco? —gritó el abuelo.

—Era una camioneta verde —respondió el chico después de pasarse la lengua por los labios—, y un hombre blanco que ella llamó «papaíto». Se fueron por allí hace un rato.

El viejo entró temblando en el coche e inició la vuelta a casa. Sus sentimientos se dividían entre la furia y la humillación. Nunca antes lo había abandonado y, desde luego, nunca por Pitts. Pitts le habría ordenado que subiera a la camioneta y ella habría tenido miedo de decirle que no. Sin embargo, al llegar a esta conclusión, se enfureció todavía más. ¿Qué diablos le pasaba a esa niña que no era capaz de enfrentarse a Pitts? ¿Por qué existía ese único defecto en su carácter si él la había educado tan jien en todo lo demás? Era un misterio inquietante.

Cuando llegó a la casa y subió por las escaleras, la encontró sentada en el balancín mirando con cara triste el campo que él iba a vender. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero no se veían verdugones en las piernas. Él se sentó a su lado en el balancín. Quería emplear un tono de voz severo, pero le salió apenado, como si se tratara de un pretendiente que intentara volver a ganarse su favor.

—¿Por qué m’has dejao? Nunca m’habías dejao.

—Porque me dio la gana —dijo ella mirando al frente.

—Nunca l’habías hecho. Él t’obligó.

—Ya te dije que me iría y me fui —dijo ella despacio, recalcando las palabras y sin mirarle—. Y ahora lárgate y déjame.

Había algo irrevocable en el tono de su voz, un tono que nunca había aparecido en sus disputas anteriores. Miraba fijamente más allá de la parcela, donde no había más que gran profusión de hierbajos rosados, amarillos y morados, y más allá de la carretera roja, hacia la línea hostil del bosque de pinos de tronco negro y copas verdes. Detrás de esa línea se extendía la línea gris azulada de los bosques más lejanos, y más allá sólo se veía cielo, vacío a excepción de una o dos nubes desflecadas. La niña contemplaba el paisaje como si se tratara de una compañía preferible a la de él.

—La parcela es mía, ¿no? —preguntó el viejo—. ¿Por qué estás tan enfada porque la venda?

—Porque es el jardín. —A la niña se le empezaron a humedecer la nariz y los ojos, pero mantuvo el rostro rígido y relamía los goterones en cuanto llegaban al alcance de su lengua—. No podremos ver el otro lado de la carretera.

El viejo miró al otro lado de la carretera para asegurarse una vez más de que allí no había nada que ver.

—Nunca t’había visto comportarte así —dijo con tono de incredulidad—. Allí no

hay más que bosque.

—Pero no podremos verlo, y esto es el jardín, y mi papá pone a pastar ahí a los terneros.

Al oír esto el viejo se levantó.

—T'estás comportando más como una Pitts que como una Fortune.

Nunca le había dicho nada tan desagradable, y le pesó en cuanto lo hubo dicho. Le dolió más a él que a ella. El viejo dio media vuelta, entró en la casa y subió a su habitación.

Por la tarde se levantó varias veces de la cama y se asomó a la ventana para mirar por encima del «jardín» el bosque que ella había dicho que ya no podrían ver. Siempre veía lo mismo: un bosque, no una montaña, no una cascada, no un arbusto o una flor de jardín, sólo un bosque. A aquella hora de la tarde la luz del sol se entretejía entre los árboles, y los delgados troncos de pino destacaban en toda su desnudez. «Un tronco de pino no es más qu'un tronco de pino —se dijo—, y todo el que en estos alrededores quiera ver uno no tiene que ir demasiao lejos». Cada vez que se levantaba y miraba por la ventana, se convencía más de lo inteligente que era la resolución de vender la parcela. El disgusto que esto causaba a Pitts sería permanente, pero podría consolar a Mary Fortune comprándole algo. Cuando se trataba de adultos, el camino llevaba siempre al cielo o al infierno, pero con los niños nunca faltaban altos en el camino y se les podía distraer con cualquier nimiedad.

La tercera vez que se levantó para contemplar el bosque, eran casi las seis y los descarnados troncos parecían surgir de una fuente de luz roja que manaba del sol casi oculto tras ellos. El viejo estuvo un rato con la mirada fija, como si por un largo instante se hubiera visto sorprendido por el fragor de todo lo que llevaba al futuro y lo retuvieran allí envuelto en un misterio incómodo que antes no había comprendido. Era, en su alucinación, como si alguien estuviera herido detrás del bosque y los árboles chorrearan sangre. Unos minutos después, esta impresión desagradable quedó rota por la presencia de la camioneta de Pitts, que se paró con un chirrido debajo de su ventana. Volvió a la cama y cerró los ojos, y tras sus párpados cerrados surgieron los infernales troncos rojos en medio de un bosque negro.

A la hora de la cena nadie le dirigió la palabra, ni siquiera Mary Fortune. Comió deprisa, volvió a su habitación y pasó el resto de la noche enumerando para sí las ventajas de disponer, en el futuro, de un establecimiento Tilman tan cerca. No tendrían que ir lejos para comprar gasolina. Cada vez que necesitaran una barra de pan, sólo tendrían que salir por la puerta principal y entrar por la puerta trasera de Tilman. Podrían vender leche a Tilman. Tilman era un tipo simpático. Pronto pavimentarían la carretera. Viajeros de todos los rincones del país se detendrían en Tilman. Si su hija creía que valía más que Tilman, no le vendría mal que alguien le bajara los humos un poco. «Todos los hombres fueron creados libres e iguales». Cuando esta frase sonó en su cabeza, su espíritu patriótico se impuso y se dio cuenta de que tenía el deber de vender la parcela, de que tenía que asegurar el futuro. Miró

por la ventana la luna, que brillaba sobre el bosque al otro lado de la carretera, y durante un rato escuchó el canto de los grillos y de las ranas, y por debajo del alboroto que armaban percibía el pulso de la futura ciudad de Fortune.

Se metió en la cama, seguro de que, como siempre, despertaría por la mañana mirándose en aquel espejito rojo enmarcado por finos cabellos. Ella ya habría olvidado lo de la venta y después del desayuno irían al pueblo para recoger los papeles del juzgado. A la vuelta, pararían en la tienda de Tilman y cerrarían el trato.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, sólo vio el techo vacío. Se incorporó con dificultad y miró por toda la habitación, pero ella no estaba. Se inclinó por el borde de la cama y miró debajo. Tampoco estaba allí. Se levantó, se vistió y salió. La niña estaba sentada en el balancín del porche, exactamente como el día anterior, mirando el bosque que quedaba más allá del jardín. El viejo se sentía profundamente irritado. Todas las mañanas, desde que ella supo trepar, el abuelo había despertado para encontrar a la pequeña encima de su cama o debajo de ella. Estaba claro que esa mañana prefería la vista del bosque. Decidió pasar por alto su comportamiento y hablar de ello más tarde, cuando se le hubiera pasado la rabieta. Se sentó en el balancín a su lado, pero ella siguió mirando el bosque.

—He pensao que podríamos ir a la ciudad pa echar una ojeada a los barcos que hay en la tienda nueva.

La niña no volvió la cabeza, pero preguntó con recelo en voz muy alta:

—¿A qué otra cosa vas?

—A na más.

Después de un momento de silencio, la niña dijo:

—Si eso es to, iré contigo. —Pero no se dignó mirarlo.

—Muy bien, ponte los zapatos. No pienso ir a la ciudad con una mujer descalza.

Ella no se molestó en reírle el chiste.

El tiempo era tan indiferente como el estado de ánimo de la niña. Por el aspecto del cielo, tanto podía ponerse a llover como no llover en absoluto. Tenía un gris desagradable y el sol no se había dignado aparecer. Durante el trayecto, la niña permaneció con la vista fija en sus pies, extendidos ante ella, enfundados en los pesados zapatos marrones de la escuela. El viejo la había sorprendido muchas veces manteniendo una conversación con sus pies, y ahora le parecía que dialogaba en silencio con ellos. De vez en cuando movía los labios, pero a él no le dijo nada, y dejó que todos los comentarios del viejo resbalaran sobre ella como si no los hubiera oído. El abuelo decidió que le iba a costar bastante comprar de nuevo su buen humor, y que sería mejor hacerlo con un barco, puesto que él también quería uno. Mary Fortune no paraba de hablar de barcos desde que el agua había llegado a su propiedad. Lo primero que hicieron fue ir a la tienda.

—¡Enséñenos los yates pa pobres! —gritó jovialmente al dependiente en cuanto entraron.

—¡Todos son pa pobres! —repuso el dependiente—. ¡Usté será pobre cuando

haya comprao uno!

Era un joven robusto, vestido con una camisa amarilla y unos pantalones azules, y era muy ocurrente. Intercambiaron varios comentarios agudos en un rápido tiroteo. El señor Fortune miró a Mary Fortune para ver si su rostro se había animado. Estaba mirando distraída el costado de un barco con motor fuera borda que había en la pared de enfrente.

—¿No le interesan los barcos a la señorita? —preguntó el dependiente.

Ella dio media vuelta, salió lentamente de la tienda y se metió en el coche. El viejo la siguió con una mirada asombrada. No podía creer que una niña de su inteligencia reaccionara así ante la simple venta de un campo.

—Me parece qu'está enferma —dijo—. Volveremos en otro momento.

Se dirigió al coche.

—Vayamos a comprar un helao —propuso mirándola con preocupación.

—Yo no quiero ningún helao.

El objetivo del viejo era encaminarse al juzgado, pero no quería que la niña se diera cuenta.

—¿Te gustaría dar una vuelta por la tienda de todo a diez centavos mientras yo hago un recado? Puedes comprarte algo con los veinticinco centavos que he traído.

—No tengo na que hacer en esa tienda y no quiero tus veinticinco centavos.

Si el barco no le interesaba, tendría que haber pensado que los veinticinco centavos todavía le interesarían menos, y se recriminó a sí mismo por esa estupidez.

—¿Qué te pasa, muchacha? —preguntó con dulzura—. ¿No t'encuentras bien?

La niña se volvió, le miró a la cara y dijo con una ferocidad lenta y concentrada:

—Es el jardín. Mi papá pone a pastar sus terneros allí. Ya no podremos ver el bosque.

El viejo no pudo reprimir más su enojo.

—¡Te pega! —le gritó—. ¡Y a ti te preocupa dónde va a poner sus terneros!

—No m'han pegao jamás y si alguien lo hiciera lo mataría.

Un hombre de setenta y nueve años no puede dejar que una niña de nueve lo pisotee. El rostro del viejo adquirió una expresión tan obstinada como la de la niña.

—¿Eres una Fortune o una Pitts? Decídete.

La voz de ella sonó firme y desafiante:

—Soy Mary-Fortune-Pitts.

—¡Pues yo soy cien por cien Fortune! —gritó el viejo.

No había nada que ella pudiera decir ante tal afirmación, y así lo demostró. Por un instante pareció completamente derrotada, y el viejo vio con una claridad inquietante que su semblante era el de los Pitts. Lo que veía era el semblante de los Pitts, puro y simple, y se sintió personalmente manchado por él, como si lo hubiera descubierto en su propio rostro. Se volvió asqueado, dio marcha atrás y se dirigió directamente al juzgado.

El juzgado era un edificio de fachada roja y blanca, situado en el centro de una

plaza de la que había desaparecido casi toda la hierba. Aparcó delante y dijo en tono imperioso:

—Quédate aquí. —Y salió dando un portazo.

Tardó media hora en obtener el título de la propiedad y redactar el contrato de venta, y cuando volvió al coche la niña estaba sentada en el asiento de atrás, en un rincón. La expresión de la parte de su rostro que él podía ver era retraída y lúgubre. También el cielo se había oscurecido y se había levantado un aire caliente y lento, como el que se siente cuando se avecina un tornado.

—Será mejor que nos vayamos antes de que nos pille la tormenta —dijo el viejo, y añadió con énfasis—: Todavía tengo que pararme en otro sitio antes de volver a casa.

Ante el silencio que obtuvo por respuesta, cualquiera habría dicho que llevaba en el coche un pequeño cadáver.

Mientras se dirigían hacia la tienda de Tilman, repasó una vez más las múltiples razones que lo llevaban a actuar como lo hacía y no logró encontrar nada objetable en ninguna de ellas. Decidió que, aunque la actitud de la niña no duraría toda la vida, a él sí le había decepcionado para siempre, y que, cuando a Mary Fortune se le pasara el enfado, tendría que pedirle disculpas. Y decidió que ya no habría lancha. Poco a poco empezaba a darse cuenta de que la raíz de todos sus problemas con la niña estaba en que no se había mostrado lo bastante firme. Había sido demasiado generoso. Estaba tan absorto en estos pensamientos que no reparó en los letreros que indicaban cuántos kilómetros faltaban para la tienda de Tilman, hasta que el último apareció alegremente ante sus narices: ¡aquí está tilman, amigos!

Metió el coche en el cobertizo. Bajó sin dirigir la mirada a Mary Fortune y entró en la tienda oscura donde Tilman, apoyado en el mostrador ante tres estantes con conservas, lo estaba esperando.

Tilman era hombre de acción y pocas palabras. Habitualmente se sentaba con los brazos cruzados apoyados sobre el mostrador y por encima de ellos su cabeza insignificante se movía de un lado a otro como la de un reptil. Su rostro tenía forma de triángulo, con la punta hacia abajo, y la parte superior del cráneo estaba cubierta de un casquete de pecas. Los ojos eran verdes y parecían rendijas, y la lengua asomaba siempre por su boca entreabierta. Tenía el talonario a mano y se pusieron a hablar del negocio enseguida. No tardó mucho en examinar el título de propiedad y firmar el documento de la venta. Luego lo firmó el señor Fortune y se dieron la mano por encima del mostrador.

La sensación de alivio que experimentó el señor Fortune al estrechar la mano de Tilman fue enorme. Lo hecho, hecho estaba, y ya no podría haber más discusiones, ni con la niña ni consigo mismo. Pensó que había obrado por principios y que el progreso estaba asegurado.

En el momento en que se aflojó el apretón de manos, se produjo un súbito cambio en la expresión de Tilman y desapareció debajo del mostrador como si alguien le

hubiese tirado de los pies desde abajo. Una botella se estrelló contra los estantes de conservas que había detrás de donde antes estaba el hombre. El viejo se volvió rápidamente. Mary Fortune estaba en la puerta, con el rostro encendido y una expresión iracunda, preparada para lanzar otra botella. Cuando él se agachó, se rompió a sus espaldas sobre el mostrador y la niña ya estaba cogiendo otra de la caja. Se precipitó sobre ella, pero Mary Fortune voló al otro extremo de la tienda gritando algo ininteligible y tirando todo cuanto encontraba a su alcance. El viejo volvió a lanzarse hacia ella y esta vez la agarró por el borde del vestido y la sacó a rastras de la tienda. La sujetó entonces con más fuerza y aupó a la niña gimoteante y sin aliento, pero de pronto desmadejada en sus brazos, y recorrió los escasos metros que lo separaban del coche. Se las arregló para abrir la portezuela y depositarla dentro. Corrió al otro lado, entró en el coche y se alejó a toda prisa.

Tenía la sensación de que su corazón era del tamaño del coche y de que lo arrastraba a gran velocidad hacia un destino inevitable. Durante los primeros cinco minutos no pensó en nada, se limitó a pisar el acelerador como si fuera el pasajero de su propia furia. Poco a poco, la capacidad de pensar volvió a él. Mary Fortune, hecha un ovillo en un rincón, sorbía por la nariz y jadeaba.

En toda su vida había visto a un niño portarse así. Ni sus hijos ni los de los demás habían desplegado un genio tal en su presencia, y ni por un instante hubiera podido imaginar que la niña que él había educado, la que había sido su constante compañera durante nueve años, iba a ponerlo en ridículo como lo había hecho. ¡Precisamente la niña a la que nunca había levantado la mano!

Entonces se dio cuenta, con esa comprensión repentina que a veces llega con retraso, de que ése había sido su error.

Ella respetaba a Pitts porque, incluso sin causa justificada, la azotaba, y si él, con una causa más que justificada, no la azotaba ahora, a nadie podría culpar en el futuro, salvo a sí mismo, si la niña se convertía en un demonio. Comprendió que había llegado el momento, comprendió que ya no podía evitar darle una paliza, y, al desviarse de la autopista para entrar en la carretera sin pavimentar que llevaba a la casa, se juró a sí mismo que cuando acabara con ella no se le volvería a ocurrir tirar una botella.

Avanzó a toda velocidad por la carretera de arcilla hasta llegar al punto donde empezaba su propiedad; entonces enfiló un sendero lateral, lo bastante ancho para que pasara el automóvil y lleno de baches, y se internó casi un kilómetro en el bosque. Paró en el lugar exacto donde había visto a Pitts levantar el cinturón contra la niña. El sendero se ensanchaba allí lo suficiente para que pasaran dos coches o uno pudiera dar la vuelta. Era un calvero rojo y feo, rodeado de pinos delgados y larguiruchos que parecían haberse reunido para ser testigos de lo que pudiera ocurrir. Algunas piedras destacaban en la arcilla.

—Baja —dijo estirando el brazo por encima de ella para abrir la portezuela.

Mary Fortune se apeó sin mirarlo ni preguntarle qué hacían allí; él bajó por su

lado y se colocó delante del coche.

—¡Ahora voy a pegarte! —dijo, y su voz sonó más fuerte y grave que de costumbre, con una vibración especial que parecía elevarse y atravesar las copas de los pinos. No quería verse sorprendido por un chaparrón mientras le pegaba, y añadió —: Date prisa y ponte contra aquel árbol.

Empezó a quitarse el cinturón.

Mary Fortune parecía comprender con mucha lentitud lo que se proponía hacer su abuelo, como si la idea tuviera que abrirse paso entre la niebla en su cabeza. No se movió, pero poco a poco su expresión de desconcierto empezó a desvanecerse. Si unos segundos antes tenía el rostro encendido y desencajado, ahora no había en él ni un atisbo de vacilación y sólo reflejaba seguridad, una expresión que rebasó lentamente la determinación y llegó a la certeza.

—A mí jamás m'ha dao nadie una paliza, y si alguien lo intenta lo mataré.

—No me repliques —dijo el viejo, y empezó a andar hacia ella. Le fallaban las rodillas, como si pudieran doblarse hacia atrás o hacia delante.

Mary Fortune retrocedió exactamente un paso y, mirándolo con fijeza, se quitó las gafas y las dejó caer detrás de una roca pequeña, cerca del árbol donde le había mandado que se pusiera.

—Quítate las gafas —le dijo ella.

—¡No me des órdenes! —replicó el abuelo con voz chillona, y le azotó torpemente los tobillos con el cinturón.

Ella se le echó encima con tal rapidez que el viejo no hubiera podido recordar cuál fue el primer golpe que sintió, si el peso de todo su cuerpo sobre él, los aguijonazos de sus pies o el vapuleo de su puño contra su pecho. Él blandió el cinturón en el aire, sin saber hacia dónde dirigirlo, en un intento de liberarse de ella para poder decidir entonces por dónde agarrarla.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Te digo que me sueltes!

Pero ella parecía estar en todas partes, embestirle por todas direcciones a la vez. Era como si, en lugar de una sola niña, le atacara una jauría de pequeños demonios, provistos todos ellos de recios zapatos marrones escolares y de pequeños puños como piedras. Las gafas volaron por el aire.

—Te dije que te las quitaras —gruñó ella sin dejar de golpearle.

Él se agarró la rodilla y bailó sobre un solo pie, mientras una lluvia de golpes le caía sobre el estómago. Sintió que cinco garras se le hincaban en el brazo mientras ella le daba puntapiés en las rodillas maquinalmente y le golpeaba el pecho una y otra vez con el puño libre. Horrorizado, vio que la cara de Mary Fortune se alzaba ante la suya, enseñando los dientes, y rugió como un toro cuando le mordió en la mandíbula. Le pareció que era su propia cara la que le mordía en diversos lugares a la vez, pero no podía atender a eso porque recibía patadas sin discriminación, tanto en el estómago como en la entrepierna. De pronto, se tiró al suelo y empezó a revolcarse como un hombre envuelto en llamas. Inmediatamente ella se le subió encima y rodó

con él, sin dejar de dar patadas. Ahora tenía dos puños libres para golpearle el pecho.

—¡Soy un viejo! —dijo el abuelo con voz chillona—. ¡Déjame en paz!

Pero ella no paraba. E inició un nuevo asalto contra su mandíbula.

—¡Para, para! —exclamó el viejo entre jadeos—. ¡Soy tu abuelo!

Mary Fortune hizo un alto, su rostro justo encima del suyo. Un ojo pálido e idéntico miró un ojo pálido e idéntico.

—¿Ya tienes bastante? —le preguntó.

El viejo contempló su propia imagen. Una imagen triunfante y hostil.

—T'han pegao —dijo la imagen—. T'he pegao yo. —Luego añadió, recalcando cada palabra—: Y yo soy cien por cien Pitts.

En esta pausa, ella aflojó la presa y él la cogió por la garganta. Con una fuerza repentina, logró darse la vuelta e invertir las posiciones, de modo que ahora tenía debajo aquella cara, que era la suya propia pero que se había atrevido a llamarse Pitts Con las manos todavía firmes en torno a su cuello, le levantó la cabeza y la golpeó con fuerza contra la roca que casualmente había debajo. La golpeó aún dos veces más. Luego, mirando aquel rostro en el que los ojos, que poco a poco quedaban en blanco, no parecían prestarle la menor atención, dijo:

—No hay ni un gramo de Pitts en mí.

Siguió mirando fijamente su imagen conquistada, hasta que advirtió que, a pesar de su absoluto silencio, no asomaba en ella el menor remordimiento. Las pupilas habían vuelto a aparecer y estaban fijas en una mirada vidriosa que ya no lo veía.

—Esta vez habrás aprendido la lección —dijo el viejo, y en su voz había un matiz de duda.

Penosamente consiguió sostenerse sobre sus piernas doloridas y vacilantes y dio dos pasos, pero su corazón, que ya había empezado a agrandarse en el coche, seguía aumentando. Volvió el rostro y contempló largo rato la pequeña figura inmóvil, que tenía la cabeza apoyada contra la piedra.

Cayó de espaldas y su mirada recorrió impotente los desnudos troncos de los pinos hasta llegar a las copas, y su corazón, con un movimiento convulsivo, volvió a crecer. Crecía con tal rapidez que el viejo tenía la sensación de que lo arrastraba por el bosque, de que él mismo corría a toda velocidad con aquellos horribles pinos hacia el lago. Presintió que allí habría un pequeño claro, un lugar de reducidas dimensiones por el que podría escapar y dejar el bosque tras él. Lo veía ya en la lejanía, un pequeño claro donde el cielo blanco se reflejaba en el agua. Se hacía más grande a medida que corría hacia él, hasta que de repente el lago entero se abrió ante su vista y avanzó majestuoso en pliegues ondulantes hacia sus pies. De pronto recordó que no sabía nadar y que no había comprado la lancha. Vio que los árboles desnudos que lo rodeaban se habían multiplicado hasta convertirse en filas oscuras y misteriosas que cruzaban el agua y desaparecían en la distancia. Miró alrededor desesperadamente en busca de ayuda, pero en el lugar no había nadie, sólo un enorme monstruo amarillo, tan inmóvil como él, que, a su lado, se zampaba la arcilla.

EL ESCALOFRÍO INTERMINABLE[23]

El tren en que venía Asbury paró de tal modo que la puerta del vagón quedó justo donde su madre lo esperaba. El rostro delgado y con gafas que lo recibía estaba iluminado por una amplia sonrisa que desapareció al ver la figura de él intentando mantener el equilibrio detrás del revisor. La sonrisa se esfumó con tanta rapidez, la expresión de asombro que la sustituyó era tan completa, que Asbury se dio cuenta por primera vez de que debía de parecer tan enfermo como estaba. El cielo era de un gris frío, y el sol, de un blanco dorado increíble, asomaba como un extraño príncipe oriental por encima de los negros bosques que rodeaban Timberboro. Proyectaba una rara luz sobre la única fila de casuchas de ladrillo y madera. Asbury intuyó que estaba a punto de ser testigo de una majestuosa transformación, como si la planicie de tejados pudiera convertirse de un momento a otro en las elevadas torres de un templo exótico a un dios desconocido. La ilusión duró sólo un instante antes de que su atención volviera a centrarse en su madre.

Ella había lanzado un grito ahogado. Parecía atónita. A él le satisfizo que hubiera visto la muerte en su rostro con tanta rapidez. Su madre, a la edad de setenta años, iba a ser presentada a la realidad, y él suponía que si la experiencia no acababa con ella la ayudaría en el proceso de su maduración. Bajó del tren y la saludó.

—No tienes muy buen aspecto —observó ella, con una mirada larga y escrutadora.

—No tengo ganas de hablar —dijo él inmediatamente—. He tenido mal viaje.

La señora Fox observó que tenía el ojo izquierdo inyectado en sangre. Estaba abotargado y pálido, y en su pelo comenzaba a haber entradas, una tragedia para un chico de veinticinco años. El triángulo rojizo y estrecho de cabello que quedaba se proyectaba hacia abajo en una punta que parecía alargarle la nariz y darle una expresión irascible que corría pareja con el tono de voz que había empleado para dirigirse a ella.

—Debía de hacer mucho frío allá arriba —dijo ella—. ¿Por qué no te quitas el abrigo? Aquí no hace frío.

—¡No necesito que me digas la temperatura que hace! —replicó él con voz estridente—. ¡Soy lo bastante mayor para saber cuándo quiero quitarme el abrigo!

El tren se deslizó silencioso a sus espaldas y dejó al descubierto dos manzanas idénticas de tiendas destartaladas. Contempló la mancha de aluminio que se perdía en el bosque. Tuvo la sensación de que se esfumaba para siempre su última conexión con un mundo más grande. Se volvió hacia su madre con gesto adusto, irritado consigo mismo por haberse permitido, aunque sólo fuera por un instante, ver un templo imaginario en aquella estación rural desvencijada. Se había hecho a la idea de la muerte, pero no se había hecho a la idea de una muerte aquí.

Hacía casi cuatro meses había presentido que se acercaba el final. Sólo en su piso helado, encogido bajo dos mantas y el abrigo, con tres capas del New York Times

encima, había tenido cierta noche un escalofrío, al que siguió un sudor intensísimo que dejó las sábanas empapadas, y había eliminado de su mente cualquier duda acerca de cuál era su verdadero estado físico. Antes de aquella noche, había experimentado una disminución gradual de su energía y unos dolores de cabeza vagos e intermitentes. Había faltado tantos días a su trabajo en la librería que lo había perdido. Desde entonces había vivido, si aquello podía llamarse vivir, de sus ahorros, y esos ahorros, que habían menguado día a día, eran lo único que lo había separado de casa. Ahora ya no le quedaba nada. Estaba aquí.

—¿Dónde está el coche? —masculló.

—Un poco más allá —respondió la madre—. Y tu hermana está dormida en el asiento d'atrás, porque no me gusta salir sola tan temprano. No hace falta despertarla.

—No. No despertéis a la bestia.

Recogió sus dos abultadas maletas y empezó a cruzar la carretera. Pesaban demasiado para él y, cuando llegaron al coche, su madre vio que estaba exhausto. Nunca había llegado a casa con dos maletas. Desde la primera vez que se había ido a la universidad, siempre había regresado con lo indispensable para una estancia de dos semanas, y con una expresión resignada y pétrea que decía a las claras que estaba dispuesto a soportar la visita exactamente durante catorce días.

—Has traído más equipaje que de costumbre —observó ella, pero Asbury no dijo nada.

Abrió la portezuela del coche y colocó las dos maletas junto los pies de su hermana, echando primero a los pies, calzados con zapatos de girl *scout*, y después al resto de su persona una mirada asqueada de reconocimiento. Iba embutida en un traje de chaqueta negro y llevaba un trapo blanco en la cabeza, por el que asomaban los rulos de metal. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Los dos tenían las mismas facciones, pero las de ella eran más grandes. Era ocho años mayor que él y directora de la escuela de enseñanza primaria del condado. Asbury cerró la puerta suavemente para no despertarla, dio la vuelta alrededor del coche, se sentó en el asiento delantero y cerró los ojos.

La madre puso la marcha atrás y enfiló la carretera; unos minutos después él se dio cuenta de que entraban en la autopista. Entonces abrió los ojos. La carretera discurría entre dos campos amarillos.

—¿Te parece que Timberboro ha mejorao? —inquirió la madre.

Era la pregunta obligada y debía interpretarse de forma literal.

—Sigue aquí, ¿no? —dijo él con un tono desabrido.

—Hay dos tiendas que han cambiao de fachada —observó ella, y añadió con una vehemencia repentina—: ¡Has hecho muy bien volviendo a casa, donde podrás consultar a un buen médico! Te llevaré al doctor Block esta misma tarde.

—No voy a ir al doctor Block —dijo él intentando evitar que le temblara la voz —. Ni esta tarde ni nunca. ¿No crees que si hubiera querido ir a un médico habría ido allá arriba, donde algunos son buenos? ¿No sabes que en Nueva York tienen mejores

médicos?

—Él pondría un interés personal en tu caso. Ninguno de esos médicos de Nueva York hubiera puesto un interés personal.

—No quiero que ponga un interés personal en mí. —Y tras un instante de silencio, con la mirada fija en un campo borroso de matices morados, añadió—: Lo que me pasa a mí excede a Block. —Su voz se fue quebrando hasta convertirse casi en un sollozo.

No podía, como le había aconsejado su amigo Goetz, verlo todo como una ilusión, ni lo que había pasado antes ni las pocas semanas que le quedaban. Goetz estaba seguro de que la muerte en realidad no era nada. Goetz, cuya cara había estado siempre cubierta de manchas moradas, producto de miles de indignaciones, había vuelto de sus seis meses en Japón tan sucio como de costumbre, pero tan afable como el propio Buda. Goetz recibió la noticia del próximo fin de Asbury con tranquila indiferencia. Citando a alguien, dijo: «Aunque el bodhisattva conduce a un número infinito de criaturas al nirvana, en realidad no hay bodhisattvas conductores ni criaturas para ser conducidas». Sin embargo, preocupado por su bienestar, Goetz contribuyó con cuatro dólares y cincuenta centavos para llevarlo a una conferencia sobre el Vedanta. Había sido un gasto inútil. Mientras Goetz escuchaba extasiado al hombrecillo oscuro situado en la plataforma, la mirada aburrida de Asbury se había paseado por el público. Resbaló por varias muchachas vestidas con saris, un joven japonés, un hombre negroazulado con un fez y varias chicas que parecían secretarias. Por último, al final de una fila, se detuvo en una figura delgada con gafas vestida de negro, un cura. La expresión del cura era educada, pero demostraba un interés con reservas. Inmediatamente Asbury identificó sus propios sentimientos con aquella expresión taciturna de superioridad. Terminada la conferencia, algunos estudiantes se reunieron en el piso de Goetz, entre ellos el cura, que también allí se mostró reservado. Seguía con actitud educada la conversación sobre la muerte próxima de Asbury, pero habló muy poco. Una muchacha con sari comentó que la autorrealizacíón no venía a cuento, pues significaba la salvación y esta palabra carecía de sentido.

—La salvación —citó Goetz— es la destrucción de un prejuicio simple, y nadie se salva.

—¿Y qué dice usted a eso? —preguntó Asbury al cura devolviéndole su sonrisa reservada por encima de la cabeza de los demás. Los bordes de esta sonrisa parecían rozar alguna claridad helada.

—Existe —respondió el cura— la probabilidad real del nuevo hombre, asistido, naturalmente —añadió con voz trémula—, por la tercera persona de la Trinidad.

—¡Ridículo! —dijo la chica del sari.

Pero el cura la arrumbó con su sonrisa, que ahora denotaba cierta diversión. Cuando se levantó para marcharse, tendió en silencio a Asbury una tarjetita en la que había escrito su nombre, Ignatius Vogle, S. J., y una dirección. «Quizá —pensó

Asbury ahora—, debería haberla utilizado», pues el cura le parecía un hombre de mundo, alguien que hubiera comprendido la tragedia singular de su muerte, una muerte cuyo sentido desbordaba a aquel grupo parlanchín que los rodeaba. Y desbordaba mucho más a Block.

—Lo que me pasa a mí excede a Block —repitió.

La madre supo enseguida lo que quería decir: quería decir que iba a tener una crisis nerviosa. No dijo nada. No dijo que eso era precisamente lo que ella hubiera podido advertirle que ocurriría. Cuando la gente se cree inteligente —incluso cuando es inteligente—, nada de lo que otro diga puede hacer que vean las cosas como son, y en el caso de Asbury el problema era que, además de ser inteligente, tenía un temperamento artístico. Ignoraba de dónde lo había sacado, porque el padre del chico, que fue abogado, empresario, granjero y político a la vez, siempre había sido un hombre con los pies en la tierra. Y no hacía falta decir que ella también. Se las había arreglado, después de la muerte de su marido, para pagarles la universidad a los dos hijos y mucho más, pero había observado que cuanta más educación recibían menos cosas sabían hacer. Su padre había asistido a una escuela de pueblo hasta el grado octavo y sabía hacer de todo.

Ella podía haberle aconsejado a Asbury lo mejor para él. Podía haberle dicho: «Si salieras al sol o trabajaras durante un mes en la lechería, ¡serías otro hombre!», pero sabía muy bien cómo serían recibidas sus palabras. Iba a ser un estorbo en la lechería, pero le dejaría trabajar allí si él quería. Le había dejado trabajar el año anterior, cuando volvió a casa y estuvo escribiendo la obra de teatro. Había estado escribiendo una obra de teatro sobre los negros (por qué alguien quería escribir una obra de teatro sobre los negros era algo que a ella no le cabía en la cabeza) y había dicho que quería trabajar en la lechería con ellos y enterarse de qué cosas les interesaban. Lo que les interesaba era hacer lo menos posible, como ella o cualquiera le hubiera podido decir. Los negros lo habían soportado, y él había aprendido a poner las máquinas ordeñadoras y, en cierta ocasión, había lavado todas las latas de la leche, y hasta creía que una vez había mezclado el pienso. Luego una vaca le dio una patada y ya no volvió al establo. Ella sabía que, si ahora se metía en él, salía a arreglar la cerca o hacía cualquier otro trabajo —trabajo de verdad, no escribir—, quizá pudiera evitarse la crisis nerviosa.

—¿Qué ha pasao con la obra que estabas escribiendo sobre los negros? —le preguntó.

—Ahora no escribo obras de teatro. Y métete esto en la cabeza: no voy a trabajar en la lechería. No voy a tomar el sol. Estoy enfermo. Tengo fiebre y escalofríos, y estoy mareado; lo único que quiero es que me dejes en paz.

—Pues si de verdá estás enfermo, deberías ver al doctor Block.

—No voy a ver al doctor Block —atajó él, mientras se hundía en el asiento y fijaba la mirada al frente.

El coche giró y enfiló la carretera roja que discurría a lo largo de medio kilómetro

entre dos pastos. Las vacas que no daban leche estaban a un lado y las lecheras al otro. La madre aminoró la marcha y al final detuvo el coche al reparar en una vaca que tenía mal una pata.

—No la han atendío como es debido. ¡Mira esa bolsa!

Asbury volvió con brusquedad la cabeza hacia el otro lado pero allí había una pequeña Guernsey de ojos incoloros que lo miró fijamente, como si presintiera la existencia de algún vínculo entre ellos.

—¡Dios mío! —gritó con voz agonizante—. ¿Por qué no seguimos? ¡Son las seis de la mañana!

—Sí, sí —dijo su madre, y puso rápidamente el motor en marcha.

—¿Qu'es ese grito de dolor? —preguntó su hermana con su acento sureño desde el asiento de atrás—. Ah, eres tú. Bueno, volvemos a tener al artista entre nosotros. ¡Ahora estamos tos! —Su voz era nasal.

Él no dijo nada, ni siquiera volvió la cabeza. Eso era algo que había aprendido bien. A no contestarle nunca.

—¡Mary George! —dijo la madre en tono cortante—. Asbury está enfermo. Déjalo en paz.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mary George.

—¡Allí está la casa! —dijo la madre, como si todos, menos ella, estuvieran ciegos.

Se levantaba en lo alto de una colina, una alquería blanca de dos plantas con un amplio porche y unas columnas bonitas. La madre siempre se acercaba a la casa con un sentimiento de orgullo, y en más de una ocasión le había dicho a Asbury: «¡Aquí tienes una casa por la que muchos de los d'allá arriba darían un ojo de la cara!».

Ella había ido una vez a aquel lugar horrible donde él vivía en Nueva York. Habían subido cinco pisos por las oscuras escaleras de piedra, pasando en cada rellano junto a cubos de basura abiertos, para llegar por fin a dos habitaciones húmedas y un lavabo con inodoro.

—En casa no vivirías así —había murmurado ella.

—¡No! —dijo él con cara extasiada—. ¡No sería posible!

La madre suponía que el problema era que ella no comprendía lo que era ser una persona sensible ni las rarezas de un artista. Su hermana decía que Asbury no era un artista, que no tenía talento, y que precisamente era eso lo que le pasaba. Pero tampoco Mary George era una muchacha feliz. Asbury decía que se las daba de intelectual, pero que su cociente de inteligencia no rebasaba los setenta y cinco, y que lo único que le interesaba de verdad era pescar un hombre, cuando ningún hombre sensato se dignaría siquiera mirarla. La madre había tratado de convencerlo de que Mary George podía ser muy atractiva cuando quería, y él había respondido que un esfuerzo mental tan intenso la destrozaría. Si de verdad fuera un poco atractiva, había dicho él, no sería la directora de una escuela elemental de pueblo, y Mary George había replicado que si Asbury hubiera tenido un mínimo de talento, a estas alturas ya

hubiera publicado algo. ¿Qué había publicado?, quería ella saber. De hecho, ¿qué había escrito?

La señora Fox había señalado que él sólo tenía veinticinco años, y Mary George había respondido que la mayoría de la gente que publicaba algo empezaba a los veintiuno, de modo que él llevaba cuatro años de retraso. La señora Fox no estaba demasiado enterada de estas cosas, pero aventuró que quizá estuviera escribiendo un libro muy largo. Un libro muy largo, narices, había dicho Mary George, con mucha suerte lograría hacer un poemita. La señora Fox esperaba que no fuera sólo un poemita.

Dejó el coche en el camino lateral y un puñado de gallinas de Guinea estallaron en el aire y revolotearon chillando alrededor de la casa.

—¡Otra vez en casa, otra vez en casa! ¡Qué alegría! —dijo la madre.

—¡Ay, Dios! —gimió Asbury.

—El artista llega a la cámara de gas —dijo Mary George con su voz nasal.

Asbury se inclinó hacia la portezuela, se apeó y, olvidándose de las maletas, avanzó hacia la casa como si estuviera mareado. Su hermana bajó también y se quedó al lado de la puerta del coche, observando con los ojos entrecerrados su figura encorvada y vacilante. Lo siguió con la mirada mientras subía por las escaleras, y la boca se le abrió en un rostro atónito.

—Es verdá que le pasa algo. Parece que tenga cien años.

—¿No te lo dije? —siseó su madre—. Mantén la boca cerrada y déjalo en paz.

Asbury entró en la casa y se paró un momento en el vestíbulo, lo suficiente para contemplar su rostro pálido y ajado en el espejo del entrepaño. Apoyándose en el pasamanos, subió penosamente por las escaleras empinadas, cruzó el rellano y subió un tramo más corto que llevaba a su dormitorio, una habitación grande y ventilada, con una alfombra azul descolorida y unas cortinas blancas recién colgadas para su llegada. No miró nada. Se derrumbó en su cama. Era una cama estrecha y antigua, con la cabecera alta y muy ornamentada en la que habían tallado una cesta con guirnaldas que rebosaba de fruta de madera.

Estando todavía en Nueva York, había escrito una carta a su madre que llenaba dos cuadernos. Su intención era que no se leyera hasta después de su muerte. Era una carta muy parecida a la que Kafka había dirigido a su padre. El padre de Asbury había muerto hacía veinte años, lo que éste consideraba una verdadera bendición. El viejo, estaba seguro, había sido uno de esos granujas de la cuadrilla del juzgado, un prohombre rural que estaba metido en todos los chanchullos. Asbury sabía que no lo hubiera podido tragar. Había leído parte de su correspondencia y le había asombrado su estupidez.

Sabía, por supuesto, que su madre no comprendería la carta al principio. Su mente lineal necesitaría algún tiempo para descubrir su significado, pero a él le parecía que al menos sería capaz de entender que la perdonaba por todo lo que le había hecho. A decir verdad, suponía que ella sólo se daría cuenta de lo que le había hecho a través

de la carta. No creía que tuviera conciencia de ello. Su misma autocomplacencia era apenas consciente. Pero a raíz de la carta quizá experimentaría un doloroso despertar, y ésta era la única cosa de valor que él tenía para legarle.

Si leerla iba a ser doloroso para ella, escribirla había sido a veces para él insoportable, ya que para poder enfrentarse a su madre había tenido que enfrentarse consigo mismo. «Vine aquí para escapar a la atmósfera de esclavitud de mi hogar —había escrito—, para encontrar la libertad, para liberar mi imaginación, para arrancarla, como a un halcón, de su jaula y lanzarla "girando en un círculo creciente". (Yeats). ¿Y qué descubrí? Que era incapaz de volar. Era como un pájaro domesticado por ti, que, sentado y enfurruñado en su jaula, ¡se negara a salir!». Las siguientes frases estaban subrayadas dos veces. «No tengo imaginación. No tengo talento. No puedo crear. Sólo me queda el deseo de estas cosas. ¿Y por qué no mataste esto también? Mujer, ¿por qué me cortaste las alas?».

Al escribir esto, se había sumido en el pozo de la desesperación, y le parecía que al leerlo ella empezaría al menos a intuir su tragedia y el papel que había desempeñado en ella. No era que le hubiera impuesto sus ideas. Esto nunca había sido necesario. Sus ideas habían sido simplemente el aire que él respiraba, y cuando por fin encontró otro aire no supo sobrevivir en él. Pensaba que, aunque no la comprendiera de inmediato, la carta dejaría en ella un escalofrío interminable, que quizá con el tiempo la llevaría a verse a sí misma tal como era.

Había destruido todos sus otros escritos —sus dos novelas faltas de vida, sus seis obras de teatro adocenadas, sus poemas cursis, sus cuentos esquemáticos— y guardado tan sólo los dos cuadernos que contenían la carta. Estaban en la maleta negra que su hermana, entre resoplidos, arrastraba por el segundo tramo de escaleras. Su madre llevaba la maleta más pequeña e iba delante. Al entrar ella, Asbury se puso boca arriba,

—La abriré y sacaré tus cosas. Métete en la cama y dentro d'unos minutos te traeré el desayuno.

Él se sentó y dijo con voz exasperada:

—No quiero desayunar y puedo abrir la maleta yo solo. Déjala.

Su hermana había llegado a la puerta, el rostro lleno de curiosidad, y dejó que la maleta negra cayera de golpe en el umbral. Después la empujó por la habitación con el pie y se acercó a Asbury lo suficiente para mirarlo detenidamente.

—Si yo tuviera tan mal aspecto como tú, iría a un hospital.

La madre la miró con severidad y Mary George se fue. Entonces la señora Fox cerró la puerta y se sentó en la cama a su lado.

—Esta vez quiero que sea una visita larga y que descanses.

—Esta visita será para siempre.

—¡Estupendo! —exclamó ella—. Puedes tener un pequeño estudio en tu cuarto y escribir obras de teatro por las mañanas, ¡y por las tardes ayudar en la lechería!

Asbury volvió hacia ella su cara pálida e inexpresiva.

—Cierra las persianas y déjame dormir.

Cuando la madre se hubo ido, estuvo un rato mirando fijamente las manchas de agua que cubrían las paredes grises. Desde la moldura del techo bajaban largas estalactitas que habían sido dibujadas por los escapes de agua, y, justo encima de su cama, en el techo, otro escape de agua había impreso un pájaro feroz con las alas abiertas. Llevaba una estalactita en el pico y otras más pequeñas le colgaban de las alas y la cola. Estaba allí desde su niñez, siempre lo había irritado y a veces incluso asustado. Con frecuencia, sufría la ilusión de que el ave estaba en movimiento, pronta a descender misteriosamente para dejar la estalactita sobre su cabeza. Cerró los ojos y pensó: «No tendré que verlo muchos días». Y pronto se quedó dormido.

Cuando despertó a primera hora de la tarde, un rostro rosado y boquiabierto se inclinaba sobre él, y de las dos orejas grandes, que conocía bien, colgaban los dos tubos negros del fonendoscopio de Block hasta su pecho descubierto. El médico, al ver que se había despertado, puso cara de chino, levantó los ojos al cielo hasta parecer que iban a salírsele de la cabeza y gritó:

—¡Di ahhhh!

Block era irresistible para los niños. En varios kilómetros a la redonda, vomitaban y pillaban fiebres para conseguir que los visitara. La señora Fox estaba a su lado, con una sonrisa radiante.

—¡Aquí tenemos al doctor Block! —dijo, como si hubiera pillado a aquel ángel en el tejado y se lo hubiera llevado a su hijito.

—Sácalo de aquí —masculló Asbury. Observó aquel rostro estúpido desde lo que parecía el fondo de un agujero negro.

El médico lo miró más de cerca y movió las orejas. Block era calvo y su cara redonda traslucía la misma inconsciencia que la de un recién nacido. No había nada en él que indicara inteligencia, a excepción de los ojos, fríos, clínicos y metálicos, que se asomaban con curiosidad inmóvil sobre cualquier cosa que mirara.

—¡Qué mala pinta tienes, Asbury! —murmuró con marcado acento sureño. Se quitó el fonendoscopio y lo dejó caer en el maletín—. No creo haber visto nunca una persona de tu edá con un aspecto tan lamentable. ¿Qué diablos has hecho?

En la nuca de Asbury había un continuo golpeteo, como si su corazón hubiera quedado atrapado allí y luchara por liberarse.

—No te he mandado llamar —dijo.

Block puso una mano sobre aquel rostro iracundo, le bajó el párpado inferior y lo examinó detenidamente.

—Debías de vivir como un vagabundo allá arriba —dijo, y empezó a palparle la región lumbar—. Yo también estuve allá arriba una vez, vi enseguida que allá no había na y me vine corriendo a casa. Abre la boca.

Asbury la abrió automáticamente y el taladro de la mirada del médico entró por ella y siguió descendiendo. Él la cerró de golpe y dijo sin aliento:

—Si hubiera querido un médico me hubiera quedado allí, ¡donde los hay buenos!

—¡Asbury! —exclamó su madre.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes la garganta irritada? —preguntó Block.

—¡Ella te ha pedido que vinieras, que te conteste ella!

—¡Asbury! —volvió a gritar su madre.

Block se inclinó sobre el maletín y sacó un tubo de goma. Subió la manga de Asbury y le ató el tubo alrededor del brazo. Entonces sacó una jeringuilla, empezó a buscar la vena y, tarareando un himno, hundió la aguja. Asbury yacía allí, con la mirada indignada y rígida, mientras la intimidad de su sangre era invadida por aquel idiota.

—Lento, Señor, pero seguro —canturreaba Block a media voz—. Lento, lento, oh Señor, pero seguro. —Cuando la jeringuilla estuvo llena, retiró la aguja—. La sangre no miente. —La vertió en un frasco, lo tapó y lo metió en su maletín—. Asbury —añadió—, ¿cuánto tiempo…?

Asbury se incorporó, adelantó la cabeza palpitante y dijo:

—Yo no te he mandado llamar. No responderé a ninguna pregunta. No eres mi médico. Lo que me pasa a mí excede tus conocimientos.

—Casi todas las cosas m’exceden. Todavía no he encontrao una sola que comprendiera completamente.

Suspiró y se levantó. A Asbury le pareció que sus ojos brillaban a gran distancia.

—No se comportaría tan mal —se disculpó la señora Fox—, si no estuviera realmente enfermo. Quiero que vuelva usté todos los días hasta que se ponga bien.

Los ojos de Asbury adquirieron un tono violeta.

—Lo que me pasa a mí te excede —repitió. Volvió a tumbarse y cerró los ojos hasta que Block y su madre se fueron.

En los días siguientes, aunque empeoró rápidamente, su mente funcionaba con una claridad terrible. Al borde de la muerte, se encontró viviendo en un estado de iluminación, que no casaba en absoluto con la clase de cosas que le contaba a su madre. Casi siempre le hablaba de vacas que llevaban nombres como Daisy o Bessie Button, y sobre sus funciones íntimas: sus mastitis, sus parásitos y sus abortos. La madre insistía en que a primera hora de la tarde saliera a sentarse en el porche para «disfrutar de la vista», y, como resistirse suponía demasiado esfuerzo, se arrastraba hasta allí y se sentaba encogido y rígido, con los pies envueltos en una manta de viaje y las manos cerradas sobre los brazos de la silla, como si estuviera a punto de lanzarse al cielo brillante de azul porcelana. El césped se extendía un cuarto de hectárea hasta la valla de alambre de espino que lo separaba del pasto. A primeras horas de la tarde, las vacas descansaban allí bajo una fila de ocozoles. Al otro lado de la carretera había dos colinas separadas por un pantano, y su madre podía sentarse en el porche y ver cómo la manada cruzaba la presa hasta la colina del otro lado. Todo aquel panorama estaba rodeado por una muralla de árboles, que a la hora del día en que a él le obligaban a estar sentado allí adquiría un azul desvaído que le recordaba tristemente a los monos descoloridos de los negros.

Escuchaba irritado las detalladas explicaciones que daba la madre sobre los defectos de sus empleados.

—Esos dos no son tontos. Saben cuidar de sí mismos.

—No les queda más remedio —murmuraba él, pero era inútil discutir con ella.

El año anterior, había estado escribiendo una obra de teatro sobre los negros y había querido tratarlos durante un tiempo para ver cuáles eran sus verdaderos sentimientos respecto a su condición, pero los dos hombres que trabajaban para ella habían ido perdiendo toda iniciativa a lo largo de los años. No hablaban. El que se llamaba Morgan era de color más claro, tenía algo de indio. El otro, el mayor, Randall, era muy negro y gordo. Cuando le dirigían la palabra, era como si estuvieran hablando a un cuerpo invisible situado a la derecha o a la izquierda de donde él estaba, y después de trabajar con ellos dos días codo con codo le pareció que no había establecido una comunicación. Decidió probar con algo más atrevido que las palabras y, una tarde, cuando estaba junto a Randall viendo cómo ajustaba una máquina ordeñadora, había sacado calladamente su cajetilla de cigarrillos y había encendido uno. El negro dejó de hacer lo que estaba haciendo y lo miró. Esperó a que Asbury hubiera dado dos caladas y entonces dijo:

—Ella no deja que se fume aquí dentro.

El otro se acercó y se quedó allí parado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya lo sé —dijo Asbury, y después de una pausa deliberada agitó la cajetilla y la tendió primero a Randall, que cogió uno, y después a Morgan, que cogió otro. A continuación, él mismo les encendió los cigarrillos y los tres se quedaron allí fumando. No se oía otro ruido que el chasquido constante de las dos máquinas ordeñadoras y, de vez en cuando, el restallar del rabo de una vaca contra su costado. Era uno de esos momentos de comunión en que la diferencia entre negro y blanco se reduce a la nada.

Al día siguiente, los de la central lechera devolvieron dos cántaros de leche porque ésta había absorbido el aroma del tabaco. Él cargó con las culpas y le dijo a su madre que había sido él y no los negros el que había fumado. «Si tú fumabas, ellos fumaban también —había dicho ella—, ¿crees que no los conozco?». Era incapaz de creerlos inocentes, pero la experiencia había entusiasmado a Asbury de tal modo que se había propuesto repetirla, aunque de otra manera.

A la tarde siguiente, cuando él y Randall estaban en el establo llenando las cántaras de leche fresca, había cogido el bote de mermelada vacío con el que bebían los negros y, en un arranque de inspiración, lo había llenado de leche tibia y lo había bebido hasta la última gota. Randall interrumpió su trabajo y se quedó medio encorvado sobre la cántara, mirándolo.

—Ella no permite eso. Eso es justo lo que no permite.

Asbury llenó otro vaso y se lo tendió.

—No lo permite —repitió el negro.

—Escucha —dijo Asbury con voz ronca—, el mundo está cambiando. ¡No hay

razón para que yo no beba después de ti, o tú después de mí!

—Ella no permite que ninguno de nosotros beba d'esta leche.

Asbury continuó tendiéndole el vaso.

—Aceptaste el cigarrillo —le dijo—. Acepta también la leche. A mi madre no le va a pasar nada por perder dos o tres vasos de leche al día. ¡Tenemos que pensar libremente si queremos vivir libremente!

El otro se había acercado y estaba cerca de la puerta.

—No quiero esa leche —dijo Randall.

Asbury dio media vuelta y le tendió el vaso a Morgan.

—Anda, muchacho, echa un trago.

Morgan lo miró fijamente, y su cara adquirió una clara expresión ladina.

—Todavía no l'he visto a usté beber.

A Asbury no le gustaba la leche. El primer vaso tibio le había revuelto el estómago. Bebió la mitad del que tenía en la mano y ofreció el resto al negro, que lo aceptó y miró el interior del vaso como si contuviera un gran misterio. Después lo dejó en el suelo al lado de la nevera.

—¿No te gusta la leche? —preguntó Asbury.

—Me gusta, pero no voy a beber d'ésa.

—¿Por qué?

—Ella no lo permite.

—¡Dios santo! —estalló Asbury—. ¡Ella, ella, ella!

Había intentado lo mismo al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, pero no logró convencerlos de que bebieran la leche. Unos días después, cuando estaba a punto de entrar en el establo, oyó a Morgan que preguntaba:

—Oye, ¿cómo es que le dejas beber toa esa leche tos los días?

—Una cosa es lo qu'él haga y otra lo qu'haga yo.

—¿Por qué habla tan mal de su mamá?

—Porque no le dio tos los palos que merecía cuando era pequeño —afirmó Randall.

La vida en casa le resultaba tan insoportable que volvió a Nueva York dos días antes de lo previsto. Por lo que a él respectaba, había muerto allí, y la cuestión ahora era saber cuánto tiempo podría aguantar el sobrevivir aquí. Podía haber precipitado su final, pero el suicidio no hubiera sido una victoria. La muerte llegaba a él legítimamente, como una justificación, como un regalo de la vida, y éste era su mayor triunfo. Además, para las mentes privilegiadas de la vecindad, un hijo suicida hubiera significado una madre fracasada, y, aunque ésta era la realidad, le pareció que era una vergüenza pública que podría ahorrarle. Lo que sabría por la carta sería una revelación íntima. Había guardado los cuadernos en un sobre grande y había escrito en él: «Abrir sólo después de la muerte de Asbury Porter Fox». Lo había dejado en el cajón del escritorio de su habitación, lo había cerrado con llave y guardado ésta en el bolsillo del pijama, hasta que encontrara un sitio mejor.

Cuando se sentaban en el porche por la mañana su madre se creía obligada a hablar, por lo menos durante un rato, de los temas que le interesaban a él. La tercera mañana había empezado con su afición por la escritura.

—Cuando mejores, estaría muy bien que escribieras un libro sobre to esto. Necesitamos otro libro como Lo que el viento se llevó.

Asbury sintió que los músculos del estómago se le ponían tensos.

—Habla un poco de la guerra —le aconsejó ella—, eso siempre hace qu'un libro sea más largo.

Él apoyó la cabeza delicadamente contra el respaldo de la silla, como si tuviera miedo de que se le rompiera. Después de un instante de silencio, dijo:

—No voy a escribir ningún libro.

—Bueno, si no tienes ganas d'escribir un libro, podrías escribir simplemente poesías. También son bonitas.

La madre se daba cuenta de que lo que él necesitaba era otro intelectual con quien hablar, pero Mary George era la única intelectual que conocía y Asbury no querría hablar con ella. Había pensado en el señor Bush, un pastor metodista retirado, pero todavía no lo había mencionado. En aquel momento decidió arriesgarse.

—Creo que le pediré al doctor Bush que venga a verte —dijo elevando la categoría del señor Bush—. Disfrutarías con él. Colecciona monedas raras.

No estaba preparada para la reacción que siguió. Asbury empezó a temblar de pies a cabeza y a lanzar unas carcajadas agudas y espasmódicas. Parecía a punto de ahogarse. Después de un rato, las carcajadas dieron paso a la tos.

—Si crees que necesito ayuda espiritual para morir estás muy equivocada. Y desde luego no de ese burro de Bush.

—No quería decir eso en absoluto. Tiene monedas desde los tiempos de Cleopatra.

—Pues si le pides que venga, le diré que se vaya al infierno ¡Bush! ¡Es el colmo!

—M'alegro de que algo te divierta —dijo ella con acritud

Permanecieron un rato sentados en silencio. Después su madre levantó la mirada. Él volvía a estar inclinado hacia delante y le sonreía. La cara se le fue iluminando cada vez más, como si se le acabara de ocurrir una idea brillante. La madre lo miró fijamente.

—¿Sabes quién quiero que venga? —dijo él.

Por primera vez desde que llegó a la casa, su semblante era agradable, aunque también había en él, pensó la señora Fox, una expresión taimada.

—¿Quién quieres que venga? —preguntó ella con desconfianza.

—Quiero un cura —anunció Asbury.

—¿Un cura? —dijo su madre sin entender.

—Preferiblemente un jesuita —apuntó él, con el rostro cada vez más animado—. Sí, tiene que ser un jesuita. Los hay en la ciudad. Puedes telefonear y hacer que me manden uno.

—Pero ¿qué te pasa?

—La mayoría son muy cultos, pero los jesuitas son insuperables. Creo que un jesuita será capaz de hablar de algo que no sea el tiempo.

Le bastaba recordar a Ignatius Vogle, S. J. para imaginar al cura. Sería quizá un sacerdote con un poco más de mundo, un poquito más cínico. Protegidos por la antigüedad de su institución, los curas podían permitirse el lujo de ser cínicos, de utilizar argumentos contradictorios. Hablaría con un hombre de cultura antes de morir… ¡aunque estuviera en ese desierto! Además, nada podría irritar más a su madre. Se preguntó cómo no se le habría ocurrido antes.

—No eres miembro d'esa Iglesia —observó la señora Fox en tono cortante—. Está a treinta kilómetros. No mandarían a nadie. —Esperaba que esto pondría punto final al asunto.

Él se recostó, absorto en la idea, decidido a obligarla a llamar. Ella siempre terminaba haciendo lo que él quería si insistía.

—Me estoy muriendo. No te he pedido nada, y la única cosa que te pido me la niegas. —No t'estás muriendo.

—Cuando te des cuenta, ya será demasiado tarde.

Hubo otro silencio desagradable. Entonces la madre dijo:

—Hoy día los médicos no dejan que los jóvenes se mueran. Les dan alguna d'esas nuevas medicinas —empezó a agitar el pie con una seguridad exasperante—. La gente no se muere como antes.

—Madre, deberías irte haciendo a la idea. Creo que incluso Block lo sabe y no te lo ha dicho.

Block, después de la primera visita, entraba en la casa con semblante serio, sin sus habituales bromas y muecas divertidas, y le había sacado sangre en silencio, con una expresión poco amistosa en sus ojos metálicos. Era, por definición, el enemigo de la muerte, y ahora parecía saber que estaba batallando contra ella de verdad. Había dicho que no iba a recetar nada hasta saber de qué se trataba, y Asbury se había echado a reír en sus propias narices.

—Madre —dijo—, me voy a morir. —Intentó que cada palabra fuera como un martillazo en la cabeza de su madre.

La mujer palideció ligeramente, pero no parpadeó.

—¿Crees —dijo enfadada— que voy a quedarme aquí sentá y dejar que te mueras?

Los ojos de ella eran tan duros como dos viejas cadenas montañosas vistas a lo lejos, y Asbury sintió claramente la primera punzada de duda.

—¿Lo crees? —insistió la madre con fiereza.

—No creo que tú tengas nada que ver —contestó él con voz quebrada.

La mujer dio un resoplido, se levantó y se fue del porche, como si no pudiera soportar ni un minuto más tanta estupidez.

Asbury olvidó al jesuita y repasó rápidamente sus síntomas: la fiebre le había

subido y los escalofríos eran intermitentes, apenas tenía energía suficiente para arrastrarse hasta el porche, la comida le daba náuseas, y Block no había podido dar a su madre la menor explicación. Mientras estaba allí sentado, sintió el comienzo de un nuevo escalofrío, como si la muerte ya le agitara juguetona los huesos. Se quitó la manta de los pies, se la puso alrededor de los hombros y subió con paso inseguro por las escaleras hasta su cama.

Siguió empeorando. En los días siguientes se debilitó tanto y dio tanta lata respecto a lo del jesuita que por fin, desesperada, la madre decidió no contrariar aquel capricho. Hizo la llamada, aplicó con voz fría que su hijo estaba enfermo, que quizá estaba un poco trastornado, y que deseaba hablar con un cura. Mientras estaba al teléfono, Asbury oyó la conversación, apoyado en el pasamanos, descalzo, envuelto en la manta. Cuando ella colgó, él preguntó cuándo vendría el cura.

—Mañana a cualquier hora —respondió la madre, irritada.

Asbury comprendió, por el hecho de que ella hubiera llamado, que su seguridad empezaba a resquebrajarse. Siempre que acompañaba a Block, al llegar o al irse, había muchos susurros en el vestíbulo de abajo. Aquella noche oyó que ella y Mary George hablaban en voz baja en la sala. Le pareció distinguir su nombre y se levantó. Recorrió de puntillas el pasillo y bajó tres escalones, hasta oír con claridad las voces.

—He tenío que llamar al cura —decía su madre—, me temo que esto puede ser algo grave. Creí que sólo se trataba de una crisis nerviosa, pero ahora veo que es algo de verdá. El doctor Block también lo cree y opina que, sea lo que sea, es más grave por estar él tan debilitado.

—No seas infantil, mamá —repuso Mary George—, te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir: lo que le pasa es puramente psicosomático.

No había nada que Mary George no supiera.

—No —dijo la madre—, es una enfermedá de verdá. El doctor lo ha dicho.

A Asbury le pareció que la voz se le rompía.

—Block es un idiota —afirmó Mary George—. Tienes que enfrentarte a la realidad: Asbury no sabe escribir y por eso se pone enfermo. Va a ser un inválido en vez d'un artista. ¿Sabes lo que necesita?

—No.

—Dos o tres tratamientos de electrochoque. Quítale esas manías artísticas de la cabeza de una vez pa siempre.

La madre lanzó un gritito y él se agarró al pasamanos.

—Óyeme bien —siguió la hermana—, lo único que va a ser Asbury en esta casa durante los próximos cincuenta años es un adorno.

Él volvió a la cama. En cierto sentido Mary George tenía razón. Había fallado a su dios, el Arte, pero había sido un siervo fiel y el arte le enviaba la Muerte. Lo sabía desde un principio, con una especie de mística claridad. Se durmió pensando en el apacible lugar del cementerio familiar donde pronto yacería, después vio cómo su cuerpo era llevado lentamente hacia ese lugar, mientras su madre y Mary George lo

contemplaban sin interés desde sus sillas del porche. Cuando cruzaban la presa con el ataúd, ellas vieron reflejada la procesión, invertida, en el pantano. Una figura enjuta y oscura con alzacuellos seguía al ataúd. Tenía un rostro misteriosamente taciturno, en el que se advertía una mezcla sutil de ascetismo y corrupción. Dejaron a Asbury en una sepultura poco profunda, en la colina, y los acompañantes anónimos, tras permanecer allí un rato en silencio, se dispersaron por el verde cada vez más oscuro. El jesuita se retiró bajo un árbol seco para fumar y meditar. Salió la luna y Asbury tuvo conciencia de una presencia que se inclinaba sobre él y de una tibieza suave sobre su rostro frío. Sabía que era el Arte, que le venía a despertar. Se incorporó y abrió los ojos. Al otro lado de la colina, todas las luces de la casa de su madre estaban encendidas, el pantano negro estaba sembrado de estrellitas niqueladas. El jesuita había desaparecido. Alrededor de Asbury las vacas pacían diseminadas a la luz de la luna, y una muy grande, cubierta de manchas violentas, le lamía delicadamente la cabeza como si fuera un bloque de sal. Despertó con un escalofrío y descubrió que la cama estaba empapada por un sudor nocturno, y cuando se incorporó temblando en la oscuridad se dio cuenta de que no faltaban muchos días para el final. Se asomó al cráter de la muerte y se desplomó mareado sobre la almohada.

Al día siguiente, la madre observó algo casi etéreo en su rostro desfigurado. Parecía uno de esos niños moribundos en honor de los cuales hay que celebrar la Navidad antes de tiempo. Sentado en la cama, dirigió la redistribución de varias sillas y le hizo quitar el cuadro de una doncella encadenada a un peñasco, pues sabía que haría sonreír al jesuita. También quiso que se llevaran la cómoda mecedora, y, al terminar los cambios, la habitación con sus manchas austeras en la pared tenía un ligero parecido con una celda. Pensó que al visitante le gustaría.

Esperó toda la mañana, mirando irritado al techo, donde el pájaro con la estalactita en el pico parecía aguardar también, pero el cura no llegó hasta última hora de la tarde. En cuanto su madre abrió la puerta, una voz fuerte e ininteligible empezó a atronar en el vestíbulo de abajo. El corazón de Asbury latía desbocado. Casi al instante, se oyeron unos fuertes crujidos en las escaleras. Acto seguido su madre, con expresión cohibida, entró seguida de un hombre viejo y corpulento que cruzó la habitación, cogió una silla que estaba al lado de la cama y se la colocó debajo.

—Soy el padre Finn… del Purgatorio —dijo con voz cordial.

Tenía el rostro grande y enrojecido, un manojo de pelo gris tieso como un cepillo y era ciego de un ojo, pero el ojo sano, azul y transparente, enfocó agudamente la mirada sobre Asbury. Había una mancha de grasa en su chaleco.

—¡Conque quieres hablar con un cura! Muy acertado. Nunca sabemos cuándo puede llegar nuestra hora. —Ladeó la cabeza, miró con el ojo sano a la madre de Asbury y añadió—: Muchas gracias, ya puede dejarnos.

La señora Fox se puso rígida y no se movió.

—Me gustaría hablar con el padre Finn a solas —dijo Asbury, con la sensación de haber encontrado un aliado, aunque no esperaba un cura como ése.

La madre lo miró con desagrado y salió de la habitación. Asbury sabía que se quedaría al lado de la puerta.

—Es un placer que haya venido —dijo—. Este lugar es aburridísimo. No hay nadie con quien una persona inteligente pueda hablar. Me gustaría saber cuál es su opinión sobre Joyce, padre.

El cura levantó la silla y la arrastró hasta el lado de la cama.

—Tendrás que hablar más alto. Ciego de un ojo y sordo de un oído.

—¿Qué le parece Joyce? —dijo Asbury más fuerte.

—¿Joyce? ¿Quién es esa Joyce? —preguntó el cura.

—James Joyce —dijo Asbury, y se rió.

El cura agitó una mano grande en el aire como si le molestaran los mosquitos.

—No me lo han presentado. Vamos a ver. ¿Dices tus oraciones por la mañana y por la noche?

Asbury parecía desconcertado.

—Joyce era un gran escritor —murmuró, olvidándose de hablar alto.

—Conque no, ¿eh? Pues nunca aprenderás a ser bueno si no rezas cada día. No se puede amar a Jesús si no se habla con Él.

—El mito del dios moribundo siempre me ha fascinado —gritó Asbury.

El cura no pareció entenderle.

—¿Tienes problemas de pureza? —inquirió, y, mientras Asbury palidecía, continuó sin esperar respuesta—: Todos los tenemos, pero hay que rezar al Espíritu Santo para estas cosas. Mente, corazón y cuerpo. No podemos superar nada sin la oración. Reza con tu familia. ¿Rezas con tu familia?

—Dios nos libre —murmuró Asbury—. Mi madre no tiene tiempo de rezar y mi hermana es atea —gritó.

—¡Qué lástima! Entonces, tú tienes que rezar por ellas.

—El artista ora creando —aventuró Asbury.

—¡No basta! —le espetó el cura—. Si no rezas a diario, descuidas tu alma inmortal. ¿Sabes el catecismo?

—Claro que no —musitó Asbury.

—¿Quién te ha creado? —preguntó el cura con tono marcial.

—Existen diversas creencias sobre este punto.

—Dios te creó —dijo el cura con rotundidad—. ¿Quién es Dios?

—Dios es una idea creada por el hombre —respondió Asbury, con la sensación de que empezaba a pillarle el tranquillo y de que podía ser un juego de dos.

—Dios es un espíritu infinitamente perfecto. Eres un jovencito muy ignorante. ¿Por qué te hizo Dios?

—Dios no me…

—¡Dios te hizo para que lo conocieras, para que lo amaras, para que lo sirvieras en este mundo y fueras feliz con Él en el otro! —afirmó el viejo cura con voz martilleante—. Si no te aplicas en el catecismo, ¿cómo esperas salvar tu alma

inmortal?

Asbury comprendió que había cometido un error y que tenía que deshacerse de aquel viejo tonto.

—Oiga, yo no soy romano.

—¡Vaya disculpa para no decir tus oraciones! —replicó despectivamente el viejo.

Asbury se encogió un poco en la cama.

—Me estoy muriendo —gritó.

—¡Pero todavía no estás muerto! ¿Y cómo esperas poder encontrarte con Dios cara a cara cuando nunca le has hablado? ¿Cómo esperas recibir lo que no pides? Dios no manda el Espíritu Santo a aquellos que no lo piden. Pídele que te mande al Espíritu Santo.

—¿El Espíritu Santo?

—¿Eres tan ignorante que nunca has oído hablar del Espíritu Santo?

—Claro que he oído hablar del Espíritu Santo —dijo Asbury, furioso—, ¡y es la última cosa que busco!

—Y quizá será lo último que obtengas —observó el cura, con su único ojo encendido de ira—. ¿Quieres que tu alma sufra a eterna condenación? ¿Quieres estar privado de Dios durante toda la eternidad? ¿Quieres sufrir el dolor más terrible, más intenso que el fuego, el dolor de la privación? ¿Quieres sufrir el olor de la privación divina durante toda la eternidad?

Asbury movió, indefenso, brazos y piernas como si estuviera clavado en la cama por aquel ojo terrible.

—¿Cómo puede el Espíritu Santo llenar tu alma, si está llena de basura? —rugió el cura

—. El Espíritu Santo no vendrá hasta que te veas a ti mismo tal como eres: ¡un joven perezoso, ignorante y engreído! —dijo golpeando con el puño la pequeña mesilla de noche.

La señora Fox entró de sopetón.

—¡Ya basta! —gritó—. ¿Cómo se atreve usté a hablarle así a un pobre chico enfermo? Lo está trastornando. Tendrá que irse.

—El pobre muchacho ni siquiera se sabe el catecismo —dijo el cura levantándose —. Creo que debería usted haberle enseñado a decir sus oraciones diarias. Ha descuidado su obligación de madre. —Se volvió hacia la cama y añadió en tono afable—: Te voy a dar mi bendición, y después de esto tienes que decir tus oraciones cada día sin falta.

A continuación puso la mano sobre la cabeza de Asbury y masculló algo en latín.

—Llámame a cualquier hora y charlaremos un poquito más.

Y siguió la rígida espalda de la señora Fox a través de la puerta. Lo último que Asbury le oyó decir fue:

—En el fondo, es un buen muchacho, pero muy ignorante.

Cuando su madre se deshizo del cura, subió rápidamente de nuevo por las

escaleras para decirle que ya se lo había advertido pero al verlo pálido, tenso y deshecho, sentado en la cama con la mirada fija, los ojos muy abiertos y con una expresión de asombro infantil, no tuvo valor y volvió a salir a toda prisa.

A la mañana siguiente estaba tan débil que la señora Fox decidió que tenía que llevarlo a un hospital.

—No iré a ningún hospital —repetía Asbury, moviendo la cabeza palpitante de un lado a otro como si quisiera desenroscarla del cuerpo—. No iré a ningún hospital mientras esté consciente.

Pensaba amargamente que, una vez que estuviera inconsciente, ella lo arrastraría a un hospital y lo atiborraría de sangre, para prolongar su miseria durante días. Estaba convencido de que el final se acercaba, de que sería hoy, y le atormentaba pensar en su vida inútil. Se sentía como si fuera una concha que había que llenar con algo, pero no sabía con qué. Empezó a tomar nota de todo cuanto había en la habitación como si fuera la última vez: los antiguos muebles ridículos, el dibujo de la alfombra, el nuevo cuadro tonto que había puesto su madre. Incluso miró el fiero pájaro con la estalactita en el pico, y le pareció que estaba allí con alguna finalidad que él no podía adivinar.

Estaba buscando algo, algo que pensaba debía poseer, una última experiencia definitiva y llena de significado que tenía que provocar antes de morir… sacada por sí mismo de su propia inteligencia. Siempre había confiado en sí mismo y nunca se había echado atrás ante lo inefable.

En cierta ocasión, cuando Mary George tenía trece años y él cinco, lo había convencido, con la promesa de un regalo que no especificó, de que la siguiera hasta una tienda de campaña llena de gente, y lo había arrastrado a la parte delantera, donde había un hombre con traje azul y corbata roja y blanca.

—Tenga —dijo con voz fuerte Mary George—. Yo ya estoy salvada, pero usté lo puede salvar a él. Es un verdadero desastre y se las da de hombrecito.

Él se desasió de sus manos y salió corriendo como un chucho callejero, y más tarde, cuando le pidió el regalo, ella dijo:

—Hubieras recibido la salvación si la hubieras esperado pero, como te portaste de aquel modo, ¡no hay na para ti!

A medida que pasaba el día, se ponía cada vez más frenético por temor a morir sin provocar una última experiencia llena de significado. La madre se sentó angustiada al lado de su cama. Había llamado dos veces a Block y no había logrado comunicarse con él. Asbury pensaba que ni siquiera ahora se daba cuenta de que su hijo iba a morir, y mucho menos de que faltaban unas pocas horas para el final.

La luz de la habitación empezaba a adquirir un matiz extraño, casi como si tomara cuerpo. Entraba en una forma oscura y parecía esperar. Fuera, no parecía rebasar la borrosa línea de los árboles, que él veía a pocos centímetros del alféizar de su ventana. De repente, pensó en la sensación de comunión que había tenido en el establo con los negros cuando fumaron juntos y de inmediato empezó a temblar de nerviosismo. Fumarían juntos por última vez.

Después de unos instantes volvió la cabeza sobre la almohada y dijo:

—Madre, quiero decir adiós a los negros.

Su madre palideció. Por un instante, su rostro pareció descomponerse. Después se le endureció la línea de la boca, las cejas se juntaron.

—¿Adiós? —dijo con voz apagada—. ¿Adónde vas?

Durante unos segundos él sólo la miró. Después dijo:

—Me parece que lo sabes. Ve por ellos. No me queda mucho tiempo.

—Esto es absurdo —masculló ella, pero se levantó y salió muy deprisa.

Asbury oyó que intentaba localizar una vez más a Block antes de salir de casa. Pensó que su confianza en Block en un momento como aquél era patética y conmovedora. Esperó, preparándose para el encuentro como podría prepararse un hombre religioso para recibir los últimos sacramentos. Pronto oyó sus pasos en la escalera.

—Aquí tienes a Randall y a Morgan —dijo la madre haciéndolos pasar—. Han venío a saludarte.

Los dos entraron con una sonrisa y se acercaron a la cama arrastrando los pies. Se quedaron plantados allí, Randall delante y Morgan detrás.

—Está usté mu bien —dijo Randall—. Tiene mu buen aspecto.

—Mu bien —dijo el otro—. Sí señor, está estupendo.

—Nunca l'he visto tan bien —insistió Randall.

—¿Verdá que sí? —preguntó la madre—. A mí me parece que tiene muy buen aspecto.

—Sí señor —afirmó Randall—. Hasta parece que no esté enfermo.

—Madre —dijo Asbury con voz forzada—, me gustaría hablar con ellos a solas.

Su madre se puso rígida y salió de la habitación. Cruzó el pasillo, entró en la habitación del otro lado y se sentó. A través de las puertas abiertas, Asbury la veía mecerse a impulsos pequeños y bruscos. Los dos negros parecían haber perdido su última protección.

Asbury tenía la cabeza tan embotada que no recordaba lo que quería hacer.

—Me estoy muriendo —dijo. Las sonrisas de los negros se helaron.

—Tiene mu buen aspecto —observó Randall.

—Me voy a morir.

Entonces recordó aliviado que iban a fumar juntos. Alargó la mano para coger el paquete que había sobre la mesilla y se lo ofreció a Randall, olvidando agitarlo para que asomaran los pitillos. El negro lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias. Muchas gracias.

Asbury quedó con la mirada fija, como si hubiera vuelto a olvidarlo todo. Después de unos segundos, se dio cuenta de que rostro del otro negro se había vuelto infinitamente triste, y luego comprendió que no era tristeza, sino contrariedad. Revolvió en el cajón de la mesilla y sacó un paquete sin abrir que le tendió con brusquedad.

—Gracias, señorito Asbury —dijo Morgan, animado—, tiene usté mu buen aspecto.

—Estoy a punto de morir —dijo Asbury, irritado.

—Está mu bien —repuso Randall.

—Andará por ahí dentro d'unos días —predijo Morgan

Ninguno de los dos parecía saber adónde mirar. Asbury miró desesperado hacia el otro lado del pasillo, donde su madre tenía la mecedora vuelta de modo que le daba la espalda. Estaba claro que no tenía intención de evitarle el trabajo de deshacerse de ellos.

—Puede que sólo sea un catarrito —dijo Randall después de un rato.

—Yo tomo un poco de trementina con azúcar cuando tengo catarro —dijo Morgan.

—Cállate —dijo Randall volviéndose hacia él.

—Cállate tú —dijo Morgan—. Yo sé mu bien lo que tomo.

—Él no toma lo que tú tomas —gruñó Randall.

—¡Madre! —llamó Asbury con voz temblorosa.

Su madre se levantó.

—El señorito Asbury ya ha tenío bastante compañía por ahora —dijo desde el otro lado del pasillo—. Podéis volver mañana.

—Ya nos vamos —dijo Randall—. Está mu bien.

—Desde luego —corroboró Morgan.

Desfilaron hasta salir fuera de la habitación repitiéndose el uno al otro el buen aspecto que tenía Asbury, pero la mirada de éste se hizo borrosa antes de que llegaran al pasillo. Por un momento, vio la silueta de su madre como si fuera una sombra en la puerta, y después desapareció tras ellos por las escaleras. Oyó que volvía a llamar a Block, pero no puso interés. La cabeza le daba vueltas. Ahora sabía que no habría una experiencia significativa antes de morir. No quedaba nada más que hacer, aparte de darle la llave del cajón donde estaba la carta y esperar el final.

Se sumió en un sueño pesado del que despertó alrededor de las cinco para ver el rostro blanco de su madre, muy pequeño, como si estuviera al final de un pozo de oscuridad. Se sacó la llave del bolsillo del pijama y se la tendió murmurando que había una carta en el escritorio que debían abrir cuando él hubiera desaparecido, pero ella no pareció comprender. Dejó la llave sobre la mesilla de noche y él volvió a su sueño, en el que dos grandes piedras giraban una alrededor de otra dentro de su cabeza.

Despertó un poco después de las seis, cuando oyó el coche de Block pararse delante de la casa. El ruido fue como una llamada y lo sacó enseguida y con toda lucidez de su sueño. Tuvo un presentimiento repentino y espantoso de que la suerte que le esperaba iba a ser más terrible que todo cuanto había imaginado. Permaneció absolutamente inmóvil, tan quieto como un animal en el momento que precede a un terremoto.

Block y su madre hablaban mientras subían por las escaleras, pero él no llegaba a comprender sus palabras. El médico entró haciendo muecas, su madre sonreía.

—¡Adivina lo que tienes, cariño! —gritó ella, y su voz penetró en Asbury con la fuerza de un disparo.

—Block ha encontrao ese bichito. ¡Vaya si lo ha encontrao! —dijo Block.

Se hundió en la silla que había al lado de la cama. Alzó las manos por encima de la cabeza en un gesto de boxeador victorioso y después las dejó caer en el regazo como sí el esfuerzo lo hubiera agotado. Entonces hizo aparecer un pañuelo de cuello rojo que solía llevar para divertir a los demás y se limpió la cara con todo cuidado. Cada vez que su rostro asomaba entre los pliegues del pañuelo hacía una mueca distinta.

—¡Es usted listísimo! —dijo la señora Fox—. Asbury, tienes fiebre de Malta. Volverá muchas veces, ¡pero no te matará! —Su sonrisa era tan luminosa e intensa como una bombilla sin pantalla—. ¡Qué alivio!

Asbury se incorporó lentamente, el rostro vacío de expresión, y volvió a caer hacia atrás.

Block se inclinó sobre él y sonrió.

—No te vas a morir —dijo con profunda satisfacción.

Lo único que se movía en Asbury eran sus ojos. Y éstos no parecían moverse en la superficie, sino en algún punto de sus confusas profundidades, donde había un movimiento casi imperceptible, como si algo luchara débilmente. La mirada de Block pareció perforar aquellos ojos con un alfiler de acero y retener aquel algo, fuera lo que fuese, hasta que desapareció toda huella de vida.

—La fiebre de Malta no es tan mala, Asbury —murmuró—. Es como l’enfermedad del aborto contagioso de las vacas.

El muchacho lanzó un gemido ahogado y después quedó en silencio.

—Debió de beber leche sin pasteurizar en Nueva York —dijo su madre con voz queda.

Y los dos salieron de puntillas, como si pensaran que Asbury estaba a punto de dormirse.

Cuando el ruido de sus pisadas desapareció por las escaleras, Asbury se incorporó. Volvió la cabeza, casi subrepticiamente, hacia el lado donde yacía sobre la mesilla la llave que le había dado a su madre. Su mano salió disparada, se cerró sobre la llave y la devolvió al bolsillo. Miró al otro extremo de la habitación, hacia el pequeño espejo ovalado de la cómoda. Los ojos que le devolvieron la mirada eran los mismos que lo habían observado todos los días desde aquel espejo, pero a él le parecieron más pálidos. Era como si la sorpresa los hubiera limpiado, como si hubieran estado preparados para una horrible visión pronta a caer sobre él. Lo recorrió un escalofrío, volvió rápidamente la cabeza hacia el otro lado y miró por la ventana. Un sol rojo y amarillo cegador se movía serenamente entre nubes moradas. Debajo, la negra línea de árboles se recortaba contra el cielo rojo oscuro. Formaba

una muralla frágil, como si se tratara de la débil defensa que él había montado en su mente para protegerse contra lo que iba a suceder. El muchacho cayó sobre la almohada y clavó la mirada en el techo. Los miembros castigados durante tantas semanas por la fiebre y los escalofríos estaban ahora insensibles. Dentro de él, la vieja vida se apagaba. Esperaba la llegada de lo nuevo. Y fue entonces cuando sintió el comienzo de un escalofrío, un escalofrío tan particular, tan ligero, que era como una cálida ondulación en la superficie de un mar más frío en el fondo. Empezó a faltarle la respiración. El pájaro fiero que en los años de su niñez y en sus días de enfermedad estaba suspendido sobre su cabeza, esperando misteriosamente, pareció adquirir de golpe movimiento. Asbury palideció y el último velo de ilusión quedó roto por un torbellino que bailoteaba ante sus ojos. Comprendió que durante el resto de sus días, frágiles y atormentados pero interminables viviría ante un terror purificador. Un grito ahogado, una última e imposible protesta, escapó de sus labios. Pero el Espíritu Santo, blasonado en hielo en lugar de fuego, siguió descendiendo implacable.

LAS DULZURAS DEL HOGAR[24]

Thomas se retiró a un lado de la ventana y con la cabeza entre la pared y la cortina miró el camino que llevaba a la casa, donde el coche se había detenido. Su madre y la pequeña zorra bajaban de él. La madre apareció lentamente, impasible y torpe, y después las piernas largas y un tanto arqueadas de la pequeña zorra se deslizaron, con el vestido por encima de las rodillas. Lanzando un grito de alegría corrió al encuentro del perro que, a saltos, desbordante de felicidad, tembloroso de placer, había salido a darle la bienvenida. La ira fue invadiendo el corpachón de Thomas con una intensidad alarmante, como una turba amenazadora.

Ahora sólo tenía que hacer la maleta, irse a un hotel y quedarse allí hasta que la casa volviera a la normalidad.

No sabía dónde había una maleta, le fastidiaba hacer el equipaje, necesitaba sus libros, su máquina de escribir no era portátil, estaba acostumbrado a la manta eléctrica, no soportaba comer en un restaurante. Su madre, con su caridad temeraria, estaba a punto de destrozar la paz del hogar.

La puerta trasera se cerró de golpe; la risa de la muchacha salió precipitadamente desde la cocina, atravesó el pasillo trasero y el hueco de la escalera, para entrar finalmente en su habitación y abalanzarse sobre él como una descarga eléctrica. Thomas dio un salto y miró furioso a su alrededor. Las palabras que había dicho aquella mañana fueron inequívocas: «Si vuelves a traer a esa chica a esta casa, me voy. Elige: ella o yo».

Había escogido. Un dolor intenso le atenazó la garganta. Era la primera vez en sus treinta y cinco años… Sintió una humedad repentina y abrasadora detrás de los ojos. Entonces se apaciguó, vencido por la ira. Todo lo contrario: no había escogido. Confiaba en su apego a la manta eléctrica. Se merecía una lección.

La risa de la chica subió por segunda vez hasta él, y Thomas hizo una mueca. Volvió a ver su mirada de la noche anterior. Ella había invadido su habitación. Thomas se había despertado y se había encontrado con la puerta abierta y con ella dentro. Entraba suficiente luz desde el pasillo para verla cuando se volvió hacia él. Su rostro era como el de una cómica en una comedia musical: barbilla puntiaguda, mejillas como manzanas y ojos felinos y vacíos. Se levantó de la cama de un salto, agarró una silla de respaldo recto y la obligó a retroceder de espaldas hasta la puerta, manteniendo la silla delante de él como un domador que echara fuera a un gato peligroso. En silencio la obligó a recorrer el pasillo y se paró para llamar a la puerta de su madre. La muchacha, con un grito ahogado, dio media vuelta y huyó a la habitación de los invitados.

Un momento después su madre había abierto la puerta y había asomado la cabeza con cierta aprensión. La cara, grasienta por el potingue que se ponía por las noches, estaba enmarcada por unos rulos de goma rosa. Miró hacia el lugar por donde había desaparecido la chica. Thomas se quedó delante de ella, con la silla todavía levantada

como si estuviera a punto de domar a otro animal.

—Ha intentado meterse en mi cuarto —masculló al tiempo que se colaba en la habitación—. Me he despertado y estaba intentando meterse en mi habitación. —Cerró la puerta tras de sí y su voz se elevó indignada—. ¡No voy a aguantar esto! ¡No lo aguantaré ni un solo día más!

La madre, obligada a retroceder hasta la cama, se sentó en el borde. Tenía un cuerpo pesado sobre el que descansaba una cabeza delgada, misteriosamente enjuta e incongruente.

—Es la última vez que te lo digo —siguió Thomas—, no lo aguantaré ni un solo día más.

Había una clara tendencia en todas las acciones de su madre: con las mejores intenciones del mundo, convertía la virtud en algo grotesco, la perseguía con una intensidad tan insensata que todo aquel que se veía envuelto en esa persecución quedaba en evidencia y la misma virtud se volvía algo ridículo.

—Ni un día más —repitió él.

La madre meneó la cabeza enérgicamente, con los ojos todavía fijos en la puerta.

Thomas dejó la silla en el suelo delante de ella y se sentó. Se inclinó como si estuviera a punto de explicarle algo a un niño retrasado.

—Es una más de sus desgracias —dijo la madre—. Horrible, horrible. Me dijo el nombre, pero lo he olvidao. Es algo que no puede evitar. Es algo con lo que nació. Thomas —añadió poniéndole la mano en la mejilla—, ¿y si fueras tú?

La exasperación cerró la tráquea de Thomas.

—¿No puedo hacerte comprender —rugió— que si no puede de ayudarse a sí misma tampoco tú puedes ayudarla?

Los ojos de la madre, íntimos pero inconmovibles, tenían el azul de las grandes distancias después de la puesta de sol.

—Niperómana —murmuró.

—Ninfómana —graznó él, iracundo—. No tiene por qué decirte esas palabrejas. Es una deficiente moral. Eso es todo lo que necesitas saber. Nació sin sentido de la moral… Como otros nacen sin un riñón o sin una pierna. ¿Comprendes?

—Es que no dejo de pensar que podrías ser tú —repuso ella, con la mano todavía en su mejilla—. Si fueras tú, ¿cómo crees que iba sentirme si no hubiera nadie que te recogiera? ¿Y si fueras un nipermaniático, en lugar de una persona inteligente y brillante, hicieras cosas que no pudieras evitar y…?

Thomas sintió un asco profundo e insoportable hacia sí mismo, como si se estuviera convirtiendo lentamente en la muchacha.

—¿Qué llevaba puesto? —preguntó la madre de repente, con los ojos entrecerrados.

—¡Nada! —rugió él—. ¿Quieres sacarla de aquí?

—¿Cómo voy a echarla a la calle? Esta mañana ha vuelto a amenazar con matarse. —Mándala de nuevo a la cárcel.

—A ti no te mandaría de nuevo a la cárcel, Thomas.

Él se levantó, agarró la silla y salió de la habitación antes de perder por completo el control de sí mismo.

Thomas quería a su madre. La quería porque estaba en su naturaleza quererla, pero había ocasiones en que no soportaba el amor que ella le profesaba. Había ocasiones en que ese amor se convertía en un misterio estúpido y Thomas se sentía rodeado por unas fuerzas, unas corrientes invisibles que escapaban a su control. Ella partía siempre de la idea más trillada —era algo que «estaba bien hacer»— para llegar a los compromisos más temerarios con el diablo, al que, naturalmente, nunca reconocía.

Para Thomas el diablo sólo era un modo de hablar, pero un modo apropiado a las situaciones en que su madre se metía. Si la mujer hubiera tenido un ápice de inteligencia, él habría podido demostrarle que, desde los primeros tiempos del cristianismo, ningún exceso de virtud está justificado, que la moderación en el bien trae consigo la moderación en el mal, que si san Antonio se hubiera quedado en casa cuidando de su hermana ningún diablo le habría acosado.

Thomas no era cínico y estaba lejos de oponerse a la virtud, que consideraba el principio del orden y lo único que hacía la vida soportable. Su propia vida era soportable gracias a los frutos de las virtudes más sensatas de su madre: una casa bien administrada y unas comidas excelentes. Pero cuando a su madre se le iba la mano en la virtud, como ahora, se apoderaba del hijo la extraña sensación de que le rondaban los demonios, y éstos no eran una excentricidad mental ni en él ni en la vieja; eran criaturas con personalidad, presentes aunque no visibles, que en cualquier momento podían lanzar un aullido o mover un cacharro.

La chica había aterrizado en la cárcel del condado hacía un mes, acusada de pasar un cheque falso, y su madre había visto la fotografía en el periódico. Mientras desayunaban, la había mirado largo rato y luego se lo había pasado por encima de la cafetera

—Imagínate, sólo tiene diecinueve años y está en esa cárcel asquerosa. Y no parece mala chica.

Thomas echó una ojeada a la fotografía. Tenía la cara de una pilluela astuta. Pensó que la edad media de los delincuentes descendía sin cesar.

—Parece una chica sana —añadió la madre.

—La gente sana no hace circular cheques falsos.

—No sabes lo que harías tú si estuvieras en un apuro.

—No haría circular un cheque falso.

—Creo que le llevaré una cajita de bombones.

Si en aquel momento se hubiera mantenido firme, no habría ocurrido nada. Su padre, de haber estado vivo, se habría mantenido firme en aquel momento. Llevar bombones era la cosa «que estaba bien hacer» que más le gustaba. Cuando alguien de su misma categoría social se trasladaba al pueblo, le visitaba y le llevaba una caja de

bombones. Cuando alguno de los hijos de sus amigas tenía un bebé o ganaba una beca, le visitaba y le llevaba una caja de bombones. Cuando un viejo se rompía la cadera, ella estaba a la cabecera de su cama con una caja de bombones. A él le había hecho gracia la idea de que llevara una caja de bombones a la cárcel.

Ahora, plantado en su habitación, mientras las carcajadas de la chica le estallaban en la cabeza, maldijo la gracia que le había hecho.

Cuando su madre volvió de la visita a la cárcel, había entrado en tromba en su estudio, sin siquiera llamar, y se había desmoronado cuan larga era en el sofá, sobre cuyo brazo apoyó los pies, pequeños e hinchados. Al cabo de unos segundos se recuperó lo suficiente para incorporarse y colocar un periódico bajo ellos. Después volvió a recostarse.

—No sabemos cómo vive la otra mitá —dijo.

Thomas sabía que, aunque su conversación iba de cliché en cliché, detrás había experiencias reales. Sentía menos que la chica estuviera en la cárcel que el hecho de que su madre la hubiera visto allí. Hubiera querido evitarle todas las cosas desagradables.

—Bueno —dijo él dejando el periódico—, será mejor que lo olvides. Hay razones más que suficientes para que la chica esté en la cárcel.

—No puedes imaginar por lo que ha pasao —afirmó ella mientras volvía a sentarse—. Escucha.

La pobre chica, Star, se había criado con una madrastra que tenía tres hijos propios, uno de los cuales era casi adulto y había abusado de ella de un modo tan terrible que se había visto obligada a escapar para encontrar a su verdadera madre. Cuando la encontró, su verdadera madre la mandó a varios internados para sacársela de encima. Tuvo que huir de todos ellos por la presencia de pervertidos y sádicos tan monstruosos que no había palabras para describir sus actos. Thomas se daba cuenta de que su madre no se había librado de ciertos detalles de los que él se estaba librando. De vez en cuando, divagaba, le temblaba la voz y Thomas comprendía que estaba recordando alguna atrocidad que le había sido descrita gráficamente. Tuvo la esperanza de que el recuerdo de todo aquello se borraría en unos días, pero no fue así. Al día siguiente la madre había vuelto a la cárcel con unos kleenex y una crema facial, y unos días más tarde anunció que había consultado a un abogado.

En ocasiones como ésa, Thomas lloraba de corazón la muerte de su padre aunque en vida no lo soportara. El viejo no habría aguantado esas tonterías. Insensible a la compasión inútil, habría tocado las teclas necesarias (a espaldas de ella) con su amigote el *sheriff*, y la muchacha habría acabado en el penal del estado para cumplir allí su condena. Solía estar siempre ocupado en una actividad rabiosa, hasta que una mañana —con una mirada de enfado a su mujer, como si ella fuera la única responsable— se desplomó muerto sobre la mesa del desayuno. Thomas había heredado la sensatez de su padre sin su crueldad, y el amor de su madre hacia el bien sin su tendencia a perseguirlo. Su estrategia ante cualquier hecho práctico consistía en

esperar y ver qué pasaba.

El abogado descubrió que la historia de las repetidas atrocidades era falsa en su mayor parte, pero cuando le explicó que la muchacha tenía una personalidad psicopática, sin estar lo bastante loca para ir a un manicomio, ni ser lo bastante criminal para estar en la cárcel, ni lo bastante estable para vivir en sociedad, la madre quedó más profundamente afectada que nunca. La muchacha confesó enseguida que su historia no era verdad y argumentó que era una mentirosa nata; mentía, dijo, porque se sentía insegura. Había pasado por las manos de varios psiquiatras que habían dado los últimos toques a su educación.

Sabía que no había esperanza para ella. Ante tal desgracia, su madre parecía abrumada por un penoso misterio que sólo sería soportable si se redoblaban los esfuerzos. Con gran disgusto de Thomas, parecía mirarlo a él con compasión, como si su confuso sentido de la caridad ya no estableciera distinciones.

Unos días más tarde, entró en tromba y dijo que el abogado había logrado la libertad condicional para la chica y que sería confiada en custodia… a ella.

Thomas se levantó de la tumbona y dejó caer la revista literaria que había estado leyendo. Su rostro, grande y blando, se contrajo a la espera de más dolor.

—¡No vas a traer a esa chica aquí!

—No, no, tranquilízate, Thomas.

Con grandes dificultades había logrado que emplearan a la chica en una tienda de animales y le había encontrado también un sitio donde vivir, con una anciana maniática que conocía. La gente no era generosa. No se ponían en el lugar de una persona como Star, que lo tenía todo en contra.

Thomas volvió a sentarse y cogió la revista. Le parecía que acababa de escapar de algún peligro que no deseaba determinar.

—Ya sé que es inútil decirte nada —comentó—, pero dentro de unos días esa chica se habrá ido del pueblo, después de sacarte todo lo que haya podido. No volverás a saber de ella.

Dos días más tarde, cuando llegó por la noche a casa y abrió la puerta de la sala, una carcajada aguda y superficial lo traspasó como una lanza. Su madre y la chica estaban sentadas junto a la chimenea, donde ardían los leños de gas. La primera impresión que daba enseguida la muchacha era la de ser físicamente una delincuente. Llevaba el pelo cortado como el de un perro o el de un duende, e iba vestida a la última moda. Fijó en él una mirada larga, familiar y centelleante, que al cabo de unos segundos dio paso a una sonrisa íntima.

—¡Thomas! —dijo su madre, y en la firmeza de su voz se incluía el mandato de que no saliera corriendo—. Esta es Star, de la que tanto te he hablao. Va cenar con nosotros.

La chica se hacía llamar Star Drake. El abogado había descubierto que su verdadero nombre era Sarah Ham.

Thomas no se movió ni habló. Se quedó vacilante en el umbral, embargado por lo

que parecía una perplejidad salvaje.

—Hola, Sarah —dijo por fin, con tal tono de asco que él mismo enrojeció al oírlo, pues no le parecía digno de él demostrar desprecio hacia una criatura tan patética.

Entró en la sala, resuelto a demostrar al menos un mínimo de educación, y se dejó caer con pesadez en una silla de respaldo recto.

—Thomas escribe sobre historia —explicó la madre lanzándole una mirada amenazadora—. Este año es presidente de la Sociedad Histórica local.

La muchacha se inclinó hacia delante y dedicó a Thomas una atención todavía más descarada.

—¡Fabuloso! —dijo con voz gutural.

—En estos momentos Thomas está escribiendo sobre los primeros colonizadores d'este condao.

—¡Fabuloso! —repitió la muchacha.

Con un esfuerzo de voluntad, Thomas consiguió comportarse como si estuviera solo en la habitación.

—Oiga, ¿sabe a quién se parece? —preguntó Star, con la cabeza ladeada y mirándolo de soslayo.

—¡Oh, a alguien muy importante! —dijo la madre, ufana.

—Al poli de la película que vi anoche —dijo Star.

—Star —observó la madre—, creo que deberías tener más cuidao con las películas que ves. Creo que sólo deberías ver las mejores. Me parece que las historias policíacas no pueden hacerte ningún bien.

—Oh, era una de esas del delito no sale a cuenta, y le juro que el poli era su vivo retrato. No hacían más que tomarle el pelo. Parecía que no iba a aguantarlo un minuto más y que iba a explotar. Era la monda. Y no era feo del to —añadió con una sonrisa aduladora.

—Star —dijo la madre—, creo que sería estupendo que te aficionaras a la música.

Thomas suspiró. La madre siguió parloteando y la chica, sin hacerle el menor caso, no apartaba los ojos de él. Su mirada era de tal naturaleza que era como si fueran sus manos, que descansaban en sus rodillas, en su cuello. Sus ojos tenían un brillo burlón y él se daba cuenta de que sabía muy bien que no soportaba verla. A Thomas no le hacía falta más para comprender que estaba en presencia de la corrupción misma, pero una corrupción libre de culpa, ya que tras ella no había una facultad responsable. Tenía ante sus ojos la forma más intolerable de la inocencia. Se preguntó, distraídamente, cuál sería la actitud de Dios ante una cosa así, con la intención de adoptarla si era posible.

El comportamiento de su madre durante toda la cena fue tan idiota que se le hacía insoportable mirarla pero, como aún soportaba menos mirar a Sarah Ham, fijó en el aparador que había al otro lado de la habitación una mirada de desaprobación y de asco. La madre escuchaba todos los comentarios de la chica como si merecieran una seria atención. Expuso varios planes para que Star empleara de un modo saludable el

tiempo libre. Sarah Ham prestaba tan poca atención a estos consejos como si procedieran de un loro. Una vez, cuando Thomas miró sin querer hacia ella, le guiñó un ojo. En cuanto terminó con la última cucharada del postre, Thomas se levantó.

—Tengo que irme. Tengo una reunión.

—Thomas —dijo su madre—, quiero que de paso lleves a Star a casa. No quiero que vaya sola en taxi por la noche.

Por unos segundos, Thomas permaneció callado y furioso. Después dio media vuelta y salió de la habitación. Volvió enseguida con una oscura determinación impresa en el rostro. La chica estaba ya a punto y le esperaba sumisa en la puerta de la sala. Le brindó una mirada pletórica de admiración y de confianza. Thomas no le ofreció el brazo, pero ella lo cogió de todos modos y salió de la casa y bajó por las escaleras enlazada a lo que hubiera podido ser un milagroso monumento andante.

—¡Sé buena! —gritó la madre.

Sarah Ham soltó una risita burlona y hundió el codo en las costillas de Thomas.

Mientras se ponía el abrigo, Thomas había decidido que ésta era su oportunidad de explicar a la muchacha que, a menos que dejara de ser un parásito de su madre, él se aseguraría personalmente de que volviera a la cárcel. Le haría saber que conocía su juego, que no era un inocentón y que había ciertas cosas que no estaba dispuesto a aguantar. Sentado ante su mesa, pluma en mano, nadie se expresaba mejor que Thomas. En cuanto estuvo encerrado en el coche con Sarah Ham, el terror le atenazó la lengua.

Ella dobló las piernas bajo el trasero y dijo con una risita:

—Por fin solos.

Thomas alejó el coche de la casa y se dirigió rápidamente hacia la verja. Ya en la autopista, pisó el acelerador como si lo persiguieran.

—Caray —dijo Sarah Ham bajando los pies del asiento—. ¿Dónde está el fuego?

Thomas no respondió. A los pocos segundos notó que ella se acercaba, se estiraba, se escurría hacia él, y por último colocó la mano flácida sobre su hombro.

—Tomsee no me quiere, pero a mí me parece monísimo.

Thomas recorrió los seis kilómetros que lo separaban del pueblo en poco más de cuatro minutos. El semáforo del primer cruce estaba en rojo, pero no hizo caso. La anciana vivía tres manzanas más allá. Cuando el coche paró con un frenazo delante de la casa, él bajó de un salto y corrió a abrirle la portezuela a la muchacha. Ella no se movió y Thomas no tuvo otro remedio que esperar. Al cabo de un minuto apareció por fin una pierna, y luego una carita pálida desvergonzada lo miró fijamente. Había algo en aquella mirada que hacía pensar en la ceguera, pero era la ceguera de los que no saben que no pueden ver. Thomas se sintió extrañamente asqueado. Aquellos ojos vacíos lo escudriñaban.

—A mí nadie me quiere —dijo la muchacha con tono de amargura—. ¿Y si tú fueras yo y yo no soportara llevarte en mi coche ni siquiera un kilómetro?

—Mi madre te tiene afecto —masculló él.

—¡Vaya! ¡Una mujer que vive más o menos con setenta y cinco años de atraso!

Thomas dijo sin aliento:

—Si te veo otra vez molestándola, haré que te vuelvan a meter en la cárcel. —Había una fuerza sorda detrás de su voz, aunque ésta fuera apenas un susurro.

—¿Tú y quién más? —replicó ella, y volvió a meterse en el coche como si no tuviera la menor intención de salir.

Thomas se inclinó, la agarró a ciegas por la solapa del abrigo, la sacó a rastras y la dejó en la calle. Después se apresuró a subir al coche y salió a todo gas. La otra portezuela había quedado abierta y la risa de la muchacha, sin cuerpo pero real, lo siguió por la calle como si estuviera a punto de precipitarse de un salto dentro del vehículo e irse con él. Thomas se inclinó, la cerró de un portazo y se dirigió hacia su casa, demasiado iracundo para asistir a la reunión. Tenía la intención de hacerle ver a su madre su disgusto. Tenía la intención de no dejar la menor duda sobre este punto. La voz de su padre resonaba desapacible en su cabeza.

«Zoquete —decía el viejo—; plántate. Demuéstrale quien manda antes de que te lo demuestre ella».

Pero cuando Thomas llegó a casa su madre, sabiamente, ya se había acostado.

A la mañana siguiente Thomas apareció en la mesa del desayuno; el ceño fruncido y la posición de su mandíbula indicaban que estaba de un humor peligroso. Cuando se proponía mostrarse enérgico, Thomas empezaba como un toro que, antes de embestir, retrocede con la cabeza baja y rasca el suelo.

—Ahora escúchame —empezó tras sacar la silla de un tirón y sentarse—, tengo algo que decirte sobre esa chica y no voy a repetirlo. —Tomó aliento—. No es más que una fulana. Se burla de ti a tus espaldas. Tiene la intención de sacarte todo lo que pueda y no significas nada para ella.

Su madre parecía haber pasado también mala noche. Por la mañana no solía vestirse, llevaba albornoz y un turbante gris en la cabeza que daba a su rostro un aspecto omnisciente que resultaba desconcertante. Era como estar desayunando con una sibila.

—Tendrás que tomar leche condensada esta mañana —dijo mientras le servía el café—. M’olvidé de comprar de la otra.

—Está bien, ¿me has oído? —gruñó Thomas.

—No estoy sorda —dijo su madre, y dejó la cafetera sobre el salvamanteles—. Ya sé que pa ella no soy más que una vieja bruja charlatana.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en esta insensata…?

—Thomas —le interrumpió la madre, y apoyó la mejilla en la palma de la mano —, podrías ser…

—¡Pero no soy yo! —replicó Thomas, asiéndose a la pata de la mesa a la altura de sus rodillas.

La madre, todavía con la cara apoyada en la mano, meneó levemente la cabeza.

—Piensa en to lo que tienes. Todas las dulzuras del hogar. Y una moral, Thomas.

No tienes malas inclinaciones, no has nacío con cosas malas.

Thomas empezó a respirar como si tuviera un ataque de asma.

—No eres razonable —dijo con voz queda—. Él hubiera puesto las cosas en su sitio.

La vieja se puso rígida.

—Tú no eres como él.

Thomas abrió la boca sin decir nada.

—Sin embargo —prosiguió la madre, con un tono de sutil acusación, como si se arrepintiera del cumplido—, no la volveré a invitar, puesto qu'estás tan en contra d'ella.

—No estoy en contra de ella. Estoy en contra de que hagas el ridículo.

En cuanto abandonó la mesa y cerró la puerta de su estudio, su padre se acuclilló en su mente. El viejo había tenido la habilidad de un campesino para hablar en cuclillas, aunque no era un campesino, ya que había nacido y se había criado en la ciudad y se había trasladado a un lugar más pequeño sólo para aprovechar su talento. Con una destreza constante los había convencido de que era uno de ellos. En medio de una conversación sobre el césped delante del juzgado, se ponía en cuclillas y sus dos o tres compañeros lo imitaban, sin interrumpir la conversación. Había vivido su mentira a base de gestos; nunca se había dignado contar una.

«Deja que te pisotee —le decía—; tú no eres como yo. No eres lo bastante hombre».

Thomas se puso a leer vigorosamente y poco a poco la imagen desapareció. La chica había causado una perturbación en las profundidades de su ser, en algún lugar adonde no llegaba su capacidad de análisis. Se sentía como si hubiera visto pasar un tornado a cien metros de distancia y tuviera la intuición de que va a dar media vuelta y a embestirlo. No consiguió concentrarse en su trabajo hasta media mañana.

Dos noches más tarde, después de la cena, su madre y él estaban sentados en el cuarto de estar, leyendo cada uno una sección del diario vespertino, cuando empezó a sonar el teléfono con la intensidad metálica de una alarma de incendios. Thomas alargó la mano para cogerlo. En cuanto tuvo el auricular en la mano, una estridente voz femenina penetró en la habitación:

—¡Vengan a buscar a esta muchacha! ¡Vengan a buscarla! ¡Borracha! ¡Borracha en mi sala y no voy a tolerarlo! ¡Ha perdío el empleo y ha vuelto borracha! ¡No lo aguantaré!

La madre se puso en pie de un salto y cogió el auricular.

El fantasma del padre de Thomas se irguió ante él. «Llama al *sheriff*», le apuntó el viejo.

—Llama al *sheriff* —dijo Thomas con voz firme—. Llama al *sheriff* para que vaya allí y la recoja.

—Estaremos allí dentro d'un minuto —decía su madre—. Iremos enseguida a buscarla. Dígale que recoja sus cosas.

—No está en condiciones de recoger na —gritaba la voz—. ¡No debieron haberme metío en casa a esta mujer! ¡La mía es una casa respetable!

—Dile que llame al *sheriff* —exclamó Thomas.

Su madre colgó el auricular y lo miró.

—A ese hombre no l'entregaría ni un perro.

Thomas, sentado en la silla con los brazos cruzados, miró fijamente la pared.

—Piensa en la pobre chica —le dijo su madre—. No tiene na. Na. Y nosotros lo tenemos to.

Cuando llegaron, Sarah Ham estaba apoyada contra la barandilla de la escalera, con las piernas bien abiertas y el cuerpo desmadejado. Tenía la boina calada hasta los ojos, como se la había encasquetado la anciana, y la ropa se le salía de la maleta, donde también la había metido la anciana. Mantenía una conversación de borracha consigo misma en un tono apagado e íntimo. Una mancha de carmín le subía por un lado de la cara. Dejó que la madre la guiara hasta el coche y la colocara en el asiento trasero sin que pareciera darse cuenta de quién era su salvadora.

—Nadie con quien hablar en to el día, sólo un montón de malditos periquitos —dijo en un susurro furioso.

Thomas, que no había bajado del coche ni había vuelto a mirarla después de una primera mirada de asco, dijo:

—Te digo de una vez para siempre que a donde hay que llevarla es a la cárcel.

Su madre, sentada en el asiento trasero, con una mano de la chica entre las suyas, no respondió.

—Está bien, llévala al hotel —indicó Thomas.

—No puedo llevar una chica borracha a un hotel, y tú lo sabes.

—Pues llévala al hospital.

—Lo que necesita no es una cárcel ni un hotel ni un hospital, necesita un hogar.

—No necesita el mío.

—Sólo por esta noche, Thomas —musitó la vieja—, sólo por esta noche.

Desde entonces habían pasado ocho días. La pequeña zorra se había instalado en el cuarto de los huéspedes. Todos los días su madre salía a buscarle un empleo y un lugar para alojarse, pero fracasaba, pues la anciana había dado la alarma. Thomas estaba siempre en su habitación o en el estudio. Su hogar era para él casa, lugar de trabajo, iglesia, algo tan personal como el caparazón de una tortuga e igual de necesario. No podía creer que hubiera sido violado de ese modo. En su rostro encendido había una expresión de indignación y asombro.

En cuanto la chica se levantaba por las mañanas, su voz sonaba como un blues palpitante que se elevaba y se estremecía, para bajar después precipitadamente insinuando pasiones a punto de ser satisfechas; Thomas, sentado ante su mesa de trabajo, se ponía en pie como movido por un resorte y, frenético, empezaba a taparse los oídos con pañuelos de papel. Cada vez que iba de una habitación a otra, de una planta a otra, ella aparecía de modo infalible. Cada vez que subía o bajaba por las

escaleras, la chica se cruzaba con él y se apartaba con coquetería, o bien subía o bajaba con él, lanzando pequeños y trágicos suspiros con sabor a menta. A la muchacha parecía encantarle la repugnancia que Thomas sentía hacia ella y aprovechar todas las oportunidades para conseguir que diera muestras de ella, como si añadiera deleite a su martirio.

El viejo —pequeño, inquieto, con su sombrero amarillo de panamá, su traje de algodón, su camisa rosa cuidadosamente manchada, su pequeña corbata de lazo— parecía haberse aposentado en la mente de Thomas y desde allí, generalmente en cuclillas, soltaba, incansable, el mismo consejo desapacible cada vez que el muchacho hacía una pausa en su trabajo. «Pon las cosas en su sitio. Vete a ver al *sheriff*».

El *sheriff* era otra versión del padre de Thomas, pero con camisa de cuadros y sombrero tejano, y diez años más joven. Era igualmente deshonesto y había admirado de verdad al viejo. Thomas, al igual que su madre, habría hecho cualquier cosa para evitar la mirada azul, pálida y vidriosa del *sheriff*. Esperaba encontrar otra solución, esperaba un milagro.

Con Sarah Ham en casa las comidas eran insufribles.

—A Tomsee no le caigo bien —dijo la tercera o cuarta noche a la hora de cenar, y lanzó una mirada mohína hacia la figura grande y rígida de Thomas, cuya expresión era la de un hombre atrapado por olores insoportables—. No me quiere aquí. Nadie me quiere en ninguna parte.

—El nombre de Thomas es Thomas —la interrumpió la madre—, no Tomsee.

—Lo de Tomsee me lo he inventao. Me parece un nombre muy mono. Me odia.

—No te odia —repuso la madre—. No somos la clase de personas que odian —añadió, como si eso de odiar fuera una especie de imperfección que ellos hubieran eliminado desde hacía generaciones.

—Sé muy bien cuando no se me quiere —continuó Sarah Ham—. Ni siquiera me quisieron en la cárcel. Me pregunto si Dios me querría si me matara.

—¿Por qué no lo pruebas? —masculló Thomas.

La chica se deshizo en carcajadas. Luego paró bruscamente, hizo un puchero y empezó a temblar.

—Lo mejor que puedo hacer —dijo, con los dientes castañeteando— es matarme. Así no seré una molestia pa nadie. M'iré al infierno y tampoco molestaré a Dios. Ni siquiera el demonio me querrá. M'echará del infierno, ni siquiera en el infierno… —gimoteó.

Thomas se levantó, cogió el plato y los cubiertos y se fue al estudio a terminar su cena. Desde entonces, no había vuelto a comer en la mesa, su madre le servía en el escritorio. Durante esas comidas, la presencia del viejo se hacía más intensa. Parecía estar inclinado hacia atrás en su silla, con los pulgares metidos en los tirantes, mientras decía cosas como: «Ella nunca me sacó de mi propia mesa».

Unas noches después, Sarah Ham se cortó las venas con un cuchillo de mondar

patatas y tuvo un ataque de histeria. Desde el estudio, donde se había encerrado después de la cena, Thomas oyó un grito agudo, seguido de una serie de chillidos, y después los pasos rápidos de su madre. No se movió. La esperanza de que la chica se hubiera cortado la garganta desapareció al comprender que no podía haberlo hecho y seguir gritando como gritaba. Reanudó la lectura del periódico y los gritos fueron calmándose. Un minuto más tarde, su madre entró precipitadamente con el abrigo y el sombrero de Thomas.

—Tenemos que llevarla al hospital, ha intentao quitarse la vida. Le he puesto un torniquete. Dios mío, Thomas, ¡imagina que tú estuvieras tan deprimido pa hacer una cosa así!

Thomas se levantó mecánicamente y se puso el sombrero y el abrigo.

—La llevaremos al hospital y la dejaremos allí.

—Pa que vuelva a ser presa de la desesperación —gritó la vieja—. ¡Thomas!

De pie en el centro de la habitación, consciente de que había llegado el momento en que la acción era inevitable, de que tenía que hacer las maletas, de que tenía que marcharse, de que tenía que irse, Thomas permaneció inmóvil.

Su ira no iba dirigida contra aquella golfa, sino contra su madre. Aunque el médico comprobó que apenas se había hecho daño y enfureció a la muchacha riéndose del torniquete y aplicando sólo un poco de yodo sobre el corte, la madre no logró recuperarse del incidente. Parecía haberle caído sobre los hombros un nuevo pesar, y no sólo Thomas sino también Sarah Ham estaban furiosos por eso, pues parecía ser una especie de pesar general que hubiera encontrado otro objeto y no cesaría aunque ellos dos tuvieran la mejor de las suertes. El incidente de Sarah Ham había sumido a la vieja en una especie de luto por el mundo entero.

La noche que siguió al intento de suicidio, la madre recogió todos los cuchillos y tijeras de la casa y los guardó en un cajón. Vació una botella de veneno para las ratas en el inodoro y quitó todas las pastillas contra las cucarachas del suelo de la cocina. Entonces fue al estudio de Thomas y dijo en un susurro:

—¿Dónde está la pistola de tu padre? Quiero encerrarla bajo llave.

—Está en mi cajón —rugió Thomas—, y no la voy a encerrar bajo llave. ¡Si se mata, mejor!

—Thomas, ¡te va a oír!

—¡Que me oiga! ¿No comprendes que no tiene ni la más mínima intención de matarse? ¿No comprendes que las de su clase nunca se matan? ¿No comprendes…?

La madre salió sigilosamente por la puerta y la cerró para que la chica no oyera a Thomas; la risa de Sarah Ham, próxima en el pasillo, entró retumbando en la habitación.

—Ya verá Tomsee. Me mataré y entonces lamentará no haber sido bueno conmigo. Usaré su propia pistola, ¡su propia pistolita con la culata de nácar! —exclamó, y soltó una carcajada estridente y atormentada que pretendía imitar la de un monstruo del cine.

Thomas rechinó los dientes. Abrió de golpe el cajón de la mesa y buscó la pistola. Era una herencia del viejo, que era de la opinión de que en cada casa debía haber una pistola cargada. El viejo había descerrajado una noche dos balas en el costado de un maleante, pero Thomas jamás la había disparado. No tenía el menor temor a que la chica la usara contra sí misma y cerró el cajón. Las de su clase se aferraban tenazmente a la vida y eran capaces de sacar un histriónico provecho de cada momento de ella.

Le habían pasado por la cabeza varias ideas para deshacerse de la muchacha, pero eran pensamientos cuya índole moral indicaba que procedían de una mente parecida a la de su padre, y Thomas los había rechazado. No lograría que volvieran a encerrar a la chica hasta que ésta hiciera algo ilegal. El viejo no hubiera vacilado en emborracharla y llevarla hasta la autopista en el coche e informar a la policía de su presencia allí, pero

Thomas consideraba que esto iba en contra de sus principios morales. Sin embargo, las ideas se abalanzaban sobre él, a cual más extravagante.

No tenía la más remota esperanza de que la chica cogiera la pistola y se pegara un tiro, pero aquella tarde, cuando miró dentro del cajón, el arma había desaparecido. El estudio se cerraba desde dentro, no desde fuera. No le importaba lo de la pistola pero pensar en las manos de Sarah Ham sobre sus papeles lo sacaba de quicio. Ahora incluso su estudio estaba contaminado. El único sitio que ella no había tocado era su dormitorio.

Aquella noche entró en él.

Por la mañana, a la hora del desayuno, Thomas no probó bocado y ni siquiera se sentó. Se quedó al lado de la silla y planteó el ultimátum mientras la madre bebía el café a sorbitos como si estuviera sola en la habitación y fuera presa de terribles dolores.

—He aguantado esto todo lo que he podido. Como está claro que no te importo en absoluto, que no te importan mi tranquilidad, mi comodidad ni mis condiciones de trabajo, estoy dispuesto a dar el único paso que me queda. Te concedo un día más. Si esta tarde vuelves a traer a esa chica a casa, yo me voy. Elige: ella o yo. —Tenía más cosas que decir, pero al llegar a este punto la voz se le quebró y se fue.

A las diez su madre y Sarah Ham salieron de casa.

A las cuatro oyó las ruedas del coche sobre la gravilla y corrió hacia la ventana. Cuando el coche paró, el perro se levanto, alerta, temblando.

Thomas parecía incapaz de dar el primero de los pasos que debían llevarlo al armario del pasillo a buscar una maleta. Era como un hombre al que hubieran entregado un cuchillo y le hubieran dicho que tenía que operarse a sí mismo si quería seguir viviendo. Cerró sus enormes manos en un gesto de impotencia. Su semblante era un torbellino de indecisión y cólera. Sus pálidos ojos azules parecían sudar en el rostro encendido. Los cerró un momento y detrás de los párpados apareció la imagen burlona de su padre. «¡Idiota! —masculló el viejo—. ¡Idiota! ¡Esa golfa delincuente

te ha robado la pistola! ¡Vete a ver al *sheriff*! ¡Vete a ver al *sheriff*!».

Pasó un momento antes de que Thomas volviera a abrir los ojos. Parecía aturdido. Se quedó plantado allí al menos tres minutos; luego giró lentamente como un enorme buque que cambiara de rumbo y se detuvo frente a la puerta. Permaneció allí unos segundos más y salió de la casa, escrita en el rostro la determinación de terminar de una vez por todas con aquel suplicio.

No sabía dónde buscar al *sheriff*. Aquel hombre fijaba sus propias reglas y su propio horario. Thomas fue primero a la cárcel, donde el *sheriff* tenía su despacho, pero no estaba allí. Después fue al juzgado y un oficinista le dijo que el *sheriff* se había ido a la barbería, que estaba al otro lado de la calle.

—Allí está el ayudante —dijo el oficinista, y señaló por la ventana a un hombre corpulento con una camisa de cuadros que estaba apoyado en un coche de la policía y miraba al vacío.

—Tiene que ser el *sheriff* —dijo Thomas, y se encaminó hacia la barbería.

Aunque no quería tener nada que ver con el *sheriff*, sabía que el hombre era por lo menos inteligente y no sólo una montaña de carne sudorosa.

El barbero le dijo que el *sheriff* acababa de marcharse. Thomas inició el regreso hacia el juzgado, y al subir a la acera vio una figura enjuta y un poco encorvada que gesticulaba iracunda ante el ayudante.

Thomas se acercó con una determinación que era consecuencia de su agitación nerviosa. Se paró bruscamente a un paso de distancia y dijo con voz demasiado alta:

—¿Podría hablar con usted un momento? —No añadió el nombre del *sheriff*, que era Farebrother.

Farebrother volvió el rostro afilado y apergaminado justo lo suficiente para mirar a Thomas, y el ayudante hizo lo mismo, pero ninguno habló. El *sheriff* se quitó un cigarrillo muy corto de los labios y lo dejó caer a sus pies.

—Ya t’he dicho lo que debes hacer —dijo al ayudante.

A continuación echó a andar con una ligera inclinación de la cabeza para indicar a Thomas que le siguiera si deseaba hablar con él. El ayudante se escurrió al otro lado del coche de policía y entró en él.

Farebrother, seguido de Thomas, cruzó la plaza del juzgado y se detuvo bajo un árbol que daba sombra. Esperó, ligeramente inclinado, y encendió otro cigarrillo.

Thomas soltó de forma atropellada lo que tenía que decir. Como no había tenido tiempo de preparar sus palabras, el discurso apenas si resultaba coherente. A base de repetir lo mismo varias veces, logró decir por fin lo que quería. Cuando hubo terminado, el *sheriff* seguía aún inclinado hacia delante, formando un ángulo con él, sin fijar la vista en ningún punto en especial, permaneció así sin hablar.

Thomas empezó de nuevo, más despacio y con voz más queda, y Farebrother lo dejó continuar durante un rato antes de decirle:

—Nosotros la tuvimos una vez. —Y entonces se permitió esbozar lentamente una media sonrisa, torcida y resabida.

—Yo no tuve nada que ver con eso —repuso Thomas—. Fue cosa de mi madre. Farebrother se puso en cuclillas.

—Ella intentaba ayudar a la chica —siguió Thomas—. No sabía que era imposible ayudarla.

—La tarea le venía grande, me parece —musitó la voz desde abajo.

—Mi madre no tiene nada que ver con esto. Ni siquiera sabe que estoy aquí. La chica es peligrosa con esa pistola.

—Él no permitió nunca que nadie sacara los pies del tiesto. Y mucho menos una mujer.

—Puede matar a alguien con la pistola —dijo débilmente Thomas, con los ojos fijos en la copa redonda del sombrero tejano.

Hubo un largo silencio.

—¿Dónde la tiene? —preguntó Farebrother.

—No lo sé. Duerme en la habitación de los huéspedes. Debe de estar allí, en su maleta probablemente.

Farebrother se quedó en silencio de nuevo.

—Podría venir usted a registrar su habitación —propuso Thomas con voz tensa —. Yo me iré a casa y dejaré el cerrojo de la puerta abierto para que pueda entrar sin que lo vean, subir y registrar su habitación.

Farebrother volvió la cabeza; sus ojos miraban ahora con descaro las rodillas de Thomas.

—Usté parece saber muy bien lo qu'hay que hacer. ¿Quiere que intercambiemos nuestros trabajos?

Thomas no dijo nada porque no se le ocurrió nada que decir pero esperó pacientemente. Farebrother se quitó la colilla de los labios y la arrojó al suelo. Más allá, en el porche del juzgado, un grupo de ociosos, que habían estado apoyados a la izquierda de la puerta, se movieron hacia la derecha, donde quedaba un trozo de sol. Desde una de las ventanas altas bajó despacio una bolita de papel arrugado.

—Iré alrededor de las seis —dijo Farebrother—. Deje el cerrojo sin echar y no se meta en mi camino… ni usté ni las dos mujeres.

Thomas soltó una especie de sonido gutural de alivio que quería decir «gracias» y cruzó el césped como alguien al que acaban de liberar. La frase «las dos mujeres» se le clavó como un erizo en la mente; lo sutil del insulto a su madre le dolía mucho más que cualquiera de las referencias de Farebrother a su propia incompetencia. Al entrar en el coche, su rostro enrojeció de repente. ¿Había entregado su madre al *sheriff*… para que fuera el blanco de la lengua venenosa de aquel hombre? ¿Estaba traicionándola para deshacerse de la zorra? Comprendió enseguida que no se trataba de eso. Lo que hacía era por su bien, para librarla de un parásito que iba a destruir la tranquilidad de ambos. Puso el coche en marcha y volvió rápidamente a casa, pero cuando enfiló el camino de grava decidió que sería mejor aparcar a cierta distancia y entrar sigilosamente por la puerta de atrás. Aparcó sobre el césped y sobre el césped

anduvo describiendo un círculo hasta llegar a la parte trasera de la casa. El cielo estaba cubierto de líneas color mostaza. El perro dormía sobre el felpudo. Al oír los pasos de su amo, abrió un ojo amarillo, lo miró de arriba abajo y volvió a cerrarlo.

Thomas entró en la cocina. Se encontraba vacía y la casa estaba lo bastante silenciosa para que oyera con toda claridad el tictac del reloj. Eran las seis menos cuarto. De puntillas recorrió el pasillo hasta la puerta de delante y desechó el cerrojo. Se quedó un momento escuchando. Desde el otro lado de la puerta cerrada del salón llegaban los suaves ronquidos de su madre, y supuso que se había quedado dormida mientras leía. En la otra punta del pasillo, a dos pasos de su estudio, el abrigo negro y el bolso rojo de la golfa yacían sobre una silla. Arriba se oían unos grifos abiertos y dedujo que estaría dándose un baño.

Entró en el estudio y se sentó al escritorio a esperar y observó con desagrado que cada pocos minutos le recorría un temblor. Se quedó un momento allí sentado sin hacer nada. Luego cogió una pluma y empezó a dibujar cuadrados en un sobre que tenía ante él. Miró el reloj. Eran las seis menos once minutos. A continuación abrió distraídamente el cajón central de la mesa y lo colocó sobre sus rodillas. Estuvo un minuto entero mirando con atención la pistola sin comprender. Después lanzó un grito y se puso en pie de un salto. ¡La había devuelto!

«¡Idiota! —masculló su padre—. ¡Idiota! Ve y métesela en el bolso. No te quedes ahí parado. Ve y métesela en el bolso».

Thomas se quedó mirando el cajón fijamente. «Zoquete —se indignó el viejo—. ¡Corre mientras todavía estés a tiempo! Métesela en el bolso». Thomas no se movió. «¡Imbécil!», le gritó su padre. Thomas cogió la pistola. «Date prisa», ordenó el viejo.

Thomas echó a andar manteniendo la pistola lo más lejos posible de su cuerpo. Abrió la puerta y miró la silla. El abrigo negro y el bolso rojo estaban casi a su alcance.

«¡Date prisa, tonto!», dijo su padre.

Detrás de la puerta del salón, los ronquidos casi inaudibles de su madre subían y bajaban. Parecían medir un tiempo que no tenía nada que ver con los segundos que le quedaban a Thomas. No se oía ningún otro ruido.

«¡Deprisa, imbécil! ¡Antes de que despierte!», le acució el viejo.

Los ronquidos cesaron y Thomas oyó chirriar los muelles del sofá. Cogió el bolso rojo. Tenía un tacto parecido a la piel humana y al abrirlo le llegó el olor inconfundible de la muchacha. Haciendo una mueca metió en él la pistola y se retiró. Tenía el rostro encendido.

—¿Qué está metiendo Tomsee en mi bolso? —gritó ella, y su risa complacida descendió brincando por las escaleras.

Thomas dio media vuelta.

Ella estaba en lo alto de la escalera y empezó a bajar como una modelo, una pierna al aire y después la otra surgiendo de la abertura del quimono con un ritmo bien definido.

—Tomsee es un niño malo —dijo ella con voz gutural.

Llegó al pie de la escalera y lanzó una mirada lasciva de posesión a Thomas, cuyo rostro había pasado del rojo al gris. Estiró el brazo, cogió con un dedo el bolso abierto y vio la pistola.

La madre abrió la puerta de la sala y asomó la cabeza.

—¡Tomsee m'ha metío la pistola en el bolso! —chilló la muchacha.

—¡Tonterías! —dijo la madre con un bostezo—. ¿Por qué iba hacer Thomas una cosa así?

Thomas estaba ligeramente encorvado y las manos le colgaban flácidas de las muñecas como si acabara de sacarlas de un charco de sangre.

—Yo qué sé —respondió la chica—, pero desde luego lo ha hecho.

Se puso a dar vueltas alrededor de Thomas, con las manos en las caderas, el cuello estirado y una sonrisa burlona e íntima dirigida a él con fiereza. De repente, su expresión pareció abrirse, como se había abierto el bolso cuando Thomas lo había tocado. Ladeó la cabeza en actitud de incredulidad.

—Madre mía —dijo lentamente—, eres un caso.

En aquel momento Thomas maldijo no sólo a la chica, sino a todo el orden del universo que la había hecho posible.

—Thomas no te metería una pistola en el bolso —aseguró la madre—. Thomas es un caballero.

La muchacha soltó una risita alegre.

—Pues usté misma puede verlo —dijo, y señaló el bolso «¡Tú la has encontrado en el bolso, imbécil!», siseó el viejo.

—¡Yo la he encontrado en el bolso! ¡Esa golfa inmunda y delincuente me robó la pistola!

La madre se quedó sin aliento al reconocer la presencia del otro en la voz de su hijo. El rostro de sibila de la vieja palideció

—¡Qué narices! —chilló Sarah Ham, e intentó coger el bolso.

Pero Thomas, como si su brazo estuviera guiado por su padre, lo cogió primero y sacó la pistola. La chica, fuera de sí, se lanzó a la garganta de Thomas, y lo hubiera aferrado por el cuello si la madre no se hubiera interpuesto entre ellos.

«¡Fuego!», gritó el viejo.

Thomas disparó. La explosión fue como un sonido cuya intención fuera poner fin al mal en el mundo. Thomas la oyó como un sonido que haría añicos la risa de todas las zorras hasta que todos los chillidos cesaran y no quedara nada que alterara la paz de un orden perfecto.

El eco se fue desvaneciendo en ondas. Antes de desaparecer la última, Farebrother abrió la puerta y asomó la cabeza. Arrugó la nariz. Por unos segundos, su expresión fue la de un hombre que se niega a admitir su sorpresa. En sus ojos, claros como el cristal, se reflejaba la escena. La vieja yacía en el suelo entre la chica y Thomas.

El cerebro del *sheriff* funcionó como una máquina calculadora. Vio los hechos como si ya estuvieran impresos: el tipo había tenido siempre la intención de matar a su madre y de que la chica cargara con el mochuelo. Pero Farebrother había sido demasiado rápido para él. Todavía no se habían dado cuenta de su presencia en la puerta. Mientras él escudriñaba la escena, aumentaba su comprensión de los hechos. Por encima del cuerpo de la madre, el asesino y la golfa estaban a punto de caer uno en brazos del otro. El *sheriff* sabía reconocer una escena sucia en cuanto la veía. Estaba acostumbrado a interrumpir escenas que nunca eran tan subidas de tono como a él le hubiera gustado, pero esta cumplía todas sus expectativas.

TODO LO QUE ASCIENDE TIENE QUE CONVERGER[25]

El médico había dicho a la madre de Julian que tenía que adelgazar diez kilos porque estaba alta de presión, así que los miércoles por la noche Julian tenía que llevarla en autobús al centro de la ciudad para que asistiera a su clase de adelgazamiento. La clase de adelgazamiento estaba destinada a mujeres mayores de cincuenta años que trabajaban y cuyo peso oscilaba entre los ochenta y los cien kilos. Su madre era de las más delgadas, pero le explicó que las señoras no revelaban su edad ni su peso. No estaba dispuesta a ir sola en autobús de noche desde que se admitía a los negros y, como la clase de adelgazamiento constituía uno de sus pocos placeres, era necesaria para su salud y gratis, dijo que lo menos que podía hacer Julian era llevarla, si se consideraba todo lo que ella había hecho por él. A Julian no le gustaba considerar todo lo que había hecho por él, pero cada miércoles por la noche se armaba de valor y la llevaba.

La mujer estaba casi a punto de salir, de pie ante el espejo del pasillo, poniéndose el sombrero, mientras él, con las manos detrás de la espalda, parecía sujeto al marco de la puerta esperando como san Sebastián a que las flechas empezaran a atravesarle. El sombrero era nuevo y le había costado siete dólares y medio. Repetía una y otra vez:

—Quizá no tendría que haberme gastado tanto dinero. No, no debí hacerlo. Me lo quitaré y lo devolveré mañana. No tendría que haberlo comprado.

Julian levantó los ojos al cielo.

—Sí, sí debiste comprarlo —dijo—. Póntelo y vamos.

Era un sombrero espantoso. El ala de terciopelo morado bajaba por un lado y subía por el otro, y el resto era verde y parecía un cojín del que escapara el relleno. Julian pensó que era menos cómico que patético. Todo lo que a ella le daba placer era pequeño y lo deprimía.

Levantó el sombrero una vez más y se lo colocó despacio sobre la cabeza. Dos alas de pelo cano surgían a ambos lados del rostro sonrosado, pero los ojos, de un azul cielo, eran tan inocentes y vírgenes de experiencia como debieron de serlo cuando tenía diez años. De no haber sido una viuda que había luchado duramente para alimentarlo, vestirlo y pagarle los estudios, y que todavía lo mantenía, «hasta que te valgas por ti mismo», podría haber pasado por una niña que él tenía que llevar a la ciudad.

—Ya está bien, ya está bien —dijo Julian—. Vámonos.

Abrió la puerta y empezó a andar por la acera para obligar a su madre a ponerse en marcha. El cielo era de un violeta desvaído, y las casas destacaban oscuras contra él, monstruosidades bulbosas de color bilioso y de una fealdad uniforme aunque no había dos iguales. Como había sido un barrio elegante cuarenta años atrás, su madre

se empeñaba en creer que era el sitio adecuado para tener un piso. Todas las casas estaban rodeadas por un estrecho anillo de tierra, y en todos los anillos solía haber sentado un niño mugriento. Julian caminaba con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha y adelantada, los ojos vidriosos por la determinación de hacerse completamente insensible durante el tiempo que durara el sacrificio de complacer a su madre.

La puerta se cerró y él se dio la vuelta para encontrarse con que la figura regordeta, rematada por el atroz sombrero, se le acercaba.

—Bueno —dijo ella—, sólo se vive una vez, y si me ha salido un poco más caro al menos tengo la seguridad de que no se lo veré puesto a otras personas.

—Algún día ganaré dinero —afirmó Julian, sin convicción (sabía bien que eso no iba a ocurrir)— y entonces podrás permitirte esas mamarrachadas siempre que se te antoje.

Pero primero cambiarían de casa. Imaginó un lugar donde los vecinos más cercanos estarían a cinco kilómetros.

—A mí me parece que te va muy bien —afirmó la madre poniéndose los guantes —. Sólo hace un año que saliste de la universidad. Todo se andará.

Era una de las pocas mujeres de la clase de adelgazamiento que llegaba con sombrero y guantes, y que tenía un hijo que había estudiado en la universidad.

—Hace falta tiempo —prosiguió ella—, y el mundo está patas arriba. Este sombrero me favorecía más que los otros, aunque cuando me lo enseñó le dije: «Llévese eso, no me lo pondría por nada del mundo», y ella me respondió: «Espere a vérselo puesto», y cuando me lo puso dije: «Bueeeno», y ella dijo: «Si quiere saber mi opinión, este sombrero le va y usted le va al sombrero, y además no se lo verá puesto a otras personas».

Julian pensó que le habría sido más fácil reconciliarse con su suerte si ella hubiera sido egoísta, si hubiera sido una vieja bruja, borracha y cascarrabias. Siguió andando, saturado por la depresión, como si en el punto culminante de su martirio hubiera perdido la fe. Ella, al ver su cara larga, desesperanzada y molesta, se detuvo de repente, con expresión apesadumbrada, y le tiró del brazo.

—Espérame. Vuelvo a casa para quitarme esta cosa de la cabeza y mañana lo devolveré. No estaba en mis cabales. Con esos siete dólares y medio podré pagar la factura del gas. Él la cogió violentamente por el brazo.

—No lo vas a devolver. Me gusta.

—Me parece que debo…

—Cállate y disfruta de él —masculló Julian, más deprimido que nunca.

—Tal como está el mundo, es un milagro que podamos disfrutar de algo. Todo anda revuelto y nadie está en el lugar que le corresponde.

Julian suspiró.

—Claro que —añadió ella—, si uno sabe quién es, puede ir cualquier parte. — Decía esto cada vez que él la llevaba a la clase de adelgazamiento—. Casi todas las

de la clase no son de los nuestros, pero yo puedo ser amable con cualquiera. Sé quién soy.

—Les importa un pito tu amabilidad —replicó Julian, furioso—. Eso de saber quién eres sólo vale para una generación. No tienes la más remota idea de cuál es ahora tu verdadera posición ni de quién eres.

Ella se detuvo un momento y dejó que sus ojos lo miraran relampagueantes.

—Claro que sé quién soy, y si tú no sabes quién eres me avergüenzo de ti.

—¡Otra vez!

—Tu bisabuelo fue gobernador de este estado —afirmó ella—. Tu abuelo fue un rico terrateniente. Tu abuela era una Godhigh.

—¿Quieres mirar alrededor y ver dónde estás ahora? —dijo él, tenso, mientras con un gesto circular indicaba el barrio, cuya pobreza quedaba un poco disimulada por la oscuridad creciente.

—Siempre eres quien eres. Tu bisabuelo tenía una plantación y doscientos esclavos.

—Ya no hay esclavos —replicó él, irritado.

—Estaban mejor cuando lo eran.

Él refunfuñó al ver que su madre volvía a sacar el tema. Se precipitaba regularmente en él como un tren por una vía abierta. Él conocía todas las paradas, todos los cruces, todos los pantanos, y sabía el momento exacto en que la conclusión entraría majestuosa en la estación: «Es ridículo. No es realista, simplemente. Deben mejorar, eso sí, pero sin salirse de su sitio».

—Dejémoslo —dijo Julian.

—Los que de veras me dan pena son los medio blancos. Menuda tragedia.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo de una vez?

—Supón que fuéramos medio blancos. Desde luego tendríamos sentimientos encontrados.

—Yo ya tengo sentimientos encontrados —gruñó Julian.

—Bueno, hablemos de algo más agradable. Recuerdo que de niña iba a casa del abuelo. En aquel entonces, la casa tenía una escalinata doble que subía al segundo piso; la cocina estaba en el primero. A mí me gustaba quedarme en la cocina por el olor que despedían las paredes. Solía sentarme con la nariz pegada al yeso y respiraba profundamente. En realidad, la casa pertenecía a los Godhigh, pero tu abuelo Chestny pagó la hipoteca y consiguió rescatarla. Pasaban dificultades, pero, con dificultades o sin ellas, nunca olvidaron quiénes eran.

—Aquella mansión decrépita debía de recordárselo —masculló Julian.

Nunca hablaba de la casa sin desprecio, y nunca pensaba en ella sin deseo. La había visto una vez, de niño, antes de que se vendiera. La doble escalinata se había podrido y derrumbado. Ahora unos negros vivían allí. Pero en la mente de Julian la mansión permanecía tal como la había conocido su madre. Surgía en sus sueños con frecuencia. Él estaba casi siempre en el amplio porche, oyendo el murmullo de las

hojas de los robles, después avanzaba por el vestíbulo de altos techos hasta el salón contiguo y observaba las alfombras raídas y los cortinajes descoloridos. Pensaba que era él, no su madre, quien la había apreciado en su justo valor. Prefería aquella elegancia decadente a cualquier otra cosa en el mundo que conociera y por eso todos los barrios en que habían vivido fueron un tormento para él, mientras que su madre apenas notó la diferencia. Ella calificaba su insensibilidad de «saber adaptarse».

—Y recuerdo a la vieja negrita que fue mi niñera, Caroline. No ha habido mejor persona en el mundo. Siempre he sentido un gran respeto por mis amigos de color. Y haría cualquier cosa por ellos, y ellos…

—¿Quieres dejar ese tema de una vez?

Cuando subía sólo a un autobús, se sentaba al lado de un negro a propósito, como reparación por los pecados de su madre.

—¡Qué susceptible estás esta noche! —dijo la mujer—, ¿Te encuentras bien?

—Sí, me encuentro bien, y ahora déjame en paz.

Ella apretó los labios.

—La verdad es que estás de muy mal humor —observó—. No pienso hablarte más.

Llegaron a la parada de autobús. No había ninguno a la vista y Julian, con las manos todavía hundidas en los bolsillos y la cabeza hacia delante, miró con expresión ceñuda a lo largo de la calle. La irritación de tener que esperar el autobús y luego subir a él empezó a reptarle por el cuello como una mano caliente. Reparó en la presencia de su madre cuando ésta lanzó un suspiro quejumbroso. Estaba muy erguida bajo aquel sombrero que llevaba como una bandera de su imaginaria dignidad. Julian tuvo el perverso impulso de quebrantar su entereza. De repente, se desanudó la corbata, se la quitó de un tirón y se la metió en el bolsillo.

Ella se puso rígida.

—¿Por qué tienes que ir así cuando me llevas a la ciudad? ¿por qué me avergüenzas deliberadamente?

—Si no eres capaz de comprender dónde estás, al menos podrás darte cuenta de dónde estoy yo.

—Pareces un… maleante.

—A lo mejor lo soy —murmuró él.

—Voy a volver a casa y no te molestaré más. Si no eres capaz de hacer algo tan pequeño por mí…

Julian alzó los ojos al cielo y volvió a ponerse la corbata.

—Reintegrado a mi clase —masculló, y adelantó la cabeza hacia ella para susurrar—: La verdadera cultura está en la mente, la mente. —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. En la mente.

—Está en el corazón y en cómo se hacen las cosas. El modo de hacer las cosas está determinado por ser quien eres.

—A nadie en ese maldito autobús le importa quién eres.

—A mí me importa quién soy —replicó ella en tono glacial.

El autobús iluminado surgió en lo alto de la cuesta y avanzaron por la calle a su encuentro. Julian la cogió por el codo y la ayudó a subir el estribo chirriante. La madre entró con una leve sonrisa, como si cruzara el umbral de un salón donde todos la estuvieran esperando. Mientras él introducía las fichas, ella se sentó en uno de los amplios asientos delanteros, donde cabían tres pasajeros, de cara al pasillo. Una mujer delgada con los dientes salidos y una larga cabellera amarilla estaba sentada en el otro extremo. La madre se corrió hacia ella y dejó sitio a Julian a su lado. Él se sentó y, al mirar el suelo, vio al otro lado del pasillo unos pies delgados dentro de unas sandalias de lona rojas y blancas.

La madre inició inmediatamente una conversación general destinada a atraer a cualquiera que tuviera ganas de hablar.

—No puede hacer más calor —dijo, mientras sacaba del bolso un abanico negro con una escena japonesa, que empezó a mover ante su rostro.

—Sí que puede hacer más —comentó la mujer de los dientes salidos—, pero estoy segura de que mi piso no puede calentarse más.

—Debe de darle el sol por la tarde —comentó la madre. Se inclinó hacia delante e inspeccionó el autobús. Estaba medio lleno. Todos eran blancos—. Veo que tenemos el autobús para nosotros solos.

Julian se puso tenso.

—Sí, qué raro —dijo la mujer del otro lado del pasillo, la dueña de las sandalias rojas y blancas—. Subí a uno el otro día y no había más que pulgas. Incluso delante. Por todas partes.

—El mundo está patas arriba —observó la madre—. No sé cómo hemos permitido que se llegara a estos extremos.

—Lo que más me chincha son esos muchachos de buena familia que se dedican a robar neumáticos —dijo la mujer de los dientes salidos—. Ya se lo he dicho a mi hijo, le he dicho: «Puedes no ser rico, pero te he dado educación, y si te pesco alguna vez en un lío así ya pueden mandarte al reformatorio, será el lugar que te corresponde».

—La educación se demuestra siempre —dijo la madre—. ¿Su hijo va al instituto?

—Está en noveno.

—El mío acabó la universidad el año pasado. Quiere ser escritor, pero de momento vende máquinas de escribir, hasta abrirse camino.

La mujer se inclinó hacia delante y miró detenidamente a Julian. Él le lanzó una mirada tan malévola que ella se encogió en su asiento. En el suelo, al otro lado del pasillo, había un periódico tirado. Él se levantó para recogerlo y lo abrió delante de su rostro. Su madre siguió la conversación en un discreto medio tono, pero la mujer del otro lado del pasillo dijo con voz estridente:

—Eso está muy bien. Vender máquinas no está muy lejos de escribir. Puede pasar fácilmente de una cosa a la otra.

—Yo le digo que todo se andará —comentó la madre.

Detrás del periódico, Julian se recluía más y más en el compartimiento interior de su mente, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Era una especie de burbuja mental en la que se acomodaba cuando no soportaba formar parte de lo que sucedía alrededor. Desde ella podía mirar hacia fuera y juzgar, pero dentro de ella estaba a buen recaudo de cualquier penetración del exterior. Era el único lugar donde se sentía a salvo de la idiotez general del prójimo. Su madre nunca había entrado allí, pero Julian podía verla con absoluta claridad.

La vieja era bastante inteligente y a Julian le parecía que, si hubiera partido de una premisa correcta, habría podido esperarse más de ella. Vivía de acuerdo con las leyes de su propio mundo imaginario y nunca la había visto aventurarse fuera de él. La ley de ese mundo consistía en sacrificarse por su hijo después de haber creado la necesidad de ese sacrificio al convertirlo todo en un enorme lío. Si él había permitido estos sacrificios era porque la falta de previsión de su madre los había hecho necesarios. Toda la vida de aquella mujer había sido una lucha para comportarse como una Chestny sin los bienes de los Chestny, y para darle todo lo que ella creía que debía tener un Chestny; pero, ya que la lucha era divertida, ¿por qué quejarse?, decía ella. Y cuando se había ganado, como era su caso, ¡qué divertido recordar los tiempos difíciles! Él no podía perdonarle que hubiera disfrutado con la lucha, ni que pensara que ella había ganado.

Cuando decía que había ganado, se refería a que lo había criado como era debido, lo había mandado a la universidad y él le había salido muy bien: guapo (los dientes de la madre habían quedado sin empastar para que los de él pudieran enderezarse), inteligente (demasiado inteligente para triunfar, pensaba él) y con un futuro por delante (naturalmente, el tal futuro no existía). Ella justificaba el pesimismo del hijo con el argumento de que todavía estaba madurando, y sus ideas radicales, por su falta de experiencia práctica. Decía que no sabía aún nada de la «vida», que aún no había entrado en el mundo real, cuando lo cierto era que estaba tan desencantado de él como pudiera estarlo un hombre de cincuenta años.

Lo más irónico de todo era que, a pesar de ella, hubiera salido tan bien. A pesar de haber ido a una universidad de tercera, había adquirido, por propia iniciativa, una cultura de primera; a pesar de haber crecido bajo el dominio de una mente estrecha, había conseguido una mente amplia; a pesar de las estúpidas convicciones de ella, él estaba libre de prejuicios y no le daba miedo enfrentarse a la realidad. Y lo más milagroso era que, lejos de estar cegado por el cariño hacia ella, como ella lo estaba por él, había cortado las ataduras emocionales que lo unían a su madre y era capaz de analizarla con una objetividad absoluta. No estaba dominado por su madre.

El autobús se detuvo con una sacudida inesperada y lo sacó de sus meditaciones. Una mujer avanzó a trompicones desde la parte trasera y estuvo a punto de caer sobre su periódico, pero recobró el equilibrio a tiempo. Se apeó y subió un negro corpulento. Julian mantuvo el periódico bajo para seguir la escena. Le proporcionaba cierta satisfacción ver la injusticia en su funcionamiento cotidiano. Confirmaba su

punto de vista de que, salvo raras excepciones, no había nadie en quinientos kilómetros a la redonda a quien valiera la pena conocer. El negro iba bien vestido y llevaba una cartera. Miró alrededor y se sentó en la otra punta del asiento ocupado por la mujer de las sandalias rojas y blancas de lona. Inmediatamente abrió un periódico y se ocultó tras él. El codo de la madre de Julian le golpeó insistente en las costillas.

—¿Ves por qué no quiero ir sola en autobús?

La mujer de las sandalias de lona rojas y blancas se había levantado al ver que el negro se sentaba y se había trasladado a la parte posterior del autobús para ocupar el asiento de la mujer que se había apeado. La madre se inclinó hacia delante y le dirigió una mirada de aprobación.

Julian se levantó, cruzó el pasillo y se sentó en el lugar de la mujer de las sandalias de lona. Desde esa posición, miró serenamente a su madre, cuyo rostro había enrojecido de ira. Él la miraba de hito en hito, con los ojos de un desconocido. Sintió que la tensión aumentaba en él, como si hubiera declarado la guerra a su madre.

Le hubiera gustado entablar conversación con el negro y hablar con él de arte o de política o de cualquier tema del que los demás no entendieran, pero el hombre permanecía atrincherado tras su periódico. O fingía no haberse dado cuenta del cambio de asientos, o no lo había advertido. Julian no encontraba el modo de transmitirle su solidaridad.

La madre le miraba fijamente a la cara con una expresión de reproche. La mujer de los dientes salidos lo observaba con avidez, como si fuera un nuevo tipo de monstruo.

—¿Tiene fuego? —preguntó Julian al negro.

Sin apartar la mirada del periódico, el hombre buscó en el bolsillo y le tendió una caja de cerillas.

—Gracias —dijo Julian.

Por unos segundos sostuvo las cerillas en la mano como un tonto. Un prohibido fumar lo miraba desde encima de la puerta. El letrero no le hubiera disuadido, pero no tenía cigarrillos. Había dejado de fumar hacía unos meses porque no podía permitirse comprar tabaco.

—Lo siento —murmuró, y le devolvió las cerillas.

El negro bajó el periódico y le miró molesto. Cogió las cerillas y levantó de nuevo el periódico.

La madre seguía con la mirada fija en Julian, pero no se aprovechó de su incomodidad momentánea. Sus ojos tenían una expresión fatigada. Su rostro había adquirido un rojo poco natural, como si le hubiera subido la presión. Julian no permitió que apareciera en su rostro la más leve expresión de compasión.

Como en ese momento llevaba ventaja, deseaba desesperadamente conservarla y continuar hasta el final. Le hubiera gustado darle una lección que no olvidara durante

mucho tiempo, pero no veía el modo de prolongar la situación. El negro se negaba a salir de detrás del periódico.

Julian se cruzó de brazos y miró impasible al frente, hacia su madre, pero como si no la viera, como si hubiera dejado de reconocer su existencia. Imaginó una escena en la que, al llegar el autobús a su parada, él se quedaría sentado y cuando ella preguntara «¿No te vas a apear?», él la miraría como a un desconocido que se hubiera dirigido imprudentemente a él. La esquina donde se apeaban solía estar desierta, pero estaba bien iluminada y a ella no le pasaría nada por recorrer sola las cuatro manzanas hasta el gimnasio. Decidió esperar hasta que llegara el momento y ver entonces si la dejaba o no irse sola. Tendría que estar a la puerta del gimnasio a las diez para acompañarla de vuelta a casa, pero la tendría dudando sobre si aparecería. La madre no tenía por qué creer que siempre podía contar con él.

Julian volvió a retirarse a la habitación de techos altos, sobriamente amueblada con grandes muebles antiguos. Su alma se expandió por un momento, hasta que volvió a reparar en su madre, sentada frente a él, y la visión se hizo añicos. La examinó con frialdad. Los pies calzados con zapatillas se balanceaban como los de un niño y apenas rozaban el suelo. Tenía clavada en él una mirada de exagerada reprobación. Julian se sintió completamente desapegado de ella. En aquellos momentos, de buena gana le hubiera propinado una bofetada, como se la hubiera propinado a un niño muy impertinente que tuviera a su cargo.

Empezó a imaginar varios modos descabellados de darle una buena lección. Podía hacerse amigo de algún distinguido profesor o abogado negro y llevarlo a casa a pasar la noche. Él se sentiría completamente justificado, pero la presión de su madre subiría a cien. No podía llevar las cosas hasta el extremo de provocarle un ataque y, además, todos sus intentos de conseguir amigos negros habían fracasado. Había intentado trabar amistad en el autobús con algunos de los tipos de mejor aspecto, los que parecían profesores, sacerdotes o abogados. Una mañana, se había sentado al lado de un hombre marrón oscuro de aspecto distinguido que había respondido a sus preguntas con una solemnidad sonora; resultó ser empleado de pompas fúnebres. Otro día, se sentó al lado de un negro fumador de puros que llevaba una sortija de brillantes en el dedo, pero después de unas frases cordiales y forzadas el negro había tocado el timbre, se había levantado, y había metido disimuladamente dos números de lotería en la mano de Julian, mientras pasaba por encima de sus piernas para bajar.

Imaginó que su madre estaba muy enferma y él sólo podía encontrar un médico negro para que la atendiera. Se entretuvo unos instantes con esta idea y después la abandonó, para verse a sí mismo participando en actos pacíficos contra la segregación racial. Era una posibilidad, pero tampoco se detuvo ahí. Lejos de hacerlo, se acercó al máximo horror. Llevaba a casa a una mujer bonita y sospechosamente oscura. «Prepárate —diría—. No puedes hacer nada. Es la mujer que he escogido. Es inteligente, digna, incluso buena, y ha sufrido y no le ha parecido “divertido”. Ahora persíguenos, adelante, persíguenos. Échala de aquí, pero recuerda que también me

echas a mí». Sus ojos se entornaron y vio, a través de la indignación que él mismo había provocado, a su madre al otro lado del pasillo, con el rostro lívido, empequeñecida hasta adquirir las proporciones de un enano por sus convicciones morales, sentada como una momia bajo el estandarte ridículo de su sombrero.

La sacudida del autobús al pararse lo sacó una vez más de sus fantasías. La puerta se abrió con un ruido siseante y surgió de la oscuridad una mujer de color corpulenta, alegremente vestida y de expresión hosca, con un niño de la mano. El crío, de unos cuatro años, vestía un trajecito de cuadros con pantalón corto y un sombrero tirolés con una pluma azul. Julian albergó la esperanza de que se sentara a su lado y que la mujer se hiciera sitio al lado de su madre. No podía imaginar mejor solución.

Mientras esperaba a que le dieran las fichas, la mujer miró el interior del autobús en busca de un asiento… con la idea, deseaba Julian, de elegir precisamente aquel donde menos se la deseaba. Había algo en aquella mujer que le resultaba conocido, pero Julian no podía precisar de qué se trataba. Era un gigante. La expresión de su rostro indicaba que no sólo sabía enfrentarse a la oposición, sino también provocarla. El gran labio inferior caído era como un letrero de advertencia: no me molesten. La colosal figura iba embutida en un vestido de crepé verde y los pies desbordaban de los zapatos rojos. Llevaba un sombrero espantoso. El ala de terciopelo morado bajaba por un lado y subía por el otro y el resto era verde y parecía un cojín del que escapara el relleno. Llevaba un bolso rojo monumental, lleno de bultos por todas partes como si contuviera piedras.

Julian se sintió desilusionado al ver que el niño se encaramaba al asiento vacío que había al lado de su madre. Su madre incluía a todos los niños en una categoría común; negros o blancos, todos eran «monos», y le parecía incluso que los negritos eran más monos en general que los blancos. Sonrió al crío mientras éste subía al asiento.

Entretanto, la mujer se desplomaba en el asiento vacío al lado de Julian. El vio molesto cómo se apretujaba en el hueco. Observó que la expresión de su madre cambiaba al ver que la mujer se acomodaba a su lado y con gran satisfacción advirtió que esto la molestaba más a ella que a él. Su rostro había adquirido un tono casi grisáceo y en sus ojos había una mirada atónita, como si se hubiera puesto repentinamente enferma al ver algo terrible. Julian creyó comprender que era porque, en cierto modo, las dos mujeres habían intercambiado a sus hijos. Aunque su madre no captara la importancia simbólica del hecho, sin duda lo presentía. El regocijo de él se reflejó claramente en su rostro.

La mujer sentada a su lado masculló algo ininteligible. Julian tuvo conciencia de una presencia encrespada a su lado, de un maullido sordo como el de un gato furioso. Sólo veía el bolso rojo en posición vertical sobre los muslos verdes y enormes. Recordó a la mujer en el momento en que esperaba las fichas: la figura pesada que brotaba de los zapatos rojos, las caderas macizas, el busto enorme, la expresión altiva, y llegó al sombrero verde y morado.

Sus ojos se abrieron como platos.

El espectáculo de los dos sombreros, idénticos, apareció ante él con el resplandor de un radiante amanecer. Su rostro se iluminó de alegría. Le costaba creer que el destino le hubiera impuesto a su madre una lección semejante. Soltó una risita para que ella le mirara y viera que ya se había dado cuenta. La madre volvió despacio los ojos hacia él. El azul de sus pupilas se había convertido en un violáceo como el de un moretón. Por un momento Julian percibió con incomodidad su inocencia, pero sólo unos segundos, hasta que sus principios lo rescataron. La justicia le daba derecho a reírse. La sonrisa se fue endureciendo en sus labios para comunicar a la madre, tan claramente como si lo hiciera con palabras: «Tu mezquindad merece este castigo. Nunca olvidarás esta lección».

Los ojos de la madre se dirigieron hacia la mujer. No parecía poder sostener la mirada de Julian y prefirió concentrarse en la mujer. Él volvió a tener conciencia de aquella presencia encrespada a su lado. La mujer rugía como un volcán a punto de erupción. Un ligero temblor empezó a insinuarse en la comisura de la boca de su madre. Con gran desánimo, Julian descubrió señales incipientes de recuperación en su rostro y se dio cuenta de que, de repente, aquello iba a parecerle muy divertido y de que, a fin de cuentas, no habría tal lección. La madre no apartaba la vista de la mujer y apareció en su rostro una sonrisa divertida, como si la otra fuera un mono que le hubiera robado el sombrero. El negrito la miraba con ojos grandes y fascinados. Llevaba un buen rato intentando atraer su atención.

—¡Carver! —dijo la mujer de repente—. ¡Ven aquí!

Al ver que por fin todos estaban pendientes de él, Carver puso los pies sobre el asiento y se volvió hacia la madre de Julian con una risita.

—¡Carver! —repitió la mujer—. ¿M’oyes? ¡Ven aquí!

Carver bajó del asiento pero permaneció en cuclillas, recostado contra él y con la cabeza vuelta pícaramente hacia la madre de Julian, que le sonreía. La negra extendió la mano y agarró al niño. Él se enderezó y apoyó la espalda en las rodillas de la mujer, todavía sonriendo a la madre de Julian.

—Qué mono, ¿verdad? —dijo la madre de Julian a la mujer de los dientes salidos.

—Supongo que sí —repuso la otra sin demasiada convicción.

La negra tiró de su hijo para que se pusiera en pie, pero él se soltó, volvió a cruzar corriendo el pasillo y sin parar de reír se encaramó a toda prisa en el asiento vacío al lado de su amor.

—Me parece que le gusto —comentó la madre de Julian, y sonrió a la negra.

Era la sonrisa que utilizaba cuando quería ser especialmente amable con un inferior. Julian vio que todo estaba perdido. La lección resbalaba por ella como la lluvia por un tejado.

La negra se levantó y arrancó al niño del asiento como si lo estuviera librando de un contagio. Julian podía sentir la rabia de la negra por no tener un arma como la sonrisa de su madre. Dio al niño un manotazo en la pierna. El crío lanzó un aullido y

después hundió la cabeza en el estómago de la negra y empezó a darle patadas en las canillas.

—Compórtate —dijo la mujer con vehemencia.

El autobús paró de nuevo y bajó el negro que había estado leyendo el periódico. La mujer se corrió en el asiento y colocó de malos modos al niño entre ella y Julian. Lo agarraba con firmeza por la rodilla. Inesperadamente el chiquillo se tapó la cara con las manos y miró a la madre de Julian por entre los dedos.

—¡Te veoooo! —dijo ella, y se puso también una mano delante de la cara y le miró.

La negra bajó las manos de su hijo a bofetadas.

—Deja d'hacer el tonto —le ordenó—, ¡o te mato a palos!

Julian agradeció que la siguiente parada fuera la suya. Se levantó y tocó el timbre. La mujer también alzó la mano para tocarlo. «Dios mío», pensó él. Tuvo el terrible presentimiento de que, cuando bajaran todos juntos del autobús, su madre abriría el bolso para darle al niño una moneda. Ese gesto sería en ella tan natural como el respirar. El autobús se detuvo, la negra se levantó y, arrastrando al niño tras ella, se dirigió a la puerta a grandes pasos. El niño quería quedarse. Julian y su madre se levantaron y los siguieron. Al acercarse a la puerta, Julian intentó coger el bolso de su madre.

—No —murmuró ella—, quiero darle al pequeño una moneda.

—¡No! —siseó Julian—. ¡No!

Su madre sonrió al niño y abrió el bolso. La puerta del autobús se abrió y la negra cogió al niño por el brazo y bajó con él colgado de la cadera. Ya en la calle, lo puso en el suelo y lo zarandeó.

La madre de Julian había tenido que cerrar el bolso mientras bajaba el estribo del autobús, pero en cuanto puso los pies en el suelo volvió a abrirlo y a buscar dentro de él.

—Sólo encuentro un centavo —susurró—, pero parece nuevo.

—¡No lo hagas! —masculló Julian con furia.

Había una farola en la esquina y su madre corrió hacia ella para ver mejor. La negra se alejaba rápidamente tirando del niño, que todavía miraba hacia atrás.

—¡Oye, pequeño! —lo llamó la madre de Julian. Dio unos pasos rápidos y los alcanzó más allá de la farola—. Toma, un centavo nuevo y reluciente para ti. —Y le tendió la moneda, que brillaba cobriza bajo la luz tenue.

La mujerona se volvió y se quedó allí plantada unos instantes, con los hombros levantados y en el rostro una expresión de ira frustrada, mirando fijamente a la madre de Julian. De repente, pareció estallar como la pieza de una máquina a la que se hubiera aplicado una presión excesiva. Julian vio que salía disparado el puño negro con el bolso rojo. Cerró los ojos y se encogió al oír gritar a la mujer.

—¡No acepta limosna de nadie!

Cuando abrió los ojos, la mujer desaparecía calle abajo con el crío, que miraba

con los ojos muy abiertos por encima del hombro. La madre de Julian estaba sentada en la acera.

—Te dije que no lo hicieras —exclamó Julian, furioso—. ¡Te dije que no lo hicieras!

Se quedó mirándola un instante, con los dientes apretados. Ella tenía las piernas estiradas y el sombrero en el regazo. Julian se agachó y le miró la cara. Estaba vacía de expresión.

—Has recibido exactamente lo que merecías. Ahora levántate.

Recogió su bolso y metió en él lo que estaba esparcido por el suelo. Le quitó el sombrero del regazo. Vio el centavo sobre la acera, lo cogió también y lo dejó caer en el bolso ante los ojos de su madre. Después se irguió y le ofreció las manos para ayudarla a levantarse. Ella seguía inmóvil. Julian suspiró. Estaban rodeados de edificios de pisos negros, en los que resaltaban rectángulos irregulares de luz. Al final de la calle, un hombre salió por una puerta y se fue en dirección opuesta.

—Está bien —dijo Julian—. Supón que alguien pasa por aquí y quiere saber por qué estás sentada en la acera.

Ella aceptó la mano y respirando con dificultad tiró de ella hasta levantarse. Una vez en pie, se tambaleó ligeramente, como si las manchas de luz dieran vueltas a su alrededor en la oscuridad. Sus ojos, apagados y confusos, se fijaron por fin en el rostro de Julian. Él no hizo el menor esfuerzo por ocultar su irritación.

—Espero que esto te sirva de lección —le dijo.

La mujer se inclinó hacia delante y sus ojos examinaron el rostro de Julian. Parecía intentar determinar su identidad. Luego, como si no lo conociera de nada, echó a andar deprisa en dirección contraria a donde estaba el gimnasio.

—¿No vas al gimnasio? —le preguntó él.

—A casa —murmuró ella.

—¿Vamos a ir andando?

Por toda respuesta, su madre continuó caminando. Julian la siguió, con las manos a la espalda. No veía por qué razón no había de rematar la lección que ella había recibido con una explicación sobre su significado. Era mejor que comprendiera lo que le había ocurrido.

—No creas que era sólo una negra con pretensiones —dijo Julian—. Era toda la raza negra, que ya no aceptará tus centavos condescendientes. Era tu doble negro. Tiene derecho a llevar el mismo sombrero que tú, y, a decir verdad —añadió gratuitamente (porque le pareció divertido)—, le sentaba mejor que a ti. Lo que todo esto significa es que ha desaparecido el viejo mundo. Las viejas costumbres han caído en desuso y tu afabilidad no vale un pimiento. —Pensó con amargura en la casa perdida para él—. Ya no eres la que crees ser.

Ella siguió adelante, sin hacerle caso. El pelo se le había soltado por un lado. Dejó caer el bolso sin darse cuenta. Él se agachó a recogerlo y se lo tendió, pero ella no lo cogió.

—No tienes que comportarte como si esto fuera el fin del mundo, porque no lo es —prosiguió Julian—. De ahora en adelante tendrás que vivir en un mundo nuevo y enfrentarte por primera vez a algunas cosas. Ánimo, que de eso no se muere nadie.

La madre respiraba rápidamente.

—Esperemos el autobús —propuso Julian.

—Casa —dijo ella con voz pastosa.

—No me gusta que te portes, así. Pareces una niña. Esperaba más de ti. —Decidió esperar él el autobús y obligarla así a detenerse—. Yo no doy un paso más. Nos vamos en el autobús.

Ella siguió como si no le hubiera oído. Julian dio unos pasos, la cogió por el brazo y la detuvo. Le miró la cara y se le cortó el aliento. Aquella cara le era desconocida.

—Dile al abuelo que me venga a recoger —dijo ella.

Él la miró fijamente, anonadado.

—Dile a Caroline que me venga a recoger —dijo ella.

Él la soltó, atónito, y la madre echó a andar, de nuevo. Caminaba como si tuviera una pierna más corta que la otra. Una marea de oscuridad pareció llevársela lejos de él.

—¡Madre! —gritó Julian—. ¡Cariño, tesoro, espérame!

Ella se desmoronó y se desplomó en el suelo. Julian corrió y cayó a su lado gritando:

—¡Mamá, mamá!

Dio la vuelta al cuerpo. Vio que su rostro estaba desencajado. La pupila de un ojo, enorme y fija, se desplazaba levemente hacia la izquierda como si se hubiera desprendido. El otro ojo estaba fijo en él, examinaba de nuevo su cara y, al no encontrar nada, se cerró.

—¡Espérame aquí! ¡Espérame aquí! —gritó Julian, que se levantó de un salto y echó a correr hacia un grupo de luces que vio a lo lejos—. ¡Socorro, socorro! —exclamó, pero su voz era débil, apenas un hilo.

Las luces se alejaban más cuanto más deprisa corría y sus pies se movían entumecidos como si no lo llevaran a ninguna parte. La marea de oscuridad parecía arrastrarlo de nuevo hacia ella, retrasando instante tras instante la entrada de Julian en el mundo del remordimiento y el pesar.

PARTRIDGE EN FIESTAS[26]

Calhoun aparcó su cochecito con forma de cascarón en la entrada que llevaba a la casa de sus tías abuelas, se apeó con cuidado y miró a la derecha y a la izquierda, como si esperara que la profusión de azaleas en flor tuvieran en él un efecto letal. En lugar de un prado de césped como estaba mandado, las ancianas tenían tres terrazas repletas de azaleas rojas y blancas, que comenzaban justo en la acera y se adentraban hasta el borde mismo de la casa, imponente y despintada. Las dos esperaban en el porche de delante; una sentada, la otra de pie.

—¡Ahí viene nuestro niño! —salmodió la tía Bessie con una voz destinada a que la oyera la otra, a dos palmos de distancia, pero sorda.

La voz consiguió llamar la atención de la muchacha de la casa de al lado, que leía sentada con las piernas cruzadas debajo de un árbol. Levantó la cabeza; a través de las gafas miró con fijeza a Calhoun y, con una sonrisa zumbona que él vio claramente, volvió a concentrarse en la lectura. Ceñudo e imperturbable, el muchacho fue hasta el porche para acabar de una vez con el saludo de bienvenida. Sus tías iban a tomar su presencia voluntaria en Partridge, justo para la época de la fiesta de la Azalea, como un signo de que le estaba mejorando el carácter.

Eran unas ancianitas de mandíbulas potentes, parecidas a George Washington con dentadura de madera incluida. Vestían trajes negros con largas chorreras de volantes y llevaban el pelo blanco, sin vida, peinado hacia atrás. Cuando las dos terminaron de abrazarlo, el muchacho se dejó caer lánguidamente en una mecedora y les sonrió avergonzado. Se encontraba allí solo porque Singleton le había azuzado la imaginación, aunque por teléfono le había comentado a su tía Bessie que iba porque quería disfrutar de la fiesta.

Tía Mattie, la sorda, gritó:

—A tu tío abuelo le habría encantado verte tan interesado en la fiesta, Calhoun. Ya sabes que la iniciativa partió de él.

—¿Y qué me dices —le gritó a su vez el muchacho— de la conmoción extra que ha habido esta vez?

Diez días antes de que comenzara la fiesta, en el jardín de delante de los tribunales, un hombre llamado Singleton fue sometido a un simulacro de juicio, por haberse negado a comprar una insignia de la fiesta de la Azalea. Durante su celebración lo sujetaron con un cepo y, una vez pronunciada la condena, lo metieron en la «cárcel» junto con una cabra, juzgada y condenada con anterioridad por la misma falta. La «cárcel» era un retrete al aire libre, que los miembros de las Cámaras de Comercios Juveniles tomaron prestado para la ocasión. Diez días más tarde, Singleton entró por una puerta lateral del porche de los tribunales empuñando una pistola automática con silenciador y mató a cinco de los dignatarios allí sentados y, por error, a una persona del público. El inocente recibió la bala destinada al alcalde, que justo en ese momento se había agachado para estirarse la lengüeta del zapato.

—Un desafortunado incidente —dijo la tía Mattie—. Estropea el espíritu festivo.

Calhoun oyó a la muchacha del jardín de al lado cerrar el libro de golpe. Parte de ella asomó por encima del seto, el cuello inclinado hacia delante, la cara pequeña con expresión de desafío; se volvió brevemente hacia ellos antes de desaparecer.

—No parece haber estropeado nada —dijo él—. Al venir hacia aquí pasé por la ciudad, vi más gente que nunca, y banderas por todas partes. Partridge —gritó— enterrará a sus muertos, pero no perderá un centavo.

En mitad de la frase, la muchacha cerró la puerta principal de un portazo.

La tía Bessie había entrado en la casa y luego volvió a salir con una cajita de cuero.

—Te pareces mucho a padre —dijo, y acercó su silla a la del muchacho.

Sin demasiado entusiasmo, Calhoun abrió la cajita que le dejó sobre las rodillas un polvillo rojizo, y sacó la miniatura de su bisabuelo. Cada vez que iba de visita se la enseñaban. El anciano, calvo, de cara redonda y aspecto completamente anodino, aparecía sentado, con las manos entrelazadas sobre la empuñadura de un bastón negro. Su expresión era toda inocencia y determinación. «El comerciante magistral», pensó el muchacho, y dio un respingo.

—¿Qué pensaría hoy de Partridge este intrépido personaje —preguntó con ironía —, si viera que la fiesta está en marcha pese a que seis de sus ciudadanos han sido asesinados?

—Padre era progresista —dijo tía Bessie—, el comerciante de más amplias miras que tuvo Partridge. Una de dos, o habría sido uno de los ilustres asesinados o bien quien lograra detener a ese loco.

El muchacho no sabía si iba a aguantar mucho más. El diario había publicado fotos de las seis «víctimas» y una sola de Singleton. De todas aquellas caras, la de Singleton era la única con un toque personal. Ancha, huesuda y desolada. Tenía un ojo más redondo que el otro, y, en el más redondo, Calhoun había reconocido la circunspección del hombre que sabe que sufrirá y que está dispuesto a sufrir por el derecho a ser él mismo. En el ojo normal acechaba un desdén calculador, pero en la expresión general se distinguía la mirada torturada del hombre que acaba enloqueciendo por la locura que lo rodea. Las otras seis caras tenían la misma impronta general que la de su bisabuelo.

—Conforme te hagas mayor, te irás pareciendo cada vez más a padre —vaticinó la tía Mattie—. Tienes el cutis rubicundo y la expresión muy parecida.

—Tengo un tipo completamente distinto —dijo él con frialdad.

—Un cutis de seda —comentó la tía Bessie, y soltó una risotada—. Ah, y también te está saliendo pancita —dijo, e hizo ademán de darle con el puño en la cintura—. ¿Cuántos años tiene nuestro niño?

—Veintitrés —masculló, y pensó que aquello no podía seguir así toda su estancia, que, en cuanto hubieran acabado de darle la paliza, lo dejarían en paz.

—¿Y tienes novia? —preguntó la tía Mattie.

—No —contestó, cauteloso—. Supongo —siguió diciendo— que por aquí se considera a Singleton un caso de psiquiatra, ¿verdad?

—Sí —contestó la tía Bessie—, un tipo peculiar. De los que nunca obedecen. No era como el resto de los que vivimos aquí.

—Menudo inconveniente —dijo el muchacho.

Pese a que no tenía los ojos desiguales, la forma de su cara era ancha como la de Singleton; pero el verdadero parecido entre ambos era interior.

—Como está loco, no es responsable —dijo la tía Bessie.

Al muchacho se le iluminaron los ojos. Se sentó en el borde de la mecedora y clavó la vista en la anciana.

—¿En qué se basa entonces —preguntó—, la verdadera culpabilidad?

—A los treinta, padre ya tenía la cabeza lisa como la de un recién nacido —dijo la anciana—. Será mejor que te des prisa y te eches una novia. Ja, ja. ¿A qué piensas dedicarte ahora?

Calhoun metió la mano en el bolsillo y sacó la pipa y la bolsita de tabaco. A sus tías no se les podía preguntar nada profundo. Las dos eran buenas episcopalianas, de la iglesia no ritualista, pero tenían una imaginación amoral.

—Creo que me dedicaré a escribir —contestó, y empezó a llenar la cazoleta.

—Pues muy bien —dijo la tía Bessie—. Tal vez llegues a ser otra Margaret Mitchell.

—Espero que nos hagas justicia —gritó la tía Mattie—. Muy pocos lo hacen.

—Os haré justicia, ya lo veréis —dijo con tono agrio—. Estoy escribiendo una pre… —Se interrumpió en mitad de la frase, se metió la pipa en la boca y se reclinó en el asiento. Sería una ridiculez contárselo precisamente a ellas. Se quitó la pipa de la boca y dijo—: No merece la pena entrar en detalles. No os interesaría, señoras mías.

—Calhoun —dijo la tía Bessie con una profunda inclinación de cabeza—, no nos gustaría que nos decepcionaras.

Lo miraron como si acabaran de caer en la cuenta de que, al final, la cría de serpiente a la que habían acariciado podía ser venenosa.

—Y conoceréis la verdad —dijo el muchacho con su mirada más furibunda—, y la verdad os hará libres.

Esta cita de las Escrituras las tranquilizó.

—¿A que está mono con esa pipa? —preguntó tía Mattie.

—A ver si te buscas una novia, muchacho —dijo la tía Bessie.

Poco después, se escapó de sus tías, llevó la bolsa al piso de arriba, volvió a bajar, dispuesto a salir y enfrascarse en el asunto que lo había llevado hasta allí. Tenía la intención de dedicar la tarde a preguntar a la gente sobre Singleton. Confiaba en escribir algo que justificara al loco, y confiaba en que escribir sobre ello mitigara su propia culpa, puesto que, a la luz de la pureza de Singleton, su propia duplicidad, su sombra, se proyectaba ante él más negra de lo habitual.

Todos los años, en los meses de verano, vivía con sus padres y se dedicaba a vender aparatos de aire acondicionado, barcas y refrigeradores, y así podía pasar los nueve meses restantes afrontando la vida de forma natural de modo que aflorase su verdadero yo, el artista, el rebelde, el místico. En esos otros meses se iba a vivir al otro extremo de la ciudad, a un edificio sin ascensor ni calefacción, donde compartía apartamento con otros dos muchachos que tampoco hacían nada. La culpa por la forma en que pasaba el verano lo perseguía todo el invierno; lo cierto era que podía habérselas arreglado sin la orgía vendedora a la que se entregaba en verano.

Cuando les explicó que detestaba sus valores, sus padres se miraron y se entendieron de inmediato, como si hubiesen esperado aquella reacción por lo que habían leído, y su padre le había ofrecido una pequeña cantidad para financiarle el apartamento. El muchacho la había rechazado sólo por mantener la independencia, pero, en lo más profundo de su corazón, sabía que no era por su independencia, sino porque disfrutaba vendiendo. Delante de los clientes se transformaba; lucía una sonrisa de oreja a oreja, sudaba y se dejaba de complejidades; lo dominaba un impulso tan fuerte como el que la bebida o las mujeres despiertan en ciertos hombres. Y era un magnífico vendedor. Tan bueno era que la empresa le había dado un diploma por los excelentes resultados. Había entrecomillado la frase «excelentes resultados», y tanto él como sus amigos utilizaban el diploma de diana cuando jugaban a los dardos.

En cuanto vio la foto de Singleton en el diario, aquel rostro ardió en su imaginación como una estrella oscura, liberadora, cargada de reproche. A la mañana siguiente había telefoneado a sus tías para avisarles que iría a verlas, y, en algo menos de cuatro horas, había recorrido en coche los doscientos veinte kilómetros que lo separaban de Partridge.

Al salir de la casa, la tía Bessie lo paró y le rogó:

—Vuelve a las seis, corazoncito, que tenemos una dulce sorpresa para ti.

—¿Pudin de arroz? —preguntó. Eran muy malas cocineras.

—¡Algo mucho más dulce! —dijo la anciana, y puso los ojos en blanco.

El muchacho se marchó a toda prisa.

La vecina estaba otra vez leyendo en el jardín. Calhoun se figuró que debía de conocerla. De niño, cuando iba a Partridge de visita, sus tías siempre se las arreglaban para conseguir que algún niño raro, hijo de algún vecino, jugara con él: una vez fue una gordita imbécil, con traje de exploradora; otra vez un chico miope que citaba pasajes de la Biblia, y otra, una niña cuadriculada que se marchó después de dejarle un ojo a la funerala. Dio gracias a Dios por estar ya mayorcito y porque ellas ya no se atrevieran a organizarle la vida. La muchacha no levantó la vista del libro cuando él pasó, y él no le habló.

Una vez en la acera, la profusión de azaleas lo llenó de asombro. Bañaban los jardines como olas de color hasta romper contra los blancos frentes de las casas, crestas rosadas y carmesíes, crestas blancas y de una tonalidad misteriosa muy

semejante al lavanda, crestas agrestes y amarillas estriadas de rojo. La profusión de colores, con su insidioso placer, estuvo a punto de dejarlo sin aliento. De los árboles añosos colgaba el musgo. Las casas eran ejemplos muy pintorescos de la arquitectura decadente de antes de la guerra civil. El defecto de aquel lugar se resumía en las palabras de su bisabuelo que habían pasado a ser el lema de la ciudad: «De la simiente de nuestro dinero cosechamos belleza».

Sus tías vivían a cinco manzanas de la zona comercial. Las recorrió deprisa, y en un santiamén se encontró en el borde del desierto panorama comercial en cuyo centro se alzaba el maltrecho edificio de los tribunales. El sol caía sin piedad sobre los techos de los coches aparcados en todos los lugares disponibles. Las banderas nacionales, estatales y confederadas ondeaban en las farolas de cada esquina. La gente se arremolinaba por todas partes. En la calle sombreada y tranquila donde vivían sus tías y las azaleas eran más bonitas, se había cruzado con apenas dos o tres personas, pero, allí, todos contemplaban con avidez los penosos escaparates y pasaban con lánguida reverencia delante del porche de los tribunales, donde se había derramado tanta sangre.

Se preguntó si alguna de aquellas personas pensaría que él se encontraba allí por el mismo motivo que ellas. A la manera socrática, le habría gustado iniciar un debate en plena calle para decidir en quién recaía la verdadera culpa de las seis muertes, pero mientras observaba el panorama, no vio a nadie capaz de demostrar un interés verdadero por encontrarle sentido a las cosas. Sin ninguna intención especial, entró en un *drugstore*. El local estaba en penumbra y olía a vainilla rancia.

Se sentó en el taburete alto del mostrador y pidió un refresco de lima. El muchacho que preparaba la bebida lucía unas patillas rojas muy llamativas y en la pechera de la camisa llevaba la insignia de la fiesta de la Azalea, el emblema que Singleton se había negado a comprar. Calhoun lo notó de inmediato.

—Veo que has pagado tu tributo al dios —comentó.

El muchacho no dio muestras de haber comprendido el sentido de aquel comentario.

—La insignia —le aclaró Calhoun—. La insignia.

El muchacho miró la insignia y luego a Calhoun. Dejó el refresco en el mostrador y siguió mirándolo como si estuviera atendiendo a alguien con una malformación interesante.

—¿Disfrutas del espíritu festivo? —preguntó Calhoun.

—¿Todas estas actividades? —inquirió el chico a su vez.

—Estos grandes acontecimientos —dijo Calhoun—, que comienzan con seis muertos, me parece.

—Sí señor —dijo el chico—, seis muertos a sangre fría. Conocía personalmente a cuatro de ellos.

—Entonces a ti también te ha tocado parte de la gloria —observó Calhoun.

De repente notó un notable silencio en la calle. Volvió la mirada hacia la puerta

justo a tiempo para ver pasar una carroza fúnebre, seguida de una fila de coches que avanzaban despacio.

—A ése le hacen un entierro para él solo —comentó el muchacho con respeto—. A los otros cinco que mataron los enterraron ayer. Fue grandioso. Pero ayer éste no se había muerto todavía.

—Tienen las manos manchadas de sangre inocente y culpable a la vez —comentó Calhoun, y fulminó al chico con la mirada.

—¿Quiénes tienen? —preguntó el muchacho—. Esto lo hizo un solo hombre. Un hombre llamado Singleton. Está chiflado.

—Singleton sólo fue el instrumento —aclaró Calhoun—. La culpa la tiene Partridge.

Se acabó el refresco de un trago y dejó el vaso en el mostrador.

El chico lo miraba como si estuviera loco.

—Partridge no puede matar a tiros a nadie —chilló, exasperado.

Calhoun dejó una moneda de diez centavos sobre el mostrador y se marchó. El último coche había doblado al final de la manzana. Creyó notar menos actividad. Era evidente que la gente se había alejado nada más ver la carroza fúnebre. A dos puertas de donde él se encontraba, un anciano se asomaba desde el interior de una ferretería y observaba enfurecido la calle, por donde había desaparecido la procesión. Calhoun sintió la urgente necesidad de comunicarse. Se acercó tímidamente.

—Tengo entendido que ése era el último entierro —dijo.

El anciano hizo trompetilla con la mano.

—El entierro del hombre inocente —gritó Calhoun, e indicó la calle con una inclinación de la cabeza.

El anciano se sorbió los mocos ruidosamente. Su expresión no era afable.

—Fue la única bala bien empleada —dijo con voz ronca. Biller era un gandul. Siempre borracho.

El muchacho frunció el ceño y sugirió, malicioso:

—¿Entonces los héroes fueron los otros cinco?

—Hombres de bien —dijo el anciano—. Murieron cumpliendo con su deber. Los enterramos como a héroes, a los cinco juntos, en una ceremonia a lo grande. La familia de Biller quiso meterle prisa al de las pompas fúnebres pa que lo enterraran a él también, pero ya nos encargamos nosotros de que Biller no llegara a tiempo. Menuda desgracia hubiera sido.

«Dios santo», pensó el muchacho.

—Lo único que Singleton hizo bien fue quitarnos a Biller d’encima —prosiguió el anciano—. Y ara alguien tendría que quitarnos d’encima a Singleton. Fíjese usté cómo son las cosas, el tipo está en Quincy, viviendo en el lujo asiático, durmiendo en una cama limpia, sin pagar un centavo, comiéndose sus impuestos y los míos. Tendrían qu’haberlo matao en el acto.

Aquello era tan atroz que Calhoun se quedó sin palabras.

—Si piensan dejarlo ahí encerrao, tendrían que cobrarle el hospedaje —dijo el anciano.

El muchacho lo miró con desprecio y se alejó. Cruzó la calle hacia la plaza del tribunal, avanzó en ángulo para alejarse lo más deprisa posible de aquel viejo estúpido. Los bancos estaban desperdigados debajo de los árboles. Encontró uno libre y se sentó. Al lado de las escaleras del edificio del tribunal, algunos viandantes admiraban la «cárcel» donde habían encerrado a Singleton y la cabra. Al pensar en la patética situación de su amigo, sintió una oleada de empatía. Se imaginó arrojado al interior del retrete, le llegó el clic del candado y, por las rendijas de los tablones podridos, se vio espiando con aire desafiante a los imbéciles que aullaban y retozaban allá fuera. La cabra hizo un ruido indecente; comprendió que lo habían confinado con el espíritu de la comunidad.

—Aquí mataron a tiros a seis hombres —comentó muy cerca una voz apagada y extraña. El muchacho dio un brinco.

A sus pies, sentada en una zona con arena, vio a una niñita blanca, con la lengua metida en la boca de una botella de Coca-Cola, que lo miraba con indiferencia. Los ojos de la niña eran del mismo color verde que la botella. Iba descalza y tenía el pelo lacio y tan rubio que parecía blanco. Sacó la lengua de la botella con un ruido de chupetón.

—Lo hizo un hombre malo —dijo.

Al muchacho lo invadió la frustración que suele acompañar el contacto con la certidumbre de los niños.

—No —le dijo—, no era un hombre malo.

La niña volvió a meter la lengua en la botella y la sacó en silencio, sin quitarle la vista de encima.

—La gente no fue buena con él —le explicó—. Fue mala con él. Fue cruel. ¿Qué harías tú si la gente fuera cruel contigo?

—Matarlos a tiros —contestó.

—Pues eso fue lo que hizo él —dijo Calhoun frunciendo el ceño.

La niña siguió sentada donde estaba sin quitarle la vista de encima. Su mirada podía haber sido la mirada insondable de Partridge.

—Vosotros lo acosasteis de tal manera que al final se volvió loco —dijo el muchacho—. No quiso saber nada de comprar una insignia. ¿Acaso eso es un delito? Aquí él era el intruso, el diferente, y no pudisteis soportarlo. Uno de los derechos fundamentales del hombre —dijo clavando la vista en la mirada transparente de la niña— es el derecho a no comportarse como un imbécil. El derecho a ser diferente. —Y con voz ronca añadió:

—¡Por el amor de Dios! El derecho a ser tú mismo.

Sin quitarle los ojos de encima, la niña levantó un pie, se lo apoyó sobre la rodilla y dijo:

—Era un hombre malo, malo, malo.

Calhoun se incorporó y se marchó, los ojos furibundos clavados al frente. Era tal su indignación que lo veía todo envuelto en una especie de bruma. La actividad a su alrededor le parecía borrosa. Dos chicas del bachillerato, vestidas con faldas y chaquetas brillantes, se le plantaron delante y gritaron:

—¡Cómpranos una entrada para el concurso de belleza de esta noche y sabrás quién es la reina de la fiesta de la Azalea de Partridge!

Las esquivó rápidamente sin siquiera fijarse en ellas. Sus risitas tontas lo persiguieron hasta que pasó el edificio del tribunal y llegó a la manzana de atrás. Se detuvo un instante, sin saber qué hacer. Se encontró delante de una barbería; desde fuera se veía fresca y vacía. Al cabo de un momento, entró.

El barbero estaba solo y asomó la cabeza por encima del periódico que estaba leyendo. Calhoun le pidió que le cortara el pelo y, agradecido, se sentó en el sillón.

El barbero era un tipo alto y escuálido; en otros tiempos sus ojos habían sido de un color más profundo. Tenía aspecto de haber sufrido mucho. Le colocó el peinador al muchacho y se quedó mirándole la cabeza redonda como si se tratara de una calabaza y no supiera muy bien cómo rebanarla. Hizo girar el sillón y Calhoun quedó de cara al espejo. Tuvo delante una imagen de rostro redondo y aspecto anodino e inocente. El muchacho puso cara de pocos amigos.

—¿Usted también se traga ese bodrio como todos los demás? —le preguntó, beligerante.

—¿Cómo dice? —preguntó el barbero.

—Pregunto si los ritos de la tribu montados aquí le traen más clientes a la barbería. Todo el sarao, todo el sarao —dijo, impaciente.

—Verá usté, el año pasao vinieron de fuera más o menos mil personas. Este año parece que son más… será por la tragedia.

—La tragedia —repitió el muchacho, y torció la boca.

—Los seis que mataron —aclaró el barbero.

—Ah, esa tragedia —dijo el muchacho—. ¿Y qué me dice de la otra tragedia… la del hombre acosado de tal modo por estos idiotas que acabó cargándose a seis?

—Ah, ése —dijo el barbero.

—Singleton —le recordó el chico—. ¿Era cliente suyo?

El barbero empezó a cortarle el pelo. Al oír aquel nombre, adoptó una rara expresión de disgusto.

—Esta noche hacen el concurso de belleza —dijo—, mañana a la noche es el concierto de la banda, el jueves a la tarde hacen un desfile con la reina…

—¿Conocía o no conocía a Singleton? —lo interrumpió Calhoun.

—Lo conocía bien —contestó el barbero, y se quedó callado.

El muchacho notó un temblor en todo el cuerpo al darse cuenta de que, con toda probabilidad, Singleton se había sentado en el sillón en el que él se encontraba en ese momento. Escrutó afanosamente la imagen de su cara en el espejo en busca de algún parecido oculto con aquel hombre. Poco a poco lo vio surgir, un mensaje secreto

revelado por el ardor de sus sentimientos.

—¿Era cliente suyo? —preguntó, y esperó la respuesta conteniendo el aliento.

—Yo y él éramos parientes políticos —contestó él barbero—, pero, cuando me lo cruzaba en la calle, no me conocía. Cuando pasaba cerca, como lo tengo a usté ahora, él seguía de largo. Iba siempre mirando el suelo, como si estuviera siguiendo un bicho.

—Estaría preocupado —masculló el muchacho—. Es evidente que no se enteraba de que usted pasaba a su lado.

—Se enteraba —dijo el barbero torciendo la boca de un modo desgradable—. ¡Y tanto que se enteraba! Yo corto el pelo; él vivía de rentas y cortaba cupones de bonos, con eso está to dicho. Yo corto el pelo —repitió, como si la frase sonara particularmente grata a sus oídos—, él cortaba cupones de bonos.

«La psicología típica del pobre», pensó Calhoun.

—¿La familia Singleton era rica? —preguntó el chico.

—Él era un Singleton a medias —comentó el barbero—, y los mismos Singleton decían que él de Singleton no tenía na. Una de las niñas de la familia se fue un buen día de vacaciones y, a los nueve meses, volvió con él. Después, se fueron muriendo tos y le dejaron el dinero. Cualquiera sabe a quién debe su otra mitá. A alguien de fuera, diría yo. —Por el tono insinuaba algo más.

—Me voy haciendo una idea del panorama —dijo Calhoun.

—Ahora ya no va cortar más cupones de bonos —dijo el barbero.

—No —convino Calhoun, y levantando la voz añadió—: Ahora sufre. Es el chivo expiatorio. Sobre él pesan los pecados de la comunidad. Sacrificado para expiar las culpas ajenas.

El barbero se detuvo; la boca entreabierta. Al cabo de un momento, con tono respetuoso dijo:

—Reverendo, se equivoca usté con él. No era de los que van a la iglesia.

—Yo tampoco soy de los que van a la iglesia —aclaró el chico sonrojándose.

El barbero se quedó otra vez parado con las tijeras en la mano, sin saber qué hacer.

—Era un individualista —dijo Calhoun—. Un hombre que no quiso permitir que lo metieran en el molde de otros inferiores a él. Un inconformista. Era un hombre profundo que vivía entre caricaturas que, al final, acabaron por volverlo loco, consiguieron que descargara en ellos la violencia que llevaba dentro. Si se fija —continuó—, no lo juzgaron. Se limitaron a internarlo enseguida en Quincy. ¿Por qué? Porque un juicio habría puesto de manifiesto que él es inocente y que la verdadera culpable es la comunidad.

Al barbero se le iluminó la cara.

—Usté es abogado, ¿a que sí? —preguntó.

—No —respondió el chico con hosquedad—. Soy escritor.

—Aaah —murmuró el barbero—. Ya sabía yo que tenía que ser algo así. —Al

cabo de una pausa, añadió—: ¿Qué escribió?

—¿Él no se casó nunca? —siguió diciendo Calhoun bruscamente—. ¿Vivía solo en la finca de los Singleton, en el campo?

—En lo que quedaba de la finca —contestó el barbero—. No se hubiera gastado ni un centavo pa que la casa no se viniera abajo. Y ninguna mujer hubiera querido irse a vivir con él. Esa fue la única cosa por la que siempre tuvo que pagar —dijo, e hizo un sonido vulgar con la mejilla.

—¿Lo sabe porque se lo encontraba usted allí? —inquirió el chico, incapaz de controlar el asco que le inspiraba aquel fanático.

—Nooo —dijo el barbero—, lo sabía todo el mundo. Yo cortaré el pelo —dijo—, pero no vivo como un puerco, en mi casa tengo tuberías y un refrigerador que escupe cubitos de hielo en la mano de mi señora.

—No era materialista —dijo Calhoun—. Para él había cosas más importantes que tener tuberías. La independencia, por ejemplo.

—Ja —bufó el barbero—. De independiente, na. Una vez casi lo alcanza un rayo y los que lo vieron dijeron que había que ver cómo corría. Salió por piernas como si llevara un enjambre dentro los pantalones. Se mondaron de risa. —Rió como una hiena y se dio una palmada en la rodilla.

—Detestable —murmuró el chico.

—Otra vez —continuó el barbero—, alguien fue hasta su casa y echó un gato muerto en su pozo. Siempre había alguien dispuesto hacer algo pa ver si lo hacían soltar un poco de dinero. Otra vez…

Calhoun pugnó por quitarse el peinador como si fuese una red en la que estuviera atrapado. Cuando logró librarse de él metió la mano en el bolsillo, sacó un dólar y lo arrojó sobre el estante del barbero, que lo miraba lleno de asombro. Arrebatado fue hasta la puerta y dio un portazo al salir, manifestando así el juicio que le merecía el establecimiento.

La caminata de regreso a casa de sus tías no le calmó los ánimos. Los colores de las azaleas se habían oscurecido con la llegada del atardecer y los árboles envolvían las viejas casas con su murmullo protector. Allí nadie se acordaba de Singleton, que yacía en un catre, en una sala mugrienta de Quincy. El muchacho vio con claridad la fuerza de la inocencia de Singleton, y pensó que para hacer justicia a cuanto había sufrido aquel hombre, tendría que escribir algo más que un simple artículo. Tendría que escribir una novela; tendría que demostrar, y no sólo denunciar, cómo funcionaba la injusticia dominante. Absorto en estos pensamientos, caminó cuatro puertas más allá de la casa de sus tías y tuvo que volver sobre sus pasos.

Su tía Bessie salió a recibirlo y lo llevó hasta el vestíbulo.

—¡Ya te dije que te teníamos una dulce sorpresa! —le recordó, y tirándolo del brazo lo condujo a la sala.

En el sofá vio sentada a una chica alta y flaca, que llevaba un vestido verde lima.

—¿Te acuerdas de Mary Elizabeth —dijo la tía Mattie—, aquella niña guapa a la

que llevaste al ciñe una vez cuando viniste a vernos?

Pese a la rabia que lo embargaba, reconoció a la muchacha que leía debajo del árbol.

—Mary Elizabeth ha venido a Partridge a pasar las vacaciones de primavera —le comentó la tía Mattie—. Mary Elizabeth es una verdadera estudiosa, ¿no es así, Mary Elizabeth?

Mary Elizabeth frunció el ceño dando a entender que la traía completamente sin cuidado si era una verdadera estudiosa o no. Le echó al chico una mirada que dejaba traslucir, sin asomo de dudas, que esperaba disfrutar de aquel encuentro tan poco como él.

La tía Mattie aferró la empuñadura de su bastón y comenzó a levantarse de la silla.

—Cenaremos temprano —dijo la otra tía—, porque Mary Elizabeth te llevará al concurso de belleza, que empieza a las siete.

—Estupendo —dijo el muchacho en un tono que sus tías no iban a saber captar, pero que esperaba que Mary Elizabeth interpretase.

Durante toda la cena, Calhoun no le hizo ningún caso a la chica. El intercambio de comentarios con sus tías fue notablemente cínico, pero las ancianas no tenían el sentido común necesario para comprender sus alusiones y se reían como tontas por todo lo que decía. En dos ocasiones lo llamaron «corazoncito» y la chica se sonrió. Fuera de eso, no hizo nada para sugerir que se divertía. Su cara redonda, parapetada detrás de las gafas, conservaba un aire infantil. «De retrasada», pensó Calhoun.

Al terminar la cena, cuando ya iban camino del concurso de belleza, siguieron sin dirigirse la palabra. La muchacha le llevaba media cabeza y andaba ligeramente por delante de él, como si quisiera perderlo de vista, pero, al cabo de dos manzanas, se detuvo de pronto y se puso a hurgar en un bolso grande de cuerda sisal que llevaba. Sacó un lápiz, se lo metió entre los dientes y siguió hurgando. Al cabo de un momento, del fondo del bolso, sacó dos billetes y una libreta de estenógrafa. Con todo esto en la mano, cerró el bolso y siguió andando.

—¿Vas a tomar notas? —preguntó Calhoun con un tono cargado de ironía.

La chica miró a su alrededor como si buscara a quien acababa de hablarle y contestó:

—Sí, voy a tomar notas.

—¿Valoras este tipo de cosas? —inquirió Calhoun con el mismo tono—. ¿Disfrutas con ellas?

—Me dan ganas de vomitar —dijo—. Pienso despachar el tema con una contundente protesta literaria.

El chico la miró sin comprender.

—No seré yo quien te eche a perder la diversión —le aclaró—, pero en esta ciudad todo es falso y está podrido hasta la médula. —Su voz siseó cargada de indignación—. ¡Prostituyen a las azaleas!

Calhoun se quedó atónito. Al cabo de unos instantes se recuperó.

—No hay que ser un genio para llegar a esa conclusión —dijo, altivo—. Lo que sí exige perspicacia es encontrar la forma de trascender todo eso.

—Una forma de expresarlo, querrás decir.

—Viene a ser más o menos lo mismo —dijo él.

Recorrieron las dos manzanas siguientes en silencio, pero a los dos se los veía desconcertados. Cuando llegaron al edificio del tribunal, cruzaron la calle hasta llegar a él y Mary Elizabeth le soltó los billetes al chico que estaba junto a la entrada que habían formado tras acordonar el resto de la plaza. La gente comenzaba a aglomerarse sobre el césped, detrás del cordón.

—¿Y nos vamos a quedar aquí de pie mientras tú tomas notas? —preguntó Calhoun.

La muchacha se detuvo y lo encaró.

—Vamos a ver, corazoncito, tú puedes hacer lo que te plazca. Yo voy a subir al despacho que mi padre tiene en el edificio y me voy a poner a trabajar. Si quieres, te puedes quedar aquí y ayudar a elegir a la reina de la fiesta de la Azalea de Partridge.

—Iré contigo —dijo, conteniéndose—, me gustaría observar a una gran escritora mientras toma notas.

—Como quieras —dijo ella.

Subió detrás de ella la escalinata de los tribunales y entró por una puerta lateral. Tan irritado estaba que no se dio cuenta de que había cruzado la misma puerta desde la que Singleton había disparado. Recorrieron un pasillo vacío, con aspecto de establo, subieron en silencio un tramo de escaleras con manchas de colillas y entraron en otro pasillo con aspecto de establo. Mary Elizabeth hurgó otra vez en el bolso de cuerda sisal en busca de la llave y luego abrió la puerta del despacho de su padre. Entraron en un cuarto amplio y sórdido, tapizado con libros de derecho. Como si se encontrara delante de un inútil, la muchacha arrastró dos sillas de respaldo recto desde una pared hasta la ventana que daba al porche. Se sentó y se puso a mirar hacia la calle y, al parecer, de inmediato quedó absorta en la escena de allá abajo.

Calhoun se sentó en la otra silla. Para fastidiarla, empezó a mirarla de arriba abajo. Durante al menos cinco minutos, no le quitó los ojos de encima, mientras la chica seguía acodada en la ventana. La observó durante tanto rato que temió que su imagen le quedara grabada para siempre en la retina. Al final, ya no pudo aguantar el silencio y le preguntó de pronto:

—¿Qué opinas de Singleton?

La chica levantó la cabeza y lo miró como si fuera transparente.

—Es como Jesucristo —contestó.

El muchacho se quedó de una pieza.

—Me refiero al mito —dijo, ceñuda—. No soy cristiana. —Volvió a concentrarse en la escena de la calle. Allá abajo se oyó un toque de clarín—. Están a punto de aparecer dieciséis chicas en traje de baño —anunció arrastrando las palabras—.

Estarás interesado, imagino.

—Escúchame —dijo Calhoun con rabia—, métete esto en la cabeza. Me importa un bledo esta maldita fiesta, me importa un bledo la reina de la azalea. He venido sólo por solidarizarme con Singleton. Pienso escribir sobre él. Quizá una novela.

—Y yo pienso escribir un ensayo —dijo la muchacha en un tono que dejaba bien claro que la novela era un género que le venía chico.

Se miraron con manifiesto e intenso desagrado. Calhoun tuvo la certeza de que, si se mantenía firme, conseguiría poner al descubierto la superficialidad fundamental de la muchacha.

—Dado que optamos por géneros distintos —sugirió, una vez más con su sonrisa irónica—, podríamos comparar el resultado de nuestras observaciones.

—Es bien sencillo —dijo la chica—. Singleton fue el chivo expiatorio. Mientras Partridge se vuelca en la elección de la reina de la azalea, Singleton sufre en Quincy. Expía…

—No me refiero a tus observaciones abstractas —le aclaró el muchacho—, sino a las concretas. ¿Lo has visto? ¿Qué aspecto tenía? Al novelista no le interesan las abstracciones minuciosas, y menos cuando son obvias. Es…

—¿Cuántas novelas has escrito? —le preguntó.

—Ésta será la primera —contestó él con frialdad—. ¿Lo has visto alguna vez?

—No —respondió la chica—, no me hace falta. Su aspecto no quita ni añade nada, el hecho de que tenga ojos castaños o azules… carece de importancia para un pensador.

—Probablemente tengas miedo de verlo —dijo él—. El novelista jamás teme observar al objeto real.

—No tendría miedo de verlo —protestó la chica con rabia—, si fuera necesario. Pero para mí no tiene importancia alguna el que tenga los ojos castaños o azules.

—Hay algo más importante —aclaró Calhoun— que el hecho de que tenga los ojos castaños o azules. Si lo vieras, conseguirías enriquecer tus teorías. Y no me refiero a saber de qué color tiene los ojos. Me refiero al encuentro existencial con su personalidad. Al artista —dijo—, le interesa el misterio de la personalidad. La vida no sabe de abstracciones.

—¿Y entonces qué es lo que te impide ir a verlo? —le preguntó—. ¿Para qué me preguntas a mí cómo es? Vete a verlo y lo sabrás.

Aquellas palabras cayeron sobre él como un saco lleno de piedras. Al cabo de un instante, dijo:

—¿Que vaya a verlo? ¿A verlo adónde?

—A Quincy —contestó la muchacha—. ¿Adónde iba a ser?

—No me dejarían que lo viera —adujo él.

Le pareció una sugerencia atroz; por algún motivo que no logró precisar entonces, lo consideró inconcebible.

—Te dejarían si dijeras que eres pariente de él —dijo la chica—. Está apenas a

treinta kilómetros de aquí. ¿Qué te lo impide?

Iba a contestarle, «No soy pariente de él», pero se calló la boca y, al descubrirse al borde de la traición, enrojeció violentamente. Su parentesco era espiritual.

—Comprueba tú mismo si tiene los ojos castaños o azules y de paso aprovecha para mantener ese encuentro exis…

—Creo entender —dijo el muchacho—, que si yo voy tú vendrás conmigo. Como no tienes miedo de verlo…

La muchacha palideció.

—No vas a ir —dijo—. No estás a la altura de un encuentro exis…

—Pienso ir —dijo él aprovechando al vuelo la oportunidad de hacerla callar—. Si te apetece venir conmigo, te espero en casa de mis tías mañana, a las nueve de la mañana. —Y añadió—: Aunque dudo mucho que vaya a verte allí.

Mary Elizabeth echó el cuello hacia delante y lo fulminó con la mirada.

—Me verás, y tanto que me verás.

La muchacha volvió a asomarse por la ventana mientras Calhoun miraba el vacío. De pronto, los dos dieron la impresión de estar sumidos en un gravísimo problema personal. A intermitencias, desde fuera les llegaban unos vítores estridentes. La música y los aplausos iban intercalándose cada pocos minutos, pero ninguno de los dos prestaba atención, ni a eso, ni a la presencia del otro.

—Si ya te has hecho una idea, podemos marcharnos. Prefiero irme a casa y leer.

—Ya me había hecho una idea antes de venir —dijo Calhoun.

La acompañó hasta la puerta de su casa y, cuando la dejó, por un momento se sintió tan animado que le dio vértigo, después, se vino abajo. Sabía que la idea de ir a ver a Singleton jamás se le habría ocurrido a él solo. La experiencia sería un tormento, pero quizá fuera su salvación. Quizá al encontrarse ante Singleton y su desgracia sufriría de tal modo que acabaría por atemperar sus instintos comerciales. Sólo había conseguido probar que valía para la venta; sin embargo, le costaba mucho creer que, a través del sufrimiento, el hombre no fuera igualmente capaz de llegar a ser artista. En cuanto a la muchacha, dudaba que tras ver a Singleton fuera capaz de experimentar cambio alguno. Tenía ese fanatismo repulsivo propio de los niños listos: puro cerebro, ninguna emoción.

Calhoun pasó mala noche, a ratos soñó con Singleton. En un momento dado, soñó que iba en su coche a Quincy para venderle un refrigerador. Por la mañana, cuando se despertó, la lluvia caía acompasada e indiferente. Volvió la cabeza hacia el cristal gris de la ventana. No recordaba lo que había soñado, pero intuía que había sido desagradable. De pronto le vino a la mente la cara aburrida de la muchacha. Pensó en Quincy y vio filas y más filas de edificios bajos, de color rojo, y toscas cabezas asomadas a las ventanas con barrotes. Intentó concentrarse en Singleton, pero su mente huía de aquel pensamiento. No quería ir a Quincy. Recordó que iba a escribir una novela. Su deseo de escribir una novela se había desinflado de la noche a la mañana, como un neumático defectuoso.

Mientras seguía tumbado en la cama, la llovizna se convirtió en un aguacero constante. Con suerte, la lluvia impediría que la chica se presentara, o quizá se le ocurriera utilizarla como excusa. Decidió esperar hasta las nueve en punto, si no se presentaba, se marcharía. No iría a Quincy sino que regresaría a su casa. Iba a ser mejor que viera a Singleton más adelante, tal vez cuando hubiese respondido al tratamiento. Se levantó y escribió una nota para la muchacha que pensaba dejarle a sus tías; en ella le decía que imaginaba que, tras reflexionar, había decidido que no estaba a la altura de la experiencia. Era una nota muy concisa y la concluyó con un «cordialmente».

La muchacha llegó a las nueve menos cinco, lo esperó de pie, en el vestíbulo de la casa de sus tías, chorreando agua; un fardo tubular envuelto en plástico color azul cielo que sólo dejaba su cara al descubierto. Llevaba una bolsa mojada de papel y su boca grande se torcía en una sonrisa vacilante. Aparentemente, durante la noche había perdido la seguridad en sí misma.

A Calhoun le costó bastante ser amable. Sus tías, que pensaban que iban a dar un romántico paseo bajo la lluvia, se despidieron de él en la puerta con un beso y se quedaron en el porche, agitando los pañuelos como dos idiotas, hasta que él y Mary Elizabeth se subieron al coche y se marcharon.

La muchacha era demasiado corpulenta y no cabía bien en el coche diminuto. No paraba de moverse y retorcerse dentro del impermeable.

—La lluvia ha aplastado las azaleas —comentó con tono neutro.

Calhoun mantuvo un silencio descortés. Intentaba borrársela de la cabeza para poder recuperar la imagen de Singleton. Había perdido por completo a Singleton. Del cielo caían cortinas de lluvia gris. Cuando llegaron a la carretera, a través de los campos apenas se veían las tenues lindes del bosque. La chica iba casi pegada al parabrisas empañado tratando de ver.

—Si ahí delante llegara a aparecer un camión —dijo con una risita bobalicona—, ya no contaríamos el cuento.

Calhoun detuvo el coche y le dijo:

—No tengo inconveniente en llevarte de vuelta e ir yo solo.

—Tengo que ir —dijo ella con voz ronca, mirándolo con fijeza—. Tengo que verlo. —Detrás de las gafas, sus ojos eran más grandes de lo normal y estaban sospechosamente húmedos—. Tengo que enfrentarme a esto —dijo.

Él volvió a poner el coche en marcha de malos modos.

—Uno debe demostrarse a sí mismo que es capaz de presenciar cómo crucifican a un hombre —dijo—. Es necesario estar al lado de ese hombre y vivir la experiencia. Me he pasado toda la noche dándole vueltas.

—Tal vez así —masculló Calhoun—, consigas tener una visión más equilibrada de la vida.

—Es algo personal —le dijo—. No lo entenderías. —Y volvió la cabeza hacia la ventanilla.

Calhoun trató de concentrarse en Singleton. Iba juntando las facciones una por una y cuando conseguía una imagen casi completa de su cara, ésta se esfumaba y él se quedaba sin nada. Condujo en silencio, a una velocidad temeraria, como si quisiera pillar un bache en la carretera y ver a la muchacha salir despedida por el parabrisas. De vez en cuando ella se sonaba la nariz débilmente. Al cabo de unos veinte kilómetros, la lluvia amainó hasta cesar del todo. La hilera de árboles a ambos lados de la carretera se tornó negra y visible, y los campos, de un verde intenso. Tendrían una visión inconfundible del hospital y sus jardines en cuanto aparecieran.

—Jesucristo sólo tuvo que soportarlo tres horas —dijo la chica de repente, con voz aguda—, ¡él se pasará en este lugar el resto de su vida!

Calhoun le echó una mirada. Un nuevo hilillo húmedo le resbalaba por la cara. Apartó la vista, turbado y furioso, y le dijo:

—Si no eres capaz de soportarlo, todavía estoy a tiempo de llevarte a casa y regresar solo.

—No regresarías solo —dijo ella—, además, casi hemos llegado. —Se sonó la nariz—. Quiero que sepa que hay quienes estamos de su parte. Quiero decírselo y no importa de qué manera pueda afectarme.

Pese al enfado, al muchacho se le ocurrió de pronto la terrible idea de que iba a tener que decirle algo a Singleton. ¿Qué podía decirle en presencia de esa mujer? Ella había echado por tierra la comunión que había entre ambos.

—Espero que comprendas que hemos venido a escuchar —le gritó con rabia—, no he hecho todo este camino para oírte a ti asustar a Singleton con tu sabiduría. He venido a escucharlo a él.

—¡Deberíamos haber traído una grabadora! —le chilló—. ¡Entonces guardaríamos lo que nos diga el resto de nuestras vidas!

—Si piensas que puedes acercarte a un hombre así con una grabadora —dijo Calhoun—, es que careces del entendimiento más elemental.

—¡Para ya! —aulló la muchacha, y se inclinó hacia el parabrisas—. ¡Ya está bien! Calhoun frenó bruscamente y, fuera de sí, miró hacia delante.

En la colina, a la derecha, un puñado de edificios bajos, bastante discretos, se elevaban como una erupción de verrugas.

El chico siguió sumido en la impotencia mientras el coche, como por voluntad propia, doblaba y enfilaba hacia la entrada. Las letras HOSPITAL ESTATAL DE QUINCY estaban grabadas en un arco de cemento, que el vehículo traspuso sin esfuerzo.

—Perded toda esperanza al traspasarme —murmuró la muchacha.

A unos cien metros de la entrada se detuvieron y dejaron pasar a una enfermera gorda, de cofia blanca, que ayudaba a cruzar el camino a una fila de pacientes que la seguían como ancianos colegiales. Una mujer, con los dientes partidos, con un vestido de rayas y un sombrero negro de lana, los amenazó puño en alto, y un hombre calvo los saludó enérgicamente. Algunos les lanzaron miradas aviesas a medida que

la fila avanzaba por el césped en dirección a otro edificio.

Poco después, el coche volvía a emprender la marcha.

—Aparca delante de ese edificio del centro —le indicó Mary Elizabeth.

—No nos dejarán verlo —farfulló.

—No si de ti dependiera —dijo ella—. Aparca y déjame bajar. Ya me ocupo yo.

Las mejillas se le habían secado y su tono era resuelto. El chico aparcó y ella se apeó. La vio desaparecer en el interior del edificio y, con macabra satisfacción, pensó en que no tardaría en convertirse en un ogro adulto, falso intelecto, falsas emociones, máxima eficiencia, todas cualidades destinadas a producir una doctora en filosofía dominante y sentenciosa. Por el camino pasó otra fila de pacientes y algunos de ellos señalaron el pequeño coche. Calhoun no los miró, pero notó que lo observaban. «Daos prisa», oyó decir a la enfermera.

Volvió a mirar y lanzó un grito ahogado. Una cara inofensiva, envuelta en una toalla de mano verde, lo miraba por la ventanilla y le sonreía, desdentada, pero con desesperante ternura.

—Sigue andando, cariño —dijo la enfermera, y la cara se alejó.

El muchacho subió la ventanilla a toda prisa, pero se le partía el corazón. Vio una vez más la cara agonizante en el cepo, los ojos ligeramente desiguales, la boca ancha abierta en un grito sofocado, inútil. La visión duró apenas un instante, y, cuando pasó, estaba seguro de que el encuentro con Singleton iba a operar en él un cambio; después de aquella visita, sería dueño de una extraña tranquilidad, jamás concebida. Se quedó sentado con los ojos cerrados durante diez minutos; sabía que se acercaba una revelación e intentó prepararse.

De repente, la puerta del coche se abrió y la muchacha se le sentó al lado, jadeante. Estaba pálida. Agitó en el aire dos pases color verde y le indicó los nombres escritos en ellos: Calhoun Singleton, en uno, y Mary Elizabeth Singleton, en el otro. Se quedaron un momento con la vista clavada en los pases, luego se miraron. Fue como si los dos reconocieran que el parentesco común con él hacía el parentesco entre ambos algo inevitable. Calhoun le tendió la mano con generosidad. Ella se la estrechó.

—Está en el quinto edificio, a la izquierda —dijo la muchacha.

Fueron en coche hasta el quinto edificio y aparcaron. Era una estructura baja, de ladrillo rojo, con barrotes en las ventanas, igual que las otras, salvo que el exterior estaba surcado de manchas negras. De una ventana pendían dos manos con las palmas hacia abajo. Mary Elizabeth abrió la bolsa de papel que llevaba y empezó a sacar los regalos para Singleton. Había llevado una caja de caramelos, un cartón de cigarrillos y tres libros: Así habló Zaratustra, en una edición de clásicos, La rebelión de las masas, en una edición de bolsillo, y un volumen ilustrado de Housman, no muy grueso. Le dio los cigarrillos y los caramelos a Calhoun y se bajó del coche con los libros. Echó a andar, pero, cuando estaba a mitad de camino de la puerta, se detuvo y se tapó la boca con la mano.

—No lo soporto —murmuró.

—Vamos, ánimo —dijo Calhoun, amable.

Le puso la mano en la espalda, le dio un empujoncito y ella echó a andar otra vez. Entraron en un vestíbulo con el suelo cubierto de linóleo manchado donde, cual invisible funcionario, los recibió un olor peculiar. Frente a la puerta había un mostrador detrás del cual se sentaba una enfermera de aspecto frágil y nervioso cuyos ojos echaban miradas furtivas a diestro y siniestro, como si temiera que, al final, alguien acabara golpeándola por la espalda. Mary Elizabeth le entregó los dos permisos verdes. La mujer se los miró y gimió.

—Entren ahí dentro y esperen —les ordenó con voz cansina, resignada a las ofensas—. Tendremos que prepararlo. Los de la entrada no deberían haberles dado los pases. ¿Qué saben esos de la entrada de lo que pasa aquí, total, a los médicos qué más les da? Si de mí dependiera, los que no cooperan no verían a nadie.

—Somos sus familiares —dijo Calhoun—. Tenemos todo el derecho del mundo a verlo.

La enfermera echó la cabeza hacia atrás en una muda carcajada y salió mascullando.

Calhoun le puso otra vez la mano en la espalda a la chica y la guió hacia la sala de espera, donde se sentaron muy juntos en un sofá de cuero negro inmenso, frente al cual, a escasos dos metros, había otro idéntico. En la sala no había nada más, aparte de una mesa desvencijada, con un florero blanco encima, colocada en un rincón. La ventana con barrotes proyectaba cuadrados de húmeda luz sobre el suelo, a sus pies. Estaban rodeados de una intensa calma pese a que el lugar era cualquier cosa menos tranquilo. De una punta del edificio provenía un sonido lastimero y continuo, como el lamento palpitante de las lechuzas; desde la otra punta les llegó un crescendo de sonoras carcajadas. Más cerca, una serie de monótonas maldiciones rompía el silencio imperante con mecánica regularidad. Cada sonido parecía existir aislado de los demás.

Los dos siguieron allí sentados, muy juntos, como si esperaran un acontecimiento trascendental en sus vidas, una boda o una muerte fulminante, unidos por una coincidencia predestinada. Los dos hicieron un movimiento involuntario al mismo tiempo, como si quisieran echar a correr, pero ya era demasiado tarde. Unos pasos sonoros se acercaban a la puerta y las maldiciones arreciaban con regularidad mecánica.

Dos corpulentos celadores entraron con Singleton que iba entre ambos, como si fuera una araña. Tenía los pies levantados en el aire de modo que los celadores debían cargar con él. Era Singleton quien profería las maldiciones. Vestía una bata de hospital de las que se abren y se atan por la espalda, y llevaba los pies metidos en unos zapatos negros a los que les habían quitado los cordones. Se cubría la cabeza con un sombrero negro, no como los que usan los campesinos, sino un bombín negro, de esos que suelen llevar los pistoleros de las películas. Los dos celadores se

acercaron por detrás al sofá libre, sentaron a Singleton pasándolo por encima del respaldo, y, sin dejar de sujetarlo, rodearon los brazos, se sentaron a su lado y sonrieron. Podían haber sido gemelos, porque, pese a que uno era rubio y el otro calvo, eran igualitos y tenían el mismo aire de amable estupidez.

En cuanto a Singleton, miraba a Calhoun de hito en hito con sus ojos verdes, ligeramente desparejos.

—¿Qué queréis de mí? —chilló—. ¡Hablad! Mi tiempo es valioso.

Aquellos ojos eran casi idénticos a los que Calhoun había visto en el periódico, la única diferencia era que el brillo penetrante que desprendían recordaba ligeramente al de los reptiles.

El muchacho siguió sentado, como en trance.

Poco después, Mary Elizabeth dijo con voz ronca, apenas audible:

—Hemos venido para decirle que lo comprendemos.

La mirada iracunda del viejo se posó en ella y, por un momento, sus ojos se quedaron completamente inmóviles, como los ojos de la rana arbórea cuando avista a su presa. Se le hincharon las venas del cuello.

—Aaah —dijo como si acabara de tragar algo agradable—, aaah aaah.

—Cuidado con eso, papi —le avisó uno de los celadores.

—Deja que me siente con ella —pidió Singleton, y de un tirón se liberó del celador, que volvió a agarrarlo de inmediato—. Ella sabe lo que quiere.

—Déjalo sentar con ella —sugirió el celador rubio—, es su sobrina.

—No —contestó el calvo—, no lo vayas a soltar. Que es capaz de quitarse la bata. Ya lo conoces.

Pero el otro había dejado de sujetarlo de la muñeca con tanta fuerza y Singleton se inclinaba ya hacia Mary Elizabeth, estirando con fuerza para apartarse del celador que no lo había soltado. La muchacha tenía los ojos vidriosos. El viejo comenzó a hacer ruidos provocativos con los dientes.

—Ya está bien, papi —dijo el celador haragán.

—No todas las chicas tienen ocasión de estar conmigo —dijo Singleton—. Escúchame bien, hermana, estoy forrado. En Partridge no hay nadie a quien no pueda despellejar. Soy el dueño de todo el pueblo… y de este hotel. —Intentó darle un manotazo en la rodilla.

La muchacha lanzó un grito ahogado.

—Y tengo más en otras partes —jadeó—. Tú y yo somos iguales. No somos como ellos. Tú eres una reina. ¡Te pondré en una carroza!

En ese momento logró soltarse y se abalanzó sobre la muchacha, pero ambos celadores reaccionaron al instante. Mientras Mary Elizabeth se apretaba contra Calhoun, el viejo saltó con gran agilidad por encima del sofá y echó a correr alrededor de la sala. Los celadores, con los brazos y las piernas bien abiertos, trataron de acercársele por ambos lados. Estaban a punto de agarrarlo cuando el viejo se quitó los zapatos de una patada, pasó entre ambos, se subió a la mesa de un salto y estampó

el jarrón contra el suelo.

—¡Mírame, chica! —chilló y empezó a quitarse la bata del hospital por la cabeza.

Mary Elizabeth salió corriendo de la sala, Calhoun le fue detrás y abrió la puerta de par en par justo a tiempo para impedir que ella se la llevara por delante. Se subieron al coche a toda prisa y el chico arrancó como si su corazón fuera el motor y nunca marchara lo bastante deprisa. El cielo tenía la blancura de los huesos y la carretera húmeda y brillante se extendía ante ellos como un nervio de la tierra en carne viva. Tras recorrer algo más de ocho kilómetros, Calhoun desvió el coche hacia el costado del camino y se detuvo, extenuado. Se quedaron en silencio con la mirada perdida, hasta que al final se volvieron y se miraron. Los dos reconocieron en el rostro del otro el parecido con el pariente común y dieron un respingo. Apartaron la vista y volvieron a mirarse, como si la concentración fuera a ayudarlos a dar con una imagen más tolerable. Para Calhoun, la cara de la muchacha parecía reflejar la desnudez del cielo. Desesperado, se acercó un poco más hasta que un rostro diminuto, surgido con terquedad en las gafas de Mary Elizabeth, lo detuvo, dejándolo clavado en el sitio. Redondo, inocente, mediocre como un eslabón de hierro, era el rostro cuyo don de vida se había abierto paso hacia el futuro para resurgir de fiesta en fiesta. Como un vendedor experto, parecía llevar allí esperando desde tiempo inmemorial para reclamarlo.

LOS LISIADOS SERÁN LOS PRIMEROS[27]

I

Sheppard estaba sentado en un taburete ante el mostrador que dividía en dos la cocina, y comiendo cereales directamente de la caja de cartón individual en que venían envasados. Comía mecánicamente, pendiente del niño, que paseaba de armario en armario por la cocina recogiendo los ingredientes para su desayuno. Era un niño de diez años rubio y rechoncho. Sheppard no apartaba sus ojos azules e intensos de él. El futuro del chico estaba escrito en su cara. Sería banquero. No, peor. Dirigiría una pequeña compañía de préstamos. Lo único que él quería del niño era que fuera bueno y generoso, y ni una cosa ni la otra parecían probables. Sheppard era un hombre joven con el pelo ya blanco. Se le erizaba como un estrecho halo de cepillo sobre la cara rosada y sensible.

El niño se acercó al mostrador con un tarro de mantequilla de cacahuete bajo el brazo, un plato con un trozo de tarta de chocolate en una mano y el bote de *ketchup* en la otra. No parecía ver a su padre. Se encaramó a un taburete y empezó a extender la mantequilla de cacahuete sobre la tarta. Tenía las orejas grandes y redondas, que se despegaban de la cabeza y parecían tirarle de los ojos, un poquito separados. Llevaba una camisa verde, pero tan descolorida que el vaquero que cabalgaba en la pechera era sólo una sombra.

—Norton —dijo Sheppard—, ayer vi a Rufus Johnson. ¿Sabes lo que estaba haciendo?

El niño lo miró medio atento, los ojos fijos en él pero sin interés. Eran de un azul más pálido que los de su padre, como si se le hubieran descolorido al igual que la camisa. Uno de ellos se desviaba, casi imperceptiblemente, hacia un lado.

—Estaba en un callejón —siguió Sheppard— y tenía la mano metida en un cubo de basura. Intentaba encontrar algo que comer. —Hizo una pausa, para que sus palabras calaran en el niño—. Tenía hambre —terminó, e intentó penetrar en la conciencia de su hijo con su mirada.

El niño cogió el trozo de tarta de chocolate y empezó a mordisquearla por un extremo.

—Norton, ¿tienes idea de lo que significa la palabra compartir?

Un destello de atención.

—Que una parte me toca a mí —dijo Norton.

—Que una parte le toca a él —recalcó Sheppard.

Era inútil. Cualquier defecto hubiera sido preferible al egoísmo: un carácter violento, incluso la tendencia a mentir.

El niño dio la vuelta al bote de *ketchup* y cubrió la tarta con la salsa.

La expresión de pena de Sheppard se hizo más intensa.

—Tienes diez años y Rufus Johnson tiene catorce. Sin embargo, estoy seguro de que tus camisas le irían bien —Rufus Johnson era un niño a quien había intentado ayudar el año anterior en el reformatorio. Había salido hacía dos meses—. Cuando estaba en el reformatorio no tenía mal aspecto, pero cuando lo vi ayer estaba hecho un saco de huesos. Desde luego, no desayuna tarta con mantequilla de cacahuete todos los días —el niño dejó de comer.

—Está seca —dijo—, por eso he tenido que ponerle todo esto encima.

Sheppard volvió la cara hacia la ventana que había al final del mostrador. El césped, verde y bien cortado, bajaba en un suave declive hasta un bosquecillo de la zona residencial. Cuando vivía su mujer, comían con frecuencia fuera, incluso el desayuno, sobre la hierba. Nunca había observado en aquel entonces que el niño fuera egoísta.

—Escúchame —le dijo volviéndose hacia él—, mírame y escucha.

El niño lo miró. Por lo menos los ojos estaban fijos en él.

—Le di a Rufus una llave de esta casa cuando se fue del reformatorio, para demostrarle mi confianza y para que tuviera un lugar al que acudir y donde sentirse bienvenido. Nunca la ha utilizado, pero ahora creo que lo hará porque me ha visto y tiene hambre. Y, si no la usa, saldré yo a buscarlo y lo traeré. No soporto ver a un niño buscar comida en los cubos de basura.

El chico frunció el entrecejo. Empezaba a darse cuenta de que algo suyo estaba en peligro.

Sheppard hizo una mueca de indignación.

—El padre de Rufus murió antes de que él naciera. Su madre está en la cárcel del estado. Lo crió su abuelo en una choza sin agua ni electricidad, y el viejo le pegaba todos los días. ¿Te gustaría tener a una familia así?

—No lo sé —dijo el niño.

—Pues quizá valga la pena que te lo plantees alguna vez.

Sheppard era el jefe de los servicios culturales y recreativos de la ciudad. Los sábados trabajaba en el reformatorio como consejero, sin percibir nada a cambio, excepto la satisfacción de saber que estaba ayudando a unos muchachos por los que nadie más se preocupaba. Johnson era el chico más inteligente con el que se había encontrado, y el más desgraciado.

Norton daba vueltas a lo que quedaba de tarta como si se le hubiera quitado el apetito.

—A lo mejor no viene —dijo, y sus ojos se iluminaron levemente.

—¡Piensa en todo lo que tú tienes y él no! Imagina que fueras tú el que tuviera que hurgar en la basura en busca de comida. Imagina que tuvieras un pie deforme y que tu cuerpo se torciera al andar.

El niño no parecía comprender, evidentemente no era capaz de imaginar una cosa

así.

—Tú tienes un cuerpo sano, un buen hogar. No se te ha enseñado otra cosa que la verdad. Tu papá te da todo lo que necesitas y todo lo que quieres. No tienes un abuelo que te pegue. Y tu madre no está en la cárcel.

El niño apartó el plato. Sheppard lanzó un gemido.

Apareció un nudo de carne debajo de la boca repentinamente deformada del niño. Su rostro se convirtió en una masa de bultos en la que se abrían las rendijas de los ojos.

—Si estuviera en la cárcel —replicó con una especie de berrido atroz—, podría ir a verlaaaa.

Las lágrimas le corrían por la cara y un hilillo de *ketchup* le caía por la barbilla. Daba la sensación de que había recibido un golpe en la boca. Se abandonó por completo al llanto y empezó a aullar.

Sheppard permaneció sentado, sin saber qué hacer y deprimido, como un hombre azotado por alguna fuerza elemental de la naturaleza. Esa no era una pena normal. Formaba parte de su egoísmo. Ella llevaba muerta más de un año y la pena del niño no podía durar tanto tiempo.

—Vas a cumplir once años —dijo en tono de reproche.

El niño empezó a emitir un ruido angustioso y agudo, con la respiración entrecortada.

—Si dejaras de pensar en ti mismo y pensaras en lo que puedes hacer por los demás, no echarías en falta a tu madre.

El niño guardó silencio, pero sus hombros seguían temblando. Después volvió a descomponérsele el rostro y los berridos empezaron de nuevo.

—¿No crees que yo también la echo de menos? ¿Crees que no me siento solo? Claro que sí, pero no me quedo aquí sin hacer nada, lloriqueando. Me dedico a ayudar a los demás. ¿Me ves alguna vez sentado pensando en mis propios problemas?

El niño se desmoronó como si estuviera exhausto, pero nuevas lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Sheppard para distraerlo.

El niño se secó los ojos con el brazo.

—Vender semillas —masculló.

Siempre estaba vendiendo algo. Tenía cuatro botes Henos de monedas de cinco y diez centavos y de vez en cuando las sacaba del armario y las contaba.

—¿Para qué vendes semillas?

—Para ganar un premio.

—¿Y cuál es el premio?

—Mil dólares.

—¿Y que harías si tuvieras mil dólares?

—Guardarlos —respondió el niño, y se limpió la nariz en el hombro.

—Estoy seguro de que sí. Escucha —añadió, y bajó la voz hasta adoptar un tono

casi de súplica—, imagina por un momento que ganaras los mil dólares. ¿No te gustaría gastarlos con otros niños menos afortunados que tú? ¿No te gustaría regalar algunos columpios y trapecios al orfanato? ¿No te gustaría comprarle al pobre Rufus Johnson un zapato nuevo?

El niño empezó a apartarse del mostrador. De repente se inclinó hacia delante sobre el plato con la boca abierta. Sheppard volvió a gemir. El crío lo echó todo, la tarta, la mantequilla de cacahuete, el *ketchup*; una masa dulce y sin consistencia. Se quedó inclinado sobre ella, presa de las arcadas, salió más, y permaneció con la boca abierta sobre el plato como si esperara a que saliera su corazón.

—Está bien, está bien —dijo Sheppard—. No has podido evitarlo. Límpiate la boca y vete a la cama.

El niño se quedó un momentito más. Por fin levantó la cara y miró a su padre.

—Vete —dijo Sheppard—. Vete a la cama.

El niño se limpió la boca con la punta de la camisa. Se bajó del taburete y salió despacito de la cocina.

Sheppard se quedó mirando fijamente el charco de comida a medio digerir. El olor agrio llegó hasta él y lo hizo retroceder. Sintió náuseas. Se levantó, llevó el plato al fregadero, abrió el agua y observó muy serio cómo aquella porquería se iba por el desagüe. La mano delgada y triste de Johnson desenterraba comida de los cubos de basura, mientras que su propio hijo, egoísta, avaricioso, poco sensible, había comido hasta vomitar. Cerró el grifo con un golpe del puño. Johnson tenía capacidad para reaccionar con sensibilidad y se había visto privado de todo desde su nacimiento. Norton tenía la capacidad corriente, o menos, y había gozado de todas las ventajas.

Volvió al mostrador para acabar el desayuno. Los cereales estaban revenidos pero le daba lo mismo. Johnson merecía cualquier esfuerzo porque tenía el potencial. Se había dado cuenta desde el mismo momento en que el niño entró cojeando a la primera entrevista.

El despacho que Sheppard tenía en el reformatorio era una habitación estrecha con una ventana y una mesa pequeña con dos sillas. Nunca había estado dentro de un confesionario, pero creía que el funcionamiento de ambos debía de ser muy parecido, sólo que él explicaba, no absolvía. Sus credenciales eran menos dudosas que las de un cura; había recibido formación para hacer lo que hacía.

Cuando Johnson entró en su primera entrevista, él ya había repasado el historial del chico —destrucción sin motivo, ventanas rotas, cubos de basura municipales incendiados, neumáticos rajados—, el tipo de cosas con las que siempre se encontraba cuando los chicos habían sido trasplantados bruscamente del campo a la ciudad, como era el caso. Llegó al coeficiente intelectual de Johnson. Era de ciento cuarenta. Levantó la vista con interés.

El niño se sentó pesadamente en el borde de la silla, con los brazos caídos entre los muslos. La luz de la ventana le daba en el rostro. Sus ojos, de color del acero y muy serenos, le miraban fijamente. El pelo fino y oscuro le caía sobre la frente en un

flequillo liso, no de modo descuidado propio de los niños, sino con la agresividad de un viejo. En su rostro era palpable una especie de inteligencia fanática.

Sheppard sonrió para acortar distancias.

La expresión del chico no se ablandó. Se reclinó en la silla y apoyó sobre la rodilla un pie monstruoso y deforme. Llevaba un zapato negro y raído cuya suela tenía diez o doce centímetros de espesor. En un trozo del zapato faltaba el cuero y asomaba la punta de un calcetín vacío, como la lengua gris de una cabeza guillotinada. Sheppard comprendió de inmediato el caso con toda claridad. Sus fechorías eran la compensación de aquel pie.

—Bueno, Rufus, veo en tu historial que sólo te queda un año de reformatorio. ¿Qué planes tienes para después?

—Yo no hago planes —respondió el chico. Desvió la vista con indiferencia hacia algo que había al otro lado de la ventana, detrás de Sheppard, a lo lejos.

—Quizá deberías empezar a hacerlos —dijo Sheppard con una sonrisa.

Johnson siguió con la mirada fija más allá de él.

—Me gustaría que aprovecharas al máximo tu inteligencia —prosiguió Sheppard —. ¿Qué es lo más importante para ti? Hablemos de lo que es importante para ti. —Y sin querer bajó la vista hasta aquel pie.

—Mírelo hasta hartarse —tartajeó el muchacho.

Sheppard enrojeció. Aquella masa negra y deforme se hinchó ante sus ojos. Pasó por alto el comentario y la mirada maliciosa que le dirigía el chico.

—Rufus, te has metido en muchos líos, pero creo que, cuando comprendas por qué haces estas cosas, te sentirás menos inclinado a hacerlas. —Le sonrió. Esos chicos tenían tan pocos amigos, veían tan pocas caras amables, que la mitad de su eficacia radicaba en que él les sonreía—. Hay muchas cosas sobre ti mismo que creo poder explicarte.

Johnson le dirigió una mirada pétrea.

—No he pedío explicaciones. Ya sé por qué hago lo que hago.

—¡Pues estupendo! A ver si puedes decirme qué te llevó a hacer las cosas que has hecho.

Un destello negro fulguró en los ojos del chico.

—Satán. Me tiene en su poder.

Sheppard lo miró de hito en hito. No había nada en el rostro del muchacho que indicara que lo hubiera dicho en broma. La fina línea de sus labios era firme y orgullosa. Los ojos de Sheppard se endurecieron. Por un momento sintió una sorda desesperación, como si se enfrentara a una deformación elemental de la naturaleza que hubiera aparecido demasiado tiempo atrás para corregirla ahora. Las preguntas que se había planteado el chico sobre la vida habían encontrado respuesta en los letreros clavados en los pinos: ¿TE tiene satán en su poder? arrepiéntete o arderás en el infierno, jesús es el salvador. Johnson llevaba la Biblia dentro, aunque nunca la hubiera leído. La desesperación dio paso a la indignación.

—¡Tonterías! —masculló con desdén—. ¡Vivimos en la era espacial! Eres demasiado listo para darme una respuesta como ésta.

La boca de Johnson se torció ligeramente. En su mirada había desprecio pero también diversión. Apareció un brillo de desafío en sus ojos.

Sheppard estudió con atención su cara. Donde había inteligencia cualquier cosa era posible. Volvió a sonreír, una sonrisa que era como una invitación a que el muchacho entrara en un aula escolar con todas las ventanas abiertas a la luz.

—Rufus, voy a arreglar las cosas para que te reúnas conmigo una vez por semana. Quizá haya una explicación para tu explicación. Quizá pueda explicarte tu demonio.

Después de esto, había hablado con Johnson todos los sábados durante el resto del año. Hablaba al azar, del tipo de cosas que el chico nunca debía de haber oído antes. Hablaba a un nivel un poco superior al del muchacho para que éste tuviera algo que alcanzar. Pasaba de la psicología simple y los mecanismos de defensa de la mente humana a la astronomía y las cápsulas espaciales que daban vueltas en torno a la Tierra más rápido que la velocidad del sonido y que pronto girarían alrededor de las estrellas. Instintivamente se centraba en las estrellas. Quería darle algo al chico, algo que alcanzar aparte de los bienes de los demás. Quería ampliar sus horizontes. Quería que viera el universo, que viera que era posible penetrar en las partes más oscuras de este universo. Hubiera dado cualquier cosa por poner un telescopio en las manos de Johnson. Éste hablaba poco, y, cuando lo hacía, llevado por su orgullo, era siempre para disentir y oponerse tontamente, el pie deforme colocado sobre la rodilla como un arma lista para usar, pero Sheppard no se dejaba engañar. Observaba los ojos del chico y cada semana veía que algo se desmoronaba en ellos. Por la expresión de Rufus, dura pero turbada, de lucha contra la luz que ahora hacía estragos en él, Sheppard sabía que estaba dando en el blanco.

Ahora Johnson estaba libre, libre para vivir de los cubos de basura y para volver a descubrir su vieja ignorancia. Pero la injusticia del caso era indignante. Lo habían devuelto a su abuelo; la imbecilidad del viejo sobrepasaba todo lo imaginable. Quizá a estas alturas el muchacho había escapado. La idea de obtener la custodia de Johnson ya se le había ocurrido a Sheppard, pero la existencia del abuelo siempre había sido un obstáculo. Nada lo estimulaba tanto como pensar en lo que podía hacer por un chico como éste. Primero le daría un nuevo zapato ortopédico. Porque se le torcía la espalda a cada paso. Después lo animaría a cultivar algún interés intelectual. Pensó en el telescopio. Podía comprar uno de segunda mano y montarlo en la ventana del desván.

Permaneció casi diez minutos sentado en la cocina pensando en lo que podría hacer si tuviera a Johnson con él. Lo que se malgastaba en Norton haría que Johnson diera lo mejor de sí. El día anterior, cuando lo había visto hurgando en el cubo de basura, Sheppard había levantado la mano en un gesto de saludo y se había acercado. Johnson lo vio, se quedó parado una fracción de segundo y desapareció con la rapidez de una rata, pero no antes de que Sheppard advirtiera un cambio en su expresión.

Algo se había encendido en los ojos del chico, estaba seguro, algún recuerdo de la luz perdida.

Se levantó y tiró la caja de cereales a la basura. Antes de salir de casa, entró en la habitación de Norton para asegurarse de que ya estaba bien. El niño estaba sentado sobre la cama con las piernas cruzadas. Había vaciado sus botes de monedas, que formaban un enorme montón ante él, y las estaba ordenando en pilas de cinco, de diez y de veinticinco centavos.

Aquella tarde, Norton estaba solo en la casa, acuclillado en el suelo de su habitación colocando en filas los paquetes de semillas de flores. La lluvia restallaba en las ventanas y repiqueteaba en el canalón del tejado. La habitación estaba a oscuras, pero cada pocos minutos se iluminaba por unos relámpagos silenciosos y los paquetes de semillas lucían alegres en el suelo. Estaba quieto, en cuclillas, como una gran rana pálida en medio de aquel jardín en potencia. De repente sus ojos se pusieron alerta. Sin previo aviso la lluvia había cesado. El silencio era pesado, como si el chaparrón hubiera sido acallado por la violencia. Permaneció inmóvil, sólo los ojos se movían.

En medio del silencio, le llegó el clic inconfundible de una llave que giraba en la puerta de entrada a la casa. Era un sonido pausado. Atraía la atención hacia sí y la mantenía como si estuviera controlado por una mente en vez de por una mano. El niño se metió de un salto en el armario.

Los pasos empezaron a sonar por el pasillo. Eran lentos e irregulares, uno ligero y después uno pesado, luego seguía un silencio, como si el visitante se hubiera detenido a escucharse él también o a examinar algo. Al cabo de un minuto cruzó la puerta de la cocina. Los pasos atravesaron la cocina hasta la nevera. La pared del fondo del armario daba a la cocina y Norton pegó la oreja a ella. La puerta de la nevera se abrió. Hubo un largo silencio.

Se quitó los zapatos, salió de puntillas del armario y pasó por encima de los paquetes de semillas. Se paró en el centro de la habitación, rígido. Un muchacho delgado de cara huesuda con un traje negro y mojado estaba en el umbral, cerrándole el paso. Tenía el pelo pegado a la cabeza por la lluvia. Estaba inmóvil como un cuervo empapado y furioso. Su mirada atravesó al niño como un alfiler y lo paralizó. Después sus ojos empezaron a estudiar todo cuanto había en la habitación: la cama sin hacer, las cortinas sucias de la gran ventana, una fotografía de una mujer joven de cara ancha que destacaba sobre la superficie abarrotada de la cómoda.

De repente la lengua del niño se desató.

—¡Te ha estado esperando! ¡Te va a dar un zapato nuevo porque tienes que buscar comida en los cubos de basura! —repuso en una especie de gritito de ratón.

—Busco comida en los cubos de basura —dijo el muchacho lentamente, con un brillo en la mirada— porque me gusta buscar comida en los cubos de basura. ¿Comprendes?

El niño asintió con la cabeza.

—Y puedo conseguir por mi cuenta un zapato. ¿Comprendes?

El niño asintió con la cabeza, hipnotizado.

El muchacho entró cojeando y se sentó en la cama. Se puso una almohada detrás y estiró la pierna más corta de modo que el gran zapato negro llamara la atención sobre la sábana.

La mirada de Norton se posó en el zapato y allí se quedó. La suela era gruesa como un ladrillo.

Johnson lo movió levemente y sonrió.

—Si le doy a alguien una sola patada, aprenden a no meterse conmigo,

El niño asintió con la cabeza.

—Ve a la cocina —dijo Johnson—, hazme un bocadillo de jamón con pan moreno y tráeme un vaso de leche.

Norton se fue como un juguete mecánico, impulsado hacia donde debía ir. Preparó un gran bocadillo grasiento con jamón que colgaba por los lados y sirvió un vaso de leche. Luego volvió a la habitación con el bocadillo en una mano y el vaso de leche en la otra.

Johnson estaba repantigado a sus anchas contra la almohada.

—Gracias, camarero —dijo, y cogió el bocadillo.

Norton se quedó al lado de la cama, con el vaso en la mano.

El muchacho devoró el bocadillo. A continuación cogió el vaso de leche. Lo cogió con las dos manos como si fuera un niño y, cuando lo bajó para respirar, había un círculo de leche alrededor de su boca. Le dio a Norton el vaso vacío.

—Tráeme una d'aquellas naranjas, camarero —dijo con voz ronca.

Norton fue a la cocina y volvió con la naranja. Johnson la mondó con los dedos y dejó que la piel cayera en la cama. Comió lentamente, escupiendo sin remilgos las semillas. Cuando hubo terminado, se limpió las manos en la sábana y dirigió a Norton una mirada larga y escrutadora. Los servicios de éste parecían haberlo ablandado.

—Desde luego eres su hijo. Tienes la misma cara de tonto.

El niño no se inmutó, como si no le hubiera oído.

—No sabe ni dónde tiene la mano derecha —prosiguió Johnson con una voz ronca de satisfacción.

El niño apartó la mirada del rostro del muchacho y la fijó en la pared.

—Bla, bla, bla —añadió Johnson—, y nunca dice na.

El labio superior del niño se levantó ligeramente, pero siguió callado.

—Aire —dijo Johnson—, puro aire.

El rostro del niño empezó a adquirir una prudente expresión de agresividad. Retrocedió un poco como si estuviera preparándose para huir en cualquier momento.

—Es bueno —murmuró—. Ayuda a los demás.

—¡Bueno! —rugió Johnson encolerizado, con la cabeza hacia delante—. Me da igual si es bueno o no. ¡No tiene razón!

Norton estaba atónito.

La puerta mosquitera de la cocina se abrió y alguien entró. Johnson se incorporó inmediatamente.

—¿Es él? —preguntó.

—Es la cocinera. Viene por la tarde.

Johnson se levantó y cojeó hasta el pasillo. Se quedó parado en la puerta de la cocina, Norton detrás de él.

La muchacha de color estaba ante el armario quitándose un brillante impermeable rojo. Era alta y de piel clara, y su boca era como una gran rosa que se hubiera oscurecido y marchitado. Llevaba el pelo peinado en gradas en lo alto de la cabeza, y se inclinaban a un lado como la torre de Pisa.

Johnson dejó escapar un ruido entre los dientes.

—Vaya, vaya, la negrita fiel.

La chica se paró un momento y les dirigió una mirada insolente. Como si fueran colillas.

—Vamos —dijo Johnson—, veamos lo que tenéis además d'una negra. —Abrió la primera puerta de la derecha y contempló un baño con azulejos de color rosa—. ¡Un meadero rosa! —murmuró.

Se volvió con expresión divertida hacia el niño.

—¿Se sienta encima d'eso?

—Es para los invitados, pero a veces él también se sienta.

—Debería vaciar su cabeza en él.

La puerta de la siguiente habitación estaba abierta. Era donde Sheppard dormía desde la muerte de su mujer. Una cama de hierro de aspecto ascético sobre el suelo desnudo. En un rincón había una pila de uniformes de béisbol para niños. Había papeles esparcidos en la superficie de un buró y sobre ellos unas pipas hacían de pisapapeles. Johnson contempló en silencio la habitación. Arrugó la nariz.

—¡Adivina de quién es!

La puerta de la habitación contigua estaba cerrada, pero Johnson la abrió y asomó la cabeza en la semioscuridad. Las persianas estaban bajadas y el aire olía a cerrado, con un ligero aroma de perfume. Había una antigua cama ancha y una cómoda enorme cuyo espejo destellaba en la penumbra. Johnson pulsó el interruptor que había junto a la puerta, cruzó la habitación hasta el espejo y se miró en él. Había un peine y un cepillo de plata sobre el tapete de hilo. Cogió el peine y empezó a pasárselo por el pelo. Se peinó el flequillo liso sobre la frente. Luego lo inclinó hacia un lado, al estilo Hitler.

—¡Deja su peine! —dijo el niño. No había pasado del umbral. Se había quedado allí, pálido y con la respiración entrecortada, como si estuviera presenciando un sacrilegio en un lugar sagrado.

Johnson dejó el peine, cogió el cepillo y se lo pasó por el pelo.

—Está muerta —dijo el niño.

—No me dan miedo las cosas de los muertos —repuso Johnson. Abrió el primer cajón y metió las manos.

—¡Quita tus sucias manazas de la ropa de mi madre! —exclamó el niño con voz aguda y sofocada.

—No te pongas nervioso, nene —murmuró Johnson.

Sacó una blusa roja con lunares y la volvió a meter. Luego sacó un pañuelo de seda verde, lo hizo girar sobre su cabeza y lo dejó flotar hasta el suelo. Su mano seguía revolviendo el cajón. Después de unos momentos, sacó un corsé descolorido con cuatro portaligas metálicos que colgaban.

—Esto debía ser su arnés —observó.

Lo sacó con cuidado y lo sacudió. Se lo ciñó en la cintura y empezó a dar saltitos arriba y abajo, haciendo bailar los portaligas de metal. Se puso a chasquear los dedos y a menear las caderas.

—Rock, rock, *rock and roll*. Rock, *rock and roll*. No puedo satisfacer a esta mujer, por mucho que lo intente.

Empezó a moverse de un lado a otro, dando patadas con el pie sano y levantando el otro. Salió bailando por la puerta, pasó junto al niño, que estaba conmocionado, y avanzó por el pasillo hacia la cocina.

Media hora más tarde, Sheppard llegó a casa. Dejó caer el impermeable sobre una de las sillas del pasillo, llegó hasta la puerta de la sala y se paró. De repente su rostro se transfiguró. Exultaba de placer. Johnson estaba sentado, una figura oscura, en una butaca rosa de respaldo alto. La pared que quedaba detrás de él estaba forrada de libros desde el techo hasta el suelo. Leía. Los ojos de Sheppard se achicaron. Era un volumen de la Enciclopedia Británica. El muchacho estaba tan absorto en la lectura que ni siquiera levantó la mirada. Sheppard contuvo la respiración. Ese era el lugar perfecto para el chico. Tenía que retenerlo allí. Tenía que conseguirlo de algún modo.

—¡Rufus! ¡Me alegro de verte! Y se acercó a él a grandes zancadas con el brazo extendido.

Johnson levantó la mirada, el rostro inexpresivo.

—Hola —dijo. Hizo caso omiso de la mano tendida, pero, como Sheppard no la retiró, la aceptó de mala gana.

Sheppard estaba preparado para ese tipo de reacción. Formaba parte de la máscara de Johnson eso de no mostrar nunca entusiasmo.

—¿Cómo van las cosas? ¿Cómo te trata tu abuelo? Se sentó en el borde del sofá.

—Cayó muerto —dijo el chico con indiferencia.

—¡No lo dirás en serio! —gritó Sheppard. Se levantó y se sentó en una mesita de café, más cerca del chico.

—Qué va, no se cayó muerto. Pero ojalá.

—¿Y dónde está?

—Se ha largao a las colinas. Él y otros. Van a enterrar algunas biblias en una cueva y a recoger una pareja de animales de cada especie. Como Noé. Sólo qu’esta

vez va haber un fuego, no una inundación.

La boca de Sheppard se torció en una mueca irónica.

—Comprendo —dijo. Después añadió—: En otras palabras, el viejo tonto te ha abandonado.

—No es ningún tonto —protestó el chico, indignado.

—¿Te ha abandonado sí o no? —preguntó Sheppard con impaciencia.

El chico se encogió de hombros.

—¿Dónde está tu tutor del reformatorio?

—No tengo por qué ir detrás d'él, es él el que tiene qu'ir detrás de mí.

Sheppard se rió.

—Espera un minuto.

Se levantó y salió de la sala, cogió el impermeable de la silla y lo llevó al armario del pasillo para colgarlo. Necesitaba tiempo para pensar, para decidir cómo le pediría al chico que se quedara. No podía obligarlo. Tendría que ser voluntario. Johnson fingía no tenerle simpatía. Era sólo una cuestión de orgullo, pero tendría que pedírselo de tal modo que su orgullo no se sintiera herido. Abrió la puerta del armario y sacó un colgador. Todavía seguía allí un viejo abrigo gris de su mujer. Lo apartó, pero el abrigo no se movió. Lo abrió bruscamente e hizo una mueca, como si acabara de ver una larva dentro de su capullo. Norton estaba dentro del abrigo, la cara hinchada y pálida, con una expresión de estupefacción y de tristeza. Sheppard se le quedó mirando. De repente se le ofrecía una posibilidad.

—Sal de ahí —le dijo.

Lo cogió por el hombro y lo empujó con firmeza hasta la sala y la butaca rosa donde Johnson estaba sentado con la enciclopedia en el regazo. Lo iba a arriesgar todo en un solo golpe.

—Rufus, tengo un problema. Necesito tu ayuda.

Johnson lo miró con desconfianza.

—Escúchame, necesitamos otro chico en casa. —Había una desesperación auténtica en el tono de su voz—. Norton nunca ha tenido que compartir nada en su vida. No sabe lo que significa compartir. Y necesito que alguien se lo enseñe. ¿Quieres ayudarme? Quédate una temporada con nosotros, Rufus. Necesito tu ayuda. —El nerviosismo hacía que su voz sonara aflautada.

De repente el niño cobró vida. El rostro se le hinchó de cólera.

—¡Entró en la habitación de ella y usó su peine! —gritó tirando del brazo de Sheppard

—. ¡Se puso su corsé y bailó con Leola y…!

—¡Cállate! —le interrumpió Sheppard—. ¿Es que sólo sabes hacer de acusica? No te pido un informe sobre la conducta de Rufus. Sólo te pido que le des la bienvenida. ¿Comprendes? .—Se dirigió a Johnson—. ¿Ves cómo es?

Norton propinó un fuerte puntapié a la pata de la butaca rosa y por poco alcanzó el pie hinchado de Johnson. Sheppard lo apartó de un tirón.

—Dijo que no eras más que aire —gritó el niño.

Una ladina expresión de placer cruzó por el rostro de Johnson.

Sheppard no se desconcertó. Los insultos formaban parte del mecanismo de defensa del chico.

—¿Qué dices, Rufus? ¿Te quedas con nosotros una temporada?

Johnson se quedó mirando al frente y no respondió. Se sonrió ligeramente y pareció contemplar alguna placentera visión del futuro.

—M'es igual —dijo, y volvió una página de la enciclopedia—. Soy capaz de soportar cualquier sitio.

—Estupendo. Estupendo.

—Ha dicho —explicó el niño con un susurro gutural— que no sabías dónde tenías la mano derecha.

Hubo un silencio.

Johnson se humedeció el dedo y pasó otra página de la enciclopedia.

—Tengo algo que deciros a los dos —anunció Sheppard con un tono sin inflexiones. Sus ojos se movieron del uno al otro y habló lentamente como si lo que estaba diciendo sólo fuera a decirse una vez, y como si les correspondiera a ellos escucharlo atentamente—. Si a mí me importara lo que Rufus piensa de mí, no le pediría que se quedara. Rufus me va a ayudar y yo lo voy a ayudar a él y ambos te vamos a ayudar a ti. Sería egoísta por mi parte permitir que lo que Rufus piensa de mí interfiriera en lo que puedo hacer por él. Si puedo ayudar a una persona, lo único que quiero es hacerlo. Estoy por encima de esas mezquindades.

Ninguno de los dos chicos dijo nada. Norton fijó la mirada en el cojín de la butaca. Johnson parecía observar con atención algún hermoso grabado de la enciclopedia. Sheppard les miraba la cabeza. Sonrió. A fin de cuentas, había ganado. El muchacho se quedaba. Acarició el pelo de Norton y le dio una palmadita a Johnson en el hombro.

—Ahora vosotros os quedáis aquí y os conocéis un poco mejor —dijo alegremente, y se fue hacia la puerta—. Voy a ver qué nos ha dejado Leola para cenar.

Cuando hubo salido, Johnson levantó la cabeza y miró a Norton. El niño lo miró también con semblante sombrío.

—Dios santo, hermanito —dijo Johnson con voz quebrada—, ¿cómo lo aguantas? —Su expresión era de absoluta indignación—. Éste se cree que es Jesucristo.

II

El desván de Sheppard era una habitación grande a medio acabar, con las vigas al descubierto y sin luz eléctrica. Habían montado el telescopio sobre un trípode en una

de las lumbreras.

Ahora apuntaba hacia el cielo oscuro, donde una rodaja de luna, frágil como la cáscara de un huevo, acababa de surgir de detrás de una nube que tenía un brillante reborde plateado. Dentro, una lámpara de queroseno puesta sobre un baúl proyectaba sus sombras hacia arriba y las entremezclaba, ligeramente vacilantes, en las vigas del techo. Sheppard estaba sentado sobre una caja de embalaje y miraba a través del telescopio, y Johnson estaba justo a su lado, esperando poder mirar. Sheppard lo había comprado por quince dólares hacía dos días en una casa de empeños.

—No sea tan abusón —dijo Johnson.

Sheppard se levantó y Johnson se deslizó sobre la caja y pegó el ojo al aparato.

Sheppard se sentó en una silla recta un poco más allá. Su rostro irradiaba satisfacción. Por ahora su sueño se iba cumpliendo. En una semana había hecho posible que la visión del muchacho ascendiera por un estrecho canal hasta las estrellas. Contempló la espalda encorvada de Johnson con absoluta satisfacción. El chico llevaba una camisa de cuadros de Norton y unos pantalones nuevos color caqui. El zapato estaría terminado la semana siguiente. Había llevado al chico a una tienda de ortopedia el día después de su llegada y había hecho que le tomaran las medidas para un nuevo zapato. Johnson era muy susceptible en lo que se refería a su pie, como si se tratara de un objeto sagrado. Había adoptado una expresión taciturna mientras el dependiente, un joven con la cabeza calva de un rosa brillante, medía el pie con sus manos profanadoras. El zapato cambiaría enormemente la actitud del muchacho. Incluso un chico con pies normales se reconciliaba con el mundo después de adquirir un par de zapatos nuevos. Cuando a Norton le compraban un par nuevo, se pasaba días enteros mirándose los pies.

Sheppard miró al niño, que se hallaba al otro lado de la habitación. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un baúl, entretenido con una cuerda que había encontrado y con la que se había envuelto las piernas desde los tobillos hasta las rodillas. Parecía tan lejano que Sheppard tuvo la sensación de estar mirándolo por el objetivo del telescopio en lugar de por el ocular. Sólo había tenido que pegarle una vez desde que Johnson estaba con ellos. La primera noche, cuando Norton se enteró de que Johnson iba a dormir en la cama de su madre. Él no creía en los azotes, y menos aún cuando uno estaba encolerizado. En este caso había hecho ambas cosas, y con buen resultado. No había vuelto a tener problemas con Norton.

El niño no había dado muestras de generosidad hacia Johnson, pero parecía resignarse ante lo inevitable. Por las mañanas, Sheppard los mandaba a los dos a la piscina, les daba dinero para que comieran en la cafetería y les indicaba que se encontraran con él en el parque por la tarde para ver el entrenamiento de su equipo juvenil de béisbol. Todas las tardes llegaban al parque arrastrando los pies, en silencio, absorto cada uno en sus pensamientos, como si no se dieran cuenta de la existencia del otro. Al menos podía estar contento de que no hubiera peleas.

Norton no demostraba ningún interés por el telescopio.

—¿No quieres levantarte y mirar por el telescopio, Norton? —le preguntó. Le irritaba que el niño no mostrara ninguna curiosidad intelectual—. Rufus te va a llevar la delantera.

Norton se inclinó distraídamente hacia delante y miró la espalda de Johnson.

Johnson dio media vuelta. Su rostro empezaba a engordar de nuevo. La expresión de cólera había desaparecido de las mejillas hundidas y ahora se concentraba en las cuencas de los ojos, como un fugitivo que se refugiara allí de la generosidad de Sheppard.

—No malgastes tu valioso tiempo, chico —dijo Johnson—. Con una vez que veas la luna, ya está vista.

A Sheppard le divertían esas repentinas muestras de perversidad. El chico se resistía a cualquier cosa que sospechara tuviera la intención de mejorarlo y se las arreglaba, cuando estaba muy interesado por algo, para dar la impresión de que se aburría. Sheppard no se dejaba engañar. En secreto Johnson aprendía las cosas que él quería que aprendiera: que su benefactor era inmune al insulto y que no había grietas en su armadura de generosidad y paciencia cuando veía una oportunidad de dar en el blanco.

—Algún día quizá vayáis a la luna —dijo—. Dentro de diez años es muy probable que se organicen viajes regulares. ¡Pero si podréis ser hombres del espacio! ¡Astronautas!

—Astronabos —espetó Johnson.

—Pues nabos o nautas, es perfectamente posible que tú, Rufus Johnson, vayas a la luna.

Algo se removió en las profundidades de los ojos de Johnson. Llevaba todo el día de un humor sombrío.

—No voy a ir a la luna y llegar allí vivo, y cuando muera me iré al infierno.

—Llegar a la luna al menos es posible —repuso Sheppard con sequedad. La mejor manera de tratar ese tipo de cosas era ridiculizándolas suavemente—. La vemos. Sabemos que está allí. Nadie ha dado pruebas fidedignas de que exista el infierno.

—La Biblia ha dao las pruebas —replicó Johnson en tono lúgubre—, y si uno muere y va allí arde eternamente.

El niño se inclinó hacia delante.

—El que diga que no existe el infierno —añadió Johnson— está contradiciendo a Jesús. Los muertos son juzgaos y los malos son condenaos. Lloran y rechinan los dientes mientras se abrasan y la oscuridá es eterna.

El niño abrió la boca. Sus ojos parecían más hundidos.

—Satán es el jefe —añadió Johnson.

Norton se puso en pie de un salto y cojeando dio un par de pasos hacia Sheppard.

—¿Está ella allí? —preguntó con voz alta—. ¿Se está abrasando allí? —Se deshizo de la cuerda que tenía en los pies—. ¿Está quemándose?

—Dios santo —murmuró Sheppard—. No, no, claro que no. Rufus está equivocado. Tu madre no está en ninguna parte. Tampoco está triste. Sencillamente no está.

Las cosas hubieran sido para él mucho más fáciles si cuando murió su mujer le hubiera dicho a Norton que se había ido al cielo y que algún día volvería a verla, pero no podía educarlo sobre una mentira.

El rostro de Norton se contrajo. Se le formó un nudo de carne en la barbilla.

—Escucha —dijo Sheppard rápidamente, y atrajo al niño hacia sí—, el espíritu de tu madre vive dentro de otros y seguirá viviendo en ti si eres bueno y generoso como ella.

Los ojos pálidos del niño se endurecieron, incrédulos.

La pena de Sheppard se convirtió en asco. El niño prefería estar en el infierno a no estar en ninguna parte.

—¿Comprendes? No existe. —Puso la mano en el hombro del niño—. Es lo único que yo puedo darte —añadió en un tono más suave, pero aún exasperado—, la verdad.

En vez de ponerse a berrear, el niño se desasió de él y cogió a Johnson por la manga.

—¿Está allí, Rufus? ¿Está allí ardiendo?

Los ojos de Johnson brillaron.

—Bueno, está allí si fue mala. ¿Era una puta?

—Tu madre no era eso —dijo Sheppard con brusquedad. Tenía la sensación de conducir un coche sin frenos—. Y ahora no digamos más tonterías. Estábamos hablando de la luna.

—¿Creía en Jesús? —preguntó Johnson.

Norton quedó perplejo.

—Sí —dijo después de un segundo, como si comprendiera que eso era necesario —, sí creía.

—No creía —murmuró Sheppard.

—Siempre creyó —afirmó Norton—. Yo le oí decir que creía.

—Está salvada —aseguró Johnson.

El niño todavía parecía perplejo.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—En lo alto.

—¿Y dónde está eso? —insistió Norton sin aliento.

—Está en el cielo, en alguna parte —respondió Johnson—. Pero hay qu'estar muerto pa llegar hasta allí. No se puede ir en una nave espacial. —Surgía de sus ojos un resplandor, igual a un haz de luz que se apuntaba a su objetivo.

—El viaje del hombre a la luna —dijo Sheppard ceñudo— es muy parecido al primer pez que salió reptando del agua hace millones y millones de años. No tenía un traje terrestre. Tuvo que adaptarse en su interior. Desarrolló pulmones.

—Cuando yo muera, ¿me iré al infierno o donde está ella? —preguntó Norton.

—Ahora irías a donde está ella —contestó Johnson—, pero si vives lo suficiente irás al infierno.

Sheppard se levantó de pronto y cogió la lámpara.

—Cierra la ventana, Rufus. Es hora de irse a la cama.

Al bajar por las escaleras, oyó que Johnson decía a sus espaldas en un susurro bastante fuerte:

—Ya te lo contaré todo mañana, chico, cuando él no esté.

Al día siguiente, cuando los chicos llegaron al campo de béisbol, él los observó mientras aparecían por detrás de las gradas. Johnson tenía la mano sobre el hombro de Norton, y la cabeza inclinada hacia el oído del niño, y en el rostro de éste había una expresión de completa confianza, una luz de despertar. El semblante de Sheppard se endureció. Ese era el modo en que Johnson intentaría disgustarle. Pero él no se iba a disgustar. Norton no era lo bastante inteligente para que pudieran causarle mucho daño. Miró la carita, absorta y apagada del niño. ¿Por qué intentar convertirlo en algo superior? El cielo y el infierno eran para los mediocres, y no había duda de que su hijo lo era.

Los dos chicos entraron en las gradas y se sentaron a unos diez pasos, de cara a él, pero ninguno de los dos dio señales de reconocerlo. Sheppard miró a los pequeños jugadores dispersos por todo el campo. A continuación se dirigió a las gradas. El siseo de la voz de Johnson se interrumpió cuando él se acercó.

—¿Qué habéis hecho hoy, chicos? —preguntó afablemente.

—Me ha estado contando… —empezó Norton.

Johnson le dio un codazo.

—No hemos hecho nada —dijo.

Su cara parecía estar revestida de un barniz de circunspección, pero a través de éste asomaba, insolente, una expresión de complicidad.

Sheppard notó que enrojecía, pero no dijo nada. Un niño con el uniforme de la liga juvenil le había seguido y le daba, jugueteando, golpecitos en la pantorrilla con el bate. Se dio la vuelta, rodeó con el brazo el cuello del niño y volvió con él al campo.

Aquella noche, cuando subió al desván para reunirse con los chicos en el telescopio, encontró a Norton solo. Estaba sentado en la caja, encorvado, mirando con mucho interés por el aparato. Johnson no estaba.

—¿Dónde está Rufus? —preguntó Sheppard—. He dicho que dónde está Rufus —repitió más alto.

—Se ha ido —respondió el chiquillo sin volver la cabeza.

—¿Adónde? —preguntó Sheppard.

—Sólo ha dicho que se iba. Ha dicho que está harto de mirar las estrellas.

—Comprendo —dijo Sheppard con tristeza.

Se volvió y bajó por las escaleras. Buscó por todas partes sin encontrar a Johnson. Entonces se fue a sentar a la sala. El día anterior estaba convencido de su éxito con el

chico. Ahora se enfrentaba con la posibilidad de fracasar con él. Había sido excesivamente blando, había estado demasiado preocupado por ganarse las simpatías de Johnson. Sintió una punzada de culpabilidad. ¿Qué importaba que Johnson le tuviera o no simpatía? ¿Qué más le daba a él? Cuando el chico volviera, dejaría claras algunas cosas. «Mientras estés aquí, no podrás salir de noche, ¿comprendes?».

«No tengo por qué quedarme aquí. M'importa un pito estar aquí».

«Dios mío», pensó. No podía llevar las cosas hasta ese extremo. Tendría que ser firme, pero no darle excesiva importancia. Cogió el periódico de la tarde. La generosidad y la paciencia eran siempre bienvenidas, pero no había sido lo bastante enérgico. Tenía el periódico ante los ojos pero no lo leía. El chico no lo respetaría, a menos que se mostrara firme. Sonó el timbre y Sheppard se levantó. Abrió la puerta y retrocedió con una expresión de pena y decepción.

Había un policía corpulento y hosco en el umbral y llevaba a Johnson agarrado por el codo. En la calle esperaba el coche patrulla. Johnson estaba muy pálido. Tenía la mandíbula adelantada como si quisiera evitar que temblara.

—Lo hemos traído aquí primero porque se ha puesto a chillar como un energúmeno —explicó el policía—, pero ahora que usted lo ha visto lo vamos a llevar a la comisaría para hacerle unas preguntas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sheppard.

—Una casa a la vuelta de la esquina, un buen trabajo, los platos rotos, los muebles patas arriba…

—¡Yo no he tenío na que ver con eso! —aseguró Johnson—. Iba paseando sin meterme con nadie cuando este policía se paró y me cogió.

Sheppard miró muy serio al chico. No hizo esfuerzo alguno para suavizar su expresión. Johnson enrojeció.

—Yo sólo estaba paseando —murmuró sin convicción.

—Vamos, chico —dijo el policía.

—No va dejar que se me lleve, ¿verdá? —dijo Johnson—. Me cree, ¿verdá?

Había un tono de súplica en su voz que Sheppard no había oído hasta entonces.

El momento era crucial. El chico tendría que aprender que no podían protegerlo cuando era culpable.

—Tendrás que irte con él, Rufus.

—¿Va dejar que se me lleve, cuando yo le digo que no he hecho na? —dijo Johnson medio histérico.

El rostro de Sheppard se endureció, como si la sensación de dolor creciera. El chico le había fallado antes incluso de darle la oportunidad de regalarle el zapato. Al día siguiente irían a buscarlo. Todo su pesar se concentró en el zapato; su irritación al mirar de nuevo a Johnson se multiplicó.

—Y usté me hizo creer que había puesto toda su confianza en mí —murmuró él chico.

—La tenía —afirmó Sheppard, el rostro inexpresivo.

Johnson se volvió hacia el policía, pero antes de irse un destello de odio puro dirigido contra Sheppard surgió del fondo de sus ojos.

Sheppard se quedó en la puerta y vio cómo subían al coche patrulla y se alejaban. Intentó sentir compasión. Al día siguiente iría a la comisaría y vería si podía hacer algo para sacarlo de aquel lío. Una noche en la cárcel no iba a hacerle ningún mal y la experiencia le enseñaría que no podía comportarse así impunemente con alguien que sólo había demostrado para con él generosidad. Irían a recoger el zapato y quizá después de una noche en la cárcel significaría todavía más para el chico.

A la mañana siguiente, a las ocho, el sargento de policía llamó por teléfono y le dijo que podía ir a recoger a Johnson.

—Hemos cogido al negro que lo hizo —explicó—. Su chico no tuvo nada que ver.

Sheppard se plantó en la comisaría en diez minutos, con el rostro rojo de vergüenza. Johnson estaba medio tumbado en el banco de una oficina exterior tristona, leyendo una revista de la policía. No había nadie más en la habitación. Sheppard se sentó a su lado y le puso vacilante una mano en el hombro.

El chico levantó la mirada, con una mueca de desprecio en los labios, y volvió a la revista.

Sheppard se sentía físicamente enfermo. De repente, la fealdad de lo que había hecho penetró en él con una intensidad sorda. Le había fallado justo en el momento en que hubiera podido conducirle por el buen camino.

—Rufus, te pido disculpas. Yo me equivoqué y tú tenías razón. Te he juzgado mal.

El chico siguió leyendo.

—Lo siento.

El chico se humedeció el dedo y volvió la página. Sheppard reunió todas sus fuerzas.

—He sido un tonto, Rufus.

La boca de Johnson se torció ligeramente hacia un lado. Se encogió de hombros sin levantar la cabeza de la revista.

—¿Lo olvidarás por esta vez? —prosiguió Sheppard—. No volverá a ocurrir.

El chico alzó la mirada. Tenía los ojos brillantes y poco amistosos.

—Yo lo olvidaré —dijo—, pero será mejor que usté lo recuerde.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. En mitad de la habitación se detuvo y con un movimiento brusco del brazo indicó a Sheppard que lo siguiera; éste se levantó de un salto y lo siguió como si el chico le hubiera tirado de una correa invisible.

—El zapato —dijo muy animado—, ¡hoy es el día que vamos a recoger tu zapato!

¡Gracias a Dios que había lo del zapato!

Sin embargo, cuando llegaron a la tienda de ortopedia, se encontraron con que el zapato lo habían hecho dos tallas más pequeño y que el nuevo no estaría listo hasta al cabo de diez días. El humor de Johnson mejoró inmediatamente. Estaba claro que el

dependiente se había equivocado en las medidas, pero el chico insistía en que le había crecido el pie. Salió de la tienda con expresión complacida, como si, al aumentar, el pie hubiera actuado por inspiración propia. Sheppard tenía el rostro descompuesto.

Después de aquello redobló sus esfuerzos. Como Johnson había perdido interés por el telescopio, compró un microscopio y una caja de muestras preparadas. Si no podía impresionar al muchacho con la inmensidad, probaría lo infinitesimal. Durante dos noches Johnson pareció absorto en el nuevo instrumento; después perdió bruscamente todo interés por él, pero parecía gustarle eso de leer la enciclopedia por las noches en la sala. Devoraba la enciclopedia como devoraba la cena, sin interrupción y sin mengua de su apetito. Los temas parecían entrar uno tras otro en su cabeza, ser machacados y expulsados. Nada agradaba tanto a Sheppard como ver al muchacho recostado en el sofá, la boca cerrada, leyendo. Después de dos o tres noches así, empezó a recuperar la esperanza. Volvió su confianza. Sabía que algún día estaría orgulloso de Johnson.

El jueves por la noche Sheppard asistió a un consejo municipal. Dejó a los chicos en un cine y los recogió a la vuelta. Cuando llegaron a casa, un coche con un único ojo rojo encima del parabrisas los esperaba. Los faros de Sheppard iluminaron al entrar en el camino los dos rostros serios que había dentro del vehículo.

—¡La poli! —dijo Johnson—. Algún negro ha vuelto a robar y m'han venío a buscar otra vez.

—Ya veremos —murmuró Sheppard. Dejó el coche en el camino y apagó las luces—. Vosotros entrad en casa y meteos en la cama. Yo me ocuparé de esto.

Bajó del automóvil y se acercó al coche patrulla. Metió la cabeza por la ventanilla. Los dos policías lo miraron con caras serias y aire de suficiencia.

—Una casa en la esquina de Shelton y Mills —explicó el que estaba detrás del volante

—. Es como si hubiera pasado un tren.

—Ha estado en el cine, en el centro —dijo Sheppard—. Mi hijo estaba con él. No tuvo nada que ver con el otro robo y no ha tenido nada que ver con éste. Yo me hago responsable.

—Si yo estuviera en su lugar —repuso el que estaba más cerca de Sheppard—, no me haría responsable de un sinvergüenza como ése.

—He dicho que me hago responsable —repitió Sheppard fríamente—. Ustedes se equivocaron la otra vez. No vuelvan a equivocarse.

Los policías se miraron.

—Allá usted —dijo el que estaba en el asiento del conductor, y puso el coche en marcha.

Sheppard entró en la casa y se sentó a oscuras en la sala. No sospechaba de Johnson y no quería que el muchacho creyera que sí. Si Johnson pensaba que volvía a sospechar de él, todo estaría perdido. Sin embargo, quería saber si su coartada era inatacable. Pensó en ir a la habitación de Norton y preguntarle si Johnson había salido

del cine. Pero sería peor. Johnson sabría lo que estaba haciendo y se sublevaría. Decidió preguntárselo a él mismo. Lo haría abiertamente. Repasó en su mente lo que le iba a decir y después se levantó y se dirigió a la puerta del muchacho.

Estaba abierta como si se le esperara, pero Johnson estaba en cama. Entraba luz suficiente desde el pasillo para que Sheppard adivinara su forma bajo las sábanas. Entró y se quedó inmóvil al pie de la cama.

—Se han ido. Les he dicho que no tenías nada que ver con eso y que yo me hacía responsable.

Se oyó un «sí» bajito desde la almohada.

Sheppard vaciló.

—Rufus, tú no saliste del cine para nada, ¿verdad?

—¡Y hace ver que tiene tanta confianza en mí! —gritó de repente una voz indignada—. ¡Y no tiene ni pizca! ¡No se fía más de mí ahora que l'última vez!

Sin ver el cuerpo del chico, la voz parecía surgir más claramente de lo más profundo de su ser que cuando su rostro era visible. Era un grito de reproche, con un leve matiz de desprecio.

—Sí, tengo confianza en ti —dijo Sheppard con vehemencia—. La tengo toda. Creo en ti y confío en ti plenamente.

—No me quita ojo d'encima —dijo la voz con tono hosco—. Cuando acabe d'hacerme a mí un montón de preguntas, va cruzar el pasillo y hacerle otras tantas a Norton.

—No tengo la menor intención de preguntarle nada a Norton, ni la he tenido —dijo Sheppard con suavidad—. Y no sospecho de ti en absoluto. Es imposible que salieras del cine, llegaras hasta aquí, forzaras una casa y regresaras en tan poco tiempo.

—¡Por eso me cree! —gritó el chico—. Porque piensa que no tuve tiempo d'hacerlo.

—¡No, no! Te creo porque considero que tienes bastante seso y bastantes agallas para no volver a meterte en líos. Creo que te conoces lo bastante bien a ti mismo para saber que no tienes necesidad de hacer esas cosas. Creo que puedes convertirte en lo que te propongas.

Johnson se incorporó. Una luz tenue se reflejaba en su frente, pero el resto de su rostro seguía invisible.

—Y me hubiera dao tiempo d'hacer to eso si hubiera querido.

—Pero sé que no lo hiciste. No tengo la menor duda.

Hubo un silencio. Johnson volvió a recostarse. Después la voz, baja y ronca, como si fuera obligada a salir con gran dificultad, dijo:

—Nadie quiere robar ni destruir cosas cuando ya tiene to lo que quiere.

A Sheppard se le cortó la respiración. ¡El muchacho le estaba dando las gracias! ¡Le estaba dando las gracias! ¡Había en su voz un tono de gratitud! Había agradecimiento. Se quedó allí plantado, sonriendo tontamente en la oscuridad,

intentando prolongar aquel momento. Sin pensar, dio un paso hacia la almohada y extendió la mano para tocar la frente de Johnson. Estaba fría y seca como el hierro oxidado.

—Comprendo. Buenas noches, hijo.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Cerró la puerta tras él y se quedó allí, embargado por la emoción.

Al otro lado del pasillo la puerta de Norton estaba abierta. El niño estaba acostado de lado y miraba hacia la luz del pasillo.

Después de esto, todo sería mucho más fácil con Johnson.

Norton se incorporó y lo llamó con un gesto.

Sheppard vio al niño, pero, después de un primer momento no permitió que sus ojos lo miraran directamente. No podía entrar para hablar con él sin quebrantar la confianza que Johnson había puesto en él. Vaciló, pero no se movió, como si no hubiera visto nada. Al día siguiente recogerían el zapato. Sería el clímax de los buenos sentimientos que habían surgido entre ellos. Se volvió rápidamente y regresó a su propia habitación.

El niño se quedó un rato sentado, mirando el lugar donde había estado su padre. Por fin apartó la mirada y volvió a tumbarse.

Al día siguiente Johnson estaba callado y de mal humor, como si le diera vergüenza haber tenido aquel momento de debilidad. No miraba de frente. Parecía haberse retirado dentro de sí mismo y que en su interior se estaba desarrollando una crisis de indecisión. Sheppard no veía llegar el momento de ir a la tienda de ortopedia. Dejó a Norton en casa porque no quería que su atención estuviera dividida. Quería estar libre para observar con minuciosidad las reacciones de Johnson. El chico no parecía entusiasmado, ni siquiera interesado, por tener un nuevo zapato, pero, cuando éste se convirtiera en una realidad, forzosamente se conmovería.

La tienda de ortopedia era un pequeño almacén de cemento, atestado con el equipo de la desgracia. Sillas de ruedas y andadores cubrían la mayor parte del suelo. De las paredes colgaban toda clase de muletas y aparatos ortopédicos. Miembros artificiales se amontonaban en los estantes, piernas, brazos y manos, garras y ganchos, correas y arneses humanos e instrumentos sin identificar para deformidades de nombre desconocido.

En un pequeño claro en medio de la habitación había una fila de sillas tapizadas de plástico amarillo y una banqueta para probarse los zapatos. Johnson se sentó encogido en una silla, puso el pie sobre la banqueta y lo miró malhumorado. La puntera había vuelto a descoserse y él la había remendado con un trozo de lona; había otro remiendo hecho con algo que parecía la lengüeta del zapato original. Los cordones habían sido sustituidos por un cordel.

Un rubor de entusiasmo cubría el rostro de Sheppard. El corazón le latía demasiado deprisa.

El dependiente surgió del fondo de la tienda con el zapato nuevo bajo el brazo.

—¡Esta vez he acertado! —dijo.

Se sentó a horcajadas sobre la banqueta y exhibió el zapato en alto, sonriendo como si lo hubiera fabricado por medio de magia.

Era un objeto negro, lustroso e informe, con un brillo espantoso. Parecía un arma contundente muy bruñida.

Johnson lo contempló con semblante sombrío.

—Con este zapato —dijo el dependiente—, no te darás cuenta de que estás andando. ¡Será como ir en coche!

Inclinó la cabeza reluciente, calva y rosada, y empezó a desatar con aire remilgado el cordel. Le quitó el viejo zapato como si estuviera despellejando a un animal todavía medio vivo. Su expresión era tensa. La masa del pie, ahora al descubierto, enfundada en un calcetín sucio, hizo que Sheppard se sintiera incómodo. Apartó la mirada hasta que estuvo puesto el nuevo zapato. El dependiente ató los cordones rápidamente.

—Ahora levántate y da una vuelta —dijo—, y dime si no te parece que estás flotando. —Le guiñó un ojo a Sheppard—. Con este zapato ni siquiera notará que el pie no es normal.

El rostro de Sheppard rezumaba satisfacción.

Johnson se levantó y se alejó unos pasos. Andaba rígido pero casi no se notaba que tenía una pierna más corta. Se paró un instante, muy erguido, dándoles la espalda.

—¡Maravilloso! —dijo Sheppard—. ¡Maravilloso!

Era como si hubiera dado al muchacho una nueva espina dorsal.

Johnson se volvió. Su boca era una línea delgada, firme y glacial. Regresó a la silla y se quitó el zapato. Volvió a meter el pie en el viejo y empezó a atarlo.

—¿Quieres llevártelo a casa y ver si te va bien? —murmuró el dependiente.

—No —respondió Johnson—. No pienso ponérmelo.

—¿Qué le pasa a este zapato? —preguntó Sheppard levantando la voz.

—No necesito un zapato nuevo. Y cuando lo necesite, ya encontraré el modo de conseguirlo yo mismo. —La expresión de su rostro era pétrea, pero había en sus ojos una chispa triunfal.

—Chico —dijo el dependiente—, ¿dónde está tu problema, en el pie o en la cabeza?

—Ponte la tuya en remojo —replicó Johnson—. A ver si se te aclaran las ideas.

El dependiente se levantó malhumorado pero con dignidad y preguntó a Sheppard qué quería que hiciera con el zapato, que tenía cogido displicentemente por los cordones.

Sheppard tenía el rostro rojo de rabia. Miraba fijamente un corsé de cuero con un brazo artificial que había ante él.

El dependiente se lo volvió a preguntar.

—Envuélvalo —masculló Sheppard, y volvió los ojos hacia Johnson—. Todavía

no es lo bastante maduro —dijo—. Creí que era menos infantil.

El muchacho replicó con tono despectivo:

—No es la primera vez que usté s'equivoca.

Aquella noche, estaban sentados en la sala leyendo como siempre. Sheppard se atrincheró de mal humor detrás del Sunday New York Times. Tenía ganas de recuperar su buen humor, pero cada vez que pensaba en el zapato rechazado le acometía un nuevo ataque de irritación. Ni se atrevía a mirar a Johnson. Se daba cuenta de que el muchacho había rechazado el zapato porque se sentía inseguro. A Johnson le había asustado su propia gratitud. No acababa de comprender quién era ese nuevo yo del que empezaba a ser consciente. Comprendía que algo de lo que él había sido estaba amenazado y por primera vez se enfrentaba a sí mismo y sus posibilidades. Estaba poniendo en duda su identidad. A pesar suyo, Sheppard sintió que renacía parte de su compasión por el chico. Unos minutos más tarde, bajó el periódico y lo miró.

Johnson estaba sentado en el sofá, mirando abstraídamente por encima de la enciclopedia. Tenía una expresión como si estuviera en trance. Parecía estar escuchando algo en la lejanía. Sheppard lo observó con atención, pero el muchacho continuó escuchando y no volvió la cabeza. «El pobre chico está desorientado», pensó Sheppard. Llevaba toda la noche allí sentado, leyendo malhumorado el periódico, y no había dicho ni una sola palabra para romper la tensión.

—Rufus —dijo.

Johnson permaneció inmóvil, escuchando.

—Rufus —repitió Sheppard con voz lenta e hipnótica— puedes llegar a ser cualquier cosa que te propongas. Puedes ser un científico, un arquitecto o un ingeniero. Basta que te lo propongas. Sólo con que te propongas llegar a serlo, puedes ser el mejor en cualquier profesión.

Imaginó que su voz iba penetrando en las negras cavernas de la psique del muchacho. Johnson se inclinó hacia delante, pero no volvió la mirada. En la calle se cerró la portezuela de un coche. Hubo un silencio. Luego el repentino estallido del timbre de la puerta.

Sheppard se levantó de un salto, se dirigió a la puerta y la abrió. Se encontró con el mismo policía que se había presentado la otra vez. El coche patrulla esperaba junto a la acera.

—Quiero ver al muchacho —dijo.

Sheppard puso mala cara y se apartó.

—Ha estado aquí toda la noche. Lo puedo garantizar.

El policía entró en la sala. Johnson parecía absorto en su libro. Al cabo de unos segundos levantó la mirada con expresión molesta, como si se tratara de un gran hombre al que interrumpieran en su trabajo.

—¿Qué es lo que mirabas por la ventana de la cocina de aquella casa de Winter Avenue hace media hora, mocoso? —preguntó el policía.

—¡Dejen de perseguir a este muchacho! —terció Sheppard—. Yo respondo de que estaba aquí. He estado con él.

—Ya lo ha oído —dijo Johnson—, no me he movío d'aquí.

—No todo el mundo deja huellas como tú —dijo el policía mirando el pie deforme.

—No podían ser sus huellas —gruñó Sheppard, enfurecido—. No se ha movido ni un segundo de aquí. Pierde usted el tiempo y nos lo hace perder a nosotros. —Le pareció que ese «nosotros» sellaba su solidaridad con el muchacho—. Estoy harto. Son demasiado perezosos para ponerse a buscar al que está haciendo estas cosas, y vienen aquí automáticamente.

El policía hizo caso omiso de estas palabras y siguió mirando a Johnson. Tenía los ojos pequeños y despiertos y el rostro mofletudo. Por fin se encaminó hacia la puerta.

—Lo atraparemos antes o después, con la cabeza metida por una ventana y el trasero fuera —dijo.

Sheppard lo siguió y cerró de un portazo cuando hubo salido. Estaba animadísimo. Eso era exactamente lo que necesitaba. Volvió con rostro expectante.

Johnson había dejado el libro y lo miraba con cara de pícaro.

—Gracias —dijo.

Sheppard se paró en seco. La expresión del muchacho era rapaz. Su sonrisa era maliciosa.

—A usted tampoco se le da mal mentir.

—¿Mentir? —murmuró Sheppard. ¿Podía haber salido el muchacho y haber vuelto sin que él se diera cuenta? Se sintió asqueado. Tuvo un arrebato de ira—. ¿Has salido? —preguntó, furioso—. Yo no te he visto salir.

El chico se limitó a sonreír.

—Subiste al desván a ver a Norton —siguió Sheppard.

—No, ese crío está loco. No quiere hacer otra cosa más que mirar por esa mierda de telescopio.

—No quiero saber nada de Norton —dijo Sheppard bruscamente—. ¿Dónde estabas tú? —Sentado en ese retrete rosa yo solito. No había testigos.

Sheppard sacó el pañuelo y se secó la frente. Logró a duras penas sonreír.

Johnson puso los ojos en blanco.

—No cree en mí. —Su voz sonaba quebrada, igual que dos noches antes en la habitación a oscuras—. Finge tener mucha confianza en mí pero no tiene ni una pizca. Ahora que las cosas se ponen mal, usté me fallará como todos los demás. —El sonido roto de su voz se acentuó, se hizo cómico. El tono burlón era evidente—. Usté no cree en mí, no me tiene confianza. Y no es usté más listo que ese policía. Todo eso de las huellas… no era más qu'una trampa. No había huellas. Había cemento y yo llevaba los pies secos.

Sheppard se guardó lentamente el pañuelo en el bolsillo. Se dejó caer en el sofá y se quedó mirando la alfombra que tenía bajo los pies. El pie deforme del muchacho

estaba en el centro de su círculo de visión. El zapato remendado parecía sonreírle con la misma cara de Johnson. Se aferró con fuerza al borde del sofá hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Le recorrió un escalofrío de odio. Odiaba aquel zapato, odiaba aquel pie, odiaba al muchacho. Palideció. El odio lo ahogaba. Estaba asustado de sí mismo.

Cogió a Johnson por el hombro y se asió a él con fuerza como si quisiera evitar caer.

—Escucha —dijo—, miraste por aquella ventana sólo para ponerme en una situación violenta. Eso es lo que querías… quebrantar mi resolución de ayudarte. Pero mi resolución no está quebrantada. Soy más fuerte que tú y te voy a salvar. El bien siempre triunfa.

—No, cuando no es verdadero. No, cuando no es auténtico.

—Mi resolución no está quebrantada —repitió Sheppard—. Te voy a salvar.

La mirada de Johnson recobró el brillo astuto.

—No me va salvar. Me va decir que me marche d'esta casa. Yo hice también aquellos otros dos trabajitos… tanto el primero como el que hice mientras se suponía que estaba en el cine.

—No te voy a decir que te marches —aseguró Sheppard. Su voz era inexpresiva, mecánica—. Te voy a salvar.

Johnson adelantó la barbilla.

—Sálvese usté a sí mismo —susurró—. A mí sólo me puede salvar Jesús.

Sheppard rió secamente.

—No puedes engañarme. Te quité todas esas tonterías de la cabeza en el reformatorio. Por lo menos te salvé de eso.

Los músculos del rostro de Johnson se tensaron. En su cara había una expresión de tal repulsión que Sheppard retrocedió. Sus ojos eran como espejos deformantes en los que se veía a sí mismo como un ser espantoso y grotesco.

—Yo le enseñaré —siseó Johnson.

Se levantó bruscamente y se encaminó hacia la puerta, como si tuviera prisa por alejarse de la vista de Sheppard, pero fue la puerta del pasillo la que cruzó, no la puerta principal. Sheppard se volvió en el sofá y miró hacia el lugar por donde había desaparecido el muchacho. Oyó que se metía en su habitación con un portazo. No se iba. La intensidad había desaparecido de los ojos de Sheppard. Estaban apagados y sin vida, como si la conmoción que le había producido la revelación del chico llegara ahora por fin al centro de su conciencia.

—Ojalá se marchara —murmuró—. Ojalá se marchara por su propio pie.

A la mañana siguiente, Johnson apareció a la hora del desayuno vestido con el traje de su abuelo con el que había llegado a la casa. Sheppard fingió no darse cuenta, pero le bastó una sola mirada para confirmar lo que ya sabía, que estaba atrapado, que ahora se trataba sólo de una batalla de nervios y que Johnson la ganaría. Deseaba no haber visto jamás al chico. El fracaso de su compasión lo dejaba anonadado. Salió de

la casa en cuanto pudo y temió durante todo el día tener que volver a ella por la noche. Albergaba la débil esperanza de que el muchacho ya se hubiera ido cuando él regresara. Tal vez el traje del abuelo significaba que iba a largarse. Esta esperanza aumentó por la tarde. Cuando llegó a casa y abrió la puerta, el corazón le latía desbocado.

Se paró en el pasillo y miró silenciosamente hacia la sala. Su expresión esperanzada se esfumó. De repente, su rostro parecía tan viejo como su pelo blanco. Los dos niños estaban sentados muy juntos en el sofá. Leían el mismo libro. La mejilla de Norton descansaba sobre la manga del traje negro de Johnson. El dedo de Johnson se movía siguiendo las líneas que estaban leyendo. El hermano mayor y el menor. Sheppard contempló la escena con rostro inexpresivo durante casi un minuto. Al cabo entró en la habitación, se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Ninguno de los dos muchachos se dio cuenta. Fue a la cocina.

Todas las tardes, Leola dejaba la cena sobre la cocina antes de irse y se la ponía en la mesa. Le dolía la cabeza y tenía los nervios crispados. Se sentó en el taburete y se quedó allí, sumido en su depresión. Se preguntaba si podría enfurecer a Johnson lo suficiente para lograr que se fuera por su propia voluntad. La noche anterior lo que había encolerizado a Johnson fue lo de Jesucristo. Eso enfurecía a Johnson, pero a él lo deprimía. ¿Por qué no decirle simplemente que se fuera? Admitir la derrota. La idea de enfrentarse de nuevo a Johnson le ponía enfermo. El muchacho lo miraba como si él fuera el principal culpable, como si fuera un leproso moral. Sheppard sabía, sin engreimiento, que él era un hombre bueno, que no tenía nada que reprocharse. Los sentimientos que ahora tenía hacia Johnson eran involuntarios. Le hubiera gustado sentir compasión por él. Le hubiera gustado poder ayudarlo. Esperaba ansiosamente el momento en que en aquella casa no quedara nadie más que Norton y él. El momento en que el egoísmo sencillo del niño sería lo único contra lo que luchar, el egoísmo del niño y su propia soledad.

Se levantó, cogió tres platos de un estante y los llevó hasta la cocina. Empezó a servir distraídamente las alubias blancas y el guiso de carne. Cuando la comida estuvo sobre la mesa, los llamó.

Trajeron el libro con ellos. Norton colocó sus cubiertos en el mismo lado de la mesa que Johnson y trasladó su silla al lado de la de éste. Se sentaron y colocaron el libro entre ambos. Era un libro negro de cantos rojos.

—¿Qué estáis leyendo? —preguntó Sheppard al sentarse.

—La Sagrada Biblia —respondió Johnson.

«Que Dios me ayude», susurró Sheppard para sí.

—La pispamos de unos almacenes —dijo Johnson.

—¿Pispamos? —murmuró Sheppard.

Se volvió y miró enfadado a Norton. El rostro del niño estaba resplandeciente y había un brillo de exaltación en sus ojos. Por primera vez Sheppard se dio cuenta del cambio que se había operado en él. Parecía más despierto. Llevaba una camisa azul

de cuadros y sus ojos tenían un azul más brillante que antes. Había una vida nueva y extraña en él, la señal de unos vicios nuevos y más escabrosos.

—¿Conque ahora robas? —dijo, con el ceño fruncido—. No has aprendido a ser generoso, pero sí a robar.

—No, qué va —dijo Johnson—. Fui yo el que la pispé. Él sólo miraba. Norton no puede ensuciarse las manos. En mi caso eso no importa. Voy a ir al infierno de todos modos.

Sheppard se mordió la lengua.

—A no ser —siguió Johnson— que me arrepienta.

—Arrepiéntete, Rufus —dijo Norton con voz suplicante—. Arrepiéntete, ¿me oyes? Tú no quieres ir al infierno.

—No digas tonterías —lo interrumpió Sheppard mirando al niño con aire reprobador.

—Si me arrepiento, seré predicador —afirmó Johnson—. Ya puestos, no tiene sentido hacer las cosas a medias.

—¿Y tú qué vas a ser, Norton? —preguntó Sheppard con voz cansada—. ¿Predicador también?

Hubo un destello de alegría desbordada en los ojos del niño.

—¡Astronauta! —gritó.

—Maravilloso —dijo Sheppard con amargura.

—Esas naves espaciales de na te van a servir si no crees en Jesús —aseguró Johnson. Se humedeció el dedo y empezó a pasar las páginas de la Biblia—. Te leeré donde lo dice.

Sheppard se inclinó hacia delante y musitó con voz furiosa:

—Deja esa Biblia, Rufus, y cómete la cena.

Johnson siguió buscando el pasaje.

—¡Te digo que dejes la Biblia! —gritó Sheppard.

El chico se detuvo y levantó la mirada. Su expresión era de asombro, pero también de complacencia.

—Ese libro es algo detrás de lo cual te escondes —dijo Sheppard—. Es para los cobardes, para las personas que tienen miedo a volar por su cuenta y a discurrir las cosas por sí mismas.

Los ojos de Johnson relampaguearon. Apartó un poco la silla de la mesa.

—Satán le tiene a usté en su poder —dijo—. No sólo me tiene a mí, a usté también.

Sheppard extendió el brazo por encima de la mesa para coger el libro, pero Johnson se lo arrebató y se lo puso en las rodillas.

Sheppard rió.

—Tú no crees en ese libro. ¡Y tú sabes que no crees en él!

—¡Sí creo! Usté no sabe lo que creo y lo que no creo.

Sheppard negó con la cabeza.

—No lo crees. Eres demasiado inteligente.

—No soy demasiao inteligente —masculló el muchacho—. Usté no sabe na de mí. Y, aunque yo no lo creyera, seguiría siendo verdá.

—¡No lo crees! —repitió Sheppard. En su rostro había una expresión de mofa.

—¡Lo creo! —insistió Johnson, sin aliento—. ¡Y le demostraré que lo creo!

Abrió el libro que tenía en las rodillas, arrancó una página y se la metió en la boca. Tenía los ojos fijos en Sheppard. Sus mandíbulas se movían a toda prisa y el papel crujía a medida que lo masticaba.

—Para —dijo Sheppard con voz seca y cansada—. Déjalo ya.

El chico levantó la Biblia y arrancó otra página con los dientes y empezó a masticarla. Sus ojos llameaban.

Sheppard estiró el brazo por encima de la mesa y le quitó el libro de la mano.

—Vete de la mesa —dijo con frialdad.

Johnson se tragó lo que tenía en la boca. Sus ojos se agrandaron como si una visión resplandeciente se abriera ante él.

—¡Me lo he comío! ¡Me lo he comío como Ezequiel, y ha sido miel en mi boca!

—Vete de esta mesa —repitió Sheppard, las manos crispadas a ambos lados de su plato.

—¡Me lo he comío! —gritó el chico, el rostro transformado por el asombro—. Me lo he comío como Ezequiel y ya no quiero su comida. Ni ahora ni nunca.

—Vete pues —repitió suavemente Sheppard—. Vete. Vete.

El muchacho se levantó, cogió la Biblia y se encaminó hacia el vestíbulo con ella. Al llegar a la puerta, se paró. Una figura pequeña y negra en el umbral de un oscuro apocalipsis.

—El demonio le tiene en su poder —dijo con voz jubilosa, y desapareció.

Después de cenar, Sheppard se sentó sólo en la sala. Johnson se había ido de la casa, pero no podía creer que el muchacho sencillamente se hubiera marchado. El primer sentimiento de liberación había pasado. Se notaba apagado y frío, como si estuviera al borde de una enfermedad, y el miedo se había posado en él como la niebla. Irse simplemente no sería un clímax digno del gusto de Johnson. Volvería e intentaría hacer algo. Quizá regresaría una semana más tarde e incendiaría la casa. A estas alturas nada podía sorprenderle.

Cogió el periódico e intentó leer. Al cabo de un momento lo arrojó a un lado, se levantó, fue al pasillo y aguzó el oído. Quizá estuviera escondido en el desván. Se dirigió a la puerta del desván y la abrió.

La lámpara de queroseno estaba encendida y proyectaba una luz tenue en la escalera. No se oía nada.

—Norton —llamó—, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Subió por los estrechos peldaños. Entre las extrañas sombras parecidas a plantas trepadoras que proyectaba la lámpara, vio a Norton con el ojo pegado al telescopio.

—Norton, ¿sabes adónde ha ido Rufus?

El niño le daba la espalda. Estaba sentado encorvado, absorto, las largas orejas pegadas a los hombros. De repente, hizo un gesto de saludo con la mano y se acercó todavía más al telescopio como si no lograra aproximarse lo suficiente a lo que estaba viendo.

—¡Norton! —dijo Sheppard con voz fuerte.

El niño no se movió.

—¡Norton! —gritó Sheppard.

Norton dio un respingo. Se volvió. Había un brillo poco natural en sus ojos. Después de unos momentos, pareció darse cuenta de que se trataba de Sheppard.

—¡La he encontrado! —dijo emocionadísimo.

—¿A quién?

—¡A mamá!

Sheppard tuvo que agarrarse a la puerta. La jungla de sombras que rodeaban al niño se hizo más densa.

—¡Ven y mira!

Norton se limpió el rostro sudoroso con la camisa de cuadros y volvió a pegar el ojo al telescopio. Tenía la espalda rígida por la atención. De repente volvió a agitar la mano en un saludo.

—Norton, en ese telescopio no ves más que grupos de estrellas. Ya basta por esta noche. Será mejor que te vayas a la cama. ¿Sabes dónde está Rufus?

—¡Allí está! —gritó el niño sin apartarse del telescopio—. ¡Me ha saludado!

—Te quiero en la cama dentro de quince minutos —dijo Sheppard, y al cabo de unos segundos añadió—: ¿Me oyes, Norton?

El niño empezó a agitar la mano muy alterado.

—Lo digo en serio —insistió Sheppard—. Dentro de quince minutos iré a comprobar si estás en la cama.

Bajó de nuevo por las escaleras y volvió a la sala. Se acercó a la puerta de la casa, se asomó y echó una ojeada por los alrededores. El cielo estaba abarrotado de las estrellas que él, como un tonto, había creído que Johnson podría alcanzar. En alguna parte del bosquecillo que quedaba detrás de la casa, una rana emitió una nota baja y hueca. Sheppard volvió a la silla y se quedó sentado unos minutos. Decidió irse a la cama. Apoyó las manos en los brazos de la silla, se inclinó hacia delante y oyó, como la primera nota histérica de la advertencia de un desastre, la sirena de un coche patrulla que avanzaba lentamente por el barrio y se acercaba hasta apagarse con un lamento a la puerta de su casa.

Sintió un peso frío sobre los hombros, como si le hubieran echado sobre ellos una capa de hielo. Se acercó a la puerta y la abrió.

Dos policías subían por el camino, con un Johnson oscuro y arisco entre ellos, esposado a los dos. Un periodista corría a saltitos a su lado, y otro agente esperaba en el coche patrulla.

—Aquí tiene usted a su chico —dijo el más adusto de los policías—. ¿No le dije que lo pescaríamos?

Johnson tiró con fuerza del brazo.

—¡Los estaba esperando! No me hubieran pescao si yo no hubiera querío. Fue idea mía. —Se dirigía a los policías pero miraba a Sheppard con una expresión maliciosa. Sheppard lo miró fríamente.

—¿Por qué querías que te pescaran? —preguntó el periodista, que había corrido hasta situarse al lado de Johnson—. ¿Por qué querías que te cogieran?

La pregunta y la presencia de Sheppard parecieron enfurecer al muchacho.

—¡Pa poner en ridículo a ese Jesucristo de pacotilla! —siseó, y señaló a Sheppard con un gesto de la pierna—. Cree que es Dios. Prefiero mil veces estar en el reformatorio que en su casa. ¡Prefiero estar en chirona! El demonio lo tiene en su poder. No sabe ni donde tiene la mano derecha. ¡Tiene menos sentío común que l'imbécil de su hijo! —Hizo una pausa y entonces llegó a su fantástica conclusión—: ¡Me ha hecho proposiciones!

El rostro de Sheppard se puso blanco como el papel. Se agarró a la puerta.

—¿Proposiciones? —preguntó ávidamente el periodista—. ¿Qué clase de proposiciones?

—¡Proposiciones deshonestas! ¿Qué imaginan ustedes? Pero yo no quiero na de eso. Yo soy cristiano, yo soy…

El rostro de Sheppard estaba deshecho de dolor.

—Él sabe que eso no es verdad —dijo con voz trémula—. Sabe que está mintiendo. He hecho todo lo que he podido por él. He hecho más por él que por mi propio hijo. Esperaba salvarlo y he fracasado, pero ha sido un fracaso digno. No tengo nada que reprocharme. No le he hecho proposiciones.

—¿Recuerdas las proposiciones? —preguntó el periodista—. ¿Puedes repetirnos exactamente lo que dijo?

—Es un asqueroso ateo —dijo Johnson—. Aseguró que no había infierno.

—Bueno, ya se han visto —dijo uno de los policías con un suspiro—. Vámonos.

—Esperen —dijo Sheppard. Bajó un escalón y fijó sus ojos en los de Johnson, en un último esfuerzo desesperado para salvarse a sí mismo—. Di la verdad, Rufus. ¿No querrás mantener esta mentira? Tú no eres malo, sólo estás muy confuso. No tienes que compensar lo de tu pie, no tienes que…

Johnson se lanzó hacia delante.

—¡Escúchenle! ¡Yo miento y robo porque se me da bien! ¡Mi pie no tiene na que ver con esto! ¡Los lisiados entrarán los primeros! ¡Los últimos serán los primeros! Los cojos serán congregaos. Cuando yo esté preparao pa salvarme, Jesús me salvará, y no ese asqueroso ateo mentiroso, no ese…

—Basta ya —dijo el policía tirando de él—. Sólo queríamos que usted lo viera —explicó a Sheppard.

Los dos policías dieron media vuelta y se llevaron a rastras a Johnson, que se

volvió a medias y gritó a Sheppard por encima del hombro:

—¡Los lisiados se llevarán el botín!

Pero su voz quedó ahogada cuando lo metieron en el coche. El periodista se precipitó en el asiento de delante con el conductor y cerró la portezuela de golpe, y el gemido de la sirena se perdió en la oscuridad.

Sheppard se quedó allí, ligeramente encorvado, como un hombre al que han disparado, pero que continúa de pie. Después de unos segundos dio media vuelta y entró en la casa para sentarse en la silla donde había estado. Cerró los ojos para no imaginarse a Johnson entre un grupo de periodistas, en la comisaría, elaborando sus mentiras.

—No tengo nada que reprocharme —murmuró.

Todos sus actos habían sido desinteresados, su único objetivo había sido salvar a Johnson para prestar un servicio decente, no había escatimado esfuerzos, había sacrificado su reputación, había hecho más por Johnson que por su propio hijo. La vileza flotaba a su alrededor como un perfume, y tan cerca que parecía tener su origen en su propio aliento.

—No tengo nada que reprocharme —repitió, y su voz sonó seca y áspera—. He hecho más por él que por mi propio hijo.

De repente lo invadió el pánico. Oía la voz jubilosa de Johnson: «Satán te tiene en su poder».

—No tengo nada que reprocharme —empezó de nuevo—. He hecho más por él que por mi propio hijo.

Oyó su voz como si fuera la de su acusador. Repitió la frase en silencio.

Lentamente desapareció de su cara todo color. Adquirió un tono casi gris bajo la corona blanca del cabello. La frase resonaba en su mente, cada sílaba era un golpe seco. Su boca se torció y cerró los ojos para no ver la revelación. El rostro de Norton surgió ante él, vacío, melancólico, el ojo izquierdo casi imperceptiblemente desviado hacia la comisura como si no pudiera soportar la visión del dolor. El corazón se le encogió con una repulsión tan clara e intensa hacia sí mismo que se quedó sin aliento. Había atiborrado su propio vacío de buenas obras como un glotón. Había olvidado a su propio hijo para alimentar la imagen que tenía de sí mismo. Vio al demonio de ojos claros, al sondeador de corazones, sonriéndole malicioso desde los ojos de Johnson. La imagen de sí mismo se hizo añicos, hasta que lo vio todo negro. Se quedó allí sentado, paralizado, atónito.

Vio a Norton en el telescopio, todo espalda y orejas, le vio agitar la mano con entusiasmo. Un torrente de amor intenso hacia el niño lo invadió como una transfusión de vida. Su carita le parecía transfigurada; era la imagen de su salvación. Todo luz. Gimió de alegría. Compensaría al niño por todo. No volvería a dejarlo sufrir. Sería a la vez su padre y su madre. Se levantó de un salto y corrió hacia la habitación del niño, para besarlo, para decirle que le quería, que no le volvería a fallar.

La luz estaba encendida en la habitación de Norton, pero la cama estaba vacía. Dio media vuelta y subió corriendo por las escaleras del desván; al llegar arriba retrocedió como un hombre al borde de un precipicio. El trípode había caído y el telescopio estaba en el suelo. Encima de él, el niño colgaba entre la jungla de sombras, justo debajo de la viga desde la cual había emprendido su vuelo hacia el espacio.

¿POR QUÉ SE AMOTINAN LAS GENTES[28]?

A Tilman le dio el ataque en la capital del estado, adonde había ido por negocios, y estuvo allí internado dos semanas en el hospital. No recordaba la llegada a su casa en ambulancia, pero su esposa sí. Se había pasado dos horas sentada en el asiento plegable, a los pies de su marido, con la vista clavada en su cara. Sólo el ojo izquierdo de Tilman, desviado hacia dentro, parecía albergar su antigua personalidad. En él ardía la ira. Por lo demás, toda su cara estaba preparada para la muerte. La justicia era implacable y para ella era un placer cuando la encontraba. Quizá hacía falta esta desgracia para que Walter se diera cuenta.

De pura casualidad los dos hijos estaban en casa cuando ellos llegaron. Mary Maud regresaba en coche de la escuela, sin darse cuenta de que la ambulancia iba detrás de ella. Se bajó del coche, una mujer corpulenta de treinta años, con la cara redonda e infantil y un montón de cabello color zanahoria que le caía desde lo alto de la cabeza como una red invisible, besó a su madre, le echó una ojeada a Tilman y ahogó un grito de asombro; luego, con cara seria y desconcertada, siguió al enfermero que iba detrás, dándole a gritos una serie de instrucciones sobre cómo superar la curva de la escalera del frente llevando la camilla a cuestas. «Nada más ni nada menos que como una maestra de escuela», pensó su madre. Maestra de escuela de la cabeza a los pies. Cuando el enfermero que iba delante llegó al porche, Mary Maud gritó bruscamente, con el tono empleado para dominar a los niños:

—¡Levántate, Walter, y abre la puerta!

Walter estaba sentado en el borde de la silla, absorto en la operación, con el dedo metido en el libro que había estado leyendo antes de que llegara la ambulancia. Se levantó, aguantó la puerta mosquitera y, mientras los enfermeros cruzaban el porche con la camilla, observaba con evidente fascinación la cara de su padre.

—Me alegro de verlo, mi capitán —dijo, levantó la mano y, de cualquier manera, le hizo el saludo militar.

Cargado de ira, el ojo izquierdo de Tilman pareció alcanzar al hijo aunque no dio señales de reconocerlo.

Roosevelt, que en adelante sería enfermero en lugar de peón, esperaba dentro, al lado de la puerta. Se había puesto la chaqueta blanca que reservaba para las grandes ocasiones. Escrutaba lo que iba en la camilla. Los ojos enrojecidos se le tornaron vidriosos. Y, de repente, se le llenaron de lágrimas que bañaron sus negras mejillas como si fueran sudor. Tilman hizo un gesto débil y brusco con el brazo sano, el único gesto de afecto que se había permitido hacerle a alguno de los presentes. El negro siguió a la camilla hasta el dormitorio de atrás, sorbiéndose los mocos como si acabaran de pegarle.

Mary Maud entró para dar instrucciones a los portadores de la camilla.

Walter y su madre se quedaron en el porche.

—Cierra la puerta —le ordenó—, que entran las moscas.

Ella observaba a Walter desde que había entrado, buscaba en su cara grande y sosa alguna señal de que sentía la urgencia de la situación, alguna señal de que debía tomar las riendas, de que debía hacer algo, lo que fuese; para ella habría sido una alegría verlo cometer un error, incluso empantanar las cosas, si con eso al menos hacía algo, pero comprobó que nada había ocurrido. Walter le clavaba los ojitos, levemente brillantes detrás de las gafas. Había captado cada detalle de la cara de Tilman; había visto las lágrimas de Roosevelt, la confusión de Mary Maud, y ahora la estudiaba a ella para comprobar cómo, reaccionaba. Se enderezó el sombrero de un manotazo cuando, por la forma en que la miraba su hijo, se percató de que se le había ido hacia atrás.

—Deberías llevarlo así —dijo él—. Te da un aire desenfadado, de despiste.

Ella endureció el gesto tanto como pudo.

—Ahora la responsabilidad es tuya —le dijo con tono severo, categórico.

Él siguió allí de pie, con aquella media sonrisa, en silencio. Como una masa absorbente que se queda con todo sin dar nada. Ella tuvo la impresión de estar ante un extraño con la misma cara de la familia. Tenía la misma sonrisa evasiva de abogado que su padre y su abuelo maternos, engastada en la misma mandíbula poderosa, bajo la misma nariz romana; su hijo tenía los mismos ojos, ni azules, ni verdes, ni grises; no tardaría en quedarse calvo como ellos. Ella endureció más el gesto.

—Tendrás que tomar las riendas de la casa y el negocio —le dijo, y se cruzó de brazos—, si quieres seguir aquí.

A él se le borró la sonrisa. La miró con fijeza, la expresión ausente, y luego paseó la vista por el prado, más allá de los cuatro robles y de la lejana y negra hilera de árboles, por el cielo despejado de la tarde.

—Creía que ésta era mi casa —dijo él—, pero se ve que las suposiciones sirven de bien poco.

A ella se le encogió el corazón. De pronto le vino la imagen de su hijo desamparado. Desamparado allí, desamparado en todas partes.

—Por supuesto que es tu casa —dijo ella—, pero alguien debe tomar las riendas. Alguien tiene que encargarse de que estos negros trabajen.

—Yo no sé hacer trabajar a los negros —rezongó él—. Es lo último de lo que sería capaz.

—Yo te diré todo lo que tienes que hacer.

—¡Ja! —exclamó él—. Eso, seguro. —La miró y recuperó la media sonrisa—. Señora mía —le dijo—, saldrás adelante. Naciste para tomar las riendas. Si al viejo le hubiera dado el ataque hace diez años, estaríamos todos mucho mejor. Habrías sido capaz de guiar una caravana de carretas a través de las comarcas deshabitadas. Eres capaz de detener a una turba. Eres la última del siglo diecinueve, eres…

—Walter —lo interrumpió ella—, tú eres hombre. Yo soy sólo una mujer.

—Una mujer de tu generación —dijo Walter— vale más que un hombre de la mía.

Ella apretó los labios en un gesto de indignación y la cabeza la tembló imperceptiblemente.

—¡A mí me daría vergüenza decir eso! —susurró.

Walter se dejó caer en la silla en la que estaba sentado antes y abrió el libro. La cara se le tiñó de un rubor letárgico.

—La única virtud de los de mi generación es que no nos da vergüenza decir la verdad sobre nosotros mismos —dijo Walter, y se puso a leer otra vez. La entrevista con su madre había concluido.

Ella se quedó allí de pie, rígida, los ojos llenos de pasmado disgusto clavados en él. Su hijo. Su único hijo. Los ojos de Walter, su cabeza y su sonrisa eran los de la familia, pero por debajo se percibía un tipo de hombre distinto de cuantos ella había conocido. En él no había inocencia, ni rectitud, ni fe en el pecado o en la predestinación. El hombre que ella veía cultivaba con imparcialidad tanto el bien como el mal y a todas las cosas le veía tantos matices que era incapaz de actuar, incapaz de trabajar, incapaz incluso de hacer que los negros trabajaran. Ese vacío era terreno abonado para todo tipo de males. «¡Sabe Dios —pensó, y se quedó sin aliento —, sabe Dios lo que sería capaz de hacer!».

No había hecho nada. Tenía veintiocho años y, por lo que ella alcanzaba a ver, no se ocupaba más que de trivialidades. Tenía el aire de quien espera el gran acontecimiento y no es capaz de iniciar trabajo alguno por miedo a ser interrumpido. Como siempre estaba ocioso, a ella se le había ocurrido que tal vez su hijo quería ser artista, filósofo o algo así, pero no era el caso. No quería escribir nada que llevara su nombre. Se entretenía mandando cartas a gente que no conocía de nada y a los periódicos. Con distintos nombres y distintas personalidades, escribía a gente extraña. Era un pequeño vicio, peculiar y deleznable. Su padre y su abuelo habían sido hombres honestos que habrían despreciado los vicios pequeños más que los grandes. Sabían quiénes eran y cuál era su sitio. Era imposible decir qué era lo que sabía Walter ni cuáles eran sus puntos de vista sobre nada. Leía libros que no tenían nada que ver con nada de lo que importaba. Con frecuencia, le iba detrás y se encontraba con algún extraño pasaje subrayado en un libro que él había dejado en alguna parte, y, entonces, ella se pasaba días dándole vueltas. Un pasaje que encontró en un libro que Walter había dejado en el suelo del cuarto de baño de arriba la persiguió de un modo inquietante.

«El amor debe estar lleno de ira —comenzaba, y pensó: “Sí es así, el mío lo está”. Siempre estaba furiosa. Y seguía—: Y como has rechazado mi petición, quizá prestes oídos a mi advertencia. ¿Qué empresa te trae a la casa de tu padre, oh, soldado afeminado? ¿Dónde están tus murallas y tus trincheras, dónde el invierno pasado en las líneas del frente? ¡Escucha! Desde el cielo resuenan los clarines de guerra; ve a nuestro general marchar completamente armado, se acerca entre las nubes a conquistar el mundo entero. De la boca de nuestro rey sale una espada aguda de dos filos que corta cuanto halla a su paso. ¡Despierta al fin de tu sueño, ven al campo de

batalla! Abandona la sombra y busca el sol».

Le dio la vuelta al libro para comprobar qué leía. Era una carta de san Jerónimo a un tal Heliodoro, en la que lo reprendía por haber abandonado el desierto. Una nota al pie decía que Heliodoro era miembro del famoso grupo reunido en torno a Jerónimo en Aquilea, en el año 370. Había acompañado a Jerónimo a Oriente Próximo con la intención de llevar una vida de ermitaño. Se separaron cuando Heliodoro prosiguió viaje a Jerusalén. Finalmente, regresó a Italia, y en los años posteriores se convirtió en un distinguido eclesiástico como obispo de Altino.

Este era el tipo de cosas que leía… cosas que en el presente no tenían sentido. Entonces le vino a la mente, con un leve y desagradable sobresalto, que el general con la espada en la boca, que marchaba presto a la violencia, era Jesucristo.

REVELACIÓN[29]

La sala de espera del médico, que era muy pequeña, estaba medio llena cuando entraron los Turpin, y la señora Turpin, que era muy grande, la empequeñeció todavía más con su presencia. Plantada junto a la mesa cubierta de revistas que había en el centro de la habitación era la demostración viviente de que aquella estancia era inadecuada y ridícula. Sus ojillos negros pasaron revista a los pacientes mientras buscaba un lugar para sentarse. Había una silla vacía y un lugar en el sofá, ocupado por un niño rubio vestido con un mono azul sucio, al que habría que decir que se corriera para dejar sitio a la señora. Tenía cinco o seis años, pero la señora Turpin comprendió enseguida que nadie le iba a decir que se corriera. Estaba sentado de cualquier modo, los brazos ociosos a los costados y los ojos igualmente ociosos en la cabeza; la nariz le goteaba sin que nadie pusiera remedio.

La señora Turpin colocó una mano firme sobre el hombro de Claud y dijo en tono alto para que todos la oyeran:

—Claud, siéntate en aquella silla de allá. —Y lo sentó de un empujón en la silla desocupada.

Claud era un tipo rubicundo, calvo y fuerte, un poco más bajo que la señora Turpin, pero se sentó como si estuviera acostumbrado a hacer lo que ella le mandaba.

La señora Turpin se quedó de pie. El único hombre aparte de Claud que había en la salita era un viejo huesudo y larguirucho, con una mano oxidada encima de cada rodilla y los ojos cerrados como si estuviera dormido o muerto o fingiera estarlo para no levantarse y ofrecerle su asiento. La señora Turpin miró con aprobación a una señora de pelo cano y bien vestida que le devolvió la mirada y cuya expresión parecía decir: «Si ese niño fuera mío, tendría más educación y se correría pa dejarle sitio; hay sitio de sobra pa los dos».

Claud levantó la mirada y, con un suspiro, hizo el gesto de levantarse.

—Siéntate —dijo la señora Turpin—. Ya sabes que no debes apoyarte en esta pierna. Tiene una úlcera en la pierna —explicó.

Claud puso el pie sobre la mesa de las revistas y se levantó el pantalón para mostrar una hinchazón morada en la pantorrilla regordeta y blanca como el mármol.

—¡Vaya! —dijo la señora de aspecto agradable—. ¿Cómo se ha hecho usté eso?

—Una vaca le dio una coz —explicó la señora Turpin.

—¡Dios mío!

Claud se bajó el pantalón.

—Quizá este niño sería tan amable de correrse un poco —dijo la señora, pero el niño no se movió.

—Alguien se levantará dentro d'un momento —dijo la señora Turpin.

No acertaba a comprender por qué un médico —con el dinero que ganaban y cobrando cinco dólares diarios sólo por asomar la nariz por la puerta de la habitación del hospital para echar al paciente una ojeada— no podía permitirse una sala de

espera decente. Ésta apenas si tenía las dimensiones de un garaje particular. La mesa estaba abarrotada de revistas manoseadas y en un extremo había un cenicero grande y verde de cristal lleno de colillas y de trozos de algodón con gotitas de sangre. Si ella fuera la encargada, lo vaciaría de vez en cuando. No había sillas en la pared del fondo de la habitación. Tenía una especie de abertura que permitía ver la oficina en la que entraba y salía la enfermera y donde la secretaria escuchaba la radio. En esa abertura había un helecho de plástico en un tiesto dorado, cuyas hojas caían casi hasta el suelo. En la radio, bajito, sonaba música gospel.

En aquel momento se abrió la puerta interior y una enfermera coronada con la torre de pelo rubio más alta que jamás había visto la señora Turpin asomó la cabeza y llamó al siguiente paciente. La mujer sentada al lado de Claud se agarró a los brazos de la silla y se levantó con dificultad. Se despegó el vestido de las piernas y tambaleándose cruzó la puerta por donde había desaparecido la enfermera.

La señora Turpin se dejó caer suavemente en la silla vacía, que la oprimió como un corsé.

—Ojalá adelgazara —dijo, y poniendo los ojos en blanco lanzó un suspiro irónico.

—Oh, usté no está gorda —observó la señora bien vestida.

—Oooooh, sí que lo estoy. Claud come to lo que le viene en gana y nunca pasa de los setenta y nueve kilos, pero yo sólo con mirar algo apetitoso ya engordo. —El estómago y los hombros le temblaron de risa—. Tú puedes comer to lo que te da la gana, ¿verdá Claud? —le preguntó volviéndose hacia él.

Claud se limitó a sonreír de oreja a oreja.

—Pues la verdá, con tal de tener buen carácter —comentó la señora de aspecto agradable—, no creo que importe en absoluto el peso. Un buen carácter lo puede to.

A su lado había una chica gorda de dieciocho o diecinueve años que con gesto enfurruñado leía un grueso libro azul que la señora Turpin vio que se titulaba El desarrollo humano. La muchacha levantó la cabeza y dirigió su gesto enfurruñado hacia la señora Turpin, como si no le agradara su aspecto. Parecía molestarle que alguien se atreviera a hablar mientras ella intentaba leer. El rostro de la pobre muchacha estaba morado de acné, y la señora Turpin pensó que era una lástima que tuviera la cara así a su edad. Dirigió a la muchacha una sonrisa amistosa, pero ella acentuó todavía más su expresión malhumorada. La señora Turpin también estaba gorda, pero su cutis siempre había sido bonito y, aunque ya tenía cuarenta y siete años, no había una sola arruga en su cara, excepto en torno a los ojos, como consecuencia de reír demasiado.

Al lado de la muchacha fea estaba el niño, que seguía exactamente en la misma posición, y junto a él había una vieja delgada y de piel curtida que llevaba un vestido de percal estampado. La señora Turpin y Claud tenían en el granero tres sacos de pienso con el mismo estampado. Desde el principio sabía que el niño iba con la vieja. Lo adivinó por el modo en que estaban sentados, con indolencia, típicos

representantes de la gentuza blanca; se quedarían sentados así hasta el día del Juicio Final si nadie les llamaba y les decía que se levantaran. Y en ángulo recto, pero al lado de la señora bien vestida y de aspecto agradable había otra mujer de rostro flaco que sin duda era la madre de la criatura. Vestía una sudadera amarilla y unos pantalones color vino, ambas prendas de aspecto más bien raído, y los bordes de sus labios estaban manchados de mascar tabaco. Llevaba el pelo sucio y amarillento recogido hacia atrás con una cinta roja de papel. «Peores que cualquier negro», pensó la señora Turpin.

El gospel que sonaba en la radio era. «Cuando yo miré hacia lo alto, Él me miró desde allí», y la señora Turpin, que se sabía la letra, repitió la última línea mentalmente: «Y algún día sé que llevaré mi corona».

La señora Turpin siempre examinaba disimuladamente los pies de los demás. La señora bien vestida llevaba unos zapatos rojos y grises de ante que hacían juego con el vestido. La señora Turpin llevaba sus zapatos de charol negro de vestir. La muchacha fea, zapatos de girl *scout* y calcetines gruesos. La abuela calzaba unas zapatillas deportivas, y la madre, típica gentuza blanca, algo parecido a unas chinelas de paja negra con hilos dorados, exactamente lo que cabía esperar de una mujer como ella.

A veces, por la noche, cuando no podía dormir, la señora Turpin se entretenía pensando quién hubiera querido ser si no hubiera podido ser ella misma. Si Jesús le hubiera dicho antes de hacerla: «Sólo hay dos plazas disponibles para ti. Puedes elegir entre ser negra o gentuza blanca», ¿qué habría respondido? «Por favor, Señor, por favor —habría dicho—, déjame esperar hasta que haya otra plaza disponible». Y él hubiera respondido: «No, te toca ahora y sólo hay estas dos plazas, o sea, que tienes que decidirte». Ella se habría debatido, habría gimoteado y suplicado, pero de nada le hubiera valido. Y al final hubiera dicho: «De acuerdo, hazme negra entonces… Pero no una negra cualquiera, no una basura negra». Y Él la hubiera convertido en una negra aseada, limpia, respetable, tal como era la señora Turpin ahora pero negra.

Al lado de la madre del niño había una mujer joven, pelirroja, que leía una de las revistas y mascaba chicle con fruición, como si trabajara un pedazo de cuero, que diría Claud. La señora Turpin no alcanzaba a verle los pies. No era gentuza blanca, era corriente. A veces la señora Turpin se entretenía por la noche clasificando a las personas. En la base del montón estaban casi todos los negros, no los de la clase que ella hubiera sido, pero sí la mayor parte. A su lado —pero no más arriba, simplemente aparte—, estaba la gentuza blanca. Encima estaban los que tenían casa propia, y por encima de ellos los que tenían casa y tierras, como ella y Claud. Por encima de ella y Claud estaba la gente con mucho dinero y con casas mucho más grandes y muchas más tierras. Pero al llegar a este punto la complejidad empezaba a desorientarla, pues algunas de las personas con mucho dinero eran vulgares y deberían estar por debajo de ella y Claud, y otras personas de buena familia habían

perdido el dinero y vivían en casas alquiladas, y había también negros que tenían casa propia e incluso tierras. Había un dentista negro en la ciudad que tenía dos Lincoln rojos y una piscina y una granja con ganado de pura raza. Generalmente, cuando se quedaba dormida, las distintas clases de personas daban vueltas y más vueltas dentro de su cabeza, y solía soñar que estaban apretujadas en un vagón de carga que las llevaba a un horno crematorio.

—Qué reló más bonito —dijo, y señaló con la cabeza hacia la derecha.

Era un reloj de pared grande, con la esfera engastada en una especie de sol de bronce.

—Sí, muy bonito —asintió la señora bien vestida con voz agradable—, y va exacto además —añadió, mientras consultaba su reloj.

La muchacha fea que estaba a su lado levantó un ojo hacia el reloj, sonrió con ironía, miró discretamente a la señora Turpin y sonrió de nuevo. Después volvió a clavar la mirada en el libro. Estaba claro que era la hija de la señora bien, porque, pese a las diferencias de carácter, las dos tenían el mismo corte de cara y los mismos ojos azules. Los de la señora brillaban de un modo muy agradable, pero en la cara llena de granos de la muchacha parecían tan pronto rescoldos como llamas.

¿Y si Jesús le hubiera dicho: «Muy bien, puedes ser negra, gentuza blanca o fea»?

La señora Turpin sentía auténtica lástima por la joven, aunque en su opinión una cosa era ser fea y otra comportarse de una manera fea.

La mujer que tenía los labios manchados de tabaco se dio la vuelta en la silla y miró el reloj. Después volvió a su posición y pareció mirar justo al lado de la señora Turpin. Tenía un ojo estrábico.

—¿Quiere saber dónde puede conseguir un reló como ése? —preguntó con voz fuerte.

—No, ya tengo uno mu bonito —respondió la señora Turpin. Cuando alguien como aquella mujer metía baza en la conversación no había modo de acallarlo.

—Se puede conseguir con sellos verdes —siguió la mujer—, seguro que el médico lo consiguió así. Se van guardando y tienes lo que quieres. Yo conseguí algunas joyas.

«Jabón y un estropajo es lo que debiste conseguir», pensó la señora Turpin.

—Yo los cambié por sábanas bajeras —dijo la señora bien.

La hija cerró de golpe el libro. Mantuvo la mirada al frente, atravesaba a la señora Turpin y la cortina amarilla que cubría la ventana de cristal detrás de ella. Los ojos de la muchacha parecieron iluminarse con una extraña luz, una luz poco natural, como la que despiden las señales de carretera por la noche. La señora Turpin volvió la cabeza para comprobar si pasaba algo fuera que ella debiera ver, pero no vio nada. Las figuras que pasaban proyectaban sólo una ligera sombra a través de la cortina. No había razón alguna para que aquella muchacha la escogiera con el fin de dedicarle sus feas miradas.

—Señorita Finley —dijo la enfermera abriendo un poquito la puerta.

La mujer del chicle se levantó, pasó por delante de ella y Claud y entró en el despacho. Llevaba zapatos rojos de tacón alto.

Desde el otro extremo de la mesa los ojos de la muchacha fea continuaban fijos en la señora Turpin, como si tuviera alguna razón muy especial para tenerle antipatía.

—Qué tiempo tan bueno, ¿verdá? —dijo la madre de la chica.

—Es buen tiempo pa el algodón, si a los negros les da la gana recogerlo —repuso la señora Turpin—, porque los negros ya no quieren coger algodón. No hay forma de conseguir blancos, y ahora encima los negros tampoco quieren… porque no pueden ser menos que los blancos, claro.

—Intentarán no ser menos —dijo la gentuza blanca inclinándose hacia delante.

—¿Tiene usté una máquina cosechadora de algodón? —preguntó la señora bien.

—No, dejan la mitad del algodón en el campo. De todos modos, nosotros no tenemos mucho algodón. Hoy en día, si uno se quiere ganar la vida con el campo, hay que tener un poco de to. Tenemos unos acres de algodón, y algunos cerdos y gallinas, y justo la cantidad de ganado que Claud puede cuidar por sí mismo.

—Si hay algo que yo no tendría nunca —dijo la gentuza blanca limpiándose la boca con el dorso de la mano— son puercos. Unos bichos malos y apestosos, gruñen y hurgan por toas partes.

La señora Turpin le dedicó el mínimo de atención.

—Nuestros cerdos no están sucios y no apestan. Están más limpios que algunos niños que yo he visto. Sus patas nunca tocan tierra. Tenemos una sala para cerdos, es decir, un sitio pa criarlos con suelo de cemento —explicó ahora a la señora distinguida—, y Claud los lava con la manguera todas las tardes, y el suelo también.

«Mucho más limpios que este niño qu’estoy viendo —pensó—. Pobre criatura maleducada». El único movimiento que había hecho el niño era meterse el pulgar de la mano sucia en la boca.

La gentuza blanca apartó su mirada de la señora Turpin.

—Desde luego yo no lavaría ningún puerco con una manguera —dijo mirando a la pared.

«Tú no tienes siquiera un cerdo que lavar», pensó la señora Turpin.

—Siempre gruñendo y hurgando y gimiendo —masculló la mujer.

—Tenemos un poco de to —explicó la señora Turpin a la señora bien—. No vale la pena tener más de lo que puede uno cuidar por sí mismo, si consideramos cómo están los jornaleros. Este año hemos encontrao suficientes negros pa recoger el algodón, pero Claud tiene que ir tos los días a buscarlos y acompañarlos a sus casas. No se dignan andar ni siquiera el kilómetro que los separa de la granja. No señor. Le aseguro que —añadió y rió de buen humor— estoy harta d’hacerles la pelotilla a los negros, pero hay que tratarlos bien si quieres que te trabajen. Cuando llegan por la mañana, salgo corriendo y les digo: «¿Cómo están tos esta mañana?». Y cuando Claud se los lleva al campo, les digo adiós con la mano con toda mi energía, y ellos responden muy contentos. —Y agitó la mano efusivamente para ilustrarlo.

—Como si todos comiéramos del mismo plato —observó la señora bien para demostrar que se hacía cargo de la situación.

—Exacto. Y cuando vuelven de los campos, corro a ofrecerles un cubo de agua helada.

Y así van a ir las cosas d'ahora en adelante. Hay qu'aceptarlo.

—Hay una cosa que sí que sé —dijo la gentuza blanca—. Sé qu'hay dos cosas que no haré jamás: hacerles la pelotilla a los negros y lavar cerdos con mangueras. —Y soltó un gruñido de desprecio.

La mirada que intercambiaron la señora bien y la señora Turpin indicaba que las dos comprendían que había que tener ciertas cosas para saber ciertas cosas. Pero cada vez que la señora Turpin intercambiaba una mirada con la señora, se daba cuenta de que los ojos extraños de la muchacha fea todavía estaban fijos en ella, y le resultaba difícil volver a concentrarse en la conversación.

«Y cuando lo único que se tiene son huesos y pellejo, —añadió para sí—, se puede permitir uno el lujo de venir a la ciudá toas las mañanas pa ver lo que pasa y mascar tabaco en la plaza del juzgao».

Una sombra grotesca y en movimiento pasó tras la cortina que había a su espalda y se proyectó levemente en la pared de enfrente. Entonces se oyó el golpe de una bicicleta al caer contra el edificio. Se abrió la puerta y entró un niño negro con una bandeja del *drugstore*. Encima había dos tazas de papel rojas y blancas, tapadas. Era un chico muy alto y muy negro, y llevaba unos pantalones blancos descoloridos y una camisa de nailon verde. Masticaba chicle lentamente, como si siguiera el compás de una canción. Dejó la bandeja en la abertura, junto al helecho, y asomó la cabeza en busca de la secretaria. No estaba. Apoyó los brazos en el alféizar y esperó, con el culo en pompa balanceándose despacio de izquierda a derecha. Levantó una mano por encima de la cabeza y se rascó la nuca.

—¿Ves aquel botón, muchacho? —le dijo la señora Turpin—. Apriétalo y saldrá la enfermera. Probablemente está por allí detrás.

—¿De veras? —dijo amablemente el chico, como si nunca hubiera visto el botón. Se inclinó hacia la derecha y pulsó el botón—. A veces no está —agregó, y se volvió hacia su público, con los codos apoyados en el mostrador que tenía detrás.

Apareció la enfermera y él volvió a girarse. Ella le tendió un dólar y el chico se lo metió de cualquier modo en el bolsillo; luego hurgó en él buscando el cambio, lo contó y se lo dio. La enfermera le entregó quince centavos de propina y él se fue con la bandeja vacía. La pesada puerta se abrió despacio de par en par y se cerró por fin con un sonido de succión. Durante un minuto nadie habló.

—Deberían mandar tos esos negros a África otra vez —dijo la gentuza blanca—. De allí vinieron.

—Oh, yo no podría prescindir de mis buenos amigos de color —afirmó la señora bien.

—Hay cosas peores que los negros —corroboró la señora Turpin—. Hay negros

de toas clases, como también hay gentes de toas clases entre nosotros.

—Sí, y hace falta un poco de to para que este mundo funcione —observó la otra señora con su voz musical.

Mientras decía estas palabras, la chica de los granos apretó los dientes. El labio inferior se volvió del revés y mostró el interior rosa pálido de su boca. Tras unos segundos, volvió a su posición normal. Era la mueca más fea que la señora Turpin había visto en su vida y por un momento estuvo convencida de que iba dirigida a ella. La muchacha la miraba como si la conociera y la odiara de toda la vida… toda la vida de la señora Turpin, no sólo toda la vida de la muchacha. «Pero, muchacha, si ni siquiera te conozco», pensó la señora Turpin.

Se esforzó por volver a concentrarse en la conversación.

—No sería práctico mandarlos de nuevo a África —dijo—. Ellos no querrían ir. Les va demasiado bien por aquí.

—Lo que ellos quisieran no se tendría en cuenta, si se hicieran las cosas a mi modo —dijo la basura blanca.

—Sería imposible obligar a tos los negros a volver allá —repuso la señora Turpin —, se esconderían, se ocultarían, fingirían estar enfermos y gimotearían y gritarían y bramarían y se revolcarían. No habría forma de obligarlos a volver.

—Pues llegaron aquí —dijo la gentuza blanca—. Que vuelvan como vinieron.

—Pero entonces no había tantos —explicó la señora Turpin.

La mujer miró a la señora Turpin como si la considerara una idiota, pero a ésta no le molestó la mirada, teniendo en cuenta de quien venía.

—Nooo —siguió la señora Turpin—. Van a quedarse aquí, porque pueden irse a Nueva York y casarse con blancos y mejorar de color. Eso es lo que quieren tos. Mejorar de color.

—¿Y sabes cuál es el resultado, verdá? —preguntó Claud.

—No, Claud, ¿cuál?

En los ojos de Claud apareció un destello de humor.

—Negros cariblancos —dijo sin sonreír.

Todos se rieron, a excepción de la gentuza blanca y la muchacha fea. La muchacha apretó con dedos lívidos el libro que tenía en el regazo. La gentuza blanca miró alrededor, de una cara a otra, como si creyera que todos eran idiotas. La vieja del vestido de percal continuaba mirando, sin expresión alguna, la parte superior de los botines del hombre sentado frente a ella, el que fingía dormir cuando entraron los Turpin. Ahora el hombre reía de buena gana, las manos todavía extendidas sobre las rodillas. El niño se había derrumbado hacia un lado y yacía, casi de bruces, en el regazo de la vieja.

Mientras se recuperaban de la risa, el coro de voces nasales que surgían de la radio evitó que se produjera un silencio total en la habitación.

Tú vas por tu tralalá
y yo por el mío
pero todos tralalaremos juntos,
y a lo largo del tralalá
nos ayudaremos
siempre sonriendo
¡pase lo que pase!

La señora Turpin no entendió toda la letra pero entendió lo suficiente para estar de acuerdo con el espíritu de la canción, y de repente se puso seria. Ayudar a los demás cuando lo necesitaban era su filosofía de la vida. Fueran blancos o negros, gentuza o personas respetables. Y de todas las cosas por las que tenía que estar agradecida, ésta era la que más. Si Jesús hubiera dicho: «Puedes ser de la alta sociedad y tener todo el dinero que quieras y ser delgada y esbelta, pero no serás una buena mujer», ella hubiera tenido que responder: «Entonces no m'hagas así. Hazme una buena mujer y lo demás no importa, ¡no importa que sea gorda, fea o pobre!». Su corazón se animó. ¡No la había hecho negra, ni gentuza blanca ni fea! La había hecho como era y le había dado un poco de todo. «Jesús, ¡gracias! —dijo—. ¡Gracias, gracias, gracias!». Cuando repasaba todas las cosas buenas que tenía, se sentía feliz, ligera como si pesara cincuenta y seis kilos en lugar de ochenta y uno.

—¿Qué le pasa a su hijo? —preguntó la señora bien vestida a la gentuza blanca.

—Tiene una úlcera —dijo la mujer con orgullo—. No he tenío ni un momento de paz desde que nació. Esos dos son iguales —añadió señalando a la vieja, que en aquel momento acariciaba con sus dedos curtidos el cabello rubio del niño—. Lo único que les pues hacer tragar a esos dos es Coca-Cola y caramelos.

«Lo que ocurre es que no intentas darles otra cosa —pensó la señora Turpin—. Demasiao vaga pa encender el fuego». Sabía perfectamente cómo eran las de su clase, no tenían que explicárselo. Y no era sólo que no tuvieran nada. Si se les hubiera dado de todo, al término de dos semanas todo hubiera estado roto o sucio, y lo habrían hecho pedazos para usarlo como leña. Lo sabía por propia experiencia. Había que ayudarlos, pero en realidad era inútil.

De repente la muchacha fea volvió a poner el labio del revés. Sus ojos estaban clavados como dos taladradoras en la señora Turpin. Esta vez no había duda, en el fondo de aquella mirada latía una luz apremiante.

«¡Muchacha! —exclamó en silencio la señora Turpin—. ¡Yo no t'he hecho na!». Quizá la chica la confundía con otra persona. No había por qué resignarse a esta intimidación.

—Debes d'estar ya en la universidad —se atrevió a decir mirándola a la cara—. Veo qu'estás leyendo un libro.

La muchacha continuó con la mirada fija y se abstuvo de responder.

La madre se ruborizó ante ese gesto de mala educación.

—La señora te ha hecho una pregunta, Mary Grace —dijo muy bajito.

—Tengo oídos.

La pobre madre volvió a ruborizarse.

—Mary Grace va al Wellesley College —explicó, mientras jugueteaba con uno de los botones de su vestido—. En Massachusetts —añadió con una mueca—. Y en verano continúa estudiando. Lee y lee como un ratón de biblioteca. Ha sacao buenas notas en Wellesley, de inglés, matemáticas, historia, psicología y estudios sociales —siguió sin parar—. Y a mí me parece demasiao. Yo opino que debería salir más y divertirse.

La muchacha parecía tener ganas de arrojarlos a todos juntos por la ventana.

—Muy al norte —murmuró la señora Turpin, y pensó que la verdad era que no habían mejorado mucho sus modales allá arriba.

—Casi prefiero qu'esté enfermo —dijo la gentuza blanca, que quería volver a acaparar la atención—. Es malo cuando no lo está. Algunos niños son malos por naturaleza. Unos se vuelven malos cuando se ponen enfermos, pero a éste le pasó al revés. Enfermó y se volvió bueno. Ahora no me da la lata. Yo soy la que vengo al médico.

«Si yo tuviera que mandar a alguien a África —pensó la señora Turpin—, sería a los de tu clase».

—Sí señor —dijo en voz alta, pero mirando hacia el techo—, hay cosas mucho peores que ser negro.

«Y más sucias qu'n cerdo», añadió para sí.

—Las personas de mal carácter son dignas de lástima —dijo la señora bien con un hilo de voz.

—Doy gracias a Dios por haberme dao tan buen carácter —afirmó la señora Turpin—. No ha habido ni un día en mi vida que no haya encontrao algo de qué reírme.

—Al menos desde que se casó conmigo —intervino Claud con una expresión seria muy cómica.

Todos rieron de nuevo, a excepción de la muchacha y la gentuza blanca.

El estómago de la señora Turpin temblaba.

—Es un caso —dijo—. No puedo evitar reírme d'él.

La muchacha dejó escapar un sonido alto y feo entre de los dientes.

La boca de su madre se apretó hasta convertirse en una raya finísima.

—Creo que lo peor del mundo es una persona desagradecida —dijo—. Tenerlo to y no saber valorarlo. Conozco a una muchacha cuyos padres harían cualquier cosa por ella, tiene un hermano pequeño que la quiere muchísimo, está recibiendo una buena educación, lleva la mejor ropa, pero no sabe decir una sola palabra amable, no sabe sonreír, sólo se dedica a criticar y a quejarse tol santo día.

—¿Es demasiao mayor pa darle unos azotes? —preguntó Claud.

El rostro de la muchacha estaba casi morado.

—Sí —dijo la señora—, me temo que no hay más remedio que dejarla seguir con su locura. Algún día despertará y será demasiao tarde.

—Sonreír un poco no hace daño a nadie —dijo la señora Turpin—. De hecho, uno se siente mejor.

—Naturalmente —repuso con tristeza la señora bien—, pero hay personas a las que no se les puede decir na. No son capaces d'aceptar la menor censura.

—Si algo soy, es agradecía —dijo emocionada la señora Turpin—. Cuando pienso en las cosas que pude haber sido en lugar de ser yo misma, y en to lo que tengo, un poquito de to, y además un buen carácter, me dan ganas de gritar «¡Gracias, Jesús, por haber hecho las cosas como son!». ¡Pudieron haber sido distintas!

Por ejemplo, otra persona pudo haberse llevado a Claud. Ante esta idea, se sintió inundada de gratitud y una punzada intensa de alegría recorrió todo su ser.

—¡Gracias, Dios mío, gracias, Jesús, gracias! —gritó.

El libro fue a parar justamente encima de su ojo izquierdo. La golpeó casi en el mismo instante en que se dio cuenta de que la chica iba a lanzarlo. Antes de poder articular sonido alguno, aquel rostro descarnado se precipitó por encima de la mesa para atacarla aullando. Los dedos de la chica se hundieron como garras en la carne blanda de su cuello. Oyó cómo gritaba la madre y a Claud chillar: «¡Sooo!». Por un instante la señora Turpin estuvo convencida de que iba a haber un terremoto.

De repente lo que veía se achicó y todo parecía estar ocurriendo en una habitación muy pequeña y muy lejana, o como si estuviera mirando por el lado opuesto de un telescopio. El rostro de Claud se desintegró y desapareció. La enfermera salía y entraba. Luego, la figura larguirucha del médico entró corriendo desde la puerta interior. Las revistas volaban por el aire, y la mesa se volcó. La muchacha cayó con un golpe seco, y de repente la vista de la señora Turpin sufrió el fenómeno contrario y lo vio todo más grande en lugar de más pequeño. Los ojos de la mujer, gentuza blanca, enormes, miraban fijamente al suelo. Allí, la muchacha, sujeta por un lado por la enfermera y por el otro por la madre, se retorcía para liberarse. El doctor estaba de rodillas, a horcajadas sobre ella, intentando cogerle el brazo. Después de unos segundos logró hundir una larga aguja en él.

La señora Turpin se sentía completamente hueca, a excepción del corazón, que oscilaba de lado a lado como si se moviera dentro de un gran tambor de carne.

—Alguien que no tenga nada que hacer que llame a una ambulancia —dijo el médico en ese tono sereno, como si no pasara nada, que emplean los médicos jóvenes en las ocasiones terribles.

La señora Turpin no hubiera podido mover un dedo. El viejo que estaba sentado a su lado correteó ágilmente hacia la oficina e hizo la llamada, pues la secretaria todavía no había aparecido.

—¡Claud! —llamó la señora Turpin.

No estaba en su silla. Ella sabía que su deber era correr y encontrarlo, pero se sentía como alguien que intenta coger un tren en marcha en un sueño, cuando todo se

mueve a cámara lenta y cuanto más rápido quieres correr más despacio vas.

—Aquí estoy —dijo una voz ahogada que no se parecía en absoluto a la de Claud.

Estaba encogido en un rincón, en el suelo, pálido como una sábana, sujetándose la pierna. La señora Turpin deseaba levantarse e ir junto a él, pero no podía moverse. Su mirada se dirigió lentamente hacia el suelo, desde donde parecía atraerla aquel rostro convulsionado que lograba ver por encima del hombro del doctor.

Los ojos de la muchacha ya no estaban en blanco y miraban a la señora Turpin. Tenían un azul más claro que antes, como si una puerta que hubiera estado firmemente cerrada sobre ellos se hubiera abierto para permitir la entrada al aire y a la luz.

La cabeza de la señora Turpin empezó a aclararse y le volvió su capacidad de movimiento. Se inclinó hacia delante, hasta mirar de hito en hito aquellos ojos brillantes y encendidos. No había duda de que aquella muchacha la conocía, la conocía personalmente y con gran profundidad, más allá del tiempo, del lugar y de las circunstancias.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó con voz ronca la señora Turpin, y contuvo el aliento como si esperara una revelación.

La muchacha levantó la cabeza, su mirada se encontró con la de la señora Turpin.

—Vuelve al infierno de donde viniste, vieja cerda verrugosa —susurró.

Su voz era apenas un susurro pero clara. Sus ojos ardieron por un momento, satisfechos al comprobar que su mensaje había dado en el blanco.

Tras unos momentos, la muchacha cerró los ojos, y volvió la cabeza, cansada, hacia un lado.

El médico se levantó y le tendió la jeringuilla vacía a la enfermera. Se inclinó para posar las manos sobre los hombros temblorosos de la madre. Estaba sentada en el suelo, con los labios apretados y la mano de Mary Grace en el regazo. Los dedos de la muchacha se aferraban a su pulgar como los de una niña pequeña.

—Vayan al hospital —dijo el médico—, yo llamaré para arreglarlo todo. Ahora veamos este cuello —añadió en tono jovial dirigiéndose a la señora Turpin.

Empezó a inspeccionarle el cuello con los dos primeros dedos de la mano. Dos pequeñas líneas en forma de luna, como espinas de pescado rosadas, se marcaban claramente sobre su tráquea. Una hinchazón de un feo color rojizo comenzaba a aparecer sobre su ojo. Los dedos del médico también la tocaron.

—Déjeme a mí —dijo con voz pastosa la señora Turpin, y lo apartó—. Ocúpese de Claud. Le dio una patada.

—Ya lo veré dentro de un minuto —repuso el médico, y le tomó el pulso. Era un hombre delgado, de pelo gris, muy dado a decir cosas amables—. Váyase a casa y tómese un día de descanso —le dijo dándole unas palmaditas en el hombro.

«Déjese de palmaditas», gruñó la señora Turpin para sí.

—Y póngase una bolsa de hielo en el ojo —añadió el médico.

Entonces se puso en cuclillas al lado de Claud y le examinó la pierna. Después de

unos segundos lo ayudó a levantarse y Claud entró cojeando tras él en el despacho.

Hasta que llegó la ambulancia, los únicos sonidos que hubo en la habitación fueron los gemidos temblorosos de la madre de la muchacha, que continuaba sentada en el suelo. La gentuza blanca no le quitaba ojo a la muchacha. La señora Turpin miraba al vacío. Por fin llegó la ambulancia, una sombra larga y oscura tras la cortina. Los ayudantes entraron y colocaron la camilla al lado de la muchacha, la pusieron con manos expertas sobre ella y se la llevaron. La enfermera ayudó a la madre a recoger sus cosas. La sombra de la ambulancia se alejó silenciosamente y la enfermera volvió a entrar en la oficina.

—Esa chica va a volverse loca, ¿verdá? —preguntó la mujer gentuza blanca a la enfermera, pero ésta siguió andando hacia el interior y no se molestó en responder.

»Sí, se volverá loca perdida —dijo la gentuza blanca a los demás.

—Pobre criatura —murmuró la vieja.

La cara del niño todavía se apoyaba en su regazo. Miraba abstraído por encima de las rodillas de su abuela. No se había movido durante el jaleo, excepto para estirar una pierna.

—Doy gracias a Dios —dijo fervientemente la gentuza blanca— por no estar loca.

Claud salió cojeando y los Turpin se fueron a casa.

Cuando su camioneta entró en el camino de tierra que conducía a la granja y llegó a lo alto de la colina, la señora Turpin se agarró al borde de la ventanilla y miró con desconfianza alrededor. El terreno descendía suavemente, cubierto de lavanda, y, en el punto donde se iniciaba la pendiente, su casita, de madera amarilla, rodeada de arriates de flores como una colcha estampada, seguía donde siempre, entre dos nogales gigantes. A ella no le hubiera sorprendido ver un montón de ruinas; una herida infligida por el fuego entre dos chimeneas ennegrecidas.

Ninguno de los dos tenía apetito, de modo que se pusieron la ropa de estar por casa, bajaron la persiana del dormitorio y se acostaron, Claud con la pierna sobre una almohada y ella con una toalla húmeda en el ojo. Tan pronto como se tumbó boca arriba en la cama, la imagen de un cerdo con el lomo liso, la cara llena de verrugas y unos cuernos que le surgían de detrás de las orejas entró gruñendo en su cabeza. Gimió, un gemido quedo y suave.

—No soy —dijo con lágrimas en los ojos— una cerda verrugosa. Ni del infierno.

Pero la negación carecía de fuerza. Los ojos de la muchacha y sus palabras, incluso el tono de su voz, bajo pero claro, dirigido exclusivamente a ella, no dejaban lugar a una refutación. La señora Turpin había sido la elegida para recibir aquel mensaje, aunque en aquella sala de espera había gentuza blanca que lo hubiera merecido más justamente. Había una mujer que descuidaba a su propio hijo, pero la habían pasado por alto. El mensaje había sido para Ruby Turpin, una mujer respetable, trabajadora, religiosa. Las lágrimas se secaron. Ahora los ojos empezaban a escocerle de ira.

Se incorporó apoyada sobre un codo y la toalla le cayó en la mano. Claud estaba boca arriba, roncando. Ella quería contarle lo que la chica le había dicho. Al mismo tiempo, no quería plantar en su mente la imagen de ella como un cerdo verrugoso surgido del infierno.

—Eh, Claud —murmuró empujándole el hombro.

Claud abrió un ojo de un pálido azul cianótico.

Ella lo miró con desconfianza. Claud no se planteaba problemas. Sencillamente seguía su camino.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó, él, y volvió a cerrar el ojo.

—Nada. ¿Te duele la pierna?

—A rabiar.

—Pronto se calmará —dijo ella, y volvió a recostarse.

Unos segundos más tarde, Claud roncaba de nuevo. Pasaron tumbados buena parte de la tarde. Claud dormía. Ella miraba al techo con expresión ceñuda. De vez en cuando, alzaba el puño y hacía un gesto de apuñalar a alguien por encima de su pecho, como si estuviera defendiendo su inocencia ante unos huéspedes invisibles que eran como los que iban a consolar a Job, en apariencia razonables pero equivocados.

Alrededor de las cinco y media, Claud se desperezó.

—Hay qu'ir a por esos negros —susurró sin moverse.

Ella miraba hacia arriba, como si en el techo hubiera una escritura indescifrable. El bulto que tenía encima del ojo se había vuelto de un azul verdoso.

—Oye —dijo.

—¿Qué?

—Dame un beso.

Claud se inclinó y la besó ruidosamente en la boca. La pellizcó en un costado y sus manos se unieron. La expresión de ella, de una ferocidad concentrada, no mejoró. Siguió con la vista clavada en el techo. Claud se levantó entre gemidos y se alejó cojeando.

La señora Turpin no dejó la cama hasta que oyó que la camioneta regresaba con los negros. Entonces se puso unos zapatos de cordones, que ni se molestó en atar, y salió con paso pesado al porche trasero para coger el cubo de plástico rojo. Vació una bandeja de cubitos de hielo en él y lo llenó de agua hasta la mitad. Todas las tardes, cuando Claud llegaba con los trabajadores, uno de los muchachos le ayudaba a sacar paja y los demás esperaban en la camioneta a que hubiera terminado y los llevara a casa. El vehículo estaba aparcado a la sombra de uno de los nogales.

—¿Cómo están esta tarde? —preguntó muy seria la señora Turpin cuando apareció con el cubo y el cucharón.

Había tres mujeres y un muchacho en la camioneta.

—Nosotros bien —respondió la mayor de las mujeres—, ¿y usté? —Su mirada se fijó inmediatamente en el oscuro bulto de la frente de la señora Turpin—. ¿Se ha caío

usté? —preguntó con voz solícita.

La vieja era muy negra y apenas tenía dientes. Llevaba un sombrero viejo de fieltro de Claud echado hacia atrás. Las otras dos mujeres eran más jóvenes y de piel más clara, y ambas tenían sombreros nuevos de un reluciente color verde. Una lo llevaba puesto; la otra se lo había quitado y el muchacho sonreía de oreja a oreja debajo de él.

La señora Turpin dejó el cubo en el suelo de la camioneta.

—Sírvanse ustedes mismos.

Miró a su alrededor para certificar que Claud no estaba cerca.

—No, no me he caío —dijo cruzando los brazos—. Ha sido peor qu'eso.

—¡No le habrá pasao alguna desgracia! —exclamó la vieja. Lo dijo como si todos supieran que la señora Turpin estaba protegida de un modo especial por la divina providencia—. Sólo habrá sido una caída de na, ¿verdá?

—Estábamos en la ciudad, en la sala del médico, por lo de la coz de la vaca al señor Turpin —explicó la señora Turpin, en un tono muy serio que indicaba que dejaran de decir tonterías—. Había una muchacha. Una muchacha grandota y gorda con la cara llena de granos. Con sólo mirarla me di cuenta de que tenía algo raro, pero no sabía exactamente qué. Su mamá y yo estábamos charlando tranquilamente y de pronto, ¡PAM!, me lanzó un libro enorme que estaba leyendo y…

—¡No! —gritó la vieja.

—Y entonces saltó por encima de la mesa e intentó estrangularme.

—¡No! —exclamaron todos a coro—. ¡No!

—¿Por qué hizo eso? —preguntó la vieja—. ¿Estaba loca?

—Tenía que estar loca —añadió la vieja.

—Se la llevaron en una ambulancia —siguió la señora Turpin—, pero antes de que se la llevaran se revolcó en el suelo mientras intentaban ponerle una inyección y entonces me dijo algo. —Hubo una pausa—. ¿Saben lo que me dijo?

—¿Qué dijo? —preguntaron todos.

—Dijo —empezó la señora Turpin, y se interrumpió. Su rostro se volvió oscuro y sombrío. El sol era cada vez más blanco y teñía de blanco todo el cielo, de modo que las hojas del nogal se recortaban muy oscuras contra él. La señora Turpin no era capaz de pronunciar aquellas palabras—. Algo muy feo —murmuró.

—Pues no tenía por qué decirle algo feo a usté —repuso la vieja—. Usté es muy güena. Es la señora más güena que conozco.

—Y guapa también —dijo la que llevaba el sombrero puesto.

—Y fuerte y robusta —añadió la otra—. No he conoció a ninguna señora blanca más güena y dulce qu'usté.

—Es la verdá, lo juramos ante Dios —afirmó la vieja—. ¡Amén! Es usté güenísima y guapísima.

La señora Turpin sabía exactamente cuánto valían los halagos de los negros, y esto aumentó su cólera.

—Dijo —empezó de nuevo, y esta vez lo dijo de carrerilla sin detenerse siquiera a respirar—, dijo que yo era una cerda verrugosa del infierno.

Hubo un silencio de sorpresa.

—¿Dónde está esa chica? —gritó la mujer más joven con voz aguda.

—¡Que me la dejen ver! ¡La mataré!

—¡Y yo t'ayudaré! —gritó la otra.

—Tendría qu'estar en el manicomio —dijo la vieja muy convencida—. Usté es la señora blanca más güena que conozco.

—Y además guapa —dijeron las otras dos—, robusta y dulce. ¡Jesús está contento d'usté!

—¡Desde luego! —declaró la vieja.

«¡Idiotas!», pensó la señora Turpin. No se podía decir nada inteligente a un negro. Se les podía decir cosas, pero era imposible establecer una comunicación.

—No se han bebío el agua —dijo después de unos segundos—. Dejen el cubo en la camioneta cuando terminen. Tengo mucho qu'hacer y no puedo perder el tiempo charlando.

Se alejó y entró en la casa. Por unos instantes se quedó parada en medio de la cocina. El oscuro bulto que tenía encima del ojo parecía una nube de tornado en miniatura que en cualquier momento podía barrer todo el horizonte de su frente. El labio inferior le sobresalía en un gesto de amenaza. Enderezó los hombros caídos, avanzó con paso firme por la casa, salió por la puerta lateral y tomó el camino que llevaba a la nave de los cerdos. Tenía la expresión de una mujer que se dirigiera sola y desarmada a la batalla.

Ahora el sol había adquirido un matiz amarillo oscuro, como el de la luna llena, y se movía hacia el oeste muy deprisa por encima de la franja de árboles como si quisiera llegar a los cerdos antes que ella. El camino estaba lleno de roderas y la señora Turpin apartaba a patadas las piedras que encontraba, por grandes que fueran. La nave de los cerdos estaba en un pequeño promontorio al final del camino. Era un cuadrado de cemento del tamaño de una habitación pequeña y estaba rodeado de una cerca de tablones de madera de más de un metro. El suelo de cemento estaba ligeramente inclinado para que el agua de lavar a los cerdos se escurriera hasta una zanja por donde iba al campo para utilizarla como fertilizante. Claud estaba fuera, en el borde del cemento, agarrado a la tabla más alta de la cerca, echando agua con una manguera al suelo del interior. La manguera estaba conectada al grifo de un depósito de agua cercano.

La señora Turpin se subió a su lado y miró con gesto enfurruñado a los cerdos. Había siete cochinillos de morro largo y pelo áspero —de color tostado con manchas color hígado— y una vieja cerda a la que le faltaban unas semanas para parir. Ésta estaba tumbada de costado gruñendo. Los marranos corrían de un lado para otro sacudiéndose como niños tontos, y sus ojillos recorrían el suelo en busca de restos. La señora Turpin había leído que el cerdo era el animal más inteligente. Lo ponía en

duda. Decían que eran más listos que los perros. Incluso decían que un cerdo había hecho de astronauta. Había llevado a cabo su misión a la perfección, pero murió de un ataque cardíaco porque le dejaron puesto su traje eléctrico y lo tuvieron sentado sobre dos patas durante el examen médico, cuando naturalmente un cerdo debería estar siempre a cuatro patas.

Gruñendo y hurgando y gimiendo.

—Dame la manguera —dijo, y la arrancó de las manos de Claud—. Vete a llevar esos negros a su casa y después descansa la pierna.

—Parece que t'hayas tragao un perro rabioso —observó Claud, pero se bajó y se alejó cojeando. Nunca hacía caso de su mal humor.

Hasta que se alejó lo suficiente para no oírla, la señora Turpin se quedó en el borde de la pocilga, sosteniendo la manguera y dirigiendo el chorro al trasero de cualquier cerdo que pareciera tener intenciones de tumbarse. Cuando Claud ya tuvo tiempo de estar al otro lado de la colina, volvió la cabeza ligeramente y sus ojos iracundos escudriñaron el camino. Claud había desaparecido. Volvió la cabeza de nuevo y se sintió más tranquila. Alzó los hombros y respiró hondo.

—¿Por qué me mandaste un mensaje así? —dijo con voz queda y enfadada; apenas era un susurro, pero tenía la fuerza de un grito, tanta era la furia concentrada en él—. ¿Cómo puedo ser un cerdo y yo misma a la vez? ¿Cómo puedo sentirme salvada y venir del infierno al mismo tiempo?

Tenía la mano libre cerrada en un puño y con la otra asía la manguera, dirigiendo a ciegas el chorro de agua hacia los ojos de la vieja cerda, que chillaba indignada sin que la señora Turpin se diera cuenta.

Desde la nave de los cerdos se dominaba el prado que había al otro lado de la colina, donde veinte cabezas de ganado rodeaban los montones de paja que Claud y el muchacho habían sacado. El pasto recién segado descendía en una pendiente hasta la carretera principal. Al otro lado estaba el campo de algodón y, más allá, había un bosque polvoriento, verde oscuro, que también pertenecía a la propiedad. El sol estaba detrás del bosque, tenía un color muy rojo y descollaba por encima de la fila de árboles como un granjero que inspeccionara sus cerdos.

—¿Por qué yo? —continuó con tono monótono—. No hay gentuza por estos contornos, tanto negra como blanca, a la que no haya ayudao. Y me mato a trabajar tos los días.

Y hago lo que puedo por la iglesia.

La señora Turpin parecía tener el tamaño adecuado para dominar el ruedo que tenía ante ella.

—¿Cómo voy a ser yo un cerdo? —preguntó—. ¿En qué me parezco a ellos? —Y dirigió con furia el chorro contra los cochinillos—. Había mucha gentuza en aquella sala. No tendría que haberme tocao a mí.

»Si te gusta más la gentuza, hazte amigo d'ella, ¡anda! —rugió—. Hubieras podio hacerme a mí gentuza también. O negra. Si era gentuza lo que querías, ¿por qué no

m’hiciste gentuza?

Agitó la mano que sujetaba la manguera y, de repente, apareció en el aire una culebra de agua.

—Podría dejar de trabajar y desentenderme de to, y ser sucia —gruñó—. Pasearme por las calles tol día bebiendo cerveza. Masticar tabaco y escupirlo en los charcos y tener la cara llena de churretes. Podría ser antipática. O m’hubieras podío hacer negra. Es demasiao tarde pa que lo sea —añadió con profundo sarcasmo—, pero podría actuar como si lo fuera. Tumbarme en medio de la carretera y parar el tráfico. Revolcarme por el suelo.

A la luz cada vez más tenue todo adquiría un matiz misterioso. El prado cobraba una tonalidad verde botella, y la franja de la carretera se había vuelto de un color lavanda. La señora Turpin se preparó para el último asalto y esta vez su voz resonó por los campos.

—¡Anda, llámame cerda! —gritó—. ¡Vuelve a llamarme cerda! Del infierno. Dime que soy una cerda verrugosa del infierno. Pon a los de abajo arriba. Aun así siempre habrá los de arriba y los de abajo.

Un eco confuso llegó a sus oídos.

Un último ataque de cólera se apoderó de ella y rugió:

—¿Quién crees que eres?

El color de todo, del campo y del cielo carmesí, ardió por un momento con una intensidad transparente. La pregunta recorrió el prado, cruzó la carretera y el campo de algodón y volvió a ella claramente, como una respuesta procedente de más allá del bosque.

Abrió la boca pero no pudo articular ni una palabra más.

Una camioneta pequeñita, la de Claud, apareció en la carretera. Se alejaba rápidamente. Se oía el chirriar del cambio de marchas. Parecía un juguete. En cualquier momento un camión más grande podía aplastarla y esparcir los sesos de Claud y de los negros por la carretera.

La señora Turpin se quedó allí plantada, con la mirada fija en la carretera, los músculos rígidos, y permaneció así hasta que unos cinco o seis minutos más tarde volvió a aparecer la camioneta, de vuelta ya. Esperó a que enfilara el camino que llevaba a la casa. Entonces, como una estatua colosal que cobrara vida, inclinó lentamente la cabeza y miró, como si penetrara el mismo centro del misterio, los cerdos. Estaban todos apiñados en un rincón alrededor de la vieja cerda, que gruñía bajito. Un resplandor rojizo los cubría. Parecían jadear con una vida secreta.

La señora Turpin se quedó allí hasta que el sol desapareció al fin tras los árboles, con la mirada fija en los cerdos, como si estuviera absorbiendo a través de ellos un conocimiento vivificante abismal. Por fin levantó la cabeza. Sólo quedaba una franja morada en el cielo, que cruzaba un campo rojo y que llevaba, como si fuera una prolongación de la carretera, al crepúsculo. Separó las manos de la cerca de la pocilga en un gesto hierático y profundo. Una luz profética se adueñó de sus ojos. Vio la

franja como un enorme puente oscilante que surgía de la tierra y atravesaba un campo de fuego vivo. Por ese puente una horda de almas ascendía con paso lento hacia el cielo. Había batallones enteros de gentuza blanca, limpios por primera vez en su vida, y grupos de negros con túnicas blancas, y legiones de lisiados y de locos que gritaban y daban palmas y saltaban como ranas. Y al final de la procesión había una tribu de gente que reconoció en el acto: eran aquellos que, al igual que ella y Claud, siempre habían tenido un poquito de todo y suficiente juicio para usarlo bien. Se inclinó hacia delante para observarlos mejor. Desfilaban detrás de los demás con una gran dignidad, responsables, pues siempre se habían distinguido por ser personas de orden y por su sentido común y por su comportamiento respetable. Eran los únicos que cantaban acompasadamente. Sin embargo, podía advertir en sus rostros atónitos y su expresión descompuesta que incluso sus virtudes estaban siendo consumidas por el fuego. Bajó las manos y se agarró a la cerca de la pocilga, con los ojos pequeñitos pero fijos, sin parpadear, en lo que veían. Unos instantes después, la visión desapareció, pero ella se quedó donde estaba, inmóvil.

Por fin bajó de allí y cerró el grifo y lentamente emprendió el camino a casa en la creciente oscuridad. En los bosques del contorno los invisibles coros de grillos habían iniciado su concierto, pero lo que ella oía eran las voces de las almas, almas que subían al campo de estrellas y cantaban aleluya.

LA ESPALDA DE PARKER[30]

La mujer de Parker estaba sentada en el suelo del porche delantero, limpiando habichuelas. Parker estaba sentado en un peldaño de la escalera, a unos metros de distancia, y la miraba con gesto enfurruñado. Era fea fea. La piel de su cara era delgada y tensa como la de una cebolla y tenía los ojos grises y agudos como punzones de acero. Parker comprendía por qué se había casado con ella —no hubiera podido llevársela a la cama de otro modo—, pero lo que no acertaba a comprender era por qué se quedaba con ella ahora. Estaba embarazada y las mujeres embarazadas no eran su tipo. Sin embargo, él se quedaba allí, como si estuviera bajo su hechizo. Se sentía a la vez desconcertado y avergonzado de sí mismo.

La casa que tenían alquilada estaba aislada, con la sola compañía de una pacana muy alta en lo alto de un promontorio que dominaba la carretera. De vez en cuando, un coche pasaba a toda velocidad. Los ojos de su mujer seguían desconfiados el ruido que producía y después volvían a fijarse en el periódico lleno de habichuelas que tenía en el regazo. Una de las cosas que ella no aprobaba eran los automóviles. Además de tener otros defectos, siempre veía el pecado por todas partes. No fumaba ni mascaba tabaco, no bebía *whisky*, no decía palabrotas ni se pintaba la cara, y bien sabía Dios que esto la hubiera mejorado un poco, pensaba Parker. Odiando como odiaba el color, era todavía más sorprendente que se hubiera casado con él. A veces se imaginaba que se había casado con él para salvarlo. Otras veces sospechaba que lo que ocurría era que en el fondo a ella le gustaba todo lo que decía no gustarle. Era capaz de explicarse los mecanismos de su mujer; era a sí mismo a quien no comprendía. Ella volvió la cabeza hacia él y dijo:

—¿Por qué no trabajas pa un hombre? ¿Por qué tiene que ser una mujer?

—Ah, cállate la boca pa variar —masculló Parker.

Si hubiese tenido la certeza de que ella estaba celosa de la mujer para quien trabajaba, se habría sentido satisfecho, pero probablemente lo que la preocupaba era el pecado que podría cometerse si él y la mujer simpatizaban. Parker le había dicho que la mujer era una rubia joven y de buen ver. En realidad tenía casi setenta años y era demasiado seca para tener otro interés que conseguir que Parker trabajara todo lo posible. No es que una vieja no se pudiera interesar a veces por un joven, especialmente si era tan atractivo como Parker creía ser, pero esta vieja lo miraba como miraba a su viejo tractor: como si tuviera que soportarlo porque era lo único que tenía. El tractor se había estropeado el segundo día que Parker lo usó y la vieja lo puso inmediatamente a cortar zarzas y hablando por la comisura de la boca le había dicho al negro: «Rompe to lo que toca». También le pidió que llevara la camisa puesta mientras trabajaba. Parker se la había quitado aunque el día no era muy caluroso. Se la volvió a poner de mala gana.

Esa mujer fea con la que se había casado Parker era su primera esposa. Había poseído a otras mujeres, pero sus planes eran no ligarse legalmente. La había visto

por primera vez una mañana en que su camión se averió. Tuvo que apartarlo de la carretera y lo metió en un patio cuidadosamente barrido donde se levantaba una casa de dos habitaciones con la pintura desconchada. Bajó del camión y levantó el capó para examinar el motor. Parker tenía un sexto sentido que le avisaba cuando había cerca de él una mujer que lo observaba. Después de estar inclinado sobre el motor unos instantes, empezaron a erizársele los pelitos de la nuca. Miró bien el patio y el porche de la casa. Había una mujer a la que no veía cerca de él, detrás de una mata de madreselva o dentro de la casa, observándole desde una ventana.

De repente Parker empezó a saltar como un loco y a agitar la mano con grandes aspavientos, como si se la hubiera pillado en la maquinaria del motor. Se encogió y mantuvo la mano apretada contra el pecho.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Me cago en la leche! —Siguió profiriendo los mismos juramentos una y otra vez, a pleno pulmón.

Sin previo aviso, una garra peluda y terrible lo golpeó en la mejilla y casi cayó de espaldas sobre el capó del camión.

—¡Aquí no s'habla de ese modo! —le gritó una voz.

La visión de Parker estaba tan borrosa que por un instante creyó que lo había atacado alguna criatura venida del cielo, un ángel gigante con ojos de águila que blandía un arma terrible. Cuando se le aclaró la vista, vio ante él a una muchacha huesuda con una escoba.

—M'he hecho daño en la mano —dijo él—. M'he hecho daño. —Estaba tan enfadado, que olvidó que en realidad no se había hecho daño—. A lo mejor está rota —gruñó con voz vacilante.

—Deje que la vea —pidió la chica.

Parker le extendió la mano y ella se acercó para examinarla. No había señal alguna en la palma y la muchacha la cogió para darle la vuelta. Su mano era seca, caliente y áspera, y Parker volvió a la realidad ante ese contacto. Miró a la joven con mayor atención. «No quiero tener na que ver con ésta», pensó.

Los ojos penetrantes de la muchacha examinaron el dorso de la mano rojiza y regordeta que sostenía. Tenía un tatuaje de un águila resplandeciente, roja y azul, encaramada en un cañón. La manga de Parker estaba subida hasta el codo. Por encima del águila, una serpiente se enroscaba alrededor de un escudo, y en los espacios que quedaban entre el águila y la serpiente había corazones, algunos atravesados por flechas. Encima de la serpiente había unas cartas. Todos los espacios de la piel del brazo de Parker, desde la muñeca hasta el codo, estaban cubiertos por tatuajes chillones. La chica los contemplaba con una media sonrisa atónita y asombrada, como si hubiera cogido sin querer una serpiente venenosa. Dejó caer la mano.

—Los otros que no se ven me los hice en el extranjero —explicó Parker—. Éstos son casi tos de Estados Unidos. Me hice el primer tatuaje cuando tenía sólo quince años.

—No me lo explique. No me gusta. En absoluto.

—Tendría que ver usté los que no se pueden ver —dijo Parker, y le guiñó un ojo.

Dos círculos rojos como manzanas aparecieron en las mejillas de la chica y suavizaron su semblante. Parker estaba intrigado. No se le ocurrió ni por un minuto que pudieran no gustarle los tatuajes. Todavía no había conocido a ninguna mujer que no se hubiera sentido atraída por ellos.

Parker tenía catorce años cuando vio a un hombre en una feria tatuado de pies a cabeza. A excepción de un taparrabos de piel de pantera, la piel del hombre estaba adornada, al menos desde donde lo veía Parker —cerca del fondo de la tienda, de pie sobre un banco—, con un único e intrincado dibujo de resplandecientes colores. El hombre, pequeño y fornido, se movía por la plataforma y tensaba los músculos de modo que aquel arabesco de hombres, animales y flores que le cubrían la piel parecía tener un sutil movimiento propio. Parker estaba emocionado, el espíritu encendido, como les ocurre a algunas personas al ver pasar la bandera. Era un muchacho que casi siempre llevaba la boca abierta. Era corpulento y sincero, vulgar como una barra de pan. Cuando terminó el espectáculo, él siguió allí, subido en el banco, sin apartar la vista del punto donde había estado el hombre, hasta que la tienda quedó casi vacía.

Hasta entonces Parker jamás había sentido la menor sensación de desconcierto interior. Hasta que vio a aquel hombre en la feria no se le había pasado por la cabeza que el hecho de existir constituyera algo extraordinario. Ni siquiera entonces acabó de tomar conciencia, pero una inquietud extraña se apoderó de él. Era como si un muchacho ciego hubiera sido dirigido suavemente en una dirección distinta, sin que se diera cuenta de que su destino había sido alterado.

Poco tiempo después, se hizo el primer tatuaje: el águila encaramada sobre el cañón. Se lo hizo un artista local. Le dolió muy poco, lo justo para que a Parker le pareciera que valía la pena. Esto también resultaba extraño, pues antes del tatuaje creía que sólo las cosas que no hacían daño valían la pena. Al año siguiente dejó la escuela, porque ya tenía dieciséis años y la ley lo permitía. Durante una temporada fue a una escuela de artes y oficios, pero la dejó y trabajó durante seis meses en un garaje. La única razón por la que trabajaba era para poder hacerse más tatuajes. Su madre estaba empleada en una lavandería y podía mantenerlo, pero no estaba dispuesta a pagarle ningún tatuaje, salvo uno, un corazón con su nombre encima, que Parker se hizo de mala gana. Sin embargo, el nombre de la madre era Betty Jean y nadie tenía que saber que se trataba de su madre. Descubrió que los tatuajes resultaban atractivos al tipo de chica que siempre le había gustado, pero a las que él nunca había gustado. Empezó a beber cerveza y a meterse en peleas. Su madre lloraba al ver el camino que seguía. Una noche lo llevó a rastras a una ceremonia de la iglesia, sin decirle adónde iban. Cuando Parker vio la gran iglesia iluminada, se desasió de ella y echó a correr. Al día siguiente, mintió sobre su edad y se alistó en la Marina.

Parker era demasiado robusto para que le sentaran bien los ajustados pantalones

de la Marina, pero la absurda gorra blanca, colocada lo más abajo posible sobre la frente, hacía que su rostro, por contraste, adquiriera una expresión pensativa y casi intensa. Después de dos meses en la Marina, ya no se quedaba con la boca abierta. Sus facciones se endurecieron y se transformaron en las de un hombre. Estuvo cinco años en la Marina y parecía formar parte del barco gris mecanizado, a excepción de sus ojos, que tenían el mismo color pizarra que el océano y reflejaban los inmensos espacios a su alrededor como si constituyeran un microcosmos del misterioso mar. Al llegar a cualquier puerto, Parker se paseaba por lo peor de la ciudad y lo comparaba con Birmingham, Alabama. En cada sitio se hacía un tatuaje.

Había dejado de hacerse dibujos inanimados, como anclas y rifles cruzados. Tenía un tigre y una pantera en los hombros, una cobra enroscada alrededor de una antorcha en el pecho, halcones en los muslos, Isabel II y Felipe encima, respectivamente, del estómago y el hígado. No le importaba demasiado el tema, con tal de que tuviera color. En el abdomen había algunas obscenidades, pero sólo porque éste parecía ser el lugar más adecuado. La ilusión de un nuevo tatuaje le duraba más o menos un mes, y entonces la razón por la que lo había escogido perdía atractivo. Siempre que tenía a mano un espejo del tamaño adecuado se ponía delante para estudiar el efecto general. El efecto no era el de un intrincado arabesco de colores, sino el de algo poco organizado y sin concierto. Entonces le invadía una enorme insatisfacción y se ponía a buscar un artista del tatuaje y llenaba otro espacio. La parte delantera de su cuerpo estaba cubierta casi por completo, pero no había tatuajes en la espalda. No sentía el menor deseo de tener uno que no pudiera ver. A medida que en la parte de delante quedaba menos espacio disponible, su insatisfacción iba en aumento y se hacía más general.

Después de un permiso no volvió a la Marina. Se quedó por las buenas, borracho, en una casa de huéspedes de una ciudad que no conocía. Su insatisfacción dejó de ser algo crónico y latente para convertirse en una sensación aguda, y se embravecía en su interior. Era como si la pantera y el león y las serpientes y las águilas y los halcones hubieran penetrado debajo de su piel y libraran en su interior una batalla infernal. La Marina dio con él, pasó nueve meses en el calabozo y luego lo licenciaron sin honores.

Después de esto, Parker decidió que el único aire que se podía respirar era el del campo. Alquiló la barraca contigua a la carretera, compró el viejo camión y se dedicó a aceptar algunos trabajitos que dejaba cuando le daba la gana. Cuando conoció a su futura esposa, se dedicaba a comprar manzanas por canastas y a venderlas por kilos al mismo precio a los granjeros perdidos en los rincones aislados.

—To eso —dijo la mujer señalando su brazo— es justo lo qu’haría un indio tonto. Mucha vanidá. —Parecía haber encontrado la palabra exacta—. Vanidá de vanidades.

«¿Y a mí qué diablos m’importa la opinión d’esta mujer?», se preguntó Parker, pero lo cierto era que estaba desconcertado.

—Supongo que unos le gustarán más qu’otros —dijo al cabo de un momento, tras

pensar en algo que pudiera impresionarla, y estiró bruscamente el brazo para mostrárselo—. ¿Cuál le gusta más?

—Ninguno. Pero ese pollo no es feo como los demás.

—¿Qué pollo?

Ella señaló el águila.

—Eso es un águila —dijo Parker—. ¿Qué tonto iba perder el tiempo tatuándose un pollo?

—Hay que ser tonto pa dejarse tatuar —repuso la chica.

Regresó lentamente a la casa y dejó que él siguiera su camino. Parker se quedó allí casi cinco minutos, mirando boquiabierto la puerta oscura por la que había desaparecido la muchacha.

Al día siguiente volvió con una canasta de manzanas. No estaba dispuesto a dejar que una mujer como ésa le despreciara. Le gustaban las mujeres con bastante carne, para no encontrar músculos o, peor aún, un saco de huesos. Cuando llegó, ella estaba sentada en el último peldaño y el lugar estaba lleno de niños, todos tan pobres y tan flacos como la propia chica. Parker se acordó de que era sábado. No le gustaba cortejar a una mujer delante de niños, pero había sido un acierto llevar la canasta de manzanas. Cuando los críos se acercaron para ver lo que llevaba, dio una manzana a cada uno y les dijo que se esfumaran. Así se deshizo de todos.

La muchacha no dio señales de reparar en su presencia. Como si un cerdo o una cabra hubieran entrado despistados en el lugar y ella estuviera demasiado cansada para coger una escoba y sacarlos de allí. Parker dejó la canasta junto a la muchacha y se sentó en un peldaño más bajo.

—Coja una —dijo señalando la canasta con un gesto, y se quedó silencioso.

Ella cogió rápidamente una manzana, como si la canasta pudiera desaparecer si no se daba prisa. La gente hambrienta ponía nervioso a Parker. Él siempre había tenido comida en abundancia. Ahora se sentía muy incómodo. Llegó a la conclusión de que, puesto que no tenía nada que decir, no tenía por qué hablar. No comprendía por qué había ido allí ni por qué no se iba antes de tener que malgastar otra canasta de manzanas con los críos. Suponía que eran hermanos de la chica.

La muchacha masticaba lentamente la manzana, como si concentrara su atención en saborearla, y estaba un poco encorvada, con la mirada fija en la lejanía. La vista que se abarcaba desde el porche comprendía una larga pendiente llena de hierbajos, y al otro lado de la carretera, un vasto panorama de colinas, y al fondo, una pequeña montaña. Estos amplios panoramas solían deprimir a Parker. Cuando se contempla tanto espacio, empiezas a tener la sensación de que alguien te persigue: la Marina, el gobierno o la religión.

—¿De quién son esos niños? ¿De usté? —dijo por fin.

—No estoy casá todavía. Son de mamá —respondió ella, como si eso de casarse fuera sólo una cuestión de tiempo.

¿Quién iba a casarse con ella?, pensó Parker.

Una mujerona grande y descalza, con varios dientes de menos, apareció en la puerta detrás de él. Por lo visto llevaba allí varios minutos.

—Buenas tardes —saludó Parker.

La mujer cruzó el porche y cogió lo que quedaba en la canasta.

—Le damos las gracias —dijo, y volvió a entrar en la casa con las manzanas.

—¿Esta es su vieja? —murmuró Parker.

La muchacha asintió con la cabeza. A Parker se le ocurrieron varios comentarios sarcásticos, como: «T'acompaño en el sentimiento», pero guardó silencio, taciturno. Se quedó allí sentado, contemplando el paisaje. Tuvo la sensación de que estaba incubando alguna enfermedad.

—Si mañana consigo melocotones le traeré algunos.

—Le estaré muy agradecía.

Parker no tenía la menor intención de volver con una canasta de melocotones. Sin embargo, al día siguiente se encontró de nuevo allí. Él y la muchacha apenas tenían nada que decirse. Pero hubo algo que él sí dijo:

—No tengo ningún tatuaje en la espalda.

—¿Y qué tiene en la espalda?

—La camisa. ¡Ja!

—¡Ja, ja! —La muchacha rió por educación.

Parker pensaba que estaba perdiendo el juicio. No podía creer ni por un minuto que le atrajera una mujer como aquélla. Ella no mostraba el menor interés por nada, excepto por la fruta que él le llevaba. Por fin, cuando apareció la tercera vez con dos melones, ella le preguntó.

—¿Cómo se llama usté?

—O. E. Parker.

—¿De qué vienen O. E.?

—Llámeme O. E., y ya está. O sencillamente Parker. Nadie me llama por mi nombre de pila.

—Pero ¿cuál es?

—No importa, ¿cuál es el suyo?

—Se lo diré cuando me diga lo que representan esas letras.

Había en su tono un levísimo coqueteo, y a Parker se le subió rápidamente a la cabeza. Nunca había revelado su nombre a ningún hombre o mujer, sólo a la Marina y al gobierno, y naturalmente figuraba en su fe de bautismo, que había obtenido a la edad de un mes, ya que su madre era metodista. Cuando su nombre se supo en la Marina, Parker estuvo a punto de matar al primer hombre que se atrevió a usarlo.

—No, lo irá diciendo por toas partes.

—Juro no decírselo a nadie —aseguró la muchacha—. Lo juro por la Sagrada Biblia.

Parker guardó silencio durante unos minutos. Entonces cogió a la chica del cuello, acercó el oído de ella a su boca y le reveló su nombre en voz baja.

—Obadiah —susurró ella. Su rostro se iluminó lentamente como si aquel nombre hubiera sido una señal—. Obadiah —repitió.

A Parker el nombre le siguió pareciendo espantoso.

—Obadiah Elihue —dijo la muchacha con voz reverente.

—Si me llama así en voz alta, le romperé la cabeza —dijo Parker—. ¿Cómo se llama usté?

—Sarah Ruth Cates.

—Encantao de conocerla, Sarah Ruth.

El padre de Sarah Ruth era un predicador de la palabra de Dios, sin iglesia, pero no estaba en casa, estaba predicando la palabra por Florida. A la madre no parecían molestarle las atenciones de Parker hacia la muchacha, con tal de que llevara una canasta de algo en sus visitas. En cuanto a Sarah Ruth, para Parker estaba claro que estaba loca por él después de sólo tres visitas. Le gustaba O. E., aunque insistía en que aquellos dibujos en la piel eran vanidad de vanidades, aunque le oía decir palabras feas y jurar en vano, y aunque, al preguntarle si estaba redimido, él respondió que no veía de qué había que redimirlo. Después, en un momento de inspiración Parker había dicho:

—Estaría redimió si me dieras un beso.

Ella frunció el entrecejo.

—Eso no es redimirse.

No mucho tiempo después, Sarah Ruth consintió en dar una vuelta en su camión. Parker se paró en una carretera solitaria y le propuso que se tumbaran juntos en la parte de atrás.

—No, hasta no estar casaos no… —dijo, como si tal cosa.

—Oh, eso no es necesario —protestó Parker, mientras intentaba abrazarla.

Ella lo rechazó con tal fuerza que se abrió la puerta del camión y Parker se encontró tumbado en el suelo de la carretera. Fue entonces cuando decidió que no quería volver a tener nada más que ver con ella.

Se casaron en el despacho del juez del condado, porque a Sarah Ruth las iglesias le parecían cosa de idolatría. Parker no tenía opiniones a este respecto. El despacho del juez estaba forrado de archivos de cartón y libros de registro de los que colgaban una multitud de cintitas amarillas de papel. La juez era una mujer pelirroja que llevaba cuarenta años en aquel puesto y tenía el mismo aspecto polvoriento que sus libros. Los casó desde detrás de la reja de hierro que remataba su mesa de despacho, y al terminar dijo en tono concluyente: «¡Tres dólares y cincuenta centavos y hasta que la muerte os separe!», y arrancó algunos formularios de una máquina.

El matrimonio no cambió a Sarah Ruth ni un pelo, y a Parker lo volvió más taciturno que nunca. Cada mañana decidía que ya estaba harto y que aquella noche no iba a volver. Y cada noche volvía. Cuando ya no aguantaba más su propio estado de ánimo, le entraban ganas de hacerse un nuevo tatuaje, pero ahora la única superficie que le quedaba libre era la espalda. Para poder ver un tatuaje que llevara en la espalda

tendría que disponer de dos espejos y colocarse entre ellos justo en la posición adecuada, y esto le parecía algo ridículo. Sarah Ruth, que de haber tenido más sentido común hubiera podido disfrutar del tatuaje que él llevara en la espalda, ni siquiera estaba dispuesta a mirar los que ya tenía. Cuando Parker intentaba atraer su atención hacia algún detalle especial, ella cerraba con fuerza los ojos y, por si eso no bastara, se daba media vuelta. A no ser en una oscuridad total, prefería a Parker vestido y con las mangas bajadas.

—El día del Juicio Final Jesús te preguntará: «¿Qué has hecho toa tu vida, además de cubrirte de tatuajes por todas partes?».

—Tú no m'engañas —decía Parker—, lo que pasa es que tienes miedo de que a esa rubia guapetona pa la que trabajo le guste tanto qu'algún día me diga: «Vamos, señor Parker, usted y yo podríamos…».

—Estás tentando al demonio, y el día del Juicio Final también tendrás que responder por eso. Deberías volver a vender los frutos de la tierra.

Parker no hacía gran cosa cuando estaba en casa, salvo oír cómo sería el día del Juicio Final para él si no corregía sus costumbres. Cuando tenía oportunidad, interrumpía a su esposa para explicarle cosas sobre la rubia.

—«Sí, señor Parker —contaba que le decía la rubia—, lo he contratao por su inteligencia».

(Omitía decir que la rubia había añadido: «Así que, ¿por qué no la usa?»).

—Y habrías tenío que ver su cara la primera vez que me vio sin camisa —continuaba—. «Señor Parker», me dijo, «¡es usté un panorama ambulante!».

De hecho, eso era lo que ella había dicho, pero en tono sarcástico.

La insatisfacción se hizo tan grande en Parker que lo único que podía contenerla era un tatuaje. Tendría que ser en la espalda. No había otro remedio. Una inspiración vaga, imprecisa, empezó a perfilarse en su mente. Imaginaba que se ponía allí un tatuaje al que Sarah Ruth no pudiera resistirse… un tema religioso. Pensó en un libro abierto con las palabras sagrada biblia debajo y un versículo de verdad impreso en la página abierta. Durante una temporada esto le pareció lo más indicado, luego empezó a imaginar a su mujer diciendo: «¿Acaso no tengo ya una biblia de verdá? ¿Qué te hace creer que voy a leer el mismo versículo miles de veces cuando puedo leerlos tos?». ¡Necesitaba algo todavía mejor que una biblia! Pensaba tanto en esto que empezó a padecer de insomnio. Además, estaba adelgazando. Sarah Ruth se limitaba a echar la comida en una olla y dejarla hervir. El no saber exactamente por qué continuaba al lado de una mujer fea y embarazada y que además no sabía cocinar le convirtió en un hombre nervioso e irritable, y empezó a tener un pequeño tic a un lado de la cara.

Un par de veces se encontró dando media vuelta bruscamente como si temiera que alguien le siguiera. Uno de sus abuelitos había terminado sus días en un manicomio, aunque no lo internaron hasta los setenta y cinco años. Por apremiante que fuera lo de hacerse un tatuaje, igualmente importante era dar con el dibujo que

pudiera meter en cintura a Sarah Ruth. Con tantos días de preocupación, sus ojos adquirieron una expresión abstraída y agobiada. La vieja para la que trabajaba le dijo que, si no se fijaba en lo que hacía, ella sabía de un negro de catorce años que sí se fijaba. Parker estaba demasiado preocupado para sentirse ofendido. En otros tiempos, la hubiera plantado en aquel mismo instante diciendo secamente: «Muy bien, vaya a buscarlo».

Dos o tres días después, estaba empacando paja con la vieja empacadora de la anciana y su desvencijado tractor en un vasto campo donde sólo había un enorme árbol añoso que quedaba justo en el centro. La vieja era una de esas personas que no cortarían un árbol viejo y grande por la sencilla razón de que era un árbol grande y viejo. Se lo había señalado a Parker como si éste no tuviera ojos en la cara, y le advirtió que tuviera cuidado para no estrellarse contra él cuando recogiera la paja que quedaba alrededor. Parker empezó por un extremo del campo y, describiendo círculos, fue avanzando hacia el centro. De vez en cuando tenía que bajarse del tractor para desenredar la cuerda de empacar o para apartar una piedra. La vieja le había dicho que llevara todas las piedras al borde del campo, cosa que él hacía cuando ella vigilaba. Cuando creía que podía pasar por encima de ellas sin problemas, no se bajaba. Mientras daba vueltas por el campo, su mente trabajaba buscando el tatuaje adecuado. El sol, del tamaño de una pelota de golf, empezó a oscilar con un ritmo preciso, colocándose primero delante y después detrás de él, pero a Parker le parecía verlo en ambos sitios a la vez, como si tuviera también ojos en la parte posterior de la cabeza. De repente vio que el árbol se acercaba a él para agarrarlo. Un golpe feroz lo lanzó por los aires y se oyó gritar a sí mismo con voz increíblemente fuerte:

—¡DIOS DE LOS CIELOS!

Aterrizó de espaldas, mientras el tractor se estrellaba, ruedas arriba, contra el árbol y estallaba en llamas. Lo primero que vio Parker fue que sus zapatos eran consumidos por el fuego; uno estaba apresado debajo del tractor y el otro a cierta distancia ardiendo él sólito. Parker no los llevaba puestos. Notaba en la cara el aliento abrasador del árbol en llamas. Se retiró precipitadamente, todavía sentado, los ojos como dos cavernas, y si hubiera sabido santiguarse lo habría hecho.

Tenía el camión aparcado en un camino de tierra contiguo al campo. Se movió hacia él, todavía sentado, todavía arrastrándose de espaldas, pero cada vez más deprisa. A mitad de camino se levantó e inició una especie de carrera, ahora de cara, encorvado, en el curso de la cual cayó dos veces de rodillas. Las piernas le pesaban como dos tubos de desagüe oxidados y viejos. Por fin llegó al camión, lo puso en marcha y avanzó en zigzag por la carretera. Pasó por delante de su casa, que quedaba en lo alto, pero continuó hacia la ciudad, que estaba a ochenta kilómetros.

No se permitió pensar en nada durante el camino. Sólo sabía que se había operado un enorme cambio en su vida, un salto hacia delante, hacia algo desconocido peor que lo que conocía hasta entonces, y que no podía hacer nada para evitarlo. Era un

hecho consumado.

El artista ocupaba dos habitaciones abarrotadas encima de la consulta de un callista, en una callejuela. Parker, todavía descalzo, entró precipitadamente sin decir nada poco después de las tres. El artista, que tenía más o menos su misma edad (veintiocho años), pero que era delgado y calvo, estaba detrás de una pequeña mesa de dibujo haciendo unos trazados en tinta verde. Levantó la mirada, molesto, y no pareció darse cuenta de que aquella criatura de ojos hundidos era Parker.

—Déjeme ver aquel libro que tiene usté con tos los dibujos de Dios —le dijo Parker jadeando—. El libro de temas religiosos.

El artista continuó mirándolo con su aire de intelectual, de superioridad.

—Yo no hago tatuajes a borrachos.

—¡Pero si usté me conoce! —gritó Parker, indignado—. ¡Soy O. E. Parker! ¡M'ha hecho otros trabajos y siempre he pagao!

El artista se le quedó mirando un rato, como si no estuviera seguro.

—Está un poco desmejorao —observó—. Probablemente ha estao en la cárcel.

—M'he casao.

—Oh.

Con la ayuda de espejos el artista se había tatuado en la coronilla un búho en miniatura, perfecto en todos sus detalles. Era más o menos del tamaño de una moneda de cincuenta centavos y le servía como muestra de su trabajo. Había otros artistas en la ciudad, pero Parker siempre había querido el mejor. El artista se acercó a una librería situada al fondo de la habitación y empezó a buscar entre unos libros de arte.

—¿Qué l'interesa? —preguntó—. ¿Santos, ángeles, cristos o qué?

—Dios.

—¿Padre, Hijo o Espíritu Santo?

—Sencillamente Dios —respondió Parker con impaciencia—. Cristo. Me da igual. Con tal de que sea Dios.

El artista volvió con un libro. Apartó algunos papeles de la mesa, colocó el libro sobre ella y le dijo a Parker que se sentara y escogiera el que más le gustara.

—Los más modernos están detrás —indicó.

Parker se sentó con el libro y se humedeció el pulgar. Empezó por el final, donde estaban los dibujos más modernos. Reconoció alguno de ellos —el Buen Pastor, Dejad que los Niños se Acerquen a Mí, Jesús Sonriente, Jesús el Amigo del Médico —, pero pasó rápidamente las hojas porque los dibujos le convencían cada vez menos. Uno mostraba el rostro verde y demacrado de un muerto cubierto de sangre. Otra cara era amarilla, con los ojos morados y hundidos. El corazón de Parker latía cada vez más deprisa hasta que rugió dentro de él como un generador enorme. Pasaba las páginas muy rápido, con el presentimiento de que cuando llegara a la que tenía que ser percibiría una señal especial. Desde una de las páginas unos ojos le miraron rápidamente. Parker siguió su carrera, luego se paró. Su corazón también pareció detenerse en seco. Se produjo un silencio absoluto. Y, como si ese silencio fuera

capaz de hablar, oyó: retrocede.

Parker volvió al dibujo: la cabeza aureolada de un Cristo severo de estilo bizantino, sin perspectiva, con unos ojos exigentes, penetrantes. Empezó a temblar. Poco a poco el corazón comenzó a latirle de nuevo como si un poder sutil le hubiera devuelto la vida.

—¿Ha encontrao usté lo que buscaba?

Parker tenía la garganta demasiado seca para poder hablar. Se levantó y le tendió el libro, abierto por la página del dibujo.

—Esto le costará mucho dinero —le advirtió el artista—, aunque supongo que no querrá todos estos cuadraditos. Sólo la silueta y los rasgos más sobresalientes.

—Exactamente como está —dijo Parker—, exactamente como está, o na.

—Allá usté. Pero este tipo de trabajo lo cobro caro.

—¿Cuánto?

—Puede llevarme dos días de trabajo.

—¿Cuánto?

—¿A plazos o en efectivo? —Los otros trabajos que había hecho a Parker habían sido a plazos, pero siempre había cobrado—. Diez dólares ahora y otros diez por cada día de trabajo.

Parker sacó diez billetes de un dólar de la cartera. Le quedaban otros tres.

—Vuelva mañana por la mañana —dijo el artista embolsándose el dinero—. Primero tendré que calcarlo del libro.

—¡No, no! —exclamó Parker—. Cálquelo ahora o devuélvame el dinero.

Le brillaban los ojos como si estuviera dispuesto a pelear. El artista cedió. Un tipo lo bastante tonto para querer un Cristo en la espalda, pensó, podía cambiar de idea de un minuto para otro, pero una vez empezado el trabajo ya era imposible volverse atrás.

Mientras lo calcaba, le dijo a Parker que se lavara la espalda en el lavabo con un jabón especial. Parker lo hizo y después se puso a pasear por la habitación moviendo nerviosamente los hombros. Quería volver a ver el dibujo y al mismo tiempo no quería. Por fin, el artista se levantó y le ordenó a Parker que se tumbara sobre la mesa. Le untó la espalda con cloruro etílico y empezó a dibujar la cabeza con el lápiz de yodo. Pasó una hora antes de que cogiera su instrumento eléctrico. Parker no sintió ningún dolor especial. En Japón le habían hecho un Buda en el brazo con agujas de marfil. En Birmania, un hombrecillo marrón le había dibujado un pavo real en cada rodilla con unos palillos afilados de medio metro de longitud. También habían trabajado en él aficionados que utilizaban alfileres y hollín. Generalmente, Parker se sentía tan relajado y tranquilo en manos del artista que con frecuencia se dormía, pero esta vez permaneció despierto y con los músculos tensos.

A medianoche el artista dijo que ya había hecho bastante. Colocó verticalmente un espejo sobre una mesa apoyada en la pared y cogió otro espejo más pequeño del lavabo y se lo tendió a Parker. Éste se puso de espaldas al espejo grande y movió el

otro hasta ver una ráfaga de color en su espalda. Estaba casi completamente cubierta de cuadritos color rojo y azul y marfil y azafrán que formaban las líneas de la cara, una boca, el comienzo de unas cejas espesas, una nariz recta, pero el rostro estaba vacío: faltaban los ojos. De momento la impresión era como si el artista le hubiera engañado y le hubiera dibujado a Jesús Amigo del Médico.

—No tiene ojos —gritó Parker.

—Ya se pondrán a su debido tiempo. Nos queda otro día de trabajo.

Parker pasó la noche en un catre, en el Albergue de la Misión de la Luz Cristiana. Aquellos lugares le parecían los mejores para pernoctar en la ciudad, porque eran gratis y daban algo de comer. Consiguió el último catre disponible y, como todavía iba descalzo, aceptó un par de zapatos usados que, en medio de su confusión, se puso para irse a la cama. Todavía estaba conmocionado por todo lo que le había ocurrido. Pasó toda la noche despierto en aquel largo dormitorio lleno de catres en los que se distinguían los bultos de las personas. La única luz procedía de una cruz fosforescente que resplandecía al fondo de la habitación. El árbol volvía a inclinarse para abrazarlo y después estallaba en llamas; el zapato ardía silencioso; los ojos del libro le decían claramente retrocede, pero sin pronunciar palabra. Deseaba no estar en aquella ciudad, en aquel Albergue de la Misión de la Luz, en aquella cama en que se sentía tan solo. Echaba muchísimo de menos a Sarah Ruth. Su lengua afilada y sus ojos como punzones eran el único consuelo que le venía a la mente. Llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el juicio. Los ojos de ella se le aparecían suaves y dilatorios en comparación con los ojos del libro, pues, aunque no recordaba la mirada de estos últimos con exactitud, todavía sentía su poder de penetración. Tenía la impresión de que, bajo aquella mirada, él era tan transparente como el ala de una mosca.

El artista le había dicho que no fuera hasta las diez de la mañana pero, cuando éste llegó a esa hora, Parker estaba sentado en el suelo del oscuro portal esperándolo. Había decidido al levantarse aquella mañana que, una vez terminado el tatuaje, no lo miraría, que todas las sensaciones del día y de la noche anteriores eran las de un loco y que iba a volver a hacer las cosas de acuerdo con su sentido común de siempre.

El artista empezó donde lo había dejado.

—Hay una cosa que quisiera saber —preguntó poco después mientras trabajaba —. ¿Por qué quiere llevar esto? ¿Se ha vuelto religioso de repente? ¿Le han convertío?

Parker notaba la garganta seca y salada.

—No, to eso me parece una tontería. Si un hombre no es capaz de salvarse a sí mismo de lo que sea, no merece mi respeto.

Las palabras parecieron salir de su boca como espectros y evaporarse inmediatamente como si nunca las hubiera pronunciado.

—Entonces, ¿por qué…?

—M’he casao con una mujer que sí está salva. No debí hacerlo. Tendría que

plantarla. Y encima está embaraza.

—Qué pena. Entonces, ¿es cosa d'ella, eso del tatuaje?

—No, ella no sabe ni media palabra. Es una sorpresa.

—¿Cree que le gustará y que así lo dejará en paz una temporada?

—Tiene que gustarle. No puede decir que no le gusta el aspecto de Dios.

Decidió que ya había hablado bastante de su vida. Los artistas no eran mala gente, pero no le gustaba que metieran las narices en los asuntos de las personas normales.

—No pude dormir ayer noche —dijo—. Voy a intentar dormir un poco ahora.

Esto cerró la boca del artista, pero no le ayudó a dormir. Mientras estaba allí tumbado, imaginó cómo enmudecería Sarah Ruth al ver aquel rostro en su espalda, y de vez en cuando esta visión se interrumpía por otra, la del árbol de fuego y su zapato vacío ardiendo bajo él.

El artista trabajó sin parar hasta casi las cuatro de la tarde. No hizo ni una pausa para comer, y el instrumento eléctrico funcionó sin descanso; sólo se interrumpía para secar las tintas mojadas de la espalda de Parker. Por fin terminó.

—Ya puede levantarse y mirarlo —dijo.

Parker se incorporó, pero no bajó de la mesa. El artista se sentía satisfecho de su trabajo y quería que Parker lo viera enseguida, pero éste siguió sentado en el borde de la mesa, ligeramente inclinado hacia delante, con la mirada perdida.

—¿Qué le pasa? —preguntó el artista—. Vaya a mirárselo.

—No me pasa na —dijo Parker, empleando de repente un tono beligerante—. El tatuaje no se va a mover de donde está. Seguirá ahí cuando quiera verlo.

Cogió su camisa y empezó a ponérsela con mucho cuidado.

El artista lo agarró bruscamente por un brazo y lo empujó hasta situarlo entre los dos espejos.

—Mire —le dijo, enfadado por la poca atención que se prestaba a su trabajo.

Parker miró, se puso pálido y retrocedió un paso. Los ojos de la cara reflejada seguían mirándole, serenos, fijos, exigentes, encerrados en silencio.

—Fue idea suya, recuérdelo —dijo el artista—. Yo l'hubiera aconsejao otra cosa.

Parker no dijo nada. Se puso la camisa y cruzó la puerta mientras el artista gritaba a sus espaldas:

—¡Espero cobrar hasta el último centavo!

Parker se dirigió hacia la bodega de la esquina. Compró una botella de *whisky*, se la llevó a un callejón cercano y se la bebió entera en cinco minutos. Después se encaminó hacia una sala de billar cercana que solía frecuentar cuando iba a la ciudad. Era un local bien iluminado que parecía un almacén, con una barra a un lado, máquinas de juego al otro y mesas de billar al fondo. En cuanto traspuso el umbral, un hombretón con una camisa de cuadros rojos y negros se acercó a él y le palmeó la espalda mientras voceaba:

—¡Síiiiii, señor! ¡O. E. Parker!

Parker todavía no estaba en condiciones de recibir golpes en la espalda.

—Cuidao, no me toques. M’acaban d’hacer un tatuaje ahí.

—¿De qué se trata esta vez? —le preguntó el hombre, y dirigiéndose a unos tipos que estaban cerca de las máquinas gritó—: O. E. s’ha hecho un tatuaje nuevo.

—No es na especial esta vez —contestó Parker, y se acercó, para escapar a toda conversación, a una máquina libre.

—Vamos —insistió el hombretón—. Echemos una mirada al tatuaje de O. E.

Y aunque Parker se retorció intentando librarse de ellos, le levantaron la camisa. Notó que todas las manos se apartaban en el acto y que la camisa volvía a caer, como un velo, sobre aquella cara. Se hizo el silencio en la sala de billar y a Parker le pareció que aquel silencio crecía en el corrillo que le rodeaba y se extendía hasta alcanzar los mismos cimientos del edificio y ascendía hasta las vigas del techo.

Por fin alguien exclamó: «¡Dios!». Luego todos rompieron a hablar a la vez. Parker dio media vuelta, con una sonrisa vacilante en los labios.

—¡Tenía que ser O. E.! —dijo el hombretón de la camisa de cuadros—. ¡Menudo truhán!

—A lo mejor s’ha convertío —gritó alguien.

—Eso ni hablar —dijo Parker.

—O. E. s’ha convertío y se dedica a predicar la palabra de Jesús, ¿verdá? —preguntó irónicamente un hombrecillo con una colilla de puro en la boca—. Y lo hace de un modo mu original.

—¡A Parker siempre se le ocurren cosas nuevas! —apuntó el hombre gordo.

—¡Viva Parker! —gritó alguien.

Y todos empezaron a silbar y a soltar palabrotas en señal de aprobación hasta que Parker dijo:

—Vamos, callaros.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó alguien.

—Pa divertirme. ¿Y a ti qué te importa?

—Entonces, ¿por qué estás tan serio? —insistió otro.

Parker se lanzó contra ellos y, como un tornado en un día de verano, empezó una pelea que rugió entre mesas patas arriba y puños alzados, hasta que dos hombres lo cogieron, lo arrastraron hasta la puerta y lo lanzaron a la calle de una patada. Entonces se apoderó del salón de billar una tranquilidad tan exasperante como si aquella habitación larga con aspecto de almacén fuera el barco desde el cual hubiesen arrojado a Jonás al mar.

Parker se quedó sentado largo rato en el suelo del callejón, detrás del salón de billar, analizando su alma. La veía como una telaraña de hechos y de mentiras que no eran importantes para él pero que parecían ser necesarios pese a su opinión. Los ojos que a partir de ahora llevaría en la espalda para siempre exigían obediencia. Nunca había estado más seguro de algo. Durante toda su vida, lamentándose y a menudo maldiciendo, muchas veces atemorizado, y una vez arrobado, había obedecido todos los instintos de esta índole: arrobado, cuando su espíritu se había elevado ante aquel

hombre tatuado de la feria; atemorizado, cuando se había alistado en la Marina; lamentándose, cuando se había casado con Sarah Ruth.

Al pensar en ella se levantó lentamente. Sarah Ruth sabría lo que él tenía que hacer. Le aclararía lo que él no entendía y por lo menos le gustaría el tatuaje. Ahora le parecía que, en el fondo, lo que él siempre había querido era complacerla. El camión seguía aparcado ante el edificio donde el artista tenía su taller, no quedaba demasiado lejos. Subió al camión, salió de la ciudad y se sumergió en la noche del campo. Tenía la cabeza casi despejada del alcohol y observó que su insatisfacción había desaparecido, pero todavía no era el mismo. Era como si fuera el mismo, pero un desconocido para sí, un desconocido que conducía a través de un nuevo país, aunque, pese a la oscuridad, todo aquello le era familiar.

Por fin llegó a la casa en lo alto del promontorio, estacionó el camión bajo la pacana y se apeó. Hizo todo el ruido posible para dejar bien claro que seguía siendo quien mandaba allí, que el hecho de haberla dejado sola una noche sin explicación significaba que hacía lo que le daba la gana. Cerró la puerta del camión con fuerza, subió los dos peldaños, cruzó el porche con estrépito y giró el pomo de la puerta. No se abrió.

—¡Sarah Ruth! —gritó—. ¡Déjame entrar!

No había candado en la puerta y estaba claro que ella había colocado el respaldo de una silla contra el pomo. Parker empezó a golpear la puerta y a sacudir el pomo al mismo tiempo.

Oyó el chirrido de los muelles de la cama y se agachó y acercó el ojo al agujero de la cerradura, pero estaba taponado con papel.

—¡Déjame entrar! —vociferó, y volvió a golpear la puerta—. ¿Por qué m’has dejao fuera?

—Yo, O. E.

Esperó unos segundos.

—Yo —repitió con impaciencia—. O. E.

Dentro el silencio continuaba. Lo intentó una vez más.

—O. E. —dijo, y golpeó la puerta dos o tres veces más—. O. E. Parker. Ya sabes quién soy.

Siguió un silencio. Luego la voz dijo lentamente:

—No conozco a ningún O. E.

—Déjate de bromas —suplicó Parker—. No tienes derecho a tratarme así. Soy yo, O. E., he vuelto. No me tienes miedo.

—¿Quién es? —volvió a preguntar la misma voz vacía de emoción.

Parker volvió la cabeza como si esperara que alguien detrás de él le dictara la respuesta. Empezaba a clarear y dos o tres franjas de color amarillo flotaban por encima del horizonte. Entonces, mientras estaba allí plantado, un árbol de luz estalló en el cielo.

Parker se pegó a la puerta, como si una lanza invisible lo hubiera clavado allí.

—¿Quién es? —preguntó la voz desde el interior, y ahora el tono parecía terminante. El pomo se agitó y la voz repitió perentoria—: ¿Quién es, le pregunto?

Parker se agachó y colocó la boca ante el ojo de la cerradura tapado.

—Obadiah —susurró, y de repente sintió que la luz lo inundaba y convertía la telaraña de su alma en un perfecto arabesco multicolor, en un jardín lleno de árboles y pájaros y animales—. ¡Obadiah Elihue! —susurró.

La puerta se abrió y él entró a trompicones. Sarah Ruth estaba allí, con las manos en las caderas. Nada más verlo dijo:

—¿No trabajabas pa una rubia de buen ver? Y tendrás que pagarle el tractor hasta el último centavo. No lo tiene asegurao. Vino aquí y hablamos largo y tendío. Y yo…

Tembloroso, Parker se puso a encender la lámpara de petróleo.

—¿Qué haces gastando petróleo cuando ya está casi amaneciendo? —dijo ella enfadada

—. No tengo ningunas ganas de verte la cara.

Los envolvió un resplandor amarillo. Parker apagó la cerilla y empezó a desabrocharse la camisa.

—Y no vas a tocarme ni un pelo ahora que ya es casi de día —siguió ella.

—Cállate —le dijo él quedamente—. Mira esto y después no quiero volver a oír ni una palabra de tu boca.

Se quitó la camisa y le mostró la espalda.

—Otro dibujo —gruñó Sarah Ruth—. Tenía que haberme imaginao que habrías ido a ponerte más porquerías encima.

A Parker le fallaban las rodillas. Giró en redondo y dijo:

—¡Míralo! No digas na. ¡Míralo!

—Ya lo he mirao.

—¿Sabes quién es? —gritó, angustiado.

—No. ¿Quién es? No lo conozco.

—Es él.

—¿Él? ¿Quién?

—¡Dios! —gritó Parker.

—¿Dios? Dios no tiene esa cara.

—¿Y cómo sabes tú qué cara tiene? —gimió Parker—. Nunca l’has visto.

—No tiene cara —dijo Sarah Ruth—. Es un espíritu. Ningún hombre verá su faz.

—Oh, escúchame. Esto es sólo un dibujo d’él.

—¡Idolatría! —gritó Sarah Ruth—. ¡Idolatría! ¡Te extasías con ídolos bajo cualquier árbol verde! ¡Puedo soportar las mentiras y la vanidá, pero no toleraré a un idólatra en esta casa!

Y cogió la escoba y la emprendió a escobazos contra los hombros de Parker. Él estaba demasiado atónito para ofrecer resistencia. Se sentó y permitió que le pegara hasta casi dejarlo sin sentido y hasta que aparecieron grandes magulladuras en el rostro del Cristo tatuado. Entonces se levantó como pudo y se arrastró hasta la puerta.

Sarah Ruth dio tres o cuatro golpes más con la escoba en el suelo y se acercó a la ventana para sacudirla y eliminar así todo rastro de Parker. Sin soltarla, dirigió la mirada hacia la pacana y en sus ojos apareció una mirada todavía más dura. Allí estaba —aquel que se llamaba Obadiah Elihue—, apoyado contra el árbol, llorando como un niño.

EL DÍA DEL JUICIO FINAL[31]

Tanner reservaba todas sus fuerzas para el viaje a casa. Tenía intención de andar hasta donde pudiera y confiar en el Todopoderoso para que lo llevara el resto del camino. Aquella mañana, al igual que la anterior, había permitido que su hija le vistiera y así había ahorrado energías. Ahora estaba sentado en la silla al lado de la ventana —la camisa azul abrochada hasta arriba, la americana en el respaldo, el sombrero puesto — esperando a que ella se fuera. No podía escaparse hasta que ese obstáculo desapareciera. La ventana daba a una pared de ladrillo y a un callejón lleno del aire de Nueva York, un aire adecuado para los gatos y la basura. Algunos copos de nieve flotaban al otro lado de la ventana, pero eran demasiado finos y escasos para que su vista debilitada los percibiera.

La hija estaba en la cocina fregando los platos. Se entretenía hablando en voz alta consigo misma. Al principio, recién llegado a aquella casa, él solía responder, pero no era eso lo que ella quería. Cuando le contestaba, ella le miraba ceñuda, como si, por muy viejo y tonto que fuera, debiera tener el sentido común suficiente para saber que a una mujer no se le contesta cuando habla sola. Se hacía las preguntas en un tono de voz y las contestaba en otro. Con la energía que había ahorrado el día anterior al permitir que ella lo vistiera, el viejo había escrito una nota, que se sujetó con un imperdible en el bolsillo. EN CASO DE MUERTE, FACTÚRESE CONTRA REEMBOLSO A COLEMAN PARRUM, CORINTH, georgia. Y debajo había escrito: COLEMAN vende mis pertenencias y paga mi envío y al enterrador. lo QUE SOBRA ES PARA TI. SALUDOS T. C. TANNER, P. S. QUÉDATE DONDE ESTÁS. NO DEJES QUE TE CONVENZAN DE venir aquí. esto no vale un pito. Había tardado más de media hora en escribir aquello, la letra era temblorosa, pero, con paciencia, descifrable. Lograba controlar la mano sujetándola con la otra. Tan pronto como la hubo terminado ella volvió de la compra.

Hoy estaba a punto. Lo único que tenía que hacer era poner un pie delante del otro hasta llegar a la puerta y bajar por las escaleras. Una vez abajo, saldría del barrio. Una vez fuera del barrio, tomaría un taxi y se iría a la estación de mercancías. Algún vagabundo lo ayudaría a subir a un vagón. Una vez en el tren, se acostaría a descansar. Durante la noche el tren iniciaría su marcha hacia el sur y al día siguiente o a la mañana del otro él estaría en su casa. Muerto o vivo. Lo importante era estar allí; muerto o vivo, daba igual.

Si hubiera tenido más sentido común, se habría ido al día siguiente de su llegada, y todavía habría demostrado más sentido común si no hubiera ido allí. No se había desesperado hasta hacía dos días, cuando oyó a su hija y a su yerno despedirse después del desayuno. Estaban en la puerta, él se iba de viaje tres días. Era conductor de camiones de mudanzas de larga distancia. Ella debía de estar tendiéndole su gorra de cuero, cuando su padre le oyó decir:

—Tendrías que comprarte un sombrero. Uno de verdá.

—Y no quitármelo en to el día —repuso el yerno—, como ese d'ahí dentro. ¡Ja! Es lo único qu'hace en to el santo día: estar allí sentado con el sombrero puesto. To el día sentado con su maldito sombrero negro. ¡Y dentro de casa!

—Pues tú ni tan siquiera tienes sombrero —dijo ella—, sólo esa gorra de cuero con orejeras. La gente qu'es alguien lleva sombrero. Los otros llevan gorras de cuero como la tuya.

—¡La gente qu'es alguien! ¡La gente qu'es alguien! ¡Me muero de risa! ¡De verdá que me muero de risa!

El yerno tenía cara de tonto y un acento yanqui que hacía juego con ella.

—Mi padre está aquí pa quedarse. No va durar mucho. Pero antes era alguien. Nunca trabajó pa nadie, sólo pa sí mismo. Y tenía gente trabajando pa él.

—¿Ah, sí? No eran más que negros. Na más. Yo también he tenío algún que otro negro a mis órdenes.

—Esos negros tuyos no eran na —replicó la hija, y de repente bajó el tono de voz de tal manera que Tanner tuvo que inclinarse para oír sus palabras—. Se necesita cerebro pa hacer trabajar a un negro de verdá. Hay que saber tratarlos.

—¿Conque yo no tengo cerebro?

Entonces Tanner sintió uno de aquellos repentinos arranques de ternura hacia su hija que muy rara vez experimentaba. De vez en cuando ella decía algo que hacía pensar que quizá poseyera un poco de inteligencia que guardaba a buen recaudo.

—Sí, lo tienes —respondió ella—, pero no siempre lo usas.

—A ése le dio un ataque cerebral cuando vio a un negro en el edificio —dijo el yerno—, y tú me dices…

—No hables tan alto. No fue por eso que tuvo un ataque.

Hubo un silencio.

—¿Dónde piensas enterrarlo? —preguntó el yerno, cambiando de tema.

—¿Enterrar a quién?

—A ese d'ahí dentro.

—Aquí, en Nueva York. ¿Dónde, si no? Tenemos nuestra parcela. Yo no vuelvo a hacer un viaje allá abajo con nadie.

—Muy bien. Sólo quería estar seguro.

Cuando la hija volvió a la habitación, Tanner tenía ambas manos asidas fuertemente a los brazos de la butaca. Sus ojos se clavaron en ella como si fueran los ojos de un cadáver furibundo.

—Prometiste que me enterrarías allí. Tu promesa no vale na. Tu promesa no vale na. Tu promesa no vale na. —Tenía la voz tan cascada que apenas era audible. Empezó a temblar, las manos, la cabeza, los pies—. ¡Entiérrame aquí y arderás en el infierno! —gritó, y se dejó caer contra el respaldo.

La hija se estremeció.

—¡No estás muerto todavía! —Y dejó escapar un fuerte suspiro—. Te queda mucho tiempo pa preocuparte por esas cosas.

Dio media vuelta y empezó a recoger las hojas del periódico que estaban esparcidas por el suelo. Tenía el cabello cano, que le caía hasta los hombros, y su rostro redondo empezaba a ajarse.

—Hago to lo que puedo por ti —masculló— y así es como te comportas. —Se puso el periódico bajo el brazo con un gesto brusco y añadió—: Y no m'hables del infierno. No creo en eso. Son tonterías baptistas. Se fue a la cocina.

El viejo apretó los labios, los dientes postizos de arriba sujetos entre la lengua y el paladar. Aun así las lágrimas le rodaban por las mejillas; las iba secando con el hombro.

—Es como tener un niño —se oyó desde la cocina—. Quería venir y ahora que está aquí no le gusta.

Él no había querido venir.

—Fingía que no quería, pero a mí no me podía engañar. Yo le dije: «Si no quieres venir, no puedo obligarte. Si no quieres vivir como la gente decente, no puedo hacer na».

»En cuanto a mí —siguió en su otro tono de voz, más agudo—, cuando muera no pienso empezar con melindres. Pueden enterrarme donde pille más cerca. Cuando me vaya d'este mundo, seré considerada con los que se quedan. No pensaré sólo en mí misma.

»Desde luego —contestó con la voz grave—, nunca has sido egoísta. Eres de las que piensan en los demás.

»Eso es lo que intento —dijo la otra voz—. Es lo que intento.

El viejo apoyó la cabeza contra el respaldo y el sombrero le bajó hasta los ojos. Había criado a tres hijos y a ella. Los tres muchachos habían desaparecido, dos en la guerra y uno entregado al demonio, y no había nadie que se sintiera obligado hacia él, a excepción de ella, casada y sin hijos, viviendo en la ciudad de Nueva York como una señora importante, la única dispuesta a llevárselo con ella cuando lo encontró viviendo como vivía. Había asomado la cabeza por la puerta de la choza y se había quedado mirando, con el rostro inexpresivo, durante unos segundos. Y entonces de repente había gritado, mientras retrocedía de un salto:

—¿Qué es eso que hay en el suelo?

—Coleman —respondió él.

El viejo negro estaba ovillado sobre un jergón, al pie de la cama de Tanner; un pellejo maloliente lleno de huesos dispuestos de tal forma que recordaban vagamente una figura humana. Cuando Coleman era joven, parecía un oso. Ahora que era viejo, parecía un mono. A Tanner le había ocurrido lo contrario: de joven tenía aspecto de mono, pero al llegar a viejo se fue pareciendo a un oso.

La hija retrocedió hacia el porche. Había dos sillas de mimbre a las que les faltaba el respaldo apoyadas contra los tablones de la choza, pero ella no quiso sentarse. Se apartó unos tres metros de la casa, como si ésta fuera la distancia necesaria para librarse del olor. Y entonces soltó un discursito:

—Si tú no tienes orgullo, yo sí. Y conozco mis obligaciones y m'educaron pa cumplir con ellas. Mi madre m'enseñó a hacerlo, aunque tú no m'enseñaras. Era d'una familia sencilla, pero no de las que se ponen a vivir con negros.

En ese momento el negro se levantó como pudo y se deslizó por la puerta, una sombra encorvada y escurridiza que Tanner apenas pudo distinguir, Su hija lo había avergonzado. Tanner gritó para que ambos lo oyeran:

—¿Quién crees que cocina aquí? ¿Quién crees que corta la leña y vacía mis orinales? Está bajo mi custodia. Ese haragán que no vale pa na ha estao conmigo treinta años. No es un mal negro.

A ella no la impresionaron sus palabras.

—¿De quién es esta choza? —había preguntado ella—. ¿De él o tuya?

—Él y yo la construimos. Vuelve allá arriba. No m'iría contigo por na del mundo, ni siquiera por un saco de sal.

—Desde luego tiene to l'aspecto d'haber sido construida por vosotros dos. ¿De quién es el terreno?

—De unos que viven en Florida —dijo el viejo con vaguedad.

Ya sabía en aquel entonces que el terreno estaba a la venta, pero le parecía que era demasiado malo para que alguien lo comprara. Sin embargo, aquella misma tarde se enteró de que sus cálculos habían fallado. Lo supo con el tiempo suficiente para irse con ella. Si se hubiese enterado un día más tarde, quizá ahora todavía estaría allí, acampado en tierras del doctor.

Cuando vio la figura marrón con forma de cetáceo cruzar el campo aquella tarde, comprendió inmediatamente lo ocurrido. Nadie tuvo que decírselo. Si aquel negro hubiese sido dueño del mundo entero menos de un pobre y miserable campo de coles y lo hubiese comprado, andaría por él de ese modo, apartando bruscamente las hierbas, con el grueso cuello hinchado, el estomago convertido en un trono de su reloj y cadena de oro. El doctor Foley. Sólo era negro en parte. El resto era indio y blanco.

Lo era todo para los negros: farmacéutico, enterrador, consejero y corredor de fincas, y a veces los libraba del mal de ojo y a veces se lo echaba. «Prepárate —se dijo a sí mismo al ver que se acercaba—, prepárate pa aguantar alguna impertinencia, aunque sea negro. Prepárate, porque no tienes na con que responder, sólo el pellejo que te cubre, y vale tanto como'l que muda la culebra. No te queda ninguna esperanza con el gobierno en contra».

Estaba sentado en el porche, en lo que quedaba de la silla, recostado contra la barraca.

—Buenas tardes, Foley —dijo, y lo saludó con un gesto de la cabeza.

El médico se acercó y se detuvo en el borde del claro, como si acabara de ver a Tanner, aunque era evidente que lo había visto mientras cruzaba el campo.

—Estoy aquí pa ver mi propiedá —explicó el doctor—. Buenas tardes. —Hablaba deprisa y tenía la voz chillona.

«No es tu propiedá desde hace mucho», pensó Tanner.

—T’he visto llegar —dijo.

—He comprao esto hace poco —dijo el doctor, y sin mirar a Tanner echó a andar hacia un costado de la barraca.

Al cabo de un momento volvió atrás y se paró delante del viejo. Entonces, en un rasgo de audacia, se acercó a la puerta de la barraca y asomó la cabeza. En aquella ocasión Coleman también estaba dentro durmiendo. El doctor echó un vistazo y dio media vuelta.

—Conozco a ese negro. Coleman Parrum. ¿Cuánto tiempo necesita dormir la mona d’ese alcohol casero que hacen ustedes?

Tanner se asió fuertemente al asiento de la silla.

—Esta barraca no forma parte de tu propiedad, sólo está sobre ella por equivocación.

El médico se quitó un momento el puro de la boca.

—La equivocación no es mía —subrayó con una sonrisa.

Tanner se quedó allí sentado, mirando al frente.

—No es rentable cometer esa clase d’equivocaciones —añadió el doctor.

—Jamás he encontrao algo que lo fuera —masculló Tanner—. To es rentable si uno sabe hacer las cosas bien.

El negro sonrió y miró de arriba abajo al usurpador de sus tierras. Luego se volvió y recorrió el otro costado de la barraca. Hubo un silencio. Estaba buscando la destilería.

Aquél habría sido un buen momento para matarlo. Había una escopeta en la barraca. Hubiera sido facilísimo, pero, desde su niñez, el temor al infierno había debilitado sus impulsos hada ese tipo de violencia. Nunca había matado a ningún negro, siempre los había manejado con inteligencia y había tenido suerte. Tenía fama de saber tratarlos. Era todo un arte. El secreto para manejar a un negro era demostrarle que su inteligencia no podía equipararse a la de un blanco. Una vez demostrado esto, el negro se pegaría a uno y sabría que tenía algo para el resto de su vida. Eso había sucedido con Coleman, lo llevaba pegado a él desde hacía treinta años.

Tanner había visto a Coleman por primera vez cuando tenía a sus órdenes a seis negros que trabajaban en una serrería en medio de un bosque de pinos, a veinticinco kilómetros de ninguna parte. Era un grupo tristísimo, de aquellos que no se presentan el lunes. Habían captado bien el ambiente favorable. Creían que había sido elegido un nuevo Lincoln y que iba a abolir el trabajo. Tanner los mantenía a raya con una navaja muy afilada. Había tenido una enfermedad del riñón que hacía que le temblaran las manos, y se había aficionado a tallar pedacitos de madera para disimular aquel movimiento inútil. No tenía intención de dejarles ver que le temblaban las manos de modo incontrolable, y tampoco tenía intención de verlo él mismo ni de consentirlo. El cuchillo se movía constante, violentamente, en sus manos temblorosas, y por todos lados aparecían en el suelo figuritas toscas que él no volvía

a mirar y que, en caso de haberlo hecho, no hubiera podido decir qué representaban. Los negros las recogían y se las llevaban a casa; no había transcurrido aún mucho tiempo entre su generación y la oscura África. El cuchillo centelleaba sin descanso en sus manos. En más de una ocasión se detenía un momento para decirle como si tal cosa a un negro distraído y medio tumbado: «Negro, este cuchillo lo tengo en la mano en este momento, pero si no dejas de malgastar mi tiempo y mi dinero pronto te lo encontrarás en la tripa». Y el negro se incorporaba despacio y, antes de que él terminara la frase, ya estaba trabajando.

Un negro grande, desgarbado, dos veces más fuerte que él, había empezado a merodear por los alrededores de la serrería, mirando cómo trabajaban los demás. Cuando no miraba, dormía a la vista de todos, tumbado de espaldas como un oso gigantesco. «¿Quién es ése? —había preguntado Tanner—. Si quiere trabajar, decirle que venga. Si no, que se largue. No quieto vagos por aquí».

Nadie sabía quién era. Sabían que no quería trabajar. Pero no sabían más, ni de dónde había salido ni por qué había venido, aunque tal vez era hermano de alguno de ellos y primo de todos. Durante un día Tanner lo dejó estar. Contra ellos seis, él no era más que un blanco de cara amarillenta y manos temblorosas. Estaba dispuesto a esperar que pasara algo, pero no eternamente. Al día siguiente, el desconocido volvió. Después de media mañana de trabajo y de contemplar al haragán, los negros de Tanner se pusieron a almorzar treinta minutos antes del mediodía. No se arriesgó a ordenarles que volvieran al trabajo. Prefirió ir directo a la fuente del desorden.

El desconocido estaba apoyado contra un árbol, en el lindero del bosque, y le miraba con los ojos entornados. La insolencia de su expresión no bastaba para encubrir el recelo y la inseguridad que había en el fondo de su actitud. Su mirada decía: «Este blanco no es gran cosa, ¿por qué viene aquí con tantos humos? ¿Qué pensará hacer?». Tanner había pensado decirle: «Negro, este cuchillo está en mis manos en este momento, pero si no desapareces de mi vista…», pero al acercarse cambió de idea. Los ojos del negro eran pequeños y estaban enrojecidos. Tanner supuso que debía de llevar un cuchillo encima y que no tendría reparos en usarlo. Su propia navaja se movía, dirigida solamente por una especie de inteligencia ajena que trabajaba en sus manos. No sabía qué era lo que estaba esculpiendo, pero al llegar junto al negro descubrió que había hecho dos agujeros del tamaño de unas monedas de cincuenta centavos en la corteza.

El negro clavó la mirada en las manos de Tanner y no la apartó de allí. Su boca se entreabrió. No desvió la vista del cuchillo que cortaba con fuerza la corteza. Lo contemplaba como si se tratara de un poder invisible que trabajara la madera.

Entonces el propio Tanner bajó la vista y descubrió atónito que eran unas gafas. Las alzó y las mantuvo a cierta distancia y vio a través de los agujeros un montón de virutas, y, más allá el bosque, el principio del claro vallado donde guardaban las mulas.

—¿No tienes mu buena vista, verdá, hijo? —le preguntó.

Empezó a buscar por el suelo un trozo de alambre. Encontró uno de los que usaban para atar las balas de paja y poco después dio con otro más pequeño y también lo recogió. Empezó a unirlos en la corteza. Ahora que ya sabía lo que iba a hacer, no tenía prisa. Una vez terminadas las gafas, se las ofreció al negro.

—Póntelas —dijo—. No me gusta que la gente no vea bien.

Hubo un instante en que el negro pudo haber hecho una cosa u otra, pudo haber cogido las gafas y haberlas aplastado entre sus dedos, o haber sacado el cuchillo y haberlo amenazado con él. Tanner vio el momento exacto en que en aquellos ojos turbios e hinchados por la bebida sopesaban el placer de clavar un cuchillo en la tripa de un hombre blanco contra otra cosa que no podía precisar.

El negro cogió las gafas. Se colocó las patillas cuidadosamente tras las orejas y miró al frente. Volvió la cabeza a uno y otro lado con una solemnidad exagerada. Entonces miró a Tanner directamente y sonrió, o quizá hizo una mueca, Tanner no estaba seguro. Pero tuvo la sensación fugaz de ver ante sí una imagen en negativo de sí mismo, como si el hacer payasadas y el cautiverio hubieran sido su suerte común. La visión se esfumó antes de poder descifrar su significado.

—Predicador —le dijo—, ¿por qué pasas tu tiempo aquí? —Cogió otro trozo de corteza y empezó de nuevo, sin mirarlo, a trabajar con el cuchillo—. Hoy no es domingo.

—¿Hoy no es domingo?

—Es viernes. Es lo que os pasa a todos los predicadores, estáis borrachos toa la semana y por eso no sabéis cuándo es domingo. ¿Qué ves por esas gafas?

—Veo un hombre.

—¿Qué clase de hombre?

—Veo al hombre qu'ha hecho estas gafas.

—¿Es blanco o negro?

—¡Es blanco! —dijo el negro, como si sólo entonces su vista hubiera mejorado lo suficiente para distinguirlo—. Sí señor, ¡es blanco!

—Pues trátalo como a un blanco. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Coleman.

Y no se había librado de Coleman desde aquel entonces. Si se pone en ridículo a un negro, se le encarama a uno a la espalda como un mono y se queda ahí para siempre, pero si dejas que uno te ponga en ridículo lo único que puedes hacer es matarlo o largarte. Y Tanner no estaba dispuesto a ir al infierno por matar a un negro. Oyó que detrás de la barraca el doctor daba una patada a un balde. Se quedó sentado, esperando.

Al cabo de un minuto el médico volvió a aparecer. Se abría paso por el costado de la choza apartando con el bastón las tupidas matas de hierbajos. Se quedó plantado en medio del patio, más o menos en el punto donde aquella mañana la hija había pronunciado su ultimátum.

—Esto no es suyo —dijo el doctor—. Podría denunciarle.

Tanner, mudo, tenía la mirada fija en el campo.

—¿Dónde tiene la destilería?

—Si hay una destilería por aquí, no es mía —contestó, y apretó los labios. El negro rió bajito.

—Las cosas le van mal, ¿verdá? —murmuró—. ¿No es cierto que tenía usted un terreno al otro lado del río y que lo perdió?

—Si quiere usted trabajar en la destilería pa mí, d'acuerdo. De lo contrario, ya puede empezar a hacer las maletas.

—Yo no tengo que trabajar pa ti. El gobierno todavía no obliga a los blancos a trabajar pa los negros.

El doctor sacó brillo a la piedra de su anillo con la yema del pulgar.

—A mí no me gusta el gobierno más que a usté. ¿Adónde piensa ir? ¿Acaso irá a la ciudad, a una *suite* del hotel Biltmore?

Tanner no respondió.

—Además, llegará un día —prosiguió el doctor— en que los blancos trabajarán pa los negros, y más vale qu'usté se adelante a los acontecimientos.

—Ese día no llegará pa mí —replicó Tanner inmediatamente.

—Pa usted ya ha llegao; pa los demás todavía no.

La mirada de Tanner rebasó la línea azul de los árboles y se fijó en el cielo pálido de la tarde.

—Tengo una hija en el norte —dijo—, no tengo por qué trabajar pa ti.

El doctor se sacó el reloj del bolsillo, lo consultó y volvió a meterlo en su sitio. Después se estuvo mirando el dorso de las manos durante unos segundos. Parecía haber calculado secretamente el tiempo que tardaría en volverse la tortilla por fin.

—Ella no quiere a un viejo como usté. A lo mejor dice que sí, pero no es verdá. Aunque fuera usté rico, tampoco lo querría. Tienen sus propias ideas. Entre los negros pasa lo mismo, los hijos se lo sacuden a uno d'encima. Pero yo ya amasé un buen montón. —Volvió a mirar a Tanner y añadió—: Volveré la semana que viene y, si todavía está usté aquí, entenderé que va a trabajar pa mí.

Se quedó allí un momento, balanceándose sobre los talones, en espera de una respuesta. Por fin, dio media vuelta y empezó a abrirse paso por el camino invadido de matorrales.

Tanner había continuado con la vista perdida en el horizonte, como sí le hubieran chupado el alma y se la hubieran llevado más allá del bosque y no quedara nada en la silla, sólo una concha vacía. De haber sabido que se trataba de elegir entre esto —estar sentado aquí, mirando por la ventana todo el santo día, en ese sitio que no era sitio— o llevar una destilería por cuenta de un negro, hubiera elegido llevar la destilería del negro. De todas todas, hubiera preferido ser el negro blanco de un negro. Oyó que la hija volvía de la cocina. Se le aceleró el corazón, pero después de unos segundos oyó que se dejaba caer en el sofá. Todavía no se iba. Tanner no volvió la cabeza para mirarla.

La hija guardó silencio unos momentos. Luego empezó con lo de siempre.

—Lo que te pasa a ti es que estás sentado to'l día junto a esta ventana y no hay na que ver. Necesitas un poco de inspiración y una válvula d'escape. Si dejaras que yo diera la vuelta a la silla pa que pudieras ver la televisión, no pensarías tanto en toas esas cosas morbosas sobre la muerte y el infierno y el juicio. ¡Dios mío!

—El día del Juicio Final s'acerca —masculló Tanner—. Las ovejas serán separadas de las cabras. Los que cumplieron sus promesas de los que las rompieron. Los que lo hicieron lo mejor que pudieron con lo que tenían de los que no lo hicieron. Los que honraron a su padre y a su madre de los que los maldijeron. Los que…

Ella lanzó un suspiro tremebundo que casi ahogó las palabras de Tanner.

—¿Pa qué malgastaré tanta saliva? —preguntó.

Se levantó, regresó a la cocina y empezó a maltratar a golpes todo lo que allí había.

¡Era tan altiva y engreída! En su tierra, él había vivido en una barraca, pero al menos allí se respiraba aire. Podía poner los pies sobre la tierra. Aquí, ella ni siquiera vivía en una casa. Vivía en una colmena, con toda clase de desconocidos a los que se les trababa la lengua al hablar. No era un lugar adecuado para un hombre cuerdo. La mañana de su llegada, ella lo había llevado a ver la ciudad y en quince minutos el viejo se hizo cargo de cómo era. No había vuelto a salir del apartamento. No quería volver a pisar el ferrocarril subterráneo, ni las escaleras que se le movían a uno bajo los pies aunque se estuviera quieto, ni ningún ascensor que fuera al piso treinta y cuatro. Una vez en el apartamento, sano y salvo, había imaginado que Coleman le había acompañado en la visita. Tenía que volver la cabeza a cada segundo para cerciorarse de que le seguía. «Ponte a la derecha o esta gente te aplastará, no te apartes de mí o te perderás, ojo con el sombrero, idiota», le iba diciendo. Y Coleman le había seguido, encorvado, medio corriendo, jadeante y mascullando: «¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo se le pudo ocurrir venir aquí?».

«Vine pa demostrarte qu'aquí no se puede vivir. Ahora sabes que estabas mu bien allí donde estabas».

«Eso ya lo sabía antes —decía Coleman. Era usté el que no lo sabía».

Cuando llevaba una semana en la ciudad, recibió una postal de Coleman, escrita por Hooten, el de la estación de tren. Estaba escrita en tinta verde y decía: «Soy Coleman, cómo está, patrón». Debajo, Hooten había escrito personalmente para Tanner: «Deja de frecuentar todos esos clubes nocturnos y vente a casa, sinvergüenza. Afectuosamente, W. P. Hooten». Él había enviado otra postal a Coleman, en contestación, que decía: «Este lugar no está mal pa quien le guste. Afectuosamente, W. T. Tanner». Como era la hija quien la iba a echar al correo, no había añadido que pensaba volver en cuanto le llegara el talón de su retiro. No tenía intenciones de decírselo, le dejaría una nota. Cuando llegara el talón, cogería un taxi hasta la terminal de autobuses y se pondría en camino. La hija se sentiría tan feliz como él. La compañía de su padre le parecía aburrida y su obligación para con él le pesaba, Si se

hubiera largado por las buenas, ella habría tenido la satisfacción de haber intentado cumplir con su deber y, por encima de todo, el placer de su ingratitud.

En cuanto a él, habría vuelto a ocupar el terreno del doctor y a recibir órdenes de un negro que masticaba puros de diez centavos. Y habría dado menos importancia a la cosa que antes. En cambio, había tenido que aguantar que lo insultara un actor negro, o por lo menos uno que se decía actor. Él no creía que aquel negro fuera actor.

Había dos apartamentos en cada piso del edificio. Llevaba viviendo tres semanas con su hija cuando los inquilinos del agujero vecino se fueron. Él había observado desde el rellano cómo se desocupaba el piso y al día siguiente había observado cómo volvían a ocuparlo. El rellano era estrecho y oscuro, y él se mantenía en un rincón para no molestar. Sólo daba de vez en cuando algún consejo a los hombres de la mudanza, consejo que les habría facilitado el trabajo si le hubieran hecho caso. Los muebles eran nuevos y baratos y pensó que quizá los nuevos vecinos eran unos recién casados y decidió esperar para felicitarlos. Después de un rato, un negro grande con un traje azul claro subió de dos en dos las escaleras, cargado con dos maletas de lona, la cabeza agachada por el esfuerzo. Detrás de él venía una mujer joven, de piel café con leche y pelo color cobre brillante. El negro dejó caer las maletas delante de la puerta del apartamento contiguo al de la hija.

—Ten cuidao, encanto —dijo la mujer—. Llevo tos mis cosméticos ahí dentro.

Entonces, de golpe, Tanner se dio cuenta de lo que estaba pasando.

El negro sonreía de oreja a oreja. Le dio a la mujer una palmada en el trasero.

—No hagas eso —dijo ella—, hay un viejo mirándonos. Los dos se volvieron hacia él.

—Hola —dijo Tanner, y saludó con la cabeza. Luego se apresuró a entrar en su casa. Su hija estaba en la cocina.

—A ver si adivinas quién ha alquilado el apartamento de al lao —dijo con expresión radiante. Ella lo miró con recelo.

—¿Quién? —murmuró.

—¡Un negro! —dijo él con tono divertido—. Un negro del sur d'Alabama, sin lugar a dudas. Y tiene una mujer tostadita y empingorotada con el pelo rojo. ¡Y los dos van a ser tus vecinos! —Se dio una palmada en la rodilla—. ¡Sí señor! ¡Claro que sí!

Era la primera vez desde su llegada que tenía un motivo para reírse.

La expresión de la hija se tornó grave y decidida.

—Escúchame —le dijo—. Mantente alejao d'ellos. No te acerques a su casa ni intentes hacerte amigo. Aquí no son como allá, y yo no quiero líos con negros, ¿me oyes? Si no hay más remedio que vivir a su lao, lo mejor es no meterse en sus cosas y qu'ellos no se metan en las nuestras. Es el único modo de llevarse bien con tos en este mundo. Tos podemos llevarnos bien si nadie se mete donde no le llaman. Vivir y dejar vivir. —Empezó a arrugar la nariz como un conejo, una costumbre idiota que tenía—. Aquí cada uno lleva su vida y to'l mundo se lleva bien. Y tú has d'hacer lo

mismo.

—Yo me llevaba bien con los negros antes de que tú vinieras al mundo.

Volvió a salir al rellano y esperó. Estaba seguro de que al negro le encantaría hablar con alguien que le comprendiera. Mientras esperaba en dos ocasiones, debido a los nervios, se le olvidó que no debía y lanzó un escupitajo de tabaco al suelo. Al cabo de unos veinte minutos la puerta del apartamento se abrió y salió el negro. Se había puesto corbata y unas gafas con montura de concha, y Tanner reparó en que llevaba una perilla que apenas se veía. Era todo un dandi. No pareció darse cuenta de que había alguien en el rellano.

—Hola, John —dijo Tanner, utilizando el nombre que se daba en el sur a todos los negros, y le saludó con un gesto de la cabeza.

Pero el negro pasó a su lado sin oírle y bajó ruidosamente por las escaleras.

«Quizá es sordomudo», pensó Tanner. Volvió a entrar en el piso y se sentó, pero cada vez que oía un ruido en el rellano se levantaba y asomaba la cabeza por la puerta para ver si se trataba del negro. Una vez, por la tarde, logró atraer la mirada del negro cuando éste llegaba al rellano, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra el hombre ya había entrado en su apartamento y cerrado de un portazo. Nunca había visto a un negro moverse a esa velocidad sin que le persiguiera la policía.

A la semana siguiente, muy temprano, estaba en el rellano cuando la mujer salió del piso sola. Caminaba sobre unos tacones altos y dorados. Tanner deseaba darle los buenos días o sencillamente saludarla con la cabeza, pero su instinto le dijo que tuviera cuidado. No se parecía a ninguna otra mujer que él hubiera visto antes, ni a las blancas ni a las negras, y se quedó pegado a la pared, más asustado que otra cosa, fingiendo ser invisible.

La mujer le miró abiertamente, después volvió la cabeza y se apartó de él como si fuera un cubo de basura abierto. Tanner contuvo el aliento hasta que ella desapareció. Entonces se puso esperar pacientemente al hombre.

El negro salió alrededor de las ocho,

Esta vez, Tanner se interpuso en su camino.

—Buenos días, predicador —saludó. La experiencia le decía que si un negro estaba de mal humor, ese título bastaba generalmente para animar su expresión.

El negro se paró en seco.

—Veo que t’has venío aquí arriba —prosiguió Tanner—. Tampoco yo llevo aquí mucho tiempo. Si quieres saber mi opinión, este lugar no vale gran cosa. Supongo que te gustaría volver a estar en el sur de Alabama.

El negro no dio un paso ni dijo nada. Sus ojos empezaron a moverse. Recorrieron la copa del sombrero negro, bajaron a la camisa azul sin cuello, cuidadosamente abrochada, y descendieron por los tirantes desteñidos hasta los pantalones grises y los botines, y volvieron a subir, muy lentamente, mientras un furor sin fondo y frío como la muerte parecía encogerlo y ponerlo rígido.

—Creí que quizá conocerías algún sitio donde pudiéramos encontrar un pantano,

predicador —dijo Tanner, con voz cada vez más vacilante pero todavía esperanzada.

Un sonido siseante escapó de la boca del negro antes de que empezara a hablar.

—No soy del sur de Alabama —dijo con voz ahogada y sin aliento—. Soy de la ciudá de Nueva York. ¡Y no soy predicador! Soy actor.

Tanner soltó una risita.

—Casi todos los predicadores tienen algo de actor, ¿verdá? —Y le guiñó un ojo —. Predicarás un poco en tu tiempo libre, ¿no?

—¡Yo no predico! —gritó el negro, y pasó junto a él corriendo, como si un enjambre de abejas hubiera surgido de la nada para perseguirle. Bajó precipitadamente por las escaleras y desapareció.

Tanner se quedó allí un rato antes de volver a entrar en el apartamento. Durante el resto del día, permaneció sentado en su silla y reflexionó sobre si debía hacer un último intento para entablar amistad con él. Cada vez que oía ruido en las escaleras, salía a la puerta a mirar, pero aquella noche el negro no volvió hasta muy tarde. Tanner estaba en el rellano esperándolo cuando llegó a lo alto de las escaleras.

—Buenas noches, predicador —dijo, olvidando que el negro decía que era actor.

El negro se paró y se agarró con fuerza al pasamanos. Lo sacudió un temblor desde los pies hasta la cabeza. A continuación empezó a avanzar lentamente. Cuando estuvo lo bastante cerca, se abalanzó sobre Tanner y lo agarró con fuerza por los hombros.

—¡No tengo por qué aguantar las gilipolleces d'un hijoputa con sombrero de fieltro y viejo pajarraco bastardo de pescuezo rojo como tú! —Tomó aliento, y entonces su voz surgió con una exasperación tan profunda que vibró como si estuviera al borde de una carcajada. Era aguda, penetrante y débil a un tiempo—. ¡Y no soy predicador! ¡Ni siquiera soy cristiano! No creo en esas gilipolleces. Jesús no existe y Dios no existe.

El viejo sintió que el corazón se le encogía y se volvía duro como el nudo de una madera de roble.

—¡Y tú no eres negro y yo no soy blanco! —replicó.

El negro lo aplastó contra la pared. Le encasquetó el sombrero hasta los ojos de un tirón. A continuación lo agarró por la pechera de la camisa, lo arrastró hacia la puerta abierta del piso de su hija y lo metió dentro de un empujón. Desde la cocina, la hija vio cómo su padre se daba de cabeza contra la puerta del recibidor y caía rodando sobre el suelo de la sala.

Durante días, al viejo le pareció tener la lengua congelada en la boca. Cuando se descongeló, tenía dos veces su tamaño normal y no lograba hacerse entender por su hija. Lo que quería averiguar era si el cheque del gobierno había llegado ya, porque tenía la intención de comprar un billete de autobús con el dinero e irse a casa. Después de unos días, logró hacerse entender.

—Ha llegao —dijo ella—, y da justo pa pagar la factura del médico de las primeras dos semanas. Y ahora, por favor, explícame cómo piensas llegar a casa

cuando no puedes ni hablar, ni andar, ni pensar, y todavía tienes un ojo bizco. ¿Quieres decirme cómo?

Entonces empezó a comprender cuál era exactamente su situación. Al menos, tendría que convencerla de que debían enterrarlo en su tierra. Podrían mandarlo en un vagón refrigerado, para que se conservara durante el viaje. No quería que una funeraria de aquí tocara su cadáver. Sería mejor que lo enviaran inmediatamente y llegaría a su casa en el tren de la mañana; podrían telegrafiar a Hooten para que avisara a Coleman y Coleman haría el resto. Ella ni siquiera tendría que acompañarlo. Tras mucho discutir, logró que se lo prometiera.

Después de esto, consiguió dormir tranquilo y su salud mejoró un poco. En sus sueños, sentía el aire frío de las madrugadas de su tierra filtrándose por las rendijas del ataúd de pino. Y veía a Coleman esperando, con los ojos enrojecidos, en el andén de la estación, y Hooten también estaba allí, con su visera verde y las mangas negras de alpaca. Hooten pensaría: «Si ese viejo tonto s'hubiera quedao en casa, que era donde debía estar, ahora no llegaría en el tren de las seis metío en un ataúd». Coleman había puesto el carro tirado por la mula de tal modo que pudieran empujar la caja desde el andén hasta la parte posterior del carro. Todo estaba dispuesto y los dos, en silencio, empujaban el ataúd hacia el carro. Desde dentro empezó a rascar en la madera.

Soltaron la caja como si quemara. Primero se miraron el uno al otro, después miraron la caja.

—Es él —dijo Coleman—. Nadie más qu'él.

—Qué va —repuso Hooten—. Debe d'haberse metío una rata.

—Es él. Es uno de sus trucos.

—Si es una rata, no vale la pena sacarla.

—Es él. Vaya por una palanca.

Hooten fue de mala gana a buscar la palanca y volvió y empezó a abrir la caja. Incluso antes de que la parte superior estuviera completamente abierta, Coleman ya estaba dando saltos de entusiasmo y gemía sin aliento. Tanner dio un empujón hacia arriba con ambas manos y se puso en pie dentro del ataúd.

—¡El día del Juicio Final! ¡El día del Juicio Final! —gritó—. ¿No sabéis, tontos, que hoy es el día del Juicio Final?

Ahora sabía cuánto valían las promesas de su hija. Era mejor confiar en la nota prendida dentro del abrigo y en cualquier desconocido que lo encontrara muerto por la calle o en un tren donde fuera. De ella ya no podía esperar nada, haría lo que le diera la gana. La hija volvió a salir de la cocina, con el sombrero y el abrigo y las botas de goma en las manos,

—Ahora escúchame bien —le dijo—, tengo que ir a la tienda. No intentes levantarte ni andar mientras yo esté fuera. Ya has ido al lavabo y supongo que no tendrás que volver. No quiero encontrarte tumbado en el suelo cuando regrese.

«No m'encontrarás de ninguna manera cuando vuelvas», pensó él. Esta era la

última vez que vería la cara bobalicona y aburrida de su hija. Se sintió culpable. Había sido buena con él y é no había sido más que un estorbo.

—¿Quieres un vaso de leche antes de que me vaya?

—No —respondió, y añadió tras tomar aliento—: No está mal tu casa, y esta parte del país tampoco está tan mal. Siento haberte dao tantas molestias al ponerme enfermo. Y fue culpa mía intentar entablar amistad con aquel negro.

«¡Valiente mentiroso!», se dijo, para ahogar el mal sabor que aquella declaración le había dejado en la boca.

Durante unos segundos ella lo miró de hito en hito, como si él se hubiera vuelto loco. Después pareció abandonar esta idea.

—¿Verdá que te sientes mejor diciendo cosas agradables de vez en cuando? —dijo, y se sentó en el sofá.

A él le picaban las rodillas por las ganas de ponerse en marcha. «Vamos, vamos —pensó—, date prisa y vete d'una vez,».

—Es estupendo tenerte aquí —prosiguió ella—. No quisiera tenerte en ningún otro sitio, papaíto. —Le brindó una amplia sonrisa, levantó la pierna derecha y empezó a ponerse la bota—. Ni a un perro le desearía tener que salir en un día así, pero tengo qu'irme. Tú quédate aquí sentao y reza pa que no resbale y me rompa la cabeza.

Dio unos golpes en el suelo con la bota y empezó a calzarse la otra.

El viejo volvió la vista hacia la ventana. La nieve empezaba a pegarse y a congelarse en los cristales. Cuando volvió a mirar a su hija, ella estaba de pie como una gran muñeca embutida en su sombrero y abrigo. Se puso unos guantes verdes de punto.

—Mu bien. Ya me voy. ¿Seguro que no quieres na?

—No, vete tranquila.

—Bueno, pues entonces adiós.

Él levantó el sombrero lo suficiente para mostrar su cabeza calva, llena de manchas pálidas. Se cerró la puerta del piso. Empezó a temblar de excitación. Alargó la mano hacia atrás para coger la chaqueta. Cuando la tuvo puesta, esperó hasta recobrar el aliento y entonces, asiéndose con fuerza a los brazos de la silla, se levantó. Le parecía que su cuerpo pesaba tanto como una enorme campana cuyo badajo oscilaba de un lado a otro sin producir sonido alguno. Se quedó de pie unos segundos, tambaleante, hasta recobrar el equilibrio. Le invadió una sensación terror y de derrota. Jamás lo lograría. No llegaría ni vivo ni muerto. Adelantó un pie y, al comprobar que no se caía, renació confianza.

—El Señor es mi pastor —masculló—, no me desamparará.

Empezó a moverse hacia el sofá en busca de apoyo. Llegó hasta él. Ya estaba en camino.

Cuando alcanzara la puerta, la hija ya habría bajado los cuatro pisos y estaría fuera del edificio. Dejó atrás el sofá y avanzó apoyándose en la pared. No iban a

enterrarlo aquí. Tenía tanta confianza como si los bosques de su tierra estuvieran al final de las escaleras. Llegó a la puerta del apartamento, la abrió y asomó la cabeza. Era la primera vez que lo hacía desde que el negro lo había tumbado. El rellano olía a humedad y estaba vacío. La desgastada pieza de linóleo llegaba hasta la puerta cerrada del otro departamento.

—¡Un actor negro! —masculló.

El comienzo de las escaleras estaba a poco más de tres metros y concentró toda su atención en llegar allí sin tener que dar el rodeo que requeriría ir apoyándose en la pared. Separó un poco los brazos del cuerpo y empezó la marcha. Estaba a medio camino, cuando de repente le desaparecieron las piernas, o al menos eso le pareció. Miró hacia abajo, sorprendido al ver que todavía estaban allí. Cayó hacia delante y se agarró a la barandilla con ambas manos. Se quedó allí mirando con fijeza, durante un rato que le pareció el más largo de su vida, aquellas escaleras empinadas y oscuras. Entonces cerró los ojos y se lanzó hacia adelante. Aterrizó boca arriba a medio tramo.

Entonces sintió que se movía el ataúd al descargarlo del tren y al subirlo a la vagoneta de equipajes. Procuró no hacer ningún ruido. El tren dio una sacudida y empezó a avanzar. Entonces la vagoneta se movió debajo de él, lo llevaba de vuelta a la estación. Oyó pasos que se acercaban cada vez más y supuso que se estaba reuniendo allí toda una multitud. «¡Vaya sorpresa se van a llevar!», pensó.

—Es él —dijo Coleman—. Uno de sus trucos.

—Es una rata lo qu'hay dentro —insistió Hooten.

—Es él. Vaya por la palanca.

Unos instantes después, un rayo de luz verdosa cayó sobre Tanner. Se abrió paso entre ella y gritó con voz débil:

—¡El día del Juicio Final! ¡El día del Juicio Final! Vosotros, idiotas, no sabíais que hoy era el día del Juicio Final, ¿verdá? ¡Coleman! —murmuró.

El negro que se inclinaba hacia él tenía una boca grande y malhumorada y unos ojos huraños.

—Aquí no hay ningún Coleman.

«Han debido de equivocarse d'estación —pensó Tanner—. Esos idiotas m'han bajao antes de tiempo. ¿Quién es este negro? ¡Si ni siquiera es de día!».

Al lado del negro había otro rostro, el de una mujer, de tez pálida, rematado por un montón de pelo brillante color cobre y contraído en una mueca como si acabara de pisar un montón de estiércol.

—Oh —dijo Tanner—, sois vosotros. El actor se acercó más y lo agarró por la pechera de la camisa.

—El día del Juicio Final —dijo con voz burlona—. No hay a del Juicio Final, viejo. Excepto éste. A lo mejor hoy es el día del Juicio Final para ti.

Tanner intentó agarrar un barrote de la barandilla para levantarse, pero su mano sólo encontró el aire. Las dos caras, la negra y la pálida, parecían oscilar. Con un esfuerzo de voluntad las mantuvo enfocadas mientras alzaba la mano, tan liviana

como aliento, y decía con voz animosa:

—Ayúdame a levantarme, predicador. ¡Me voy a casa!

Su hija lo encontró cuando volvió del colmado. Le habían bajado el sombrero hasta los ojos y tenía la cabeza y los brazos entre los barrotes. Los pies le colgaban por el hueco de la escalera como si estuviera metido en un cepo de castigo. La hija tiró de él desesperada y después fue a buscar a la policía. Lo sacaron con ayuda de una sierra y le dijeron que llevaba muerto aproximadamente una hora.

Lo enterró en Nueva York, pero después de hacerlo no podía dormir de noche. Noche tras noche daba vueltas en la cama, empezaron a aparecer en su rostro arrugas muy visibles, de modo que hizo que lo desenterraran y envió el cuerpo a Corinth. Ahora descansa bien por la noche y está casi tan guapa como antes.



FLANNERY O’CONNOR (Savannah, Georgia, 25 de marzo de 1925 – 3 de agosto de 1964). Hija única de una acomodada familia sureña de ascendencia irlandesa. La futura escritora siguió estudios universitarios en el Georgia State College for Women y en 1945 se licenció en ciencias sociales. Aunque su primer relato vio la luz en 1946, la revelación literaria de Flannery O’Connor se produjo en 1952 con la aparición de su novela *Sangre sabia*, años más tarde adaptada al cine por John Huston. Aquejada desde 1951 de una grave enfermedad en la sangre, que le afectó los huesos de las piernas y la obligó a andar con muletas, la escritora pasó los trece últimos años de su vida en la granja familiar de Milledgeville, dedicada a la literatura y a la cría de pavos reales. La publicación de su magnífico libro de relatos *A Good Man is Hard to Find* (1955) y de su segunda novela, *The Violent Bear It Away* (1960), cimentaron su prestigio como una de las narradoras norteamericanas más vigorosas y originales de su generación. Consumida por la enfermedad incurable que la aquejaba, Flannery O’Connor, demócrata y católica, cuyo humor atormentado y sombrío la llevó a describir como nadie el primitivismo religioso del Sur bíblico y protestante, falleció el 3 de agosto de 1964, a los treinta y nueve años. La aparición póstuma de su libro de relatos *Everything that Rises Must Converge* (1965) representó la consagración definitiva de su prodigioso talento narrativo.

Notas

[1] *El geranio*. Accent, vol. VI, verano de 1946. Desde la Currier Graduate House, Universidad Estatal de Iowa, en Iowa City, la autora envió este relato y «La cosecha» a Accent el 7 de febrero de 1946. «El geranio» es el primer relato (pp. 1-21) de la tesis de posgrado (junio de 1947). <<

[2] *El barbero*. Escrito antes de junio de 1947. The Atlantic, vol. 226, n.° 4, octubre de 1970. Publicado con esta nota de Robert Fitzgerald: «Como albacea literario de la señorita Flannery O'Connor […] doy mi consentimiento a la publicación de este relato con una nota que aclare que […] se trata de una obra juvenil de evidente importancia en la opinión de la autora…» (pp. 21-39 de la tesis). <<

[3] *El lince*. Escrito antes de junio de 1947, The North American Review, vol, 255, n.° 1, primavera de 1970. Publicado con el permiso de Robert Fitzgerald (pp. 40-51 de la tesis). <<

[4] *La cosecha*. Escrito antes de febrero de 1946. Mademoiselle, vol. 72, n.° 6, abril de 1971. De la nota de Robert Fitzgerald: «A pesar de estar muy lejos de sus mejores obras, sería imposible atribuir “La cosecha” otro autor […] Muy divertida la pequeña caricatura del tenebroso e imaginativo artista […] en ese relato ya están presentes la severa mirada, el humor agudo, y la fuerza absoluta de sus obras maduras» pp. 52-66 de la tesis. <<

[5] *El pavo*. Escrito antes de junio de 1947. Titulado «The Capture», Mademoiselle, vol. 28, noviembre de 1948. Publicado más tarde en Best Stories from Mademoiselle, al cuidado de Cyrilly Abels y Margarita G. Smith, Nueva York, 1961 (pp. 67-86 de la tesis). <<

[6] *El tren*. Escrito antes de junio de 1947. Con el título «Train» fue publicado en Sewanee Review, vol. 56, abril de 1948. Revisado y ampliado, se convirtió en un capítulo de *Sangre sabia*. Es el último relato de la tesis (pp. 87-102). <<

[7] *El pelapatatas*. Partisan Review, vol. 16, diciembre de 1949. Reescrito y revisado para *Sangre sabia*. <<

[8] *El corazón del parque*. Partisan Review, vol. 16, febrero de 1949. Reescrito y revisado para *Sangre sabia*. <<

[9] *Un golpe de buena suerte*. Publicado en Tomorrow con el título «A Woman on the Stairs», vol. 8, agosto de 1949. Reimpreso con el nuevo título en Shenandoah, vol. 4 primavera de 1953; es el cuarto relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, 1955. <<

[10] *Enoch y el gorila*. Publicado en New World Writing, al cuidado de Arabel Porter, vol. I, abril de 1952. Revisado para *Sangre sabia*. <<

[11] *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. Publicado en Modern Writing I, al cuidado de William Phillips y Philip Rahv, 1953. Reimpreso en The House of Fiction, 1960, al cuidado de Caroline Gordon y Allen Tate. Primer relato de la recopilación que lleva el mismo título. <<

[12] *Un encuentro tardío con el enemigo*. Harper's Bazaar, vol. 87, septiembre de 1953. Octavo relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[13] *La vida que salvéis puede ser la vuestra*. Kenyon Review, vol. 15, primavera de 1953. Incluido en Prize Stories 1954: The O. Henry Awards, al cuidado de Paule Engle y Hansford Martin. Tercer relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[14] *El río*. Sewanee Review, vol. 61, verano de 1953. Segundo relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[15] *Un círculo en el fuego*. Kenyon Review, vol. 16, primavera de 1954. Incluido en Prize Stories 1955: The O. Henry Awards, al cuidado de Paul Engle y Hansford Martin, y en The Best American Stories of 1955, al cuidado de Martha Foley. Séptimo relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[16] *La Persona Desplazada*. Sewanee Review, vol. 62, octubre de 1954. Es la última historia de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[17] *El templo del Espíritu Santo*. Harper's Bazaar, vol. 88, mayo de 1954. Quinto relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[18] *El negro artificial*. Kenyon Review, vol. 17, primavera de 1955. Incluido en *The Best American Short Stories of 1956*, al cuidado de Martha Foley, y en *Fiction in the Fifties*, al cuidado de Herbert Gold, 1959. Sexto relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[19] *La buena gente del campo*. Harper's Bazaar, vol. 89, junio de 1955. Noveno relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. <<

[20] *Más pobre que un muerto, imposible*. New World Writing, vol. 8, octubre de 1955. Revisado y reescrito para ser publicado como primer capítulo de *The Violent Bear It Away*. <<

[21] *Greenleaf*. Kenyon Review, vol. 18, verano de 1956. Reimpreso como relato premiado en Prize Stories 1957: The O. Henry Awards, al cuidado de Paul Engle y Constance Urdang; en First-Prize Stories, 1919-1957, al cuidado de Harry Hansen; en Best American *Short* Stories of 1957, al cuidado de Martha Foley; en First-Prize Stories, 1919-1963, al cuidado de Harry Hansen. Segundo relato de *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[22] *Una vista del bosque*. Partisan Review, vol. 24, otoño de 1957. Incluida en Prize Stories 1959: The O. Henry Awards, publicada por Paul Engle y Constance Urdang, y en The Best American *Short* Stories of 1958, al cuidado de Martha Foley. Tercer relato en *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[23] *El escalofrío interminable*. Harper’s Bazaar, vol. 91, julio de 1958. Cuarto relato de *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[24] *Las dulzuras del hogar*. Kenyon Review, vol. 22, otoño de 1960, Quinto relato de *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[25] *Todo lo que asciende tiene que converger*. New World Writing, al cuidado de Theodore Solotaroff, vol. 19, 1961. Incluido en The Best American *Short* Stories of 1962, al cuidado de Martha Foley y David Burnett; como relato premiado, en Prize Stories 1963: The O. Henry Awards, al cuidado de Richard Poirier, y en First-Prize Stories, 1919-1963, al cuidado de Harry Hansen. Primer relato en la recopilación que lleva el mismo título. <<

[26] *Partridge en fiestas*. The Critic, vol. 19, marzo de 1961. <<

[27] *Los lisiados serán los primeros*. Sewanee Review, vol. 70, verano de 1962. Sexto relato en *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[28] *¿Por qué se amotinan las gentes*? Publicado por primera vez en Esquire, vol. 60, julio de 1963. La nota del editor dice: «La tercera novela de Flannery O'Connor […] todavía no tiene título […] porque, como ella dijo, podría tardar años en acabarla […] este extracto procede de la parte inicial». <<

[29] *Revelación*. Sewanee Review, vol. 72, primavera de 1964. Relato premiado en Prize Stories 1965: The O. Henry Awards, al cuidado de Richard Poirier y William Abraham. Séptima historia en *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[30] *La espalda de Parker*. Publicado por primera vez en Esquire, vol. 63, abril de 1965. Octavo relato de *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<

[31] *El día del Juicio Final*. Es el último relato de *Todo lo que asciende tiene que converger*. <<